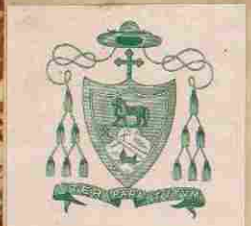



LA CRU
VARIAS COSAS
BT21
M86
002621



EX LIBRIS
HEMETHERII VALVERDE TELLEZ
Episcopi Leonensis



1080014804

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
ALERE FLAMMAM VERITATIS
UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

INSTRUCCIONES PASTORALES

DEL LIC.

CLEMENTE DE JESUS MUNGUIA

OBISPO DE MICHOACAN

Á LOS FIELES DE SU DIÓCESIS

PRECEDIDAS

DE SU OCTAVA CARTA PASTORAL EN QUE SE LAS ANUNCIA Y PROPONE LOS PUNTOS QUE DEBEN SER TRATADOS EN ELLAS.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
Biblioteca Universitaria Volverto y Tellez
40009

MÉXICO

IMPRENTA DE J. M. ANDRADE Y F. ESCALANTE,

CALLE DE CADENA NUMERO 14.

1857.

BT21
M86

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
ALERE FLAMMAM VERITATIS

CAPILLA ALFONSINA
FONDO [illegible] RIO
VALVERDE Y TELLEZ

CLEMENTE DE JESUS MUNGUIA, por la gracia de Dios y de la Santa Sede Apostólica, Obispo de Michoacan.

A NUESTRO M. I. Y V. SR. DEAN Y CABILDO,
AL V. CLERO SECULAR Y REGULAR Y A TODOS LOS FIELES DE NUESTRA DIOCESIS,
SALUD, PAZ Y GRACIA EN NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO.

Carísimos hermanos é hijos:

Uno de los deberes mas estrictos que ha impuesto Dios nuestro Señor á los que ha instituido y consagrado para el régimen de su Iglesia, es la predicacion de la santa doctrina que se dignó revelarnos para que tuviésemos aquellos conocimientos sobrenaturales que nos ministra la fe, y pudiéramos observar aquellas reglas infalibles de conducta que nos prescribe la moral cristiana, como una de las condiciones esencialísimas para llegar á la perfeccion y conseguir la felicidad eterna. Una y otra tienen, por parte de la ignorancia y la concupiscencia, por parte del mundo, y del demonio siempre alerta para perdernos, mil enemigos diversos que combatir y que vencer; y este es el motivo porque Jesucristo en sus mandatos, el apóstol San Pablo en sus exhortaciones, la santa Iglesia en sus cánones y los hombres apostólicos con sus ejemplos, no dejan de estimular nunca el celo de los pastores para que expliquen frecuentemente la doctrina de Jesucristo. Por esto desde el principio del cristianismo se ha estado predicando esta doctrina de salvacion á los pueblos, y por esto la vemos difundida bajo mui diversas formas.

Pero si esta predicacion es necesaria en todos los tiempos, hai algunos en que tal necesidad es mas imperiosa y mas urgente; en que la santa Iglesia tiene que luchar, no solamente contra la inmoralidad, sino tambien contra el error; en que doctrinas perniciosas comienzan á circular entre los fieles, poniendo asechanzas á la firmeza de su fe; en que

002621

escritos de cierto género empiezan á alarmar el celo de los pastores y la piedad de los fieles; en que esos peligros, donde han perecido tantos y hasta las grandes sociedades, infunden graves temores en el ánimo de los verdaderos católicos.

No sabemos hasta qué punto habrá crecido este peligro entre nosotros; pero algunos escritos detestables que han llegado á nuestras manos, y lo mucho que hemos oido lamentarse á diversas personas, nos persuade plenamente de la necesidad en que estamos de hablar á vuestra fe con la palabra de Jesucristo y la autoridad de nuestro ministerio sobre ciertos puntos mui capitales del dogma católico y la moral cristiana. Tan sagrado deber nos ha inspirado el pensamiento de dirigiros unas breves instrucciones acerca de aquellos dogmas de nuestra santa fe católica y aquellos preceptos de la lei divina que deban ser tratados con toda preferencia por haber sido mas combatidos.

Empeño tanto mas grande para nosotros, cuanto que, hallándonos ausentes de nuestra diócesis, no podemos daros, amados hijos, ni aun las pláticas doctrinales de costumbre. Sea, pues, la primera de nuestras instrucciones ésta, en que nos proponemos enseñaros cómo todos los obispos católicos tenemos un deber estrechísimo de inculcar á los fieles la sana doctrina, para que sean competentemente instruidos en la ciencia de la salvacion eterna, y de combatir con todos los esfuerzos del celo pastoral todos los errores dominantes, para impedir que nuestras ovejas coman el venenoso pasto de las malas doctrinas.

La doctrina de Jesucristo necesitaba, para no correr la suerte de la lei primitiva, de una institucion visible, permanente y autorizada, que la enseñase, explicase y defendiese. Esta institucion es la Iglesia católica, cuya autoridad dogmática está fundada en las mismas palabras de Jesucristo: "Enseñad á todas las naciones," [1] y tambien en aquellas; "El que os oye, me oye; el que os desprecia, me desprecia; [2] el que no "oye á la Iglesia sea tenido por vosotros como gentil y publicano." [3]

Como sucesores de los apóstoles, los obispos tienen pues el deber de instruir á los pueblos en la enseñanza de las verdades católicas. Cuando Jesucristo dijo á sus apóstoles: "Id por todo el universo, predicad el Evangelio á toda criatura," impuso á estos y á todos sus sucesores el deber estrechísimo de evangelizar á las naciones. He aquí por qué los obispos están repartidos por todo el orbe católico, teniendo cada uno á su cargo una porcion mas ó ménos numerosa de la universalidad de los

1 Docente omnes gentes. Math. cap. XVIII, vers. 19.

2 Qui vos audit, me audit: et qui vos spernit me spernit. Luc. cap. X, vers. 16.

3 Si autem Ecclesiam non audierit, sit tibi sicut ethnicus et publicanus. Math. cap. VIII, vers. 17.

fieles. Como pastor de esta numerosa porcion que compone su rebaño, debe nutrirla con el pasto de la santa doctrina, vigilar sobre ella y cuidar en todo y por todo de su santificacion.

Con los obispos hablaba el apóstol San Pablo, en la persona de Timoteo, en el capítulo cuarto de la segunda Epístola, cuando le dirige estas palabras, que nunca se meditarán bastante: "Predica la palabra, insiste con ocasion y sin ella, reprende, ruega, exhorta con toda paciencia y doctrina." Estas palabras lo dicen todo; son, digámoslo así, el resúmen de los deberes pastorales en materia de predicacion y vigilancia. No necesitamos de otra cosa que de exponer este autorizadísimo texto de tan insigne maestro, para manifestaros, amados hijos, cuán estrechas son nuestras obligaciones hácia vosotros en este punto. Tal será por lo mismo el órden de nuestras ideas en la presente instruccion.

I.

El primer carácter de nuestra predicacion, debe ser el de aquella fuerza y uncion que nace tanto de la seguridad propia de la palabra evangélica, cuanto de la suma importancia de que todos reciban sus instrucciones, comprendan su espíritu y observen sus máximas. El Apóstol quiere que se haga resonar la palabra de Dios con toda la fuerza de su autoridad, y por esto los traductores parafrásticos, hallando una cierta profundidad en el tono de la palabra misma, traducen de esta suerte: "Predica la palabra de Dios con toda fuerza y valentía." Es decir, que ninguna consideracion puramente humana debe cerrar los labios del pastor.

Mas esta predicacion debe ser permanente, continua; no ha de limitarse á una simple manifestacion de la verdad, sino ha de llevar siempre los caracteres de la solicitud pastoral y del celo apostólico. Por esto San Pablo, no contento con decir á Timoteo que predique, le exhorta con viveza á que insista sin tregua en su predicacion, sin aguardar para ello á que se le presente la oportunidad: "insta, le dice, insiste con ocasion y sin ella."

El celo por el triunfo de la verdad, por la gloria de la religion, por el reinado de la virtud, es esencialmente activo y solícito: busca todos los caminos, emplea todos los ruegos, y no descansa jamas. Por esto el Apóstol continúa su exhortacion, diciéndole á su discípulo, que arguya ó reprenda, que se sirva del ruego, y tambien que increpe cuando el caso lo pida.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

II.

Laborioso cuanto mas no cabe es el deber de enseñar, difundir, conservar y defender la doctrina de Jesucristo: empresa superior á todas fué para los apóstoles, es y ha sido para sus sucesores la de evangelizar al mundo. Una doctrina que cerraba la Sinagoga, que heria por su base á todas las instituciones gentílicas, que declaraba la guerra á las pasiones mas arraigadas y mas queridas, que instituia un sacerdocio á cuyo exclusivo cargo estuviesen la doctrina, la moral y el culto, debia tener que luchar con todo linaje de pasiones, con toda clase de intereses, con una diversidad prodigiosa de enemigos: el Apóstol se hace cargo de esto; mas, atleta versado en esta clase de contiendas, no teme garantizar el buen éxito de la predicacion á Timoteo, y en él á todos los obispos católicos, con solo estas dos cosas: paciencia y doctrina: *in omni patientia et doctrina*.

Diez y ocho siglos de experiencia, esto es, de combates y victorias, prueban hasta la evidencia toda la exactitud y verdad que entrañaba el concepto del Apóstol. Con la verdad predicada y la paciencia en sufrir toda clase de persecuciones por ella cayó la Sinagoga, vinieron á tierra los templos del gentilismo, enmudecieron los filósofos, y al cabo de tres siglos de fierro y de fuego, que dejaron señalado su curso con una huella de sangre, como se explica uno de los antiguos apologistas, el triunfo glorioso del cristianismo se anunció en la Cruz del Salvador desde los mismos palacios de los Césares. Con la verdad, el sacerdocio cristiano ha sido invencible; porque la verdad católica es un poder: con la paciencia los defensores del cristianismo han sido inexpugnables; porque no hai fuerza mayor que la resignacion con todos los trabajos y sufrimientos. Guerras incesantes y de mui diversos géneros han sufrido la religion y la Iglesia; pero al cabo de diez y ocho siglos de persecuciones sufridas, de herejías anatematizadas, de cismas diversos, de falacias, seducciones y sofismas de la incredulidad, el catolicismo se dilata, la Iglesia vive, el mundo es todavía vasallo del cielo.

Sí, hermanos carísimos, la Iglesia en que vivimos muestra un carácter que no la puede faltar; pero posee una garantía que siempre la sostiene: es militante; pero nunca prevalecerán contra ella las puertas del infierno. ¡Grande consuelo por cierto es para sus verdaderos hijos esta promesa sublime que la hizo su Divino Fundador! Mas no por esto debemos descansar: la Iglesia no faltará nunca de la tierra; pero la religion, como decia en otro tiempo el sabio Arzobispo de Cambray, suele

dejar á unos pueblos que ya no la merecen, para ir á difundir su luz y sus consuelos en otros que no la conocen. Hace mas de tres siglos que perseguida en el Norte de la Europa por los enemigos de la Iglesia, y á la voz de *reforma*, abandonó aquellas regiones para venir á favorecer con la fe, la esperanza y la caridad á los ignorados habitantes del Nuevo Mundo, que acababa de descubrirse. No suceda, pues, que perdamos este rico tesoro.

Verdad es que la inmensa mayoría de los mexicanos cifra su mayor gloria en profesar la religion de Jesucristo, en ser miembros de la santa Iglesia católica romana; pero, ¿no se habrán introducido entre nosotros algunos elementos que nos hagan temer un estrago semejante! Escuchad aún al apóstol San Pablo.

III.

"Vendrá tiempo, dice en los versículos tercero y cuarto del capítulo citado, en que no podrán sufrir la sana doctrina; sino que, teniendo una comezon extremada de oir, recurrirán á una caterva de doctores propios para satisfacer sus deseos; y cerrarán sus oidos á la verdad, y los aplicarán á las fábulas."

Estas palabras del Apóstol encierran un sentido profundo, y deben ser atentamente meditadas: son, digámoslo así, la profecía de todos los combates que habia de sufrir la Iglesia en el dilatado curso de los siglos. Miéntras la verdad vive en el entendimiento, miéntras el hombre presta un oido atento á la sana doctrina, no debe renunciarse á la esperanza de una restauracion moral, aun cuando se trate de aquellos que han tenido la desgracia de abandonarse á los vicios. El arrepentimiento nace del temor y la esperanza, y estos dos sentimientos nacen de la fe. Pero cuando la fe ha dejado de existir, cuando el hombre no pone ya su atencion en la sana doctrina, cuando el fastidio de las verdades que ésta enseña y de las máximas que inculca le conducen hasta el extremo de verla con horror y huir constantemente de ella, entónces, hermanos carísimos, todo está perdido, y solo un milagro singularísimo de la Omnipotencia puede producir esta especie de resurreccion moral en el hombre. Pues bien, la primera señal de esta especie de perdicion y de ruina es la aversion á la doctrina sana, y por esto el Apóstol estimula el celo de su discípulo anunciándole, ante todo, la llegada de un tiempo en que los hombres, reducidos á la última esclavitud de las pasiones, encadenados por sus vicios, llegarian hasta el extremo de hacérseles ya insoportable la sana doctrina, de ver con una especie de horror la institu

cion de su enseñanza, de no poder ni aun sufrir la presencia de los ministros sagrados de su predicacion. *Erit enim tempus, cum sanam doctrinam non sustinebunt.*

Mas como el entendimiento ha menester de estímulos, lo mismo que el corazon, como la ausencia de la doctrina deja un inmenso vacío, los hombres buscan sustitutos para todo; pero no en el sentido de sus intereses eternos, sino en el de sus inclinaciones desarregladas, en el de sus deseos pervertidos. Nunca por lo mismo se apartan los hombres de la doctrina de Dios, sino para buscar la doctrina del hombre; no detestan á los predicadores de la virtud, sino para aplaudir á los maestros del vicio; no declaman contra la severidad de las máximas morales, sino para encarecer los placeres de las lecturas peligrosas. Huyen de las iglesias, para ir á los teatros; desprecian las Santas Escrituras, para entregarse á los libros que las combaten. Enseñanza católica, predicacion moral, reforma de costumbres, &c.; he aquí lo que repelen: dramas inmorales, espectáculos corruptores, sofismas contra la religion, sátiras contra la moral, invectivas contra el sacerdocio, chistes para poner en ridículo las cosas mas sagradas; he aquí lo que buscan, solicitan y anhelan con toda la intensidad de sus deseos; he aquí lo que aplauden y encarecen con toda la fuerza de su entusiasmo. Este es, hermanos carísimos, segun expresion de San Pablo, el segundo signo de un pueblo cercano á perder su fe: cuando los hombres fastidiados de la sana doctrina buscan solamente la magia del estilo, sonidos melodiosos que regalen el oido, maestros que sepan lisonjear sus pasiones y sostenerlos en la doble muerte de la fe y de la virtud. *Ad sua desideria coacervabunt sibi magistros prurientes auribus.*

No imaginéis por cierto, que explicándonos de esta suerte, nos adelantemos en lo mas mínimo á lo que dice el apóstol San Pablo; no califiqueis de una ponderacion nuestros temores, cuando sobre el texto de este apóstol os presentamos el abandono de la doctrina católica, la circulacion y lectura de escritos sofísticos, impíos y licenciosos como una señal manifiesta del peligro de que desaparezca la religion. No, este peligro figura en el texto del Apóstol como una consecuencia forzosa del fastidio de la doctrina sana y de la dedicacion á las lecturas peligrosas. Por esto concluye diciendo que tales hombres apartarán al fin sus oidos de la verdad, y los convertirán á las fábulas: *a veritate quidem auditum avertent, ad fabulas autem convertentur.*

IV.

¿Y qué debemos hacer nosotros, ministros del santuario, obispos colocados por Dios al frente de nuestras iglesias para gobernarlas? "Tú, empero, nos dice el Apóstol, vigila:" como si dijera: "Está siempre alerta, para ver venir el mal y combatirle: trabaja constantemente; no perdones medio, por fatigoso que sea, para conjurar esta tempestad, para salvar á tu grei de la mas funesta ruina: Apóstol de Jesucristo, desempeña el sublime encargo de evangelizar á los pueblos; da el lleno á los deberes de un evangelista, desempeñando cumplidamente las augustas funciones de tu ministerio episcopal." *Tu vero, vigila, in omnibus labora, opus fac Evangelistæ, ministerium tuum imple.*

Pero si la predicacion de la doctrina cristiana es un gran medio de adelanto y de perfeccion, si es un recurso mui eficaz contra los peligros de las malas doctrinas, tened presente que vosotros por vuestra parte debéis escucharla con atencion, meditarla con detenimiento, observarla con escrupulosidad. La predicacion de la doctrina es, como lo dijo nuestro Señor Jesucristo en una de sus parábolas, semejante á la semilla cuando es depositada en la tierra: prenderá y fructificará, si la tierra es buena; se perderá, sin duda, si la tierra es mala. A nosotros nos corresponde distribuir esta semilla de verdad; á vosotros toca recibirla con solicitud y hacerla fructificar en vuestro corazon.

A una obra tan santa, y cuyos resultados deben ser tan felices, os exhortamos, hermanos é hijos carísimos, con todo nuestro corazon. Disponeos á recibir las instrucciones pastorales que vamos á daros, con un espíritu dócil, con una atencion constante, con una solicitud verdaderamente cristiana: preparad sus frutos con la purificacion de vuestras conciencias, con la participacion de los santos misterios, con la resolucion firmísima de consagraros todos á honrar vuestra fe con vuestra conducta, es decir, á observar fielmente lo que escucháis, á obrar en todo conforme á vuestra creencia.

Dios nuestro Señor, en quien reside la verdad, y de donde emana la luz sobrenatural de la fe, se digne dárnosla mui abundante para exponeros su doctrina, preparar vuestras almas para aprovechar esta predicacion, y hacerla fructificar en vuestras virtudes para recompensarlas despues con una eternidad venturosa.

Recibid, hermanos é hijos carísimos, la bendicion que os mandamos, llenos de amor hácia vosotros, en el nombre de Dios Padre, de Dios Hijo y de Dios Espíritu Santo.

México, Diciembre 19 de 1855.—*Clemente de Jesus*, Obispo de Michoacan.

PRIMERA

INSTRUCCION PASTORAL

SOBRE LOS

CARACTERES DEL VERDADERO CRISTIANO.

CLEMENTE DE JESUS MUNGUIA, por la gracia de Dios y de la Santa Sede Apostólica, Obispo de Michoacan, á los fieles de su diócesis.

Carísimos hermanos é hijos:

Nuestro manual catecismo, este inapreciable tesoro de sabiduría que enriquece el entendimiento del pueblo y fecunda el talento del sabio; este precioso libro donde están explicados de la manera mas feliz los dogmas de la fe, los preceptos de la moral, las reglas de la oracion, los caracteres y objetos de los santos sacramentos, comienza su declaracion de la doctrina explicando y definiendo al verdadero cristiano. Este nombre representa nuestra regeneracion espiritual verificada en el bautismo, el cual se llama por lo mismo "un espiritual nacimiento en que se nos da el ser de gracia y la vida de cristianos:" este nombre recuerda la renovacion de la alianza entre Dios y los hombres, cortada por el pecado de nuestro primer padre y renovada por el sacrificio de nuestro Señor Jesucristo: este nombre manifiesta que somos discípulos del mismo Jesucristo, redimidos con su sangre, aleccionados con su doctrina, favorecidos con sus promesas: este nombre es el signo vivo con que todos los miembros de la santa Iglesia católica, apostólica, romana, nos distinguimos de todos los otros hombres y pueblos, que con estar fuera de ella, se hallan excluidos de estas promesas y de estas esperanzas.

El santo nombre de cristiano manifiesta, pues, dos cosas: primera, el carácter de que nos revistió el santo bautismo; segunda, nuestra union con Jesucristo en la Iglesia católica. El carácter que nos imprime el

santo bautismo es indeleble, de manera que, aun cuando el hombre abandone su fe, esté fuera de la Iglesia y aun positivamente reprobado, siempre conserva este carácter. Nuestra union con Jesucristo se rompe de hecho por el pecado mortal, cuyos efectos son, como bien lo sabéis, el privar al alma de la caridad, de Dios que es vida suya, de la gracia y de la gloria, y condenarla al infierno. Mas esta union se restablece por el sacramento de la penitencia, el cual, cuando se recibe como es debido, borra el pecado, restituye la gracia y prepara para el cielo. Pero hai otro rompimiento mas terrible aún y de mas difícil remedio, el que obra el abandono de la fe. Los infelices que han perdido la fe, no son ya cristianos, sino solo de origen; no son ya miembros de Jesucristo; no están en la Iglesia católica. Hai, pues, una diferencia entre ambos, y es, que los primeros, como conservan la fe pero no obran en consecuencia con ella, son malos cristianos; los segundos, como ya no tienen fe, son falsos cristianos. La diferencia que hai entre el bueno y mal cristiano es muy obvia, todos la conocéis, no necesita explicacion; pero la que hai entre el verdadero y el falso cristiano con mucha dificultad se percibe cuando se trata de ciertos hombres que por un lado dicen que son cristianos católicos, &c., y por otro profesan ciertas opiniones y propalan ciertas doctrinas contrarias á la fe de Jesucristo. Os hablarémos, pues, en esta pastoral de la diferencia que hai entre el verdadero y el falso cristiano, á fin de que, apreciando como es debido los títulos que constituyen al primero, toméis el mayor empeño en poseerlos y conservarlos á salvo de todo peligro, y podáis fácilmente evitar los peligros de una falsa conciencia en materia tan delicada.

I.

"¿Qué quiere decir cristiano?—Hombre que tiene la fe de Cristo que profesó en el santo bautismo.—He aquí la primera leccion que nos da sobre este punto nuestro manual catecismo, el principio fundamental de donde debemos partir para fijar los caracteres del verdadero cristiano y conocer perfectamente al que no lo es, aunque afirme serlo. Desde luego llamamos vuestra atencion, hermanos carísimos, hácia estas palabras del catecismo: "hombre que tiene la fe de Cristo." El verdadero cristiano es pues el que posee la fe de Cristo. La fe de Cristo es la doctrina que predicó, es el conjunto de las verdades que nos enseñó durante su vida, es el Evangelio. Esta doctrina quedó en la Iglesia católica, cuya Cabeza invisible es Jesucristo; y quedó en ella, primero, para que la enseñase; segundo, para que la explicase é interpretase; tercero,

para que la conservase pura y limpia, sin mezcla ni confusion. Luego toda doctrina que no viene de la Santa Iglesia, no es fe de Cristo, y por esto los herejes no tuvieron la fe de Cristo: toda inteligencia de las Santas Escrituras que no esté conforme con la interpretacion que les ha dado la Iglesia, no es fe de Cristo, y por esto los protestantes no tienen la fe de Cristo; toda pretension de explicar el Evangelio, prescindiendo del sacerdocio católico, para admitir unas verdades y desechar otras, toda oscuridad y confusion introducida contra la inteligencia católica de la doctrina, no es fe de Cristo, y por esta razon, aquellos que sin manifestarse abiertamente incrédulos, y ántes bien, aparentando ser católicos y defender el Evangelio, se arrogan el derecho de explicarle y hacen el papel de dogmatizadores, bajo los especiosos pretextos de reformar y volver las cosas á su estado primitivo, no son verdaderos cristianos.

II.

La fe, como dice nuestro manual catecismo, es "una luz y conocimiento sobrenatural con que sin ver creemos lo que Dios dice y la Iglesia nos propone." Siendo una luz sobrenatural, se recibe de Dios y no del hombre, es una gracia divina y no una invencion humana. Infiérese de aquí que todos aquellos que no admiten mas verdades que las que pueden conocer por el uso de su razon natural, que no quieren creer, si no se les convence, que no admiten la religion y la moral sino solo por la via del raciocinio, no tienen la fe de Cristo, no son verdaderos sino falsos cristianos. Siendo la fe un don sobrenatural, es claro que toda doctrina que dice que ha venido del hombre, ó le da un objeto puramente humano, ó la circunscribe dentro de la órbita mezquina de un órden puramente transitorio, es una doctrina contraria manifiestamente á la fe de Jesucristo, y quien la profesa y propala, aunque se llame cristiano y finja defender el Evangelio, no es verdadero sino falso cristiano.

III.

Como por la fe creemos lo que no vemos, tan solo porque Dios lo dice y lo propone la Iglesia, es claro que la fe es esencialmente oscura. ¿Por qué ha revelado Dios ciertas verdades? porque el hombre habia menester de ellas, y no las podia descubrir. ¿Por qué no las podia descubrir? porque eran inaccesibles á su inteligencia. ¿Y por qué eran inaccesibles? por la naturaleza misma de los objetos revelados. Luego los dogmas de la fe son por su naturaleza superiores á la razon humana,

y por consiguiente sus objetos, durante nuestra vida mortal, son esencialmente oscuros y misteriosos. Por esto decia San Pablo: "Predicamos la sabiduría de Dios en el misterio; sabiduría escondida que predestinó Dios ántes de los siglos para gloria nuestra: sabiduría que ninguno de los príncipes de este siglo ha entendido.... y de la cual está escrito: "ni ojo alguno vió, ni oreja oyó, ni pasó á hombre por pensamiento." [1]

Ahora bien, el verdadero cristiano, léjos de inquietarse por la oscuridad de estos misterios, inclina humildemente su razon delante de ellos, los venera, los cree; nunca se atreve á escudriñarlos, y el asenso que les da con su entendimiento es mas firme, mas fuerte que el que pudiera dar á lo que está viendo con sus propios ojos. Por esto nuestro catecismo en una sencilla respuesta nos da la idea mas perfecta de la firmeza de este asenso. "¿Veis vos, pregunta, que Dios es Trino y Uno, ó cómo es Jesucristo Dios y Hombre?" "No; mas créolo mas que si lo viese," responde. Aquellos, pues, que rehusan su asenso á nuestros dogmas católicos, dando por motivo la oscuridad propia de ellos, ó que solo admiten ciertas verdades que pueden ser demostradas, no son verdaderos cristianos, aunque afirmen serlo.

IV.

Mas no imagináis, hermanos carísimos, que el verdadero fiel carezca de apoyo para creer con tanta seguridad aun las cosas mas incomprensibles: sabe, á no poderlo dudar, que si estas cosas son oscuras en sí, la creencia de ellas tiene el apoyo de una evidencia completa, y por esto el apóstol San Pablo decia, que el homenaje de nuestra fe era un obsequio racional. "¿Qué tan ciertas son las cosas que la fe nos enseña?" pregunta nuestro manual catecismo; y responde: "Como verdades dichas por Dios, que no puede engañarse ni engañarnos." Ved aquí el purísimo crisol de nuestra creencia. La simple razon natural nos prueba evidentemente que hai un Dios, que este Dios es infinito en perfeccion, que por lo mismo es infalible: esta verdad se aprende en el libro de los cielos, en el cuadro del universo, y por esto decia el Profeta-Rei que los cielos narran la gloria de Dios, y el firmamento anuncia la obra de sus manos. [2] Luego nos basta saber que Dios ha revelado una cosa, para creerla con mas firmeza que cuanto vemos y tocamos. Y para que la revelacion de estos altos misterios y de todas las verdades católicas

1 I. Cor. cap. II, vv. 7, 8 y 9.

2 Coeli enarrant gloriam Dei, et opera manuum ejus annuntiat firmamentum. Ps. XVIII, vers. 1.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
Biblioteca Universitaria "A. Reyes"

tuviese un órgano permanente de comunicacion á los fieles, Jesucristo nuestro Señor instituyó la Iglesia. Esta buena Madre conserva intacto el depósito de aquellas verdades, y las enseña constantemente á sus hijos con tal uniformidad y consecuencia, que en mas de diez y ocho siglos que lleva de instituida, no ha enseñado otra cosa, ni ha entendido ni explicado de otro modo lo que enseña. Por esto el verdadero cristiano mira en la voz de la Iglesia la última razon de la doctrina. Consecuente con todo esto, vemos que un verdadero cristiano, cuando se le insta con una segunda pregunta, responde apelando en todo á la Iglesia, y dando por razon de su seguridad el que ella está regida por el Espíritu Santo. "¿De dónde sabéis vos, pregunta el catecismo, haberlas dicho Dios?" "De nuestra Madre la Santa Iglesia regida por el Espíritu Santo," responde.

Para conocer, pues, al verdadero cristiano y distinguirle del que no lo es, el mejor modo es traer lo que cree, á este punto. ¿Cree, sin embargo de la oscuridad propia de los misterios, con toda firmeza las verdades reveladas? ¿Las cree por la seguridad plena de la palabra de Dios? ¿Busca esta seguridad en el juicio de la Santa Iglesia? He aquí á un verdadero cristiano. ¿No cree, porque no comprende? ¿Cree por lo que entiende y segun lo que entiende, pero no por la palabra de Dios? ¿Dice creer á la palabra de Dios, al texto del Evangelio; pero rehusa sujetarse en todo y por todo al juicio de la Iglesia? He aquí el falso cristiano.

V.

Os hemos hecho notar, hermanos é hijos nuestros, las diferencias que hai entre el verdadero y el falso cristiano sin salir de la nocion católica de la fe por lo que es en sí misma, esto es, considerada como una luz y conocimiento sobrenatural con que sin ver creemos lo que Dios dice y la Iglesia nos propone. Estas sencillas reflexiones bastarian para excusarnos de hacer otras conducentes á mostrar quién tiene y quién no tiene esta fe de Cristo; pues en ellas mismas hai datos suficientes para conocerlo. Sin embargo, siendo este un punto cardinal y de suma importancia, no estará por demas que os hagámos otras mas amplias en este sentido. Estadnos atentos.

Los dogmas de la fe están contenidos en un símbolo ó resúmen que se llama *Credo;* están á cargo de la Iglesia; someten la razon; se concretan en todo el cuadro de la Iglesia; imponen la obligacion de defenderlos hasta dar la vida por la confesion de su verdad. Resulta de aquí,

que para ser verdaderos cristianos, nuestra fe debe ser universal, absoluta, humilde y consecuente.

¿Cómo tendrémos una fe universal? Creyendo igualmente con la misma firmeza y constancia todas y cada una de las verdades reveladas por Dios y enseñadas por la Iglesia, todos y cada uno de los artículos del símbolo de la fe, sea el símbolo de los apóstoles, llamado vulgarmente *Credo*, sea el de Nicea, que es el que canta la Iglesia en la Misa y se conoce con el mismo nombre; pues ambos contienen las mismas verdades con mas ó ménos explicacion. Así es que quien, considerando este símbolo como un objeto de eleccion, toma de él lo que quiere, y desecha lo que no le acomoda, como lo hacian los herejes, ese no es verdadero cristiano.

VI.

La revelacion ha tenido por objeto darnos la verdad en toda su plenitud, y la verdad revelada tiene dos caracteres que no la pueden faltar; un carácter de universalidad en su comprension, y un carácter de unidad en su esencia. Como universal, abraza todas las relaciones que médian entre Dios y el hombre; como una, exige la totalidad de nuestra creencia. Limitarla en sus objetos, es desconocer su procedencia y su fin; truncarla en su contenido es lo mismo que destruirla. El que confesando, por ejemplo, la existencia de un Dios, le negase un solo atributo, por este solo hecho le destruiria en su entendimiento. Si Dios no es justo, no hai Dios: si Dios no es omnipotente, no hai Dios: si Dios dejara de ser algo en lo que hai de positivo y perfecto, dejaria de serlo todo. Lo que os decimos acerca de Dios, os decimos acerca de la verdad católica: todo ó nada; esto es, la existencia ó la inexistencia de la fe. ¿Queréis una prueba? Llamad uno por uno á todos los disidentes, y veréis cómo fuera del ateo, que lo niega todo, los demás han sido excluidos de la totalidad de la Iglesia por la negacion de la parte. El deista admite un Dios y niega el culto, niega la revelacion; el hereje niega alguna cosa y confiesa las otras; lo mismo hace el protestante, y esto es lo que basta para herir la verdad católica en su esencia. Negar al Padre, negar al Hijo, negar al Espíritu Santo, es siempre negar á Dios: negar la humanidad de Jesucristo, ó negar su divinidad, es siempre negar á Dios; porque es siempre negar la Encarnacion del Verbo: negar la Iglesia católica, es siempre en cierto modo negar á Dios; porque es negar la revelacion de Dios, la institucion de Dios, el órgano por donde Dios se comunica con los hombres.

Resulta de aquí, que el que confiesa todos y cada uno de estos dogmas es un verdadero cristiano; el que directa ó indirectamente niega uno solo de ellos, es un falso cristiano.

VII.

De intento, hermanos carísimos, hemos usado de la palabra indirectamente, porque habéis de saber que hai dos modos de negar un dogma: uno directo, en que se habla clara y terminantemente; y otro indirecto, en que la negacion está mas ó ménos disfrazada. Por esto hemos dicho que nuestra fe, para estar del todo conforme á su principio, á su objeto y á su fin, debe ser, no solamente universal, sino tambien absoluta. Creer todas las cosas que Dios ha revelado es tener una fe universal: creerlas tan solo porque Dios lo dice, y entenderlas solo como la Iglesia las enseña, es tener una fe absoluta. Así es, pues, que aquellos que andan buscando razones para suplir á la palabra de Dios, y no satisfechos con los motivos evidentes de credibilidad, suspenden su asenso hasta encontrar pruebas, estos no tienen una fe absoluta, y aunque fingen creerlo todo, engañan ó están engañados; porque en la realidad dejan de creer algo: en materia de creencia toda suspension, todo asenso condicional equivale á una negacion indirecta. El que dice que lo cree todo, pero tratándose de la Iglesia, se erige en tribunal de ella para decir lo que ella sabe y lo que no sabe, lo que ella puede y lo que no puede, este niega la Iglesia, niega el dogma, no es un verdadero sino un falso cristiano. Juzgar de la Iglesia fuera de la Iglesia misma es lo mismo que negarla: juzgar de la Iglesia dentro de la Iglesia misma, esto es, segun su doctrina, segun su moral, segun su legislacion, es confesar el dogma que la establece, es mostrarse como verdadero hijo suyo.

VIII.

Esta fe absoluta suele tener en la práctica mas obstáculos que la fe universal. No es el entendimiento tan rebelde para rehusar su asenso á las verdades abstractas; pero cuando ya se desciende á su aplicacion, cuando ya se las considera en el campo de la vida práctica, mil embarazos y dificultades vienen á oponerse á la creencia: los intereses, las pasiones mismas, no pudiendo soportar las consecuencias, cambian de principios ó desnaturalizan los que admiten: insensiblemente van modificando el carácter del asenso, van dando mas derechos á la razon, y si por falta de ánimo, por motivos de cálculo, ó por otras causas no sacan al hombre ostensiblemente del círculo de los que creen, le dan una falsa conciencia de la fe, una fe determinada por los intereses, un asenso condicional. Mas quien así discurre, quien así cree, quien así se porta, no tiene la fe de Cristo, no es un verdadero sino un falso cristiano. ¿Qué armas oponer á estas armas? ¿Cómo destruir estos obstáculos, cómo sobreponerse á tantas dificultades? Teniendo una fe humilde y sencilla. Cuando Jesucristo dijo que las altas revelaciones de la fe, los arcanos sublimes de Dios estaban reservados á los pequeños, y escondidas á los prudentes y á los sabios del siglo, claramente dió á entender que el orgulloso, el soberbio, el hinchado con su ciencia, el que todo lo espera de la luz de su talento, el que se cree con derecho para llamar al exámen y á la revision los misterios, ese infeliz no tendrá la luz de Dios, no poseerá la verdadera fe: creerá saberlo todo, y no entenderá nada de cuanto conduce á su eterno fin. Tened, pues, entendido, hermanos carísimos, que nuestra fe debe ser humilde y sencilla: homenaje que rinde su esfuerzo á la Verdad Suma, quien contempla bien la luz de Dios y las tinieblas del hombre.

IX.

Mas la fe del verdadero cristiano, además de universal, absoluta y humilde, ha de ser consecuente. Hai dos especies de consecuencias con la fe, que nunca deben ser confundidas; una consecuencia dogmática y una consecuencia moral. Esta segunda consiste precisamente en obrar en todo y por todo conforme á lo que se cree. Cuando la fe está junta con la caridad y buenas obras, cuando el hombre no solamente cree lo que Dios dice, sino que tambien hace lo que Dios manda, entónces es moralmente consecuente con su fe; de otra suerte no tiene la consecuencia moral, aunque conserve la fe. Por esto nuestro manual catecismo dice que la fe es necesaria para nuestra salvacion, de tal suerte, que sin creer las verdades que la fe nos enseña, nadie puede salvarse; y luego, preguntando: "¿y podrá con fe sola?" responde: "No puede sin caridad ni buenas obras." Esta es la consecuencia moral. La consecuencia dogmática consiste en admitir, no solamente las verdades capitales de la fe, sino tambien sus rectas consecuencias: sin consecuencia moral hai fe, pero no hai salvacion: sin consecuencia dogmática no hai verdadera fe, y por consiguiente, ni consecuencia moral, ni salvacion tampoco: el que no cree, no cumple la ley, y por tanto no tiene la consecuencia moral: el que no cree, se ha de condenar, como lo dijo el mismo Jesucristo.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®

Ved, pues, hermanos carísimos, cuán esencial es el creer, no solamente los artículos principales de nuestra fe católica, sino tambien todas y cada una de sus rectas consecuencias. La exposicion ordenada de todas estas consecuencias dogmáticas, forma el cuerpo de la doctrina. La oposicion á esta doctrina es por lo mismo siempre la negacion de los dogmas capitales ó la negacion de sus legítimas consecuencias.

Cuando decimos por ejemplo: "Creo en un solo Dios," profesamos un dogma fundamental. Cuando decimos que Dios debe ser amado sobre todas las cosas, reconocemos y profesamos la consecuencia precisa de este dogma y la justicia del precepto que así lo manda. Cuando apoyados en esto, sostenemos que Dios debe ser obedecido ántes que todos los hombres, reconocemos y profesamos otra consecuencia del mismo dogma. Luego todo aquel que, reconociendo por una parte el principio de que hai un solo Dios, niega por otra que deba ser amado sobre todo y preferido á todo, combate como un fanatismo el empeño de la piedad católica por darle un culto el mas espléndido que sea posible, mira como erogaciones mal hechas la magnificencia de los templos, las riquezas de los paramentos y vasos sagrados, &c., y sostiene esto como una doctrina verdadera, incurre en una inconsecuencia dogmática.

X.

Bastan estas reflexiones, hermanos carísimos, para que comprendáis lo que os hemos querido dar á entender al deciros que la fe del verdadero cristiano debe ser consecuente: solo nos resta deciros una palabra sobre la necesidad que todos tenemos, para portarnos como verdaderos cristianos, no solamente de creer todos los dogmas de la fe, de creerlos porque Dios lo dice y la Iglesia lo propone, de aceptar todas sus consecuencias sin que falte ninguna: sino tambien de procurar á toda costa que nuestra conducta cristiana sea el espejo vivísimo de nuestra creencia, es necesario que la fe se anime de las buenas obras, viva en la caridad. De otra suerte, vuestra conducta será la contradictoria de vuestra creencia, y estaréis confesando y ofendiendo á Dios á un mismo tiempo. Cuidad solícitos de vuestra fe, pero entrad por ella en los caminos de la justificacion: acercaos á la posesion de la santidad, teniendo presente que el carácter que habéis recibido en el bautismo, el augusto nombre de cristianos con que os distinguís á la faz de la tierra, os empeña, no solo á tener y conservar la fe de Cristo, sino á observar su divina ley, á estrecharos íntimamente con él por medio de la caridad.

SEGUNDA

INSTRUCCION PASTORAL.

CONSIDERACIONES GENERALES
SOBRE EL DOGMA DE LA SANTA IGLESIA CATOLICA.

CLEMENTE DE JESUS MUNGUIA, por la gracia de Dios y de la Santa Sede Apostólica, Obispo de Michoacan, á los fieles de su diócesis.

Hermanos é hijos carísimos:

Despues de haberos dicho en nuestra última carta pastoral cuál debe ser la fe del verdadero cristiano, deberíamos, para conformarnos con el método tan sabio de nuestro catecismo, hablaros de la persona de nuestro Señor Jesucristo, Dios y Hombre verdadero, manifestaros cómo él es el Mesías prometido, presentarle á vuestro culto bajo el doble carácter de Salvador que nos libra con su sacrificio de la muerte eterna, y de Maestro que, trayendo al mundo una doctrina divina, regeneró al hombre todo, dando á su entendimiento una verdad eterna, á su voluntad una ley santa, y á su virtud una eternidad venturosa. De aquí deberíamos haber pasado á daros una idea exacta de esta doctrina, llamando vuestra atencion sobre la sublimidad de sus misterios, la unidad de su economía, la universalidad de su inteligencia, la santidad de su moral y la eternidad de sus promesas, caracteres únicos que hacen resplandecer en ella el sello de la Divinidad. Sobre la idea de la doctrina pudiéramos haber fijado el método de nuestras instrucciones, comenzando por los dogmas, siguiendo por los preceptos, continuando por la oracion y terminando en los sacramentos. Pero, debiendo sujetarnos, ménos á las leyes del método, que á vuestras mas estrechas necesida-

des, hemos prescindido de este órden, para hablaros exclusivamente de la santa Iglesia católica considerada bajo triple aspecto del dogma, la moral y la disciplina.

En esta instruccion, pues, como que sirve de fundamento á las que han de seguir, comenzarémos por daros una idea de lo que debe entenderse por la palabra *Iglesia* en el sentido dogmático, y concluirémos finalmente con explicaros esta sentencia, que es de fe: "*fuera de la Iglesia no hai salvacion.*" Lo primero tiene por objeto evitar la sorpresa que los enemigos de la religion suelen dar á la fe sencilla de los fieles abusando de los diversos significados que ha tenido la palabra *Iglesia*. Lo segundo conducirá mucho para afirmaros mas y mas en esta creencia y para conservaros en la obediencia y sumision de verdaderos fieles, puesto que nadie puede salvarse fuera de la verdadera Iglesia de nuestro Señor Jesucristo.

I.

La palabra *Iglesia* significó en su orígen llamamiento de muchos á un lugar. Este es el motivo porque en los principios bastaba ver á muchos congregados en algun punto, para que tal reunion se designase con el nombre de Iglesia; y este es el motivo que aun en la misma Escritura Sagrada vemos aplicar indistintamente la palabra Iglesia aun á las juntas ó reuniones profanas. En el libro de los Hechos apostólicos, capítulo XIX, versículo 33, por ejemplo, leemos estas palabras que confirman lo que acabamos de deciros: "Si demandáis alguna otra cosa en iglesia legítima, se puede despachar," llamando iglesia legítima á la iglesia de Éfeso que adoraba á la diosa Diana. Del mismo modo el Santo Rei David solia usar de esta palabra: así es que en el Salmo XXV, versículo 5, dice: "Aborrecí la iglesia de los malignos, y no me sentaré con los malvados." En estos lugares de la Santa Escritura se usa, como veis, de esta palabra en un sentido general, como simples reuniones de individuos, y aun reuniones positivamente malas. ¿No seria posible que muchos enemigos de la religion abusasen de estos textos sagrados, para combatir á la verdadera Iglesia de Jesucristo, calificarla de una sociedad humana, y aun profanar su sagrado carácter? Ved, pues, cuánto conviene que sepáis estos diversos significados que ha tenido la palabra Iglesia.

Algunas veces se usa de ella para significar una congregacion particular de fieles. En este sentido habla el apóstol San Pablo cuando dice la Iglesia de Corinto, la de Laodicea, la de Tesalónica, &c. Por esto, en su Epístola les dice que los saludan todas las Iglesias de Cristo.

En este sentido decimos la Iglesia galicana, la Iglesia española, la Iglesia mexicana; y tambien la Iglesia de Puebla, la Iglesia de Michoacan, la Iglesia de Guadalajara, &c. Puede mui bien hablarse así; pero tambien puede abusarse de este lenguaje contra la unidad de la Iglesia. ¿No seria fácil para los enemigos de la religion, que no se paran en medios, citar esta clase de designaciones, principalmente viéndolas en los libros santos, para decir que no hai una sola, sino muchas iglesias en el sentido dogmático? Ved, pues, cuánto importa que conozcáis este sentido particular, para que, usándole como conviene, tengáis entendido que no hai mas que una sola Iglesia en el sentido de la fe católica.

Tambien por una especie de analogía ó particular apropiacion se daba el nombre de Iglesia á las mismas casas de los fieles, y por esto el mismo apóstol San Pablo encargaba se saludase á la Iglesia doméstica de Prisca y Aquila, ya porque eran estas casas lugares de concurrencia para muchos fieles, ya porque en ellas solian hacer oracion en comun. En cierto sentido podrian llamarse con este nombre aquellas casas llenas de las bendiciones del cielo, domicilio de santos, figura de las futuras comunidades consagradas exclusivamente al culto del Señor; pero no se trata de ellas cuando decimos: "creo la santa Iglesia católica."

Suele tambien darse á los templos el nombre de iglesias; y así decimos la iglesia catedral, la iglesia parroquial, la iglesia de San Francisco, &c., &c. Es mui conforme á la recta analogía dar á los templos este nombre. Los templos son los lugares especialmente consagrados al culto divino: en ellos se celebran los santos misterios, se predica la palabra divina, se administran los santos sacramentos, se reunen todos los fieles á ofrecer al Señor el culto de una oracion comun y pública: pero no hablamos de los templos cuando decimos: "la santa Iglesia católica."

¿Qué debemos entender, pues, por la palabra *Iglesia* cuando la consideramos como un artículo de nuestra fe? La sociedad de los fieles reunidos por la profesion de una misma fe, y la participacion de unos mismos sacramentos, bajo la autoridad de los Pastores legítimos, cuya cabeza visible es el Papa, sucesor de San Pedro y Vicario de Jesucristo en la tierra. No se trata, pues, aquí de una simple reunion de hombres, ni de un determinado número de fieles, sino de la sociedad entera de los fieles que han sido llamados por la fe á la luz de la verdad y al conocimiento del verdadero Dios, para adorarle y servirle de todo corazon. Así la Iglesia es el pueblo unido á su sacerdote, dice San Cipriano, y el rebaño unido al pastor,[1] es decir, el rebaño de Jesucristo com-

1 Epist. 69. ad Florent. Pupian.

puesto de pastores que conducen y de fieles que son conducidos. "Es el pueblo fiel esparcido por todo el orbe, como dice San Agustin en muchos lugares de sus obras." [1] "Es la congregacion de los santos, esto es, de los fieles unidos por los lazos de la fe y por la profesion comun de una vida santa, dice San Isidoro." [2] "Es la congregacion de todos los fieles, dice Santo Tomás." [3]

El nombre de Iglesia, segun que significa la sociedad de todos los fieles, abraza el cielo y la tierra, los ángeles y los santos que reinan en el cielo, los fieles que viven en la tierra y aquellas almas justas que esperan en el purgatorio el feliz dia en que, purificadas de sus faltas, se reunirán con Dios para poseerle eternamente en el cielo. Por tanto, aunque la Iglesia es una sola, se distinguen en ella tres partes principales, á saber; la iglesia triunfante, la iglesia paciente y la iglesia militante. La triunfante es la que reina en los cielos despues de haber triunfado de sus enemigos en la tierra: la paciente es la reunion de las almas fieles que se purifican en el purgatorio; y la militante es la que vive aun en la tierra expuesta á los embates del mundo, demonio y carne.

Nuestro manual catecismo dice que la Iglesia "es la congregacion de los fieles regida por Cristo y el Papa su Vicario." Esta definicion de la Iglesia está en absoluta conformidad con todas las que habéis oido: aquí veis en efecto, al pueblo fiel unido á su sacerdote, el rebaño con su pastor, como dice San Cipriano: aquí veis al pueblo fiel esparcido por todo el orbe, como dice San Agustin, es decir, la sociedad católica, donde hai siempre fieles y sacerdotes: aquí veis la congregacion de los santos, como dice San Isidoro, esto es, de todos aquellos que han recibido el carácter indeleble y santo del bautismo, y que están unidos con los vínculos santos de la fe, la esperanza y la caridad: aquí veis, por último, la congregacion de todos los fieles, como se explica Santo Tomás. Desde el Papa hasta el último de los miembros de la Iglesia, todos son fieles: quien dice, pues, congregacion de todos los fieles, comprende al Papa, á los obispos, á todos los ministros y á todos los simples fieles. Se dice congregacion, y no multitud, reunion, conjunto, &c., para manifestar que todos los fieles católicos forman una sociedad, es decir, supone un llamamiento, y esta es la vocacion del cristiano; una correspondencia á tal llamamiento, y esta es la voluntad de serlo; una inscripcion, y esta se verifica por el bautismo; unos vínculos, y estos son

1 In Ps. XXXIV et CXLIX. Lib. de Catechis. rud. cap. 3.
2 San Isid. Pelus., lib. 2, ep. 246.
3 Variis in loc.

los de la fe, la esperanza y la caridad. Se dice que esta congregacion está regida por Cristo, para manifestar que el gobierno de la Iglesia, el poder que en ella se ejerce, la mision que en ella se cumple, viene de Jesucristo; se concluye con las palabras *el Papa su Vicario:* primero, para manifestar que el sumo pontificado es una institucion divina; segundo, que el Sumo Pontífice es el supremo gefe de la Iglesia, y ocupa en la tierra el lugar del mismo Jesucristo; tercero, para representar la idea del primado de honor y jurisdiccion que el Papa disfruta y ejerce en toda la Iglesia sobre los obispos y ministros; cuarto, para dar á entender que sin la autoridad del Sumo Pontífice no habria Iglesia, que toda la autoridad eclesiástica reconoce al Sumo Pontífice por cabeza, y que negarse á este reconocimiento seria un cisma verdadero. Ved, pues, amados hijos, cómo sin salir de vuestro catecismo comun podéis tener y tenéis de facto una idea exacta de la verdadera Iglesia de Jesucristo. Veamos ahora cómo nuestra permanencia en la Iglesia es de tal suerte necesaria, que sin ella nadie puede alcanzar la bienaventuranza.

II.

"Hai una verdad dogmática de la primera importancia, puesto que afecta de lleno el supremo interes del hombre, que consiste en una eterna felicidad. ¿Cuál es? Esta: "fuera de la Iglesia no hai salvacion." Luego es necesario, sobre toda ponderacion, pertenecer á la Iglesia; porque no hai medio, ó salvarse en ella, ó perecer fuera de ella. ¿Pero en qué se funda esta necesidad? Vamos á decíroslo."

"El hombre no puede salvarse sino por Jesucristo, y como Jesucristo dejó á la Iglesia la aplicacion de sus méritos, es claro clarísimo que el hombre no puede salvarse fuera de la Iglesia. ¿Por qué? Porque la Iglesia no aplica estos méritos de Jesucristo sino á los que profesan su fe, reconocen su autoridad y reciben sus sacramentos. Estar fuera de la Iglesia, es no profesar la fe de la Iglesia, buscar fuera de ella la doctrina: estar fuera de la Iglesia es no reconocer su autoridad suprema, es no recibir los sacramentos que ella ministra, es no estar unido al sacrificio que ella ofrece. Luego fuera de ella no hai fe, no hai esperanza, no hai caridad, y por lo mismo no hai salvacion."

"La Iglesia es la congregacion de los fieles, y no es fiel el que no reconoce esta autoridad, no es fiel que no profesa de comun con sus hermanos la fe de la Iglesia, no es fiel el que no pertenece á esta comunion santa, no es fiel el que no está en este reino místico. Siendo pues de

te, que no hai salvacion para los que no son fieles, para los que no admiten la doctrina y las instituciones de Jesucristo, lo es por tanto, que fuera de la Iglesia no hai salvacion."

"La Iglesia es el cuerpo místico de Jesucristo: los cristianos son sus miembros, Cristo es la cabeza: no estar en la Iglesia es pues no ser miembro de este cuerpo, es estar fuera de Jesucristo; y como fuera de Jesucristo nadie se salva, fuera de la Iglesia no hai salvacion. La salvacion es toda satisfaccion, merecimiento y gracia: ahora bien, solo en la Iglesia se satisface, se merece y se recibe gracia, y por lo mismo solo en ella puede reunir el hombre á favor suyo los elementos de la eterna felicidad. Hemos dicho que es toda satisfaccion, merecimiento y gracia: primero, porque sin satisfacer, nadie será perdonado, puesto que faltaria la justicia conmutativa; segundo, porque sin merecer nadie puede tener recompensa, pues así faltaria la justicia distributiva; tercero, porque sin gracia, esto es, sin un don gratuito de Dios, nadie puede salvarse, pues ann la satisfaccion y el merecimiento es obra de Dios y no del hombre, siendo claro que nuestras obras expiatorias adquieren el carácter infinito que necesitan, por el sacrificio de Jesucristo, y figuran como derechos á la bienaventuranza por los méritos de Jesucristo."

"Hemos dicho asimismo que solo en la Iglesia se satisface, se merece y se recibe gracia, porque ya se sabe, y lo hemos dicho, que toda la grande obra de Jesucristo en el mundo vino á terminarse en la institucion de la Iglesia católica."

"El que no cree á la Iglesia, no cree en Dios: Jesucristo lo ha dicho: "El que os oye, me oye; el que os desprecia, me desprecia." [1] El que no cree en Dios, no tiene fe; el que no tiene fe se condena. "El que no creyere, dice Jesucristo, se condenanará." [2] Luego fuera de la Iglesia no hai salvacion. ¿Qué juicio formarémos, pues, de aquellos que por una parte presumen de profesar una religion, y por otra parte no escuchan á la Iglesia? Jesucristo ha prevenido este juicio, diciendo: "Reputa siempre como gentil y publicano al que no oyere á la Iglesia." [3] Estas palabras *gentil* y *publicano* representan dos grandes negaciones, la de la fe y la de la caridad; representan dos títulos de reprobacion, porque no se ha de salvar el que no creyere, porque no se ha de salvar el que no guardare los mandamientos."

1 Qui vos audit, me audit, et qui vos spernit me spernit. Luc. cap. X, ver. 16.

2 Qui crediderit salvus erit, qui vero non crediderit condemnabitur. Marc., cap. XVI, ver. 16.

3 Si Ecclesiam non audierit sit tibi sicut ethicus et publicanus. Math., cap. XVIII, vers. 17.

"Jesucristo, ántes de partir al cielo, dejó en la tierra quienes le representasen en la grande obra de la salvacion de los hombres, y esto era necesario, porque residiendo en Jesucristo la plenitud de la autoridad, como él mismo lo dijo en estas palabras: "A mí se me ha otorgado todo poder en el cielo y en la tierra," [1] solo puede ejercerla el mismo Jesucristo, ó aquellos á quienes hiciere depositarios de su autoridad, y ninguno otro. Pues bien: ¿á quiénes encargó Jesucristo este poder? A sus apóstoles. ¿Cuándo? Cuando les dijo: "Como yo he sido enviado por mi Padre, así yo os envío á vosotros:" [2] cuando les dijo: "Todo lo que desatáreis en la tierra, será desatado en el cielo; y todo lo que atáreis en la tierra, será atado en el cielo:" [3] cuando les dijo: "Id, predicad el Evangelio á toda creatura." [4] ¿Qué se infiere de aquí? Que solamente los apóstoles y sus sucesores pueden salvar al hombre en el nombre de Jesucristo; porque solo ellos tienen esta mision, y fuera de ellos nadie la tiene. Buscad ahora fuera de la Iglesia apóstoles y sucesores apostólicos, y os fatigaréis en vano. Luego fuera de la Iglesia no hai salvacion. Es pues esta, como al principio dijimos, una verdad de la primera importancia, una alta necesidad para el hombre. Es fuera de toda controversia que nadie se salva sino en la Iglesia de Dios; y por lo mismo, el que, sabiendo que hai una Iglesia fundada por Jesucristo, vive fuera de ella, no se salvará. El que no sabe que hai esta Iglesia, pero el no saberlo es por la indiferencia en que vive, por el desprecio con que mira las cosas que atañen á su eterna salud, por una desidia culpable, ó como dicen los moralistas, por una ignorancia vencible, y en consecuencia vive fuera de ella, no se salvará ciertamente. [5]

III.

Os hemos explicado, amados hijos, el sentido en que tomamos la palabra Iglesia, considerando esta como un objeto del dogma, y os hemos expuesto algunas de las muchas pruebas en que se funda el concepto dogmático de que fuera de la Iglesia no hai salvacion. Réstanos pues únicamente haceros acerca de esto algunas reflexiones.

Hemos comenzado por daros una idea de la Iglesia; y esta idea debe

1 Data est mihi omnis potestas in cœlo et in terra. Math. cap. XXVIII, vers. 18.

2 Sicut misit me Pater, et ego mitto vos. Joann. cap. XX, vers. 21.

3 Quodcumque ligaveris super terram, erit ligatum et in cœlis; et quodcumque solveris super terram erit solutum et in cœlis. Math. cap. XVI, vers. 19.

4 Euntes in mundum universum, prædicate Evangelium omnis creaturæ. Marc. cap. XVI, vers. 16.

5 Lo que está entre comillas lo hemos tomado de nuestra obra titulada: Exposicion histórica, dogmática y moral de la doctrina católica.

serviros, no solamente para saber lo que creeis cuando decís: *Creo la santa Iglesia católica*, sino tambien para conocer cuando es atacado este dogma. La Iglesia es la congregacion de los fieles regida por Cristo y el Papa su Vicario. ¿Quiénes son los fieles? ya os lo dijimos en la instruccion precedente: los verdaderos cristianos, los que han renacido en el Espíritu Santo por medio del bautismo, y tienen y conservan la fe de Cristo. Luego todos aquellos que directa ó indirecta combaten esta fe, no son verdaderos fieles, no son verdaderos miembros de la Iglesia católica. Procurad pues no perder nunca este santo título de miembros é hijos de la Iglesia, pues la pérdida de este título es el naufragio de la fe, el rompimiento mas completo con Dios, la destruccion absoluta de toda esperanza.

Si esta congregacion está regida por Jesucristo, Jesucristo está siempre en su Iglesia, Jesucristo enseña los dogmas, Jesucristo predica la moral, Jesucristo gobierna, Jesucristo no falta nunca de su Iglesia. Esto es la verdad católica, la autoridad de la Iglesia es ejercida en Jesucristo y por Jesucristo. Por esto dijo á sus apóstoles en una ocasion: "El que os oye á vosotros me oye á mí;" y por esto al comunicarles el mas omnímodo poder para la enseñanza religiosa y el gobierno moral de todos los fieles, añadió: "Yo estaré constantemente con vosotros hasta la consumacion de los siglos." ¿Cuál debe ser pues, hermanos carísimos, vuestra fe, vuestra adhesion, vuestra confianza y seguridad para creer cuanto la Iglesia os enseña, y cumplir cuanto la Iglesia os manda? "El cielo y la tierra pasará, dice el Señor, pero mis palabras no pasarán nunca." Si alguno pues os dice que la Iglesia engaña, que la Iglesia corrompe, que la Iglesia embrutece á los pueblos, &c., &c., reputad estas voces como los clamores enconados del incrédulo y del impío.

Si el Papa es Vicario de Jesucristo, si el Papa es la cabeza visible de la Iglesia, debemos ver en él á la Iglesia toda, á Jesucristo mismo. Quitad al Papa, y la Iglesia desaparece, porque no hai cuerpo sin cabeza, no hai cabeza de la Iglesia sin Papa. El Papa es, como lo tenéis bien entendido, y os lo enseña el Catecismo de la doctrina, el Romano Pontífice á quien debemos entera obediencia. Tan sagrada es esta persona, tan especialmente atendida por el mismo Dios, que la Iglesia Universal dirige todos los dias al cielo millares de millares de votos por su conservacion y santidad. Divinamente asistido bajo el augusto y sublime carácter de Vicario de Jesucristo y cabeza de la Iglesia Universal, Dios está con él: si Dios está con él, nadie puede estar contra él, sin estar por este solo hecho contra Dios. ¡Desdichados de aquellos que, obcecados en sus errores, llevando hasta el extremo el frenesí de su

incredulidad, levantan un grito de furor contra este augusto representante de Cristo, y semejantes á los incensatos que amenazaban á Pilátos con el odio de César, si no mataba á Cristo, convierten la política en un punto de apoyo contra la Iglesia toda en la persona de su Gefe. No, ¡gran Dios! castigad nuestros pecados, muchísimos y enormes en verdad, con otra clase de azotes; pero no permitáis que ningun de los hijos de esta nacion que se gloria de ser católica, llegue jamas á perder el título de verdadero fiel, á rehusar la obediencia y respeto debidos á vuestro Vicario en la tierra.

Este deseo, hermanos carísimos, que nunca falta de nuestro corazon, parece reanimarse cuando consideramos toda la importancia que en sí tiene esta verdad consoladora y terrible al mismo tiempo; dulcísima para los que tienen la dicha de vivir en la casa de esta buena madre, tremenda para los que la han abandonado; "fuera de la Iglesia no hai salvacion." Si esto es así, como no puede dudarse, ¿qué van buscando fuera de ella los que han temido la desgracia de abandonarla? ¿La verdad? No hai verdad fuera de la Iglesia en todo lo concerniente á los últimos destinos del hombre. ¿La virtud? No hai virtud fuera de la Iglesia, porque no es virtud la que no nos hace santos; y fuera de la Iglesia no hai santidad; no es virtud la que no nos salva de la muerte eterna, y fuera de la Iglesia no hai salvacion. ¿La felicidad? Un bien mezclado siempre con mal, un placer alternado siempre con el dolor, únicas cosas que se consiguen en la tierra, no es felicidad: un bien limitado, incapaz de satisfacer todas las aspiraciones del corazon, único que se alcanza en la vida, no es felicidad: un bien precario, como está sujeto á mil acciden tes que un momento puede aniquilarle y que no puede dar un solo paso mas allá del sepulcro, no es la felicidad. Un bien puro, exento de toda mezcla de mal, un bien sumo que abrace todos los bienes, un bien inmortal que no esté sujeto ni á las vicisitudes del tiempo ni á la ley de la muerte, he aquí la felicidad: felicidad que está en Dios y no puede hallarse fuera de Dios; felicidad que adquiere el que se salva, que pierde el que se condena: felicidad con que la Iglesia brinda á sus verdaderos hijos; pero felicidad que no conseguirán los que no están en la Iglesia, porque fuera de la Iglesia no hai salvacion.

Amad pues, hermanos é hijos carísimos, á esta madre rica y santa, que os recibe en la gracia, os apacienta con la doctrina, os dirige con la moral, os atrae constantemente á la virtud, os consuela en la tribulacion, recogerá vuestro último suspiro y bendecirá la tierra que cubra vuestro cadáver, despues de haber abierto á vuestras almas, purificadas con la sangre y alimentadas con el cuerpo de Jesucristo, las puertasdel cielo.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

TERCERA

INSTRUCCION PASTORAL.

CARACTERES O NOTAS DE LA VERDADERA IGLESIA DE JESUCRISTO.

CLEMENTE DE JESUS MUNGUIA, por la gracia de Dios y de la Santa Sede Apostólica, Obispo de Michoacan, á los fieles de su diócesis.

Carísimos hermanos é hijos:

El símbolo de Nicea, que es el credo que la Iglesia canta en la celebracion de la misa, al tocar el dogma de que os hemos hablado en la instruccion precedente, no se limita por cierto á decir *creo la Iglesia*, sino que añade: *una, santa, católica y apostólica*. Si pues ha sido mui conveniente para vuestra enseñanza el explicaros el sentido en que se toma la palabra *Iglesia*, cuando se la menciona como un artículo de fe, no lo es ménos en verdad el deciros el por qué de estas cuatro palabras con que el expresado símbolo califica á la Iglesia. Ellas expresan cuatros notas, señales ó caracteres, para dar á conocer á todos los fieles la verdadera Iglesia de Jesucristo, á fin de que no vayan á confundirla, por falta de Instruccion, con alguna de las muchas sectas que, sin embargo de haberse desprendido de la autoridad suprema del Papa, pretenden llamarse, y se llaman de hecho con toda falsedad, verdaderas iglesias.

Ya os hemos dicho que la Iglesia tiene tres clases, sin dejar de ser una, la de los justos que están en el cielo, la de las almas que están en el purgatorio, y la de los fieles que están en la tierra: que la primera se llama Iglesia triunfante; la segunda, Iglesia paciente; y la tercera,

Iglesia militante. Siendo militante la Iglesia, es claro que ha tenido, tiene y tendrá siempre diversos enemigos que la combatan, y estará por lo mismo en una guerra constante con ellos. Por esto, hermanos carísimos, la historia de las persecuciones de la Iglesia es tan antigua como la Iglesia misma. Nace apénas, y ya la esperan con el brazo armado las sociedades paganas: adquiere la paz con el sufrimiento heroico de tres siglos, y los herejes, que habian venido alarmándola de tiempo en tiempo, se multiplican prodigiosamente, propagan con osada intrepidez sus errores y la disputan el dominio del mundo. Triunfa gloriosa de los herejes, y ya se apercibe otro enemigo á suscitar contra ella una guerra todavía mas atroz. Todos los artículos del Símbolo habian sufrido terribles pruebas; pero uno de ellos, atacado tambien y triunfante desde el principio, vuelve á ser disputado. ¿Cuál es este artículo? el de la santa Iglesia católica. ¿Cuándo comenzó esta nueva guerra? en principios del siglo diez y seis. ¿De qué manera se anunció? con la voz de *reforma*.

En efecto, en el Norte de la Europa se levantaron entónces algunos genios turbulentos con el empeño loco de arruinar y destruir la Iglesia de Jesucristo. Comprendiendo que, si anunciaban clara y terminantemente su idea de destruir, no serian escuchados, eligieron un medio mui á propósito para seducir al pueblo: dijeron entónces, como ahora se ha dicho, que habia muchos abusos en la Iglesia, que se han introducido errores, que el clero se manejaba mal; que era necesario corregir esos abusos, destruir estos errores, hacer que desapareciese esta relajacion del sacerdocio: gritaron *reforma*, como ahora se ha gritado, y á la voz de reforma corrian como en tropel multitud de prosélitos engañados y seducidos, y á poco tiempo naciones enteras se separaron de la Iglesia de Jesucristo y abandonaron el camino de la eterna salud, porque fuera de la Iglesia verdadera no hai salvacion.

¿No es pues, amados hijos, mui de temerse que nos vaya á suceder á nosotros lo que á tantos infelices pueblos, y que por no fijarnos en la doctrina de la Iglesia, por no atender á los caractéres que la distinguen, vayamos á tener la desgracia de salir de ella casi sin sentirlo? ¡Ah! es fácil y mucho, y por lo mismo la santa Iglesia quiere que sus hijos la estudien en su orígen, en su carácter propio y en las notas ó señales que la distinguen.

Hai muchas sectas, en verdad, esparcidas por el orbe que dicen ser cristianas y no lo son, que dicen ser iglesias y no lo son, que esperan la bienaventuranza, y no conseguirán sino la reprobacion eterna. ¿Cómo librarse pues del peligro terrible de caer en ella? permaneciendo siem-

pre en la verdadera Iglesia de Jesucristo. No hai mas que una Iglesia: luego el que no está en ella, no está en la Iglesia, no está en el camino, no se salvará. ¿Cuál es pues esta verdadera Iglesia de Jesucristo? la romana, esto es, la que está regida y gobernada por el Sumo Pontífice, como lo dice nuestro manual catecismo. ¿Y por qué esta es la verdadera Iglesia? porque ella y solo ella, es una, santa, católica y apostólica. Veamos pues en qué consisten estas cuatro notas ó caracteres de la verdadera Iglesia, y cómo no convienen mas que á la Iglesa romana. Tal será el objeto de esta instruccion.

I.

Consiste la unidad de la Iglesia en la unánime profesion de una misma fe, en la expectativa comun de unas mismas promesas, en la unánime participacion de unos mismos sacramentos, en la unánime sujecion á una misma lei, en la unánime subordinacion á un mismo poder ó gobierno. La unidad de fe trae consigo la de la esperanza, ó mejor dicho, esta se funda en aquella, porque el que no cree, no puede esperar. La participacion de los Sacramentos está fundada en la fe y en la esperanza, pues los Sacramentos, como una institucion de Jesucristo, empeñan la fe como medios de justificacion, y afirman la esperanza. Todo pues hasta aquí está fundado en la fe. La subordinacion á unas mismas autoridades y á una misma lei, constituyen la unidad social propiamente dicha, y esta unidad social en la Iglesia se llama unidad de comunion.

Esta doble unidad, hermanos é hijos carísimos, es de tal suerte necesaria, que sin ella seria vano el empeño de buscar la Iglesia legítima. La unidad de fe es la profesion de una misma verdad. Ahora bien, la verdad es una, nada mas que una; la multiplicidad es el error. La casa es casa y nada mas que casa, el árbol es árbol y nada mas que árbol, y de esta suerte la verdad en cada cosa no es mas que una. Si pues tratándose de cada uno de los artículos de nuestra fe, veis que en una misma sociedad unos creen una cosa, otros otra diversa ó contraria &c., &c., ¿podréis reconocer en esta sociedad el pensamiento de Dios y la obra de Dios? ciertamente que no. Lo mismo debe decirse respecto del régimen: donde está la unidad está el órden, donde falta la unidad está el desórden. ¿Qué diríais de una casa en donde unos hijos se gobernasen por una lei, otros por otra, y así de los demás; que unos obedeciesen al padre, otros no le obedeciesen á él sino solo á la madre, otros ni al padre ni á la madre, sino á un estraño &c., &c! ¿verías aquí el pensamiento de Dios, el plan de Dios, el gobierno de Dios? no por cierto.

Ved pues cuán indispensable es la unidad de fe y la unidad de régimen para la verdadera Iglesia de Jesucristo. Veamos ahora cómo los protestantes carecen de una y otra, y cómo estas dos cosas solo existen en la santa Iglesia romana.

"Las sectas protestantes no tienen unidad de doctrina: incontables son los puntos en que discrepan sus diferentes sectas, pues unas admiten la Eucaristía, otras la excluyen; unas admiten y otras exceluyen algunos libros de la Santa Escritura, como el Apocalípsis y la Epístola de San Pablo á los hebreos; y aun cada secta de por sí tiene una historia de contradiccion, pues no se han sostenido siempre ni aun en la profesion de unos mismos errores. Los protestantes tampoco tienen un mismo régimen: miéntras los luteranos admiten y poseen obispos y sacerdotes, los calvinistas desechan unos y otros. Los anglicanos reconocen en el rei y la reina la cabeza de la Iglesia y la plenitud de la potestad, y entre estos unos admiten presbíteros y obispos, otros solo presbíteros, y así en todo lo demás. Su basa es el derecho del exámen privado: luego el principio doctrinal es la escision, el cisma universal en materia de doctrinas; por lo demás, el mismo número de las sectas, provenidas de una sola, es un argumento incontestable, no ya de la inexistencia, sino hasta de la imposibilidad de todo régimen."

No sucede lo mismo en la santa Iglesia romana; desde Roma hasta el último y mas pequeño de los pueblos que reconocen y veneran al Papa como la cabeza de la Iglesia y el Vicario de Jesucristo, veréis la misma fe, la misma esperanza, la misma lei, la misma autoridad, los mismos sacramentos, el mismo sacrificio, el mismo culto. Hombres que no conocéis, que no veréis jamas, separados de vosotros por los mares inmensos, colocados en remotos climas; hombres extraños absolutamente para vosotros en índole, caracteres, costumbres, idioma, &c., &c., piesan, hablan, obran en el mismo sentido que vosotros tratándose de la fe, la esperanza y la caridad: ese símbolo que repetís todos los dias, le repiten ellos tambien: esa oracion que haceis, es la oracion que ellos hacen; este sacrificio augusto á que asistís, es el mismo á que asisten ellos; estos sacramentos que se os administrará vosotros, son los mismos que reciben ellos; este ministerio que vosotros veneráis, es el mismo que ellos veneran: vuestra lei, es su lei; y ellos lo mismo que vosotros miran en la santa Iglesia romana la Iglesia de Jesucristo, en el Pontífice romano, la Cabeza y Vicario de Jesucristo, &c., &c. Ved, pues, de qué manera tan visible ostenta la santa Iglesia romana esta unidad que inútilmente buscamos en esas innumerables sectas desprendidas de la obediencia del romano Pontífice. Pasemos á la segunda nota de la verdadera Iglesia.

II.

"Consiste la santidad de la Iglesia en el carácter divino que la consagra en toda la extension de sus principios constitutivos, en el sistema de su accion, en la naturaleza de su objeto y de su fin. Si atendemos á su orígen, reconocemos la santidad en Jesucristo que la fundó y que es su primera Cabeza; si atendemos á su fin, vemos la santidad en él, pues consiste nada ménos que en la santificacion de los hombres; si consideramos los medios de que se sirve para llegar á este fin, vemos resplandecer la santidad en la doctrina que propone á la creencia, en los preceptos que propone á la conducta, en el culto que dirige á Dios; si atendemos á los miembros que componen la Iglesia católica, vemos resplandecer la santidad, no solo en los gloriosos miembros de la Iglesia triunfante y en los justos de la Iglesia paciente, sino tambien en muchos de la Iglesia militante."

"Todos convienen, y entre ellos los protestantes, en que la Iglesia verdadera debe ser santa en todos estos sentidos, aunque los protestantes, siempre exagerados y fuera de la línea, proscriben de la Iglesia, negándoles el carácter de miembros suyos, á los pecadores, lo cual es un error."

"Hai dos especies de santidad; una interna que solo á Dios es conocida, y otra externa de que dan testimonio los hombres. Déjase ya entender que no hablamos de la interna cuando consideramos la santidad como una nota ó señal de la verdadera Iglesia, sino de la externa, pues que toda señal debe ser visible y manifiesta, como ya queda dicho. Veamos ahora la santidad en sus relaciones con las sectas y en su aplicacion á la Iglesia."

"Los protestantes no tienen la santidad esencial á la verdadera Iglesia de Jesucristo, porque carecen de esta santidad en su doctrina, en el sistema de las costumbres, en la conducta de sus primeros institutores ó gefes. ¿Por qué lo primero? porque donde no hai verdad no hai santidad, donde no hai unidad dogmática no hai verdad. Y ya vimos que los protestantes, léjos de tener esa unidad de doctrina, profesan infinidad de errores en la diversidad de sus sectas. ¿Por qué lo segundo? porque sus máximas, no solo no conducen á la santidad, sino que apartan de ella. Ellos sostienen que los escogidos no pueden perder la justicia, que esta es incompatible con los crímenes mas horrendos; excluyen la necesidad de las buenas obras para salvarse, y limitan el título de condenacion á solo la incredulidad: sostienen que las leyes no ligan la conciencia, y otras cosas por el mismo tenor que, léjos de conducir á la santidad, minan desde sus cimientos el edificio de la virtud y acaban con los verdaderos principios de la moral. ¿Por qué lo tercero? porque ya se sabe quiénes fueron Lutero, Calvino, Teodoro de Bezé, Melanchton, &c., sacerdotes ó monjes apóstatas, soberbios, pendencieros, golosos, impúdicos, &c., &c., y esto sin llamar á cuenta el primer hecho de su inmoralidad, su escandalosa separacion de la Iglesia."

"No sucede así con la Iglesia romana: sus milagros, su celo para propagar la doctrina y convertir á los errantes son el grande asunto de su historia. En ella vemos obrarse una serie prodigiosa de milagros que han servido nada ménos que de pruebas, entre otras, para fundar la beatificacion y canonizacion de sus hijos: no los enumerarémos, porque nadie los ignora y porque seria necesario llenar un volúmen. Su celo para propagar la doctrina está de manifiesto en la historia de su apostolado, en los anales de sus misioneros, en la accion constante de su sacerdocio, y para decirlo en una palabra, en la conquista cristiana del mundo."

"Concluyámos: la Iglesia es santa en todo sentido. "Su gefe es Santo, es el mismo Jesucristo, el Santo de Dios, *el Santo de los Santos*, como le designa la Escritura. [1] Su doctrina es santa, porque es la doctrina del mismo Jesucristo; doctrina que él bebió en el seno de su Padre, como se explica San Juan: [2] sus leyes son santas, son el Evangelio mismo, la ley de Dios en toda la magnífica plenitud y consumacion que le dió Jesucristo: su culto es santo: porque en ella y solo en ella encontramos el verdadero templo, el sacrificio legítimo, esa *oblacion pura* que debia *ofrecerse* al Señor en *todos lugares*, segun la prediccion de Malaquías. [3] La Iglesia es santa en sus votos, como dice San Optato, [4] santa en sus sacrificios, santa en su ministerio, en sus ceremonias, en todas las prácticas que ella emplea para honrar á Dios: santa en sus sacramentos, pues por ellos Jesucristo la santifica: santa en su espíritu, porque está regida por el Espíritu Santo, y porque este Espíritu de santidad ha hecho nacer estas virtudes eminentes que habia olvidado ya el pueblo escogido, y que no llegaron á conocer ninguna de las muchas y vastas

1 Marc., cap. I, vers. 24. Luc., cap. I, vers. 35. Dan., cap. IX, vers. 24.
2 Joann. cap. I, vers. 18: cap. VII, vers. 16.
3 Malach., cap. I, vers. 11.
4 Lib. cont. Parmen.

regiones del paganismo: santa en la parte mas noble de sus miembros; porque si esta parte es un número pequeño comparado con el de los malvados, es en verdad grande en sí mismo, como dice tan oportunamente San Agustin: [1] santa, en fin, porque fuera de ella no puede haber, cuando mucho, sino una simple apariencia de santidad. No puede negarse que hai fuera de la Iglesia personas que practican virtudes morales, personas de honor, de probidad, que gozan el título de compasivas y caritativas; pero esto, que parece bueno fuera de la Iglesia, constituye un follaje, mas no produce frutos verdaderos donde no está el espíritu de Jesucristo, ni este espíritu puede poseerse ó hallarse sino en la Iglesia de Jesucristo." [2]

III.

"Pero la Iglesia verdadera debe ser y es en efecto, no solamente una y santa, sino tambien católica. Católica significa universal; y la verdadera Iglesia se ha distinguido constantemente con este nombre, porque encierra todos los tiempos en su duracion y todos los lugares en su extension. Abraza todos los tiempos en su duracion: todos los tiempos han sido hechos para ella, y á fin de conducirla á la eternidad: á ella pertenecen todos los justos y todos los santos de todos los siglos; los del Antiguo Testamento, lo mismo que los del Nuevo: verdad que hizo decir á San Pablo, que estamos fabricados sobre el cimiento de los apóstoles y de los profetas; porque nuestra fe está fundada sobre la de ellos, y con ellos entramos en la construccion del mismo edificio, cuya piedra angular es Jesucristo en persona; [3] y esto no solamente porque Jesucristo reunió en su predicacion á los judíos y los gentiles en un solo cuerpo, sino tambien porque juntó á los padres con los hijos, [4] dando una misma fe á los padres del Antiguo Testamento y á los fieles del Nuevo. La Iglesia de todos los tiempos no es mas que un solo árbol, cuyo vástago son los patriarcas, cuyo tronco fué largo tiempo el pueblo judío: tronco en que los gentiles fueron ingertados despues [5] y sustituidos á los judíos incrédulos, y que habiendo estado mucho tiempo circunscrito á un espacio reducido, extendió por último sus inmensas

1 Lib. de unit. eccles.
2 Aug. lib. de Patientia.
3 Efes., cap. II, vers. 20.
4 Luc., cap. I, vers. 17.
5 Rom., cap. XI, vers. 17.

ramas á todo el universo y cubrió con su sombra toda la faz de la tierra. [1] Pero si todos los tiempos le pertenecen, no le son ménos propios los lugares todos. No está limitada, dice San Agustin, [2] como ciertas repúblicas, ó como las sectas heresiarcas encerrada en una provincia ó en un reino, sino que se extiende á todos los hombres y abraza las naciones todas. Comunícase á los escitas y á los bárbaros, reune en su seno al señor y al esclavo, pues que su gefe nos ha rescatado á todos con el precio de su sangre, y este es el idioma que hablamos todos de cualquiera pueblo que háyamos salido. Él nos ha reunido en un vasto imperio, que es el reino de Dios. Desde el Oriente hasta el Occidente, desde el Mediodía hasta el Septentrion, ha hecho la Iglesia brillar el esplendor de una misma fe, que disipó las tinieblas de la idolatría que se habian extendido por toda la faz de la tierra. Esta catolicidad, ó universalidad de la Iglesia está manifestada de mil modos en la Escritura Santa. A este carácter de la Iglesia miran aquellas bendiciones de Abraham que habian de caer sobre todos los pueblos del mundo. [3] "Convertiránse al Señor, exclamaba el Profeta-Rei, hasta los últimos confines de la tierra, y á su presencia le adorarán sin restriccion todas las familias de los pueblos." [4] "Os he dado una luz que ha de brillar sobre toda la tierra," decia Dios al Verbo por el órgano de Isaías: [5] Malaquías nos habla de un sacrificio que habia de ser ofrecido en todos los pueblos, de un cabo al otro del mundo. [6] Por fin, el mismo Hijo de Dios nos enseña que su Evangelio seria publicado en todo el universo; [7] y esta es la órden precisa y terminante que dió á sus apóstoles ántes de subir á los cielos." [8] *

IV.

"Pero si la Iglesia es una, si es santa, si es católica, tiene al mismo tiempo otro privilegio que constituye su gloria y es la última señal de distincion con que podemos reconocerla: este privilegio consiste en ser

1 Ps. LXXIX, vers. 11 y 12.
2 Apud. Catech. Rom. par. I, cap. 10, § 16.
3 Genes., cap. XXII, vers. 2?.
4 Ps. XXI, vers 18.
5 Is., cap. XLIX, vers. 6.
6 Malach., cap. I, vers. 11.
7 Math., cap. XXIV, vers. 14.
8 Math., cap. XXVIII, vers. 19.
* *Duclot.* Explication historique, dogmatique et morale de toute la doctrine chrétienne et catholique. Discours XXXII. (*Extracto.*)

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

apostólica. Los apóstoles son sus padres: ellos la establecieron y la llenaron de fecundidad por su ministerio. Ellos abrieron esa brillante sucesion de Pontífices y de Pastores que se ha sostenido siempre contra el poder conjurado de los abismos, que no han sido parte á interrumpir ni el brazo de los césares, armados por tres siglos de la mas sangrienta persecucion, ni el poder anárquico de todas las doctrinas heréticas, que no han dejado pasar sin sus huellas un solo siglo, ni el principio destructor de la inmoralidad que ha gangrenado naciones enteras, ni esa filosofía multiforme que se ha revestido de todos los aspectos, que ha ensayado todos los sistemas, que ha hecho todos los sacrificios, y que, adunándose con la política contra la Iglesia, ha trasformado los imperios florecientes en vastos cementerios. En cualquier punto de su cronología que tomemos la historia de la Iglesia, hallamos atada la sucesion de los Pastores de una manera tan íntima y tan segura, que sin el menor esfuerzo nos vemos conducidos hasta Pedro y sus hermanos, primeros delegados de Jesucristo, primeras autoridades del nuevo reino. La Iglesia es pues apostólica."

"Buscad ahora, hermanos carísimos, este alto carácter en esas sectas protestantes desprendidas de la obediencia de Roma. ¿Dónde está su cuna, dónde su apostolado, dónde sus títulos, dónde sus tradiciones? Un protestante, á pocos pasos que retroceda, encuentra su origen en la insolencia de un monje orgulloso y en la accion atentatoria de un monarca prostituido. ¡Bello orígen de las sectas protestantes! Seria necesario, por el mas estupendo de todos los absurdos, suponer que Lutero y Enrique VIII, al tiempo mismo de lanzarse contra la silla de Pedro, reasumieran en sus personas la mision de Jesucristo y apostolado. ¿Y qué clase de apóstoles son estos, que marchan siempre por una série de errores, que quitan á la verdad religiosa su carácter dogmático, al dogma su autoridad, y á la autoridad su institucion católica? ¿Qué apostolado es este que predica dogmas contradictorios, que renueva herejías fenecidas, que sanciona máximas proscritas? ¿Qué apostolado es este, donde vemos ya cortada en muchas partes la sucesion de hecho, pues la de derecho jamas la tuvieron? ¿Qué apostolado es este, que excluye una parte de las Escrituras canónicas, y en donde cada razon individual tiene el derecho de la interpretacion y la clave de la inteligencia? ¿Qué apostolado es este compuesto de una reunion de proscritos, cuyos errores están oprimidos con la autoridad canónica de diez y ocho siglos? ¿Qué apostolado es este que apela á las potestades temporales para depositar en ellas la soberanía espiritual, y que no obstante este poderoso valimiento y todos los alicientes del poder, del influjo, de

..as riquezas y de las pasiones, se está esterilizando mas y mas y sufriendo á cada paso humillantes derrotas en el campo de la controversia, é inominiosos reproches en la conversion de muchos miembros ilustres?" [1]

V.

Tales son, hermanos é hijos carísimos, las notas de la verdadera Iglesia de Jesucristo: os las hemos explicado en el órden mismo en que las coloca el símbolo de Nicea. La verdadera Iglesia debe ser una, santa, católica y apostólica. La falta de cualquiera de estas notas basta, como lo habéis visto, para que no haya verdadera Iglesia. Os hemos dado á conocer, aunque mui sucintamente, ese gran cisma, ó lo que es lo mismo, esa separacion escandalosa verificada en el siglo XVI, que sacó del seno de la verdadera Iglesia naciones enteras. Al explicar cada una de estas notas ó caractéres, hemos tenido cuidado de hacer la conveniente aplicacion, tanto á la Iglesia romana como á las sectas protestantes, á fin de poner á vuestra vista, por medio de una exacta comparacion, lo que son estas y lo que es aquella. Las sectas protestantes no tienen unidad de ningun género, como lo indica su misma diversidad y muchedumbre, no tienen santidad, como lo indican sus errores, los vicios inherentes á cada institucion, el orígen depravado de todas ellas, su incapacidad para producir la santidad formando la verdadera virtud: no son católicas, pues no descansan en ese poder supremo de Jesucristo que domina el cielo y la tierra, que pasa por los siglos y muestra por todas partes la universalidad en todos los géneros; en los dog mas que abrazan la verdad absoluta de los objetos y sus relaciones; en la moral que reune todas las leyes, comprende todas las máximas, contiene todos los deberes y liga á todos los hombres: no tienen apostolicidad, porque su orígen está en Lutero, y su ministerio es la expresion de todas las apostasías: en suma, de todo carecen. Habéis visto igualmente reunidas en la Iglesia romana la unidad, la santidad, la catolicidad y la apostolicidad, y por consiguiente, que ella y solo ella es la verdadera Iglesia de nuestro Señor Jesucristo. Afirmaos pues, hermanos é hijos carísimos, en la fe de esta Iglesia santa: buscad en ella y solo en ella la doctrina, la moral, la virtud, el culto, la lei y la esperanza: amadla de todo corazon, decid interior y exteriormente: "todo

1 Lo que está entre comillas lo hemos tomado de nuestra obra intitulada: "Exposicion histórica, dogmática y moral de la doctrina católica." Libro nono, artículo segundo, capítulos VII, VIII y IX.

" en la Iglesia, nada fuera de la Iglesia; todo por la Iglesia, nada con-
" tra la Iglesia: en la Iglesia están los verdaderos cristianos; fuera de
" ella no están sino los miserables apóstatas desprendidos del principio
" de la vida como la hoja seca que el viento arranca del árbol. El que
" es contra la Iglesia es contra Dios." Sí, esta es la fe, esta es la ver-
dad, esta es la ley, esta es la virtud: aquí está la esperanza; fuera de
aquí está la reprobacion: aquí está Jesucristo en persona, que es el ca-
mino, la verdad y la vida.

CUARTA

INSTRUCCION PASTORAL.

CARACTER SOCIAL DE LA SANTA IGLESIA CATOLICA.

CLEMENTE DE JESUS MUNGUIA, por la gracia de Dios y de la Santa Sede Apostólica, Obispo de Michoacan, á los fieles de su diócesis.

Hermanos é hijos mui amados en Jesucristo:

La explicacion que os hemos dado en nuestra precedente instruccion de las notas ó caracteres de la verdadera Iglesia de Jesucristo, os ha hecho sin duda formaros una idea de la sabiduría con que ha sido ella fundada, de la seguridad con que permanecen en su seno sus verdaderos hijos, y del consuelo mui grande que debemos tener todos en pertenecer á este dichoso número. Mas la doctrina sobre la Iglesia católica no se reduce á esto: cuando fija los caracteres de la Iglesia puede decirse que apénas ha dado los primeros pasos en la enseñanza de ella. Importa profundizar mas este artículo del Símbolo: "Creo la santa Iglesia católica." ¿Hasta dónde se extiende esta creencia? ¿qué importa en el cuerpo de la doctrina la profesion que hacemos de la fe de la Iglesia? He aquí lo que os importa á vosotros saber, y lo que nos incumbe á nosotros explicar, despues de haberos mostrado el sentido de la palabra Iglesia, la necesidad de estar en ella para salvarse y los caracteres propios de la verdadera Iglesia de Jesucristo.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
ALERE FLAMMAM VERITATIS
UANL
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

" en la Iglesia, nada fuera de la Iglesia; todo por la Iglesia, nada con-
" tra la Iglesia: en la Iglesia están los verdaderos cristianos; fuera de
" ella no están sino los miserables apóstatas desprendidos del principio
" de la vida como la hoja seca que el viento arranca del árbol. El que
" es contra la Iglesia es contra Dios." Sí, esta es la fe, esta es la ver-
dad, esta es la ley, esta es la virtud: aquí está la esperanza; fuera de
aquí está la reprobacion: aquí está Jesucristo en persona, que es el ca-
mino, la verdad y la vida.

CUARTA

INSTRUCCION PASTORAL.

CARACTER SOCIAL DE LA SANTA IGLESIA CATOLICA.

CLEMENTE DE JESUS MUNGUIA, por la gracia de Dios y de la Santa Sede Apostólica, Obispo de Michoacan, á los fieles de su diócesis.

Hermanos é hijos mui amados en Jesucristo:

La explicacion que os hemos dado en nuestra precedente instruccion de las notas ó caracteres de la verdadera Iglesia de Jesucristo, os ha hecho sin duda formaros una idea de la sabiduría con que ha sido ella fundada, de la seguridad con que permanecen en su seno sus verdaderos hijos, y del consuelo mui grande que debemos tener todos en pertenecer á este dichoso número. Mas la doctrina sobre la Iglesia católica no se reduce á esto: cuando fija los caracteres de la Iglesia puede decirse que apénas ha dado los primeros pasos en la enseñanza de ella. Importa profundizar mas este artículo del Símbolo: "Creo la santa Iglesia católica." ¿Hasta dónde se extiende esta creencia? ¿qué importa en el cuerpo de la doctrina la profesion que hacemos de la fe de la Iglesia? He aquí lo que os importa á vosotros saber, y lo que nos incumbe á nosotros explicar, despues de haberos mostrado el sentido de la palabra Iglesia, la necesidad de estar en ella para salvarse y los caracteres propios de la verdadera Iglesia de Jesucristo.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
ALERE FLAMMAM VERITATIS
UANL
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

I.

La creencia de la Iglesia, hermanos carísimos, se extiende tanto cuanto la Iglesia misma en su institucion, en su objeto, en sus medios de accion, en sus altos fines. La profesion que hacemos en el Símbolo por medio de esas palabras: "creo la santa Iglesia católica," importa nada ménos que la sumision de nuestro entendimiento á las verdades que enseña, la sujecion de nuestra voluntad á las máximas que inculca, la sumision de nuestra libertad á las leyes que dicta; importa el reconocimiento de ella como maestra de la verdad, regla de las costumbres, poder divinamente instituido por nuestro Señor Jesucristo para conducir al género humano por la carrera de la expiacion y de merecimiento á la bienaventuranza.

Estas consideraciones bastan para conocer toda la extension de la Iglesia en lo que comprende, toda la universalidad de la Iglesia en lo que rige, la infalibilidad con que juzga y decide, y el poder supremo con que obra. Extraño parece, pues, que tanto empeño se haya tomado en todos tiempos para combatirla; pero el hecho es que jamas ha dejado de estar en guerra. Se la disputa su derecho, su constitucion divina, su independencia y soberanía, su carácter social; pero ella, incontrastablemente colocada sobre el cimiento de los apóstoles y profetas, cuya piedra angular es Jesucristo, ha triunfado constantemente y nunca dejará de salir victoriosa. Nada es por lo mismo tan conveniente como el que los fieles tengan ideas exactas sobre estos puntos, para que no lleguen á ser, por falta de ellas, la presa de la seduccion y del engaño. Consecuentes pues á este propósito, os darémos aquí la doctrina sobre el carácter social de la Iglesia católica, presentándoos con sencillez y brevedad los principios fundamentales en tan importante materia.

II.

La primera verdad que encierra la idea ortodoxa de la Iglesia, una vez fijados sus caracteres, es esta. "La Iglesia católica es una sociedad visible." Sea cual fuere la explicacion ó definicion que quiera darse á la palabra sociedad, siempre se ve claramente que tal denominacion corresponde con toda exactitud á la santa Iglesia católica. La palabra sociedad expresa las ideas de reunion, de relaciones encaminadas á un fin determinado, las ideas del arreglo, las ideas del órden. Toda sociedad es una reunion de individuos racionales, relacionados entre sí por

ciertos vínculos comunes, viviendo bajo cierta regla que á todos los comprende, y sujetos por tanto á cierta autoridad. Buscad estos caracteres en todo lo que legítimamente lleva el nombre de sociedad, y los encontraréis allí: buscadlos en la Iglesia, y los veréis en ella.

Como la sociedad es en el pensamiento de Dios la forma legítima de la vida moral del hombre, es tan antigua como el mundo. No dejó de haber sociedad sino algunos instantes, por explicarnos así. Apénas creó Dios al hombre, cuando fijó la sociabilidad como la condicion propia de su destino, como la mas imperiosa de todas sus necesidades, como el mas adecuado de todos los medios para llenar el pensamiento del Creador. "No es bueno que el hombre esté solo," dijo el Señor, y esta palabra sola puede considerarse como el gran resúmen de la ciencia social: "Hagámos un ser semejante á él, añadió, que le sirva de ayuda," [1] y al momento hace que el sueño se apodere del hombre, para que al despertar se encuentre delante de sí con la mujer. [2] Adan y Eva unidos con este vínculo forman la primera sociedad, la del hombre con la muger. Tienen hijos, y estos hijos extienden aquella primera sociedad. Al principio no habia mas que dos personas, marido y muger, y una relacion, la que expresan estos dos nombres: despues hubo tantas personas cuantos eran los hijos, y las relaciones consiguientes, esto es, las de padres é hijos, y las de estos entre sí bajo el carácter de hermanos. Veis pues aquí reunion de individuos, relaciones mutuas. Estas relaciones suponen leyes análogas, reglas propias para el gobierno de la familia: leyes y reglas que Dios nuestro Señor les dió á nuestros primeros padres para el gobierno de aquella primera sociedad. Esta es la lei natural. Estas leyes debian ser cumplidas, debian ser aplicadas, creaban en aquella sociedad obligaciones de obedecer, derechos de gobernar. Estos derechos y obligaciones traian consigo, para ser efectivas y no imaginarias, reales y no quiméricas, la necesidad precisa de una autoridad competente para el régimen de la sociedad, y además bien conocida: esta autoridad fué la de Adan, autoridad de esposo y de padre, autoridad que tiene todo padre de familia. Ved pues aquí la primera sociedad, la sociedad doméstica, la sociedad de familia, la que en los primeros tiempos se llamó patriarcal, y la que hoi mismo existe ramificada en el mundo y compone cada una de las familias: sus miembros son, el hombre, la

1 Non est bonum hominem esse solum: faciamus ei adjutorium simile sibi. Gen., cap. II, vers. 18.

2 Immisit ergo Dominus Deus soporem in Adam: cumque obdormisset, tulit unam de costis ejus, &c. . . . Et ædificavit Dominus Deus costam quam tulerat de Adam in mulierem: et adduxit eam ad Adam. Gen., cap. II, vers. 21, 22.

muger y los hijos: sus relaciones son, las de marido y muger, las de padre, madre é hijos, las de hermanos y domésticos: sus leyes son el decálogo y las demás que ha dado la Iglesia para este caso: su autoridad es la del hombre bajo el doble carácter de esposo y de padre.

III.

Cuando el género humano se multiplicó mucho, y ya no pudo estar gobernado bajo la forma de una sola familia, los hombres formaron naciones; cada nacion era una sociedad. Esta sociedad es la civil, llamada así por la palabra *cives*, que quiere decir ciudadano; es la reunion de todas las familias pertenecientes á una nacion: sus relaciones mutuas son las del orígen y residencia, son las correspondientes á los vínculos diversos que se forman en la sociedad: sus reglas de conducta son las que la moral impone á todos los hombres en sus diferentes estados: sus leyes son las que da el gobierno temporal para que los hombres vivan honestamente, no hagan mal á otro, y den á cada uno lo que es suyo, es decir, para que guarden y hagan guardar las reglas de conducta que prescribe la sana moral: su autoridad es el gobierno mismo, esto es, la potestad suprema y soberana de cada nacion. En las monarquías lo es el rei ó el emperador y cuantos gobiernan á su nombre. En las repúblicas, como la nuestra, lo es el supremo gefe de ella, y cuantos gobiernan bajo su dependencia con arreglo á la lei. Veis aquí la sociedad civil. ¿Por qué se llama sociedad? porque es una reunion de individuos racionales ligados con el vínculo de mutuas relaciones, viviendo bajo ciertas reglas, sometidos á un conjunto de leyes, regidos y gobernados por una legítima autoridad. Esto mismo habéis visto hablando de la sociedad doméstica. ¿Qué se infiere de todo esto, amados hijos! que donde hay reunion de individuos racionales, relaciones mutuas, reglas comunes de conducta, leyes obligatorias á todos y autoridad competente, hai sociedad. Si pues, en la santa Iglesia católica encontramos reunidas todas estas cosas, es claro clarísimo, como la luz del dia, que la Iglesia es una verdadera sociedad. Estadnos pues atentos.

IV.

Las sociedades doméstica y civil tienen una subordinacion comun á su Divino Autor, que es el mismo Dios; ambas están gobernadas por esa lei dictada por él á la especie humana: "Amarás á tu prójimo como á tí mismo;" lei de la cual emanan todas las leyes sociales, y á cuya mejor observancia se encaminan. ¿Por qué esta subordinacion absoluta y universal al Señor! Porque él es el Ser increado, y nosotros somos seres creados; porque él es por sí mismo, y nosotros somos por él; porque es el Autor de la naturaleza, y por tanto, su legislador supremo. Por esto la primera de todas las leyes nos impone la obligacion de amarlo sobre todas las cosas y con todo el corazon, con toda el alma. Pues bien, esta suprema lei es al mismo tiempo la expresion de las relaciones que unen á Dios con la naturaleza humana, el fundamento de todas las demas leyes y el gran principio de la religion. El hombre debe á Dios un culto verdadero, pleno y universal, como individuo, como familia, como sociedad, como súbdito, como gobierno; un culto interior, exterior, doméstico y público. Este culto tiene unos caracteres constitutivos, que son la fe, la esperanza y la caridad, un objeto que es Dios, un sugeto á quien obliga, que es el hombre, y una institucion divina, permanente, para sostenerle y conservarle, que es la Iglesia.

V.

Veis pues que el hombre tiene en el mundo una doble relacion, la que le une con los demas y constituye la sociedad doméstica, civil y política, y la que le une á Dios con los vínculos de la religion, y constituye la sociedad religiosa. Como esta relacion es esencial al hombre, no ha faltado jamas, y por consiguiente la sociedad religiosa comenzó con el hombre mismo, y es tan antigua como el mundo. En la primera época del mundo, esto es, durante la sociedad patriarcal y doméstica, la sociedad religiosa tenia este mismo carácter, Dios recibia el culto debido de las primeras familias. En la segunda época, en que nació la sociedad civil y el mundo tuvo una lei escrita, la sociedad religiosa tuvo su código, su sacerdocio aparte, su administracion privativa: tal fué la religion judaica. Mas llegó el tiempo de la plenitud, en que las profecías tuvieron su cumplimiento, las figuras su realizacion, la lei su consumacion; en que vino Jesucristo y llenó en el mundo la mision de redimir, enseñar y santificar al mundo, y entónces la religion tuvo una institucion en la Iglesia, la cual, como fundada por Jesucristo, Dios y Hombre verdadero, tiene un orígen divino.

Jesucristo, cuando despues de resucitado, estaba ya próximo á subir á los cielos, llamó á sus apóstoles y les dijo: "A mí se me ha dado todo poder en los cielos y en la tierra. Id pues, enseñad á todas las naciones, bautizándolas en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Santo, enseñándolas á observar todas las cosas que os he mandado." [1] Dijo tambien: "El que creyere y se bautizare, se salvará; el que no creyere será condenado." [2] Detengámonos un momento á meditar estas palabras. En las primeras se muestra Jesucristo como el Soberano absoluto de los cielos y la tierra; y usando de este poder, otorga la mision de la enseñanza y del gobierno moral del mundo á sus apóstoles. Hai pues aquí tres cosas: primera, el poder divino de donde emana; segunda, la mision de enseñar á todas las naciones para que creyesen; tercera, el derecho de gobernarlas en lo espiritual. Cuando dice Jesucristo, "enseñad á todas las naciones," habla de la predicacion, necesaria para la propagacion de la fe: cuando dice, "enseñándolas á guardar las cosas que os he mandado," habla del régimen gubernativo para aplicar y ejecutar la lei, y por consiguiente funda la disciplina. Hai mas: esta mision del apostolado supone un llamamiento hecho al mundo. ¿Quiénes responden á este llamamiento? Los que creen. ¿Cómo son recibidos en el reino de Jesucristo? Por el bautismo. ¿Cuáles son los efectos de esta fe y de este bautismo? La salvacion. "El que creyere y se bautizare se salvará." ¿Qué importa no creer? La condenacion. "El que no creyere, será condenado."

Fieles á este mandato de Jesucristo, los apóstoles, despues de la venida del Espíritu Santo sobre ellos, se reparten el mundo con su celo: todos vuelan á predicar, á bautizar, á gobernar aquellos que fuesen bautizados. A medida que ellos cumplian este santo deber, se multiplicaban las conversiones, el bautismo se administraba á cada uno, y poco á poco fueron formándose las primeras iglesias y constituyendo toda la Iglesia universal. No pasarémos adelante: bastan estos recuerdos históricos para que veais el orígen, el nacimiento de la santa Iglesia de Jesucristo. Veamos, pues, cómo en ella están, sin faltar uno todos los elementos constitutivos de la sociedad; esto es, reunion de individuos racionales, relaciones mutuas, lei comun y autoridad legítima y competente.

VI.

"Fiel es el cristiano: así es que el cuerpo de los fieles es el cuerpo de los cristianos que están en la Iglesia. Cada hombre desde que nace tiene un ser de naturaleza consiguiente á su existencia humana; y como esta existencia es un efecto de la Omnipotencia, es el resultado de la

1, 2 Ya hemos citado los lugares de la Santa Escritura, de donde tomamos estos sagrados textos, en nuestras instrucciones precedentes.

creacion, la relacion mas grande que hai entre Dios y los hombres es la de Creador y creatura. Pero esta relacion no es la que basta para pertenecer á la Iglesia, puesto que en la Iglesia se recibe el ser de gracia, no bastando el de naturaleza. Expliquémonos. Desde que nace el hombre, nace hijo de Adan, y por consiguiente carga sobre sí el pecado de orígen, aquella primera trasgresion de nuestros primeros padres que los constituyó en estado de pecado, los hizo esclavos del dolor y de la muerte y merecedores de una eterna reprobacion. Mas Jesucristo, habiendo padecido y muerto por los hombres, los reconcilió con Dios, pagando su deuda; y por esto, para salvarnos, es necesario que se nos apliquen los méritos infinitos de la redencion. Estos méritos son para todo el que quiera aprovecharlos, pues Jesucristo abrió sus brazos á toda la humanidad; mas como el hombre, en uso de su libertad, puede aprovechar ó no estos méritos, no todo hombre es hijo de la Iglesia, porque no todos han entrado en este reino de Jesucristo. Es pues necesario entrar en la Iglesia para ser miembro de la Iglesia, y á la Iglesia no se entra mas que por una puerta, por la puerta del bautismo. Jesucristo lo manifestó así terminantemente cuando dijo que no habia de entrar á su reino sino solo el que hubiera renacido de la agua y del Espíritu Santo. [1] He aquí por qué nuestro manual catecismo, hablando de este primer sacramento, dice que el bautismo "es un espiritual nacimiento en que se nos da el ser de gracia y la vida de cristianos." Los que no se han bautizado tienen el ser y la vida de la naturaleza, pero de la naturaleza lapsa, de la naturaleza caida, de la naturaleza impotente y muerta por el pecado: naturaleza que es toda tinieblas y errores en el entendimiento, pasiones y vicios en la voluntad; naturaleza que vive segun la carne y que figura en un rango mui inferior á la vida del espíritu. No basta pues ser hombre para entrar en la carrera que debemos andar para salvarnos; es necesario además ser cristiano: porque "¿qué quiere decir cristiano? Hombre que tiene la fe de Cristo que profesó en su santo bautismo," esto es, que tiene la fe del Dios y Hombre verdadero, del Redentor del género humano, del Maestro supremo del espíritu, de aquel en quien todos se pueden salvar, y fuera del cual es imposible la salvacion."

"Mas esta fe de Cristo, cual se nos comunica en el bautismo, es una fe viva y plena, es una fe que entraña la esperanza y radica en la caridad: es aquella fe que no ha padecido todavía menoscabo, aquella fe del que cree lo que Dios dice, espera lo que promete y hace lo que man-

1 Nisi quis renatus fuerit ex aqua et Spiritu Sancto, non potes introire in regnum Dei Joann. cap. III, vers. 5.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

da. Por esto tan profundamente dice nuestro Señor Jesucristo, que el que se bautiza renace del Espíritu Santo: renacer de este Divino Espíritu es recibir, con el sacramento en que se nos comunica, las virtudes que infunde, las virtudes teologales, la fe, la esperanza y la caridad. ¡Dichoso pues mil veces todo el que se bautiza, porque entra en este reino que es todo de esperanza y de salvacion! Pero no basta entrar á la Iglesia; es necesario vivir en ella como un verdadero cristiano, es necesario conservarse dignamente en su seno. El carácter pues de la Iglesia católica pide dos requisitos esenciales en sus miembros: primero, el ingreso á ella por medio del bautismo; segundo la permanencia en ella por medio de la fe y la obediencia. Establecido el individuo en la sociedad católica por medio del bautismo, entra en la posesion de todos los bienes que esta sociedad comunica; mas para continuar poseyendo estos bienes, ha menester, como acabamos de decir, de conservarse en esta sociedad, porque esta posesion sigue la razon directa de la conservacion. Para conservarse en la sociedad católica es necesario retener los elementos que ella comunica para llenar sus deberes; es decir, conservarse en la fe, en la esperanza y en la caridad. Puede existir la primera sin las otras dos; pero ninguna de estas puede existir sin aquella. Resulta de aquí, que la permanencia en la fe de la Iglesia católica es, en último análisis, el requisito fundamental ó la condicion precisa para conservarse en ella. Los que han abandonado absolutamente la fe, reniegan del bautismo y desertan de la Iglesia; mas los que se mantienen en la fe, habiendo perdido la caridad y desnaturalizado su esperanza, reconocen aún su dependencia de todo el cuerpo social, y participan de su solicitud para volver á la vida de la esperanza y de la caridad." [1]

VII.

Siendo esto lo que constituye á los miembros de la Iglesia, estáis viendo mui bien, hermanos é hijos carísimos, que la Iglesia tiene la primera de las condiciones propias de toda sociedad: reunion de individuos racionales. Veamos ahora como no se trata de una reunion casual, puramente numérica, ó meramente convencional. Esta reunion está compuesta de todos aquellos que han ocurrido al llamamiento de Jesucristo, haciéndose cristianos y recibiendo el carácter de tales con

1 Lo que está entre comillas lo hemos tomado de nuestra "Exposicion filosófica, &c. de la doctrina católica."

el sacramento del bautismo. Esta agua sagrada, cayendo sobre la frente del catecúmeno, le da un nuevo ser, un ser de gracia, una nueva vida, una vida de santidad. Infúndensele al hombre las virtudes divinas, y estas virtudes vienen á ser el estrechísimo lazo que une á todos los miembros de la santa Iglesia católica. Míranse todos como hijos de esta santa madre, hai entre ellos una fraternidad cristiana: todos creen unos mismos dogmas; todos están sujetos á unas mismas leyes; todos reciben unos mismos sacramentos; todos veneran un mismo ministerio; todos reconocen á una misma autoridad. Ved aquí, amados hijos, cómo la reunion de los fieles no es una mera aglomeracion de hombres, sino la universal familia de Jesucristo; no son extraños los unos á los otros, sino que todos están unidos por vínculos de estrechísimas relaciones. Luego la santa Iglesia católica tiene tambien el segundo requisito de la sociedad, las mutuas relaciones entre sus miembros.

VIII.

Pero no es esto solo: la Iglesia tiene leyes tambien. Todos los cristianos están sujetos á la lei de Dios, están obligados á guardar y cumplir los mandamientos que impuso á los hombres, que vosotros conocéis y que no han dejado nunca de obligar á la especie humana. Esta lei sacrosanta es eterna como Dios, y ha sido promulgada siempre á los hombres, aunque de diferente manera. En tiempo de los patriarcas esta lei fué comunicada por la palabra interna de Dios al corazon del hombre, y por ser mui conforme á la perfeccion de la naturaleza humana, se llama Lei natural. En la segunda época la comunicó el Señor á Moiés escrita en tablas de piedra, para que la promulgase al pueblo. Cuando vino Jesucristo, esta lei divina, olvidada en gran parte, tuvo una nueva promulgacion con el santo Evangelio, y léjos de haber perdido un solo ápice, recibió toda su plenitud, como lo anunció Jesucristo cuando dijo: "Yo no he venido á quitar la lei, sino á cumplirla." [1] Y como la predicacion del Evangelio fué una gracia de Dios á los hombres, por esto la lei evangélica se llama lei de gracia. En la autoridad de esta lei, en la fuerza misma de las palabras de Jesucristo, descansa el derecho pleno de la santa Iglesia católica, como os lo dirémos despues con mayor extension, para dar leyes á fin de que sea mas explicada y mejor cumplida la lei de Dios. Por esto nuestro manual catecismo, pregun-

1 Nolite putare quoniam veni solvere legem . . . non veni solvere, sed adimplere. Math. cap. V. vers. 18.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

¿ando: "¿para qué son los mandamientos de la Iglesia?" responde: "para mas explicar los de la lei de Dios." Los preceptos divinos, los preceptos eclesiásticos, preceptos que conocéis, que reconoce y acata el universo católico: he aquí las leyes á que están sujetos los fieles, y con ellas el tercer atributo constitutivo de una sociedad.

IX.

Réstanos únicamente hablaros del último requisito, conviene á saber, de la autoridad competente y legítima para gobernar á los fieles que componen la Iglesia.

Ya os hemos explicado las palabras en que Jesucristo nuestro Señor dió á sus apóstoles la mision de predicar el Evangelio por todo el mundo, el derecho y el poder necesario para el gobierno moral de su Iglesia. Vosotros sabéis muí bien que los apóstoles predicaban una doctrina revelada, una doctrina que habia de ser recibida por la creencia y no de otra manera. Pues bien, para que una doctrina sea recibida por la creencia, es necesario que sea propagada con autoridad. ¿Y cuál autoridad reconocéis entre los hombres para ligar la creencia de los pueblos? Ninguna ciertamente. Por esto los que quieren tener el ascendiente de la doctrina, emprenden el trabajo de la demostracion; se empeñan en convencer al entendimiento, porque saben que de otra suerte no serán creidos. El convencimiento es el camino del hombre; la fe es el camino de Dios. Quien viniese á decirnos de sí propio, sin otro apoyo que su razon ó su saber: "oye y cree," atraeria nuestra risa y merecería nuestro desprecio. Para enseñar pues la doctrina y propagarla por la creencia, se necesitaba nada ménos que toda la autoridad de un Dios. Por esto nuestro Señor Jesucristo, ántes de establecer la mision de la enseñanza, comenzó por inculcar su poder: por esto deriva de tal poder tal mision, como lo indica terminantemente el uso de la palabra latina *ergo* que corresponde á nuestra palabra castellana *por tanto*. Con esta nueva explicacion repetirémos aquí el sagrado texto para que le comprendáis mejor: "A mí se me ha dado todo poder en el cielo y en la tierra: por tanto, id, instruid á todas las naciones, bautizándolas en el nombre del padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo; enseñándolas á observar todas las cosas que os he mandado." Ved, pues, hermanos é hijos carísimos, el supremo poder de la Iglesia para enseñar la doctrina y para gobernar toda la universalidad de los fieles, derivado rectísimamente del poder soberano de nuestro Señor Jesucristo sobre los cielos

y la tierra. Si hai aquí un poder de enseñanza y de régimen, el dogma, la moral y la disciplina entran de lleno en los grandes objetos de la mision católica, y sobre ellos es ejercida con un derecho pleno la autoridad de la Iglesia. Ved con cuánta razon nuestro manual catecismo, despues de fijar los caracteres sociales de la Iglesia católica, manifiesta que esta congregacion de fieles, conviene á saber, esta sociedad de todos los cristianos unidos entre sí por los vínculos de la fe, la esperanza y la caridad, sujetos á las reglas de la moral evangélica y á las leyes de Dios y de la Iglesia, está regida por Cristo y el Papa su Vicario.

X.

Habéis visto pues, hermanos é hijos carísimos, que la santa Iglesia de Dios es una verdadera sociedad, porque está compuesta de una reunion de individuos racionales, unidos entre sí por el vínculo de mutuas relaciones, obligados á una lei y sujetos á una autoridad. Adelantemos para concluir una consecuencia explicativa: podrá ser tal vez una redundancia; pero no nos pesa, porque en materia de doctrina no hai precaucion excusada.

La Iglesia es una sociedad: luego necesita un gobierno, porque sin gobierno no hai sociedad posible. La familia tiene el gobierno doméstico, el Estado tiene el gobierno civil. En efecto, para concebir una sociedad sin gobierno, seria necesario concebir un cuerpo sin cabeza, un rebaño sin pastor, un reino sin rei, un movimiento sin fuerza motriz, &c.: no hai medio, ó decir que la Iglesia no es una sociedad, y por consiguiente contradecirse, ó reconocer en ella la sociedad, y admitir por consecuencia forzosa el gobierno.

No hai gobierno sin poder, pues precisamente el poder comunicado para regir la sociedad trasforma al hombre en gobierno. El poder es una condicion esencialísima, porque sin poder para mandar no se concibe la obligacion de obedecer. Tan cierto es esto, que, como deciamos poco há, el mismo Jesucristo ántes de todo comenzó anunciando el poder en su persona. "A mí se me ha concedido, dijo, todo poder en los cielos y en la tierra:" y lo dijo precisamente para establecer en la Iglesia este poder mismo, pues la Iglesia endereza toda su accion á la bienaventuranza eterna. Esta accion de la Iglesia se ejerce en la tierra y surte sus últimos efectos en el cielo. Luego necesita la Iglesia un poder para obrar sobre la tierra, y al mismo tiempo para obrar sobre el cielo, digámoslo así. El poder humano de los gobiernos temporales na-

ce, vive y termina en los límites de una nacion, en los términos de un período del tiempo; no pasa de aquí: el poder de la Iglesia emana del mismo Dios, se desarrolla en el tiempo y obra sobre la eternidad. Por esto Jesucristo anunció en su persona este divino poder, y le anunció despues de su resurreccion gloriosa, cuando habia triunfado de todo, cuando su mision estaba consumada y al acercarse su Ascension á los cielos. Habéis visto cómo el mismo Jesucristo autorizó á sus apóstoles: sabéis que dió á su Iglesia el nombre de reino; que llamó á Pedro piedra del edificio de la Iglesia; que le otorgó sin restriccion de ningun género el poder de atar y desatar aquí en la tierra, ofreciéndole ratificarlo todo en el cielo; que los apóstoles ejercieron de hecho este poder, y que van ya mas de diez y ocho siglos de haberlo ejercitado la Iglesia en todo el mundo. No insistirémos por lo mismo en daros nuevas pruebas acerca de esto, ya porque aquí solo hemos querido limitarnos á daros á conocer el caracter social de la santa Iglesia católica, ya porque tenemos el ánimo de daros varias instrucciones especiales sobre cada uno de los objetos del poder eclesiástico.

Terminamos pues aquí la presente carta, hijos carísimos, exhortándoos mucho á que meditéis estas santas verdades. Ellas derraman bastante luz para no extraviarse en el camino, principalmente cuando el espíritu del error todo lo calcula, todo lo emprende y todo lo acomete para oscurecer la mente de los fieles y sembrar el error en el fondo de las tinieblas. Dios nuestro Señor, que dispone la tierra y la fecunda, os haga dóciles, atentos y solícitos á su palabra celestial, que os explicamos nosotros en su nombre.

QUINTA

INSTRUCCION PASTORAL.

LEYES DE LA IGLESIA CONSIDERADAS EN SI MISMAS, EN SU OBJETO Y EN SUS RELACIONES CON LAS LEYES CIVILES.

CLEMENTE DE JESUS MUNGUIA, por la gracia de Dios y de la Santa Sede Apostólica, Obispo de Michoacan, á los fieles de su diócesis.

Carísimos hermanos é hijos:

En la instruccion precedente os hablamos del carácter social de la Iglesia católica, os apuntámos las pruebas que demuestran evidentemente que la Iglesia es una verdadera sociedad, y concluímos con haceros ver la necesidad de que haya en ella un gobierno, y la institucion de este mismo gobierno verificada con el poder y por la palabra de nuestro Señor Jesucristo. Mas esta primera verdad tiene todavía otras consecuencias que conviene indicar, puesto que se trata de un punto de la mas grave importancia. Para expresarlas ordenadamente, nos ha parecido mui del caso dedicar á ello las instrucciones que sean bastantes. En esta os procurarémos manifestar: primero, que la Iglesia tiene tres órdenes en el objeto de su autoridad, conviene á saber: el órden interior, el órden exterior y el órden público; segundo, que por este solo hecho tiene tambien un triple derecho enteramente relativo á estos tres órdenes, conviene á saber: un derecho interno, un derecho externo y un derecho público; tercero, que el derecho interno, el externo y el público de la Iglesia tienen caracteres distintivos suficientes, para no

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

confundirse nunca con el derecho privado y público de la sociedad civil; finalmente, que miéntras cada órden de leyes esté dentro de la órbita de cada autoridad, no puede haber oposicion ninguna entre el derecho de la Iglesia y el de la sociedad civil. La palabra *Derecho*, significa un conjunto de leyes: así es que el de las que arreglan la conciencia, se llama derecho interno, el de las que arreglan la conducta exterior del individuo, se llama derecho externo, el de las que arreglan toda la economía del gobierno y administracion eclesiástica, se llama derecho público de la Iglesia. Hecha esta explicacion para que entendáis el sentido en que usamos de la palabra derecho, procederémos á tratar por su órden los cuatro puntos que quedan indicados.

I.

Entendemos por órden interior el de todo lo que pasa en el alma, el del pensamiento, el de los deseos, el de los sentimientos mas íntimos, en suma, el de la conciencia. Miéntras el hombre no manifiesta con palabras, ó de alguna otra manera lo que le pasa en su interior, nadie, absolutamente nadie, fuera de Dios, sabe lo que á este hombre le pasa. Cada uno de vosotros es un testigo irrecusable de esta verdad; cada uno la tiene aprendida en su propia experiencia; cada uno puede decir y dice de facto: "lo que yo pienso, lo que yo deseo, lo que maquino, &c., &c., solo Dios y yo lo sabemos: fuera de Dios y yo, lo que en mí pasa es absolutamente ignorado de todos." Tan inaccesible al hombre es por su naturaleza el hombre mismo en su interior, que todo el esfuerzo de los antiguos filósofos fué inútil enteramente para penetrar en la conciencia de cada uno. Multiplicábanse las escuelas, las sectas eran mas ó ménos numerosas; pero el gobierno interior del hombre nunca llegó á tener una institucion en los pueblos. Esta institucion es peculiar y exclusiva del cristianismo, porque solo Dios, que conoce todas las miserias del hombre y es capaz de remediarlas, podia hacer que el hombre le hablase en la persona de sus ministros, descubriéndole cuanto hai de mas oculto y al mismo tiempo de mas vergonzoso en el corazon, para obtener el remedio. La confesion sacramental en que cada uno de los pecadores hace al sacerdote la humilde manifestacion de cuanto le pasa en el alma: he aquí el órden interior puesto exclusivamente á cargo de los ministros de la Iglesia. La confesion sacramental es un juicio interno y es al mismo tiempo una piscina de salud y una carrera de perfeccion. Bajo el primer carácter el sacerdote desempeña los oficios de juez, bajo el segundo desempeña los de médico, bajo el tercero desempeña los de maestro; y como su juicio es de misericordia y de amor, y esta misma virtud preside á sus otros oficios, es justamente reputado al mismo tiempo como padre. Creemos que lo que acabamos de deciros basta para que sepáis que hai en la Iglesia un órden interior y en qué consiste este. Pero los fieles están sometidos á la Iglesia, no solamente en el sistema de lo que pasa en su interior y solo ellos saben, sino tambien en todas sus acciones externas relativamente á la religion y á la moral. Bien sabéis que la lei de Dios y la de la Iglesia tienen preceptos que ligan la conducta exterior, y cuya infraccion ó cumplimiento están á la vista de todos; tiene sacramentos que administra públicamente, y cuya validez ó nulidad en algunos de ellos las decide de una manera exterior. No multiplicarémos los ejemplos: vosotros mismos conocéis este órden, tenéis en él la parte que corresponde á todo cristiano, y no necesitáis, por cierto, de prueba ninguna para estar plenamente convencidos de su existencia.

El órden público es el concierto y armonía que reina en el ejercicio público y universal de la autoridad y el ministerio de la Iglesia. La gerarquía eclesiástica, compuesta del Papa, los Obispos, los presbíteros y todos los ministros eclesiásticos, es un objeto tan visible, que todo el mundo le conoce: el ejercicio constante de la autoridad y ministerio eclesiástico de esta gerarquía se hace sentir igualmente en todo el mundo: pública es la accion del Papa sobre la universalidad de los fieles: públicas son y generalmente notorias las juntas de los pastores formando concilios ya generales, ya particulares: público es el ejercicio de la autoridad y ministerio episcopal en cada diócesis: públicas son en los paises católicos las relaciones entre la Iglesia y el Estado. Luego la Iglesia, además del órden interior que rige la conciencia y del exterior que rige la conducta de cada uno de los fieles, tiene un órden público que afecta de lleno á toda la sociedad católica.

II.

Ya sabéis, hermanos carísimos, lo que viene á ser el órden en todas las cosas, y de aquí podéis mui bien inferir que la permanencia del órden supone la existencia y la aplicacion de una regla conveniente y adecuada. Sin regla no hai órden posible. El órden es, aun en los objetos puramente materiales, aquella colocacion propia que tienen las cosas cuando estan puestas cada una en su lugar, el concierto y bue-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

na disposicion en que todo se halla. Este órden en la naturaleza es el pensamiento de Dios hecho visible en la disposicion de todo cuanto ha creado. El órden es hijo de Dios: considerad su esencia, contemplad sus atributos, examinad sus obras: donde quiera encontraréis la armonía, donde quiera hallaréis el concierto, donde quiera descubriréis nuevos motivos de admiracion, al observar la concordia maravillosa con que las partes de cada objeto están distribuidas para componer un todo perfecto, y cómo todas las cosas están sometidas á la lei de la unidad, á esta lei eterna que pone un sello divino sobre todas las cosas que han salido de las manos de Dios. Si levantais al cielo vuestros ojos, veréis el sol, la luna, las estrellas guardando entre sí un concierto maravilloso; si los bajáis á la tierra, veréis el mismo concierto en todos los objetos materiales que no han caido todavía bajo la accion del poder humano.

Ahora bien, por una semejanza perfecta decimos que hai un órden moral cuando este concierto y armonía que reina en el mundo físico, aparece tambien en el hombre. Este ser se distingue de los otros por la razon y la libertad: piensa y obra por un movimiento libre de su albedrío: como es libre, puede obrar bien ó puede obrar mal, puede concertar su voluntad con la regla, ó puede tambien apartarse de esta: es capaz de órden y de desórden. En el pensamiento de Dios la humanidad fué creada para el órden, y á fin de que no se extraviase, tuvo reglas fijas de conducta, elevadas á la clase de leyes y sancionadas con la felicidad ó infelicidad eternas. Ved aquí cómo para el órden ha sido establecida la lei. Por esto la lei divina es, como se explican los teólogos: "la razon divina ó voluntad de Dios, que manda conservar y prohibe perturbar el órden natural." Este objeto van teniendo á su turno todas las leyes diversas; la conservacion del órden respectivo. En la familia, el gefe de ella da sus disposiciones para conservar el órden doméstico; en las naciones sus respectivos gobiernos dan leyes para conservar el órden social: esto es bastante claro.

Las nociones sencillas que acabamos de daros acerca del órden, y la imposibilidad absoluta de que haya órden sin lei os manifiestan igualmente, amados hijos, que si en la santa Iglesia católica hai tres órdenes que guardar, esto es, el interno de la conciencia, el externo de la conducta individual, y el público de toda la sociedad, debe por lo mismo haber tres clases de leyes, y como cada clase de ellas constituye un derecho, pues que derecho quiere decir reunion de leyes, es claro clarísimo que la santa Iglesia católica tiene un Derecho interno para regir la conciencia de cada uno en el órden puramente espiritual, un

Derecho externo para gobernar la conducta de cada uno en lo exterior y un Derecho público para conservar el órden público en toda la gerarquía de su autoridad y ministerio.

III.

¡Pero qué! ¿las leyes de la Iglesia no podrán confundirse con las de la sociedad civil, establecidas tambien para conservar el órden? No. Cada sociedad tiene su objeto y su fin; cada una tiene sus medios análogos á este objeto y á este fin. A cargo de la autoridad civil está la felicidad temporal; á cargo de la sociedad eclesiástica está la felicidad eterna: el gobierno temporal, aunque entra en los planes eternos de Dios, tiene una derivacion humana; el de la Iglesia tiene una derivacion divina: el dogma y la moral en sus relaciones con la conciencia son los objetos en que se versa el poder eclesiástico, las acciones externas en sus relaciones con el bienestar exterior y temporal de los ciudadanos son los objetos sobre que se versa la legislacion civil de las naciones.

Siendo tan diversos así el fin y el objeto de cada legislacion, diversos tambien deben ser los medios de que se sirva cada una para conservar el órden respectivo: la fuerza física, la represion material, la deportacion, el destierro, la muerte misma: tales son los medios de que se sirve la autoridad temporal para que se cumplan las leyes: la fuerza moral, la represion espiritual, el extrañamiento de la comunion católica, la censura, &c., &c., tales son los medios que sirven á la autoridad de la Iglesia para que se cumplan sus cánones. Ved pues, hermanos carísimos, cómo cada sociedad, cada legislacion, cada cuerpo de leyes tiene caracteres tan propios y exclusivos, que no es posible, cuando se obra de buena fe, llegarlos á confundir.

IV.

Mas como estas dos sociedades, la eclesiástica y la civil, viven juntas en todas partes, por explicarnos de esta suerte, pues están compuestas de los mismos individuos y nacen precisamente de la doble relacion que cada hombre tiene; una con Dios, que funda la religion y de donde nace la Iglesia; otra para con el prójimo, que funda la sociedad, y donde nacen la familia y el estado; y como en los paises católicos estas dos sociedades no solo viven juntas, sino que están en buena inteligencia,

002621

tienen vínculos estrechos y se dan mutuamente la mano, como suele decirse; el derecho de cada una debe ser considerado, no solamente con separacion, sino tambien en sus relaciones mutuas. En virtud de estas relaciones mutuas, y solo por ellas, vemos que los códigos civiles traen algunas leyes pertenecientes al órden espiritual, sabemos que las autoridades eclesiásticas traen tambien ciertas disposiciones tocantes á lo que por su naturaleza es civil. Mas lo esencial en cada legislacion, lo propio de cada sociedad, es lo que se deriva de su principio propio, lo que se dirige á su propio fin, lo que camina por el sistema de medios análogos á este principio y á este fin. ¿Qué se infiere de aquí? que aunque se hallan en contacto estas dos sociedades, no pueden confundirse nunca de buena fe sus respectivos derechos.

Hai mas: tampoco pueden hallarse nunca en oposicion las leyes de la Iglesia con las leyes del Estado cuando cada una de ambas potestades obra dentro de los límites de su institucion, de su objeto y de su fin. Esto es bastante claro: las leyes de la Iglesia tienden, como lo sabéis y os lo hemos recordado no há mucho, á la mejor inteligencia y mas exacta observancia de la lei de Dios. Toda la moral, todas las reglas de la conducta, todos los deberes de la religion, todas las cosas conducentes al culto divino, están y han estado siempre á cargo de la autoridad eclesiástica por la palabra del mismo Jesucristo, y la santa Iglesia católica siempre ha estado en posesion de este derecho y le ha ejercido siempre con mas ó ménos facilidad, con mas ó ménos dificultades y obstáculos por parte de los hombres, segun la diversidad de los tiempos, el carácter de las sociedades, el influjo de las circunstancias y la disposicion de los gobiernos.

¡Pero qué! ¿de hecho no han existido en diferentes épocas oposiciones diversas y en alto grado alarmantes entre las leyes de la Iglesia y las leyes del Estado? Las ha habido, amados hijos, y mui terribles en verdad, como lo manifiesta la Historia. Durante los tres primeros siglos de la Iglesia fué mui alarmante, y desastrosa sobre todo encarecimiento esta oposicion; pero esto sucedió precisamente porque los gobiernos, usurpando los derechos de Dios, querian obligar á los fieles á adorar dioses falsos, porque mandaban cosas contrarias á la lei divina y herian directamente la conciencia.

En el siglo diez y seis hubo tambien la oposicion escandalosa de que ya os hemos hablado al referiros el orígen de las sectas protestantes; pero esto fué porque el gobierno temporal usurpó la soberanía espiritual, se apellidó gefe de la Iglesia y convirtió su poder contra la Santa Sede Apostólica. Si en lugar de proceder así, hubieran obrado

los gobiernos temporales de otra suerte, sujetándose á los límites de su respectivo poder, es claro clarísimo que no habria existido ni la mas pequeña oposicion entre las leyes de la Iglesia y las leyes del Estado.

V.

¿Cuál deberá ser pues, la conducta de los fieles, en todos aquellos casos en que manifiestamente se les obligue á faltar á la lei de Dios? El primer precepto del Decálogo es tan claro y terminante sobre este punto, que no deja lugar ninguno á la vacilacion y á la duda. "Amarás á Dios sobre todas las cosas:" he aquí el precepto. ¿Qué es amar á Dios sobre todas las cosas? querer ántes perderlas que ofenderle: he aquí la inteligencia del precepto, como le explica nuestro manual catecismo. Por esto decia Jesucristo que este era el precepto por excelencia, el precepto superior á todo, el gran precepto de Dios: por esto decia, "que el que no es con Dios, es contra Dios, que nadie puede servir á dos señores, &c., &c." Por esto los apóstoles, cuando se les queria obligar en algo contra la lei y contra su ministerio, tenian la costumbre de responder á las autoridades: "No nos es lícito el desobedecer á Dios para obedecer á los hombres:" por esto en los tres primeros siglos del cristianismo y en todas las épocas de persecucion los verdaderos fieles han querido mas bien sufrir las cárceles, los destierros, los tormentos y la muerte misma, que ofender á su Dios.

VI.

Tales son, amados hijos, las reflexiones que nos ha parecido conveniente haceros acerca de las leyes de la Iglesia consideradas en sus motivos, en su objeto y en sus relaciones con las leyes humanas. Estas nociones son conformes á los principios de la constitucion de la Iglesia; y por lo mismo debemos ver como otras tantas consecuencias del carácter social de la Iglesia católica, sobre lo que os hablamos en la precedente carta: primero, que teniendo á su cargo la Iglesia el órden interno, el órden externo y el órden público de la sociedad que ella forma, y dentro de los límites de su objeto y de su fin, tiene por el mismo hecho un derecho interno, un derecho externo y un derecho público: segundo, que teniendo este derecho un objeto, un fin y por consiguiente, medios diversos del que rige á la sociedad civil, se distingue perfectamente de

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

éste y no puede confundirse con él: tercero, que por esta diversidad misma no puede haber oposicion entre la legislacion eclesiástica y la legislacion civil cuando cada poder obra dentro de sus límites de su objeto y de su fin.

Y como toda esta instruccion la hemos encaminado á mostraros la excelencia de la lei de Dios sobre todas las otras leyes, concluirémos esta carta exhortándoos eficazmente á guardar y cumplir esta lei sacrosanta. El amor de Dios es el estado de la caridad en el hombre, el estado de la caridad es el de su perfeccion moral, el de su camino al cielo, es el mas perfecto, es el mas santo. Porque ¿quién es ante Dios el mayor y mas santo? El que tiene mayor caridad sea quien fuere. ¿Y quién tiene mayor caridad? El que mejor guarda los mandamientos. Concluirémos, pues, esta instruccion recordando la doctrina del Sabio. Todo lo que no conduce á Dios, es vanidad: todo lo que nos encamina hácia él, es lo único que vale, lo único que nos hace dignos de ser hombres, lo único que valoriza nuestra existencia en la cuestion de la felicidad. "Teme á Dios y guarda sus preceptos; porque esto es el todo del hombre." [1]

1. Deum time, et mandata ejus observa: hoc est enim omnis homo. Eccles., cap. XII, vers. 13.

SEXTA

INSTRUCCION PASTORAL.

AUTORIDAD DOGMATICA DE LA SANTA IGLESIA CATOLICA.

CLEMENTE DE JESUS MUNGUIA, por la gracia de Dios y de la Santa Sede Apostólica, Obispo de Michoacan, á los fieles de su diócesis.

Hermanos é hijos carísimos:

Os hemos hablado en nuestra instruccion última del órden interno, externo y público de la santa Iglesia, del derecho correspondiente á cada uno de estos tres órdenes, de los límites de este derecho y de sus relaciones con el derecho privado y público de la sociedad civil. En el órden interior, ó sea la conciencia, figuran todos los objetos de la mision divina de la Iglesia, esto es, las verdades que debemos creer, las promesas cuyo cumplimiento debemos esperar y las leyes que debemos cumplir, y en el órden exterior y público, esto es, en el sistema de la conducta exterior de cada uno, y en el cuadro general de la sociedad católica se manifiesta igualmente cada una de las cosas dichas.

La fe, la esperanza y la caridad, animando el espíritu, y gobernando la conducta, son pues los grandes objetos en que la Iglesia ejercita su poder, y de aquí nace como una consecuencia rectísima que la santa Iglesia tiene una autoridad dogmática para conservar y propagar la doctrina, una autoridad moral para regir las costumbres, y una autoridad tambien para establecer y hacer observar la disciplina

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Estos tres grandes objetos figuran mas ó ménos en los tres órdenes que hai en la Iglesia: en el interno, porque creer los dogmas, guardar los preceptos y obedecer las leyes eclesiásticas son cosas que obligan en conciencia: en el externo, porque la fe, la moral y la subordinacion propia de la observancia de la disciplina deben manifestarse aun en nuestra conducta exterior: finalmente en el órden público, porque pública es, y universal al mismo tiempo, la accion de la autoridad y el desempeño del ministerio en materia de fe y de moral.

Estas reflexiones sencillas y naturales bastan, amados hijos, para que véais que los objetos de la autoridad de la Iglesia son tres; conviene á saber: el dogma, la moral y la disciplina. Mas no queremos reducirnos á estas indicaciones generales: la suma importancia de la materia nos conduce naturalmente al empeño de explicaros con mayor detenimiento cada uno de estos tres puntos. Deseosos, pues, de hablaros de la manera mas á propósito para vuestro aprovechamiento, el cual es mayor cuando hai ménos fatiga de parte de la atencion, nos reducirémos aquí á tratar de la suprema autoridad de la Iglesia en materia de dogma. ¿En qué se funda esta autoridad? He aquí un punto de la mayor importancia. Él es el gran principio de toda la doctrina canónica, y por lo mismo debe ser explicado mui cuidadosamente por los pastores á los fieles. Él será, pues, el asunto exclusivo de esta instruccion.

I.

Para manifestar clara y distintamente la autoridad que la santa Iglesia recibió de nuestro Señor Jesucristo para conservar en toda su pureza, distribuir en todo el cuerpo de los fieles y defender de todo género de ataques la doctrina católica, es necesario, hermanos carísimos, tener presente aquellas palabras que ya os hemos citado en nuestras instrucciones precedentes, y que os repetirémos ahora tambien, porque son el primer fundamento de la doctrina sobre la autoridad de la Iglesia: "Id pues, é instruid á todas las naciones, bautizándolas en el nom-" bre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo: enseñándolas á ob-" servar todas las cosas que os he mandado. Y estad ciertos que yo " estaré continuamente con vosotros hasta la consumacion de los si-" glos." En estas palabras, que se hallan escritas en el Evangelio de S. Mateo, cap. XXVIII, versículos 19 y 20, lo encontramos todo; el orígen, el carácter, el objeto, la extension y duracion de la autoridad plena de la santa Iglesia sobre la doctrina.

Estas palabras fueron dirigidas en cuerpo á los once apóstoles que habian permanecido fieles, esto es, á San Pedro y á todos sus hermanos en el apostolado, en una montaña de Galilea despues de resucitado Jesucristo y ántes de subir á los cielos; es decir, cuando habia cumplido plenamente su mision de enseñar, padecer y morir por los hombres; cuando glorioso por el triunfo que habia conseguido sobre la muerte misma, les anuncia su poder soberano en los cielos y en la tierra; cuando estando ya para subir á la diestra de su Padre, procedió á instituir la santa Iglesia en las personas de sus apóstoles. Estos, pues, representaban allí á la Iglesia docente, ó para mejor decir la componian. Pedro, príncipe de los apóstoles es en el oficio, mision y potestad el Sumo Pontífice de la Iglesia, y cada Sumo Pontífice que aparece, es el mismo Pedro en cuanto al oficio y autoridad. Los otros apóstoles que allí estaban son, lo mismo que todos los obispos de la cristiandad, los maestros y pastores de sus respectivas Iglesias bajo la dependencia y gobierno del Sumo Pontífice. Esto es mui claro: porque ya deberéis suponer que, hablando Jesucristo de una institucion que habia de durar hasta la consumacion de los siglos, la potestad que comunicaba á sus apóstoles no era personal sino real, no habia de acabar cuando ellos muriesen, sino que habia de pasar á todos sus sucesores hasta el fin del mundo. Os hemos hecho esta explicacion, para que entendáis que lo que se dijo á Pedro y sus hermanos, se dijo á la Iglesia toda; que la autoridad que Pedro y sus hermanos recibieron inmediatamente de Jesucristo, la han tenido, tienen y tendrán todos los obispos del orbe. Ya por aquí vendréis en conocimiento de toda la fuerza que tienen las palabras que os hemos referido del santo Evangelio, para probar con toda evidencia la suprema autoridad de la Iglesia católica en materia de doctrina; pero á mayor abundamiento vamos á explicaros cada una de ellas con particular detencion.

II.

La primera palabra es esta: *Id*. ¿Qué importa esta palabra? la mision. ¿Qué quiere decir mision? Mision quiere decir el acto de enviar á una ó muchas personas para decir ó hacer algo. La mision es de tal manera necesaria para la legitimidad del acto que se verifica en nombre de otro, que sin ella todo es malo, todo es una impostura. ¿Qué diríais vosotros, si alguno fuese á hacer ó decir algo en vuestro nombre sin haberle mandado vosotros? que era un falsario, que no merecia cré-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

dito ninguno: le demandaríais ante un juez como un criminal, si se tratase de alguna cosa grave, de algun daño que exigiese reparacion. Por esto se llaman impostores todos esos que se atribuyen una mision que no han recibido. Lo primero, pues, que debemos buscar en la Iglesia docente, es decir, en el cuerpo de los pastores, para conocer y acatar su autoridad, es la mision; y esto es precisamente lo que hacia decir á San Pablo en el capítulo X, versículos 14 y 15 de su epístola á los romanos: "¿Cómo le han de invocar, habla del nombre del Señor, si "no creen en él? O ¿cómo creerán en él, si de él nada han oido ha- "blar? Y ¿cómo oirán hablar de él, si no se les predica? Y ¿cómo ha- "brá predicadores, si nadie los envía?" Ved, pues, hermanos ó hijos carísimos, cuán importante era esta mision para que el mundo fuese salvo en la palabra de Dios oida y guardada. Todo el plan de la religion se dirige á la union del hombre con Dios por medio de Jesucristo: nadie se salva sino en su nombre. Mas para que tal cosa se realizara, todos debian invocar este nombre; para que todos invocasen este nombre, debian creer en él; para que todos creyesen en él, debian conocerle por la fe; para que pudieran conocerle por la fe, era necesario que oyesen hablar de él á quienes estuvieren encargados de ir á mostrarle. Por esto dice San Pablo que "la fe proviene del oir, y el oir depende de la predicacion de la palabra de Jesucristo." [1] Mas la palabra de Jesucristo, hermanos carísimos, no puede ser predicada sino por él mismo y por aquellos á quienes instituye predicadores de su Evangelio. Por esto nuestro Señor Jesucristo predicó en persona su doctrina divina durante su vida mortal, es decir, aquella vida que tuvo como hombre, de la cual se desprendió en la cruz al morir, y la cual volvió á tomar cuando resucitó; y por esto mismo, cuando ya estaba para volverse al cielo, su primer cuidado fué dejar en la tierra quienes predicasen su palabra. Por esto citó á sus apóstoles para un lugar de Galilea, y cuando ya estuvieron reunidos en su presencia, les dijo: *Id, enseñad á todas las naciones.* Ved aquí la mision de la Iglesia católica. Jesucristo es enviado por el Padre, como él mismo lo inculcaba; y los apóstoles fueron enviados por Jesucristo: "Así como mi Padre me ha enviado á mí, decia, así yo tambien os envio á vosotros." [2] Preveia sin duda nuestro Señor Jesucristo que con el trascurso del tiempo se levantarian impostores que quisiesen usurpar su nombre, ó herejes que pretendiesen falsear la mision de su apostolado, ó tiranos que tomasen empeño en cerrar los labios del apóstol, y por esto se esmeró tanto en

1 Fides ex auditu, auditus autem per verbum Christi. Rom., cap. X, vers. 17.
2 Sicut misit me Pater, et ego mitto vos. Joann. cap. XX, vers. 21.

dar á la mision del sacerdocio títulos incontestables. Por esta razon, para que ni los pueblos, ni los gobiernos humanos pudiesen alegar nunca el menor derecho en este punto, habia dicho desde ántes á sus apóstoles lo que ningun gobierno, ninguna autoridad humana puede decir jamas á los pueblos. "No sois vosotros los que me habéis elegido á mí, "yo soi quien os he elegido á vosotros; y os he puesto, instituido y es- "tablecido para que vayais, y deis frutos, y frutos que permanezcan siempre." [1]

Ved aquí, hermanos carísimos, la mision de la Iglesia católica, ved aquí el significado neto y preciso de esta primera palabra del sagrado texto, que citamos al principio: *Id.* No cabe duda pues en que la Iglesia tiene una mision divina, en que el cuerpo de sus pastores, representados en los once discípulos que estaban presentes en Galilea, fueron enviados inmediatamente por Jesucristo. Pero ¿á dónde fueron enviados y con qué objeto? Para saberlo, continuemos en el estudio del mismo texto sagrado.

III.

Las palabras que inmediatamente siguen, son estas: *Enseñad á todas las naciones.* El plan de nuestro Señor Jesucristo fué la salvacion del mundo: por esto llama indistintamente á todos alrededor de su cruz: por esto, el profeta Isaías brinda con la redencion á todo el género humano, pues que asegura la salvacion á cuantos crean en Jesucristo: "Cuantos creen en él, dice, no serán confundidos:" por esto el profeta Joél en el capítulo II, versículo 32, dice: "Todo aquel que invocare el nombre del Señor, será salvo." Por esto finalmente, el apóstol San Pablo mira de todo punto arrasado el antiguo muro que aislaba entre todas las naciones al pueblo escogido para ser el depositario de todas las promesas. "No hai distincion ya de judío y de gentil, dice, por cuanto uno mismo es el Señor de todos, rico para con todos aquellos que le invocan." [2]

Siendo pues el designio de Jesucristo el que los beneficios que trajo al mundo fuesen aprovechados por todos los hombres, la mision que dió á sus apóstoles no se redujo á un pueblo, á una sola nacion, á una determinada parte de la tierra: los mandó á todas partes, sin exceptuarles siquiera un solo punto de este globo que habitamos: *Id por todo el*

1 Non vos me elegistis; sed ego elegi vos, et posui vos ut eatis, et fructum afferatis: et fructus vester maneat. Joann, cap. XV, vers. 16.
2 San Pablo á los Romanos, cap. X, vers. 12.

mundo, les dijo, segun vemos en el capítulo XVI, versículo 15 del Evangelio de San Márcos. Despues de esto no creemos necesario, amados hijos, deciros otra cosa en comprobacion de la universalidad que en sí tiene la mision de la Iglesia para predicar la doctrina. Por esto el profeta Isaías, divinamente inspirado, se extasiaba contemplando las gloriosas peregrinaciones de los apóstoles, cuando las estaba viendo solamente en el porvenir: "cuán felices, decia, son los piés de estos que " van á mostrar el Evangelio de la paz, el de las eternas promesas y " verdaderos bienes á todos los pueblos." En espíritu veia tambien á los apóstoles el Profeta-Rei, visitar á todas las naciones, como lo manifiesta en el versículo 5, del XVIII, de sus salmos. "Su voz ha reso- " nado por toda la tierra, hanse oido sus palabras hasta las extremida- " des del mundo." Vosotros mismos, ¿no estáis viendo este apostolado esparcido por todo el orbe? verdad es que no todos los hombres son cristianos; mas no por esto la Iglesia santa deja de hacer sentir su presencia en todas partes. Todavía, en estos mismos tiempos, su cándida vestidura está enrojecida con la sangre de sus mártires: todavía se presenta en las naciones infieles por medio de sus misiones, para darles á conocer á Jesucristo crucificado, para hacerlos entrar en la carrera de la salvacion por medio de la fe.

El objeto pues con que los apóstoles fueron enviados á todo el mundo, es la enseñanza de las verdades católicas. "Enseñad á todas las naciones," leemos en San Mateo: "Predicad el Evangelio á toda creatura," leemos en San Márcos. Ahora bien, ¿qué importa la mision de la enseñanza? Tres cosas: primera, predicar la doctrina, explicar debidamente todo lo que ella contiene; segunda, conservar ileso este depósito divino, esta doctrina celestial; tercera, combatir el error donde quiera que se presente, y sea cual fuere la fuerza de que se sirva para prevalecer. Esto es bastante claro; pero á mayor abundamiento ampliarémos en esta parte nuestra explicacion, con el fin de que comprendáis que la enseñanza católica es en toda la extension de la palabra una verdadera autoridad.

IV.

En el sagrado texto, Jesucristo dice: "Instruid á todas las naciones:" luego continúa con estas palabras, "bautizándolas en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo:" en seguida previene á sus apóstoles, que enseñen á los fieles á observar las cosas que él ha mandado, y por último, concluye asegurándoles que estará continuamente con ellos hasta la consumacion de los siglos. Lo primero instituye la predicacion; lo segundo funda el derecho que la Iglesia tiene para recibir como hijos y súbditos suyos á cuantos sean bautizados; lo tercero manifiesta claramente que la enseñanza de que se trata, importa, no simplemente una predicacion, sino un gobierno moral: la primera, habla al entendimiento con la verdad, á la voluntad con el bien, á la libertad con la pintura del premio y de la pena eterna; mas lo segundo, es no solo esto, sino régimen, gobierno, mando por una parte y obediencia por otra: lo cuarto, finalmente, prueba con toda evidencia que cuanto la Iglesia explica, dispone y ejecuta en virtud de su mision, lo hace en el nombre y con el poder de Jesucristo. Si la Iglesia recibió con tal amplitud, como ya hemos visto, la mision divina de enseñar, es claro clarísimo, que por solo este hecho tiene á su disposicion: primero, el depósito de la verdad; segundo, el derecho de explicarla; tercero, la autoridad para definirla; cuarto, un poder plenísimo para defenderla.

Tan cierto es lo que os acabamos de decir, que nuestro Señor Jesucristo no vaciló en identificarse él mismo, y aun á su Padre celestial con la santa Iglesia católica: "El que os escucha á vosotros, dijo á sus " apóstoles, como leemos en el capítulo X, versículo 16, del Evangelio " de San Lúcas, me escucha á mí, y el que os desprecia á vosotros, " me desprecia á mí: y quien á mí me desprecia, desprecia á aquel que " me ha enviado." Ved, pues, cuán grande, cuán cierta es la autoridad dogmática de la Iglesia docente, pues toda ella estaba representada entónces en Pedro y los demás apóstoles, lo ha estado despues, lo está hoi, y lo estará siempre hasta la consumacion de los siglos, en el Sumo Pontífice que es el sucesor de San Pedro, y todos los obispos, que son los sucesores de los apóstoles. Por esto mandó Jesucristo que tuviéramos como gentil y publicano al que no quisiese oir á la Iglesia.[1] Por esto previno terminantemente á sus apóstoles, que sacudiendo el polvo de sus piés, saliesen de la casa ó ciudad que no quisiese recibirlos ni escuchar sus palabras. "En verdad os digo, añadió, que Sodoma " y Gomorra serán tratadas con ménos rigor que tal ciudad el dia del " Juicio."[2]

En estos lugares de la Santa Escritura veis, amados hijos, no solo confirmada sino terriblemente sancionada esta autoridad dogmática de

1 Si Ecclesiam non audierit, sit tibi sicut ethnicus et publicanus. Math., cap. XVIII vers. 17.

2 Math., cap. X, vers. 14 et 15.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

la Iglesia católica. Todo el mundo debe recibirla, esto es, reconocerla, venerarla y amarla: todo el mundo debe oir sus palabras, esto es, escuchar su predicacion, creer las verdades que anuncia, someterse á sus decisiones dogmáticas: he aquí el precepto. ¿Cuál es la sancion? La Iglesia saldrá del que no la recibe, del que no la escucha, sacudiendo el polvo de sus piés, es decir, el apóstol saldrá de la casa infiel que no viene á su llamamiento; la Iglesia sacará de su comunion al miembro que la desconoce, como un miembro podrido. ¿Y cuál será la suerte del que así procede? La venganza del cielo será mas terrible para él, que lo fué la cólera de Dios para Sodoma y Gomorra.

V.

"Hemos citado ya el lugar de la Escritura en que Jesucristo, anunciando su poder, le comunica para que se salven todas las gentes, y solo añadirémos aquí que, despues de haber hecho tales anuncios y comunicado una mision tan sublime, anunció su presencia invisible pero real por toda la carrera de los siglos. "Yo estoi con vosotros, les dijo, todos los dias hasta la consumacion de los siglos." Profundicemos un tanto este lugar sagrado; pesemos una por una estas palabras divinas. *Yo.* ¿Quién habla? Jesucristo, el Verbo de Dios, la sabiduría de Dios, la verdad eterna, Dios mismo: Jesucristo, que encarnó en el vientre de una Vírgen, quiso que su verdad increada encarnase tambien, por explicarnos de esta suerte, en el entendimiento del hombre: Jesucristo, que apareció revestido de nuestra propia naturaleza para que el mundo le viese, tocase y conociese, y que, predicando una doctrina divina, presentando el ejemplo de una conducta divina, obrando maravillas esencialmente divinas, dejando traslucir á un Dios en la misma muerte del hombre, se acreditó Dios y hombre verdadero de la manera mas espléndida, mas gloriosa, para que su mision no fuese disputada: he aquí la primera palabra. *Estoi con vosotros.* ¿Qué quiere decir esto? ¿Por qué Jesucristo dice "estoi" y no "estaré?" ¡Oh sentido divino! ¡Oh sabiduría infinita! ¡Oh profundidad insondable de los consejos de Dios! Este *estoi* de Jesucristo dicho á sus apóstoles vale tanto como el *Soi el que soi* de Dios dicho á Moisés. Este estoi quiere decir presencia constante, presencia esencial, presencia no interrumpida, presencia perfecta, presencia indefectible. "Yo estoi con vosotros:" luego Jesucristo reside en su Iglesia; y por esto se ha dicho con tanta verdad, que la Iglesia está regida por Cristo; que Cristo es la cabeza invisible de la Iglesia. "Yo estoi:" luego la Iglesia ve las Santas Escrituras con los ojos de Jesucristo, las

entiende con el entendimiento de Jesucristo, las explica con las palabras de Jesucristo. "Yo estoi:" luego Jesucristo habla por la voz de la Iglesia."

"*Todos los dias.* Luego esta presencia de Jesucristo no es incierta, no es parcial, no es precaria. No habrá un solo periodo de tiempo en que Jesucristo falte de su Iglesia."

"¿Y á cuánto tiempo se extiende esta promesa? ¿Acaso al que habia de medir la vida de los apóstoles? No. Jesucristo quita todo lugar á la cavilacion heresiarca con estas últimas palabras, *hasta la consumacion de los siglos.* Los apóstoles no habian de vivir hasta la consumacion de los siglos, como no vivieron de facto: hicieron su carrera, llenaron su mision y bajaron al sepulcro. Jesucristo habla con los apóstoles, pero se refiere al apostolado, se refiere á la Iglesia misma, á la Iglesia militante, única que habia de durar hasta la consumacion de los siglos."

"Tan terminante es este lugar de la Escritura, tan obvia su inteligencia, tan litoral su sentido y tan fácil y sencilla su aplicacion, que nos detenemos aquí para pasar al argumento que se funda en la tradicion."[1]

VI.

"Un teólogo contemporáneo se explica en estos términos: "Lo que ha sido constantemente creido desde los apóstoles hasta nosotros, no admite la menor duda." Pues bien: desde los apóstoles hasta nosotros ha sido creido que Jesucristo instituyó en la Iglesia un cuerpo docente, infalible. En efecto, desde los primeros siglos de la Iglesia hasta el tiempo de los protestantes se han llevado al tribunal de los pastores docentes todas las cuestiones suscitadas acerca de la fe, no solo en el seno de la Iglesia romana, sino hasta en las mismas sectas separadas de ella; y el pueblo cristiano ha creido constantemente que el suscribir á las decisiones de estos pastores era un riguroso deber. Así en la controversia suscitada entre los fieles de Antioquía sobre las observaciones legales, vemos en el capítulo XV de los Hechos apostólicos que Pablo y Bernabé fueron enviados á consultar á los apóstoles: entónces estos y los ancianos se reunieron para examinar aquella contienda, y emitieron su sentencia en esta forma: "Nos ha parecido al Espíritu Santo y á nosotros." Muertos los apóstoles y recrudecidas aún las persecuciones,

1 Esto lo hemos tomado casi literalmente de nuestra obra sobre la doctrina católica.

los pastores de la Iglesia se congregaban frecuentemente para definir los dogmas de la fe y proscribir las herejías. De esta manera fué congregado el concilio de Antioquía contra Pablo Samosata; de esta manera se celebraron á causa de los rebautizantes muchos concilios en Roma y en Africa, donde los pastores definieron en todas las cosas como jueces de la fe. Cuando la Iglesia gozó ya de paz, se reunieron tambien muchos y solemnísimos concilios, no solo entre los católicos sino hasta entre las mismas sectas heréticas y cismáticas: de esta suerte los arrianos celebraron concilios y daban definiciones de fe: los griegos cismáticos y demas sectas orientales se creian con la autoridad de pastores: hechos ámbos de que no se concluye nada en favor de los herejes y cismáticos; pero sí se prueba que todos estaban en la inteligencia de que los pastores tenian el derecho de definir acerca de los dogmas."

"Esta práctica está confirmada tambien por el testimonio de los Padres. Orígenes en la homilía V sobre Jeremías, dice que la Iglesia de Dios vivo está resguardada con la verdad del Verbo: San Basilio, en la epístola centésima décimacuarta, refiriéndose á la fe del concilio de Nicea, se explica en estos términos: "No desecheis en ella ninguna palabra, sino ántes bien, tened entendido que trescientos Padres, que han estado unánimes sin ninguna diferencia, no han hablado sin la inspiracion del Espíritu Santo." "La santa Iglesia, dice San Agustin en su tratado del Símbolo, la Iglesia una, la Iglesia verdadera, la Iglesia católica, combatiendo contra todos los herejes, puede contender, pero nunca ser vencida: las puertas del infierno no la han de vencer."[1]

VII.

La exposicion que os acabamos de hacer del sagrado texto con que dimos principio, prueba claramente, amados hijos: en primer lugar, que la santa Iglesia católica recibió inmediatamente de Jesucristo una mision divina como lo manifiestan estas palabras: *Id:* en segundo, que esta mision, léjos de reducirse á determinados pueblos, se extendió á todo el universo, á todo el género humano, como lo manifiestan estas otras: *Enseñad á todas las naciones*, y tambien estas que leemos en San Lúcas: *Id por todo el universo, predicad el Evangelio á toda criatura;* en tercer lugar, que esta mision de enseñanza no estaba limitada á sola la predicacion, sino que abrazaba el régimen, el gobierno de

1 Bouvier. Institutiones theologicæ. Tract. de Vera Ecclesia.

los fieles, la autoridad para recibirlos en la Iglesia, como lo manifiestan estas palabras: *bautizándolas en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo;* y para gobernarlos como lo prueban estas otras: *enseñándolas á observar todas las cosas que os he mandado;* lo cual á todas luces demuestra la institucion de un gobierno, de un poder social en la Iglesia: en cuarto lugar, que esta mision de enseñanza y gobierno hace de la Iglesia católica un órgano infalible de Jesucristo, como lo demuestran estas palabras que él mismo les dijo inmediatamente despues: *Estad ciertos de que yo estaré continuamente con vosotros;* palabras tan claras por una parte y tan significativas por otra, que ni dejan lugar á la duda, ni exigen interpretacion, y las cuales bastan para comprobar que Jesucristo habla por el órgano de su Iglesia: en quinto y último lugar, que esta autoridad suprema é infalible de la Iglesia docente no está limitada tampoco por el tiempo; porque, si por una parte dió Jesucristo á sus apóstoles por teatro el universo y por oyentes á todas las naciones, por otra dió por único término á tan augusta mision la indefinida carrera de los siglos, como él mismo lo manifestó en estas palabras. "Estad ciertos que yo permaneceré constante con vosotros *hasta la consumacion de los siglos.*" A estas pruebas tan claras de la Santa Escritura juntamos las de una tradicion constantemente sostenida en mas de diez y ocho siglos, y el testimonio de los Padres de la Iglesia, cuya santidad, sabiduría é inspiracion divina los presenta como los mejores intérpretes de las Sagradas Letras despues del soberano juicio de la Iglesia, y tambien como otros tantos órganos de la tradicion.

Si la Iglesia pues, hermanos é hijos muy amados, ha recibido, para nuestra enseñanza y para nuestra salvacion, del mismo Jesucristo el depósito de la doctrina, y con este depósito una plena autoridad para enseñarla, defenderla y conservarla, si fuera de ella no existe ningun órgano de comunicacion entre Dios y los hombres, ¿cuál debe ser nuestra veneracion hácia ella, nuestra docilidad á su palabra, nuestra sumision á su juicio? Grande, por cierto, superior á todo, pues que Dios está identificado con ella de tal suerte, que el que no la oye á ella, por este solo hecho desprecia al mismo Dios. Sed pues, amados hijos mui solícitos en escuchar á esta maestra infalible de la verdad y del bien, y mui zelosos para no prestar el oido á ninguna voz que no sea la suya; tened entendido que Dios hará fructificar en vuestros corazones esta doctrina celestial, y que estos frutos, no reducidos ni á un punto del espacio ni á un periodo del tiempo, irán mas allá del sepulcro y serán para vosotros una feliz eternidad.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

SETIMA

INSTRUCCION PASTORAL.

AUTORIDAD SUPREMA DE LA SANTA IGLESIA SOBRE LA MORAL.

CLEMENTE DE JESUS MUNGUIA, por la gracia de Dios y de la Santa Sede Apostólica, Obispo de Michoacan, á los fieles de su diócesis.

Carísimos hermanos é hijos:

La autoridad dogmática de la Iglesia, como la misma palabra lo indica, se versa únicamente acerca de los dogmas. Son los dogmas, como bien lo sabéis, todas las verdades católicas que Dios por su infinita misericordia se ha dignado comunicarnos por medio de la revelacion. Sin esta revelacion divina no tendríamos mas que luces naturales y por lo mismo tenebrosas, conocimientos naturales y por lo mismo incompletos é imperfectos. Si el hombre ha llegado á conocer á su Dios como debe ser conocido, si su espíritu ha podido elevarse hasta la sublime contemplacion de la Trinidad gloriosa, hasta las causas primeras que determinaron al Verbo increado á revestirse de nuestra propia naturaleza, para poder morir por los hombres y enseñarles con su vida y ejemplo el camino del cielo; si al través de los velos augustos que rodean el tabernáculo del Cordero, y bajo las especies de pan y vino, vemos y sentimos la presencia real y verdadera de Jesucristo entre nosotros; si en la creacion y la redencion vemos abierto un libro donde estudiamos nuestro principio, nuestra caida, nuestra reparacion,

nuestras esperanzas y las condiciones precisas para llegar á la inamisible posesion de nuestro último fin, veamos aquí, no los estériles frutos de una razon abandonada á sí misma, sino los efectos preciosos de esa palabra eterna de verdad que bajó de los cielos á ilustrar á los hombres. Por esto el creer estas verdades divinas es de tal suerte necesario, "que sin fe de ellas, dice nuestro manual catecismo, nadie puede salvarse." Y como la santa Iglesia fué instituida precisamente para la salvacion de los hombres, el primer objeto de su grande autoridad es la propagacion de estas verdades reveladas, el aumento de la fe católica, la conservacion y defensa de la doctrina.

Pero no basta creer la palabra de Dios, para salvarse: es necesario guardarla tambien, es necesario que nuestra conducta se halle de acuerdo con nuestra creencia, que las obras que practiquemos aparezcan como un espejo clarísimo en que se vean las verdades que profesamos. Esta es la doctrina de la salvacion. Claramente lo dió á entender así nuestro Señor Jesucristo cuando dijo: "Bienaventurados los que oyen y guardan la palabra de Dios." [1] Por esto nuestro manual catecismo, despues de haber manifestado que sin fe de las eternas verdades nadie puede salvarse, pregunta: "¿Y podrá con fe sola? y responde: No puede sin caridad ni buenas obras." Hai mas todavía: la fe tiene dos modos de ser en el hombre, uno solamente especulativo, exclusivamente dogmático, y otro práctico y moral. En este segundo sentido la fe no se detiene en el entendimiento, sino se extiende á toda la alma, anima sus facultades y potencias, preside á sus pensamientos y á sus actos, tiene una vida plena en el hombre. En este sentido, la fe es nuestra justificacion, es nuestra santidad, es la vida del justo como se explica San Pablo. [2]

Mas bajo la primera forma la fe deja de influir en la conducta, deja de animar la vida moral, deja de tener una vida de accion, es una fe muerta como se explica el apóstol Santiago. [3] Si pues la institucion de la Iglesia no tiene otro fin que la salvacion de los hombres, y si para conseguir esta salvacion se necesita, no solamente creer lo que Dios dice, sino tambien hacer lo que manda, es indudable, amados hijos, que la santa Iglesia católica tiene una soberana autoridad, no solamente sobre la dotrina de la fe, sino tambien sobre las costumbres de los fieles, para que se conformen con la lei de Dios y les merezcan la bienaventuranza.

1 Beati qui audiunt verbum Dei, et custodiant illud. Luc., cap. XI, vers. 17.
2 Justus autem ex fide vivit. Rom., cap. I, vers. 17.
3 Fides, si non habeat opera, mortua est in semetipsa. Jacob., cap. II, vers. 17.

Si os hemos hablado pues en la precedente carta sobre la autoridad soberana de la Iglesia en materia de dogma, preciso es hablaros igual mente acerca de la que Jesucristo le concedió para que rigiese las costumbres y conservase la moral cristiana. Muchos en verdad son los argumentos que convencen de ella á todo católico; mas, para reducirnos á lo mui principal en este punto, elegirémos tres clases de pruebas: primera, la necesidad de este poder moral para que la Iglesia pudiese cumplir debidamente su mision; segunda, la manifestacion que hizo nuestro Señor Jesucristo de este poder al tiempo mismo de instituir la mision del apostolado; tercera, la que se funda en la conducta que sobre este punto ha observado la Iglesia misma.

I.

Os hemos ofrecido, hermanos carísimos, daros en primer lugar la prueba que se funda en la necesidad de un poder moral para los objetos mismos de la mision de la Iglesia. Pero, ¿por qué buscar en la necesidad de una cosa la prueba de su existencia? Porque la necesidad es una cosa tratándose de los hombres, y es otra cosa tratándose de Dios. En el primer caso viene á ser el sentimiento consiguiente á la privacion de una cosa que se apetece, se desea, se busca, pero nunca el fundamento de una esperanza legítima. Mas tratándose de Dios, la necesidad es un argumento de la existencia. Por esto se le llama con tanta exactitud el Ser necesario, porque la recta razon, con solo echar una ojeada sobre cuanto existe, percibe clara y distintamente la necesidad de un ser increado, principio y fin de todas las cosas, fuente de todo ser, causa de todas las causas; y de la necesidad de un Dios colige rectísimamente su existencia. Lo mismo, pues, debe decirse tratándose de la Iglesia católica. Visto su principio, su mision, sus objetos su fin, todo el mundo comprende con toda exactitud, que sin este poder ella no podria marchar. Luego este poder es necesario: luego este poder existe, puesto que se trata de una obra de Dios.

Entendemos por necesidad de fe todo aquello sin lo cual esta no puede llegar á su fin. La fe tiene un fin, la gloria de Dios en el triunfo completo de su palabra creida y guardada, y la salvacion del mundo por la palabra de Dios. Tiene por lo mismo la fe un principio que es la creencia, un medio que es la conducta correspondiente, un fin que es la eterna felicidad del hombre. Como principio está en el entendimiento sometido á la verdad revelada, como medio está en la voluntad

reposando en las promesas de Dios, y en la libertad observando la lei como una condicion definitiva del cumplimiento de estas promesas. Cuando la fe domina de esta suerte sobre el entendimiento, la voluntad y la libertad del hombre adquiere toda su plenitud, vive íntegramente en el alma, está junta con la caridad, produce la santificacion y asegura la bienaventuranza. Pero puede la fe limitarse á la simple creencia de los dogmas sin dominar la voluntad ni la libertad, y esto sucede precisamente con los que, sin dejar de creer lo que la fe nos enseña, están privados de la caridad á causa del pecado mortal. Bajo este aspecto la fe se encuentra en solo una potencia y no en todas, y conservando la posesion de su principio, no tiene el medio ni mucho ménos el fin. Bajo el primero la fe es el todo, porque abraza la verdad, el poder y la felicidad; bajo el segundo la fe es una parte. Cuando San Pablo dice á los hebreos, que Abraham creyó á Dios y que la fe se le reputó para su justicia; cuando elogia la fe de los justos de la lei antigua; [1] cuando el apóstol San Juan considera la fe como la verdadera victoria, la que pone á nuestros piés el mundo todo; [2] cuando se dice que la fe es la que nos ilustra, nos sostiene y nos salva; en suma, cuando se considera á la fe como el principio, el medio y la consumacion de nuestra perfeccion y felicidad; esta palabra fe comprende nuestra creencia, nuestra confianza y nuestra conducta, esto es, la fe, la esperanza y la caridad. Mas en el otro caso se refiere solo á la sumision de nuestro entendimiento á las verdades reveladas. En este sentido el mismo apóstol San Pablo, enumerando las tres virtudes antedichas, da la superioridad absoluta á la caridad sobre la fe y la esperanza: [3] en la misma inteligencia discurre cuando dice, que aun cuando él tuviese una fe que bastase á penetrar lo futuro, á remover y trasladar las montañas, de nada le serviria por cierto, si no contase al mismo tiempo con la caridad. [4]

Esto quiere decir que la fe tiene siempre un objeto práctico y un resultado positivo para el hombre. Cuando profesamos el dogma de Dios, léjos de pararnos aquí, buscamos las relaciones que le unen con la humanidad, y el dogma de su existencia nos da inmediatamente la regla de nuestra conducta, manifestándonos que como Creador dependemos absolutamente de él, como legislador estamos del todo sujetos

1 Heb., cap. XI, vers. 8 y 17. Véase todo el capítulo.
2 Hæc est victoria quæ vincit mundum, fides nostra. I Ep., cap. V, vers. 4.
3 Nunc autem manent fides, spes, charitas, tria hæc: major autem horum est charitas. I. Cor., cap. XIII, vers., 13.
4 I, Cor., cap. XIII. vers. 2.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

á él, y como último fin, debemos amarle y servirle en esta vida, para despues verle y gozarle en la otra. Si la fe nos enseña el dogma del Verbo hecho Hombre en las entrañas de María, es para que observando el Evangelio, nos unamos á nuestro Señor Jesucristo con el entendimiento creyéndole como Dios y Hombre verdadero, esperando la salvacion por los méritos de su pasion y muerte, y correspondiendo cuanto esté de nuestra parte al amor infinito que le hizo revestirse de la naturaleza humana.

No multiplicarémos, amados hijos, los ejemplos: estos bastan para que véais que la fe tiene un objeto práctico, que es la virtud, y un fin último, que es la felicidad. Cuando Jesucristo dijo, que el que creyere se salvaria, ¿no manifestó claramente que la fe en toda su extension, es decir, cuando domina á todo el hombre, le justifica y le salva? Pues bien, la observancia de la ley, ó lo que es lo mismo, la conformidad entre la creencia y la conducta, es de tal suerte indispensable, que sin ella la fe seria estéril. Por esto hemos dicho que la autoridad reguladora del órden moral es una necesidad no solo de la fe considerada en sí misma, sino tambien del cristiano; pero sobre esta segunda prueba debemos ser mas explícitos aún.

Os hemos dicho que la creencia católica no es un mero convencimiento especulativo, mucho ménos una opinion: es el depósito humano de la palabra divina en toda su extension intelectual y moral. El creyente cree para vivir de su fe, cree para asegurarse de su felicidad, cree con relacion á la otra vida. Por esto la fe considerada en toda su perfeccion comprende la caridad y por lo mismo la esperanza: por esto cuando no se anima de la caridad, es una fe muerta. Cuando la creencia vive en el hombre, entónces anima á todo el hombre, domina todas sus facultades, se hace visible en su pensamiento y sensible en su accion.

"Verdad es que el hombre, sujeto al influjo de sus pasiones, está expuesto á sufrir con demasiada frecuencia la muerte moral de su fe, y á mostrarse en su conducta inconsecuente con su creencia. Este es un hecho, y un hecho de todos los siglos; pero un hecho que todavía merece ser observado. En el naufragio de la virtud no acaba la esperanza, y todos los elementos espirituales y aun externos parece que siempre esperan en una reaccion moral. He aquí por qué la inclinacion al bien y el arrepentimiento son tambien contemporáneos del hombre. Lo que importa observar pues á este propósito, no es por cierto si la vida moral de la fe debe ser perpetua para que el hombre no renuncie á su esperanza; sino mas bien, hasta qué punto influye, para la reaccion moral de la virtud, en las buenas inclinaciones y el arrepentimiento la presencia de la fe, aun cuando habiendo sufrido la muerte moral, solo tiene la vida dogmática en el alma."

"Antes del cristianismo en los pueblos gentiles esta reaccion solo contaba con las fuerzas de la naturaleza generalmente hablando, y por lo mismo el hombre no podia contar con una esperanza fundada en las crisis diversas de su vida moral; pero en el cristianismo basta creer para esperar, basta obedecer al impulso de la esperanza y corresponderle con las fuerzas de la naturaleza, para dar á la inclinacion al bien una accion maravillosa, y al arrepentimiento del mal un poder decisivo. El creyente no solo siente la presencia de la verdad, sino que cree tambien en la existencia y accion de la gracia. Esto le basta para buscar la segunda; buscarla le basta para obtenerla; *porque el que pide recibe, y el que busca encuentra.* [1] He aquí, pues, cómo la vida moral de la fe cuenta no solo con un primer nacimiento, sino con una resurreccion instituida en el perdon de los pecados. Resulta de lo expuesto, que la creencia contiene un doble elemento, el de la produccion y el de la reaccion. Con el primero instituye las virtudes gobernando santamente la conducta; con la segunda reanima los cadáveres, esto es, hace aparecer de nuevo en el alma la vida moral de la fe con la reaparicion de la caridad mediante la gracia." [2]

Ahora bien, hermanos é hijos carísimos, ¿qué seria del hombre, por mucha fe que tuviese, si caminara sin guia, y si ya por este motivo, ya por el abuso de su libertad, hubiese perdido la inocencia cayendo en el pecado? Seria el hombre mas infeliz, y esta misma fe, léjos de mitigar sus penas, aumentaria sus tormentos manifestando claramente como un imposible su vuelta á la vida de la caridad. Ved, pues, cómo el que la Iglesia tenga una autoridad conservadora y restauradora de la moral del cristiano, ya para conducirle sin extravío por una regla saludable, ya para volverle á los caminos por medio de la penitencia, es una necesidad imperiosísima de la mas grande importancia, una necesidad suma para el cristiano.

¿Qué os diremos de la Iglesia? que sin el poder necesario sobre la moral particular y comun de la sociedad que constituye, su mision vendria á ser imposible. Aun sin salir de la fe, sin salir del dogma, ¿cómo podria la Iglesia poner, á raya, como suele decirse, á la razon individual en sus pretensiones, si no pudiera exigir el cumplimiento de las obligaciones que nos impone la fe? ¿Cómo habria podido dilatar por

1 Omnis . . . . qui petit, accipit: et qui quærit invenit. Luc., cap. XI, vers. 10.
2 Esta prueba está tomada de nuestra Exposicion de la doctrina católica.

toda la tierra esta misma fe, uniformar la creencia de tantos pueblos y naciones tan distantes unos de otros, tan heterogéneos en sus hábitos y costumbres, tan diversos en sus inclinaciones y tendencias, si reducida solo á predicar, no fijara el sentido de los dogmas, no diese reglas seguras á la creencia, no elevase estas decisiones y reglas á la categoría de los deberes, ó si dándoles este carácter, no tuviese el poder necesario para juzgar y sentenciar en la materia, para hacer respetar sus juicios y ejecutar sus sentencias? Luego de la misma autoridad dogmática de la Iglesia se deduce su autoridad moral, y por lo mismo que tiene un poder pleno en materia de dogmas, le tiene tambien en materia moral. Pero dejemos estas consideraciones de inferencia, estas pruebas fundadas en la necesidad; porque nuestro Señor Jesucristo, atento á la suma importancia de este poder, tuvo particular cuidado de comunicárscla á la Iglesia en términos claros y precisos.

II.

Cuando Jesucristo dió á su Iglesia en la persona de sus apóstoles la gran mision de que ya os hemos hablado, hermanos carísimos, habló de una manera tal, que cada uno pudiese comprender y distinguir los dos poderes que nos ocupan. "Instruid á las naciones;" he aquí lo primero que dijo: "bautizadlas;" he aquí lo segundo: "enseñadlas á guardar las cosas que os he mandado;" he aquí lo tercero. Esta última clase de enseñanza, ¿será por ventura lo mismo que la primera? ¿Hai acaso entre ambas una identidad de objeto? ¡Incurrió nuestro Señor Jesucristo acaso en una redundancia no diciendo mas que lo que habia dicho ya, cuando se explicaba de esta suerte! Léjos de nosotros tan absurda y temeraria suposicion: la redundancia es un defecto propio del hombre; la precision é insondable profundidad es el carácter propio de la palabra del Divino Maestro. Observad, si no, la maravillosa economía con que en estas pocas palabras encierra todo su plan y comprende el vastísimo cuadro de su Iglesia. Abrid la historia eclesiástica: ¿qué véis en el dilatado curso de mas de diez y ocho siglos? siempre tres cosas y nada mas que tres: predicacion, conversion y régimen. La primera explica la milagrosa propagacion del Evangelio por toda la tierra: la segunda comprende á los que, convirtiéndose á la fe reciben el bautismo, quedando por este sacramento hechos miembros de la Iglesia católica: el tercero explica la accion de la Iglesia sobre todos los fieles, conservando entre ellos la fe y la moral con la administracion

de los sacramentos y la disciplina canónica. Esto es la historia de la Iglesia. Y qué contiene el sagrado texto? estas mismas tres cosas: predicacion de la fe, administracion del bautismo á los que se convierten, accion continua sobre el cuerpo de los fieles para conservar entre ellos la fe y la moral, porque fe y moral son las cosas que mandó Jesucristo á sus apóstoles que hiciesen guardar. He aquí el significado propio de estas palabras de Jesucristo: "enseñándolas á guardar todas las cosas que os he mandado:" palabras claras y precisas, que por sí solas son un documento auténtico de la suprema autoridad de la Iglesia en materia de moral.

No nos detengamos aquí: cuando Jesucristo dijo á sus apóstoles y en ellos á todo el episcopado: "Así como mi Padre me ha mandado á mí, así yo os envio á vosotros;" [1] cuando determinó el objeto de esta mision diciéndoles: "Yo os he elegido para que caminéis y déis fruto, y un fruto permanente;" [2] cuando, á fin de que no se limitasen á dar lecciones estériles, quiso afirmarlos y proveerlos de todo lo necesario para asegurar el fruto de su predicacion y de su ministerio, diciéndoles: "To-" do lo que atáreis en la tierra, será atado en el cielo, y todo lo que " desatáreis en la tierra será desatado en el cielo;" [3] entónces anticipó sin duda todos los datos que pudieran apetecerse para caracterizar bien aquella mision de hacer á todos los pueblos observar sus divinos preceptos. He aquí una mision clara, un poder supremo, una sancion eterna que nos hace ver á la santa Iglesia católica, no solo como maestra de la fe, sino tambien como regla de las costumbres y juez de la conducta.

"Por esta razon el apóstol San Pablo se explica en estos términos, hablando de nuestro Señor Jesucristo: "Él mismo á unos ha constitui-" do apóstoles, á otros profetas y á otros evangelistas, y á otros pasto-" res y doctores: á fin de que trabajen en la perfeccion de los santos, " en las funciones de su ministerio, en la edificacion del cuerpo *místico* " de Jesucristo: hasta que arribemos todos á la unidad de una *misma* " fe, y de un *mismo* conocimiento del Hijo de Dios, al estado de un " varon perfecto, á la medida de una edad perfecta segun *la cual* Cris-" to *se ha de formar místicamente en nosotros*: por manera que ya no " seamos niños fluctuantes, ni nos dejemos llevar aquí y allá de todos

1 Sicut misit me Pater, et ego mitto vos. Joan., cap. XX, vers. 21.

2 Elegi vos, ut eatis et fructum afferatis, et fructus vester maneat. Joan., cap. XV, vers. 16.

3 Quodcumque ligaveris super terram, erit ligatum et in coelis: et quodcumque solveris super terram, erit solutum et in coelis. Math., cap. XXVI, vers. 19.

" los vientos de opiniones *humanas* por la malignidad de los hombres, " que engañan con astucia para introducir el error: ántes bien, siguien- " do la verdad *del Evangelio* con caridad, en todo vayamos creciendo " en Cristo, que es nuestra cabeza."[1] En esta cita del apóstol hallamos: primero, que el grande objeto de la Iglesia es la salvacion de los hombres por la profesion de la fe y la observancia de la lei; segundo, que este objeto trajo consigo la necesidad de los varios ministerios que enumera; tercero, que todos estos ministerios van encaminados á perfeccionar el corazon y darle la santidad; cuarto, que esta santidad nos asemeja á Jesucristo, haciéndonos dignos miembros suyos; quinto, que esta union con Jesucristo en la Iglesia católica por medio de la fe y de la caridad nos afirma en la primera contra todos los errores, y nos radica en la segunda contra todos los enemigos de nuestra alma; por último, que todo en su plenitud nos presentará como miembros de Jesucristo, que es nuestra cabeza, esto es, como unidos con esta cabeza invisible, y con la cabeza visible y todos los pastores y todo el sacerdocio con la vida de la fe, de la esperanza y de la caridad."

III.

No habemos menester, amados hijos, de añadir otra cosa para dejar plenamente comprobado el poder moral de la santa Iglesia católica. Pero ella misma, con la conducta que ha observado constantemente desde su orígen hasta nuestros dias, nos da una robusta prueba de la misma verdad. Una vez reconocida ella como una institucion divina para la salvacion de los hombres, una vez manifiesta con caracteres infalibles como la verdadera Iglesia de Dios, su voz es un oráculo, su conducta es una regla, su historia es una autoridad. Pues bien, no concluirémos esta instruccion sin manifestaros cómo el ejercicio constante que ha hecho la Iglesia de su poder moral, es un argumento incontestable de la existencia de este poder mismo.

Desde el principio del cristianismo los apóstoles ejercian el poder mas completo sobre la moral de los fieles.

El apóstol San Pedro castiga la fraudulenta mentira de Ananías y su muger, decide las cuestiones suscitadas acerca de diversos puntos de moral, y lanza el anatema contra Simon el Mago que pretendia comprar con dinero el poder sobrenatural que ejercian los apóstoles. San

1 Epístola á los Efesios, cap. IV, vers. 11, 12, 13, 14 y 15. Traduccion parafrástica de Amat.

Pablo castiga con severidad al incestuoso de Corinto, cita á su tribunal á los fieles para decidir sus cuestiones, exhorta y reprende con el tono de la autoridad. Desde entónces la Iglesia no ha cesado de vigilar sobre las costumbres, de dar á los fieles regla de conducta, de fijar diversas obligaciones morales, &c. Sus preceptos mismos son una prueba del concepto que tiene formado acerca de su autoridad suprema en materia de moral.

¿Qué es el sacramento de la penitencia sino un juicio interno de la Iglesia católica sobre la conducta de cada uno en sus relaciones con los preceptos divinos y eclesiásticos? ¿Qué es la absolucion y condenacion que pronuncia en ese tribunal, sino el ejercicio del mas grande poder moral que se ha conocido en la tierra? Sus anatemas, sus censuras, sus penas canónicas, ¿son otra cosa que el desarrollo del supremo poder que tiene la Iglesia en la materia que nos ocupa?

"Las reflexiones que os hemos hecho, hermanos é hijos carísimos, nos conducen á reconocer que la santa Iglesia tiene acerca de las costumbres la misma autoridad que acerca de la fe. ¿Por qué? Porque la autoridad sigue la razon del objeto, la razon de la mision; y el objeto y mision de la santa Iglesia, no estando reducidos á que los hombres crean, sino encaminados á que los hombres se salven, exigen necesariamente que la Iglesia sea, no solamente la maestra de la fe, sino tambien la regla y el juez de las costumbres. Así la fe como las costumbres estriban en la verdad. El dogma es verdad especulativa; la moral es verdad práctica: la moral es el dogma en las costumbres; la fe es el resúmen de todas las verdades que abrazan á Dios, al hombre y sus relaciones. El solo hecho pues de tener la santa Iglesia esa autoridad divina en materia de fe, concluye la existencia de su poder acerca de las costumbres." [1]

Mas las pruebas de este poder moral no están reducidas á estas rectísimas inferencias que bastarian para convencer á todo el mundo, no estriban solo en las consideraciones sobre la necesidad que de él tienen la fe para la plenitud de su objeto, los fieles para la consecucion de su fin, la Iglesia para el desempeño de su mision, sino que tiene por basa la palabra misma de Jesucristo, quien de mil maneras les manifestó á sus apóstoles toda la extension de la autoridad que dejaba en su Iglesia, y ha recibido nuevos é incesantes testimonios de la Iglesia misma, cuya conducta en este punto reune la triple fuerza de la interpretacion auténtica, la autoridad tradicional y la voz de los santos padres.

1 Todo lo que va puesto entre comillas sin citarse, está tomado de nuestra obra sobre la doctrina católica.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Ved pues, hermanos é hijos carísimos, cuán grande es el poder de la santa Iglesia católica sobre los fieles, y cuál debe ser vuestro respeto á sus decisiones, vuestra veneracion á sus máximas, vuestra sumision á sus leyes. Ved cómo estas leyes, no por llevar el solo nombre de eclesiásticas, dejan de ligarnos con la misma fuerza que las divinas. Dios habla por el órgano de su Iglesia, como lo habéis oido y lo sabéis bien: luego Dios es obedecido cuando se cumplen los preceptos eclesiásticos; Dios es desobedecido cuando se quebrantan.

Venerad pues á la santa Iglesia católica, no solo como maestra de la fe, sino tambien como regla de las costumbres; cumplid exactamente sus preceptos lo mismo que los de Dios, en cuyo nombre y con cuya autoridad los impone, y estad seguros de que caminaréis constantemente por el sendero de las virtudes á la posesion de la eterna felicidad.

OCTAVA

INSTRUCCION PASTORAL.

AUTORIDAD SUPREMA DE LA IGLESIA EN MATERIA DE DISCIPLINA.

CLEMENTE DE JESUS MUNGUIA, por la gracia de Dios y de la Santa Sede Apostólica, Obispo de Michoacan, á los fieles de su diócesis.

Hermanos é hijos carísimos:

En las dos precedentes instrucciones os hemos hablado de los dos primeros objetos de la autoridad soberana de la Iglesia, el dogma y la moral. Como depositaria, distribuidora y defensora de la doctrina revelada que constituyen los dogmas del cristianismo, la Iglesia obra constantemente sobre la inteligencia de todos los fieles, enseñándoles las verdades que se deben creer, los preceptos que se deben guardar, la oracion que se debe hacer y los sacramentos que se han de recibir. En virtud de su autoridad moral la Iglesia tiene la gran mision de hacer que reine la virtud entre los fieles, de hacerlos fuertes contra los ataques de las pasiones, y apartarlos de la esclavitud de los vicios. Ambos objetos, pues, así por su grande importancia como por las condiciones propias para llenarlos, demandan imperiosamente la aplicacion constante de los medios adecuados, convenientes y oportunos para que lleguen á realizarse. Estos medios serian indispensables aun tratándose de una familia por corta y reducida que fuese, porque sin el empleo de los medios inútilmente se esperaria la consecucion de los fines: ¿qué

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS UANL

será pues tratándose de la Iglesia católica, es decir, de la sociedad mas numerosa y extensa que ha existido y que puede existir sobre la tierra?

Pues bien, estos medios de atender al dogma y á la moral en todos los pueblos son muchos, pero pueden reducirse á tres órdenes diversos: primero, que haya en todas partes autoridades y ministros distribuidos convenientemente para que todos los fieles participen de las ventajas de la institucion de la Iglesia; segundo, que se den reglas seguras y notorias á los fieles sobre el modo de cumplir con todos los deberes de la religion y de la moral; tercero, que haya un cuerpo de leyes que arreglen el ejercicio de la autoridad y ministerio eclesiástico en toda la cristiandad. Ninguna de estas tres cosas puede decirse ni definicion de dogma ni decision moral, y sin embargo, todas ellas van encaminadas á la propagacion de la fe y al cumplimiento de las obligaciones morales. No siendo pues ni dogma ni moral, se llama de otro modo, esto es, disciplina, como si dijésemos reglamento, organizacion, ejercicio ordenado del poder y del ministerio, &c.; pero no pudiéndose sin ella conseguir los objetos ni del dogma ni de la moral en el cuerpo social de los fieles, es ella un objeto de la autoridad soberana de la Iglesia. Considerando pues muí del caso que tengais algunas ideas sobre este punto, dedicarémos esta instruccion á manifestaros el carácter, el fundamento y los efectos de la disciplina eclesiástica.

I.

San Isidoro de Sevilla escribió una obra con el objeto exclusivo de explicar el sentido primitivo ú originario de cada palabra, y por esto le intituló "de las etimologías." En este libro explica, como es de suponerse, la significacion original de la palabra disciplina. Para explicarle mejor, descompone la palabra dividiéndola en dos partes de que está compuesta, conviene á saber, *disci* y *plina*. La primera de estas partes viene de la palabra latina *discere*, que significa *aprender*, y la segunda, de la palabra latina *plena*, que equivale á nuestra palabra *llena*. Segun esto, disciplina quiere decir aprendizaje perfecto. Y como para un aprendizaje perfecto es necesaria una enseñanza competente, porque nadie nace enseñado, bien comprenderéis que la palabra disciplina supone un conjunto de reglas suficientes para enseñar y para aprender. Cuando nuestro Señor Jesucristo previno á sus apóstoles que enseñasen á todas las naciones á observar las cosas que habia mandado, bien claramente manifestó la necesidad de la disciplina, conviene

á saber, de todas las reglas que exige esta enseñanza práctica de parte de la Iglesia docente, y la fiel observancia de esta regla por parte de los fieles.

Este significado primitivo de la palabra disciplina da bastante luz para comprender el motivo de las diversas aplicaciones que se han dado á esta palabra. Se la llama doctrina, instruccion de alguna persona principalmente en lo moral; se la llama tambien regla, órden y método en el modo de vivir. El uso se sirve de ella para explicar el órden, el arreglo y la subordinacion aun en las instituciones humanas: por eso llamamos disciplina militar tanto á las ordenanzas ó leyes que dan los gobiernos para el régimen de la milicia, como al mismo régimen y subordinacion en que está la tropa. Nos hemos detenido en estos ejemplos para hacernos entender mejor de vosotros al explicar la significacion propia de la palabra disciplina, como uno de los objetos generales de la autoridad suprema de la Iglesia católica. Es, pues, la disciplina eclesiástica el conjunto de reglas canónicas dadas para el régimen de la Iglesia. Estas reglas las da la Iglesia misma con el objeto de llenar debidamente la mision de la enseñanza, justificacion y felicidad eterna que le comunicó el Hijo de Dios.

Teniendo tal objeto ya comprenderéis, amados hijos, tanto su extension como su carácter propio. Su extension, en cuanto á los objetos abraza el dogma y la moral, porque tanto el uno como la otra necesitan medios de propagacion y conservacion. En cuanto á los individuos, se extiende á todos los fieles católicos, porque no hai uno de ellos que no esté obligado á guardar las reglas de la Iglesia. En cuanto á los lugares se extiende á todo el universo, ya porque la mision que le dió Jesucristo fué para todo el mundo, ya porque hai católicos en todas partes, ya finalmente porque su accion y su influjo se hace sentir en toda la tierra.

Su carácter es en lo general el que tiene toda regla, todo sistema de medios. Así es que aquellas reglas de disciplina que fijan el sentido de los dogmas, y las que interpretan la moral, tienen el mismo carácter que los dogmas y la moral; mas aquellas que consisten en ciertas prácticas, variables por razon de los tiempos, de las circunstancias, de los lugares, &c., tienen otro carácter muí diverso. Las primeras son infalibles, invariables, incapaces de cualquiera alteracion: las segundas pueden dejar de existir, sufrir modificaciones diversas, y todo esto sin perjuicio de la fe y de las buenas costumbres.

La disciplina de la Iglesia, es, como advierte muí á propósito un sabio canonista, su política externa relativa al gobierno: está fundada en

las decisiones y cánones de los concilios, en los decretos de los Papas, en las leyes eclesiásticas, estando legítimamente introducidas, y en las costumbres de los paises: de donde se sigue que cánones sabios y necesarios en un tiempo, no han sido de la misma utilidad en otros; que algunos abusos ó ciertas circunstancias, casos imprevistos, &c., han exigido muchas veces que se hiciesen leyes nuevas, que se derogasen las antiguas, y aun en alguna ocasion, que se aboliesen éstas por falta de uso. Tambien ha sucedido que se han introducido, tolerado y suprimido costumbres, lo que necesariamente ha producido variaciones en la disciplina de la Iglesia. Asi es que la disciplina relativa á la preparacion de los catecúmenos para el bautismo, al modo mismo de administrar este sacramento, á la reconciliacion de los penitentes, á la comunion bajo ambas especies, á la religiosa observancia de la cuaresma y á otros muchos puntos que seria prolijo enumerar, no es hoi la misma que en los primeros siglos de la Iglesia. Esta sábia madre ha moderado su disciplina en ciertos puntos; pero su espíritu no ha variado jamas, y si aquella se ha relajado alguna vez, puede decirse que se ha trabajado con buen resultado para su restablecimiento, sobre todo, despues del Concilio de Trento. [1]

II.

Visto, pues, qué se entiende por disciplina eclesiástica, su extension tanto objetiva como personal y local, veamos ahóra el fundamento que tiene todo católico para reconocer en la Iglesia una suprema autoridad en materia de disciplina.

No siendo la disciplina eclesiástica sino el gran conjunto de las leyes que ha dado la santa Iglesia para llenar los grandes objetos de su institucion, manteniendo en su sociedad el órden interior que rige la conciencia, el exterior que rige la conducta moral de cada uno de los fieles, y el público representado en la economía del gobierno y administracion eclesiástica, las mismas reflexiones que os hicimos en nuestra quinta instruccion pastoral, para mostraros que hai en la Iglesia estos tres órdenes, y que cada uno de ellos exige reglas y leyes á propósito para su conservacion, sirven aquí para nuestro intento, puesto que son ellas otras tantas pruebas de la autoridad de la santa Iglesia en materia de disciplina.

El órden exterior y el público pueden comprenderse bajo la denominacion genérica de lo externo, y este es el motivo porque los que hablan de la disciplina eclesiástica la dividen en dos clases, disciplina interna y disciplina externa. Llámase disciplina interna la que se practica únicamente en el órden interior, en el gobierno invisible de la conciencia, y cuyas aplicaciones tienen lugar en el sacramento de la penitencia. Llámase disciplina externa la que conserva el órden exterior de la conducta de cada uno y el público de la sociedad eclesiástica. Una y otra disciplina están fundadas, pues, en las mismas palabras de nuestro Señor Jesucristo, palabras que ya hemos tenido ocasion de citar. Cuando previno á sus apóstoles que enseñasen á las naciones á observar su santa lei, claramente les concedió por este solo hecho la facultad de disponer cuanto fuese necesario para el desempeño de esta mision, para la enseñanza práctica de esta virtud, mediante el cumplimiento de la lei. Esto es bastante claro: porque de otra suerte seria necesario suponer una inconsecuencia en el mismo Jesucristo, seria necesario suponer que en el acto mismo de mandar ejecutar á sus apóstoles una cosa, los dejaba en la impotencia absoluta de obedecerlo, y este fuera el mas enorme de todos los absurdos. No: así como el que admite un principio, no debe rehusar sus legítimas consecuencias, así tambien el que prescribe un fin, por este solo hecho comunica los medios. Si pues el fin de la institucion es el cumplimiento de la lei, quien manda que se procure, otorga por este solo hecho una plena autoridad para establecer la disciplina conveniente. Habréis oido decir, amados hijos (porque es un dicho bastante vulgar), que á lo imposible nadie está obligado. Esto es tan cierto, que la misma lei de Dios no nos obligaria, si no pudiésemos cumplirla. ¿De dónde resulta, pues, nuestra obligacion de cumplir la lei? de que Dios, que nos la ha impuesto, nos ha dado tambien los medios necesarios para cumplirla. ¿Cuáles son estos medios? la libertad que nos ha dado como Autor de la naturaleza, y los auxilios sobrenaturales suficientes para dirigirla bien que nos ha dispensado y dispensa como Autor de la gracia. Estas sencillas reflexiones bastan para comprender con toda claridad, que no pudiendo la Iglesia proveer á la observancia de las cosas que mandó nuestro Señor Jesucristo, sin tener la autoridad necesaria para establecer la disciplina, ó la Iglesia no está obligada á cumplir con lo que le mandó Jesucristo, y en este caso á nada conduce su institucion, de nada sirve la Iglesia católica, y esto seria una suposicion errónea, absurda, disparatada y á todas luces impía; ó reconocer en la misma mision de la Iglesia católica la comunicacion de toda la autoridad necesaria en materia de disciplina.

1 Andres. Diccion. de Derecho Canónico. Art. Disciplina. (Extracto.)

No insistirémos mas en la demostracion de este poder: esta prueba es concluyente, lo han sido las que os hemos dado ántes para manifestaros la existencia del órden interno, externo y público, y la legitimidad del Derecho interno, externo y público de la Iglesia. Ademas, nos hemos propuesto hablaros, especialmente despues, sobre la economía del régimen eclesiástico, régimen fundado todo en la jurisdiccion de la Iglesia, y cuyo pleno conocimiento exige tener ideas mas amplias sobre esta jurisdiccion misma. Reservando pues para entónces el desenvolver mas todas estas pruebas, concluyamos la presente instruccion tocando, aunque de paso, los maravillosos efectos de esta disciplina en los destinos de la sociedad católica.

III.

Apénas descendió el Espíritu Santo sobre los apóstoles, cuando estos, recibiendo sus dones, afirmados mas y mas en la gracia, atentos á los preceptos de su Divino Maestro, emprenden la tarea de convertir al mundo. Para la realizacion de tan grande obra empiezan sus trabajos distribuyéndose el ejercicio de todos sus ministerios, eligen siete diáconos para atender á ciertos oficios que hallaban los apóstoles incompatibles con el ejercicio de la predicacion; se reunen en concilio para tratar sobre el punto de la Circuncision; despues parten á diferentes puntos á predicar la doctrina, y en cada uno de ellos hacen maravillosas conversiones, administran el bautismo á los catecúmenos, forman las respectivas iglesias, dan reglas oportunas para lograr el grande objeto de evangelizar á los pueblos. A este empeño constante de introducir en todas partes una santa disciplina, corresponden con su abundancia y sazon todos los frutos. La fe de Jesucristo cundia tanto como la palabra de los apóstoles, y las costumbres de los pueblos convertidos muestran con caracteres brillantísimos las transformaciones causadas por la moral evangélica.

Despues acá no ha habido un solo siglo donde la Iglesia no haya hecho grandes obras mediante su disciplina. En épocas de fervor y de fe ha hecho de los pueblos sociedades de santos: en épocas de heregía ha salvado á los fieles de los terribles estragos del error con su disciplina: en épocas de corrupcion ha restaurado la moral pública y privada con su disciplina. La sabiduría de sus reglas para la enseñanza de las ciencias eclesiásticas, para la predicacion de la doctrina católica, para la educacion cristiana de la juventud, para el gobierno de las familias, &c., &c., no solamente ha hecho crecer la sociedad de los fieles, sino que ha producido la civilizacion del mundo. Sus disposiciones relativas á la administracion de los sacramentos han sido la garantía de la esperanza en todos los pueblos católicos. Siempre atenta á sus intereses eternos, siempre solícita de su bien espiritual, la santa Iglesia con su disciplina nos presenta en la formacion, distribucion y gobierno del ministerio eclesiástico un cuadro sensible y sublime al mismo tiempo que conmueve la tierna sensibilidad del alma fiel y excita vivamente la admiracion. Si el último de los fieles, colocado tal vez en las extremidades del orbe, extraño en cierto modo para todo el resto de los hombres en el órden puramente humano, está en comunicacion íntima con la inmensa sociedad del cristianismo mediante el ministerio católico; si su entendimiento es poseedor de las verdades eternas que le comunica la fe; si su voluntad está suave y estrechamente encadenada con la esperanza de esas promesas infinitas de la religion; si su libertad está sometida del todo á esa ley eterna que Dios ha promulgado para la felicidad del hombre; es deudor de tantos bienes á la disciplina de la Iglesia, es decir, á la sabiduría con que ha distribuido ella su ministerio por todo el orbe. Si cada nacion, segun sus habitantes, segun la extension de su territorio, tiene el conveniente número de obispos para distribuir en ella los beneficios y las gracias que Jesucristo trajo al mundo; si cada pueblo tiene un sacerdote que con el título de pastor y con la ayuda de otros ministros atiende á todas las necesidades espirituales de los fieles; si estos mismos ministros eclesiásticos están continuamente vigilados por los obispos, exactamente conducidos por las leyes canónicas para que no se desentiendan de la salud de las almas, sino que ántes bien, desempeñen dignamente las augustas funciones de su alto ministerio; si el niño, al abrir sus ojos por la primera vez á la vida, encuentra siempre manos consagradas que le reciban en la fuente de nuestra regeneracion espiritual; si el que está combatido por sus pasiones encuentra siempre un ministro de Dios que le defienda; si el que ha caido con el pecado en la esclavitud de los enemigos de su alma, encuentra siempre un brazo poderoso que le salve; si el que siente consumírsele ya el principio de la vida, el que ve abierto á sus piés el sepulcro encuentra en la cabecera misma de su lecho de muerte al hombre de la religion, al ministro santo, al sacerdote de Jesucristo, que alivia sus dolencias con el bálsamo de la resignacion, que calma sus agitaciones y alarmas con la gracia de la penitencia, que le consuela en todas sus aflixiones abriendo á los ojos de su fe las puertas de la inmortalidad: todo es debido, amados hijos, á la santa solicitud

con que la Iglesia procura con su sábia disciplina que estos recursos no lleguen á faltar á ninguno de sus hijos.

¡Qué mas os dirémos! Dirigid vuestras miradas á todo el orbe para contemplar esta sociedad católica, la mas numerosa que ha conocido la tierra, pues que sus miembros están esparcidos por todo el universo; la mas dilatada y extensa que ha podido verse jamas, pues no tiene mas límites que los términos del mundo. ¿No sentís la presencia de todo un Dios al considerar este cuadro? Ved cómo todo está colocado aquí, en el lugar mas conveniente, y cómo todo está sujeto á la unidad mas perfecta. En medio de una variedad pasmosa de costumbres, de índoles, de idiomas, y á pesar de las mas prodigiosas distancias, no hai mas que una fe, una lei, una autoridad, un gobierno. Pero no es esto todo: la sociedad católica está ya para concluir diez y nueve siglos, y sin embargo no ha cambiado de carácter. Ha vivido en medio de las agitaciones políticas de los pueblos, y aun ha tenido que sentir sus embates; ha pasado al través de muchas vicisitudes; ha estado en guerra constantemente con todo linaje de enemigos, y ha sido batida con todo género de armas. Hánla perseguido á su turno la herejía con los errores, la ambicion con los cismas, la prostitucion con los crímenes, la filosofía incrédula con los sofismas, la incredulidad en su derrota con la indiferencia, la política con sus pretensiones y la tiranía con el fierro y con el fuego. Sin embargo, vedla pasar triunfante y gloriosa, vedla siempre la misma en sus caracteres divinos, siempre la misma en la economía de su gobierno, siempre la misma en su carácter social, siempre la misma en la sucesion de sus pontífices y la institucion de sus obispos, siempre la misma en la ordenacion de sus ministros, siempre la misma en las verdades que enseña, en las máximas que inculca, en los sacramentos que administra, en las luces que difunde y en las virtudes que forma. Esta es la Iglesia en su disciplina, este es el órden que en ella se guarda, estos son los maravillosos efectos de su régimen canónico.

De esta suerte la santa Iglesia llena tan digna como cumplidamente esa mision de verdad, de virtud y de felicidad que le fué cometida por el Divino Fundador del cristianismo. Si ha logrado propagar por todo el mundo la fe, la esperanza y la caridad, es porque santa y sabiamente ha establecido y hecho observar las reglas concernientes á la formacion de sus ministros sagrados en ciencia y en virtud, á su distribucion propia por toda la tierra, á la economía que estableció para el ejercicio de las diferentes funciones de su gerarquía. Si estos dogmas se conservan en toda su pureza, sin mezcla ni adulteracion la mas pequeña, es

precisamente por la infalibilidad con que interpreta y decide, la oportunidad con que da reglas convenientes á la profesion de la fe, la solicitud con que vigila para que no se introduzca entre los fieles el veneno de las lecturas peligrosas, las instituciones diversas, ó tribunales de fe, que tiene distribuidos por todo el mundo católico, la severidad con que juzga y condena los errores y herejías, y el poder soberano con que castiga á los contumaces. Si en el pueblo cristiano hai un magisterio divino de virtud y una ciencia sublime para dirigir las almas á la perfeccion moral, obra es esta no solamente de la institucion del sacerdocio, sino de la observancia constante de la disciplina: porque aquella sábia graduacion que guarda la autoridad eclesiástica cuando autoriza á unos ministros sagrados para ciertas funciones, y á otros para otras diversas, hace que el sacerdocio en su ejercicio trabaje con gran provecho de las almas, y esta es obra de la disciplina. Si el culto católico aparece bajo la misma forma sustancial en todo el orbe y se conserva en toda su magestad y grandeza en la sociedad cristiana, veamos aquí los resultados precisos de esa disciplina esmerada que resplandece en la liturgia canónica.

IV.

Tales son, hermanos é hijos carísimos, las reflexiones que nos ha parecido conveniente haceros acerca de esta importante materia: os hemos explicado en qué consiste la disciplina eclesiástica, cuántas son sus especies por razon de los varios objetos á que se dirige: os hemos demostrado que la Iglesia tiene sobre la disciplina una autoridad recibida inmediatamente de Jesucristo, y hemos concluido con algunas consideraciones generales sobre los efectos que ha producido el establecimiento y observancia de esta disciplina en la sociedad católica: solo nos resta, para concluir, haceros una advertencia oportuna sobre la importancia que en sí tiene el soberano juicio de la Iglesia cuando establece la disciplina general. Ya os hemos dicho que cuando la disciplina afecta el dogma ó la moral, cuando sus reglas son decisiones dogmáticas, ó máximas explicativas de la moral, estas decisiones, estas máximas son infalibles, son inmutables. Mira pues, nuestra observacion á esas otras prácticas cuya oportunidad y conveniencia, relativas siempre á la diversidad de las épocas y de las circunstancias, las hace siempre tan variables como estas, lo que ha dado motivo á ciertas calificaciones y locuciones frecuentemente inexactas.

"Aunque la disciplina, pues, por su naturaleza y objeto está sujeta á las variaciones propias de los tiempos y á las indicaciones sucesivas de las diversas circunstancias, nada puede concluirse de aquí contra el recto juicio de la Iglesia católica en establecer lo mas conveniente y adecuado en la disciplina general. En efecto, es un punto convenido entre los teólogos y canonistas que la Iglesia no puede errar al establecer su disciplina general. Es mui conveniente advertir esto, para que no se confundan cosas que deben considerarse separadamente; conviene á saber, el juicio de la Iglesia y el objeto sobre que recae. Como la disciplina concierne al gobierno y política exterior del cuerpo de los fieles, está sujeta como la legislacion civil á todas las vicisitudes propias de la sociedad, rueda en gran parte, no sobre la verdad y la justicia intrínseca, sino sobre la conveniencia y oportunidad de las medidas. Colígese de aquí que, aunque una misma disposicion merezca dos calificaciones contrarias en tiempos y circunstancias diferentes, esta calificacion no complica ni puede complicar nunca á la autoridad que la da. Si la Iglesia pronunciase que una misma disposicion, por ejemplo, era siempre adecuada y conveniente, cualesquiera que fuesen las circunstancias, erraria sin duda, versándose sobre simples hechos que no afectasen el dogma y la moral; mas como puntualmente las variaciones de la disciplina manifiestan las del juicio de la Iglesia católica, no en su esencia, sino en su aplicacion segun los tiempos, es claro clarísimo que, aunque la disciplina general varie, no varía el juicio de la Iglesia, y por consiguiente, que la Iglesia no puede errar al establecer su disciplina general."

Ya comprenderéis pues, amados hijos, cuán estrechaes la obligacion que tenemos de observar las leyes que promulga la santa Iglesia en punto de disciplina. Aunque esta es cosa mui diversa del dogma y de la moral en todo aquello que no afecta á la sustancia de ambas cosas, siempre es lei, siempre liga la conducta, siempre afecta la conciencia. Sed pues muy observantes de la disciplina de la Iglesia: ella representa la solicitud incansable de esta madre santa por la felicidad de sus hijos, la sabiduría de su pensamiento, la prudencia de su accion la caridad de su espíritu y la santidad de su fin.

NOVENA

INSTRUCCION PASTORAL.

GOBIERNO Y ADMINISTRACION ECLESIASTICA.

CLEMENTE DE JESUS MUNGUIA, por la gracia de Dios y de la Santa Sede Apostólica, Obispo de Michoacan, á los fieles de su diócesis.

Hermanos é hijos carísimos:

En las instrucciones que os hemos dado hasta aquí, hemos tratado de la Iglesia considerada en sí misma, en sus relaciones con nuestra felicidad eterna, en la necesidad y los medios de conocerla y distinguirla de todas las sectas que usurpan su nombre, en su carácter social, en los órdenes á que preside y derechos con que los rige, en su triple autoridad sobre el dogma, la moral y la disciplina. Ya es tiempo de presentárosla en accion, desarrollando su poder en todo el conjunto de sus objetos, llenando de hecho la gran mision que le ha sido cometida para difundir las verdades reveladas y hacer cumplir la lei evangélica, y conservar inalterable el órden externo y público de la sociedad que constituye. He aquí por qué destinamos esta instruccion á daros algunas ideas sobre la economía del gobierno y administracion eclesiástica.

Importa mucho que tengáis algun conocimiento de estas cosas, principalmente en los tiempos actuales en que el espíritu del error multiplica por todas partes los artificios para sorprender á los pueblos, pro-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

"Aunque la disciplina, pues, por su naturaleza y objeto está sujeta á las variaciones propias de los tiempos y á las indicaciones sucesivas de las diversas circunstancias, nada puede concluirse de aquí contra el recto juicio de la Iglesia católica en establecer lo mas conveniente y adecuado en la disciplina general. En efecto, es un punto convenido entre los teólogos y canonistas que la Iglesia no puede errar al establecer su disciplina general. Es mui conveniente advertir esto, para que no se confundan cosas que deben considerarse separadamente; conviene á saber, el juicio de la Iglesia y el objeto sobre que recae. Como la disciplina concierne al gobierno y política exterior del cuerpo de los fieles, está sujeta como la legislacion civil á todas las vicisitudes propias de la sociedad, rueda en gran parte, no sobre la verdad y la justicia intrínseca, sino sobre la conveniencia y oportunidad de las medidas. Colígese de aquí que, aunque una misma disposicion merezca dos calificaciones contrarias en tiempos y circunstancias diferentes, esta calificacion no complica ni puede complicar nunca á la autoridad que la da. Si la Iglesia pronunciase que una misma disposicion, por ejemplo, era siempre adecuada y conveniente, cualesquiera que fuesen las circunstancias, erraria sin duda, versándose sobre simples hechos que no afectasen el dogma y la moral; mas como puntualmente las variaciones de la disciplina manifiestan las del juicio de la Iglesia católica, no en su esencia, sino en su aplicacion segun los tiempos, es claro clarísimo que, aunque la disciplina general varie, no varía el juicio de la Iglesia, y por consiguiente, que la Iglesia no puede errar al establecer su disciplina general."

Ya comprenderéis pues, amados hijos, cuán estrechaes la obligacion que tenemos de observar las leyes que promulga la santa Iglesia en punto de disciplina. Aunque esta es cosa mui diversa del dogma y de la moral en todo aquello que no afecta á la sustancia de ambas cosas, siempre es lei, siempre liga la conducta, siempre afecta la conciencia. Sed pues muy observantes de la disciplina de la Iglesia: ella representa la solicitud incansable de esta madre santa por la felicidad de sus hijos, la sabiduría de su pensamiento, la prudencia de su accion la caridad de su espíritu y la santidad de su fin.

NOVENA

INSTRUCCION PASTORAL.

GOBIERNO Y ADMINISTRACION ECLESIASTICA.

CLEMENTE DE JESUS MUNGUIA, por la gracia de Dios y de la Santa Sede Apostólica, Obispo de Michoacan, á los fieles de su diócesis.

Hermanos é hijos carísimos:

En las instrucciones que os hemos dado hasta aquí, hemos tratado de la Iglesia considerada en sí misma, en sus relaciones con nuestra felicidad eterna, en la necesidad y los medios de conocerla y distinguirla de todas las sectas que usurpan su nombre, en su carácter social, en los órdenes á que preside y derechos con que los rige, en su triple autoridad sobre el dogma, la moral y la disciplina. Ya es tiempo de presentárosla en accion, desarrollando su poder en todo el conjunto de sus objetos, llenando de hecho la gran mision que le ha sido cometida para difundir las verdades reveladas y hacer cumplir la lei evangélica, y conservar inalterable el órden externo y público de la sociedad que constituye. He aquí por qué destinamos esta instruccion á daros algunas ideas sobre la economía del gobierno y administracion eclesiástica.

Importa mucho que tengáis algun conocimiento de estas cosas, principalmente en los tiempos actuales en que el espíritu del error multiplica por todas partes los artificios para sorprender á los pueblos, pro-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

pagando sobre diversos puntos doctrinas reprobadas y á todas luces peligrosas. ¡Ojalá no nos hallásemos en el caso de daros este género de instrucciones, y pudiéramos, como en otro tiempo se acostumbraba, enseñaros de toda preferencia esas verdades y máximas que están mas á vuestro alcance y tocan inmediatamente á los dogmas principales, á los preceptos y á los sacramentos! Mas, ya que no es así, cederémos á la necesidad en que nos pone el siglo, y os hablarémos de cosas poco tocadas en esta clase de instrucciones.

A efecto de mantener en la tierra el culto divino, ó lo que es lo mismo, las relaciones de Dios y el hombre, por el ejercicio de la fe, la esperanza y la caridad, la Iglesia desenvuelve su poder, ó sea la autoridad plena que tiene para regir esta sociedad. Esta suprema y universal autoridad de la Iglesia, tomada en su mas grande extension se conoce indistintamente con los nombres generales de autoridad ó jurisdiccion eclesiástica, y en este sentido se entiende por jurisdiccion de la Iglesia el poder plenísimo que el gobierno de la sociedad católica tiene para regirla y gobernarla, y hacer en consecuencia cuanto el objeto y fin de la Iglesia demandan para la conservacion y la perfeccion del cuerpo místico. Bajo este respecto la jurisdiccion abraza todos los objetos, todas las facultades y todos los poderes de la Iglesia, y en esta latitud debemos tomarla cuando se trata de fijar como un principio que la Iglesia ejerce una verdadera y cabal jurisdiccion.

Este gran principio, amados hijos, queda bien demostrado en nuestras instrucciones precedentes, puesto que en sus respectivos lugares hemos venido exhibiendo las pruebas de la autoridad soberana de la Iglesia.

Como ella tiene á su cargo la triple custodia de la doctrina para conservarla y extenderla, de la moral para gobernar las costumbres, y del órden universal del catolicismo para mantenerle siempre con la posible regularidad, su jurisdiccion se desarrolla, como no há mucho hemos indicado, en la conservacion y enseñanza de la doctrina, en la distribucion de la gracia por medio del sacrificio, los sacramentos y la práctica solemne del culto, y en la disciplina general y particular legítimamente establecida y exactamente conservada. Para todo esto se requiere poder y jurisdiccion; pero como muchas de estas funciones están cometidas al ministerio y demandan en el ministro el carácter que comunica el sacramento del órden, se ha reconocido siempre la necesidad de distinguir en la accion de la Iglesia sobre el cuerpo de los fieles, que es lo que se entiende por administracion eclesiástica, el ejercicio pleno de dos clases de potestades, divinas ambas en su origen,

idénticas en su fundamento y en su fin, pero notablemente diversas en sí mismas, en su respectivos objetos y en la naturaleza de sus funciones. ¿Cuáles son? La potestad de órden y la potestad de jurisdiccion en especie. Para daros pues una idea de la economía de la administracion eclesiástica, os hablarémos aquí del carácter propio y de las respectivas diferencias de una y otra potestad, y concluirémos dándoos una idea del régimen eclesiástico.

I.

El único fin con que la Iglesia fué establecida es, amados hijos, como lo teneis bien sabido, y varias veces os lo hemos inculcado, la salvacion de los hombres por los méritos de nuestro Señor Jesucristo. Esta grande obra exigia indispensablemente la fe del Redentor, la invocacion de su nombre, la profesion de su doctrina y la práctica de su divina lei. Por esto fué su primer cuidado instituir el ministerio de la predicacion, de los sacramentos y del régimen y enseñanza moral. La fe, la esperanza y la caridad, condiciones indispensables para salvarse, son gracias sobrenaturales, virtudes infusas comunicadas por la gracia de Dios. La primera necesidad pues, para el hombre redimido fué sin duda el que nunca llegase á faltar en la Iglesia la comunicacion de esta gracia á los hombres, porque, si alguna vez llegara á cerrarse esta fuente, el mundo pereceria sin remedio ni esperanza. Era pues un hecho de forzosa consecuencia en los planes eternos del Redentor del mundo, el establecimiento y la conservacion perpetua de un poder plenamente autorizado y competentemente provisto para difundir la gracia entre los fieles. La comunicacion ordinaria de la gracia tiene una institucion en la Iglesia, que son los sacramentos, los cuales, como dice nuestro manual catecismo, nos justifican dándonos gracia interior por señales exteriores. La administracion de los santos sacramentos tiene un ministerio instituido en el estado eclesiástico; y este estado que se constituye por el órden sacro, tiene diferentes funciones relativas en todo al órden que se ejerce.

Este género de administracion se funda todo en una potestad; esta potestad es el órden. El órden se recibe por un sacramento, se confiere con una ceremonia sagrada que se llama ordenacion, imprime sobre el que le recibe un carácter indeleble, y le comunica una potestad divina para ejercer las funciones propias del órden recibido. Ved aquí la potestad del órden. ¡Alto y sublime poder, el mas grande que

se ha conocido en la tierra! De ella, hermanos carísimos, emana esa accion continua de vida y restauracion que conserva la fe, sostiene la esperanza, forma y reanima la caridad, crea y robustece las virtudes, produce la santidad y garantiza la bienaventuranza. Esta potestad, comunicada por el mismo Jesucristo á sus apóstoles, perpetúa en la Iglesia el ministerio católico, y forma esa cadena de sucesion para el episcopado, para el sacerdocio, para todo el ministerio de la Iglesia. Cada obispo forma un eslabon de esa cadena que comienza en los apóstoles, y tiene por tanto el mismo poder que recibieron ellos de Jesucristo: cada presbítero tiene el mismo carácter y los mismos oficios que el primero de todos los presbíteros, y lo mismo respectivamente sucede con los otros eclesiásticos que han recibido el órden sagrado. En este punto, no hay diferencia de tiempos, de lugares ni de circunstancias, no hay mas ni ménos carácter, mas ni ménos autoridad, mas ni ménos poder hoy que en los tiempos de Jesucristo.

Solo el que ha recibido la sagrada ordenacion puede ejercer ciertos ministerios y funciones en la santa Iglesia; solo el obispo puede conferir el sacramento del órden y es el ministro ordinario del de la confirmacion: solo el que ha recibido el presbiterado puede celebrar el santo sacrificio de la misa, consagrar el cuerpo de nuestro Señor Jesucristo, administrar ciertos sacramentos, como el de la penitencia y el de la extremauncion. Y así respectivamente sucede con los otros órdenes.

II.

Mas hay en la Iglesia otra potestad que no exige indispensablemente el órden para ser ejercida. ¿Cuál es esta potestad? la de régimen, la de gobierno, la que se versa en el órden puramente exterior y público. Esta potestad, para distinguirse de la otra, se llama estrictamente potestad de jurisdiccion. Es pues ella, estrictamente tomada, el poder que tienen las autoridades de la Iglesia sobre los fieles y los ministros para reglamentar, ejecutar y aplicar las leyes divinas en lo relativo á la sociedad católica.

"Pues que esta jurisdiccion se refiere toda al sistema de los medios y estos afectan al órden interior y exterior, hay dos especies de ella, que se llaman fueros; jurisdiccion de conciencia, ó sea del *fuero interno*, y jurisdiccion de la conducta exterior, ó sea del *fuero externo*. Pues que el sistema de los medios afecta igualmente al órden temporal, la jurisdiccion puede considerarse tambien en estos dos órdenes, y admitirse por tanto la clasificacion que á ellos corresponde. Pues que el desarrollo de todo poder social, en clase de soberano, importa la facultad para dar leyes, ejecutarlas y aplicarlas, es claro que la Iglesia tiene tambien esta facultad, y por tanto, el poder ejecutivo, el poder legislativo y el poder judicial: triple poder que funda una tercera clasificacion de la jurisdiccion eclesiástica."

"La potestad de órden y jurisdiccion tiene sus diferencias, que apénas apuntarémos aquí. El objeto del órden es la direccion interior y espiritual de los fieles por medio de la difusion de la doctrina y la administracion de los sacramentos que comunican gracia interior: el objeto inmediato y natural de la jurisdiccion consiste precisamente en el régimen social y direccion exterior del cuerpo místico de Jesucristo, ó sea la reunion de los fieles. Los efectos propios del órden consisten en la perfeccion interior proporcionada á la instruccion dogmática que se adquiere y á la gracia que se recibe: los efectos de la jurisdiccion se manifiestan en la regularidad, buena economía, órden permanente exterior y visible de toda la sociedad católica. El órden imprime sobre la persona ordenada un carácter indeleble, inamisible, al paso que la jurisdiccion no afecta en manera alguna el estado de la persona, no tiene con ella una conexion esencial, y es por lo mismo temporal y amisible. Resulta de aquí que ambas potestades se distinguen perfectamente bien en su objeto, en sus efectos y en su duracion."

"La potestad de órden y de jurisdiccion se desenvuelven activamente en toda la sociedad católica segun el órden de los tres grandes objetos del poder eclesiástico, que son, como ya se ha dicho, el dogma, la moral y la disciplina: al dogma corresponden las declaraciones, definiciones, é instrucciones de la Iglesia; á la moral, la administracion de los sacramentos, y á la disciplina, el órden exterior concretado en el gobierno eclesiástico."

"Siendo la Iglesia depositaria, defensora y propagadora de la verdad, ella es la única que tiene derecho: primero, de definirla; segundo, de sostenerla; tercero, de enseñarla. La verdad es una y simple: su definicion, pues, corresponde solo á los concilios ecuménicos ó á la supremacía del Papa. La defensa es múltipla, porque múltiplos son los ataques, ya se consideren sus formas, ya sus agentes, ya sus respectivos teatros. Si el dogma, pues, es un derecho esclusivo de la cabeza de la Iglesia, tratándose de su declaracion ó definicion, lo es igualmente de todos los pastores en el sistema puramente defensivo. La enseñanza tiene por objeto á las masas, es espansiva por su naturaleza, é in-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

cumbe de consiguiente á cuantos con mision legítima desempeñan las funciones del ministerio eclesiástico."

"La moral, regla y tutela de las costumbres, tiende, como ya se ha dicho, á la perfeccion de los fieles. Esta perfeccion es el resultado de dos poderes combinados, conviene á saber, el poder de la naturaleza representado en la voluntad libre, y el poder de la gracia representado en los sacramentos de la nueva lei."

No nos detendrémos á manifestar cómo de esta doble inspeccion sobre la fe y las costumbres nace la disciplina, porque ya os lo hemos hecho ver en la instruccion precedente. Reduciéndonos, pues, á lo expuesto sobre el carácter y diferencia de ambas potestades, pasarémos á manifestaros cómo la santa Iglesia, de la misma manera que ejerce la de órden en las funciones del ministerio católico, así tambien desenvuelve la de jurisdiccion en la economía de su gobierno.

III.

Ya os hemos dicho y probado que la Iglesia es una sociedad visible como cualquiera otra, puesto que se compone de hombres; que por lo mismo hay en ella un órden externo y público, cuya conservacion es precisamente el objeto de sus leyes; que tan indispensables son estas para que nazca y subsista el órden, que aun el mismo Dios conserva el órden natural por medio de su lei eterna. De estas consideraciones partimos para que comprendiéseis bien: primero, la necesidad de que haya en la Iglesia tantos sistemas ó conjuntos ordenados de leyes cuantos son los órdenes sobre que se versa su mision y su autoridad; segundo, que ellas no pueden venir sino de la Iglesia misma. No hai, pues, motivo alguno para insistir en las pruebas que fundan el derecho de la Iglesia para dar leyes obligatorias á los fieles, ya sobre el dogma, ya sobre la moral, ya sobre la disciplina. Solo nos limitarémos á deciros aquí que este es el primer objeto en que desarrolla su jurisdiccion, y que en su ejercicio hai siempre una escala correspondiente á la gerarquía de la Iglesia.

El formar las leyes es lo mismo que dar con el carácter de obligatorias á los súbditos reglas fijas y seguras de conducta: caminar sin regla es estar en desórden, porque sin regla no hai órden posible: caminar con ella es vivir en el órden. Luego lo primero que tiene que hacer, hace y ha hecho siempre la santa Iglesia, es dar sus cánones, leyes ó decretos que norman la conducta que sobre cada cosa debemos observar: reglas sobre la fe fijando sus artículos, ordenando su símbolo, arreglando la predicacion, interpretando la Escritura, decidiendo en las controversias, &c.: leyes sobre la moral, ya para mejor guardar y cumplir los preceptos del Decálogo, ya dando reglas para la administracion de los santos sacramentos, ya fijando y explicando mas nuestras obligaciones para con Dios, para con nosotros mismos y para con el prójimo: leyes sobre la disciplina, arreglando todo el órden exterior en el gobierno, en la administracion y en todos los demas objetos.

Pero como no basta dar leyes, sino que es indispensable hacerlas cumplir, la santa Iglesia ejerce su accion sobre sus leyes mismas, procurando que ellas tengan su debida observancia. Por este motivo la veréis en todas partes en un continuo trabajo atendiendo á todo, y procurando que en todo y por todo sea cumplida la lei. Esta inspeccion, vigilancia y accion continua de las autoridades eclesiásticas sobre todos los objetos referidos constituye su gobierno, y el concierto que resulta entre su accion y sus leyes, constituye el órden gubernativo. Este órden tiene por objeto, pues, mantener siempre en accion la autoridad eclesiástica, para facilitar por este medio el cumplimiento de los cánones y decretos relativos á la conservacion del órden con la observancia de la disciplina. Ejercítase esta accion: primero, sobre las personas; segundo, sobre las cosas; tercero, sobre las relaciones diversas y exteriores del gobierno eclesiástico; y para todo esto se necesita de organizar oficinas á propósito.

IV.

Las personas sometidas al gobierno eclesiástico forman dos clases, la de los ministros de la Iglesia y la de los fieles. Los ministros constituyen lo que se llama clero, porque clero es lo mismo que cuerpo de los ministros eclesiásticos. La accion de la Iglesia sobre el clero tiene tres objetos, conviene á saber: formarle, autorizarle y distribuirle. No necesitamos por cierto demostraros la estrecha necesidad y la suma importancia de estos tres objetos. ¿Qué seria de vosotros y de todos los fieles católicos, ó sin que hubiese ministros, ó con ministros ineptos? Es pues necesarísimo que haya en la Iglesia institutos propios para que haya ministros y para que estos sean dignos. Esto quiere decir formar el clero. Los seminarios, colegios ó casas de educacion eclesiástica tienen este objeto, han sido creados y están regidos por la Iglesia para la enseñanza y educacion propia del que ha de ejercer el san-

to ministerio del sacerdocio. A estos establecimientos, á estos planteles de ciencia y de virtud, objetos predilectos de la solicitud pastoral, es debido el que nunca falten en la Iglesia el competente número de ministros.

Formados estos por la educacion y enseñanza, y constituidos tales por la sagrada ordenacion, la Iglesia, siempre solícita por el bien espiritual de sus hijos, vuelve á sujetar á los eclesiásticos á las pruebas convenientes para calificar su aptitud, y conforme á esta les da la autorizacion correspondiente. Así es que el cuerpo de los presbíteros tiene mui diferentes facultades: unos ejercen el ministerio parroquial con el nombre de curas, otros ayudan á estos con el nombre de vicarios ó ministros, otros están dedicados á la enseñanza en los colegios, otros asisten á los monasterios, &c., &c.; y como cada ministerio, empleo ú ocupacion de estos exige la licencia y autorizacion del gobierno eclesiástico, por esto hemos dicho que el segundo objeto de este gobierno, es la autorizacion de los ministros.

Como la Iglesia es tan extensa, pues ya sabéis que está ramificada por todo el mundo, es necesario que su autoridad no solo forme y faculte á sus ministros, sino que los distribuya convenientemente en proporcion á las necesidades espirituales de los fieles. La distribucion pues del clero, es el tercer objeto en que se versa el gobierno eclesiástico. Por esto el Papa distribuye los obispos en toda la tierra, nombrando uno para cada diócesis: cada obispo distribuye el clero de su diócesis mandando curas y vicarios á todas las parroquias, capellanes á los monasterios, congregaciones, hospicios, hospitales, &c.; poniendo regentes, catedráticos, &c. en los colegios eclesiásticos, y así en lo demás.

En cuanto á los fieles, no necesitamos deciros nada, pues todos sabéis lo que, en clase de tales, tiene que hacer con vosotros la autoridad de la Iglesia.

V.

Mas así como esta tiene una inspeccion y gobierno sobre las personas, de la misma manera ejerce una y otro sobre las cosas que le están sometidas. No os hablarémos de la que tiene sobre su territorio para cuidar de sus límites, distribuirle convenientemente en parroquias para su mejor administracion, porque esto basta insinuároslo para que lo comprendáis: nada os dirémos tampoco de los templos, porque ya comprenderéis su dependencia exclusiva de la Iglesia; ni de la litúr-

gia, es decir, de las sagradas ceremonias del culto, porque fácil es advertir que todo esto es rigurosamente eclesiástico y de tal importancia, que ha menester para su conservacion y objeto, de todo el cuidado y atencion de la autoridad de la Iglesia: nos limitarémos pues, á explicaros la accion que esta ejerce sobre su renta.

Sin renta, es decir, sin recursos para expensar el culto y sus ministros, la Iglesia no podria subsistir en el órden de la naturaleza, y como nuestro Señor Jesucristo no quiso que la conservacion material de su Iglesia fuese obra del milagro, la dejó toda bien provista con el derecho natural y divino que ella tiene sobre sus medios materiales de subsistencia. Por este motivo dijo á sus apóstoles que comiesen y bebiesen en donde quiera que se presentaren á llenar su mision; por esto él mismo, sin embargo de ser Dios, tenia moneda con que proveer á sus gastos. Por esto se dijo con tanta exactitud, aludiendo al derecho que la Iglesia tiene sobre sus rentas, que el operario es digno de su jornal ó merced. En virtud pues de este derecho, la Iglesia tiene sobre sus rentas una inspeccion propia de su autoridad y derecho. La renta comprende tres ramos: colectacion, custodia y distribucion. Corresponde por lo mismo al gobierno eclesiástico el derecho de exigir los diezmos y primicias, los réditos de los capitales piadosos, ó estos mismos, determinar las obvenciones que llaman parroquiales, segun las circunstancias, los tiempos y las costumbres establecidas; vindicar la renta y propiedad eclesiástica, y defenderlas de los ataques que se las hagan; distribuirla, por último, en sus respectivos objetos de aplicacion. Ordinariamente la renta decimal se administra por los cabildos eclesiásticos, la de capellanías y obras pías, por un juez de estos ramos; la de congregaciones piadosas, por ellas mismas, bajo la jurisdiccion del Vicario general; la de sello, por los gefes de las respectivas oficinas, y la de obvenciones por los párrocos.

Finalmente, fuera de estas ocupaciones, la Iglesia mantiene relaciones diversas, mas ó ménos extensas, mas ó ménos numerosas, segun que se trata de toda la Iglesia universal, ó de alguna diócesis en particular. Estas están en relacion directa; primero, con la Silla apostólica; segundo, con las otras diócesis; tercero, con los gobiernos temporales. Todas estas relaciones en su carácter oficial, entran en los objetos á que atiende el gobierno eclesiástico.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

VI.

Os hemos hablado, amados hijos, de la legislacion y gobierno de la Iglesia: réstanos hablaros de sus tribunales. No basta que haya leyes, no basta que haya gobierno que las promulgue, que vigile en general sobre su cumplimiento, que forme el clero, le dé la correspondiente autorizacion y le distribuya; no basta que la autoridad conserve y divida convenientemente el territorio de la diócesis, esté al cuidado de los templos y del culto, colecte, conserve y distribuya su renta, y lleve ordenadamente su correspondencia oficial con la Silla apostólica, las otras diócesis y los gobiernos. Es necesario que el cumplimiento ó infraccion de las leyes tenga una calificacion individual en los casos que ocurran, para que la sancion ó pena establecida para los infractores surta su efecto. Tal es el objeto de los tribunales.

Como el oficio exclusivo de estos es el juzgar, el conjunto de leyes ó reglas que son la norma de su accion, y aun su misma accion ordenada, se llama con toda exactitud sistema judicial. Es pues muy conveniente que os digamos una palabra sobre este último objeto de la administracion eclesiástica.

"El sistema judicial, ó sea la organizacion de tribunales para administrar la justicia, mediante la recta aplicacion de las leyes á las acciones, es una condicion indispensable, y por tanto, un derecho genuino y radical de toda sociedad constituida; y como la Iglesia es una sociedad constituida, tiene un derecho pleno, genuino y radical para establecer, organizar y sostener sus tribunales en todos los objetos de su resorte. Ahora bien; el sistema judicial presupone la ley, el gobierno y la jurisdiccion: la ley, porque sin la preexistencia de ella no hay accion imputable, derecho reconocido, ni fundamento alguno para el juicio; el gobierno, porque sin la preexistencia de un gobierno falta quien designe, autorice, conserve y haga respetar los tribunales; la jurisdiccion, porque sin ella faltaria la mision legítima de los jueces y el carácter obligatorio de sus fallos. Por último, el poder judicial sigue la naturaleza del objeto y fin de la sociedad á que pertenece; y por lo mismo, los tribunales eclesiásticos tienen los mismos caractéres que la jurisdiccion, legislacion y gobierno de la Iglesia." [1]

Ya os hemos dicho que hay en la jurisdiccion dos órdenes, ó fue-

1 Todo lo que va puesto entre comillas lo hemos tomado de nuestra obra intitulada: "Exposicion histórica, dogmática y moral de la Doctrina católica."

ros, el de la conciencia que constituye el fuero interno, y el de la conducta exterior y régimen social que constituye el fuero externo. Pues bien, cada uno de estos fueros tiene su legislacion, gobierno y tribunales, á diferencia de la sociedad civil, que por afectar únicamente á las acciones externas, no puede tener mas fuero que el exterior.

Los tribunales pues de la Iglesia, son: primero, el de la penitencia; segundo, el de la disciplina ú órden exterior. En el sacramento de la penitencia, véis, amados hijos, un tribunal verdadero. El sacerdote que le administra es el juez, el penitente es el reo, la manifestacion de sus pecados es el hecho, los preceptos de Dios y de la Iglesia son la ley, la penitencia que impone es la pena, y la absolucion que pronuncia es la sentencia. Como todo esto pasa en el órden puramente interior, en las relaciones de la conciencia con la ley, y en la intimidad y secreto propio de este sacramento, por eso se llama fuero interno.

Los tribunales externos, cuyos juicios no tienen este carácter sacramental, los hay en toda la Iglesia. El Sumo Pontífice es por sí mismo un tribunal supremo que tiene el derecho de juzgar y sentenciar todas las causas que estime por conveniente avocarse; y esto lo verifica ya por sí, ya por medio de vicarios ó tribunales instituidos con su autoridad para cada clase de negocios. Cada obispo en su diócesis tiene tambien, en fuerza de su autoridad episcopal, el carácter de juez, y como tal conoce de algunas causas mas graves por sí, y deja el conocimiento de otras á sus vicarios ó tribunales que instituye segun los diferentes objetos de su administracion.

VII.

Lo que os hemos dicho, hermanos é hijos carísimos, en esta instruccion acerca de la economía y gobierno de la administracion eclesiástica, es objeto de una ciencia vasta y profunda. Ya comprenderéis por esto que, no siendo fácil, sino mas bien, hasta cierto punto imposible, difundirla en toda su extension por la comunidad de los fieles, experimentamos una cierta pena en tener que hablaros de estas cosas. Pero hai tiempos y casos excepcionales, en que los pastores deben salir de la carrera comun, y empeñarse en instruir á los fieles en ciertos puntos. Los enemigos de la Iglesia no se paran en medios: ninguna consideracion los detiene: todo lo agitan, todo lo controvierten, todo lo tocan: en nada ménos piensan que en luchar con aquellos que poseen la

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® GENERAL DE BIBLIOTECAS

ciencia: no; su teatro es el público, su auditorio el pueblo sencillo. Herir su curiosidad con cuestiones nuevas para él; suscitar la duda con ingeniosas cavilaciones, acabar con su fe por los caminos de la duda y la lisonja de las pasiones: he aquí su táctica. ¿Qué hará un pastor en estas circunstancias? No le queda otro recurso que el de dar á conocer al pueblo las convenientes materias, procurando que por lo ménos tenga noticias exactas acerca de las instituciones de la Iglesia.

Tal ha sido nuestro intento. Lo que os hemos dicho es mui poco para la ciencia, pero bastante para la doctrina. Puede considerarse como una simple pero exacta noticia de lo que es la Iglesia en su administracion y gobierno, y esta noticia como una oportuna y saludable precaucion para que no os dejéis engañar. Con estas simples nociones vosotros estaréis alerta, y nosotros os habrémos anticipado la explicacion de ciertos puntos generales, á que nos hemos de referir frecuentemente en el curso de nuestras siguientes instrucciones.

DECIMA

INSTRUCCION PASTORAL.

SOBERANIA E INDEPENDENCIA DE LA IGLESIA CATOLICA.

CLEMENTE DE JESUS MUNGUIA, por la gracia de Dios y de la Santa Sede Apostólica, Obispo de Michoacan, á los fieles de su diócesis.

Hermanos é hijos carísimos:

Despues de lo que os hemos dicho hasta aquí acerca de la suprema autoridad de la Iglesia, nos parece debiamos prescindir de buscar pruebas especiales para comprobar su soberanía y su independencia: porque el orígen divino de ella, la comunicacion directa y absoluta que Jesucristo le hizo de su poder, la universalidad y perpetuidad de la mision que le fué cometida para propagar la fe, regir las costumbres y mantener el órden, son datos mas que suficientes para comprender que la santa Iglesia católica ni tiene sobre sí otro poder ó autoridad fuera de Jesucristo, lo cual constituye su soberanía, ni ha menester de buscar en otra parte que en su Divino Fundador los medios todos conducentes al desempeño de su mision y cumplimiento de su fin, lo cual constituye su independencia. Sin embargo, como los fieles y ministros tienen el doble carácter de miembros de la Iglesia y miembros de la sociedad civil, y aquella tiene ahora, como siempre ha tenido, muchos enemigos, que la combaten en varios sentidos y con diversas armas, ya comprenderéis que no habrán ellos perdido esta circunstancia de vista

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
UANL
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

para negarla su autoridad y disputarla su derecho. De aquí esos choques habidos en diferentes épocas entre la Iglesia y el Estado; de aquí esos escándalos que han afligido muchas veces la piedad católica; de aquí esos cismas funestísimos que han hecho perecer la fe de naciones enteras. Esta guerra de todos los siglos, suscitada contra el reino de Jesucristo, ha encontrado en las mismas relaciones en que debiera vincularse la armonía de la Iglesia con el Estado, un pretexto permanente para asaltar por una parte á la conciencia de los fieles, y por otra á la suprema autoridad de la Iglesia. En lances de esta naturaleza los pueblos, por desgracia demasiados fáciles á la seduccion, suelen hacer eco á las falsas doctrinas y ser las primeras víctimas del error. Bajo este punto de vista es necesario colocarnos para ver con toda claridad cuán importante sea decir alguna cosa sobre las relaciones entre la Iglesia y el Estado, cuando se trata de exponer en toda su extension para la enseñanza y edificacion de los pueblos, la santa doctrina de Jesucristo.

En este punto, lo mismo que en otros, hai siempre dos extremos igualmente reprensibles que conviene siempre evitar. Como los ministros y fieles de la Iglesia son en cada sociedad civil miembros de ella y súbditos del gobierno bajo el carácter de ciudadanos, algunos han estendido esta subordinacion hasta lo eclesiástico: dicen que la Iglesia está en el Estado, y reconocen como derecho de este su intervencion en el gobierno y administracion eclesiástica. Al contrario, como la Iglesia está difundida por todo el orbe, y éste distribuido en tantos estados y naciones, y como por otra parte la mision eclesiástica es mas elevada que la civil, no han faltado en el teatro de las disputas quienes, tomando el opuesto rumbo, sostengan que el Estado está en la Iglesia. Si esto no hubiese pasado nunca de cuestiones especulativas, no habria sido tan alarmante; pero ha pasado y mucho de aquí, ha introducido la guerra y dado no pocas veces márgen á rompimientos lamentables y cismas desastrosos. Importa pues mucho huir de ambos extremos, y reconocer en consecuencia, que la santa Iglesia es una sociedad soberana é independiente, lo mismo que el Estado.

I.

Para explicaros con toda exactitud la independencia y soberanía de la santa Iglesia católica, debemos comenzar, hermanos carísimos, fijando el sentido en que tomamos estas palabras. Cuando decimos que la

Iglesia es independiente, no hablamos de una independencia de hecho, sino de derecho; no hablamos de una independencia absoluta, sino respectiva. ¿Por qué lo primero? porque de hecho la Iglesia puede estar, como ha estado en diversos tiempos, perseguida, entrabada, esclavizada en cierto modo, y cuando la Iglesia está así no puede decirse que tenga la independencia de hecho. En sus tres primeros siglos, ya sabéis que sufrió todo linaje de persecuciones. Nada le permitian los gobiernos, ni aun confesar y alabar á Jesucristo. Tenian los fieles que ir á buscar los mas inaccesibles retiros para conversar con su Dios, dirigirle sus homenajes y pedirle sus gracias, y aun de aquí los sacaban sus verdugos para darles la muerte. No tenia pues entónces la Iglesia de Dios esta independencia de hecho. Ni el mismo Jesucristo la tuvo, pues que fué perseguido, burlado, atormentado, crucificado y muerto por nosotros. Pero el que de hecho no la haya tenido alguna vez, nada prueba contra su derecho. Su independencia de derecho, inherente á su constitucion misma, no le ha faltado jamas. ¿Por qué esta independencia es respectiva y no absoluta? porque la independencia absoluta, consiste en no haber dependido, no depender absolutamente de nadie y de nada; independencia que no conviene mas que á Dios. La Iglesia, pues, tiene una independencia respectiva, porque viene de Dios, subsiste por Dios, en todo y por todo está pendiente de Dios. Pero fuera de Dios, de nadie depende la Iglesia, fuera de Dios, á ninguna autoridad reconoce; fuera de Dios, no necesita buscar ni autoridad para obrar, ni elementos para subsistir. Los gobiernos temporales, soberanos é independientes tambien en su línea, no tienen ningun derecho sobre la Iglesia. En este sentido hablamos aquí.

Para reconocer toda la fuerza de esta verdad, no necesitamos por cierto, amados hijos, buscar nuevos argumentos, pues todo lo que os hemos dicho hasta aquí sobre el carácter social de la Iglesia católica, las consecuencias precisas de este carácter, el objeto y fin de su mision, la autoridad que tiene sobre la moral, el dogma y la disciplina, son otros tantos argumentos incontestables de su independencia y soberanía. Si la Iglesia católica es una institucion hecha por la palabra y con el poder del mismo Jesucristo, ¿cómo podria suponérsele nunca bajo ningun respecto dependiente de los estados políticos? Si la Iglesia es una sociedad plenamente formada y constituida, ¿cómo podria negarse que tiene en sí misma todos los elementos de régimen y conservacion? Si la Iglesia tiene estos elementos, ¿en virtud de qué podria suponerse que hubiese menester de sujetarse á la voluntad de un poder humano? Si la accion de la Iglesia no se reduce á un órden

puramente exterior y visible, sino que por la fuerza del poder divino que ejerce, penetra en las intimidades del alma, rige la conciencia, forma la virtud y abre los cielos, ¿no sería el colmo del ridículo suponer que en la escala de los medios para llegar á un fin tan elevado, tuviese que contar con el beneplácito de los gobiernos? Sin embargo, es un punto de tanta gravedad este, que no hemos querido contentarnos con la sencilla expresion de las consecuencias que nacen de los principios que os hemos explicado en nuestras instrucciones precedentes, sino que, para mayor claridad, queremos hacer una exposicion mas directa de tan importante verdad.

El mejor modo de ponerla de bulto á vuestra vista con toda la claridad que en sí tiene, será, segun creemos, el hablaros particularmente sobre cada una de las partes constitutivas del gran todo que forma la Iglesia. Ella es la reunion de los fieles cristianos, ligados con los vínculos de la fe, la esperanza y la caridad, sometidos á los preceptos de Dios y de la Iglesia, y gobernados por sus legítimos pastores. Si veis pues, amados hijos, que ni los fieles como fieles, ni los vínculos que los unen, ni la ley que los obliga, ni los pastores que los gobiernan, dependen del Estado en clase de tales, veréis resplandecer toda la luz de la evidencia sobre esta verdad: "La Iglesia es independiente del Estado y por consiguiente soberana." [1] Entremos pues en materia.

II.

Os hemos dicho en primer lugar, que los fieles, como fieles, no dependen del Estado, sino solo de la Iglesia. Para percibir con mayor claridad este concepto, conviene fijar la atencion en el carácter social que tiene cada uno como ciudadano, ó como hijo natural ó adoptivo de una nacion. El sér de ciudadano depende del Estado, depende de la ley política; y ya tendréis presente que una de las primeras cosas que se fijan en las constituciones, es el carácter y el derecho propio del ciudadano. Esto es natural, porque esto entra en el órden humano, pertenece á la sociedad política, y afecta solo al estado civil. ¿No sería ridículo que la Iglesia dijese quién es, y quién no es ciudadano, cómo se ejercen los derechos anexos á este carácter, cómo se pierde ó cómo se recobra la ciudadanía? Lo sería y mucho, porque de nada se haya tan ajos el espíritu de la sociedad eclesiástica. Pues bien, á la luz que nos

1 Probada la independencia de la Iglesia, queda probada su soberanía: por lo mismo no hemos querido separar esta de aquella en la demostracion.

da este ejemplo, examinemos el carácter constitutivo de un fiel cristiano. ¿Qué constituye al cristiano? El Bautismo. ¿Y el Bautismo de quién depende? ¿Quién le comunica? La Iglesia le administra, Jesucristo le ha instituido. Luego el fiel como fiel depende todo y solo de la Iglesia de Dios, así como el ciudadano, como ciudadano, depende todo y solo del poder civil.

Si de aquí pasamos á considerar los vínculos que estrechan á los fieles, las relaciones íntimas que los unen en calidad de miembros de la santa Iglesia católica, cuyo título adquirieron por el santo Bautismo, sacarémos la misma consecuencia. Desde el momento en que un hombre recibe este sacramento, se le infunden las virtudes teologales ó divinas, que son, como ya sabéis, la fe, la esperanza y la caridad. ¿Qué importan estas tres virtudes? La verdad en su esencia, la rectitud, el bien. Por la fe, creemos en la palabra de Dios y la enseñanza dogmática de la Iglesia: por la esperanza tenemos una seguridad plena de alcanzar las promesas eternas de Dios, si cumplimos por nuestra parte las condiciones que Dios ha puesto al hombre para darle la felicidad que promete: por la caridad nos unimos á Dios cumpliendo su ley sacrosanta, porque ya sabéis que la caridad consiste en el cumplimiento de la ley de Dios; y consiste en esto, hermanos carísimos, porque tener caridad es amar, y cumplir la ley es amar, pues que la ley no prescribe otra cosa sino el amor. Los mandamientos de la ley de Dios se encierran todos en dos, amar á Dios sobre todas las cosas y al próji mo como á sí mismo.

Como no podemos amar á Dios sin amar al prójimo, ni amar al prójimo segun la ley sino en Dios, la posesion de la caridad que se nos infunde en el bautismo, es el vínculo mas estrecho que ha podido unir á los hombres. Todos los cristianos están pues ligados entre sí con un fuerte lazo que ha formado Dios en el cielo con su misma ley. En proporcion que esta ley es mas fielmente observada, la sociedad de los cristianos es mas estrecha, mas grata, mas feliz, y por esto se decia de los primeros cristianos por su esmerada y solícita fidelidad en cumplir la ley de Dios bajo el cuidado de la santa Iglesia, sin embargo de su multitud, á pesar de ser tantos como eran ellos, que no componian todos sino un solo corazon y una misma alma.

Pues bien, amados hijos, apreciad en vuestra inteligencia estos caracteres de perfeccion, estos vínculos que forman la sociedad de los hijos de Jesucristo, y decidnos francamente, si consideráis posible siquiera, que puedan depender de las potestades de la tierra. No, la fe es palabra de Dios, y no palabra del hombre, baja del cielo y no

brota de la tierra: la esperanza es promesa de Dios, y no promesa del hombre; solo el que lo posee todo, puede prometerlo todo; solo el que no tuvo principio ni ha de tener fin, pudo prometer la vida eterna; solo el Arbitro supremo puede hacer de la esperanza un deber y una virtud. La caridad es de Dios, es Dios mismo reinando en el corazon del hombre, es su amor absorbiendo nuestro amor, es la identificacion santa del Creador con la creatura, ya en la marcha de la vida mortal, ya en la bienaventuranza eterna.

Ya comprenderéis por aquí que estas virtudes, esta comunidad de creencia, de esperanza y de amor, no pueden depender bajo ningun aspecto de los gobiernos humanos. Todos ellos juntos, cuantos han existido y existen, serian incapaces de crear uno solo de estos vínculos. Luego los fieles, en clase de tales, no dependen de los gobiernos, ni en el bautismo que los introduce, ni en las relaciones que los conservan en la sociedad católica. Lo mismo puede concluirse por una razon contraria de los ciudadanos relativamente á la Iglesia: ya se considere en el título, ya en los derechos que tienen como tales, dependen del gobierno y no de la Iglesia. Ninguna clase de mision tiene la Iglesia para la organizacion política de la sociedad. Al contrario, sus mismos ministros, no como ministros, sino como ciudadanos, como miembros de una nacion, están obligados á cumplir las leyes civiles, y sometidos á la autoridad temporal. Por esto Jesucristo dijo á Pilato: "Mi reino no es de este mundo," y por esto dijo tambien á uno que le tentaba con una pregunta insidiosa: "Dad al César lo que es del César." [1]

III.

¿Acaso en el sistema de sus leyes la Iglesia dependerá del Estado? Tampoco. Ya os hemos hablado sobre su carácter social, sobre su autoridad suprema en materia de dogma, de moral y disciplina, sobre el carácter, extension y duracion de la mision que le fué encomendada por nuestro Señor Jesucristo. De estas consideraciones bastante fuertes, resulta, en primer lugar, que, por un derecho emanado de su misma constitucion esencial, esto es, de la organizacion que le dió nuestro Señor Jesucristo, la Iglesia tiene el poder legislativo; en segundo lugar, que este poder se extiende tanto como el objeto de la accion legítima de la Iglesia, y abraza por lo mismo toda la sociedad católica.

1 Reddite ergo quæ sunt Cæsaris Cæsari, Math., cap. XXII, vers. 21.

De la primera de estas verdades, se colige rectamente que la Iglesia, para dar sus cánones, no ha menester del concurso ó aprobacion de la autoridad civil. ¿Por qué? Porque no necesita de poder ajeno para lo que le corresponde por un derecho propio, y este derecho propio nace de su constitucion misma y de la suprema autoridad de Jesucristo. De la segunda verdad establecida se infiere, que la Iglesia ejerce su autoridad legislativa en materia de dogma, de moral y de disciplina, y no solo en el órden interno, sino tambien en el externo. Mas la facultad legislativa de la Iglesia tiene caractéres mui diversos, segun aquel de sus tres objetos principales en que se desarrolla. Bajo el primer aspecto sus leyes se convierten en definiciones y declaraciones de fe, y su poder para legislar se desarrolla dentro de los límites de lo interpretativo y declarativo; mas no se extiende á la creacion de nuevos dogmas, como algunas gentes superficiales lo entienden por falta de conocimiento. En cuanto á la moral, regla infalible y santa de las costumbres y condicion esencialísima para la felicidad, ella exige: primero, que se guarden escrupulosamente los preceptos del Derecho natural y positivo divino; segundo, que se desarrollen legítima y convenientemente en la legislacion. Para lo primero es necesaria una autoridad establecida divinamente y revestida con todas las facultades que se requieren para facilitar el cumplimiento y evitar la infraccion de todas las leyes naturales y divinas: para lo segundo, es indispensable una legislacion reglamentaria que sirva de norma á la conciencia, pues en la expresion generalísima de los primeros preceptos seria imposible impedir el trastorno casi general de las ideas en el órden de sus consecuencias, y mas todavia en el vasto, vario é indefinido sistema de sus aplicaciones prácticas. Estas dos condiciones de la moral determinan con exactitud las facultades legislativas de la Iglesia en materia de costumbres, dando lugar á inferir: primero, que los preceptos del Derecho divino, natural y positivo en el órden moral son esencialmente inmutables y no están sujetos por lo mismo á modificaciones, ni ménos á derogaciones; segundo, que teniendo la Iglesia todos los derechos y facultades correspondientes á la mision divina de conservar la moral entre los hombres, y no pudiéndose esto verificar sin un sistema de leyes auxiliares á propósito, tiene la Iglesia por lo mismo un incuestionable derecho y poder para dar leyes é imponer preceptos cuantos crea convenientes al importante fin de conservar en la inteligencia y en el corazon de sus hijos todos los preceptos de la moral cristiana; tercero, que no pudiéndose estos conservar en la inteligencia sin definir en el órden especulativo, ni en la voluntad sin regir el sistema de lo práctico, las faculta-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

des legislativas de la Iglesia comprenden: primero, preceptos morales en que se aplican, desarrollan y explican los preceptos del Decálogo; segundo, disposiciones litúrgicas en que se determina la forma exterior y permanente del órden moral. Así es que el poder legislativo de la Iglesia, no solo en materia de dogma y moral, sino tambien de disciplina, es un poder propio de ella, emanado del mismo Jesucristo, y en consecuencia, que la Iglesia en su legislacion propia y peculiar no depende tampoco de la autoridad civil.

Para comprender con mas claridad estas ideas, haced la prueba de un ejemplo, porque los ejemplos á veces suelen dar mas luz que el raciocinio para comprender las cosas. Suponed que se trata de una lei en materia de dogma: esta lei no puede hacer mas que una de tres cosas: ó fijar el dogma, definirle y prescribirle, esto es, decir lo que es de fe, ó manifestar el sentido que tiene lo que es de fe, ó prescribir la obligacion de creer lo que es fe. Ahora bien, ¿quién en todo el mundo, en virtud de un poder temporal, puede hacer ninguna de estas tres cosas? Nadie ciertamente. Si se reunieran en un punto todos los sabios con el poder de su genio y de su ciencia, todos los conquistadores con el poder de sus ejércitos, todos los reyes con el poder de sus estados, y os dijeren á una voz: "Esto debéis creer, porque nosotros lo manda-" mos; esto no debéis creer, porque nosotros lo prohibimos; si creyéreis " lo que os mandamos, os salvaréis; si no lo creyéreis, os condenaréis;" ¿qué diriais vosotros? No diriais nada exteriormente, temerosos de ser víctimas de estos poderes conjurados para subyugar vuestra inteligencia; pero allá en lo interior, en el secreto de vuestro pensamiento, secreto que todos ellos no podrian penetrar, diriais y con razon: "estos " hombres no piensan, han perdido el juicio, están locos." Lo mismo respectivamente podria decirse tratándose de la moral. ¿Qué es la moral en sus principios sino la lei de Dios? ¿Qué es la moral en sus medios, sino el concierto de la gracia con la naturaleza en la conducta del hombre? ¿Qué es la moral en sus efectos, sino el reinado de la virtud? ¿Qué es la moral en su conservacion, sino los sacramentos dignamente recibidos y fielmente aprovechados, el comercio entre Dios y el hombre mediante la oracion, el culto en espíritu y en verdad? Pues bien, buscad fuera de la Iglesia la autoridad suficiente para dar leyes morales en toda esta escala, y os fatigaréis en vano.

En cuanto á la disciplina, no siendo ella otra cosa que el medio con relacion al fin, la accion relativamente á su objeto, es claro clarísimo que en punto de autoridad é independencia debe decirse de ella lo que se dice de la moral y del dogma. En efecto, para suponer que la santa

Iglesia, sin embargo de su independencia legislativa sobre el dogma y la moral, depende de la autoridad humana en materia de disciplina, era necesario suponer que Jesucristo dió á la Iglesia autoridad sobre la sustancia, y al Estado autoridad sobre el modo; á la Iglesia autoridad sobre el fin, y al Estado autoridad sobre los medios; á la Iglesia la declaracion de lo que se debe creer y obrar, y al Estado la accion para obligar á los fieles á que crean y obren como es debido. ¿Puede llevarse mas léjos la carrera de los absurdos? ¿Podia imaginarse nunca un plan mas descabellado? No: luego la legislacion en materia de disciplina es tan eclesiástica como las otras dos: tan estrechamente ligados se hallan estos tres objetos de la autoridad de la Iglesia, que ella ó la tiene plena é independiente sobre los tres, ó no la tiene sobre ninguno. Todo, ó nada: esta es la verdad, este es el derecho.

Lo mismo debe decirse de la legislacion civil del Estado. Este tiene un poder soberano, independiente, pleno, para realizar los fines de la sociedad. En uso de este poder promulga todas las leyes justas que deben regirla. Estas leyes obligan á todos los ciudadanos, y ninguno podria, sin faltar á una de sus mas graves obligaciones, negarse á obedecerlas, ni desconocer en el gobierno la facultad de dictarlas. La Iglesia, cuya institucion tiene otro fin mui diverso, no toca por lo mismo á este órden de cosas; y seria mui chocante el suponer que diese leyes para la organizacion de los poderes públicos, el arreglo de la hacienda, la formacion del ejército, ú otras cosas semejantes. Ved pues cómo ni la Iglesia depende del Estado, ni éste de la Iglesia en su legislacion, sino que la Iglesia y el Estado cada uno en su línea son independientes.

IV.

Visto, pues, que la Iglesia es independiente del Estado en los tres primeros elementos de su carácter social, esto es, en los individuos que la componen, en las relaciones que los unen, y en las leyes que la rigen, procedamos á examinar si sucede lo mismo con la autoridad que la gobierna.

La autoridad civil es ejercida por personas designadas por el pueblo, y esta designacion, esta eleccion formal que de ellos se hace, es el título con que se hacen obedecer de los otros. Ya sabéis por experiencia propia que este es el órden de proceder en lo puramente temporal. Fuera de estas autoridades de eleccion popular, hai otros muchos em-

pleados nombrados por la autoridad establecida. Pero en todo y por todo veréis siempre un órden puramente humano, una derivacion humana, una mision temporal, una cosa diversa bajo todos aspectos del cuadro que presenta la Iglesia de Dios.

En esta todo baja de una region mas elevada, todo emana de Dios: este órden en todas sus partes corresponde al plan divino del cristianismo, plan cuyo autor es Jesucristo, Dios y Hombre verdadero, y cuyo desarrollo constante dejó á cargo de su Iglesia, prometiéndole para esto su asistencia divina.

He aquí por qué las autoridades de la Iglesia tienen un principio diverso de las del Estado. No es el pueblo eligiendo mandatarios ó representantes; es Jesucristo nuestro Señor, llamando á sus ministros, é instituyéndolos tales mediante un sacramento que imprime sobre ellos un carácter indeleble.

Todo en el cristianismo tiene títulos incontestables, todo ha sido establecido de la manera mas solemne y augusta, todo respira la Majestad de un Dios. Tal vemos aparecer la institucion del ministerio y su derivacion divina bajo la accion de Jesucristo. Rei eterno, Fundador divino, Pontífice de la santa Iglesia, no dejó la menor duda sobre este punto cuando dijo: "No me habéis elegido vosotros á mí, sino ántes bien: yo soi quien os he elegido á vosotros." ¿Por qué se explica de esta suerte Jesucristo, amados hijos? Para quitar hasta el último pretexto á la cavilacion, para cerrar todas las puertas á la duda. Es como si hubiese dicho: "El órden de cosas que yo he venido á establecer en la tierra tiene caracteres mui diversos de todo lo que habéis en ella visto: nada se le parece. Acá en el mundo los súbditos pueden creerse con alguna especie de derechos sobre los gobiernos, pueden recordar que ellos han elegido y designado á los que los han de gobernar, pero la sociedad que yo fundo no dará nunca lugar á esto. Todo el poder que yo ejerzo, toda mi autoridad la tengo de mí mismo en cuanto Dios, la he recibido de mi Padre celestial: nadie puede ver en mí un elegido del pueblo, no, *vosotros no me habéis elegido á mí*. Vosotros tambien vais á tener en el mundo una gran representacion, vais á ejercer una autoridad incomparablemente mayor que los que rigen los Estados políticos; pero guardaos de descender á la tierra para buscar el orígen de este poder: no seréis los representantes del pueblo, sino los depositarios de mi poder, los representantes de mi persona; porque nadie sino yo os ha elegido á vosotros."

¿Puede darse una cosa mas clara? Sin embargo, escuchad. No se contentó Jesucristo con explicarse de esta suerte; quiso aun poner á la

vista de todos esa cadena misteriosa que presenta el sacerdocio, como una serie infinita en cierto modo, eslabonándola en la primera Persona de la Santísima Trinidad: colocóse él mismo entre el Padre y el sacerdocio, llenando con su augusta persona la distancia inmensa que hai entre Dios y los hombres. Recordad, amados hijos, que Jesucristo es Dios y Hombre verdadero, y con solo esto comprenderéis toda la profundidad que encierran estas palabras que dirigió á sus apóstoles: "Así como mi Padre me ha enviado á mí, así tambien yo os envio á vosotros." Como Hijo de Dios, él está en Dios, es Dios mismo, como se explica San Juan: como Hombre, está en el hombre, es Hombre, ha tomado toda la humanidad. No hai pues entre el sacerdocio y Dios ni la distancia de un punto imperceptible: no hai mas que Jesucristo, y Jesucristo todo lo llena, porque es la plenitud infinita, como lo explica San Juan.[1]

Despues de esto, ¿á quién podria ocurrirle nunca suponer que la autoridad eclesiástica, ni en su vocacion, ni en su admision, ni en su institucion dependiese jamas de la autoridad temporal? Ahora bien: si no tiene esta dependencia, ¿la tendrá por ventura en su ejercicio?

El ejercicio de esta autoridad, hermanos carísimos, es la accion del ministerio católico sobre los fieles, la accion de su gobierno en el régimen de toda la Iglesia. Ya se trate pues del ministerio, ya se trate del gobierno mismo, todo se verifica en el nombre y con el poder de nuestro Señor Jesucristo. Despues de lo que os hemos dicho varias veces sobre este punto, nada deberia quedar que deciros, pues que en materia de pruebas todo está explicado. Porque, en efecto, el ejercicio de este poder es la mision ejecutada, y esta mision es de Dios. Si la Iglesia es una sociedad verdadera; si es divina en su orígen; si tiene una autoridad incontestable sobre el dogma, la moral y la disciplina; y si el ejercicio de su autoridad no tiene otros objetos, ya veréis con toda claridad que la Iglesia es independiente, no solo en los títulos con que gobierna, sino en su gobierno mismo, en el ejercicio pleno de su autoridad. Pero á mayor abundamiento, y para que percibáis mejor el enlace que todo tiene aquí, os advertirémos que Jesucristo, no satisfecho con haberles dicho á sus apóstoles que los habia elegido él, tuvo cuidado de explicar el objeto y el fin de esta eleccion divina. "Os he establecido, dice, para que vayais y deis fruto, y vuestros frutos permanezcan." ¿Qué cosa mas explícita que estas palabras del Salvador? Ellas todo lo expresan, la institucion de la autoridad, su accion, su objeto y su fin. ¿Dónde está la primera? En estas palabras· "os he esta

1 Joann. cap. I. vers. 14.

blecido." Establecer es fundar, es instituir: veis pues aquí declarada por Jesucristo la institucion de la autoridad. ¿Dónde está lo segundo? En estas palabras: "para que vayais." Ir, es andar, es moverse, es caminar, y todas estas cosas referidas á la autoridad quieren decir, ejercicio, accion. El andar de un relox, de una máquina, &c., quiere decir su accion, su ejercicio: esto es bastante claro. ¿Dónde está lo tercero? En estas palabras: "para que déis fruto," es decir, "vuestro movimiento, vuesta accion, vuestro andar, vuestro caminar, no debe ser una cosa vaga, insignificante, indiferente, caprichosa; sino una cosa útil, conveniente, necesaria: debéis dar fruto." ¿Cuál es, hermanos carísimos, el fruto de que aquí se trata? La difusion de la fe, el arreglo de las costumbres, la conservacion del órden; esto es, el dogma conocido, la moral práctica, la disciplina en observancia. ¿Dónde lo cuarto? En estas palabras: "frutos que permanezcan," es decir, frutos de vida eterna; porque todo lo que muere no es fruto, todo lo que se queda con el hombre en el sepulcro no es fruto, sino zizaña, y yerba de mala ley, paja inútil. La bienaventuranza: he aquí el verdadero fruto; he aquí el fin único del establecimiento de la Iglesia católica. Ahora bien, ¿dependerán estos frutos de los grandes y potentados del siglo? No: los encargados de producirlos fueron doce pobres pescadores. ¿Dependerán acaso del triunfo de los ejércitos? No: estos conquistadores del mundo pagano no llevaban mas que un pobre cayado, una cruz de madera. ¿Dependerán, por último de los Estados políticos, de los gobiernos temporales? ¡Ah! nunca fué mas fecunda la Iglesia que cuando tenia contra sí el brazo armado de los césares: "la sangre de los mártires era una semilla de cristianos," segun la expresion de Tertuliano. No, amados hijos, nada de esto depende de los hombres; no depende de la sabiduría, porque Pablo el apóstol de las gentes no queria saber otra cosa que á Jesucristo crucificado: no depende de las riquezas, porque todo lo dejaron aquellos, para recibir la mision de evangelizar al mundo: no depende de los honores ni de la gloria mundana, porque el principio de este gobierno es la abnegacion, y su camino es la cruz: no depende de los amagos que hacen temer las penalidades de la vida, porque Jesucristo tuvo cuidado de advertir á los suyos que no temiesen jamas á los que matan el cuerpo, y por esto Pablo caracterizaba esa especie de omnipotencia moral del sacerdocio, cuando decia: "Todo lo puedo en aquel que me conforta."

V.

Basta lo dicho, amados hijos, para que veais esta independencia de la Iglesia en los individuos que la forman, en las relaciones que los unen, en las leyes que la rigen, en la institucion, objeto y fin de la autoridad que la gobierna.

Estas pruebas son tan robustas, que muestran la independencia de la Iglesia con toda la fuerza de una verdad incontrastable. Es necesario para no reconocer en ella este noble atributo, negarlo todo, negar al mismo Jesucristo. Nadie pues tiene derecho de intervenirla en el ejercicio de su augusta mision, en el desarrollo de este poder divino que recibió de los cielos para salvar á la tierra. Tened pues, hermanos é hijos carísimos, la mas grande y tierna solicitud en venerarla y obedecerla. Jesucristo ha consagrado con la promesa de una ratihabicion completa los mandatos de la Iglesia católica, pues lo que ella ate en la tierra, será atado en el cielo, y lo que ella desate en la tierra será desatado en el cielo.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

UNDECIMA

INSTRUCCION PASTORAL.

EXPLICACION DE ESTAS PALABRAS DE JESUCRISTO: "MI REINO NO ES DE ESTE MUNDO," O SEA LA SANTA IGLESIA CATOLICA CONSIDERADA EN SUS RELACIONES CON EL ORDEN TEMPORAL.

CLEMENTE DE JESUS MUNGUIA, por la gracia de Dios y de la Santa Sede Apostólica, Obispo de Michoacan, á los fieles de su diócesis.

Hermanos é hijos mui amados en Jesucristo:

En la precedente instruccion acabamos de explicaros esta importante verdad: "La santa Iglesia es una sociedad soberana y por lo mismo independiente bajo todos aspectos del Estado." Esta verdad, considerada en general, tiene pocos adversarios; porque luego se ve que no hai medio entre negar á Jesucristo ó confesar la independencia de su Iglesia. Mas al pasar á la práctica, cuando ya se trata del ejercicio del poder eclesiástico, muchos hai que por ignorancia ó por malicia, suscitan dudas, promueven cuestiones, sostienen controversias diferentes con demasiado calor, á fin de reducir la esfera de accion del gobierno eclesiástico y sujetarle en el sistema de sus procedimientos al poder público de la sociedad civil. Y como, al obrar de esta suerte, no solo no abjuran los principios católicos, sino que afectan sostenerlos, venerarlos y defenderlos, diciendo que son verdaderos cristianos, que reconocen y aman la religion santa de Jesucristo, la existencia y autoridad de la Iglesia, y protestan que sus discursos y acciones, aun cuando parezcan oposicion, solo van encaminados á reformar los abusos, corregir las demasías y cumplir en todo y por todo la lei de Jesucristo; buscan en su Evangelio, en su vida y en sus palabras algun apoyo para sostener sus errores ó máximas contra la doctrina ó los derechos de la santa Iglesia católica. Esto ha sucedido precisamente con la autoridad que ella ejerce en sus relaciones con el órden temporal. "Está bien, dicen ellos, que la Iglesia sea una institucion divina, que tenga por autor al mismo Salvador del mundo, que haya recibido un poder supremo sobre la conciencia y la fe, y que por lo mismo sea soberana é independiente. Pero todo esto, reducido como lo está dentro de los límites de lo espiritual, nada tiene que ver con el órden temporal, que es todo y solo del resorte de la autoridad civil: porque el mismo Jesucristo lo manifestó, cuando dijo á Pilatos: "Mi reino no es de este mundo."

Con estas palabras del Evangelio, tan edificantes, tan propias para excitar en el alma sentimientos de amor y veneracion á la santa Iglesia, se han autorizado sus enemigos para disputarle aun el aire mismo que respiran sus ministros. Jesucristo dijo: "Mi reino no es de este mundo:" luego la Iglesia nada puede en el órden temporal: luego no puede regir libremente su culto externo y público: luego no puede tener tribunales para juzgar: luego no puede convocar á los fieles á los templos: luego no puede adquirir, conservar, ni distribuir sus rentas: luego no puede hacer nada que se vea, que se oiga, que se palpe; porque lo que se ve, oye y palpa es de este mundo, y el reino de Jesucristo no es de este mundo.

Ved pues, hermanos é hijos carísimos, cuán importante y aun necesario es para nosotros los pastores el daros la doctrina sobre este punto, á fin de que, conociendo el venenoso pasto de falsa ciencia, no seais las víctimas de sus engaños y sofismas. Ya que la circulacion libre de muchos papeles donde se defienden errores gravísimos y se inculcan las máximas mas inmorales, han hecho aparecer el peligro entre nosotros, estamos en el caso de hablaros sobre ciertas materias, que miéntras no hubo necesidad no habian llegado á tratarse por los prelados de la Iglesia.

Para poseer la inteligencia y hacer las debidas aplicaciones de los principios católicos en tan importante materia, conviene tener presente, no solamente las palabras, sino tambien la conducta del Divino Maestro, no solamente lo que dijo, sino tambien lo que hizo. ¿Por qué así? Porque "el Señor nuestro Salvador, como dice San Gregorio, nos "instruye unas veces con palabras y otras veces con las obras: sus

" mismos hechos son otros tantos preceptos, pues cuando él, guardan-
" do silencio, hace alguna cosa, con esto mismo nos enseña lo que de
" mos hacer nosotros." [1] Y nuestro mismo catecismo lo declara cuando dice, que se hizo Dios y Hombre, no solo para poder morir por los hombres y librarlos del pecado, sino tambien para enseñarles con su vida y ejemplo el camino del cielo. Pues bien: ¿qué dijo sobre este punto nuestro Señor Jesucristo? "Mi reino no es de este mundo." ¿Qué hizo? Estableció su Iglesia en este mundo. Luego tanto lo primero como lo segundo es doctrina del Redentor: luego para saber lo que la Iglesia puede y lo que no puede, no basta considerar que no es de este mundo, sino que es necesario tener presente que está en este mundo. Que la Iglesia está en este mundo, es cosa que todos ven, que nadie disputa. Ahora, ¿está en este mundo sin título, sin derecho? Luego Jesucristo es un usurpador, es un intruso. ¿Y quién llevando el nombre de cristiano, hermanos é hijos carísimos, osaria pronunciar con sus lábios ni detener en su pensamiento una blasfemia tan atroz? Nadie. Luego la Iglesia de Dios está en este mundo con justo título. Si está en este mundo con justo título, todas las condiciones propias de su vida en la tierra son otros tantos derechos incuestionables.

No debiendo por otra parte haber ningun linaje de oposicion entre las palabras y los hechos de Jesucristo, es claro que todo admite una explicacion satisfactoria. Veamos, pues, la concordia de ambas cosas en la subordinacion que los medios deben tener siempre al fin de cada institucion: veamos en primer lugar cómo estas palabras *mi reino no es de este mundo*, manifiestan que la Iglesia es una institucion divina y se dirige á la bienaventuranza eterna; y en el hecho de que la Iglesia de Dios está en este mundo, el derecho que ella tiene para servirse de algunas cosas temporales, como medios forzosos ó naturales de conseguir su fin; y en segundo lugar, procurémos fijar las consecuencias legítimas de esta concordia. Tal será el plan de esta undécima instruccion.

I.

Para entender mejor, amados hijos, el sentido de estas palabras de Jesucristo: *mi reino no es de este mundo*, es necesario tener presente, primero: cómo este reino estaba anunciado por los profetas; segundo, la inteligencia que daban los judíos á las profecías; tercero, el empe-

1 Homilía XVII, in Evang.

ño que tomaron en hacer servir á su odio contra el Redentor la política del imperio romano.

Desde aquel memorable dia en que fué anunciado el Redentor por la boca del mismo Dios, como leemos en el Génesis, todo el pueblo escogido le esperaba como un Libertador, como un Rei. De él escribió Isaías que llevaria el nombre de Admirable, de Dios, de Fuerte, del Príncipe de la paz (cap. IX, ℣ 6.). Este Príncipe de la paz, objeto de las complacencias del Eterno Padre, fué destinado, segun el mismo profeta, (cap. XLII, ℣ 1.), para mostrar la justicia á las naciones. Este es aquel descendiente justo de David que habia de reinar como Rei, y gobernar la tierra con rectitud y justicia, como se explica Jeremías (cap. XXIII, ℣ 5.). "El Dios del cielo, leemos en el capítulo segundo, versículo cuadragésimo cuarto de la profecía de Daniel, levantará un reino que nunca jamas será destruido; y este reino no pasará á otra nacion, sino que quebrantará y aniquilará todos aquellos reinos, y él subsistirá eternamente." El profeta Oseas llama Rei á Jesucristo descendiente de David, profetizando que será buscado por los hijos de Israel. Este reino de Jesucristo, segun la expresion de Micheas, en el versículo cuarto del capítulo primero de su profecía, habia de fundarse sobre las cimas de los montes, y atraer á sí un gran número de pueblos. Rei tituló tambien el profeta Zacarías al Salvador del mundo cuando excitaba el regocijo de la hija de Sion mostrándole al Mesías (cap. IX, ℣ 9.). El Profeta-Rei, contemplando en espíritu á Jesucristo, pinta con una energía sublime el triunfo de su poder sobre los príncipes armados y conjurados contra su reino. Ved, pues, amados hijos, con cuánta claridad es anunciado por los profetas el reino de Jesucristo. Por esto él mismo brinda con su reino á los suyos y se muestra Rei en la presencia de Pilatos que le juzgaba.

Esta expectativa universal, constante, que vino sucediéndose con las generaciones durante el dilatado curso de cuarenta siglos, hizo al pueblo judío esperar un Rei, pero semejante á los reyes de la tierra; un reino, pero semejante á los reinos del mundo. Este pueblo, privado del espíritu y adherido exclusivamente á lo material y caduco, viendo al Hijo de Dios nacido en la pobreza, mostrarse humilde y no presentar otra cosa que la divinidad de su palabra y la santidad de su vida, léjos de haber querido reconocerle como el Mesías prometido, le perseguia rabiosamente como un usurpador de la autoridad, como un perturbador del reposo público.

Deseosos de su muerte, no perdonaban medio alguno para hacerle desaparecer, y por este motivo le llevaron al tribunal de Pilatos con

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

mil acusaciones. Mas como viesen que este juez hallaba inocente del todo á Jesucristo, que persuadido de esta inocencia se esforzaba en libertarle, recurrieron al medio de dar á su acusacion un carácter político. "Si sueltas á ese le decian, no eres amigo de César; puesto que cualquiera que se hace rei, se declara contra César."

Jesucristo, pues, que prevesa este último esfuerzo de los judíos ante Pilatos, queriendo quitar á éste toda duda sobre su inocencia, previno la respuesta á esta acusacion que se esforzaria despues. Hai mas, en la persona de Pilatos, nuestro Señor Jesucristo hablaba con toda la sociedad gentílica, mostrándole su mision y el carácter de su autoridad. Queria ilustrar á los judíos acerca de las profecías de su reino y de su persona, tranquilizar á los gentiles sobre los temores que podria inspirarles la idea de que queria usurparles un reino temporal, como clamaban los judíos. He aquí el motivo porque, cuando Pilatos le preguntó, si era el Rei de los judios, le respondió: "mi reino no es de este mundo: si de este mundo fuera mi reino, claro está que mis gentes me habrian defendido para que no cayese en manos de los judíos; mas mi reino no es de acá."

Hasta aquí, Jesucristo ha confirmado las profecías acerca de su reino, dándoles una solemne confirmacion en presencia de Pilatos; pero no habia hecho aún en esta ocasion la designacion de su persona como rei de este reino. Así es que, habiéndole replicado Pilatos: "¿conque tú eres rei?" Respondiole Jesus: "así es como dices: yo soi rei." Ved aquí cómo Jesucristo nuestro Señor no solamente ratificó su reino, sino que se mostró él mismo como rei. Pero bien, el reino de Jesucristo no es de este mundo; Jesucristo es un rei, pero no de este mundo. ¿Con qué objeto pues se encuentra en este mundo? ¿Qué importa la presencia de Jesucristo y su reino en la tierra? He aquí una cuestion que su presencia y sus palabras creaban, por decirlo así, en el ánimo del magistrado gentil: por esto añadió Jesucristo: "yo para esto nací, y para esto vine al mundo, para dar testimonio de la verdad: todo aquel que pertenece á la verdad escucha mi voz."

Ved, pues, aquí resuelta la cuestion con una palabra del Mesías, con una palabra sencilla, pero tan sublime y profunda, que ella sola bastaba para mostrarle como un Dios. Pero ¿qué es esto de venir al mundo para dar testimonio de la verdad? Qué, ¿Jesucristo no era mas que un filósofo? En el gran cuadro de la humanidad, en los fastos de las ciencias, ¿Jesucristo, no era mas que alguno de tantos investigadores que hacian alarde de enseñar la verdad? No por cierto, amados hijos, Jesucristo nuestro Señor no era un filósofo, no era un investigador, Jesucristo era un Dios hecho Hombre, para restaurar en el mundo el reino de la verdad sustituido por el reino de la mentira, el reino de la luz sustituido por el de las tinieblas, el reino del espíritu sustituido por el de la carne: porque la carne habia corrompido sus caminos, como dice el Génesis: las tinieblas de la ignorancia y del error cobijaban la tierra, y el mundo todo, estaba hundido en el abismo de la muerte, como se explica el profeta Zacarías. No, la restauracion de la verdad en el mundo, no podia ser obra de un filósofo, ni de muchos filósofos; la restauracion moral del mundo, que es el reinado de la verdad en las costumbres, no podia ser obra ni de la persuasion de la elocuencia humana, ni del uso de las armas, ni de la coaccion del poder temporal. ¿Queréis una prueba de esto? El mundo habia tenido filósofos en tanto número, que para trasmitir la noticia de sus escuelas, ha sido necesario escribir la historia de la filosofía: tan grandes, que han venido pasando hasta nosotros haciendo admirar el genio y el talento que los distinguia: habia tenido ejércitos numerosos, reinos opulentos, grandes monarcas: habia tenido tambien oradores insignes, incomparables, superiores á cuanto despues ha presentado la historia de la elocuencia humana: y sin embargo de todo esto, ¡qué era el mundo relativamente á la verdad y á la virtud! Tinieblas y muerte, segun se explica el Profeta. [1]

De la verdad estaba pendiente el mundo, hacia cuatro mil años, para volver á la luz y á la vida; pero no de una verdad humana, no de una verdad mezclada con el error, no de una verdad disputable, no de una verdad fugitiva, no de una verdad estéril, sino de una verdad plena, universal, infalible, práctica, permanente, fecunda, divina en suma. He aquí el testimonio de Jesucristo. Dió testimonio á la verdad histórica, porque de él se hallaban pendientes las promesas, para tener su realizacion; las profecías, para tener su cumplimiento; las figuras, para tener su verdad representativa. Todos los hechos, en suma, para ser claramente comprendidos: sin Jesucristo, la historia toda seria un caos. De él se hallaba pendiente la verdad dogmática sobre Dios en su esencia y atributos, el hombre en su principio y en su fin, la humanidad entera en su pureza primitiva, en su caida lastimosa, en sus tristes vicisitudes morales, y en su gloriosa restauracion. De él se hallaba pendiente la verdad moral, de la cual habian quedado tristísimos restos en el gentilismo, cuya religion era una farsa, cuya moral un cúmulo de miserias. De él se hallaba pendiente la verdad política, porque él traia consigo el fundamento incontrastable de toda legislacion, porque él vino á dar la lei universal en toda su plenitud.

1 In tenebris et in umbra mortis sedent. Luc. cap. I. v. 79.

El testimonio de la verdad, la institucion de la verdad, el reinado de la verdad: he aquí el por qué de Jesucristo y de su reino entre los hombres. La verdad, amados hijos, considerada en el cielo, no necesita testimonio; porque ella es vista en Dios que es la verdad misma, y no tiene allí ni muros que la intercepten, ni tinieblas que la oscurezcan. La verdad necesitaba un testimonio en la tierra y nada mas que en la tierra.

Haced ahora una breve reflexion, amados hijos: la restauracion de la verdad no podia venir del mundo, porque el mundo la tenia perdida, la tenia desmerecida, era impotente bajo todos aspectos para producirla: la verdad no podia tampoco detener en los límites del mundo la carrera de sus vastas consecuencias. Emanacion purísima de Dios, corre sin detenerse en su carrera, no entra en quietud hasta volver á Dios. Decir pues que el reino de Jesucristo era de este mundo, era decir un disparate: ved aquí por qué Jesucristo dijo, "mi reino no es de este mundo." La verdad, no necesitaba un testimonio en el cielo, donde reina sin turbulencias y en toda su majestad: la duda, miserable patrimonio del hombre limitado y débil, espira con él, y ni aun le acompaña á su sepulcro. La gran restauracion de la verdad se habia de obrar toda, precisa, indispensable, forzosamente, en el mundo. He aquí todo el espíritu de esta instruccion: origen divino, carácter espiritual, fin eterno del reino de Jesucristo: he aquí lo que quieren decir estas palabras: "mi reino no es de este mundo." Accion temporal del testimonio de Jesucristo en el mundo para que la verdad sea conocida, para que la ley sea practicada, y el mundo se salve por el conocimiento y la práctica de la verdad divina; he aquí lo que claramente descubren, y sólidamente persuaden estas otras palabras del mismo Divino Maestro: "Yo para esto nací, y para esto vine al mundo, para dar testimonio de la verdad."

Visto pues, uno y otro concepto, podemos tener como dos principios: primero, que el reino de Jesucristo, ó lo que es lo mismo, la Iglesia católica, tiene un orígen divino, un carácter espiritual y un fin eterno: segundo, que el reino de Jesucristo, ó lo que es lo mismo, la santa Iglesia católica, está en el mundo, habla á los sentidos, y obra en el tiempo. No resta mas, que fijar las rectas consecuencias que de aquí nacen.

II.

Despues de haber dicho Jesucristo el motivo que le determinó y el objeto que se propuso, para venir al mundo, añadió: "todo aquel que pertenece á la verdad, escucha mi voz." ¿Qué quieren decir estas palabras, amados hijos? que Jesucristo levantaba una bandera de verdad, para salvar en ella y con ella á cuantos diesen crédito á su palabra, se inscribiesen en su reino, le reconociesen por el Mesías, y cumpliesen su ley. En este mismo sentido habló en diferentes ocasiones á sus apóstoles y discípulos, valiéndose ya de términos explícitos, ya de palabras ó figuras para explicarles el mismo concepto. Unas veces se presenta como el Pastor de un inmenso rebaño, declarando excluido de él á todo aquel que no entre por la puerta; otras veces como el Maestro que ilustra el entendimiento y forma el corazon de sus discípulos; otras veces como el camino, la verdad y la vida; otras veces como la vid, para manifestar que todo sarmiento que en ella no fructifique se perderá; otras veces como la luz del mundo, sin la cual todo queda en tinieblas; otras veces como un Juez de vivos y muertos. En una ocasion vertia ciertas palabras significativas al propósito que nos ocupa: "el que no es conmigo, dijo, es contra mí: el que conmigo no recoge, precisamente desperdicia." [1] Dijo tambien en otra ocasion: "Nadie puede servir á dos señores." [2] Observad, amados hijos, estas palabras: habéis visto á Jesucristo, verdad, camino, vida, maestro, luz, legislador, Juez, Señor, en suma: habéis visto una bandera levantada, un reino celestial colocado en el mundo enfrente de todos los otros reinos de la tierra, una escala de subordinacion precisa que coloca todos estos reinos entre Jesucristo y la nada: entre su Iglesia y la perdicion, entre su felicidad ó el abismo.

Para establecer pues este reino, Jesucristo fundó su Iglesia, ya sabéis cómo.

La Iglesia católica, establecida pues en este mundo, como el reino de la verdad, tuvo por lo mismo la mision de predicarla y enseñar á los fieles á cumplirla. De aquí su autoridad en materia de dogma, de moral y de disciplina.

Esta Iglesia pudo decir, y dijo en efecto, como Jesucristo, á los pue-

1 Qui non est mecum, contra me est: et qui non colligit mecum, dispergit. Luc. cap. XI, v. 23.

2 Nemo potest duobus dominis servire. Math. cap. VI, v. 24.

blos y á las potestades de la tierra: "Todo el que pertenece á la verdad escucha mi voz." Esta palabra fué tambien su bandera; y ya desde entonces los pueblos, lo mismo que los gobiernos, estuvieron unidos con la Iglesia ó separados de ella, segun que pertenecian ó no pertenecian á la verdad, segun que escuchaban ó no escuchaban su voz. Mas esta disposicion relativa de los gobiernos y los pueblos ni destruia en lo mas mínimo el hecho de que la Iglesia está en este mundo, ni podia influir tampoco en manera alguna, contra el derecho que nace de este hecho, esto es, contra el derecho de poner en práctica todos los medios temporales y sensibles que condujesen al fin de su institucion.

Por espacio de tres siglos, todos los emperadores que gobernaron el vasto imperio romano, ni pertenecian á la verdad, porque como bien sabéis, eran gentiles, adoraban dioses falsos, no tenian la verdadera religion, la verdadera moral, &c., ni escuchaban tampoco la voz de la Iglesia, que predicaba la verdad. Antes bien, se declararon contra ella y concibieron el plan de atacar el hecho y el derecho. Como el hecho consistia en la existencia misma de la Iglesia, el único medio de nulificarlo, era destruir la Iglesia, y como para destruirla era necesario acabar con los cristianos, se suscitó y sostuvo con pocas treguas una persecucion la mas inhumana, la mas impía, la mas sacrílega y atroz que ha conocido el mundo. Durante ella hubo época en que se creyese casi concluida la abolicion del cristianismo, hubo emperador iluso que hiciese grabar en una inscripcion este concepto: pero el hecho es, que los martirios, léjos de retraer con el terror, eran otras tantas voces que convertian á los pueblos, sucediendo por esto, que en lugar de destruir la sociedad católica y con ella el hecho de la existencia de la Iglesia en el mundo, veian con rabia frenética su impotencia, probada con la rápida propagacion del Evangelio, con los progresos maravillosos del cristianismo. Atacaron tambien el derecho prohibiendo el ejercicio del culto, el de la autoridad, &c.; pero no obstante, la Iglesia obraba, la Iglesia predicaba, la Iglesia ejercia su autoridad, la Iglesia resistió á las leyes tiránicas, no con las armas, sino con la paciencia y la doctrina: corria, sin agotarse, la sangre de sus hijos; mas no por esto llegó á ceder nunca de su derecho.

Al cabo de tres siglos, el imperio temporal reconoció el imperio espiritual: Constantino se convirtió á la fe, y como una consecuencia forzosa de su conversion, ya desde entónces perteneció esclusivamente á la verdad y escuchó la voz de la Iglesia, como la voz del mismo Jesucristo. Mas conociendo el emperador que esta filiacion cristiana

no era un estéril homenaje, sino un hecho rigorosamente práctico, inmediatamente reconoció el derecho de la Iglesia para emplear todos aquellos medios temporales que debiesen conducir al fin de su institucion. Ereccion de templos, culto público y solemne, gobierno exterior y público de la Iglesia, &c., &c.; he aquí otros tantos derechos, no solo reconocidos, sino magníficamente auxiliados con toda la proteccion del imperio.

Desde la conversion de Constantino á esta parte la santa Iglesia de Jesucristo ha pasado por diversas vicisitudes temporales; y ya la véis en perfecta concordia con los gobiernos, ya como abandonada de ellos, ya sufriendo diferentes persecuciones. Pero examinando con detenimiento las causas que han podido influir en estas situaciones tan várias, siempre venimos á parar en que la concordia y armonía existen siempre que se sigue la verdad y se oye la voz de Jesucristo. Mas á medida que los hombres van apartándose de esta verdad y siendo ménos dóciles á esta voz, tambien se va disminuyendo la paz, hasta que llega el desgraciado caso de un positivo rompimiento.

Es pues claro clarísimo, que la santa Iglesia de Jesucristo por no ser de este mundo, es independiente de todo poder humano; mas por estar en este mundo, tiene ciertos derechos en el órden temporal.

Mas, ¿en qué consisten estos derechos y hasta dónde se extienden? Por supuesto ni consisten en lo mismo que los de la sociedad civil, porque de aquí resultaria una grande confusion en alto grado perjudicial, ni se oponen á los de ningun gobierno temporal, porque este seria un elemento de guerra, y la Iglesia es un reino de paz, ni traen incompatibilidad de ningun género para su ejercicio, porque ambos han entrado en el plan sapientísimo de aquel que es al mismo tiempo Fundador de la Iglesia, y Autor y Legislador supremo de la sociedad civil.

La Iglesia, no por tener un carácter espiritual y un fin eterno, es extraña del todo á lo material y temporal. Más todavía: en el órden comun de la Providencia no puede llenar su mision prescindiendo en lo absoluto de todo lo temporal: porque sus ministros son hombres como los que ejercen algun poder en la sociedad civil, y están como ellos sujetos á las necesidades comunes de la vida: ocupan un lugar, viven en el tiempo, han menester de recursos para subsistir: estos recursos suponen capacidad para adquirir bienes, derecho para poseerlos y distribuirlos, justicia para conservarlos y defenderlos. Al contrario, el gobierno civil, aunque se versa todo en el órden material y temporal, aunque el objeto en que se ejerce su autoridad son las acciones exter-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

nas del ciudadano, y el fin de su accion el bienestar social y la felicidad temporal; no por esto es extraño al órden espiritual, á los principios internos de justicia, á la moral considerada como una virtud: sus leyes están fundadas en la lei de la naturaleza, que liga el espíritu y tiene una sancion eterna: su administracion tiene un código moral, tiene obligaciones de que Dios ha de tomar cuenta, un juicio aplazado para la muerte y cuyas resultas serán el premio ó la pena eterna. Por este motivo los gobiernos extienden sus actos á ciertos puntos que no son rigurosamente civiles, ya para proteger directamente á la Iglesia, ya para coadyuvar impidiendo cualquiera desórden en lo espiritual.

Resulta de aquí que entre la Iglesia y el Estado hai relaciones mútuas, proteccion recíproca. Mas como suelen suscitarse dudas sobre lo que puede ó no la Iglesia en el órden temporal, y sobre lo que puede ó no el Estado en el órden eclesiástico, es mui conveniente fijar el principio que sirva para formar un juicio recto en este punto. Este principio no puede ser el de la naturaleza de los actos, porque entónces resultaria que todo lo que se verificase en el órden externo, correspondería al magistrado civil, y por consiguiente, que la propagacion de la fe, el ejercicio del culto, la administracion de los sacramentos, &c., estarian sujetos á él, pues la Iglesia tiene que valerse para esto de un ministerio exterior.

Por el contrario, si la Iglesia lo pudiese todo y el Estado nada en el órden puramente interior, aquella podria gobernar la voluntad de los fieles en las cosas exclusivamente políticas, como las formas de gobierno, &c., y ya comprenderéis hasta dónde podrian llegar los absurdos en este punto.

Tampoco puede servir de principio el influjo mayor ó menor que las cosas puedan tener en el gobierno, porque entónces resultaria que la Iglesia lo podria todo en el órden temporal, y el Estado lo podria todo en el órden espiritual: ya sabéis que ambos órdenes se hallan mui relacionados entre sí y ejercen un grande influjo el uno en el otro. "La religion es la basa del gobierno civil; este sirve á su vez á la religion, conservando el órden y protegiendo la justicia: el príncipe manda y obliga á la obediencia; el Evangelio hace que se obedezca voluntariamente: las leyes civiles están fundadas en la humanidad y en la justicia; la religion inspira estas virtudes.... Si se decide, pues, la competencia por el influjo que tienen los objetos sobre uno ú otro gobierno, no habrá ya nada en la Iglesia que al soberano temporal no corresponda, ni en la administracion temporal habrá tampoco nada que por derecho propio no corresponda reglar y resolver al episcopado. Entónces

ambos poderes se mezclan, se confunden y embarazan mútuamente, y segun los mismos principios, se erigen en soberanos en ambos gobiernos, sin que sea posible conciliarlos ni distinguirlos, por tener igual jurisdiccion sobre los mismos asuntos." [1]

No pudiendo pues atenernos ni á la naturaleza de los objetos, ni al influjo propio de ellos en cada sociedad, para estar ciertos de lo que puede ó no la Iglesia en materia temporal y el gobierno civil en el órden espiritual, necesitamos de un principio seguro, cuyas aplicaciones rectas y naturales dejen á salvo igualmente el poder supremo y la independencia respectiva, tanto de la Iglesia como del Estado. ¿Cuál será este principio? Ya os lo hemos indicado; pero á mayor abundamiento lo repetirémos aquí: todas las cosas que son necesarias para conseguir el fin de cada institucion por la naturaleza misma de las funciones propias de cada poder, son aplicables por él con toda justicia. Esto es bastante claro; mas lo percibiréis mejor con algunos ejemplos. Si un propietario dice á su mayordomo: "cómprame una casa," claro es que le da facultad para tomar el dinero necesario, porque sin esto no puede cumplir. Si Jesucristo dijo á sus apóstoles: "Id por todo el mundo," claro es que les dió derecho para andar en todas partes: si les dijo: "Predicad el Evangelio," claro es que les dió facultad para hablar en público á todos los hombres acerca de la fe y la moral: si les dijo: "enseñadles á guardar todas las cosas que os he mandado," claro es que todo lo necesario para esta enseñanza, régimen y gobierno, aunque sea temporal, es del derecho de la Iglesia.

Lo mismo respectivamente debe decirse del Estado en el órden espiritual. Si Dios ha mandado á los gobiernos que como ministros de él hagan la felicidad de los pueblos, justa es la lei y el juicio civil que sostiene el culto, protege la moral y reprimen los delitos de todo género.

No nos extenderémos ya mas: lo que os hemos dicho, amados hijos, bien meditado por vosotros, aunque mui sucinto, basta para que tengáis ideas claras en punto de tanta gravedad, y tengáis entendido, que estas palabras de Jesucristo: "mi reino no es de este mundo," prueban que la Iglesia es una institucion divina, tiene por principal objeto el órden espiritual, y por fin último la felicidad eterna: en segundo lugar, que la Iglesia está en este mundo con todo derecho por la voluntad y el poder de Jesucristo, y en consecuencia, tiene derecho sobre el órden temporal en cierta línea: en tercer lugar, que este derecho consis-

1 Tomado de nuestra obra intitulada: "Del Derecho natural en sus principios comunes y en sus diversas ramificaciones."

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

te no en la naturaleza y el influjo de los objetos, sino en la necesidad de los medios, lo mismo que sucede respectivamente con el Estado en el órden espiritual; y en consecuencia, que la santa Iglesia en el órden temporal puede todo aquello que es necesario y legítimo para cumplir con su mision divina.

Bien instruidos pues, en estas verdades, no déis crédito á ninguna de esas cavilaciones con que los impíos en diferentes épocas han querido desnaturalizar la institucion de Jesucristo: venerad en ella la obra del mismo Dios, su accion sobre el espíritu, su poder sobre la eternidad, teniendo presente que no es de este mundo: obedeced sus preceptos en todas las cosas temporales á que atiende para formar la virtud, conservar la moral y sostener el culto, teniendo presente que está en este mundo: admirad la sabiduría infinita con que Dios ha concebido y ejecutado el plan de su Iglesia y la maravillosa providencia con que ha provisto de gobiernos justos á la sociedad civil, haciéndolos fuertes al mismo tiempo de someterlos á su voluntad infinita; obedecedlos teniendo siempre á la vista que son los ministros de Dios para el bien. "Dad al César lo que es del César; dad á Dios lo que es de Dios."

DUODECIMA

INSTRUCCION PASTORAL.

SOBRE LA GERARQUIA ECLESIASTICA.

CLEMENTE DE JESUS MUNGUIA, por la gracia de Dios y de la Santa Sede Apostólica, Obispo de Michoacan, á los fieles de su diócesis.

Hermanos é hijos carísimos:

Despues de haberos dado á conocer en nuestras precedentes instrucciones los caracteres divinos de la Iglesia, la necesidad de estar en ella para salvarse, las pruebas en que funda su carácter social, los títulos de su autoridad suprema sobre el dogma, la moral y la disciplina, sus relaciones diversas con el poder temporal, y las consecuencias que nacen de su origen y mision divina, manifiestas en estas palabras de Jesucristo: "Mi reino no es de este mundo," así como del hecho de hallarse establecida en la tierra; es mui conveniente que os hablemos de ese gran cuerpo llamado Clero, compuesto de todos los que ejercen autoridad ó ministerio eclesiástico. Ya os manifestámos en la cuarta instruccion cómo la Iglesia es un cuerpo moral, compuesto de todos los fieles que viven en ella como miembros suyos, sujetos á sus leyes y dependientes de su autoridad. Este gran cuerpo de fieles consta de dos clases principales; la de los ministros de Jesucristo, que instruyen y gobiernan, y la de los simples fieles, que son instruidos y gobernados por ellos. Os hablamos de estos últimos, así en nuestra primera ins-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

truccion, donde fijámos los caracteres del verdadero cristiano, como en el número sexto de la cuarta, donde tratamos el mismo punto con el objeto de exponer las pruebas del carácter social de la santa Iglesia. No resta, pues, volvernos á decir, sino hablar de la primera de estas dos clases, conviene á saber, del clero, llamado así porque sus miembros son clérigos. Es importantísimo tratar este punto, porque de otra suerte no tendríais idea de sus grados diversos, funciones respectivas y debida subordinacion. Verdad es que os hemos hablado del estado eclesiástico en general, poniendo á vuestra vista su orígen, que es el mismo Jesucristo; su mision, que consiste en predicar el Evangelio, administrar los santos sacramentos y gobernar á los fieles. Mas aquellas nociones, suficientes para que no confundáis nunca los títulos del ministerio sagrado con los del órden puramente temporal, no pueden daros la luz necesaria para ver esa colocacion sábia en que Jesucristo ha querido distribuir á sus miembros.

Tal es el objeto y motivo de esta duodécima instruccion. El conjunto de las personas que ejercen en la Iglesia un poder, un ministerio ó ambas cosas, es un todo perfecto, es decir, presenta un órden sábiamente establecido, en que cada cosa, sin dejar de pertenecer al todo, guarda cierta posicion propia y se encuentra colocada en cierta subordinacion y dependencia de otras. Estando colocados en este órden de dependencia y subordinacion, es claro que no todas tienen un mismo poder, que unas pueden mas y otras pueden ménos, que unas ejercen un ministerio y otras otro, &c. Esta diferencia, indispensable para el gobierno, el órden y la perfeccion de este cuerpo social, es lo que se llama *Gerarquía eclesiástica.*

Esto quiere decir que vamos á ocupar nuestra atencion al presente con la nocion propia de la gerarquía eclesiástica. Mas al anunciaros este punto, no imagineis, amados hijos, que tenemos el ánimo de exponer la materia en todo lo que comprende. No: asunto tan vasto nunca podria ser tratado en una simple instruccion pastoral tan reducida como la que os estamos dando. Trátase únicamente de suministráros las primeras nociones, de fijar un punto de partida para una série de instrucciones acerca de la gerarquía. En la Iglesia de Dios hai una gerarquía de poder y de ministerio; primer punto: esta gerarquía es una necesidad en la constitucion misma de la Iglesia; segundo punto: tiene por autor á Jesucristo, y es en consecuencia de institucion divina; tercer punto. Tal será el órden de nuestras ideas en la presente instruccion.

I.

Os hemos ofrecido en primer lugar, hermanos é hijos carísimos, probaros que hai en la Iglesia católica una gerarquía eclesiástica. Como para esto no es necesario hablaros de su necesidad y conveniencia, objeto del segundo punto, ni de su orígen divino, materia del tercero, nos basta llamar vuestra atencion hácia este cuadro magestuoso que la Iglesia docente ha presentado al mundo desde el principio del cristianismo: trátase de probar un hecho, y un hecho se prueba poniéndose á la vista ó exhibiendo los testimonios que le han trasmitido á la noticia de los otros. Ahora bien, amados hijos: ¿qué estáis viendo ahora mismo y sabéis de ciencia cierta vosotros? ¿Qué vieron durante su vida y supieron de ciencia cierta todos nuestros antepasados? ¿Qué ve y sabe de ciencia cierta, no solo quien tiene la gloria de ser y llamarse cristiano sino aun el apóstata, el hereje, el incrédulo y el impío? Que existe en la tierra un cuerpo ministerial que se llama clero, estado eclesiástico, &c.; que componen este cuerpo todos los que administran y gobiernan; que este cuerpo está compuesto de obispos, presbíteros y ministros, y al frente de todos, como gefe y cabeza, está el Papa. Ven tambien que el Papa ejerce una autoridad suprema, es decir, superior á todos; que los obispos ejercen una autoridad superior á los presbíteros, ya en el órden, ya en la jurisdiccion, pues que solo ellos administran el santo sacramento del Orden, solo ellos, en virtud de su órden, consagran, solo ellos, en virtud de su órden, administran el santo sacramento de la Confirmacion; que el mundo católico está distribuido en ciertas porciones grandes llamadas Naciones, al frente de las cuales están ciertos obispos con mayor jurisdiccion, y se llaman primados; que cada nacion está dividida en provincias y gobernadas por arzobispos; que cada provincia, está dividida en diócesis, gobernadas por obispos; que cada diócesis está dividida en parroquias gobernadas por curas, y cada cura tiene cierto número de eclesiásticos auxiliares que se llaman ministros. Todo el mundo ve que la representacion de los patriarcas y primados es mayor que la de los arzobispos, la representacion de estos mayor que la de los obispos, la de los obispos mayor que la de los curas, la de los curas mayor que la de los simples ministros. Esto es por lo que toca á la jurisdiccion. Sucede lo mismo respecto del órden. Todo el mundo ve que hai en la Iglesia órdenes diferentes, como son el Episcopado, el Presbiterado, el Diaconado, el Subdiaconado, conocidos con

el nombre de órdenes sagrados mayores; así como el Acolitado, Exhorcistado, Lectorado y Ostiariado, conocidos con el nombre de órdenes menores. Todo el mundo ve que lo que el obispo puede hacer en virtud de su órden episcopal, no lo puede el presbítero, ni mucho ménos los otros ministros inferiores; que lo que puede el presbítero en virtud del órden del presbiterado, no lo puede el diácono ni mucho ménos los inferiores, así respectivamente se debe decir de los demás.

Este es el hecho, hermanos carísimos: esto es lo que todos ven con sus propios ojos ó saben de ciencia cierta. Ya os hemos dicho, que por ahora solo se trata de manifestaros el hecho, y como este se halla puesto á la vista de todos, nadie, ninguno absolutamente puede desconocerle ó negarle. Luchará el protestante por destruir el Papado; pero no podrá negar que hai Papa: se esforzará alguna de sus sectas en destruir el Episcopado, pero no podrá negar que hai obispos: descargará el filósofo incrédulo todos los sarcasmos sobre las altas funciones del Presbiterado; pero no podrá negar que hai presbíteros. Ved, pues, amados hijos, cómo la existencia de la gerarquía eclesiástica es un hecho incontestable para todos los que viven, y lo ha sido constantemente para todas las generaciones precedentes desde el principio del cristianismo. Verdad es que la Iglesia ha dilatado mas la gerarquía, que los subdiáconos comenzaron despues, y que los órdenes llamados menores fueron todavía mas posteriormente instituidos; mas esto nada concluye contra el hecho fundamental de la gerarquía, ni tampoco contra el del hecho consecuente de su ampliacion. Desde el tiempo mismo de los apóstoles ved en estos mismos, en los ancianos ordenados por ellos y subordinados á ellos, y en los otros instituidos para entender en otras funciones, la existencia de los obispos, presbíteros y ministros, triple grado de la gerarquía eclesiástica. El protomártir Estéban fué diácono y vivió en tiempo de los apóstoles. Ved, pues, cuán antigua es la gerarquía eclesiástica.

No creemos hallarnos en el caso de dar mayor amplitud á estas pruebas, pues tratándose de lo que todos ven, todos palpan y todos saben perfectamente, basta llamar la atencion hácia el objeto, para dejar plenamente demostrada la verdad de su existencia.

II.

Bien: ha existido, existe en el mundo un cuerpo ministerial llamado clero, colocado en una especie de escala de subordinacion y ejerciendo ministerios diversos y poderes desiguales, que es lo que constituye su gerarquía. Este es un hecho incontestable, un hecho que todos tienen á la vista y que por lo mismo nadie puede desconocer: pero ¿la gerarquía eclesiástica cuenta á su favor con una razon legítima, y además de ser un hecho, es tambien un derecho? He aquí, amados hijos, una cavilosa cuestion que el génio de la herejía y de la impiedad han suscitado malignamente, tendiendo una red á los pueblos para rebelarlos contra la Iglesia. De aquí esos escandalosos cismas que han hecho tantos estragos en el campo del Señor: de aquí tantas herejías, tantos errores y tantas desgracias. No han perdonado medio alguno los enemigos de la Iglesia para combatirla, y precisamente la gerarquía eclesiástica es uno de los puntos en que mas infatigablemente han esgrimido sus armas. Y lo peor es, que discurriendo sin cesar sobre los medios de hacerse camino al ánimo de los fieles, cambian de vestido y de idioma, invocan el Evangelio, se muestran mui celosos por el sacerdocio mismo, y de esta suerte han logrado seducir á muchos incautos. ¿Quieren combatir al Papa? Guardaos de creer que emprendan el ataque directo, no, lo que hacen es exaltar y encarecer los derechos del episcopado, y de la igualdad de este órden parten para proclamar la igualdad de jurisdiccion, diciendo, por ejemplo, " el Papa no es mas que el obispo de Roma, todos los obispos tienen " el órden mismo, pueden lo mismo que él: será, si se quiere, el mayor " entre los iguales, pero nunca el mayor en poder y jurisdiccion." De esta suerte destruyen el Primado. Otros, ó los mismos si se quiere, para dar un paso mas, hacen el mismo argumento de los obispos á los presbíteros: otros, sustituyendo unas ideas en lugar de otras, van ponderando el trabajo de los párrocos y el descanso de los cabildos, si no es que lleven las cosas al extremo de ponerse al lado de los simples vicarios para combatir á los curas. Así se ha visto en diferentes épocas y países á los herejes é incrédulos tomar el uniforme de los católicos para desquiciar la fe de los pueblos y acabar con la autoridad soberana de la Iglesia. Veamos pues cómo la gerarquía eclesiástica tiene, no solamente la garantía que le da la antigüedad de su existencia, mas tambien el argumento poderoso que se funda en su necesidad social.

Se entiende por necesidad social de una cosa aquello sin lo cual la sociedad no podria subsistir. Pues bien, la gerarquía eclesiástica es de tal naturaleza, que sin ella la sociedad eclesiástica no podria ser administrada ni gobernada, y por consiguiente no podria subsistir; sin ella todos los clérigos serian iguales en órden, iguales en poder. Colocaos en este caso, amados hijos, y poned la consideracion en lo que de aquí resultaria. Si todos fueran iguales en poder, ó cada uno tenia autori-

dad sobre la universalidad de los fieles, ó no. Si lo primero, ¿cómo concebís el gobierno de la Iglesia? ¿Gobernarian todos juntos? Pues en este caso decidme, ¿dónde se juntarian para ponerse de acuerdo? ¿Qué sucederia cuando estuvieran discordes, supuesto que cada uno tenia un poder igual sobre toda la Iglesia? Es preciso convenir que en el supuesto caso de la igualdad de poder el gobierno seria imposible. ¿Qué diremos de la administracion? El que todos se reuniesen para bautizar, confirmar, confesar, dar la comunion, ordenar y administrar el matrimonio, lo mismo que para predicar, &c., ya véis que es un caso imposible, que el suponerle seria el mayor absurdo, y que por lo mismo, ó no serian administrados los santos sacramentos, ó estos ministros iguales en poder deberian estar esparcidos por todo el mundo. Mas tal igualdad de poder es incompatible con tal distribucion de ministros: ¿por qué? porque si todos tienen el mismo poder, ninguno tiene el derecho de mandar á los otros. Si no hai uno que mande, tampoco habrá quien obedezca: si falta uno y otro, el órden es imposible: cada ministro estará donde le parezca, y allí administrará ó no, segun le plazca. ¡Triste, pero indispensable consecuencia! La mayor parte del mundo estaria privada de los recursos y de los consuelos de la religion.

No pueden llevarse mas adelante los absurdos. Suponed ahora lo contrario, no hemos dicho bien: volved la consideracion á lo que existe: ved ese órden maravilloso que brilla en la economía del gobierno y de la administracion eclesiástica: ved la estrechez con que todo está encadenado aquí: los dogmas, la moral, la disciplina, la enseñanza, la administracion, el gobierno y todo el cuerpo eclesiástico. Lo primero que se presenta á nuestra vista es Roma, centro de todas las iglesias del mundo, el romano Pontífice, Vicario de Jesucristo, sucesor de S. Pedro, cabeza de la Iglesia universal, centro de la unidad católica, ejerciendo sobre toda la Iglesia las funciones correspondientes á su augusto primado. Él vela sobre los pastores, como le encargó Jesucristo; los instituye y distribuye por todo el orbe, los gobierna y los juzga. Habla, y todo el episcopado responde á su voz, y este eco sublime atrae por todas partes la veneracion y el amor. Lo segundo que se presenta á nuestra vista es el gran cuerpo de los pastores, de los obispos, sucesores de los apóstoles, á quienes Jesucristo instituyó para gobernar la Iglesia de Dios, segun la espresion de San Pablo. Cada uno de ellos tiene á su cargo una parte del inmenso territorio cristiano, es decir, una diócesis que administra y gobierna con su autoridad propia, y con la que el romano Pontífice tiene á bien delegarle. Cada obispo instituye cierto número de pastores de segundo órden, llamados párrocos, los

cuales están distribuidos en cierto número de parroquias, que administran y gobiernan con sujecion al obispo. Cada párroco ejerce una inspeccion indispensable sobre los ministros que le ayudan, con sujecion al mismo diocesano.

Tal es, hermanos carísimos, el cuadro de órden, de dependencia, de subordinacion que hemos querido contraponer al primero. Ahora bien: en vista de ambos, ¿qué decís de la gerarquía, relativamente á las condiciones sociales de la Iglesia? ¿Podréis concebir sin ella el cumplimiento de la mision augusta del sacerdocio? ¿Podréis imaginar sin ella un órden sabio y recto? ¿Creeis que sin ella podrá ser gobernada la comunidad de los fieles, apacentada como es debido con el pasto de la palabra evangélica, y agraciada con la distribucion de los santos sacramentos? ¿Existiria por ventura esta unidad, esta santidad y esta catolicidad de la santa Iglesia? No por cierto: esto se ve, esto se palpa. Concluyamos, pues, reconociendo que la gerarquía eclesiástica es una necesidad social de la Iglesia, una condicion indispensable para el cumplimiento de su mision y el ejercicio de su gobierno, una cosa precisa para su subsistencia.

¿Por qué triste fatalidad se ha tomado tanto empeño en combatir la gerarquía, cuando ella es tambien una condicion de subsistencia en toda sociedad, en toda institucion regularizada y hasta en el recinto mismo de las familias? Sin la gerarquía, es decir, sin esta desigualdad y subordinacion de poderes y ministerios, no es posible la sociedad, no es posible la familia, no es posible ninguna institucion humana. Ved la sociedad, observad la economía del gobierno, la marcha de la administracion. En ella véis una cabeza, un gefe supremo cuya autoridad se extiende á toda la nacion, sea cual fuere su nombre: llámese emperador, rei, presidente, &c., el hecho es que es la cabeza de la nacion y el centro del gobierno y de la unidad social: despues en cada uno de los Estados en que está distribuido el territorio, hai tambien un gefe subordinado al primero: este tiene á su turno autoridades de tercer órden, empleados subalternos, y solo de esta suerte puede subsistir el órden social. Suponed á una nacion gobernada por multitud de hombres que tuviesen cada uno el mismo poder, ¿podréis concebir el gobierno? No, porque es inconcebible. Luego la gerarquía es una condicion precisa de la sociedad civil. En la familia el poder del marido es mayor que el de la muger, el de la muger mayor que el de los hijos y domésticos. Imaginad que marido, muger é hijos tuviesen poderes iguales; en este caso, ¿podriais concebir el órden doméstico? No, porque seria inconcebible. Aun en los mismos negocios de los hombres en

la marcha de sus giros, en la administracion de sus intereses hai la misma necesidad. Ved á ese rico propietario que tiene muchas haciendas: nombra un apoderado general que se entienda con todos sus negocios, este apoderado nombra un administrador para cada una de las haciendas, cada administrador nombra cierto número de agentes subalternos que le están sometidos. Imaginad ahora que el dueño, el apoderado, los administradores, los subalternos, todos tuviesen poderes iguales, ¿qué resultaria de aquí? el desórden, el desconcierto, la ruina; pero el órden, el concierto, la subsistencia, jamas.

Ved, pues, amados hijos, cómo no podemos detener la vista en ninguna institucion, sin sorprender allí la necesidad de la gerarquía. No multiplicarémos los ejemplos ni pasarémos adelante en el desenvolvimiento de nuestras pruebas, porque seria el colmo de la estupidez ó el extremo de la mala fe, desconocer la importancia social de la gerarquía eclesiástica.

III.

Pero no nos detengamos aquí: la gerarquía eclesiastica es, no solamente un hecho antiguo, constante y universal, como lo hemos dicho en la primera parte, no solamente una necesidad social de la Iglesia, como lo acabamos de probar, sino tambien una institucion divina.

Para reconocer esta verdad, bastaria considerar atentamente tanto el hecho como la necesidad de la gerarquía. En efecto, amados hijos, la antigüedad y perpetuidad de las instituciones no es una cosa que debe reconocer por principio la voluntad humana. El hombre, falible en sus juicios, y por lo mismo variable en sus convicciones, es voluble en su voluntad, y por lo mismo variable en su conducta. ¿Qué diremos, pues, de una institucion que en el dilatado curso de diez y ocho siglos no ha tenido variacion ni padecido detrimento? Diremos, con la fe de un cristiano, y aun podriamos decirlo tambien con la razon de un filósofo: "El dedo de Dios está aquí."

La misma reflexion podriamos haceros á propósito de la necesidad social de la gerarquía. ¿La gerarquía eclesiástica es de una necesidad absoluta en la Iglesia de Dios? Luego es de institucion divina. Esta respuesta es consiguiente, es exacta, es verdadera. Todo lo que es necesario en una cosa tiene una misma razon de existencia con la cosa misma, estuvo en el pensamiento y en la accion de su causa productora. Si Dios estableció la Iglesia y esta no puede subsistir sin

gerarquía, estableció tambien la gerarquía, y por consiguiente la gerarquía eclesiástica es de institucion divina.

Pero no queremos limitarnos á esto solo; no queremos que la institucion divina de la gerarquía figure aquí como un simple hecho de consecuencia. Verdad es que no nos proponemos daros al presente todas las pruebas de esta verdad, objeto de las siguientes instrucciones; pero sí os dirémos lo mui preciso como un antecedente oportuno y una demostracion general.

Es de fe que el sacramento del Orden ha sido instituido por Jesucristo. Esta es una verdad fundamental, una verdad profesada por todo católico. La Escritura santa, los Padres de la Iglesia, los concilios generales lo han definido así. "No malogres, decia San Pablo á su discípulo Timoteo, la gracia que tienes, la cual se te dió en virtud de revelacion con la imposicion de las manos." [1] En este mismo sentido habló al mismo Timoteo en otra carta suya, diciéndole: "Te exhorto á que avives la gracia de Dios que reside en tí por la imposicion de las manos." [2] Habla pues aquí el apóstol del órden sagrado, por esto quiere decir la gracia recibida por la imposicion de las manos. Esta ceremonia sagrada se usa, como lo habréis visto muchos de vosotros, al administrar el sacramento del Orden.

San Gerónimo prueba la misma verdad con su testimonio, cuando dice: "que los obispos que vuelvan al seno de la Iglesia no se han de volver á ordenar, así como los legos que habiendo caido en herejía vuelven otra vez á la Iglesia, no se han de volver á bautizar." [3] ¿Por qué se explica de esta suerte? Porque así como el Bautismo no se administra sino una sola vez, porque imprime en el alma un carácter indeleble, así tambien el Orden sagrado se administra una sola vez, porque imprime tambien un carácter indeleble, conviene á saber, un carácter que nunca puede borrarse ni en esta ni en la otra vida, ni en el tiempo ni en la eternidad. En el mismo sentido se explica San Agustin en su escrito contra Parmeniano, donatista: "Expliquen ellos, decia, cómo el sacramento del bautizado no puede perderse y el sacramento del ordenado puede perderse.... porque si uno y otro es sacramento, lo cual ninguno duda, ¿cómo es que el uno no se pierde y el otro se pierde?" [4] En este pasaje manifiesta claramente San Agustin que el

1 Noli negligere gratiam quæ data est tibi per prophetiam cum impositione manuum, I Tim. cap. IV, v. 14.

2 Admoneo te, ut resuscites gratiam Dei, quæ est in te per impositionem manuum mearum. II Tim. cap. I, v. 6.

3 Hieron. Dial. advers. Lucif.

4 Ipsi explicent quo modo sacramentum baptismi non possit amitti, et sacramentum

Orden sagrado es un verdadero sacramento. Por esto el santo concilio de Trento, en el cánon 3º de la seccion XXVI pronuncia el anatema contra cualquiera que diga que el Orden sagrado no es un verdadero sacramento, instituido por nuestro Señor Jesucristo.

Siendo el Orden un verdadero sacramento de institucion divina, puesto que reconoce por autor al mismo Jesucristo, habiendo varios órdenes, cuya potestad es mayor en unos que en otros, resulta comprobada la institucion divina de la gerarquía. Esta desigualdad de poder tiene á su favor las mismas pruebas que la institucion del Orden, es decir, la Santa Escritura, la tradicion, los concilios generales y la razon misma. San Pablo en el capítulo XX, versículo 28 de los Hechos apostólicos, se refiere á los obispos, cuando hablando de los mayores de la Iglesia congregados en Mileto, les dice: "Velad sobre vosotros y sobre toda la grei, en la cual el Espíritu Santo os ha instituido obispos para apacentar la Iglesia de Dios." En el mismo sentido se explican San Epifanio, exponiendo un texto del citado apóstol, y San Cipriano en su Epístola 27, dando la doctrina de ser mayor el obispo que el simple presbítero. El santo concilio de Trento condena con su autoridad á los que afirmaren lo contrario: oid sus palabras: "Si alguno dijere que los obispos no son superiores á los presbíteros, que no tienen potestad de confirmar y ordenar, ó que esta potestad les sea comun, queda excomulgado."

Mas no solamente la potestad de órden, sino tambien la de jurisdiccion es mayor en unos que en otros por la misma institucion divina. Si los obispos han sido instituidos para regir la Iglesia de Dios, como se explica el apóstol, es claro que ejercen una jurisdiccion superior á los presbíteros y que gobiernan á estos. Pero veamos un texto mas expreso. En el versículo 19, de su Epístola 1ª á Timoteo, le dice á este obispo: "No admitas acusacion contra el presbítero sin la deposicion de dos ó tres testigos." Luego el obispo es juez del presbítero, y por consiguiente hai una gerarquía de jurisdiccion. Lo mismo debe concluirse de estas palabras que dirige á su discípulo Tito: "La causa por que te dejé en Creta es para que arregles las cosas que faltan y establezcas en cada ciudad presbíteros." Luego el obispo tiene sobre estos, no solamente una jurisdiccion contenciosa, sino tambien facultades administrativas y gubernativas, porque puede distribuirlos en su territorio conforme lo exijan las necesidades de la Iglesia, y hacer que cada uno resida en el lugar de su adscripcion.

ordinati posit amitti. . . . si enim utrumque sacramentum est, quod nemo dubitat, cur illud non amittitur, et istud amittitur? D. Aug. contra Parmenianum donat. Lib. II, cap XIII, n. 30.

No multiplicarémos las citas, porque ya hemos dicho lo bastante para daros una idea general de las razones en que se funda la institucion divina de la gerarquía eclesiástica. En nuestras siguientes instrucciones os hablarémos de cada grado de esta gerarquía, comenzando por San Pedro, príncipe de los apóstoles, y concluyendo con los simples ministros.

Ya véis, pues, amados hermanos é hijos, cuántos títulos á cual mas respetable y santo tiene la gerarquía de la Iglesia, no solamente al convencimiento, sino tambien á la fe y á la veneracion de los fieles. Guardad esta doctrina en vuestra mente y en vuestro corazon, para que no os dejéis seducir de los vanos discursos de los impíos, para que veneréis la institucion y déis á Dios infinitas gracias por haber dado á su Iglesia un ministerio tan santamente preparado, tan sábiamente subordinado, tan eficaz y provechosamente distribuido.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

DECIMATERCIA

INSTRUCCION PASTORAL.

SOBRE EL PRIMADO DE HONOR Y JURISDICCION
QUE JESUCRISTO CONCEDIO A SAN PEDRO SOBRE LOS DEMAS APOSTOLES.

CLEMENTE DE JESUS MUNGUIA, por la gracia de Dios y de la Santa Sede Apostólica, Obispo de Michoacan, á los fieles de su diócesis.

Carísimos hermanos é hijos:

Os acabamos de hablar en la instruccion precedente sobre la gerarquía eclesiástica considerada como un hecho notorio, antiguo y constante, como una necesidad social de la Iglesia de Dios, y como una institucion divina. Para concluir trazámos la doble escala de esta gerarquía, por haberla de órden y de jurisdiccion, y os manifestámos cómo, simplificándolo todo, se reduce á tres grados, que son: primero, los obispos; segundo, los presbíteros; tercero, los ministros. Tambien os dijimos allí cómo esta materia, de suyo mui vasta, no podia ser tratada en una sola instruccion de las que os estamos dando, y por esto nos redujimos en ella dentro de los límites de una prueba general.

Es pues ya tiempo de comenzar el desarrollo de esta con la exposicion de cada punto de la gerarquía. Su primer grado en jurisdiccion y en Orden es el episcopado, conviene á saber, el cuerpo de los obispos como sucesores que son de los apóstoles. Mas en el episcopado hai tambien su gerarquía, y una gerarquía fundamental, como sucedió asimismo en el apostolado. Consiste esta gerarquía fundamental en el

primado, es decir, en la supremacía, no por cierto de Orden, sino de honor y jurisdiccion que tiene el Papa sobre todos los obispos de la cristiandad.

Para tratar pues metódicamente la materia, debemos comenzar por el primado. Mas correspondiendo este derecho al Papa como sucesor de San Pedro, el principio cardinal está en este Santo Apóstol; pues manifestando en primer lugar que San Pedro tuvo concedido por Jesucristo un primado de honor y jurisdiccion sobre todos los apóstoles; y demostrando en segundo, que el Papa es el sucesor de San Pedro en todos los derechos de la supremacía, queda plenamente comprobado el primado de honor y jurisdiccion que el romano Pontífice tiene en toda la Iglesia. Tal debe ser la marcha de nuestras ideas: mas como el comprender ambos puntos en una instruccion seria gravar mucho vuestra atencion, amados hijos, nos limitarémos en la presente á exponeros los fundamentos de esta verdad.

Jesucristo nuestro Señor concedió á San Pedro un primado de honor y jurisdiccion en toda la Iglesia.

"Esta verdad fundamental de la Iglesia, donde ella se nos manifiesta en el mas alto punto de perfeccion y de unidad bajo la forma de un reino divinamente constituido, inalterable en sus elementos orgánicos, invariable en sus principios, infalible en sus pensamientos, irresistible en su accion, indefinible en su permanencia; esta verdad que nos presenta en la persona de Pedro á la cabeza del colegio apostólico, al gefe visible á quien instituyó Jesucristo fundador del pontificado, á aquel príncipe de los príncipes, es decir, al apóstol de los apóstoles y primer antecesor de todos los pontífices, era de una importancia bastante grande, para que los herejes de todos los siglos no se hubiesen apercibido á la contienda con el fin de ponerla en duda, abolir con ella la primacía de la Iglesia y derrocar así á la Iglesia misma, hiriéndola en su basa. Nada extraño es, en consecuencia, que desde el principio del cristianismo haya venido siendo este dogma gerárquico uno de los objetos de esa guerra sin tregua que la Iglesia ha sostenido con tal perseverancia y en la que siempre ha triunfado con tanta gloria. Nada es pues tan conveniente y necesario para todos los fieles como acercarse mas y mas á la inteligencia de este dogma, y asirse de él con la doble fuerza del raciocinio y de la autoridad."

"Entre las muchas pruebas aducidas por los teólogos y canonistas en apoyo de esta verdad, campean tres que nos han parecido siempre fundamentales: primera, la conducta de los Evangelistas al hablar de Pedro; segunda, la conducta y el lenguaje de nuestro Señor Jesucristo

para con este mismo apóstol; tercera, la unanimidad asertiva de toda la Iglesia y de toda la tradicion á este mismo propósito."

Recorrerémos, amados hijos, estos tres órdenes de pruebas: estadnos atentos.

I.

Os hemos dicho en primer lugar que la primera prueba de la primacía de Pedro sobre los otros apóstoles es el modo con que se explican acerca de él todos los Evangelistas, porque esta manera de hablar en unos hombres divinamente inspirados, que nunca dicen sino lo mui preciso y cuyos conceptos tienen un sentido profundo, habla mui alto cuando se trata de comprobar las grandes verdades.

"Los Evangelistas, estos historiadores fieles del Mesías en el mundo, tienen que hablar frecuentemente de los apóstoles, y en su narracion hai dos cosas mui dignas de notarse: primera, que tratando de los otros apóstoles los colocan indistintamente, y en esto con frecuencia varian; segunda, que hablando de Pedro, siempre le citan en primer lugar, y en esto nunca varian. Así es que San Mateo, despues de haber mencionado á Pedro, nombra inmediatamente á Andrés, miéntras que San Márcos nombra á Santiago, y San Lúcas nombra á San Juan. Luego, tratándose de los otros apóstoles, no les daban colocacion determinada: otras veces ni aun los mencionan en particular, sino de un modo genérico."

"No sucede lo mismo tratándose de Pedro: aun en aquellos casos en que los evangelistas hablan en general de los apóstoles, siempre mencionan á Pedro. Así es que dice uno de ellos: "Pedro y los que con él estaban." "Pedro estaba en pié con los once." San Mateo, por ejemplo, dice: "Este es el nombre de los doce apóstoles: el primero Simon, que se llama Pedro, &c."

"¿Qué consecuencia inferir de este órden tan fijo de procedimientos, sino el concepto en que se hallaban los evangelistas acerca del primado de honor y jurisdiccion de San Pedro? ¿Se atribuirá esto á la edad? No: porque si San Gerónimo, por ejemplo, dijo que Pedro era el mas viejo de los apóstoles; San Epifanio lo niega positivamente diciendo en términos formales que San Andrés era el mas avanzado en edad. ¿Se dirá que seguian el órden del llamamiento? No: porque segun la narracion de los evangelistas, Andrés precedió á Pedro, ó cuando ménos fué llamado juntamente con él. Por otra parte, dejando á un lado estas cuestiones puramente históricas, hai una reflexion decisiva en el

asunto. La razon de la edad y el llamamiento no fué considerada por los evangelistas, puesto que no guardan sobre este punto un órden seguido hablando de los otros, órden que hubieran debido guardar, estableciendo una especie de gerarquía de edad y vocacion, no solamente respecto de Pedro, sino tambien de los demas. Luego la conducta de los evangelistas al hablar de Pedro prueba mucho en favor de su primado."

II.

"Pero no es esto lo decisivo, ni es necesario tampoco insistir en semejante prueba, cuando tenemos la mui terminante que nos da el mismo Jesucristo en su conducta y en sus palabras. Siempre que nuestro Señor Jesucristo se hacia acompañar de algunos de sus apóstoles, á Pedro llamaba en primer lugar. Para subir al Tabor, llama á Pedro el primero: para entrar en el Huerto, llama á Pedro el primero. En el Tabor Pedro es el único que habla con él. Al reprender el sueño de los que le acompañaban al bosque de las Olivas, se dirige á Pedro, y en la persona de éste habla con los demas. En fin, aunque Jesucristo tenia un discípulo á quien todos los evangelistas llaman por excelencia el *discípulo amado*, y este discípulo, que es Juan, tuvo el honor de recostarse en su seno en el cenáculo y mereció la infalible confianza de recibir á la Vírgen María como un legado especialísimo en clase de madre y de ser legado á ella en clase de hijo, no por esto deja nunca de figurar Pedro en el primer término de su apostolado, y en todo y por todo se conduce con Pedro como quien le designa de antemano como el gefe visible de la Iglesia católica. Pero vengamos á sus palabras, vengamos á sus promesas, vengamos á presenciar el acto sublime en que Jesucristo, Pontífice eterno, gefe invisible y divino de la Iglesia católica, nombra la cabeza visible de la Iglesia, elige en persona su representante y le acredita de la manera mas espléndida en presencia de sus otros discípulos y á la faz de toda la tierra. Oigamos á este propósito lo que nos dice el evangelista San Mateo en el capítulo XVI, versículos 13 y siguientes:

"Viniendo despues Jesus al territorio de Cesaréa de Filipos, preguntó á sus discípulos: ¿Quién dicen los hombres que es el Hijo del hombre?—Respondieron ellos: Unos dicen que Juan Bautista, otros Elías, otros, *en fin*, Jeremías ó alguno de los profetas. –Díceles Jesus: Y vosotros, ¿quién decís que soi yo?—Tomando la palabra Simon Pedro, dijo: Tú eres el Cristo ó Mesias, el Hijo de Dios vivo.—Y Jesus res-

pondiendo, le dijo: Bienaventurado eres, Simon, hijo de Joná, porque no te ha revelado eso la carne y sangre ú *hombre alguno*, sino mi Padre que está en los cielos.—Y yo te digo que tú eres Pedro, y que sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas ó *poder* del infierno no prevalecerán contra ella. Y á ti te daré las llaves del reino de los cielos. Y todo lo que atares sobre la tierra, será tambien atado en los cielos; y todo lo que desatares sobre la tierra, será tambien desatado en los cielos."

"Este pasaje del Evangelio es tan directo y terminante, que todo hombre de buena fe le ha reconocido como el primer título del primado de honor y jurisdiccion concedido á Pedro sobre toda la Iglesia. Jesucristo propone á sus discípulos una grave cuestion: los toma primero como testigos de las opiniones del mundo acerca de su persona, y despues les interroga directamente á ellos con el objeto de abrir camino al príncipe de los apóstoles á hacer una confesion espléndida en presencia de los otros acerca de la divinidad del Salvador. Jesucristo dirige á todos la palabra, y cuando se trata de referirle las voces que corren, todos la toman respondiéndole: "Unos dicen que el Hijo del hombre es Juan Bautista, otros Elías, otros Jeremías ó alguno de los profetas." Es mui digna de notarse esta circunstancia. ¿Por qué razon en este caso hablan todos sin esperar á que hable Pedro? Porque aquí aparecen como simples testigos. Observemos ahora lo que pasa en seguida. Jesucristo les dice: "Y vosotros, ¿quién decís que soi yo?" Esta pregunta colectiva, donde los protestantes han querido hallar un argumento contra el primado de Pedro, es altamente significativa y entraña el pensamiento de que la voz del que ha de responder, no es la voz del individuo, sino la voz del apostolado, no es la voz humana, sino la voz del Espíritu Santo, que habla por la boca del príncipe de los apóstoles. Dirigiéndose á todos la pregunta, es para que todos atiendan, para que todos reconozcan la obligacion de confesar á Jesucristo, y para que todos, abundando en el mismo sentido católico, hablasen por su cabeza y despues pudiesen hablar unidos con ella misma. Observemos cómo al preguntar Jesucristo la verdad dogmática, al pedir una respuesta divina, todos enmudecen, ó mas bien todos callan para que hable Pedro: observemos cómo este apóstol al escuchar la respuesta, como si ya experimentase en sí mismo el sentimiento de la dignidad que Cristo le habia confiado, no se detiene, sino que al instante responde: "Tú eres Cristo, el Hijo de Dios vivo." ¡Cuadro tierno á par que sublime! ¡Bello tipo del pontificado católico! Esta pregunta de Jesucristo es la imágen de todas las que se habian de

hacer en el curso de los siglos á la Iglesia, ya directamente para saber, ya con motivo de las herejías á fin de no extraviarse en la creencia. Abrase la historia, y nótese cómo cada decision dogmática, cada juicio de la Iglesia es una imágen viva de este primer dechado: parece que los verdaderos fieles, penetrados del Espíritu de Jesucristo, preguntan á toda la Iglesia docente, y que esta Iglesia, donde vemos al Pontífice romano asociado con todos los obispos de la cristiandad, como San Pedro con los apóstoles, responde por la voz del Papa: todos los obispos esperan esta voz, y suscriben á ella cuando se pronuncia.

"Continuemos aun este análisis. Jesucristo, satisfecho con la respuesta de Pedro y sin decir nada á los otros apóstoles, nos manifiesta claramente que no esperaba de todos ni indistintamente de cualquiera, sino solo de Pedro, la respuesta de su pregunta. En consecuencia, desde que habló Pedro, este apóstol es el único interlocutor en la gran conferencia en que se iba á instituir el supremo poder de la Iglesia católica: desde aquí toda la conversacion pasa entre Jesucristo y Pedro á presencia de los otros apóstoles. Por esto Jesus, desde que habla Pedro, abandona la locucion colectiva, y contrae su discurso á la persona de aquel. "Bienaventurado eres, le dijo, Simon hijo de Joná; porque no te ha revelado eso la carne y la sangre, sino mi Padre que está en los cielos." En estas cortas palabras Jesucristo nos ha enseñado dos grandes cosas: primera, que cuando habla dogmáticamente el Pontífice, no habla el hombre sino la Divinidad por boca del hombre: segunda, que lo que habla es una verdad infalible, y debe creerse como un dogma de fe. En aquel momento solemne Pedro se acredita para con los otros apóstoles, por la voz de su Divino Maestro, como príncipe de ellos divinamente inspirado para definir cuanto se refiere á la fe.

"No se necesitaba de mas para reconocer el primado de honor y jurisdiccion otorgado á San Pedro; pero Jesucristo quiso ser todavía mas explícito: "Y yo te digo, añadió, que tú eres Pedro, y que sobre esta piedra edificaré mi Iglesia; y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella." Comencemos aquí por observar que Jesucristo, despues de haber calificado á Pedro de bienaventurado, de haberle mostrado asistido de su Padre para elevarse por la inspiracion divina sobre toda inteligencia humana, prepara su locucion subsecuente con estas palabras: "Y yo te digo que:" estas palabras tienen una énfasis profunda y en la boca del Salvador una énfasis divina. Aun cuando hablamos humanamente, el uso de estas palabras anuncia al que las escucha, que se le va á referir una cosa grande, todavía mas grande que lo que ántes se le ha dicho. "Y yo te digo que:" es decir, todavía no lo has

oido todo, ni tampoco lo mas grande: te resta que oir cosas mas maravillosas; nuevas revelaciones van á ilustrar tu mente; prepárate á escucharlas. Era necesario hacer esta explicacion preventiva, para estimar como es debido el valor dogmático de las palabras que sigue pronunciando Jesucristo. Él nos ha preparado para una grande revelacion, "Y yo te digo que:" ¿qué va pues á decir? Escuchadle: "tú eres Pedro." No pasemos adelante. ¿Se propondria pues Jesucristo decir aquí tan solo el nombre de este apóstol? ¿Y quién le ignoraba? ¿Y con qué objeto lo decia? ¿Y qué valor podria tener esto para una preparacion tan solemne, y para figurar en el primer término de una mision sublime? No; este tú eres Pedro, quiere decir otra cosa: es, como decíamos poco há, una expresion enfática, es ya el primer anuncio del primado pontificio. En efecto, no carece de misterio el que habiendo designado Jesucristo á este apóstol un momento ántes con el nombre de Simon hijo de Joná, use ahora de una enunciacion enfática y absoluta, diciéndole: "tú eres Pedro." En efecto, Pedro quiere decir piedra, y la palabra de Jesucristo fué equivalente á esta: "tú eres piedra," dando á entender, como se explica el sabio Amat anotando este lugar del Evangelio, que aquel á quien habia dado el nombre de *Pedro* que significa *piedra*, era una piedra de una fuerza invisible para soportar el edificio de la Iglesia, en el cual él debia ser, despues de Jesucristo, la primera piedra fundamental en calidad de supremo Pastor, Señor y Gobernador, y debia de tener igualmente toda la plenitud del poder eclesiástico. En esto nos fundamos para decir, que desde que aquel apóstol es designado enfáticamente por Jesucristo con el nombre de Pedro, aparece ya con el primado de honor y jurisdiccion.

Este concepto se confirma todavía mas con las siguientes palabras de Jesucristo: *Y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia.* La partícula conjuntiva representada en esta letra del alfabeto *y*, denota claramente que en el pensamiento de Jesucristo lo que sigue es explicacion de lo que precede, es del todo relativo á ello, y por consiguiente, que en las palabras posteriores debemos hallar el verdadero sentido de las que preceden. Habia dicho ya: *Tú eres Pedro y piedra;* pero esta expresion genérica susceptible de várias aplicaciones necesitaba otra que viniese á determinarla: tal es el objeto de estas palabras: *sobre esta piedra edificaré mi Iglesia.* Llegando aquí, nada queda que desear: bajo una excelente metáfora se manifiesta toda la Iglesia católica. Ella está sentada sobre Pedro, y Pedro es la primera piedra colocada por Jesucristo para levantar el edificio de su Iglesia. Luego Pedro es el príncipe, el fundamento, &c., de la Iglesia. Fundamento tan sólido,

tan firme, que desafiará el poder de los siglos y los reiterados conatos de las potestades diabólicas para derrocarle: que tanto así quiere decir: *las puertas del infierno no prevalecerán contra ella.*

"Esto era ya mucho; pero Jesucristo, fijo en la idea de que está estableciendo el gran principio de esta institucion divina, no quiere dejar nada con que puedan autorizarse despues las sectas disidentes contra el poder del Soberano Pontífice y su Iglesia. Por este motivo, queriendo ser mas explícito, dice todavía: "A tí te daré las llaves del reino de los cielos. Y todo lo que atares sobre la tierra, será atado en los cielos; y todo lo que desatares sobre la tierra, será tambien desatado en el cielo." He aquí todo: dicho esto, la suprema autoridad de Pedro, su primado de honor y jurisdiccion, su soberanía en la Iglesia católica es un hecho incontestable, es un derecho incontrovertible. Súbese mui bien que las llaves representan el poder; entregarlas es dar al que las recibe un derecho sobre lo que ellas contienen: esta inteligencia es monumental, tradicional, histórica, y no admite por tanto la menor contradiccion. Por consiguiente, aun cuando Jesucristo solo hubiese contraído á la entrega de las llaves, el poder de Pedro seria incuestionable; pero añadiendo la ratihabicion que tendria en el cielo cuanto Pedro hiciese en la tierra, explicó de la manera mas clara el símbolo de las llaves, dejando sentadas, al abrigo de toda clase de vicisitudes, las basas del poder supremo de Pedro y sus sucesores.

"Sin embargo, el protestantismo, tan astuto como tenaz, acepta la significacion de este poder con el fin de aplicarle indistintamente al apostolado; lo que le bastaba para echar por tierra la supremacía de Pedro y sus sucesores. Esta miserable cavilacion se destruye por sí misma en vista del sagrado texto que hemos analizado; pero á mayor abundamiento, para que se vea que ni aun este recurso quiso Jesucristo dejar á los enemigos de su Iglesia, oigamos la siguiente narracion del evangelista San Juan en el capítulo XXI, versículos 15, 16 y 17. "Acabada la comida, dice Jesus á Simon Pedro: Simon, hijo de Juan, ¿me amas tú mas que estos? Dícele: Sí Señor, tú sabes que te amo. Dícele; Apacienta mis corderos.—Segunda vez le dice: Simon, hijo de Juan, ¿me amas? Respondióle: Sí Señor, tú sabes que te amo. Dícele: Apacienta mis corderos.—Dícele tercera vez: Simon, hijo de Juan, ¿me amas? Pedro se contristó de que por tercera vez le preguntase si le amaba: y así respondió: Señor, tú lo sabes todo: tú conoces *bien* que yo te amo. Díjole Jesus: Apacienta mis ovejas."

"Para sentir toda la fuerza de la prueba contenida en estas palabras, es necesario recordar que Jesucristo se ha presentado bajo la

imágen de un pastor y á su Iglesia bajo la de un rebaño. "Yo soi el buen pastor," decia en esa tierna y célebre parábola que todos conocen: "yo soi el buen pastor y conozco á mis ovejas, y mis ovejas me conocen á mí." Cuando habla pues con Pedro en presencia de sus otros discípulos, toma este carácter, el de buen pastor, y se muestra con todos aquellos derechos consiguientes al dominio pleno que un pastor tiene sobre su rebaño. Las relaciones de pastor y rebaño son todas de ternura y afecto, y por lo mismo, cuando quiso elegir un sustituto, uno á quien encomendar este rebaño, es decir, cuando estaba ya para subir al cielo, y á efecto de no dejar nada pendiente, daba sus disposiciones para que quedasen bien apacentadas las ovejas que tenia en la tierra, toma por basa el amor: quiere probar en el crisol de la caridad al encargado suyo, y por tanto, ántes de darle sus instrucciones le pregunta si le ama. Pero esta pregunta no será genérica, no será transitoria; porque encargos generales raras veces se llenan con exactitud, y mas raras todavía subsisten á salvo de contradicciones. El rebaño de Jesucristo debia tener, porque es inmenso, una gerarquía de pastores en que se reconociese un primer pastor, y como, segun acabamos de decir, esta grande confianza tenia por basa el amor, Jesucristo abre camino para que el príncipe de los apóstoles apareciese ante la Iglesia toda, no solamente con la alta primacía del derecho, sino tambien en toda la celsitud de la caridad. Pedro se hallaba con los otros apóstoles, pastores tambien, encargados tambien por Jesucristo, legatarios del mundo incrédulo para distribuirle la fe, del mundo corrompido para distribuirle la moral, del mundo disperso y excéntrico para introducirle en la Iglesia y someterle al centro de la unidad católica. Era pues necesario fijar ante todo las relaciones de Pedro por una parte con Jesucristo y por otra parte con los otros apóstoles. Estas relaciones tienen por primer término el amor, por segundo término el derecho, por centro á Jesucristo. He aquí por qué este divino Maestro, penetrado intimamente de aquel amor infinito que le trajo á la tierra, que derramó su sangre y le hizo espirar en la cruz, busca uno que le ame sobre todos, porque solo de esta suerte podria sucederle en aquella plenitud de ternura, de solicitud y de vigilancia que demandaba este encargo supremo. Se dirige á Pedro, y poniéndole en relacion con los otros, le dice: "Simon, ¿me amas tú mas que todos estos?" Pedro respondió con una humilde afirmacion: "Tú sabes que te amo." Jesucristo entónces confirma esta alta predileccion de Pedro, fiando á su cuidado en primer lugar á los otros apóstoles, sirviéndose de estas palabras: "Apacienta mis corderos." Los apóstoles son considerados aquí como corderos, porque adelante hablará Jesucristo del resto de los fieles que son apacentados y gobernados por Pedro y los apóstoles, designándolos con el nombre de ovejas. Está pues fuera de duda, que Jesucristo reconoció en Pedro una dignidad mayor que en los otros y tambien una aptitud mayor. ¿Por qué lo primero? por el juicio que ha formado de su caridad. ¿Por qué lo segundo? porque era el apóstol que siempre habia figurado en el primer término, que siempre habia hablado el primero, y qué sabemos, si tambien su penitencia entraria en los considerandos de Jesucristo para colocarle en un rango tan elevado: esta virtud le daba la escuela de la experiencia propia y abria su corazon á la caridad para con los pobres pecadores. ¡Quién no sentiria un secreto impulso hácia la esperanza del perdon mirando al frente de los pastores á Pedro el penitente! ¡Quién no se moveria en presencia de aquel rostro venerable, hendido por las lágrimas del arrepentimiento! En segundo lugar, vémos aquí que Jesucristo, considerando á los otros apóstoles relativamente á Pedro, se los presenta como unos corderos, para encargarlos á su cuidado pastoral: "Apacienta mis corderos."

"Hemos dicho tambien que esta pregunta de Jesucristo no seria general ni transitoria. Su especialidad acaba de verse, hablando de los apóstoles: ¿y su permanencia? Al parecer no quedaba que añadir nada, despues de haber calificado y recompensado así el amor supremo de Pedro; pero Jesucristo no se contenta con esto, quiere añadir á la eleccion y nombramiento la confirmacion y ratificacion; por esto vuelve á preguntarle: "Simon, ¿me amas?" y cuando Pedro le responde por segunda vez afirmativamente, vuelve á decirle: "Apacienta mis corderos." ¡Oh sabiduría infinita del Verbo! ¡Oh esplendor de sus consejos divinos! ¡Oh profundidad insondable de sus miras eternas! Esta repeticion de pregunta y encargo es altamente misteriosa; nunca se meditará lo bastante. Jesucristo, al fijar el derecho del primado de Pedro y el deber de los apóstoles de estarle sometidos, habla segunda vez, á fin sin duda de afirmar el pontificado y apostolado contra todos los peligros que tantas veces han conspirado contra la unidad católica. Los simples fieles, los que solo obedecen, los que no ejercen mando ni tienen á su cargo exponer la doctrina, no corrian tanto riesgo, supuesta la estrechez entre los obispos y su cabeza. Este era pues el punto mas necesario; era, digámoslo así, el último complemento de los trabajos de Jesucristo para dejar profunda y sólidamente sentados los cimientos de su Iglesia. Piedra angular, él debia colocar la piedra fundamental y las otras concomitantes que habian de constituir la basa de esta cin-

dad santa, de este reino suyo. Por esto el Apóstol, cuando le ve ya establecido, se dirige á sus hermanos diciéndoles: "Ya no sois huéspedes y advenedizos, sino ántes bien, sois conciudadanos de los santos, domésticos de Dios, edificados sobre el fundamento de los apóstoles y de los profetas, cuya piedra angular es Jesucristo." [1]

"No creemos necesario añadir nuevas explanaciones para dejar plenamente comprobado el primado de Pedro sobre los otros apóstoles. Pero era necesario ver cómo este príncipe tenia su jurisdiccion, no circunscrita al gobierno inmediato de sus hermanos, sino extendida á todo el cuerpo de los fieles: tal es el objeto de la tercera pregunta y el tercer encargo: "Simon Juan, ¿me amas?" Y habiendo dejado el apóstol traslucir la tristeza que le causaba esta tercera pregunta, que él por ventura la tendria como una señal de duda de su amor, porque ignoraba el pensamiento de Jesucristo, le respondió humildemente: "Tú, Señor, lo conoces todo: tú sabes que te amo." Jesucristo le dijo: "Apacienta mis ovejas." Como si le dijera, "tu has dicho muí bien, lo conozco todo:" Supremo Pastor de este rebaño inmenso, y dotado de un entendimiento infinito, conozco á todas y á cada una de mis ovejas, y no solamente las que viven hoi, sino las que han de ir apareciendo hasta la consumacion de los siglos: conozco á todos los hombres y veo quiénes poseen la caridad y quiénes no, y entiendo y juzgo todos los grados en que los primeros poseen esta virtud. Voi á tratar ahora de todas, de todas en general. No quiero ya limitarme á tus compañeros en el apostolado, es mi ánimo referirme al mundo; y como para gobernar este mundo, es necesario tener un amor mas grande que él, te pregunto por la tercera vez si me amas. Tú has respondido bien; y esta respuesta tuya servirá de ejemplo á todos los presentes y venideros fieles sobre los caracteres que debe tener la confesion de la caridad. Nadie debe hablar en términos absolutos, nadie debe hablar decidiendo, sino humildemente, inclinándose ante el misterio de su estado y refiriéndose á la bondad, misericordia y justicia de mi juicio. Esa santa tristeza tuya, ese santo temor con que te conduces al responderme, son dos prendas de mi gracia, sin la cual nada podrias. Pues bien: en recompensa de esta confesion tan sincera y tan humilde, apacienta mis ovejas. No pongo término ni límites á este poder: cuantos llevan mi nombre, cuantos militan bajo mi bandera, cuantos vivan dentro del muro de mi reino, en fin, todos los fieles cristianos son ya el objeto de tu amor, de tu solicitud, de tu direccion y de tu gobierno: apacienta mis ovejas, predícales la fe, adminístrales el bautismo y los otros sa-

1 Ad Eph. cap. II. vers. 19 et 20.

cramentos; fórmalos en la moral, diríjelos para el cielo: mi Padre me los ha dado á mí, y yo te los doi á tí. Instituye obispos, ordena presbíteros, &c., fecunda el ministerio, asóciate cooperadores, señálale á cada uno su parte; en fin, haz todo aquello que deba conducir mas al cumplimiento de este encargo, apacienta mis ovejas."

"La paráfrasis que acabamos de hacer de la tercera parte de este sagrado texto, así como la exposicion que habiamos hecho de las dos primeras, dejan plenamente comprobado el primado de honor y jurisdiccion de Pedro sobre los otros apóstoles, expresados con el nombre de corderos, y sobre el resto de los fieles designados con el nombre de ovejas. Este primado es de gobierno; porque la voz *apacentar* lo comprende todo: es como si dijera: rige, conduce, gobierna. Esta significacion es muí usual en la Sagrada Escritura: "Tú apacentarás á mi pueblo de Israel," dijo Dios á David al instituirle rei, manifestando de esta suerte que en la palabra *apacentar* comprendia la idea de gobernar con derecho."

"No multiplicarémos los textos sagrados: basta decir que no han recibido ellos otra inteligencia de los Padres, y añadir para poner término á esta instruccion, que el primado de San Pedro sobre los otros apóstoles ha sido siempre reconocido, y por tanto, á mas de la prueba deducida del Evangelio, tiene á su favor el testimonio de los Padres y la voz de la tradicion. San Basilio, llamando á San Pedro Prelado de los otros discípulos; San Epifanio, designándole con el nombre de príncipe de ellos; San Ambrosio, manifestando que no fué Andrés sino Pedro quien recibió el primado; San Agustin, San Gerónimo, San Leon y otros muchos que seria largo enumerar, comprueban lo primero, y la historia eclesiástica es un argumento de lo segundo." [1]

1 Todo lo que va entre comillas está tomado literalmente de nuestra obra intitulada: "Exposicion de la doctrina católica," no publicada todavía.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

DECIMACUARTA

INSTRUCCION PASTORAL.

DEL PAPA CONSIDERADO COMO SUCESOR DE SAN PEDRO.

CLEMENTE DE JESUS MUNGUIA, por la gracia de Dios y de la Santa Sede Apostólica, Obispo de Michoacan, á los fieles de su diócesis.

Carísimos hermanos é hijos:

Habiendo explicado ya lo que San Pedro era respecto de todos los apóstoles, debemos pasar á deciros lo que es el Papa respecto de todos los obispos de la cristiandad. Habiendo sido instituido el apostolado para la salvacion del mundo, por la fe y la moral, y por consiguiente para el gobierno de la Iglesia, debia forzosamente existir miéntras ella existiese, es decir, tener su misma perpetuidad. Mas como la vida de los apóstoles era limitada y debia por lo mismo terminar, como de facto sucedió, es claro clarísimo que el único medio de perpetuidad para el apostolado era la sucesion. Por este motivo, aunque los apóstoles murieron, el apostolado vive y vivirá en el venerable cuerpo de los obispos. Los apóstoles, pues, han tenido y tienen sucesores, y estos sucesores representan al apostolado tal como le instituyó Jesucristo. ¡De qué manera le instituyó? Como un cuerpo moral en que los miembros todos estuviesen unidos á la cabeza. ¿Quién era la cabeza de este cuerpo moral? San Pedro, como ya os lo hemos explicado en la instruccion precedente. ¡Quién es el sucesor de San Pedro? El romano Pontífice, como en esta instruccion os lo vamos á manifestar.

"Nuestro manual catecismo, despues de haber fijado la idea de la Iglesia, procede á dar la de su cabeza visible, que es el Papa. "¿Quién es el Papa? pregunta. El romano Pontífice, responde, á quien debemos entera obediencia." En esta sencilla respuesta vemos en primer lugar los nombres con que se designa el Vicario de Jesucristo en la tierra, es decir, Papa y Pontífice por excelencia: en segundo, vemos quién de los pontífices, puesto que los obispos se llaman tambien pontífices, es el gefe de toda la Iglesia: esto quiere decir el romano Pontífice; y por último se nos da á entender cuán grande es la autoridad que ejerce en toda la Iglesia católica. De estas nociones derivan los autores teólogos y canonistas todas las instrucciones doctrinales y legales acerca del Sumo Pontífice. Papa significa *padre*, así es que el Papa es por excelencia el padre comun de todos los fieles católicos; pues aunque con este bello título de padre se presentan los obispos, sacerdotes y ministros; pero la paternidad primera, la paternidad universal que Jesucristo nuestro Señor ha dejado instituida en la tierra, corresponde al gefe de toda la Iglesia, y por esto el romano Pontífice lleva por excelencia el augusto nombre de Padre.

"El Sumo Pontífice es el sucesor de San Pedro, príncipe de los apóstoles, y tiene en consecuencia la misma dignidad, la misma primacía, la misma autoridad suma que Pedro recibió de Jesucristo. Esta sagrada persona reune en sí todos los títulos, todas las dignidades que hai en la Iglesia: es pastor de la Iglesia universal, es patriarca de Occidente, es obispo de la diócesis de Roma, es sacerdote, &c., &c. No necesitamos explicar esto porque todo el mundo comprende que el Sumo Sacerdote tiene todo cuanto pertenece á este órden de la Iglesia.

"El Sumo Pontífice, además de estos títulos, de esta dignidad y de este poder con que se presenta en el órden espiritual, tiene una soberanía temporal, tiene la dignidad de rei y monarca de los Estados romanos.

"Colígese de todo que la persona del Pontífice tiene una especie de universalidad en las ciencias. Es objeto de la teología en el órden dogmático y moral, es objeto de la jurisprudencia canónica en los órdenes que esta abraza: lo es de la jurisprudencia civil en las relaciones que tienen los cánones de la Iglesia y las leyes de los Estados: lo es, por último, de las ciencias políticas y sociales, no solo por la influencia que en ellas tienen los principios religiosos, sino tambien por su carácter de príncipe temporal."

"Mui vasta materia es esta para los límites tan estrechos de nuestras instrucciones pastorales. No tocarémos en esta, por lo mismo, todos

los puntos que acaban de indicarse, sino ántes bien, atentos al órden de ideas que apuntámos desde al principio, nos reducirémos á manifestaros, hermanos é hijos carísimos, que el Papa es el sucesor legítimo de San Pedro, y que en clase de tal tiene un primado de honor y de jurisdiccion sobre toda la Iglesia."

I.

En la precedente instruccion os hemos demostrado "que San Pedro fué instituido por Jesucristo cabeza del apostolado; que en clase de tal reune todos los caracteres de una completa primacía; que es el príncipe de los apóstoles; la cabeza de toda la Iglesia; que le fué confiado el cargo de regir á los apóstoles y á todo el cuerpo de los fieles; que por lo mismo recibió el primado de honor y jurisdiccion en toda la extension de la palabra. Réstanos ahora estudiar estos grandes hechos, acercarnos al objeto y descubrir el fin de esta soberanía. ¿Cuál es el objeto del apostolado? La salvacion del mundo. ¿Cuál es el objeto del primado? El gobierno de la Iglesia. ¿Qué se propuso, pues, nuestro Señor Jesucristo al establecer este cuerpo docente? Sin duda alguna reinar sobre el mundo redimido, conquistado por su sangre y reinar por todos los siglos. Para discurrir pues, medianamente acerca de esto, importa resolver ántes una cuestion. ¿La obra de Jesucristo debia limitarse á la vida de sus primeros discípulos? ¿Sí? Luego es una obra transitoria, es un hecho accidental, es un fenómeno aislado en el vasto campo de los siglos. Y en verdad que nada seria tan ridículo y en cierto modo contradictorio como un Mesías prometido desde el principio del género humano, figurando en los personajes, en las instituciones, en los mas grandes sucesos de una historia medida por el curso de cuatro mil años, anunciado en este mismo curso por una série de varones ilustres inspirados por Dios mismo, deseado de todas las naciones como su remedio y su esperanza, ligado esencialmente con los destinos morales del mundo que sin él infaliblemente pereceria, venido en efecto y obrado en toda consonancia con las promesas, las figuras, las predicciones y los sentimientos de la felicidad; predicando una doctrina infalible, universal, accesible, consoladora y eterna; sometiéndose á la ley de un penoso sacrificio; pasando por una série no interrumpida de tormentos, hasta espirar en una cruz, resucitando glorioso; mostrándose vencedor de la muerte y del pecado, árbitro de la gracia y de la gloria; subiendo á los cielos, anunciando una segunda venida suya á la tierra para juz-

gar á los hombres en el último dia de los siglos; dejando ántes de partir planteada una institucion que llama su reino; colocando al frente de este reino un cuerpo docente en el apostolado, una magistratura regente fundada sobre Pedro, un alto ministerio en todo el sacerdocio; hablando de este reino como de un cuerpo místico y moral, permanente, fuerte mas que todas las potestades, pues que nunca prevalecerian contra él las puertas del infierno; moviendo á todo el mundo; sacudiendo, digámoslo así, desde sus mismas bases el antiguo edificio del universo delincuente; obrando una inmensa revolucion en la inteligencia de los hombres y de los pueblos por la fe, en el corazon humano por la gracia, en la libertad humana por la ley, en el mundo político mismo por la justicia y por la abnegacion; renovándolo todo en lo absoluto; ideas, sentimientos, doctrinas, instituciones, carácter, costumbres, temores, esperanzas, goces, &c., &c. (Ecce nova facio omnia)..... y todo esto..... ¿para qué?..... para que todo concluyese en unos treintá ó cuarenta años que podrian tener de vida sus apóstoles. ¿No seria esto el último ridículo? ¿no seria esto hacer la mision de Jesucristo ménos importante que cualquiera revolucion humana? ¿no seria esto desconocer en la inmensidad de su pensamiento, en la perpetuidad de su obra y en el arreglo de su institucion al Verbo encarnado, al Dios hombre y aun al mismo universo salvo?

"Convengamos pues en que todo lo que pasó entre Jesucristo y Pedro con sus hermanos, en el apostolado, nada tenia de personal, nada de individual, nada de circunstancial, nada de precario, nada de limitado; en que todo esto es el grande y solemnísimo acto de la institucion de la Iglesia católica; en que si Pedro el hombre habia de morir, Pedro el Pontífice no moriria nunca; porque viviria siempre en el pontificado; en que, si los otros apóstoles como hombres habian de morir, no moririan como apóstoles, sino que se habian de perpetuar en el apostolado, en la vida del episcopado católico, y por consiguiente que lo que se diga de Pedro, se ha de decir del Sumo Pontífice; lo que se diga de los otros apóstoles, se ha de decir de todos los obispos de la cristiandad; porque la vida de la Iglesia no es la vida del hombre, y la potestad cometida á Pedro y sus compañeros es toda para la Iglesia.

Si pues el cargo de Pedro, el honor de Pedro, el derecho de Pedro, la supremacía de Pedro era una cosa perpetua como perteneciente á la Iglesia, y Pedro era mortal y debia vivir pocos años, es claro clarísimo que Pedro debia tener un sucesor, y este, otro, y así sucesivamente en el supremo Pontificado hasta la consumacion de los siglos. Esto es incuestionable: los mismos protestantes, tan encarnizados contra esta

supremacía, no niegan la permanencia de la institucion, pues todo el mundo conviene en que el arreglo hecho por Jesucristo, no fué arreglo de un dia, sino la institucion permanente de los siglos. Resta pues investigar, ¿quién es este sucesor? Los católicos designan unánimemente con la fe y con la obediencia al romano Pontífice; los protestantes se oponen á esta designacion. No es de nuestro propósito entrar en ninguna controversia, sino solo exponer el dogma; mas, aunque de paso, dejarémos en esta exposicion sentados los principios que, ofrecido el caso, puedan servir á un católico para rebatir á los protestantes.

"Hai un hecho histórico que debe considerarse, como de facto se considera por los teólogos, al entrar en esta materia. ¿Cuál? El establecimiento pontifical de San Pedro en Roma. Pedro puso su silla en Roma y en Roma sufrió el martirio, despues de haber ejercido las funciones supremas del Papado: probemos el hecho ántes de darle su aplicacion.

"Los medios que nos presenta la crítica para cerciorarnos plenamente de un hecho, son suficientes para llegar de tal suerte al conocimiento de la verdad, que no se puede ya reducir á duda esta prueba. Pues bien, todos estos medios concurren á demostrar el hecho de que se trata. Ya sea que recurramos á la historia, ya que nos fijemos en los monumentos, ya que consultemos á la tradiccion; historia, tradicion, monumentos, todo se aduna para manifestarnos que cuando el príncipe de los apóstoles sufrió su martirio, tenia su silla en Roma. Consúltense los historiadores primitivos y los que despues han venido continuando esa cadena de grandes hechos que repasamos en los fastos de la Iglesia, y se verá cómo por espacio de quince siglos ha sido reconocido por todos ellos este hecho.

"El sacerdote Cayo, autor del tercer siglo, decia: "Si queremos trasladarnos al Vaticano ó á la via que se llama Ostia, encontrarémos los trofeos de los apóstoles que han fundado esta Iglesia (alude á la de Roma), por sus predicaciones y por sus milagros." Eusebio de Cesaréa, dice: "La historia da fe de que en Roma cortaron la cabeza á Pablo bajo el reinado de Neron, y que Pedro sufrió allí la muerte de cruz."

"San Pedro estuvo en Roma bajo el reinado de Neron, dice Lactancio ó el autor del libro de la muerte de los perseguidores, y convirtió á muchas personas con el poder de sus milagros. Mas este emperador, viendo que sus súbditos, ya de Roma, ya de las otras partes de su imperio, abandonaban el culto de los ídolos para abrazar la religion cristiana, decretó, como tirano execrable y cruel, que se echase por tierra

el templo celestial y destruyese el cristianismo. Él es el primero que persiguió á los siervos de Dios: él hizo crucificar á San Pedro é hizo cortar la cabeza á San Pablo." No exhibiremos otros textos en comprobacion de esta verdad, porque seria necesario llenar muchas páginas trascribiendo los testimonios parciales de cada historiador; pero nos referirémos á ellos con confianza de no ser desmentidos.

"En cuanto á los monumentos podrémos citar cómo todo el mundo señala en Roma el sepulcro de San Pedro, cómo esta capital del mundo posee el inestimable tesoro de sus reliquias y cómo el frecuente concurso de los fieles á visitar ese lugar sagrado, parece el eco de los siglos que anuncian á San Pedro gobernando la Iglesia desde Roma.

"La misma santa Iglesia nos permite citar un gran monumento tradicional en la fiesta que ha instituido para honrar el establecimiento de la Cátedra de San Pedro en Roma: de manera que aun el culto católico y la liturgia sagrada vienen á dar su testimonio á esta importante verdad.

"¿Qué dirémos de los Padres? ¡Ah! Ellos han anunciado los primeros con la expresion del entusiasmo y el acento de la admiracion esta colocacion de la silla de San Pedro en Roma. "¡Qué feliz es esta Iglesia!" dice Tertuliano hablando de la Iglesia romana. Los apóstoles han sellado en el seno de ella y con su propia sangre la doctrina del Evangelio. Ella vió á San Pedro morir en una cruz como nuestro Señor Jesucristo, y á San Pablo coronado por el martirio. San Cipriano llama á la Iglesia romana: "Cátedra de Pedro, Iglesia principal," que es la fuente de la unidad sacerdotal. A esta misma Iglesia alude San Optato, obispo milevitano, cuando dice: "No hai mas que una Cátedra, que es la primera de todas: Pedro tiene allí su silla el primero, y despues de él Lino y Clemente." "Yo me uno, dice San Gerónimo escribiendo al Papa Dámaso, á vuestra beatitud, es decir, á la Cátedra de San Pedro." "Roma, dice San Próspero, que es la silla de Pedro, ha venido á ser en el mundo la capital del honor pastoral."

"No multiplicarémos las citas: basta observar en conclusion con un autor moderno, que aquellos Santos Padres que atacaron á los herejes con el argumento de prescripcion, se ocuparon principalmente en dar el catálogo de los obispos de Roma, sin olvidar nunca de poner á la cabeza de ellos á San Pedro, como puede verse en las obras de Tertuliano, San Irineo, San Optato, San Agustin y San Gerónimo.[1]

Basta lo dicho para dejar comprobado el hecho que históricamente

1 Giraud. Traité de l'Eglise, vingt-neuvième leçon. Véase toda ella, pues nosotros nos hemos reducido á un simple extracto.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

funda la verdad que hemos establecido. En efecto, si Pedro estableció su silla en Roma, el que ocupa esta silla es el sucesor de Pedro; y como el Pontífice romano es precisamente quien ocupa esta silla de Roma, se infiere rectamente que el Papa es el sucesor de San Pedro.

"Pero no nos limitemos á esta prueba histórica, subamos á la prueba dogmática y legal, esto es, al dogma de un primado en la Iglesia, de un primer pastor, de Pedro á la cabeza del apostolado para que se fundase la Iglesia. Ya lo dijimos: si la institucion de Jesucristo está representada en la supremacía de Pedro sobre los pastores y sobre los fieles, segun lo manifestamos en la instruccion precedente, y esta institucion no habia de durar lo que durase Pedro, sino por todos los siglos; por todos los siglos tambien presentaria la Iglesia el cuerpo de sus pastores lo mismo que el cuerpo del apostolado, esto es, con un primer pastor que tuviese supremacía sobre los otros, de honor y jurisdiccion, y autoridad plena sobre todos los fieles. Luego no aplicaríamos bien el dogma del primado, si no viésemos á Pedro en todos y cada uno de los Pontífices que van ocupando la silla de Roma.

"El mismo raciocinio puede formarse con el Derecho. No hai sociedad sin gobierno; no hai gobierno sin unidad; no hai unidad sin cabeza: luego si la Iglesia católica es una verdadera sociedad, como ya se ha demostrado, entraña en su constitucion misma la necesidad de esta sucesion en la primera silla de su gobierno."

II.

"Acabamos de probar que el Sumo Pontífice es el sucesor de San Pedro, sirviéndonos del doble argumento que facilita la esencia de la institucion y el hecho de haber el Santo Apóstol trasladado su silla á Roma y muerto en esta ciudad. Esta prueba nos da derecho para identificar á Pedro con el romano Pontífice en todas aquellas cosas que miran el primero como la cabeza del apostolado y de toda la Iglesia, y por consiguiente á decir del Sumo Pontífice lo que se diga de San Pedro. Pues bien, la primera consecuencia lógica de esta sucesion es que el romano Pontífice tiene por Derecho divino en toda la Iglesia un primado de honor y de jurisdiccion. La ilacion de esta consecuencia es manifiesta para todo el mundo, reducida, como lo está, á un simple raciocinio, que es el siguiente: El romano Pontífice es sucesor de San Pedro; el sucesor tiene todos los derechos del antecesor; el antecesor, que es San Pedro, tuvo un primado de honor y de jurisdiccion en toda

la Iglesia católica; luego el romano Pontífice en calidad de sucesor de San Pedro, tiene, como este Santo Apóstol, un primado de honor y jurisdiccion en toda la Iglesia católica.

"No necesitamos por cierto pasar adelante, cuando el primado de San Pedro y la sucesion del Sumo Pontífice son dos puntos que dejamos plenamente demostrados; pero siendo el primado pontificio un principio tan capital en el órden dogmático y canónico, no será fuera de propósito explanar todavía mas la prueba que le confirma.

"Pedro debió necesariamente tener un sucesor en el primado. ¿Por qué? Porque el primado se estableció para la Iglesia; porque la Iglesia no habia de ser gobernada sin este derecho; y siendo el gobierno personal de Pedro limitado al tiempo de su vida, era necesario que tuviese un sucesor para que la Iglesia poseyera en todos los siglos esta condicion tan necesaria de su existencia social. El raciocinio que acabamos de hacer, no es mas que el desarrollo de estos textos ya citados: "Tú eres Pedro y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia. Apacienta mis ovejas.—Yo te daré las llaves del reino de los cielos, &c." Todo esto está manifestando la tradicion en una autoridad permanente, esencial, y por consiguiente, que habia de ir pasando de cabeza en cabeza, de Papa en Papa, hasta la consumacion de los siglos."

"La historia nos dice que San Pedro tuvo este primado, y no nos dice que le haya tenido otro. Pues bien, el Papa en clase de sucesor, tiene lo que tuvo su antecesor. ¿Qué tuvo Pedro? El primado de honor y jurisdiccion. Luego el romano Pontífice tiene el primado de honor y jurisdiccion. ¿Quién, fuera de Pedro, tuvo este primado? Nadie. Luego nadie fuera del Sumo Pontífice tiene este primado.

"Pedro estableció su silla en Roma despues de haberla tenido en Antioquía, y estando en Roma, murió. Luego el que ocupa esta silla legalmente tiene lo que tenia Pedro. ¿Quién, fuera de Pedro, ocupa esta silla? Nadie. Luego un solo sucesor debe tener en ella. Luego solo el romano Pontífice posee aquella jurisdiccion representada en la silla de Roma."

Estas consideraciones, amados hijos, son mas que suficientes para convencer á todo el mundo sobre la existencia de esta supremacía, y su exclusiva pertenencia al Pontífice romano; pero siendo esta una verdad fundamental, y por otra parte, un derecho tan combatido por los enemigos de la Santa Iglesia católica, no será fuera de propósito deciros algo sobre las pruebas canónicas y tradicionales del primado pontificio.

"Entendemos por argumento canónico aquel que se funda en los

cánones ó decretos de la Iglesia. Estos decretos son dados ó por el Papa como cabeza de ella, ó por los concilios generales; ámbos tienen un mismo valor para los verdaderos fieles; pero segun las reglas del criterio deductivo, deben graduarse en la aplicacion conforme á ciertos principios, para que surtan todos sus efectos, aun á los ojos de aquellos que no merecen el título de fieles, porque en alguna parte les falte la ortodoxia. Pues bien, no citarémos decretos de Papas, sino decretos de concilios. Mas para sentir la fuerza demostrativa de estas citas, conviene tener presente que un concilio general es la reunion de todo el episcopado católico por sí ó por sus apoderados, ó por su sufragio tácito sobre una convocacion universal, hablando con la autoridad del Espíritu Santo, bajo la presidencia ó aprobacion del Sumo Pontífice: que la cuestion presente tiene estos dos extremos: en su afirmativa este, "el Papa tiene un primado de honor y jurisdiccion sobre todos los otros obispos:" en su negativa este otro, "el Papa es igual en todo á los demas obispos." En un concilio general es pues donde la voz del episcopado puede tener toda su plenitud al tratarse de sus derechos esenciales: supongamos, lo que no ha sido, que estos miembros de la Iglesia disputasen al Papa su primado. Pues bien: ninguno mejor que ellos pudiera combatirle, ninguno mejor que ellos pudiera reclamar esta atribucion. Vice versa, si vemos que en estos concilios el primado del romano Pontífice figura en el número de sus decisiones canónicas, vercmos levantarse en el campo de la controversia un muro inexpugnable á cuyo pié vienen á espirar todas las cavilaciones de las sectas disidentes; porque entónces han hablado los mismos obispos, es decir, aquellos á quienes en caso de duda correspondia por su naturaleza tratar esta cuestion. Ante la voz de un concilio general, ¿qué vienen á ser las especies que acabamos de refutar? Nada. Oigamos pues la resolucion suprema y las voces augustas de estos soberanos concejos de la cristiandad.

"La Iglesia romana tuvo siempre el primado," dice el concilio niceno. "El obispo de Constantinopla tenga el primer honor, despues del obispo romano," dice el concilio primero de Constantinopla. "San Pedro, príncipe y cabeza de los apóstoles, fundamento de la Iglesia católica, recibió de nuestro Señor Jesucristo las llaves del reino, y la potestad de atar y desatar los pecados fué concedida á aquel que hasta este tiempo siempre vive y ejerce el juicio de sus sucesores," dice el concilio de Éfeso. Escribiendo á San Leon Papa los Padres del concilio de Calcedonia: "Te rogamos, le dicen, que honres con tus decretos nuestro juicio, y así como nosotros hemos estado en consonancia

con nuestra cabeza, así tambien tu soberanía haga lo que conviene con los hijos." El concilio de Florencia, donde aparecieron los griegos y los latinos, trae la siguiente decision: "Definimos que la Santa Sede Apostólica y el romano Pontífice tiene el primado de todo el orbe, y es sucesor del bienaventurado Pedro, príncipe de los apóstoles, verdadero Vicario de Jesucristo y cabeza de toda la Iglesia." Por último, el Santo Concilio de Trento dice así: "Los Sumos Pontífices pudieron reservar á su juicio peculiar algunas causas criminales de las mas graves en razon de la suprema potestad que se les dió en toda la Iglesia."

"Las decisiones que preceden, citadas por los teólogos y canonistas que tratan esta materia, nada dejan que apetecer, cuando se trata de demostrar con argumentos canónicos la existencia de este primado pontificio."

"La voz de los concilios que acaba de escucharse, tiene tambien para el caso el carácter del argumento tradicional, porque ninguna tradicion mas autorizada que la que presenta esta cadena de decisiones dadas en diferentes siglos y en un sentido idéntico por los concilios generales, desde el de Nicea, que fué el primero, hasta el de Trento que ha sido el último; pero á mayor abundamiento dirémos algo sobre el testimonio de los Padres y la práctica de la Iglesia."

"Pues que los protestantes han objetado contra el primado sirviéndose de los Padres, segun hemos visto no há mucho, bueno será observar aquí cómo estos órganos sagrados de la tradicion han dado su valioso contingente á la prueba de esta verdad y á los robustos apoyos de este derecho: expondrémos las citas que hace un teólogo contemporáneo."

"San Ireneo, en el libro tercero contra los herejes, cap. III, núm. 2, dice: "que toda la Iglesia es necesario que esté unida á la Iglesia de Roma por su mas alta preeminencia (*propter potiorem principalitatem*)." San Atanasio, escribiendo á Félix, Pontífice romano, usa de estas frases: "(*Jesucristo*) os ha constituido á vos y á vuestros predecesores en el cúlmen de la arca, y quiso que tuviéseis cuidado de todas las iglesias para que nos socorrais." En el mismo sentido se explican San Basilio en su Epístola XXXII, San Cirilo Alejandrino en el Libro del Tesoro, y Teodoreto en su Epístola á San Leon. San Cipriano, en su Epístola LIII, hablando de los africanos que apelaban al Papa, se explica así: "Se atreven á navegar y llevar sus letras á la cátedra de Pedro y á la Iglesia principal, de donde emana la unidad del sacerdocio." San Agustin en su Epístola XLIII, dice: "En la Iglesia romana siempre ha vivido la autoridad de la Cátedra católica." San Gerónimo

por último, en su Epístola XIV al Papa Dámaso, le habla de esta suerte: "Yo no asocio á Vuestra Santidad á ninguno para que gobierne con vos la cátedra de Pedro.... el que con vos no recoge, esparce, esto es, el que no es de Cristo es anti-Cristo."

"Tales son entre muchos los testimonios que pueden traerse aquí de los Padres de la Iglesia en apoyo del primado pontificio. Esto basta en primer lugar para ver esta segunda cadena tradicional; en segundo, la falta de razon que asiste á los protestantes para querer buscar en los Padres de la Iglesia un apoyo contra los derechos de los Papas. Vengamos ahora para concluir, á la práctica de la Iglesia."

"Entendemos por práctica de la Iglesia la economía de sus procedimientos en todo lo concerniente al ejercicio del poder que tiene sobre los fieles; y no sin motivo aducen los teólogos y canonistas este órden de procedimientos como una prueba tradicional. Pues bien: desde los primeros siglos de la Iglesia se ha visto campear sin obstáculo el supremo derecho de los Pontífices en una multitud de casos pertenecientes al gobierno. ¿Se han celebrado esas juntas ecuménicas adonde concurren los obispos para imponer silencio á la herejía, reglar las costumbres y establecer la disciplina? El soberano Pontífice figura en ellas en el primer término por sí ó por sus delegados, y miéntras no ha pronunciado el *fiat*, nada hai concluido, nada liga la creencia, nada tiene el carácter de obligatorio: ved aquí el primado. ¿Se suscitan contiendas ó instituyen causas mui graves que no terminan en la primera sentencia? De comun consentimiento van á Roma para recibir el último fallo del Pontífice: he aquí el primado. ¿Se dirige la voz pastoral á toda la cristiandad compuesta de los fieles que obedecen y de los pastores que mandan? Esta voz ha sido siempre la del Pontífice romano: he aquí el primado. ¿Se arreglan y tratan las relaciones que median entre el poder espiritual de la Iglesia y el poder temporal de los príncipes? Hable el que ocupa la silla de Pedro, y todo queda concluido: he aquí el primado. En fin, la práctica de la Iglesia, en cuanto tiene de mas característico, de mas importante y de mas general, entraña siempre la accion de los sumos Pontífices, y por esta causa sábiamente se considera como la tercera cadena tradicional que ha venido manifestando al través de los siglos el supremo derecho de los Papas."[1]

Ved, pues, amados hijos, los caracteres augustos con que el Pontífice romano se presenta á los ojos de la fe. Él es el sucesor de San Pedro en la primera silla de la cristiandad, la cabeza de la Iglesia, el Vicario

1 Todo lo que está entre comillas sin una cita especial está tomado de nuestra obra intitulada: "Exposicion histórica, filosófica, dogmática y moral de la Doctrina católica."

de nuestro Señor Jesucristo. Siendo sucesor de San Pedro en la dignidad, lo es por lo mismo en el derecho y en el poder: su primado de honor y de jurisdiccion es una consecuencia forzosa de su carácter de sucesor del Príncipe de los apóstoles. Os hemos propuesto estas verdades en su órden natural, y por lo mismo creemos haber hecho lo necesario para daros acerca de ellas la instruccion competente. Pero no basta prestar á ellas el asenso de la conviccion, es necesario el observar una conducta consecuente con lo que creemos, es necesario venerar, obedecer, acatar en todo y por todo la voz del romano Pontífice, cuando habla como tal, ya definiendo los dogmas, ya reglando la moral, ya estableciendo la disciplina general de la Iglesia, como la voz del mismo Jesucristo, y tanto mas cuanto que este Divino Maestro dió á todos los Sumos Pontífices una prenda de confianza y amor cuando les dijo á todos en la persona de Pedro que rogaria por ellos al Padre para que nunca llegase á decaer su fe. Cuando los enemigos de la Iglesia con sus escritos y discursos, con sus cavilaciones artificiosas, con sus falsos pero especiosos argumentos, se acerquen á vosotros para seduciros, apartaos de ellos como de una red que se os estiende para precipitaros, y volved tranquilos á vuestra fe y á vuestra conducta católica, teniendo presente que el Papa es el romano Pontífice á quien debemos todos los cristianos entera obediencia.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

DECIMAQUINTA

INSTRUCCION PASTORAL.

SOBRE LOS DERECHOS EMANADOS DEL PRIMADO DE HONOR Y JURISDICCION QUE TIENE EL ROMANO PONTIFICE EN TODA LA IGLESIA CATOLICA.

CLEMENTE DE JESUS MUNGUIA, por la gracia de Dios y de la Santa Sede Apostólica, Obispo de Michoacan, á los fieles de su diócesis.

Hermanos é hijos carísimos:

"Despues de haberos demostrado que el Sumo Pontífice tiene y ejerce un primado de honor y jurisdiccion en toda la Iglesia católica, es mui conveniente descender al exámen de este primado mismo, examinar su verdadero carácter y enumerar los grandes derechos que contiene. ¿Cuáles son estos derechos? Primero, el dar decretos de fe y establecer leyes que obliguen á todos los cristianos: segundo, el de dispensar de todas las leyes aun dadas por los concilios generales: tercero, el de convocar concilios generales, presidirlos y confirmarlos: cuarto, el de avocarse el conocimiento de las causas mayores sobre la fe y la disciplina general y recibir las apelaciones de los obispos: quinto, el de confirmar é instituir los obispos: sexto, el de ejercer una jurisdiccion inmediata en todo el orbe cristiano."

No pretendemos, hermanos é hijos carísimos, daros una demostracion particular, sino mas bien una explicacion conveniente de cada uno de estos puntos: porque si el plan de nuestras instrucciones sobre la Iglesia exigia que os hablásemos de la gerarquía eclesiástica, y en consecuencia del primado de honor y jurisdiccion que al romano Pontífice, como sucesor de San Pedro, y solo á él, corresponde en toda la Iglesia católica, conveniente y en cierto modo necesario es el explicaros los derechos que nacen de esta supremacía. Estadnos, pues, atentos.

I.

Os hemos dicho en primer lugar que el Sumo Pontífice, en razon de su primado, puede dar decretos de fe y leyes obligatorias para todos los cristianos. Este poder del Papa es tan natural, supuesto que es él la cabeza de la Iglesia, tan claro y tan obvio, supuesto que la Iglesia no puede subsistir sin leyes, que pretender demostrarlo seria en cierta manera oscurecerlo. En efecto, quien dice primado dice supremacía, dice poder soberano y universal, dice por consiguiente facultad para decidir, autoridad para gobernar, poder para dar leyes. Así es que debemos decir una de dos cosas: ó el primado pontificio no tiene objeto ninguno, ó trae consigo aquella facultad, aquella autoridad y aquel poder. "En efecto, si hai una cabeza visible, un primer poder de honor y de derecho en la Iglesia, ¿cuál será su objeto? El que conduzca al fin de la Iglesia. Es pues necesario que esta cabeza visible conserve las verdades que forman el depósito de la fe, arregle las costumbres en el sentido de la moral y provea competentemente al órden que tiene por objeto la disciplina. ¿Cómo hacer lo primero sin decretar para el orbe católico? ¿cómo hacer lo segundo sin ligar á todos los fieles por medio de leyes? ¿cómo hacer lo tercero sin arreglar tambien legislativamente la disciplina general? Seria pues, como deciamos, una entidad sin objeto, un derecho sin significado la soberanía del Sumo Pontífice, si no viésemos implicada esencialmente en ella esta potestad legislativa en materia de dogma, de moral y de disciplina. En efecto, de nada serviria para la vida social de este cuerpo inmenso el primado del Pontífice, si no estrechase en su legislacion á todos los miembros, y no hablase con sus derechos á la fe de todos los cristianos."

Ya recordaréis, amados hijos, que en tres de nuestras instrucciones precedentes, aquellas en que os hablámos de la autoridad soberana de la Iglesia católica sobre el dogma, la moral y la disciplina, os dijimos lo bastante para que entendiéseis todos cómo la Iglesia no podia subsistir sin la posesion y el ejercicio de este triple poder. Por esta razon se dice que es maestra de la verdad y regla de las costumbres. Ahora bien, supuesta esta necesidad constante en la Iglesia, si el Papa no

decide, ¿quién decidirá? si el Papa no arregla, ¿quién arreglará? si el Papa no decreta, ¿quién decretará? ¿No diréis acaso que los concilios generales, como lo han pretendido los enemigos de la supremacía pontificia? Esta especie de objecion está desvanecida del todo, con solo reflexionar en dos cosas. ¿Cuál es la primera? que los concilios generales no son, no deben ser, ni aun podrian ser tampoco unas asambleas permanentes en la Iglesia. No lo son, como el hecho mismo lo demuestra. Camina la Iglesia para cumplir diez y nueve siglos de existencia, y durante ellos, ¿cuántos concilios generales ha habido? pocos en verdad, y tan pocos, que pueden reputarse casi por nada, en cuanto al número, atendida esta larga duracion. Desde el último concilio general, que es el Tridentino, hasta hoy, han pasado tres siglos. No deben ni aun pueden ser: ¿por qué? porque, componiéndose el concilio general de todos los obispos por derecho de convocacion, no podrian estar reunidos en un punto sin dejar abandonada la Iglesia toda. No siendo, pues, no debiendo ni aun pudiendo ser los concilios generales unos cuerpos permanentes en la Iglesia católica, y necesitando esta de un poder permanente para atender á todos los objetos de su gobierno universal, es claro clarísimo, que tenemos que buscar fuera de los concilios la residencia constante de este poder. Fuera de los concilios no quedan mas que los obispos, y por consiguiente, no teniendo ninguno de ellos la primacía sino solo el Papa, seria no solo falso sino absurdo y aun ridículo suponer que cualquiera de ellos ó cada uno pudiese ejercer este derecho, y suponer todo esto para negárselo al Sumo Pontífice, cuyo primado hemos reconocido.

II.

Si, pues, el Papa como soberano de toda la Iglesia católica, puede dar leyes para toda ella, es claro que puede dispensar cuando para ello tenga una razon legítima, no solamente de las que él dé, sino de las que hayan dado los mismos concilios generales. La dispensa de las leyes es una necesidad social tan efectiva como su promulgacion. Ya se deja entender que no tratamos aquí de las decisiones dogmáticas, porque estas son infalibles y perpétuas, ni de las que fijasen la moral en su esencia, porque tienen estas el mismo carácter, sino de aquellas que arreglan la disciplina. Esta como que se dirige á la conservacion del órden en todos los ramos de la administracion eclesiástica, es por su naturaleza variable, como que está sujeta en gran parte á los tiempos

y á las circunstancias. ¿Qué sucederá, pues, cuando se presente la necesidad de dispensar las leyes dadas por los concilios? ¿Necesitará, por ventura, el romano Pontífice de reunir á toda la Iglesia docente para dispensar una de estas leyes? Vosotros, amados hijos, sin poseer la ciencia canónica, estáis palpando todo lo absurdo de semejante suposicion. Habria que estar moviendo cada año, cada mes, á toda la cristiandad, y esto, de suyo, es un hecho imposible. Por esto el concilio de Basilea dijo lo siguiente: "Los estatutos del concilio no derogan en manera alguna la autoridad que tiene el romano Pontífice de moderar y dispensar sus decretos, atendiendo al tiempo, las causas, las personas, la utilidad y la necesidad."

La misma razon comun está persuadiendo esta incontestable facultad de los sumos Pontífices. "Sábese mui bien, porque es un principio de derecho, que el que puede establecer, puede derogar. Luego si, como acabamos de ver, el Papa puede establecer leyes generales en virtud de su primado, con el mismo poder tiene el derecho de dispensarlas. El derecho de dispensar es para la sociedad tan necesario, tan esencial á su régimen, como el derecho de establecer. Una sociedad que solo tuviese el derecho de establecer, estaria esclavizada con las cadenas de una legislacion impotente para proveer á todas las necesidades de los tiempos y de las circunstancias. Una sociedad donde solo hubiese el derecho de derogar, estaria colocada entre la impotencia legislativa y la nada administrativa. No: es un absurdo excluir cualquiera de las dos cosas de todo régimen social, y en consecuencia, en virtud del primado, los soberanos Pontífices son poseedores de un pleno derecho legislativo, no solo para dar leyes y decretos, sino tambien para derogar los existentes, aun cuando vengan de los concilios generales."

III.

Os hemos dicho, en tercer lugar, que el concilio general no surte sus efectos si no cuenta con la autoridad, ó por lo ménos con el consentimiento del sumo Pontífice. Para explicaros este punto y para que entendáis mejor lo que os acabamos de decir, os darémos una idea de lo que es un concilio y cuántas son sus especies.

"Entiéndese por concilio "La reunion de los prelados de la Iglesia para decidir las cuestiones que pertenecen á la fe, á las costumbres ó á la disciplina. Se llama *concilio* general *ó ecuménico* el que está com-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

puesto de todos los obispos de la Iglesia; *concilio* nacional el que está formado por los obispos de una sola nacion; *concilio* provincial el que se celebra por un metropolitano con los obispos de su provincia." Vengámos, pues, al caso.

"Tres cosas presupone un concilio general: primera, su convocacion; segunda, su presidencia; tercera, su confirmacion; y estas tres cosas corresponden exclusivamente al Papa en virtud de su primado. La misma razon natural basta para convencerse de esta verdad, supuesto el primado de honor y jurisdiccion que, como ya se ha visto, corresponde todo y solo al romano Pontífice. En efecto, si no es el Papa, ¿quién convocaria con derecho á todos los obispos de la cristiandad! ¿Seria otro obispo? Es igual á los demas. ¿Seria un arzobispo? Es igual á los otros arzobispos, como un patriarca á los otros patriarcas y un primado á los otros primados. ¿Serian los reyes? Pero ni estos tienen que ver con los obispos en el órden espiritual, ni aun cuando se prescindiese de ese inconveniente, se salvaria una dificultad. ¿Cuál? Esta: un rei podria convocar á los obispos de su nacion, pero no á los de otras naciones."

"El mismo raciocinio puede formarse sobre la presidencia del concilio, y por lo mismo hemos dicho que el convocar y presidir los concilios generales es una atribucion incontestable y exclusiva del romano Pontífice. Pero como este puede aprobar la reunion, ó dispensar con su ratificacion á lo hecho la falta de su presencia, toda la cuestion presente queda reducida á los precisos términos enunciativos de nuestra proposicion. En suma, es necesario de tal suerte que la autoridad pontificia concurra con su aprobacion al concilio, que sin ella nadie está obligado á la decision."

"He aquí otra verdad incontestable supuesto el primado, y confirmada ademas con la tradicion."

"Los mismos concilios generales han dado á ella un testimonio decisivo. ¿Cómo? Acudiendo á los Papas por la confirmacion de sus decretos. Así fué que el concilio Niceno pidió y obtuvo la confirmacion de San Silvestre: el de Calcedonia solicitó el asenso del Papa San Leon con estas palabras: "Te rogamos que honres nuestros juicios con tus decretos." Finalmente, el Papa Pio IV, confirmó y promulgó el Concilio de Trento á peticion de los Padres concurrentes por su bula *Benedictus Deus*. Bastan estos testimonios principalmente cuando vemos que el primer concilio, que fué el de Nicea, y el último que fué el de Trento, demandaron como requisito indispensable la aprobacion del sumo Pontífice. Verdad es que muchos concilios generales fueron

celebrados sin este requisito; pero ellos obtuvieron despues la aprobacion de los romanos Pontífices, ya por medio de sus legados, ya por haberlos mandado ejecutar."

"Queda pues sentado, amados hijos, como un punto capital para el creyente, para el teólogo, para el canonista, que si el Papa no concurre con su autoridad aprobando y confirmando los decretos de un concilio general, ellos no pueden ser obligatorios. Colígese de aquí, que si el romano Pontífice disuelve ó traslada el concilio, aun legítimamente congregado, ó si no quiere presidirle por sí ó por sus legados, entónces ya no hai concilio sino una junta, cuya decision no tiene ninguna fuerza obligatoria."

IV.

Os hemos dicho en cuarto lugar, que el Sumo Pontífice no solo por derecho eclesiástico, sino en fuerza de su eminente primado, puede avocarse el conocimiento de las causas mayores sobre la fe y la disciplina general, y recibir las apelaciones de los obispos. Sobre esto vamos á daros pues la conveniente explicacion.

"Verdad es que los obispos tienen el derecho de conocer en puntos de fe y de disciplina general para hacerla observar dentro de los límites de su diócesis; pero este derecho le ejercen á salvo del mui eminente que tienen los Pontífices para intervenir en estas causas, conocer de ellas y decidirlas. En efecto, ¿podrá negarse al Pontífice lo que tienen todos los obispos? No. Luego el Sumo Pontífice puede conocer de todas las causas en clase de Sumo Pontífice, esto es, conocer como obispo y conocer como soberano. Ahora bien: sin el derecho de avocarse estas causas mayores, ¿podriamos reconocer al Soberano en el Pontífice? Sin duda que no. ¿Por qué? Por el hecho mismo de no poder ejercer su autoridad episcopal en toda la Iglesia católica. ¿Cuál puede ser la diferencia entre el obispo romano y los otros de la cristiandad relativamente al conocimiento de las causas? Que lo que el obispo no pueda hacer mas que en su diócesis, el Sumo Pontífice lo puede hacer en todo el orbe católico. Luego, ó no hai primado de jurisdiccion, ó en virtud de él puede el Papa avocarse el conocimiento de las causas mayores sobre la fe y la disciplina general."

"Con mayoría de razon debemos reconocer el derecho de recibir las apelaciones de los obispos; y tanto mas cuanto que este derecho le han

ejercido constantemente los Papas San Atanasio, Eustaquio, obispo de Sebacto, San Juan Crisóstomo, Haviano de Constantinopla, Teodoreto, Ignacio en el Oriente, apelaron al Papa de las sentencias que contra ellos habian pronunciado los concilios particulares, y los Pontífices juzgaron sus causas, los absolvieron y restituyeron á sus propias sillas. Otro tanto hicieron algunos obispos de Occidente, como Celedonio: San Gregorio Magno restituyó á Januario y Estéban, depuestos por los obispos de sus provincias."

"No multiplicarémos las citas. Estas y las razones teológicas y canónicas, apuntadas al principio, bastan, segun creemos, para dejar plenamente comprobado que el derecho de avocarse el conocimiento de las causas mayores y recibir las apelaciones de los obispos es una consecuencia teológica y canónica del primado pontificio."

V.

Os dijimos en quinto lugar, hermanos é hijos carísimos, que otro de los derechos correspondientes al romano Pontífice, en fuerza de la supremacía que tiene y ejerce como sucesor de San Pedro y Vicario de nuestro Señor Jesucristo, es la institucion de los obispos. Ya comprenderéis á primera vista, porque basta para ello una sencilla reflexion y un buen sentido, cuán importante sea este derecho de la Iglesia, puesto que para regirla quiso su Divino Fundador que hubiese obispos en ella. Es muí importante que sepáis esta doctrina para que no sorprendan vuestro juicio los que han discurrido y puesto en práctica para combatir la Santa Sede, el negarla el derecho fundamental que tiene para instituir á los obispos. Pero teniendo reservada una instruccion íntegra para hablaros acerca del episcopado, nos limitarémos al presente á lo dicho, guardando para entónces las pruebas de este derecho, y concluirémos esta instruccion, manifestándoos cómo el Sumo Pontífice ha sido siempre, es y será, por fuerza de su primado, el centro de la unidad católica.

VI.

Para que véais "con toda claridad cuán esencial es al Sumo Pontífice este derecho, no necesitamos de buscar en apoyo de él pruebas

especiales. Las mismas que hemos expuesto para el primado de San Pedro, el del Papa como sucesor suyo, los derechos que de este primado emanan, &c., &c., sirven para demostrar que el Pontífice romano es el centro de la unidad católica. Entendemos por unidad católica la unidad de toda la Iglesia. Luego, ó la Iglesia no tiene unidad, ó tiene unidad sin centro, ó el Papa es el centro de la unidad. ¿Podrá decirse lo primero? No, porque ya hemos dicho y probado en otro lugar que la unidad es una de las notas de la verdadera Iglesia de Jesucristo, y que esta unidad existe en la santa Iglesia romana. Si pues la Iglesia es una, ¿se dirá que su unidad no tiene centro? Este seria un absurdo, porque ya se sabe que la idea de unidad aplicada á un cuerpo social consiste precisamente en la union total de los miembros á una cabeza. No hai unidad sin centro, y por consiguiente la Iglesia católica tiene un centro de unidad. Esto supuesto, ¿cuál seria este centro? ¿será alguno de los obispos? ¿serán los obispos todos? No lo primero, porque ellos son iguales entre sí como los radios de un círculo. Luego el romano Pontífice, como sucesor de San Pedro y en virtud de su primado, es el centro de la unidad católica. No nos empeñemos pues tanto en demostrar esto què está manifiesto por sí y ya queda demostrado, cuanto en deducir una consecuencia importante."

"Para estar verdaderamente unido al Soberano Pontífice, no basta, observa muí á propósito el cardenal Gousset, reconocer que tal ó cual Papa reinante es el sucesor de San Pedro; no basta decir que todos deben vivir en la comunion de la Santa Sede; es necesario además estar sometido á los decretos de la cátedra apostólica, conformarse en todo á la enseñanza de la Iglesia romana, madre y maestra de todas las iglesias." Es necesario considerar la extension de este sublime derecho, reconocer á Cristo en la persona del Pontífice, escucharle como oráculo cuando define los dogmas, obedecerle cuando regla las costumbres, someterse á su soberanía cuando establece la disciplina. Es necesario tomar esta unidad católica como un carácter de la Iglesia de Jesucristo, este centro como una condicion esencialísima de la unidad y al Pontífice romano como este centro. De esta suerte verémos á la Iglesia en todo y por todo, y contemplando ese cuadro tierno á par que sublime de este inmenso rebaño conducido por un pastor, de esta inmensa sociedad gobernada por un gefe, de este gefe apoderado de las llaves de los cielos para desarrollar su accion sobre la tierra, colocado en la primera cumbre, estrechando con su poder, con su celo, con su caridad, &c., &c., la Jerusalem que goza, la Jerusalem que padece y la Jerusalem que milita; podrémos elevarnos con el espíritu desde el

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

recien nacido que recibe la fe con el baño sagrado, hasta Aquel que, vencedor del pecado y de la muerte, está sentado á la diestra de su Padre."

VII.

De esta manera, hermanos carísimos, ejerce su autoridad el Sumo Pontífice en toda la Iglesia universal: así conserva intacta la doctrina de la fe con sus definiciones dogmáticas y con las sentencias que pronuncia contra todas las herejías y todos los errores: así provee al arreglo de las costumbres dando las disposiciones que estime convenientes acerca de la moral: así mantiene la disciplina en toda la sociedad católica, expidiendo decretos sobre diferentes puntos relativos á la liturgia sagrada, no ménos que á todos los puntos de administracion y de gobierno que demanda una regla general. Él es, pues, el único en cuyas facultades entra no solamente dar leyes generales para toda la Iglesia, sino dispensar de la observancia de ellas, cuando tiene para esto razones legítimas. Su autoridad es la única competente para reunir á los obispos católicos y convocarlos legítimamente. Su presidencia es la única reconocida por derecho para que estas grandes asambleas tengan un carácter canónico. Su confirmacion es de tal suerte indispensable, que sin ella, no serian obligatorias las leyes de los concilios generales. Él es el único que tiene derecho de llamar á su conocimiento, sujetar á su juicio y decidir con su sentencia las causas mayores sobre la fe y la disciplina general, como ya queda dicho. Por la virtud del primado pontificio el mundo católico no deja de disfrutar nunca los inapreciables bienes del apostolado que se conserva en el cuerpo de los obispos, puesto que tiene y ejerce la facultad de instituirlos y distribuirlos por el orbe, asignándole á cada uno la porcion de ovejas que ha de apacentar y gobernar, en cumplimiento de la mision sublime que dió Jesucristo á sus apóstoles. Ved, pues, cómo ese supremo Pastor, el Pontífice romano, el Papa, es el centro de la unidad católica. Sin Papa, pues, no hai centro, sin centro no hai unidad, sin unidad no hai Iglesia, fuera de la Iglesia no hai salvacion. Tal es el encadenamiento de las verdades, tal es tambien el enlace de las creencias y con ellas de las condiciones precisas para que el cristiano conserve sus títulos, y tambien los medios para conseguir su último fin. Dios nuestro Señor os conserve en esta fe santa, en esta dependencia santa, en esta santa sujecion al Padre comun de los fieles, para que venerándole y obedeciéndole en todo lo que dispone para cumplir la mision de salud que le tiene confiada Jesucristo, séais verdaderamente hijos de la Iglesia, fieles discípulos del que nos ha redimido con su sangre, y dueños de aquellos preciosos bienes que ha prometido á los que crean y guardan la palabra de Dios.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

DECIMASEXTA

INSTRUCCION PASTORAL.

SOBRE EL EPISCOPADO. INSTITUCION CANONICA DE LOS OBISPOS.

CLEMENTE DE JESUS MUNGUIA, por la gracia de Dios y de la Santa Sede Apostólica, Obispo de Michoacan, á los fieles de su diócesis.

Hermanos é hijos carísimos:

En las tres instrucciones precedentes nos hemos limitado á tratar del Sumo Pontífice considerado como Vicario de nuestro Señor Jesucristo y Cabeza visible de toda la Iglesia católica. Para esto comenzamos á explicaros la doble dignidad que tenia San Pedro, conviene á saber, la de apóstol y la de príncipe de los apóstoles. Os manifestámos el carácter y extension de esta supremacía, para dejar así establecido el gran principio legal é histórico de la autoridad suprema de la Santa Sede. De aquí pasamos á demostraros cómo, siendo esta dignidad y poder, no personal y temporal, sino real y perpetuo, debia pasar de uno en otro, á medida que las personas revestidas de la primera y poseedoras del segundo fuesen muriendo. Naturalmente procedimos á buscar este sucesor de la supremacía en el gran cuerpo de los pastores, exponiéndonos en consecuencia dos importantes verdades: primera, que el romano Pontífice es el sucesor legítimo de San Pedro: segundo, que bajo este carácter tiene la misma autoridad que el Príncipe de los apóstoles. Mas como nuestro fin, al emprender la tarea de estas

instrucciones pastorales ha sido el daros nociones suficientes de cada cosa, por lo ménos hasta donde lo permita el género de estas instrucciones comunes, no quisimos limitarnos á deciros que el Papa tiene un primado de honor y de jurisdiccion en toda la Iglesia, sino que pasamos á explicaros en qué consiste este primado y lo que por fuerza de él tiene derecho de hacer el romano Pontífice. Vísteis en consecuencia que en fuerza de esta supremacía, y solo por ella, el Papa decide y decreta para toda la Iglesia sobre el dogma, la moral y la disciplina, dispensa de las leyes generales, convoca, preside por sí ó por sus delegados y confirma los concilios ecuménicos, llama á su conocimiento, juzga y sentencia las causas mayores, instituye á los obispos y es el centro de la unidad católica.

Estas nociones bastan para que el pueblo fiel tenga en su línea un conocimiento bastante de lo que es en toda la Iglesia el sucesor de San Pedro.

Mas no era este apóstol el único llamado é instituido por Jesucristo para el gobierno de su Iglesia. Cuando quiso instituir el santo ministerio de la predicacion, llamó á todos los apóstoles, y á estos en comun les dijo aquellas palabras que ya os hemos referido en otras instrucciones: "Id, pues, é instruid á todas las naciones, bautizándolas en el nom-" bre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo, enseñándoles á ob-" servar todas las cosas que os he mandado." Ved aquí una cita solemne, una mision comun para la enseñanza y gobierno espiritual del mundo, un cuerpo docente que obra con los poderes de Jesucristo, un apostolado. Si Pedro, pues, tuvo, tiene y tendrá sucesores en la primera silla de la Iglesia, lo mismo sucede con los otros apóstoles; si Pedro vive en los sumos Pontífices romanos, los otros apóstoles viven en todos los obispos católicos: de esta suerte, así el sumo pontificado como el apostolado todo, tienen una institucion divina por haber sido establecidos por nuestro Señor Jesucristo. Tan indispensable es esto, que sin el cuerpo de los pastores no habria primado; pues claro es que toda primacía supone un órden gradual, ó por lo ménos un cuerpo.

Es, pues, mui conveniente, despues de haberos hablado del Sumo Pontífice, que os hablemos de los obispos.

Al tratar de Obispo, comprendemos al mismo Papa, pues el romano Pontífice no tiene sobre los otros obispos mas que el primado, y como el primado es solo de honor y jurisdiccion, es claro clarísimo que en cuanto al órden el Papa es igual á los obispos, y estos iguales al Papa. El episcopado, compuesto de los obispos sujetos al Papa, como los miembros á la cabeza, constituyen el primer grado, es decir, el mas

alto y sublime de la gerarquía eclesiástica divinamente instituida. "Cada Obispo es un apóstol, es un sucesor de los apóstoles, tiene una mision como los apóstoles, una mision divina: pero, ¿cómo se constituye un obispo? ¿qué títulos son bastantes para que un hombre sea recibido en el pueblo católico y honrado y obedecido de los fieles como poseedor de esta alta dignidad? He aquí lo que al presente debe ocuparnos. Hablando de los apóstoles, estos títulos están en las palabras del mismo Jesucristo: porque ya se sabe, y la historia del Evangelio nos lo refiere, que el mismo Jesucristo iba llamando á cada uno, y este llamado especial era su vocacion y su título. Así es que respecto de los apóstoles nadie duda, nadie podria dudar acerca de su mision: tampoco es trabajo que empeñe demasiado la inteligencia, el inquirir y comprender esta primera forma del llamamiento universal; pues Jesucristo se explicó en términos claros, y siendo el gefe supremo y la piedra angular, tiene esencialmente el derecho de erigir sus palabras en un dogma y sus prescripciones en una ley inmutable. Pero Jesucristo bajó al sepulcro, resucitó, subió á los cielos, y ya no está con aquella presencia con que llamaba. Está realmente presente en nuestros altares, pero como un Sacramento, como un misterio, y no como cuando se hallaba en el mundo. Es pues necesario, despues de su ascension á los cielos, buscar en la tierra quien le sustituya en el ejercicio de este primario derecho de instituir á los que habian de suceder á los apóstoles: es necesario saber cuál ha de ser la voz canónica y divina que ha de sacar del fondo comun de la cristiandad á los evangelizadores del mundo:" es necesario saber qué condiciones son necesarias para que el elegido reciba la jurisdiccion y adquiera el derecho para ser ordenado: en suma, es necesario tratar, como punto fundamental, de la *institucion canónica* de los obispos. Tal es, amados hijos, el objeto exclusivo de esta instruccion pastoral.

I.

Acabamos de indicaros, recapitulando en parte lo que ya os habiamos dicho, que Pedro era tan apóstol como los otros, que por lo mismo el Pontífice romano "es obispo lo mismo que los otros obispos; pero que, componiendo todos un cuerpo y debiendo por lo mismo tener una cabeza, Pedro, además del carácter y dignidad de apóstol, era cabeza del apostolado, príncipe de los apóstoles con derecho de apacentarlos y gobernarlos; así tambien el Sumo Pontífice, además de la dignidad

de obispo, tiene los derechos y prerogativas del primado, por lo cual se le llama con tanta propiedad *Sumo Pontífice*. Mas el gobierno de la Iglesia de Dios exigia no solo este apóstol, sino los otros apóstoles, y en consecuencia, además del Sumo Pontífice, en quien está representado San Pedro, deben estar otros con la misma dignidad que Pedro tenia en la clase de apóstol, que el Pontífice tiene en la clase de obispo, pero sin el primado. Tales son los obispos católicos. Esta palabra obispo corresponde á una voz griega que significa *vigilante, inspector:* accion enteramente análoga al carácter de pastores con que los instituyó Jesucristo. Esta vigilancia é inspeccion es lo primero que se ve en el alto carácter de un obispo; pero no siendo una inspeccion vaga ni una vigilancia estéril, entraña por supuesto cuanto abraza la mision ministerial y gubernativa de un prelado. Por eso el apóstol San Pablo, escribiendo á los obispos de Éfeso y Mileto, explica esta vigilancia sirviéndose de las ideas de gobierno, diciéndoles: "El Espíritu Santo os ha establecido obispos y vigilantes para gobernar la Iglesia de Dios."

II.

Mas una mision tan elevada, un poder tan grande, una personalidad tan sagrada, necesitan sin duda de una forma correspondiente y de condiciones propias para existir. Si Jesucristo nuestro Señor, dueño de todo el poder en los cielos y en la tierra, quiso hacer un llamamiento especial de sus apóstoles para señalarlos y distinguirlos, y no satisfecho con esto, los llamó á una montaña de Galilea y allí los instituyó apóstoles, dándoles de su poder omnímodo el que necesitaban ellos para llenar el deber augusto de enseñar á las naciones, de inscribirlas en el registro de los fieles católicos por medio del bautismo, y de gobernarlos espiritualmente, para que consiguiesen los fines de la redencion, alcanzando la bienaventuranza; si, todavía no contento con esto, les mandó esperar la venida de su Santo Espíritu para que recibiesen sus dones y pudiesen comunicar sus frutos ántes de partir á evangelizar á las naciones; ¿no es pues mui necesario que el que ha de ser obispo pase por estos grados hasta presentarse entre los fieles, revestido del carácter y en posesion del poder correspondiente á esta dignidad? Sin duda que sí. Así, pues, como Jesucristo nuestro Señor comenzó por escoger y llamó á los que escogia de una manera visible, así tambien llama hoi invisiblemente á los que quiere honrar con el

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

episcopado ó con el sacerdocio, y esto es lo que se dice vocacion divina: así como Jesucristo reunió en un monte á los que habia llamado y allí los instituyó apóstoles, dándoles el poder y la mision, así tambien hoi los llamados á esta dignidad son instituidos obispos por el mismo Vicario de Jesucristo, y en virtud de esta institucion reciben la potestad de jurisdiccion y adquieren el título para recibir el órden sagrado: así como los apóstoles se esperaron, segun la órden de Jesucristo, á que viniese el Espíritu Santo sobre ellos, ántes de partir á evangelizar, así tambien los obispos, aunque confirmados é instituidos por la silla apostólica, no entran en la plenitud del poder sino hasta que reciben la potestad de órden, por medio de la consagracion. La vocacion divina es asunto de la conciencia del obispo, lo mismo que de los sacerdotes y ministros: tambien es un objeto de inspeccion y de prueba, que ocupa igualmente al Papa cuando constituye á los obispos, y á estos cuando ordenan presbíteros y ministros. Mas como á pesar de algunas notas visibles con que se cuenta, la mayor parte de los datos acerca de la verdad ó falsedad de la vocacion, están en el juicio de Dios y en el dictámen de la conciencia, no entra la vocacion en el número de las condiciones esenciales de la potestad. Sea cual fuere la suerte que corran en el juicio de Dios los que hayan entrado sin probar su vocacion, y los que negligentes para negocio de tanta gravedad no hayan procurado asegurarla con las buenas obras, como lo aconseja el apóstol San Pedro, su potestad en nada padece, lo mismo que los actos que en virtud de ella practica. Tan ordenado queda un sacerdote y tan absuelto un penitente por ministros dignos como por ministros indignos, porque ni la existencia de la potestad, ni la legalidad de sus actos se afectan del estado de la conciencia. Tratándose pues de lo que debemos enseñaros á vosotros, nada mas debemos deciros acerca de la vocacion al episcopado.

III.

De mui diverso modo debemos discurrir á propósito de la institucion canónica, porque sin ella no hai autoridad ninguna jurisdiccional, no hai derecho para recibir el órden, y el que le recibe sin este requisito, queda ordenado, es verdad, pero léjos de tener potestad ninguna de jurisdiccion ni derecho para ejercer el órden, es reo de un grave delito, lo mismo que el consagrante. Importa, pues, mui mucho que sepáis lo que es la institucion canónica, siendo como es tan grande su importancia para la validez de los actos jurisdiccionales, para la legitimidad y licitud aun del simple ejercicio del órden. Es la institucion canónica el acto solemne en que un hombre designado para el episcopado es confirmado por la autoridad competente como obispo, autorizado para ejercer la potestad de jurisdiccion en la diócesis que se le determina, y adquiere el derecho de recibir la consagracion y con ella la potestad de órden. Decimos que es un acto solemne, porque la institucion de los obispos se hace con ciertas formalidades correspondientes á la importancia y gravedad del asunto: hemos dicho un hombre designado para el episcopado, porque ordinariamente procede esta designacion, llamada eleccion, ó postulacion, ó presentacion, como verémos despues: hemos dicho confirmado por autoridad competente, porque toda institucion supone derecho, poder y por consiguiente autoridad, y porque si esta no pronuncia su consentimiento y acepta la eleccion, ó concede la postulacion, ó recibe la presentacion en ejercicio de su derecho propio, no hai todavía obispo, no hai potestad de jurisdiccion episcopal, no hai derecho para ser consagrado: hemos concluido con decir que la persona confirmada es autorizada para ejercer la jurisdiccion en su diócesis y recibir el órden, porque desde el momento mismo en que el electo es confirmado adquiere la potestad de jurisdiccion, no para ejercerla en cualquiera parte, sino solo en aquel territorio que constituye su diócesis.

¿Cuál es, empero, esta autoridad competente para instituir á los obispos? El Papa en virtud de su primado, porque este es, segun os habiamos ya indicado en nuestra precedente instruccion, uno de los derechos correspondientes al Sumo Pontífice, en virtud de su primado. Veamos, ahora, con alguna mas extension, los fundamentos de este derecho.

IV

"Es un dogma católico que el Papa, una vez legítimamente electo, recibe inmediatamente de Jesucristo, con el título de sucesor de San Pedro, las llaves del reino de los cielos, y en consecuencia el poder pleno de apacentar los corderos y las ovejas, de regir y gobernar, no una parte de la Iglesia ó una iglesia particular, sino todas las iglesias ó la Iglesia universal, como se explica el concilio de Florencia." Para este gobierno universal de la Iglesia necesita el Sumo Pontífice instituir en todas las iglesias particulares del orbe estos altos funcionarios,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

obispos que partiendo de él como los radios de un centro comun, y unidos con él como los miembros con su cabeza, gobiernen tambien con él cada uno en su línea y en sus límites propios toda la Iglesia de Dios. He aquí el por qué de esta institucion canónica. ¿Quién otro pues, si no el Papa, puede hacerla? ¿En virtud de qué el obispo de una iglesia daria obispo á otra iglesia que no le estuviese sometida? ¿Cómo andarnos divagando en buscar un origen imposible á esta personalidad canónica? ¿Cómo dejar al obispo de Roma, al que ejerce el supremo derecho sobre toda la Iglesia, al sucesor de San Pedro, al Soberano de la cristiandad, para ir á buscar un obispo que no sea él, cuando se trata de esta institucion fundamental!"

"Si se nos replica con un hecho histórico y canónico tambien, diciendo que los obispos han recibido su institucion canónica de los arzobispos ó metropolitanos, de los concilios provinciales, &c.; responderémos reconociendo la existencia y la legalidad del hecho; pero negando la originalidad del derecho. ¿Por qué lo primero? Porque en efecto ha sucedido, y ha sucedido bien. ¿Por qué lo segundo? Porque los arzobispos y concilios provinciales han obrado con autorizacion del Sumo Pontífice, y de otra suerte no lo habrian podido hacer. La misma razon natural, discurriendo sobre el derecho del primado, lo manifiesta así: "En efecto, esta escala gerárquica de la Iglesia, donde vemos al cuerpo de los obispos ocupando diferentes escalones, es la gerarquía: esta gerarquía nos pone á la vista obispos, arzobispos, primados, patriarcas y sobre todos al Sumo Pontífice. Pero quítese á este, y desaparecen todos los escalones. La gerarquía nace del primado, vive del primado, moriria sin el primado. Sin el uno, faltaria el dos, el tres, el cuatro; faltaria toda la escala: esto es claro clarísimo. Nótese cómo el colegio apostólico no tenia mas que dos personalidades: Pedro apóstol y Príncipe de los apóstoles, y los apóstoles iguales entre sí. Si Pedro hubiera sido un simple apóstol, todos serian iguales; no habria poder lógico ni legal que estableciese entre ellos una gerarquía; pero supóngase el primado, y el resto de los apóstoles sujeto al uno puede colocarse en un órden gerárquico. Colígese de aquí que si los patriarcas, arzobispos, &c., hacen algo en su gerarquía superior á los obispos, lo hacen en virtud del primado: no pudiendo ellos acrecer por su personalidad propia, pues que todos son iguales en clase de obispos, es claro clarísimo que solo pueden acrecer por lo que se les añada en virtud del primado; caso único, condicion única para que unos estén arriba de otros."

"No habiendo pues en todo el cuerpo docente de la Iglesia, fuera

del Papa, quien instituya á los obispos con derecho originario, es evidente que este derecho es exclusivo del Soberano Pontífice."

"Si los obispos no pueden instituir otros obispos, mucho ménos lo podrán lo simples presbíteros; porque nadie da lo que no tiene; porque ellos emanan del episcopado; porque son hechos por los obispos, y no los obispos por ellos. Lo mismo respectivamente y con mayoría de razon hai respecto de los otros ministros inferiores; porque esta alta dignidad no sale de abajo, sino viene de arriba. "No me habéis elegido vosotros, decia Jesucristo, sino que yo os he elegido á vosotros." [1] Otro tanto debemos decir respecto de la potestad secular: ella desde el primero hasta el último de sus grados es extraña del todo á este órden divino, y por consiguiente, no solo no tiene el derecho de dar obispos al pueblo fiel, sino que ni aun se requiere para nada su consentimiento. "Enseña (por esto) el Santo Concilio, que para la ordenacion de " los obispos, de los sacerdotes y demas órdenes, no se requiere el " consentimiento, ni la vocacion, ni la autoridad del pueblo, ni de ninguna potestad secular, ni magistrado, de modo que sin ella queden " nulas las órdenes; ántes por el contrario, decreta, que todos los que " destinados ó instituidos solo por el pueblo, ó potestad secular, ó magistrado, ascienden á ejercer estos ministerios, y los que se los arrogan por su propia temeridad, no se deben estimar por ministros de " la gracia, sino por *rateros ó ladrones que no han entrado por la puerta*." [2]

" He aquí por qué el mismo santo concilio, para quitar toda duda sobre este punto, dió su cánon VIII en el mismo capítulo y sesion citados, cuyo tenor literal es el siguiente: "Si alguno dijere que los obispos que son elevados á la dignidad episcopal por autoridad del romano Pontífice, no son legítimos y verdaderos obispos, sino una ficcion humana, sea excomulgado."

V.

Si abriendo pues la historia de la Iglesia hallamos mucha variedad de costumbres acerca de la eleccion, postulacion y recepcion de los obispos, esto nada prueba contra la institucion, cosa mui diversa de aquellas, porque elegir no es instituir, pedir no es instituir, presentar no es instituir. Si á veces ha elegido el pueblo, á veces ha elegido c

1 Non vos me elegistis: sed ego elegi vos. Joann. cap. XV, vers. 16.
2 Conc. Trid. Sess. 23. cap. IV.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

pueblo con el clero, á veces han elegido los cabildos, á veces presentado los gobiernos, con anuencia de la silla apostólica; "esta designacion nada es todavía: el Papa puede ó no conformarse con ella, y el obispo, para serlo, necesita dos cosas; la institucion canónica y la consagracion; la primera para ejercer la potestad episcopal de jurisdiccion; la segunda para recibir y ejercer el órden episcopal."

"Una vez instituido canónicamente el obispo y consagrado, recibe la mision divina del apostolado de Jesucristo y el derecho de regir y gobernar la Iglesia de Dios con sujecion á su Cabeza visible. Estando el gobierno episcopal reglado por la supremacía del Soberano Pontífice, á este corresponde señalar á cada obispo la Iglesia particular que ha de regir. Esta Iglesia particular circunscrita á determinados límites, constituye una diócesis; y he aquí por qué desde tiempos mui antiguos, los obispos tienen diócesis determinadas donde ejercen su jurisdiccion y desempeñan su ministerio."

"Estando subordinado cada obispo al Sumo Pontífice á causa de la supremacía, es claro que la cuestion suscitada entre los teólogos y canonistas sobre el orígen del poder episcopal, con el objeto de aclarar si este poder es de derecho divino ó de derecho eclesiástico, es una cuestion de nombre. ¿Por qué? Por tres razones: primera, porque quien estableció el apostolado estableció el primado apostólico, y en consecuencia los obispos, lo mismo que los apóstoles, tienen subordinado á la primacía de su Cabeza el ejercicio de su poder: segunda, porque, correspondiendo al Papa la institucion canónica, y no habiendo sin ella ningun poder legítimo, es claro que en cualquier extremo de la cuestion siempre debe concluirse lo mismo: tercero, porque si el poder viene inmediatamente de Jesucristo, ó mediante un hecho divinamente reglado, todo viene á ser lo mismo, y estas sutilezas nada importan para la fe de un verdadero cristiano."[1]

Acabais de ver, amados hijos, en qué consiste la institucion canónica de los obispos, cómo ella es un derecho exclusivo del Papa, y comunica inmediatamente la potestad de jurisdiccion. Mas no siendo este el único poder que ejerce un obispo, sino además el que se llama *potestad de órden*; ni pudiendo esta existir sin la consagracion, es claro clarísimo que para adquirir la autoridad episcopal en toda su plenitud, no basta la institucion canónica, sino que es además indispensable que el instituido sea consagrado.

1 Todo lo que va puesto entre comillas sin una cita especial, lo hemos tomado de nuestra obra intitulada: "Exposicion histórica, filosófica, dogmática y moral de la Doctrina católica."

Es, pues, mui conveniente hablaros del órden episcopal, de la augustas ceremonias con que se confiere y de los santos efectos que produce. Mas no queriendo extendernos mas aquí, reservamos tratar estos puntos en la instruccion siguiente.

Pero lo que habéis oido hasta aquí, amados hijos, basta para que elevéis vuestros espíritus hácia el orígen de una institucion tan santa, y estéis alerta para no dejaros seducir por los enemigos de la Iglesia en punto de tanta gravedad. Dios nuestro Señor, de quien emana todo dón perfecto, os comunique luz en abundancia para que comprendáis esta santa doctrina, y fuerza superior para que la profeseis con un espíritu verdaderamente católico.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

DECIMASETIMA

INSTRUCCION PASTORAL.

SOBRE EL ACTO DE LA CONSAGRACION DEL OBISPO.

CLEMENTE DE JESUS MUNGUIA, por la gracia de Dios y de la Santa Sede Apostólica, Obispo de Michoacan, á los fieles de su diócesis.

Carísimos hermanos é hijos:

Cumpliendo con lo que os hemos ofrecido en la instruccion precedente, vamos á tratar en ésta del acto respetabilísimo y santo dela consagracion de un obispo: acto sublime y tierno juntamente; porque se trata de la communicacion del mas grande poder que se conoce en la tierra, y de la formacion de un vínculo tan estrecho y al mismo tiempo tan grato como el que liga íntimamente al pastor con la grei, al esposo con la esposa, al padre con los hijos. Todo en la religion es grande, y el hombre necesita en cierto modo de elevarse sobre sí mismo, para ejercer esas funciones augustas que atraen los respetos del cielo y la sumision de la tierra sobre estas personas que la religion consagra para el ministerio apostólico. Un obispo es un hombre, y en clase de tál, rinde á la naturaleza el triste y humilde vasallaje de todo lo que es frágil y perecedero; pero desde el momento mismo en que recibe con la consagracion la plenitud del sacerdocio, posee una gracia y un poder que, con venir inmediatamente de Jesucristo y encaminarse á la santificacion y felicidad del mundo, es, despues de Dios, lo mas alto que

se puede concebir. Nada por lo mismo nos parece mas importante que fijar detenidamente vuestra atencion sobre la ceremonia sagrada que vamos á explicaros. De esta suerte os harémos testigos en cierto modo de todo lo que pasa en la santa Iglesia desde el dia mismo en que consagra las personas de aquellos á quienes otorga el poder necesario para regirla, y confia el caro depósito de una grei que debe ser por ellos alimentada con el pasto de la doctrina y apacentada con toda la solicitud del celo pastoral. Cada una de las ceremonias de este acto sacratísimo encierra un sentido profundo, y habla igualmente al entendimiento y al corazon de los fieles. Es nuestro ánimo deciros todo lo que se practica en la consagracion de un obispo, y haceros al paso para vuestra enseñanza y edificacion algunas breves y oportunas reflexiones. Entremos pues en materia.

Ora consideremos las ceremonias que preceden, ora nos fijemos en las que acompañan y siguen al acto de la consagracion episcopal, todo es venerable, todo santo, todo mui propio para excitar en el alma sentimientos inflamados de fe, de esperanza y de amor.

1. Está mandado que deben concurrir tres obispos á la consagracion, ó por lo ménos un obispo, que es el consagrante, con dos presbíteros constituidos en dignidad eclesiástica para asistirle: por cuyo motivo, ora sean obispos, ora presbíteros dignatarios de la Iglesia los que acompañen al consagrante, se llaman *asistentes*. Hallándose, pues, el presbítero electo para obispo en presencia de aquel, uno de los asistentes, el mas antiguo de ellos, le dirige la palabra en estos términos: "Reverendísimo Padre: nuestra Santa Madre la Iglesia católica pide "que elevéis á este presbítero que está presente, á la dignidad del "Episcopado." Entónces el consagrante pregunta: "¿Tenéis mandato "apostólico?" y respondiendo el asistente: "Le tenemos," manda que se lea. En el acto su notario recibe el documento, y permaneciendo sentados todos, lee de principio á fin el mandato apostólico, ó las bulas que instituyen obispo al presbítero de que se trata.

2. Esta solemne peticion que el mas antiguo de los asistentes hace á nombre de la Iglesia al obispo consagrante, significa, hermanos carísimos, la vocacion externa que debe preceder á la colacion de los órdenes. Todo el que recibe un órden, ha de ser llamado y propuesto por la Iglesia; porque solo ella juzga y decide acerca de todo lo conducente á la colacion de los sagrados órdenes. A la voz de la Iglesia nadie debe resistir; pero es necesario saber si es cierto que la Iglesia llama, si ha pronunciado su *fiat* para la ordenacion; y por este motivo el consagrante pregunta si hai mandato apostólico, es decir, si el

Sumo Pontífice ha instituido canónicamente á este presbítero para obispo, y por esta causa no da paso á nada, miéntras no le consta la institucion canónica. Esta institucion debe ser á todos notoria; y por tal motivo está mandado que se lea en alta voz, de manera que esta lectura pueda ser escuchada, no solamente del obispo consagrante, sino del clero y del pueblo que se hallen presentes. No nos detendrémos mas á este propósito, porque ya en la precedente instruccion os explicamos en qué consiste la institucion canónica, y cómo ella es un requisito previo é indispensable, y el Sumo Pontífice la única autoridad á quien corresponde darla.

3. Mas no imagináis por esto, hermanos carísimos, que sin otro requisito ni prevencion alguna proceda el consagrante á imponer las manos y conferir el órden episcopal al presbítero canónicamente instituido para obispo. Tiene éste que recibir un depósito mui sagrado, el de la Santa Iglesia de Dios para regirla y gobernarla, segun la expresion de San Pablo, y es necesario por lo mismo no perdonar medio ninguno para dejar bien acrisoladas la fidelidad y la fe del nuevo Pastor. Jesucristo nuestro Señor probó tres veces la fidelidad y la fe de Pedro en el crisol del amor; en el mismo crisol probará la Iglesia las de cada presbítero que haya de ascender al Episcopado. Este órden sagrado impone deberes que nacen desde el instante mismo en que se recibe; mas la Iglesia quiere ligar y liga de facto á cada obispo, no solo con el vínculo de la lei, sino tambien con el espontáneo de la religion, y por esta causa exige del presbítero que ha de consagrarse, un solemne, inviolable y sagrado juramento de fidelidad; y esta es su primera prueba, el juramento que presta: en seguida le interpela de la manera mas explícita sobre su solicitud en acomodar su mente y su conducta en todo y por todo al sentido de la Escritura divina, y esta es su segunda prueba. Por último, le examina sobre todos los dogmas de la fe, le encuentra íntegro en todos, y entónces pronuncia estas palabras de santa aprobacion y ardientes votos en favor del futuro obispo: "El Señor te aumente esta fe, carísimo hermano en Cristo, para la verdadera y eterna bienaventuranza."

4. Hecho esto, comienza la misa, y concluida la confesion, que reza el consagrante con los asistentes y el que va á ser consagrado, se aparta éste para su capilla conducido por los dos asistentes, y allí se reviste, tomando además del amito, alba, cíngulo y estola, la cruz pectoral, la tunicela, que representa el subdiaconado, la dalmática que representa el diaconado, y la casulla, que es la vestidura distintiva del presbítero. Con lo cual se manifiesta, que el que ha de ascender al órden episcopal, debe haber ya recibido todos los otros órdenes, desde la primera clerical tonsura hasta el sacro presbiterado. Revestido ya, reza todo el oficio de la misa desde el Introito hasta ántes de llegar al último verso del Tracto.

5. Inmediatamente se sienta el consagrante con mitra puesta, y los dos asistentes le presentan al consagrando, quien, inclinado profundamente, le hace una reverencia humilde. Toman todos asiento, y entónces el consagrante dice al presbítero que va á ser consagrado: " Al obispo corresponde juzgar, interpretar, consagrar, ordenar, ofre- " cer, bautizar y confirmar," amonestándole de esta suerte sobre aquellos oficios que puede y debe desempeñar un obispo, á fin de que, anticipándose á sí mismo la consideracion de su altísima dignidad, y sopesando con la debida ponderacion todos los grandes deberes del Episcopado, se recoja todo en el Señor al recibir este órden, y con grande solicitud y la mas viva instancia pida humildemente al Supremo Dispensador de todo don perfecto las abundantísimas gracias de que ha menester para desempeñar como es debido tan alto ministerio. Este debe ser todo su pensamiento; este es el deseo que domina en el Pontífice consagrante; esta es la idea que ocupa la mente de los que allí se encuentran. El consagrante entónces, considerando que deben reunirse todos en una oracion comun para alcanzar tantos bienes, se pone luego en pié, y dirigiéndose á los circunstantes, les habla de esta manera: "Hermanos carísimos, oremos todos para que la benignidad del Dios Omnipotente dispense á este electo la liberalidad de sus gracias, proveyendo así á la utilidad de la Iglesia." Dispuestos todos con un sentido unánime para levantar al cielo su corazon y pedir á Dios estas gracias, todos doblan sus rodillas, y el que ha de ser consagrado se postra. Entónces comienzan y siguen las letanías de los santos, esta sublime invitacion que la Iglesia militante hace á la Iglesia triunfante; para que unidos el cielo con la tierra delante del Dios vivo, atraigan de su infinita liberalidad todas las gracias de que el hombre necesita para caminar sin tropiezo por los estrechos y difíciles caminos de la virtud y de la lei. Estas preces concluyen con un triple ruego, que el consagrante puesto en pié hace á Dios pidiendo para el presbítero consagrando su bendicion en la primera; su bendicion y santificacion en la segunda; su bendicion, santificacion y consagracion en la tercera, y haciendo al mismo tiempo sobre él la señal de la cruz tantas veces cuantas son las peticiones.

6. Detengámonos aquí á considerar brevemente cuánto deberá esperarse de Dios, que ha prometido estar con su Iglesia todos los dias

hasta la consumacion de los siglos, responder á la humilde voz del que le pide y cumplir en todo y por todo cuanto en su nombre se solicite de su Padre celestial, á la vista de esta purificacion continua, de esta solicitud instante, de esta oracion santa que los cristianos de la tierra, unidos con los fieles del cielo, encaminan al Padre de las luces, al Supremo Dispensador de las gracias, al Dios clemente y misericordioso, en favor de este nuevo apóstol, de este presbítero que se prepara para recibir el órden episcopal, y con este órden toda la plenitud del sacerdocio. No creemos exagerar con decir que todo el cielo está pendiente de este acto sacratísimo, y esto basta para dar todo su peso á lo que inmediatamente sigue.

7. Toma en sus manos el consagrante el libro de los Evangelios, es decir, el gran depósito de la doctrina, el repertorio de las verdades divinas, el sagrado código en que se halla escrita con caracteres indelebles la ley de gracia, y en que registramos los títulos primordiales del sacerdocio católico. Inmediatamente coloca el consagrante, ayudado de los obispos asistentes, este libro abierto sobre las espaldas del electo, quien le recibe puesto de rodillas. En seguida el consagrante y los obispos asistentes ponen cada uno sus dos manos sobre la cabeza del consagrado pronunciando estas palabras: *Recibe el Espíritu Santo*, y concluyen dirigiendo á Dios esta fervorosa súplica: " Sed propicio, Señor, á nuestros ruegos, é inclinando sobre este sier-" vo tuyo el depósito de tu gracia sacerdotal, derrama sobre él la vir-" tud de tu bendicion: por Jesucristo nuestro Señor, Hijo tuyo, que " contigo vive y reina en unidad del Espíritu Santo, por todos los si-" glos de los siglos." Terminada esta oracion, la renueva en union del pueblo fiel, cantando nuevas preces en tono de prefacio. En estas preces habla del sacerdocio antiguo, figurativo y profético, cuya magnífica y sublime realidad estaba reservada para los tiempos de plenitud en que Jesucristo habia de instituir el ministerio católico, representado en todas las antiguas figuras; pondera las excelencias incontestables del sacerdocio cristiano sobre el sacerdocio antiguo, y concluye pidiendo para el nuevo obispo, que va á recibir la plenitud del sacerdocio, tal copia de gracias, tal excelencia de virtudes, que su vida y sus ejemplos hagan de su espíritu una esplendente manifestacion de lo que parecia encubrir como en unos velos el antiguo sacerdocio con el resplandor del oro, el brillo de las piedras preciosas y el exquisito esmero con que el arte realzaba las vestiduras de los sacerdotes de la ley antigua: quiere por fin que Dios ponga en el nuevo obispo la suma de su ministerio, que enriquezca su alma con los ornamentos de

su gloria, que santifique su corazon con el benéfico rocío del óleo celestial. Despues de haber orado de esta suerte, toma su asiento el consagrante, se arrodilla delante de él el electo presentándole su cabeza para ser ungida, sobre la cual inmediatamente vierte aquel el crisma sagrado, pronunciando estas palabras: "Sea ungida y consagrada tu ca-" beza en el órden pontifical, con la celestial bendicion, en el nombre " del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo:" limpia en seguida la cabeza del consagrado. Entre tanto se canta el *Veni Creator*, y concluido este himno, el consagrante poniéndose en pié con la cabeza descubierta, prosigue su oracion, declarando en ella el misterioso significado de esta ceremonia, la intencion de la Iglesia al practicarla, y los votos que forma con tan santo motivo: que el Espíritu Divino penetre su interior y circunde su exterior de su virtud sagrada; que el nuevo Pontífice lleve de continuo en sí la constancia de la fe, la pureza del amor, la sinceridad de la paz; que sean hermosos sus piés cuando se muevan por el mundo para evangelizar á los pueblos; que su palabra y su predicacion saquen toda su eficacia, no del arte de la humana sabiduría, sino de la fuerza del espíritu y la virtud; que Dios confirme todos los actos de su ministerio y autoridad, y que con la dispensacion de las altas virtudes que debe practicar un obispo, le coloque en la cátedra episcopal, revestido de la autoridad, el poder y el apoyo competente para gobernar su Iglesia y apacentar la grei que se le ha encomendado: he aquí sus deseos, he aquí su oracion.

8. Concluida la precedente ceremonia, unge las manos del obispo electo, como ungió Samuel á David, dándoles con esta uncion una nueva virtud y gracia para bendecir y consagrar, á fin de que su ministerio ceda todo en el bien espiritual de los fieles, y sea constantemente dirigido á la mayor gloria del Señor.

9. Inmediatamente despues, el consagrante coloca entre los dedos índices del consagrado el báculo pastoral, encargándole, con motivo de esta insignia de su oficio, que sea piadosamente enérgico en corregir los vicios; que juzgue sin ira; que derrame la dulzura de la persuasion en pro de las virtudes sobre el corazon de sus oyentes, y que nunca abandone la debida censura aun en el receso de la severidad.

10. Despues de haberle dado el báculo, coloca en su dedo el anillo, signo de la fidelidad inviolable que debe guardarle á su Iglesia, como el esposo á la esposa. Esta ceremonia, hermanos carísimos, es altamente significativa; representa el estrechísimo vínculo del obispo con su Iglesia: es un desposorio espiritual y místico encaminado todo á multiplicar los adoradores en espíritu y en verdad, á educar, formar

y santificar á cuantos llevan, con el santo bautismo que han recibido, el augusto nombre de cristianos y el sublime título de hijos de la Iglesia católica. En calidad de cristianos obedecen al obispo, quien tiene la representacion de Jesucristo; en calidad de hijos miran á la Iglesia como á su madre y al obispo como á su padre; en calidad de ovejas le reconocen como á su pastor, y en calidad de fieles le prestan cumplida obediencia en acatamiento de la autoridad y el poder que los obispos han recibido de Jesucristo para regir la Iglesia de Dios.

11. Durante todas estas ceremonias el obispo consagrado ha permanecido con el libro de los santos Evangelios sobre sus espaldas; y al terminar de aquellas, el consagrante toma en sus manos este libro, le cierra y le presenta al consagrado, quien sin abrir sus manos, porque las tiene todavía ligadas, le toca simplemente con ellas, escuchando estas palabras que en el acto le dirige con tal motivo el obispo consagrante: "Recibe el Evangelio, y vé á predicar al pueblo que te ha sido " encomendado; porque es poderoso para hacer crecer en tí su gracia, " Dios que vive y reina por los siglos de los siglos." Concluido esto, el consagrante da el ósculo de paz al consagrado, y lo mismo hacen los obispos ó presbíteros asistentes, diciéndole todos: "La paz sea contigo," y respondiendo el consagrado á cada uno en particular: "y tambien con tu espíritu."

12. Dada y retribuida la paz, el consagrado, en medio de los dos asistentes, vuelve á su capilla, donde se limpia y lava las manos, disponiéndose de esta suerte para continuar en union del obispo consagrante la misa, que sigue hasta el ofertorio. Concluido el ofertorio, el consagrado vuelve de su capilla en medio de los dos asistentes, y sentado, recibe la oblacion, que consiste en dos velas, dos tortas de pan y dos pequeños barriles de vino.

13. Recibida la oblacion y lavadas las manos, se dirigen los obispos al altar, ocupando el medio el consagrante, y el lado de la Epístola el consagrado: continúan la santa misa, consumen entrambos por mitad la Sagrada Hostia y el vino consagrado, siguiéndose todo hasta la conclusion de la misa que celebran.

14. Concluida la misa, el consagrante bendice la mitra, la pone sobre la cabeza del consagrado en el nombre del Señor, y en una oracion fervorosa le pide todas aquellas gracias que hacen inexpugnable al verdadero apóstol: en seguida le pone las quirotecas, conocidas con el nombre de *guantes*, dirigiendo á Dios una súplica fervorosa para que la limpieza del hombre nuevo circunde las manos del Pontífice, haciéndolas capaces de atraer las bendiciones del cielo, como Jacob atrajo

con las suyas, cubiertas de pieles, las bendiciones de Isaac su padre, presentándole con ellas la sabrosa vianda y regalada bebida que el santo patriarca habia dispuesto se le presentasen. Cubiertas las manos del nuevo obispo y poniéndole en el dedo el anillo pontifical, el consagrante le toma de su mano derecha, y el mas antiguo de los asistentes de su izquierda; le conducen por en medio hasta el trono episcopal; le hacen sentar en él, y dejando en su mano izquierda el báculo pastoral, se retira al medio del altar, y en el acto entona el *Te Deum*, que prosigue el coro.

15. Desde que comienza el himno, el nuevo obispo, conducido por los dos asistentes, da vuelta por la iglesia bendiciendo al pueblo. Cuando regresa, el obispo consagrante pronuncia la última oracion, pidiendo al Supremo Pastor de todos los fieles dirija su propicia mirada sobre el nuevo Pastor, haciendo que en sus palabras y ejemplos edifique á los que preside, á fin de conseguir incorporarse con toda su grei en las moradas eternas. Hecha esta oracion, el nuevo obispo se levanta, y acercándose al medio del altar, practica la ceremonia de la bendicion, dándola solemnemente al pueblo, y concluye dirigiendo al obispo consagrante un santo cumplido, que repite por tres veces puesto de rodillas hasta llegar á los piés del consagrante, quien le recibe, le da el ósculo de paz, lo que hacen tambien los asistentes, y hecho esto, concluye la misa con el Evangelio de San Juan, y con la misa la consagracion del obispo.

16. Con cuanta brevedad nos ha sido posible, os hemos instruido, hermanos carísimos, acerca de la ceremonia santa de la consagracion episcopal, sin detenernos en largas y prolijas explicaciones. Mucho y gravísimo que considerar ofrece al alma cada una de las cosas que pasan en este acto solemne; pero sobre todo, el carácter sagrado que la santa Iglesia imprime sobre los obispos, la gracia que este carácter les comunica y el poder sublime de que los reviste su consagracion, dándoles, como ya os dijimos, toda la plenitud del sacerdocio. Por medio de ella cada obispo forma un eslabon de esa cadena dilatada que hace del episcopado en todos los paises y en todos los siglos una sola institucion, un solo cuerpo plenamente apostólico. Aquellos once apóstoles que fueron llamados por Jesucristo á la montaña de Galilea, para recibir de sus mismos labios la mision altísima de salvar al mundo con la predicacion del Evangelio, la enseñanza de la doctrina y el gobierno moral, trasmitieron esta mision misma con la imposicion de las manos á los obispos consagrados por ellos; éstos á los inmediatos; éstos á los siguientes, y así sucesivamente hasta nuestros dias. No hai una sola

rotura en esta cadena apostólica; y cada uno de los obispos al cabo de diez y ocho siglos tiene, carísimos hermanos, el carácter mismo, la mision misma, el poder mismo que los apóstoles. Escuchando á vuestros pastores, bien podéis hacer cuenta de que escucháis á uno de aquellos á quienes Jesucristo escogió para que sirviesen á su Iglesia de fundamento y principio. ¡Cuán grande pues debe ser la veneracion de los fieles hácia sus legítimos pastores! Ellos representan una autoridad que les viene de Jesucristo. Este Divino Maestro, atento siempre á sus designios de misericordia, reparte su doctrina y su gracia entre todos los habitantes del mundo por la boca de sus enviados. Estos abren sus labios, pronuncian la palabra evangélica, derraman con ella el tesoro de las eternas verdades: hablan, no con el raciocinio del filósofo, sino con la autoridad instituida para la predicacion de los dogmas católicos.

Venerad pues, amados hijos, este sagrado carácter, esta mision augusta, este ministerio santo de los obispos, que Dios ha querido colocar al frente de su reino en la tierra: no comparéis nunca la palabra de vuestros pastores con la palabra de los sabios y prudentes del siglo: no imagináis que esta verdad augusta que ha descendido de los cielos cubierta con los impenetrables velos del misterio, porque se refiere á Dios, cuya esencia infinita traspasa con mucho los límites de la capacidad humana, se os comunique por el órgano del raciocinio y por la via del convencimiento. No, hermanos carísimos, la santa Iglesia explica, pero no demuestra; decide, pero no mendiga los tributos del raciocinio: manda en materia de doctrina, y no se nivela con los discurridores del siglo para buscar en los recursos de la inteligencia humana los medios de hacer servir la verdad á la perfeccion espiritual y bien eterno de sus hijos.

DECIMOCTAVA

INSTRUCCION PASTORAL.

SOBRE EL JURAMENTO DE FIDELIDAD A LA IGLESIA QUE PRESTA EL OBISPO ANTES DE RECIBIR LA CONSAGRACION.

CLEMENTE DE JESUS MUNGUIA, por la gracia de Dios y de la Santa Sede Apostólica, Obispo de Michoacan, á los fieles de su diócesis.

Carísimos hermanos é hijos:

Despues de haberos hablado en general en la instruccion precedente de la consagracion de los obispos, es mui conveniente llamar especialmente vuestra atencion hácia una de las cosas que pasan en un acto tan solemne. Recordaréis que ántes de proceder á la consagracion del presbítero electo para obispo y despues de que se ha hecho constar, ya por el mandado apostólico, ya por la lectura de las bulas, el requisito previo de la institucion canónica, el obispo electo presta en manos del consagrante un juramento solemnísimo, con el cual se liga mas y mas á todas las obligaciones propias de los pastores de la Iglesia. Es mui conveniente dar á conocer á los fieles este juramento, para que sepan cuán estrechos son los vínculos religiosos y morales que unen á cada obispo con toda la santa Iglesia, y especialmente con la Cabeza visible, con el Vicario de Jesucristo, con el Papa; y porque así se explica bien la conducta uniforme y constante que en todas las épocas de la Iglesia observan los obispos que no quieren apartarse un punto de los preceptos divinos y eclesiásticos á que está sometida su conducta pas-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

rotura en esta cadena apostólica; y cada uno de los obispos al cabo de diez y ocho siglos tiene, carísimos hermanos, el carácter mismo, la mision misma, el poder mismo que los apóstoles. Escuchando á vuestros pastores, bien podéis hacer cuenta de que escucháis á uno de aquellos á quienes Jesucristo escogió para que sirviesen á su Iglesia de fundamento y principio. ¡Cuán grande pues debe ser la veneracion de los fieles hácia sus legítimos pastores! Ellos representan una autoridad que les viene de Jesucristo. Este Divino Maestro, atento siempre á sus designios de misericordia, reparte su doctrina y su gracia entre todos los habitantes del mundo por la boca de sus enviados. Estos abren sus labios, pronuncian la palabra evangélica, derraman con ella el tesoro de las eternas verdades: hablan, no con el raciocinio del filósofo, sino con la autoridad instituida para la predicacion de los dogmas católicos.

Venerad pues, amados hijos, este sagrado carácter, esta mision augusta, este ministerio santo de los obispos, que Dios ha querido colocar al frente de su reino en la tierra: no comparéis nunca la palabra de vuestros pastores con la palabra de los sabios y prudentes del siglo: no imagináis que esta verdad augusta que ha descendido de los cielos cubierta con los impenetrables velos del misterio, porque se refiere á Dios, cuya esencia infinita traspasa con mucho los límites de la capacidad humana, se os comunique por el órgano del raciocinio y por la via del convencimiento. No, hermanos carísimos, la santa Iglesia explica, pero no demuestra; decide, pero no mendiga los tributos del raciocinio: manda en materia de doctrina, y no se nivela con los discurridores del siglo para buscar en los recursos de la inteligencia humana los medios de hacer servir la verdad á la perfeccion espiritual y bien eterno de sus hijos.

DECIMOCTAVA

INSTRUCCION PASTORAL.

SOBRE EL JURAMENTO DE FIDELIDAD A LA IGLESIA QUE PRESTA EL OBISPO ANTES DE RECIBIR LA CONSAGRACION.

CLEMENTE DE JESUS MUNGUIA, por la gracia de Dios y de la Santa Sede Apostólica, Obispo de Michoacan, á los fieles de su diócesis.

Carísimos hermanos é hijos:

Despues de haberos hablado en general en la instruccion precedente de la consagracion de los obispos, es mui conveniente llamar especialmente vuestra atencion hácia una de las cosas que pasan en un acto tan solemne. Recordaréis que ántes de proceder á la consagracion del presbítero electo para obispo y despues de que se ha hecho constar, ya por el mandado apostólico, ya por la lectura de las bulas, el requisito previo de la institucion canónica, el obispo electo presta en manos del consagrante un juramento solemnísimo, con el cual se liga mas y mas á todas las obligaciones propias de los pastores de la Iglesia. Es mui conveniente dar á conocer á los fieles este juramento, para que sepan cuán estrechos son los vínculos religiosos y morales que unen á cada obispo con toda la santa Iglesia, y especialmente con la Cabeza visible, con el Vicario de Jesucristo, con el Papa; y porque así se explica bien la conducta uniforme y constante que en todas las épocas de la Iglesia observan los obispos que no quieren apartarse un punto de los preceptos divinos y eclesiásticos á que está sometida su conducta pas-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

toral. Esto manifiesta por qué muchas veces, teniendo que luchar con las dificultades que suelen oponerse al cumplimiento de su deber, presentan á ellas aquella resistencia moral, hija del derecho y de la conciencia, se niegan á ejecutar lo que no podrian hacer sin faltar á su obligacion, y lo sufren todo ántes que abandonar la sacratísima causa de la religion y de la Iglesia. He aquí el objeto de la presente instruccion. Os hablarémos en ella: en primer lugar, de los principales puntos que abraza el juramento de fidelidad que prestamos á la Iglesia para recibir la consagracion; en segundo, de la fuerza con que este sagrado juramento nos liga y estrecha, y por último, de la conducta que nos prescribe durante nuestra vida en el ejercicio de la autoridad que se nos comunica y de las funciones anexas al órden que se nos confiere.

1. Entre las muchas obligaciones que con tan solemne juramento contrae cada uno de los obispos católicos, se encuentran las siguientes, de que haremos una mencion especial: primera, fidelidad y obediencia plenas á la santa Iglesia romana, al Papa reinante y á todos sus sucesores; segunda, cooperar á la conservacion y defensa del Pontificado romano y de las regalías de San Pedro; tercera, procurar con solicitud la conservacion, defensa, incremento de los derechos, honores, privilegios y autoridad de la Santa Iglesia Romana, del Papa reinante y de todos sus expresados sucesores, y en consecuencia, impedir, cuanto les sea posible, que se traten y promuevan cosas siniestras y perjudiciales contra la persona, jurisdiccion, honor, estado y potestad del Papa y la Iglesia; cuarta, guardar y hacer guardar á toda costa las reglas de los Santos Padres, los decretos, disposiciones, reservaciones, provisiones y mandatos apostólicos; quinta, proceder contra los herejes, cismáticos y desobedientes al Sumo Pontífice, é impugnar sus doctrinas.

2. Tales son, entre otras varias, las obligaciones que ratifican y afirman los obispos con el juramento expresado. Cuál sea la fuerza de esta obligacion, cuán estrechamente ligue la conciencia, cuán grande responsabilidad contraigan ante Dios y la santa Iglesia los que falten á ella, fácilmente lo comprenderéis, amados hijos, con solo atender por una parte al carácter propio de este deber y reflexionar por otra sobre la nueva fuerza que recibe por el concurso del juramento.

3. Aun cuando éste no se hubiese prestado, aquel subsistiria siempre; porque su causa y principio están, no precisamente en el juramento, sino en la ley canónica, en la razon misma del Episcopado. En efecto, ¿de qué se trata en primer lugar? ¿no es de la obediencia y fidelidad á la Iglesia? pues una y otra, hermanos carísimos, son deberes

de todo católico, porque donde no hai fidelidad y sumision, hai traicion, hai rebeldía, hai pecado, hai muerte del alma y título de reprobacion. De la misma manera podriamos ir discurriendo á propósito de las otras partes de este juramento: porque no hai una sola que no tenga su principio en una ley eclesiástica, ni hai ley eclesiástica que no sea dada en virtud de la autoridad propia de la santa Iglesia, ni hai duda ninguna en que esta autoridad suprema le viene directamente de su Divino Fundador.

4. Si pues ántes del juramento existia ya la obligacion de lo que se jura cumplir, ¿qué importa el juramento? Una mayor fuerza de obligacion, el concurso de la religion con la justicia en la fuerza del deber. Todas estas obligaciones son derechos de justicia; porque justicia es dar á cada uno lo que es suyo, y es propio de la Iglesia el derecho de mandar, y en consecuencia la obligacion de obedecer. Es un deber de la religion guardar nuestros juramentos cuando son verdaderos y justos, como en el caso de que se trata; porque de no hacerlo así, tomaríamos en vano el Santo Nombre de Dios, lo cual está prohibido por el segundo precepto del Decálogo. Esto quiere decir, que con solo el hecho de jurar cumplir la ley eclesiástica, nos ligamos tambien á la ley divina; porque tal es la que prescribe no tomar en vano el Santo Nombre de Dios. Una persona ligada de esta suerte necesita, para faltar á su deber, quebrantar la ley de Dios, quebrantar la ley de la Iglesia y faltar al mismo tiempo á los derechos de la justicia y á los derechos de la religion.

5. ¿Habéis comprendido bien, hermanos é hijos carísimos, el carácter de este juramento, y sentido tambien la terrible fuerza de las obligaciones que impone? Sin duda que sí. Pues ahora bien, no necesitáis de otra cosa, por cierto, para conocer de la misma suerte cuál deba ser la conducta de los Pastores, cuando se trata de cumplir ó de quebrantar estas leyes tan sagradas. Nada os diremos acerca de la solicitud y celo con que deben difundir por todo el cuerpo de los fieles el espíritu de fe, el sentimiento de adhesion y constante fidelidad á nuestra Santa Madre la Iglesia católica, apostólica, romana: no encarecerémos tampoco la santa indignacion y profunda tristeza de que su alma debe llenarse cuando los errores, las herejías y los cismas empiezan á cundir por la sociedad, cuando doctrinas perversas empiezan á extenderse malignamente por la congregacion de los fieles, cuando el orgullo de la razon, sacudiendo las trabas que le pone la fe y queriendo sujetarlo todo á sus decisiones, declara sin disfraz una guerra sin tregua contra lo que hai de mas respetable y santo en el mundo moral, cuando inte

reses injustos, corrompiendo el corazon y haciendo morir la virtud, quieren sujetarlo todo á los goces sensibles y materiales, olvidando todo principio moral: nada os diremos de esto, porque nos hemos propuesto limitarnos al terrible caso en que la lei de los hombres contradice á la lei de la Iglesia, y en que sus Prelados, colocados entre una y otra, están en la alternativa de rehusar su obediencia á las primeras, ó de ser infieles á la segunda, y al mismo tiempo perjuros. En este caso, ¿cuál debe ser nuestra conducta? La respuesta es mui obvia. Dios ante todo: y pues no está en Dios el que no está con la Iglesia, la Iglesia santa, católica, apostólica, romana, la Iglesia verdadera, la Iglesia de Jesucristo en todo y ante todo. Esta es la lei, esta es la doctrina, esta es la fe: ó con la Iglesia, ó contra Dios. No hai medio; Jesucristo mismo lo dijo: "Gentil y publicano reputarás al que no escuche á la " Iglesia." No hai poder superior al poder de la Iglesia; porque este poder es del mismo Dios: no hai derecho superior al derecho de la Iglesia, porque este derecho es del mismo Dios: no hai lei humana superior á la lei de la Iglesia, porque esta lei es dada con autoridad divina y tiene por objeto el mas exacto cumplimiento de la lei de Dios: no hai estímulo en lo humano mas fuerte, intenso y eficaz en pro de los deberes que el de la lei eclesiástica; porque las consecuencias de su observancia ó infraccion, léjos de reducirse al sufrimiento de algun mal pasajero, léjos de circunscribirse á determinados límites y plazos fijos, ha de consistir en un premio ó pena infinita y eterna. Por esto decia Jesucristo, con el fin de afirmar mas y mas en el deber á los fieles: "No te- " máis á aquellos que matan al cuerpo, porque no alcanza su poder al " alma; sino ántes bien, temed á aquel que puede precipitar en los in- " fiernos tanto al alma como al cuerpo."

6. Véis, pues, amados hijos, cuál debe ser nuestra conducta cuando se nos instiga, ó estimula, ó amenaza para que rehusemos á la santa Iglesia esta fidelidad, sumision y obediencia que le debemos en calidad de fieles, y que además nosotros hemos jurado guardarle con el carácter de obispos. Por este motivo registramos en la historia de la religion y de la Iglesia brillantísimas páginas donde se admira ese heroismo de la fidelidad, carácter el mas ilustre que puede presentar el hombre.

7. Cuando los satélites de Antioco se esforzaban por obligar al anciano Eleazar á quebrantar la lei, haciéndole comer la carne prohibida, su resolucion heroica de sufrirlo todo ántes que cometer este pecado, los decidió á darle la muerte. Entre tanto sus amigos, condolidos del martirio que iba luego á sufrir, apelaron al reprobado medio de aconsejarle que simulase el obedecer á Antioco sin obedecerle en la realidad, fingiendo que comia, y no comiendo la carne vedada. Entónces el venerable y sapientísimo viejo les habló de esta manera: "Quiero " que se me arroje vivo al sepulcro ántes que seguir vuestro consejo;" y esforzando su voz: "no, dijo, no es digno de mi edad el fingir, ni mé " nos dar motivo á que muchos jóvenes, creyendo que Eleazar, en la " edad de noventa años ha pasado á la vida de los alienígenas, tambien " ellos, por mi fingimiento y por conservar yo este momento de vida " corruptible, sean engañados, y yo atraiga sobre mi ancianidad la in- " famia y las execraciones; porque, añadió, aunque yo en este dia me " librase de los suplicios de los hombres, de la mano del Omnipotente " no me libraré ni vivo ni muerto: por lo cual, muriendo con valor, me " mostraré digno de las canas que cubren mi cabeza, y dejaré á los jóve- " nes un ejemplo de fortaleza, sufriendo con ánimo pronto y constante " una muerte honrosa por nuestras santísimas y gravísimas leyes." Dicho esto, luego fué arrastrado al suplicio, y los que le llevaban, y que poco ántes habian sido mas suaves, se volvieron coléricos contra él á causa de las palabras que habia dicho, y que ellos miraban como de un soberbio.

6. Cuando Matatías estaba para morir, llamó á sus hijos, y temiéndolos delante de sí, les dirigió este discurso: "Sed, hijos mios, zela- " dores de la lei, y dad vuestras vidas en defensa del testamento de " vuestros padres. Acordaos de imitar las obras que ellos hicieron en " sus generaciones, y recibiréis grande gloria y un nombre eterno. " Abraham sufrió con fidelidad la tentacion, y le fué imputado este " sufrimiento á justicia. José en el tiempo de su peligro guardó el " mandamiento, y fué hecho Señor de Egipto. Finées, nuestro padre, " celando el zelo de Dios, alcanzó el testamento de un sacerdocio eter- " no. Josué, cumpliendo el encargo, fué hecho el capitan de Israél. " Caleb, dando testimonio en la congregacion del pueblo, alcanzó una " herencia. David con su misericordia, consiguió el trono del reino " para siempre. Elías, zelando el honor de la lei, fué arrebatado al " cielo. Ananías, Azarías y Misaél, creyendo, fueron librados de la lla- " ma. Daniel, en su simplicidad, se libró de la boca de los leones.... " Id discurriendo así, hijos mios, de generacion en generacion, y veréis " que todos los que esperan en Dios, no flaquean. No temais las ame- " nazas del pecador, porque su gloria es estiércol y gusanos. Hoi es " ensalzado, y mañana no se encuentra; porque se volvió á su polvo " y pereció su engreimiento. Vosotros, pues, hijos mios, esforzaos y " obrad con valor por la lei. Por ella seréis gloriosos." [1]

1 1º Machab. cap. II, vv. 42 y sig. hasta el 64.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

23. Tales eran las ideas, los sentimientos y la conducta de aquellos insignes personajes con respecto á la lei antigua. Observad ahora que las instituciones del pueblo judío, sus ceremonias, sus leyes, lo mismo que su sacerdocio, eran figurativas y proféticas, eran la representacion anticipada de la Lei evangélica y del Sacerdocio cristiano. Ahora bien, si eran tan estrechos en materia de obligaciones aquellos hombres, ¿cómo debemos serlo nosotros? He aquí por qué desde el principio del cristianismo hasta nuestros dias los eclesiásticos, y los fieles tambien, cuando penetrados de la santidad de sus deberes, se han visto en la alternativa de obsequiar la lei de los hombres, abandonando la lei de Dios ó de la Iglesia, ó al contrario, todo lo han sufrido ántes que cometer tan enorme prevaricacion. Cuando los magistrados gentiles ó judíos querian estrechar á los Apóstoles á que faltasen á sus deberes, constantemente decian que no era lícito desobedecer á Dios para obedecer á los hombres, y consecuentes con estos principios sufrian con paciencia todo linaje de persecuciones y trabajos ántes que faltar á la lei de Dios. Esta misma fué la conducta de todos esos héroes ilustres del cristianismo que prodigaron su sangre ántes que faltar á su fe y á su lei.

7. Bastan estas reflexiones, amados hijos, para que comprendais perfectamente hasta dónde llegan las obligaciones de un Pastor para con Dios y su Iglesia en consecuencia de este juramento. Él es tan solemne como sagrado: abraza todas las relaciones, todos los deberes, y norma, digámoslo así, la conducta de los Prelados, previniendo todos los casos que puedan ocurrir, á fin de que constantemente se muestren dignos del carácter que les distingue, de las altas funciones que ejercen, de la mision augusta que han recibido del mismo Jesucristo.

¡Cuán grato es para nosotros confirmar esta doctrina con los sublimes conceptos del apóstol San Pablo! Hablando á los fieles de Corinto, y refiriéndose sin duda al sacerdocio, decia de esta manera: "A nosotros nos ha de considerar el hombre como unos ministros de Cristo y dispensadores de los misterios de Dios. Esto supuesto, entre los dispensadores lo que se requiere es que sean hallados fieles."

8. Previendo el Santo Apóstol las dificultades que para observar esta conducta digna podian presentar á los fieles, por un lado las persecuciones y los tormentos, y por otro el trato y comunicacion con los enemigos de la doctrina y de la lei, los exhorta en primer lugar á sufrir con ánimo y esfuerzo las tribulaciones, las necesidades y angustias de la vida, los azotes, cárceles, &c., con pureza de intencion, con magnanimidad y mansedumbre: quiere hacerlos santamente indiferentes á las honras y deshonras, para que no menoscaben su fidelidad y rectitud ni el amor á los honores mundanos, ni el temor al desprecio del mundo: quiere despreciarlos de todo respeto humano, de ese juicio del público inspirado no pocas veces por el error, la preocupacion, el interes; de ese mentido concepto que tantas veces aprisiona los labios que han de decir la verdad, la pluma que ha de defender la justicia, los piés que han de marchar constantemente para evangelizar la paz y evangelizar el bien. "Portémonos en todas las cosas, dice, como deben portarse los ministros de Dios, con mucha paciencia en medio de tribulaciones, de necesidades, de angustias, de azotes, de cárceles, de sediciones, de trabajos, de vigilias, de ayunos; con pureza, con doctrina, con longanimidad, con mansedumbre, con *uncion* del Espíritu Santo, con caridad sincera, con palabras de verdad, con fortaleza de Dios, con las armas de la justicia *para combatir* á la diestra y á la siniestra; en medio de honras y deshonras; de infamia y de buena fama: tenidos por embaidores *ó impostores*, siendo verídicos: por desconocidos aunque muy conocidos: casi moribundos, siendo así que vivimos: como castigados, mas no muertos: como melancólicos, estando *en realidad* siempre alegres: como menesterosos, siendo así que enriquecemos á muchos: como que nada tenemos, y todo lo poseemos."

9. En este lugar del Apóstol véis, amados hijos, que un ministro de la Iglesia, un sacerdote cristiano, y con mas razon todavía un Obispo, debe tener en su ánimo una doble fuerza; la de cumplir á toda costa las obligaciones que ha contraido con Jesucristo, inculcando la verdad, fomentando la virtud, celando la lei, y la de sufrir toda clase de penas, aun la muerte misma, ántes que faltar a tan sagrados deberes. Y en cuanto á los fieles, á quienes tambien se dirige, les quiere muy adictos á sus prelados y pastores, muy exactos en el cumplimiento de sus deberes; y como nada perjudica tanto como el pernicioso ejemplo de los malos, principalmente de aquellos hombres que son contrarios á la fe y á la doctrina, y contra un mal de esta naturaleza no hai remedio mas eficaz que el retraimiento y la fuga, los exhorta vivamente á que le estén muy adictos y á que abandonen la compañía de los infieles; los reprende con una dulzura inefable, y les propone los motivos mas fuertes para que abandonen tan infame sociedad. "No están mis entrañas cerradas para vosotros, dice; las vuestras sí que lo están para mí: volvedme pues amor por amor: os hablo como á hijos mios; ensanchad tambien vosotros para mí vuestro corazon." ¡Qué lenguaje tan tierno! ¡qué celo tan santo! ¡qué caridad tan encendida! Pues, amados hijos, este es el idioma de los pastores, el de to-

dos aquellos que inspirados por el celo de la gloria de Dios y de las almas han usado constantemente con su grei. Pero escuchad todavía al apóstol San Pablo, porque va á tocar un punto de la mas alta importancia para el gobierno moral de los fieles; porque va á establecer una máxima tan evidentemente verdadera, como fecunda en aplicaciones y segura en resultados. "No queráis, les dice, uniros en yugo con los infieles. Porque, ¿qué tiene que ver la *santidad* ó justicia con la iniquidad? ¿y qué compañía puede haber entre la luz y las tinieblas? ¿ó qué concordia entre Cristo y Belial? ¿ó qué parte tiene el fiel con el infiel? ¿ó qué consonancia entre el templo de Dios y los ídolos? Porque vosotros sois templo de Dios vivo, segun aquello que dice Dios: "Habitaré dentro de ellos, y en medio de ellos andaré, y yo seré su "Dios, y ellos serán mi pueblo. Por lo cual salid vosotros de entre tales "gentes, y separaos de ellas, dice el Señor, y no tengais contacto con "la *inmundicia* ó idolatría: y yo os acogeré, y seré yo vuestro Padre, "y vosotros seréis mis hijos y mis hijas, dice el Señor Todopoderoso."

10. Mucho podriamos deciros sobre esto; mas no pasarémos adelante, porque nuestro principal objeto ha sido el daros una idea de lo que exige de los Prelados la naturaleza de las obligaciones que contraen y el estrecho vínculo del juramento que prestan ántes de recibir la consagracion. Indirectamente os hemos dicho algo de lo que á vosotros toca, porque las obligaciones del Pastor son enteramente relativas á las de la grei; sin embargo, no concluirémos esta instruccion sin deciros algo sobre la plenísima y sublime potestad que la consagracion comunica desde luego al obispo para predicar el Santo Evangelio.

Al diácono se le comunica la facultad de leer el Evangelio; pero solo al Obispo se le entrega el Evangelio mismo. ¿Por qué? Porque el Obispo le ha recibido de Jesucristo como un depósito en favor de todos los fieles; depósito que debe conservar ileso y distribuir con solicitud entre aquellos á quienes debe apacentar con la palabra divina. El Obispo ordena al diácono y le da la facultad de leer este libro sagrado; pero cuando él mismo le toma en sus manos, cuando le recita, cuando le explica, &c., &c., obra con autoridad propia, ejerce una facultad inherente al Episcopado, desempeña una mision recibida inmediatamente de Jesucristo.

Estas palabras del consagrante al consagrado: "ve y predica al pueblo encomendado á tí," son el eco sublime de aquellas que dirigió el Salvador á todo el Episcopado en la persona de sus apóstoles desde la montaña de Galilea: "Id por todo el mundo, predicad el Evangelio

"á toda creatura.... instruid á todas las gentes, enseñándolas á guar-"dar todas las cosas que os he mandado." Ahora bien, amados hijos, ¿qué importan esta accion y estas palabras? Una mision. ¿De quién se ha recibido? Del mismo Jesucristo. ¿Con qué derecho ha sido comunicada? Con el que el Hijo de Dios tenia como poseedor absoluto de todo poder en los cielos y en la tierra. ¿A quién se concedió? A los apóstoles y á todos sus sucesores en las cátedras del santuario, es decir, á todos los obispos católicos, porque ellos, y solo ellos, son los legítimos sucesores de los apóstoles. ¿Para qué fué concedida esta mision? Para enseñar, para predicar. ¿Cuáles son sus límites? Los mismos del universo. ¿Cuál es su término? El de los siglos. Es, pues, la enseñanza católica una institucion divina, una mision de Jesucristo, una autoridad dogmática y moral, un derecho exclusivo para predicar, enseñar y hacer cumplir la doctrina revelada.

Ved, pues, hermanos é hijos carísimos, el alto y profundo sentido de estas palabras del consagrante al obispo consagrado: "Ve y predícale al pueblo que se te ha encomendado." Ved cómo el derecho de predicar la doctrina es rigurosamente divino, es una emanacion del poder de Jesucristo, es claro, y por lo mismo nadie puede disputarle; es puro y simple, y por lo mismo nadie puede condicionarle, nadie tiene derecho para restringirle; es perpétuo, y por lo mismo nadie puede ponerle un término; es de Dios, y en consecuencia está fuera del poder de los hombres: podrá ser coartado como lo eran los apóstoles y los mártires; pero esta coaccion, obra material, física y de simple hecho, nada probará nunca contra el derecho, el cual subsiste en la palabra de Cristo, que no puede faltar nunca, cuenta con su asistencia y está fundada en su poder.

No nos extenderémos mas á este propósito.[1] Pero lo que llevamos dicho es mas que suficiente, carísimos hermanos, para que os forméis una idea grande y noble del Episcopado católico, del poder que le instituye, de la santidad que le consagra, del vínculo que le liga, y de la mision que le acredita suficientemente ante la fe del universo cristiano. ¿Qué os dirémos ahora, sino recomendaros mui especialmente que os portéis con vuestros pastores como Pablo el Apóstol queria que se

1 En la sexta de nuestras instrucciones pastorales á los fieles, en la cual expusimos la doctrina católica sobre la autoridad que tiene la Santa Iglesia en materia de Dogma, tratámos especialmente de la mision que Nuestro Señor Jesucristo comunicó á los apóstoles, y en ellos á todos los obispos como sus legítimos sucesores, para predicar el Evangelio. Los que quieran, pues, ver con mayor detenimiento este punto, pueden ocurrir á la citada instruccion.

portasen con él los fieles de Corinto? ¡Ah! miéntras estéis unidos estrechamente con vuestros pastores, lo estaréis con vuestra madre la Iglesia, lo estaréis con Jesucristo, con su Padre celestial, y viviréis en todo de su Espíritu divino. Miéntras séais dóciles á esta palabra de verdad que os explican ellos, á estas reglas de conducta que os prescriben, á estos empeños de virtud y de fidelidad en que os colocan, Dios nuestro Señor, que es rico en misericordias, os llenará de su luz, os dará su fuerza y apoyo, os dispensará sin medida sus gracias, y despues de haberos santificado en la tierra, os llenará de felicidad en el cielo.

DECIMANOVENA

INSTRUCCION PASTORAL.

SOBRE LA AUTORIDAD DEL OBISPO EN SU DIOCESIS.

CLEMENTE DE JESUS MUNGUIA, por la gracia de Dios y de la Santa Sede Apostólica, Obispo de Michoacan, á los fieles de su diócesis.

Carísimos hermanos é hijos:

Impuestos ya por las tres instrucciones precedentes en la doctrina sobre la institucion canónica y la consagracion de los obispos, tenéis las nociones necesarias para conocer el orígen de su autoridad en toda su extension. Ya os hemos dicho que hai dos potestades en la Iglesia; la de jurisdiccion y la de órden, y como que ésta emana de la consagracion y aquella de la institucion canónica, es claro que un obispo instituido por el Sumo Pontífice y consagrado conforme á las reglas canónicas y á las prescripciones litúrgicas, adquiere en toda su plenitud la potestad episcopal. Pero ¿en qué consiste y cuál es la extension de esta potestad, ya en lo concerniente á la jurisdiccion, ya en cuanto al ejercicio del órden? Bastantes indicaciones os hemos hecho sobre estos puntos en varias de las cartas doctrinales que os hemos enviado; pero á mayor abundamiento, y para presentar reunidos en un cuerpo los diferentes puntos que á esto conciernen, hemos querido dedicar una instruccion especialmente á daros la doctrina canónica sobre la autoridad de los obispos en su diócesis. Tal es el objeto de esta carta, en

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

que, sin embargo, nos limitarémos á daros instrucciones mui generales; porque ni exige otra cosa vuestra enseñanza, ni podriamos pasar de aquí sin ser oscuros para vosotros.

Como los objetos de la autoridad episcopal no son diversos de los de la autoridad de la Iglesia en general, de que ya os hemos hablado, ni los argumentos con que se prueba concluyentemente lo que puede un obispo, salen de otras fuentes sino de las mismas que comprueban la jurisdiccion de la Iglesia, no necesitamos por cierto haceros una demostracion particular acerca de aquello, sino solo de llamar vuestra atencion hácia los principios que ya os tenemos explicados, y partir de ellos mismos para exponeros la doctrina de la Iglesia sobre el poder que tiene y ejerce cada obispo en su respectiva diócesis. No será, por lo mismo, esta instruccion pastoral sino un recuerdo de algunas de las precedentes con su aplicacion al punto de que ahora tratamos.

I.

Despues de haberos explicado las notas de la verdadera Iglesia de Jesucristo, es decir, aquellos caracteres que la son esenciales y bastan para no confundirla con ninguna de las sectas que malamente se han querido llamar iglesias, conviene á saber, el ser una, santa, católica y apostólica, os demostrámos que la Iglesia es una verdadera sociedad, cuyos miembros son todos los fieles, relacionados íntimamente por los vínculos de la fe, la esperanza y la caridad, cuyas leyes son el Decálogo y todas las otras que ha dado la Iglesia y cuya autoridad es el Sumo Pontífice para toda la Iglesia universal, y los obispos todos para sus respectivas diócesis ó iglesias particulares.

Ahora bien: todos los caracteres constitutivos de una sociedad se encuentran en cada diócesis bajo la dependencia de la santa Iglesia romana; esto es: reunion de individuos, relaciones mutuas, leyes y autoridad. Los individuos son los fieles de la respectiva diócesis, sus relaciones las mismas que las de todos los fieles cristianos, sus leyes el Decálogo, las generales de la Iglesia y las particulares de la diócesis, su autoridad es el obispo diocesano. Os hemos dicho que este carácter social aparece en todo obispado bajo su dependencia de la Iglesia romana: en primer lugar, porque el Sumo Pontífice en virtud del primado ejerce una jurisdiccion en toda la Iglesia, y por consiguiente, cada obispo gobierna con sujecion al Papa; en segundo lugar, porque las leyes dadas por los concilios generales y por los Sumos Pontífices obligan á todas las iglesias, y el obispo de cada una tiene la jurisdiccion necesaria para hacerlas observar; y por último, para que véais de qué manera cada diócesis presenta una especie de sociedad completa en cuanto su régimen interior, sin dejar por esto de formar parte de la sociedad inmensa de la Iglesia católica.

Infiérese de aquí que una diócesis particular, aunque puede llamarse y es de facto una sociedad, no es la Iglesia toda, y por lo mismo, no pueden aplicársele aquellas cosas que tocan á la Iglesia universal, sino solo en aquellos casos en que tratándose de puntos concernientes á la Iglesia universal, se invocan los principios canónicos para defenderlos contra cualquier ataque, aun cuando se trate de la Iglesia universal. Así, por ejemplo, no puede decirse nunca que una diócesis es soberana é independiente respecto de Roma; porque todas son súbditas de aquella Iglesia Madre, y todas reciben su vida del Sucesor de San Pedro: pero cuando un poder extraño á la potestad eclesiástica quiere limitar ó destruir la accion administrativa ó gubernativa de los obispos en sus respectivas diócesis, ellos pueden apoyarse en la independencia y soberanía de la Iglesia católica para la debida defensa; porque aun cuando se trate de una iglesia particular, en ella está representada la Iglesia universal cuando se trata de la defensa de sus principios canónicos.

II.

Como el objeto de las leyes es la conservacion del órden, y la Iglesia por su objeto espiritual gobierna la conciencia, así como por su carácter social rige la conducta exterior y pública en lo relativo á sus objetos, os manifestámos en la quinta instruccion que la accion de la Iglesia, y por consiguiente sus leyes, su ministerio y su gobierno, se versan en el fuero interno de la conciencia, en el externo de la conducta de los fieles en sus relaciones espirituales, y en el público de la sociedad eclesiástica.

La aplicacion de este principio sigue en todo y por todo á la gerarquía eclesiástica. Ya os hemos dicho lo que puede el Sumo Pontífice en toda la Iglesia por causa de su primado de honor y jurisdiccion, y ahora os dirémos que cada obispo en su diócesis tiene un poder ordinario y otro delegado por Su Santidad para el gobierno de su Iglesia, y por consiguiente, preside al órden interno, externo y público de su diócesis con el poder que le corresponde como obispo, y con el que el Sumo Pontífice tiene á bien delegarle en fuerza de su primado. La con-

ciencia, pues, de todos los fieles de cada diócesis, su conducta cristiana y el órden social ó público de la diócesis, están sujetas al obispo, el cual, como verémos adelante, provee á todos los pueblos de párrocos y ministros, dándoles la respectiva autorizacion.

III.

En la sexta, sétima y octava instruccion os hablamos de los tres grandes objetos de la autoridad eclesiástica, que son el dogma, la moral y la disciplina. Estas tres cosas forman, pues, en cada diócesis el total objeto de la autoridad del obispo, siempre con sujecion al Romano Pontífice. Es, pues, el dogma católico un objeto de la autoridad episcopal; mas no para definirle, no para dar decretos de fe, cosa que corresponde solo al Sumo Pontífice y á los concilios generales, sino para extenderle con la predicacion, defenderle con la doctrina, conservarle con la autoridad. La autoridad moral del obispo es para proveer en todo á la observancia de la ley de Dios y de los preceptos de la Iglesia, ya vigilando sobre las costumbres, ya cuidando de reformarlas cuando se aparten de los principios de la moral, ya finalmente proveyendo á los pueblos de sacerdotes autorizados para que administren los santos sacramentos. Entra la disciplina en el número de los objetos de la autoridad episcopal, y por esto los obispos en sus diócesis tienen todo el poder necesario para dar leyes y decretos, dictar providencias y emplear medidas concernientes á la observancia de la disciplina general de la Iglesia y la particular de su diócesis, cuidar del culto, administrar las rentas, defender las inmunidades, y tambien de conocer en todas las causas eclesiásticas por su objeto ó por las personas de los clérigos.

IV.

Estas ideas generales bastan, amados hijos, para que apliquéis por vosotros mismos la doctrina que os hemos dado acerca de la autoridad de la Iglesia en general, á la que tiene cada uno de los obispos en su diócesis respectiva; basta para que sepáis que la dignidad episcopal ocupa el primer lugar en la gerarquía, y por lo mismo, que el obispo es superior á los presbíteros y demas ministros inferiores en órden. Sin embargo, como hemos tocado á propósito del obispo la doble potestad

que ejerce, una que proviene de su institucion canónica, y otra de la consagracion que recibe, nos parece muy conveniente descender de estas indicaciones, que miran á la plenitud de su potestad, á las particulares que consideran distintamente la jurisdiccion y el órden. En una de nuestras pastorales precedentes os hablamos de esta doble potestad que hai en la Iglesia, manifestando el orígen de cada una y señalando en seguida sus mutuas diferencias: no tenemos por lo mismo que hacer en esta instruccion sino solo una cosa, decir cuáles son las funciones propias del órden episcopal y de la jurisdiccion del obispo en su diócesis.

Comenzando por la potestad de órden, excusado nos parece advertiros que el obispo lo puede todo en esta línea: porque, no pudiendo ascender al episcopado sino el presbítero, ni al presbiterado sino el diácono, ni al diaconado sino el subdiácono, ni al subdiaconado sino el minorista de todos órdenes, es claro clarísimo que el obispo tiene todos los órdenes, y además el suyo, fuera del cual no hay otro, y por esto se dice con tanta verdad que el episcopado es la plenitud del sacerdocio. Los obispos son los sucesores de los apóstoles, y en clase de tales tienen la misma potestad de órden que ellos, son superiores á los presbíteros, &c. El santo Concilio de Trento confirma este concepto cuando dice en la sesion 23, capítulo IV, que "además de los " otros grados eclesiásticos, pertenecen en primer lugar á este órden " gerárquico los obispos, que han sucedido en lugar á los apóstoles, " que están puestos por el Espíritu Santo, como dice el mismo Apóstol " (San Pablo), para gobernar la Iglesia de Dios; que son superiores " á los presbíteros; que confieren el sacramento de la Confirmacion; " que ordenan los ministros de la Iglesia, y pueden ejecutar otras mu- " chas cosas, en cuyas funciones no tienen potestad alguna los demas " ministros de órden inferior."

Vés, pues, amados hijos, cómo el obispo en virtud de la potestad de órden que recibe cuando es consagrado, administra el sacramento del Orden y el de la Confirmacion, y además ejerce otras varias funciones, por derecho propio, que no pueden ejercer los presbíteros. ¿Cuáles son estas funciones? Las consagraciones del crisma, del oleo, de las iglesias, de los altares, de las aras, de los vasos sagrados y de las campanas, la de los reyes y vírgenes dedicadas á Dios, la reconciliacion de las iglesias consagradas que han llegado á violarse.

Verdad es que algunas de estas funciones, donde no se administra sacramento, no pertenecen al órden episcopal por Derecho divino; pero sí le pertenecen por Derecho eclesiástico, y aunque, absolutamente

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®

hablando, pudiera el Sumo Pontífice, en virtud de su primado, y cediendo á la necesidad, encargar á los presbíteros alguna de ellas; pero esto no destruye la regla, y por consiguiente subsiste en todo y por todo la doctrina de que esta potestad pertenece por derecho comun al órden episcopal.

Tambien es cierto que algunas veces, aunque mui raras, en fuerza de una estrechísima necesidad, á que de otro modo no puede atenderse, suele encomendar el Romano Pontífice á simples presbíteros la administracion del sacramento de la Confirmacion; pero esto no quita en manera alguna la verdad dogmática de que el obispo es el ministro ordinario del sacramento de la Confirmacion, y por consiguiente, que la administracion de éste es inherente al episcopado. Si el Sumo Pontífice acude á la necesidad, autorizando á los presbíteros para confirmar, "esto proviene, observa mui á propósito un canonista de nuestros " dias, de que, en cuanto Vicario de Jesucristo y Gefe supremo de la " Iglesia, le corresponde la facultad de interpretar el Derecho divino, " y declarar por consiguiente, que en ciertos casos extraordinarios " de gravísima necesidad cesa la obligacion de su observancia." [1]

Pero sea de esto lo que fuere, hai un sacramento que solo administra el obispo, que jamas ha administrado otro fuera de Jesucristo, que ni le podria tampoco administrar en ningun caso. ¿Cuál? El del órden episcopal, el órden sacerdotal y el órden del diaconado. En este punto la regla es absoluta, la facultad es esencial, el poder exclusivo. Bien se concibe, amados hijos, cómo un sacerdote pueda ejercer ciertas funciones, aun cuando sean propias del órden episcopal: la dignidad del sacerdote es altísima, por cierto, y con decir que el sacerdote consagra el Cuerpo y Sangre de Jesucristo y perdona los pecados, no seria de extrañar que en casos extraordinarísimos administrase á los fieles el sacramento de la Confirmacion ó ejerciese alguna otra de las funciones que el Derecho eclesiástico ha reservado á solos los obispos. Pero que un sacerdote ordene á otro sacerdote ó á un diácono, y mucho ménos que consagre á un obispo, esta es una cosa que, supuesta la gerarquía de órden, no podrá esplicarse.

¡Y qué otra cosa se necesita para reconocer toda la excelencia del órden episcopal! Oigamos á este propósito lo que se lée en el compendio de un célebre canonista. "El obispado es el manantial de todo el " poder y de todos los derechos anexos al sacerdocio. Los órdenes me- " nores, sin exceptuar el presbiterado, no son mas que unos arroyue- " los. Cuando el obispo ordena presbíteros ó diáconos, les confia una

1 Donoso. Inst. de Derecho canónico americano. Lib. 2, cap. VI, art. 2.

" parte de su poder; pero se reserva en sí, digámoslo así, la soberanía. " El sacerdote puede engendrar hijos á la Iglesia por medio del sa- " cramento del Bautismo, pero no puede darles la perfeccion del cris- " tianismo: puede perdonar los pecados, mas su poder es limitado, se- " gun y como le agrada al obispo el limitarlo: puede sacrificar, pero " no es sino con una total dependencia en cuanto al tiempo, al lugar " y á los casos necesarios para este divino ministerio: no anuncia el " Evangelio sino por comision; no puede hacer que pase á otro su au- " toridad: su dignidad es grande, pero es estéril. Al contrario el obispo, " tiene la independencia de este divino poder, como verdadero es- " poso de la Iglesia, la engendra hijos y los perfecciona por la con- " firmacion: sacrifica en los altares que él mismo ha consagrado; anun- " cia la palabra de Dios y perdona los pecados como un dispensador " soberano; su poder es fecundo, y se extiende á aquellos á quienes " quiere asociar á su ministerio.

"El obispo no solamente participa de la fecundidad del Pontífice " eterno, ordenando presbíteros y diáconos, sino tambien ordenando " obispos, como nuevos apóstoles. ¿Y hai cosa mas noble que el po- " der, sin perder nada de su potestad, comunicarla toda entera y con " su fecundidad?

"Estas son aquellas prerogativas que hacian decir á los primeros " cristianos, que el sacerdocio pertenece á los presbíteros ó sacerdo- " tes; pero que la dignidad real del sacerdocio pertenece al obispo." [1]

V.

Basta lo dicho á propósito de la potestad de órden. Vengamos á la de jurisdiccion, sobre la cual ya os dijimos en otra parte las nociones generales. Tambien os dijimos y hemos repetido aquí que hai una jurisdiccion interna que rige la conciencia de los fieles y se ejerce enseñando, amonestando, corrigiendo, administrando los sacramentos, absolviendo de las censuras, &c., y otra que afecta el órden exterior y público de la sociedad eclesiástica. La primera es un derecho incontestable del obispo; pues nadie podria poner en duda su jurisdiccion en el fuero interno, sin trastornar absolutamente los principios todos. El ejemplo de los apóstoles y los monumentos de la historia eclesiástica, donde vemos á los obispos, no solamente ejerciendo las funcio-

1 Arrilaga y Soria. Compendio de la disciplina antigua y moderna de la Iglesia, sacado de la obra del P. Tomasino. Part. I, cap. I, párr. 1.

nes propias de su órden, sino las del presbiterado, como bautizar, confesar, administrar la Eucaristía y Extrema-Uncion, &c., &c., nos excusa de entrar en pormenores sobre este punto que todo el mundo comprende á primera vista.

La jurisdiccion externa tiene por objeto atender á todas las necesidades propias de la diócesis en cuanto que es, segun ya os hemos dicho, una verdadera sociedad, y por lo mismo con gobierno y administracion. Siendo tan grande la extension que abraza esta idea general, mui difícil fuera por cierto, por no decir imposible, pormenorizar en una instruccion tan breve como las que os estamos dando, todos los objetos particulares á que el obispo tiene el derecho y la obligacion de atender; pero sí os dirémos lo que baste para que os forméis una idea general sobre estos objetos mismos.

Están sujetas al obispo, en lo relativo á su gobierno propio, las personas y las cosas de la diócesis que le está encomendada. Entre las primeras hai dos clases como ya lo sabéis, la de los sacerdotes y ministros y la de los simples fieles. La jurisdiccion del obispo sobre los primeros comienza desde el acto mismo en que se ordenan, y continúa en toda su carrera eclesiástica. Corresponde al obispo admitir á ordenes á todos los fieles que, segun su conciencia, merezcan ascender á esta dignidad y sean necesarios para los beneficios, ministerios y oficios que los eclesiásticos están llamados á desempeñar, ó desecharlos cuando, segun su conciencia, sean indignos para no hacerse reos de su sacerdocio, segun la sentencia de San Pablo. Los que han recibido los órdenes deben obediencia á su obispo, como se lo prometen desde que ascienden al sacerdocio, y en consecuencia tienen obligacion de estar en el lugar que se les asigne, desempeñar los oficios en que se les emplee, y sujetarse á las reglas de conducta prescritas por los cánones y ordenanzas diocesanas. Corresponde al obispo el derecho de dar los beneficios eclesiásticos é instituir canónicamente á los beneficiados que los hubiesen obtenido. Corresponde al obispo dar ó negar su aprobacion á los sacerdotes y ministros para las funciones respectivas á cada órden. Corresponde al obispo imponer censuras con arreglo á los cánones cuando la necesidad lo exige, ó absolver de ellas y de las otras penas canónicas, expedir leyes y preceptos en materias de disciplina particular, dispensar de ellos y tambien de algunas prohibiciones generales, ya por derecho propio, ya como delegado de la silla apostólica.

Los simples fieles tienen tambien obligacion de obedecer al obispo, en todo lo concerniente á su ministerio y su autoridad episcopal: doctrina bastante clara, bastante accesible para todos, y que por misericordia de Dios no necesita de pruebas en un pueblo tan católico como el nuestro.

Pasando de las personas á las cosas, los obispos tienen jurisdiccion sobre las iglesias todas de su diócesis que no se hallen especialmente exceptuadas por algun privilegio canónico, sobre los conventos de religiosas que no estén bajo el gobierno de los regulares, sobre las obras piadosas y religiosas, sobre las rentas eclesiásticas; y en muchos casos tambien ejercen jurisdiccion sobre las iglesias y comunidades exentas, como delegados de la silla apostólica. La visita de todas las iglesias de la diócesis, es no solo un derecho propio, sino tambien una obligacion estrecha de los obispos, para la averiguacion, correccion y reforma de todos los abusos introducidos, todas las faltas cometidas por aquellos á quienes corresponde la enseñanza, la administracion de los sacramentos y el manejo de las obras pías y otras rentas eclesiásticas.

Fuera de las especies de jurisdiccion que hasta aquí hemos tocado, hai otra de mayor interes para la Iglesia y corresponde tambien á los obispos en sus diócesis. ¿Cuál es ésta? La jurisdiccion contenciosa, es decir, aquella que se versa en los negocios judiciales, ya se trate del castigo de los delincuentes, ya se trate de las exigencias de la justicia de cada uno. Esta jurisdiccion pueden ejercerla los obispos, ya por sí, ya por medio de eclesiásticos idóneos y autorizados para el caso, que ordinariamente llevan el nombre de Vicarios. Estos vicarios, que pueden ser uno ó mas, tienen todas las facultades que el obispo quiera conferirles, y duran en el ejercicio de estos empleos el tiempo que el obispo tenga por conveniente. Estos altos funcionarios de la Iglesia llevan un título análogo á su empleo: el que desempeña el encargo de juez en asuntos criminales y no criminales del órden eclesiástico y tiene encargo de vigilar inmediatamente sobre la conducta del clero y atender á otros negocios que el obispo le confia, se llama Vicario general y Provisor: el que está encargado del cumplimiento de las últimas voluntades piadosas, de fijar el derecho personal en las capellanías y de cuidar de que se administren las obras pías, lleva el nombre de Juez de testamentos, capellanías y obras pías, y así respectivamente de los demas.

VI.

No pasarémos adelante; porque teniendo la mira de daros, no una instruccion plena sobre los derechos y deberes de los obispos, objeto

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

vastísimo para la ciencia, y que ha dado á los escritores canonistas materia suficiente para llenar volúmenes enteros, sino una simple noticia, cuanto basta en clase de instruccion doctrinal, cual puede y debe darse á los simples fieles, creemos haberos dicho lo necesario para que podáis formaros una idea del carácter, objetos y extension de la potestad propia del obispo en su diócesis, de la independencia en que se halla de toda otra potestad que no sea la canónica, en el ejercicio de su órden y de su jurisdiccion, para que, cuando personas ménos instruidas ó ménos rectas propalen algunas especies contrarias á esta potestad y jurisdiccion del obispo, no os dejéis engañar con sus falsos raciocinios, estudiadas frases y afectado zelo; sino que los desechéis sin escucharlos, fijándoos tan solo en los documentos que os acabamos de dar. ¡Ojalá, hermanos é hijos carísimos, no llegue jamas el caso para vosotros de necesitar de esta doctrina con tal objeto, sino que ella sirva para ilustrar vuestra razon en tan importante materia, para que déis gloria á Dios, obedeciendo á nuestro Señor Jesucristo en la persona de estos sucesores de los apostóles, de estos enviados suyos para regir y gobernar su Iglesia, como dice San Pablo. De esta suerte, léjos de tener que lamentar el que la zizaña maldita se mezcle con la sana miés, quedarémos edificados del respeto, de la veneracion y obediencia que tengáis á vuestros pastores.

VIGESIMA

INSTRUCCION PASTORAL.

SOBRE LOS ORDENES MENORES Y MAYORES QUE HAI EN LA IGLESIA.

CLEMENTE DE JESUS MUNGUIA, por la gracia de Dios y de la Santa Sede Apostólica, Obispo de Michoacan, á los fieles de su diócesis.

Carísimos hermanos é hijos:

En la décimatercia de nuestras instrucciones pastorales os hablamos de la existencia, necesidad y orígen divino de la gerarquía eclesiástica: os manifestámos que sus tres clases generales están representadas por los obispos, que constituyen la primera; los presbíteros, que forman la segunda, y los ministros, de que se compone la tercera. Las siguientes instrucciones no han tenido mas objeto que el desarrollo doctrinal del primer grado de la gerarquía, y por lo mismo os hablamos en seguida del Primado de honor y jurisdiccion que Jesucristo nuestro Señor concedió á San Pedro sobre los otros Apóstoles, y en esta verdad fundamental, así como en el hecho incontestable de que el Romano Pontífice es el sucesor de San Pedro, fundámos el derecho del Primado pontificio y expusimos en qué consiste este Primado, qué atribuciones abraza y cómo es ejercido en toda la Iglesia católica. Pasámos de aquí á tratar del Episcopado considerado bajo sus puntos de vista mas generales, y queriendo aproximar un poco mas el objeto á vuestra consideracion, os trasladámos al templo á presenciar la augusta ceremonia de

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

la consagracion de un obispo, llamámos especialmente vuestra atencion hácia el juramento de fidelidad que á la santa Iglesia presta en las manos del Consagrante, ántes de ser consagrado, y concluímos nuestra instruccion respecto de este grado de la guerarquía eclesiástica, dándoos una sucinta idea de la autoridad que ejerce cada obispo en sus diócesis.

2. Es tiempo de pasar á los otros grados de la gerarquía eclesiásticas, dándoos á conocer distinta y separadamente cada uno de los órdenes que les consagran, la potestad que abrazan y las funciones diversas que son llamados á ejercer en la Iglesia.

I.

3. Lo primero que debemos recordaros á este propósito es, que el órden sacro es uno de los siete sacramentos instituidos por Jesucristo nuestro Señor, para conferir, por medio de ministros debidamente autorizados, las gracias que vino á traer á la tierra. Es pues el órden, considerado en general, un Sacramento de la nueva lei, por el cual se comunica potestad espiritual y se confiere gracia para ejercer debidamente los oficios eclesiásticos. Siendo diversos los oficios que el órden, considerado en general, comprende, claro es que debe haber, como hai de facto, diferentes órdenes en la Iglesia, los cuales constituyen además ciertos grados por donde se va pasando hasta llegar á recibir el presbiterado.

4. Despues de todas las preparaciones espirituales conducentes á probar la vocacion para el estado eclesiástico, se confiere al presentado la primera tonsura clerical, la cual consiste en la solemnidad con que, mediante ciertas ceremonias practicadas por el Obispo, pasa una persona del comun de los fieles al cuerpo del clero. Verificase esta ceremonia cortando el Obispo los cabellos del ordenando, vistiéndole de la sobrepelliz, con lo cual le despoja del hábito seglar para cubrirle con el vestido esclesiástico, y amonestándole sobre los deberes que contrae con la Iglesia por el solo hecho de hacerse clérigo.

5. Siete son los órdenes que el clérigo recibe, y de estos, cuatro se llaman *menores*, y tres *mayores ó sagrados*.

6. Los menores, que ciertamente no son sacramento, son el *Hostiariado*, el *Lectorado*, el *Exorcistado* y el *Acolitado*. En el primero, llamado así de *hostium*, que significa puerta, se recibe del Obispo, mediante la tradicion de las llaves, que toca el ordenando con su mano

derecha, la facultad de abrir y cerrar las puertas de la Iglesia, cuidando de las cosas que en ella se contienen. El *Lectorado*, llamado así, porque es la facultad de leer los salmos y lecciones en el púlpito y de catequizar al pueblo instruyéndole en la doctrina de la fe, se recibe despues con la entrega que hace el Obispo del Libro, que debe tocar el ordenando con la mano derecha, mientras aquel pronuncia las palabras consiguientes á la facultad que comunica. Sigue á este órden el *Exorcistado* con el cual se recibe la facultad de arrojar al demonio por medio de los exorcismos, cuyo libro debe tocar el ordenando del mismo modo. El último de los órdenes menores es el *Acolitado*, el mas excelente de todos, y se confiere entregando el Obispo al ordenando, y tocando éste, el candelero con la vela apagada; y despues la vinagera vacía. La entrega de estas cosas significa los oficios propios de este órden, que son: servir al altar portando las velas encendidas y presentando el vino y el agua para el sacrificio.

7. En otros tiempos se ejercian estos órdenes durante considerables trascursos, así para que todo el servicio de la Iglesia estuviese desempeñado por eclesiásticos, como para que los que recibiesen el órden presbiteral hubiesen pasado ántes por el ejercicio gradual de todos los ministerios que á él preceden, tuviesen una mejor preparacion espiritual, mediante los hábitos contraidos en tan santas ocupaciones, y adquiriesen una larga y bien formada práctica, tan útil para desempeñar mejor los órdenes mayores como para cuidar despues mas eficazmente del buen servicio de la Iglesia y fiel observancia de las ceremonias sagradas. Así es que el Hostiario guardaba las llaves y cuidaba la puerta del templo, á fin de impedir que entrasen en él los infieles y excomulgados; cuidaba que durante el santo sacrificio de la misa nadie se acercase al altar, sino el tiempo mui preciso, retirándose luego, para no estorbar las funciones del sacerdote. De la misma manera sucedia con los otros órdenes menores: el lector se ocupaba en leer clara y distintamente al pueblo los Sagrados Libros y dar á los ignorantes las instrucciones ó primeros rudimentos de la religion cristiana: los exorcistas exorcizaban conforme á su oficio; y por último, los acólitos acompañaban al sacerdote, diácono y subdiácono en el ministerio de los altares, en los términos que se ha dicho.

8. Habiendo comenzado á decaer esta importantísima y laudable práctica en la Iglesia, el Santo Concilio de Trento dedicó á su restauracion dos capítulos de la sesion 23 sobre la reforma, mandando en uno de ellos, que es el XI, que se confieran gradualmente los órdenes menores, pasándose del uno al otro despues de ejercitarse, á voluntad

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

del obispo, en el que ya se tiene, y previniendo en el otro, que es el XVII, que los ordenados de menores ejerzan las funciones propias de sus órdenes en las respectivas Iglesias, "con el fin, dice este sagrado código, de que no las desacrediten los herejes, notándolas de superfluas." Mas por una desgracia mui lamentable, hija, no del desentendimiento de los Prelados, sino de la escasez del clero, estando ya mui reducido el número de los que se dedican al santo ministerio, no se ha podido lograr la exacta y comun observancia de tan laudable disposicion, haciendo que el servicio del altar sea desempeñado por eclesiásticos menoristas.

9. Acaso mas tarde tendrémos el consuelo de ver restablecida esta disciplina en nuestra diócesis, logrando que sus mas notables Iglesias sean servidas en las funciones del acolitado por eclesiásticos. Mas la dificultad que para esto se ha pulsado, en nada mengua la importancia de la institucion, y por lo mismo, amados hijos, hemos querido hablaros de estos cuatro órdenes menores, así para daroslos á conocer, como para que comprendáis mejor el espíritu y la sabiduría de la Iglesia en la formacion de sus dignos ministros.

II.

10. A los órdenes menores siguen los mayores ó sagrados, que son tres, conviene á saber: el *Subdiaconado*, el *Diaconado* y el *Presbiterado*. Es oficio propio del subdiácono, como su mismo nombre lo indica, servir al diácono en el altar: lo que verifica previniendo las cosas necesarias para el sacrificio y dándolas al diácono: ministra tambien al que celebra la misa agua para las manos, y canta solemnemente la epístola en ella. El órden del Subdiaconado trae consigo la lei de castidad perpétua, cuyo voto se amonesta y exige por el obispo al tiempo de conferirle. Hace por lo mismo á los ordenandos las debidas advertencias, y concluye manifestándoles la plena libertad en que se hallan, para que se retiren si no se sienten capaces de cumplir este voto, guardando perpétua castidad. La permanencia de los amonestados despues de esta advertencia, equivale á la aceptacion del requisito. Entónces, postrados en tierra todos los ordenandos, reza el Obispo las Letanías de los Santos, para implorar el auxilio del cielo, y las concluye haciendo tres cruces sobre los ordenandos, en la primera de las cuales pide para ellos la bendicion, en la segunda la santificacion y en la tercera la consagracion al Dueño único y Dispensador supremo de la gracia: ceremonia

que, como habéis visto, se observa en la consagracion del Obispo, y que tiene lugar tambien en la ordenacion de los diáconos y de los presbíteros.

11. Concluido esto, el ordenando recibe del Obispo el cáliz y la sagrada patena, y del Arcediano las vinajeras con vino juntamente con una palangana y una toalla, y á esta sazon el Obispo dice á todos los que se ordenan: *Considerad el ministerio que se os entrega: por tanto, os amonesto que os portéis de manera que podáis agradar á Dios.* Reza en seguida las oraciones propias de la Iglesia, pone al subdiácono las sagradas vestiduras propias de su órden, pronunciando en cada una las respectivas palabras, y concluye entregándole el libro de las Epístolas, y diciendo al tiempo de tocarle con su mano derecha el ordenando: *Recibe el libro de las Epístolas y la potestad de leerlas en la Santa Iglesia de Dios, así por los vivos como por los difuntos.*

III.

12. El segundo de los órdenes sagrados, y que sigue al precedente, es el *Diaconado*, cuyo ministerio abraza mas objetos y ha sido constantemente reputado en la Iglesia por mas santo que el precedente: porque á él pertenece, como advierte á este propósito el Catecismo del Santo Concilio de Trento, "seguir perpetuamente al Obispo, guar-" darle cuando está predicando, y asistirle, como tambien al sacerdo-" te, cuando celebra ó administra otros sacramentos, y cantar el Evan-" gelio en el sacrificio de la misa. Antiguamente excitaba muchas " veces á los fieles para que estuviesen atentos al sacrificio de la mi-" sa. Administraba tambien la Sangre del Señor en aquellas Iglesias " donde era costumbre comulgar en ambas especies los fieles. Esta-" ba además de esto cometida al diácono la distribucion de los bienes " eclesiásticos, para que proveyese á cada uno de lo necesario para su " sustento."

13. "Asimismo pertenece al diácono (que es como los ojos del " Obispo) rastrear quiénes viven en la ciudad piadosa y cristianamen-" te, y quiénes al contrario: quiénes asistan y quiénes falten en los " tiempos debidos á la misa y sermon, para que, dando cuenta de to-" do al Obispo, pueda éste exhortar y amonestar á cada uno en secre-" to, ó corregirle y reprenderle en público, segun entendiere ser mas " provechoso. Debe tambien recontar los nombres de los catecúme-

" nos y presentar al Obispo los que han de ser ordenados. Puede tam-
" bien explicar el Evangelio en ausencia del Obispo y del Sacerdote;
" mas no desde el púlpito, porque se entienda que esta no es accion
" propia de su oficio."

14. "Cuán grande deba ser el cuidado que se ponga en que nin-
" guno indigno de estas funciones sea promovido á este órden sagra-
" do, bastante lo manifestó el Apóstol, cuando inculcó á Timoteo cuá-
" les debian ser las costumbres, la virtud y la integridad de un diáco-
" no. Bastante lo declaran tambien los ritos y solemnes ceremonias
" con que le consagra el Obispo: porque usa para ello de mas oracio-
" nes y mas santas que en la ordenacion del subdiácono, y añade otros
" ornamentos de vestiduras sagradas. Tambien le impone las manos,
" como leemos que lo hicieron los Apóstoles cuando instituyeron á los
" primeros diáconos, y por último le entrega el Libro de los Evange-
" lios, diciéndole: *Recibe la potestad de cantar el Evangelio en la Igle-
" sia de Dios, así por los vivos como por los difuntos, en el nombre del
" Señor.*"

IV.

15. Las breves explicaciones que os hemos hecho, hermanos é hijos carísimos, para daros á conocer, así la primera clerical tonsura y los cuatro órdenes menores, como el subdiaconado y diaconado, que son los dos primeros de los tres órdenes mayores ó sagrados, nos parecen la mejor preparacion que pudiéramos daros para que escuchéis con mayor provecho la doctrina del sacerdocio, y os forméis una idea bastante digna de esta institucion augusta que con tantas luces resplandece en la Iglesia de Dios. En efecto, viendo cómo esta santa Madre va preparando y disponiendo á los que han de ejercer en ella el mas elevado y augusto de todos los ministerios y observando las reglas internas y externas que tiene prescritas para probar la vocacion de cada uno, concebimos una idea exactísima del valor moral de una institucion tan sublime. Las prácticas piadosas con que prepara el primero y simple hecho de recibir á uno de los fieles en el cuerpo del clero; la solemne ceremonia con que le desnuda del hábito del siglo, y le inscribe como la heredad del Señor en el número de los clérigos, y le reviste del ropaje propio para distinguirle de los seculares y apartarle de la vida del siglo; el privilegio del fuero que le otorga y los requisitos á que sujeta su goce; los órdenes menores, que haciéndole

pasar por una sapientísima escala de oficios, desde las puertas mismas del templo, donde coloca el primer órden, hasta el mismo altar del sacrificio, donde distribuye á los acólitos; el Subdiaconado que, presuponiendo el voto de castidad perpetua, separa en todo sentido del siglo á quien recibe ya un órden sagrado; el Diaconado con la mayor dignidad y santidad de sus funciones; las sagradas vestiduras que son ya, digámoslo así, el distintivo característico y real de los que asisten en la tierra á la corte del Rei Eterno: ¡qué carrera tan sábiamente dispuesta, tan santamente sostenida, tan celosamente cuidada! ¡qué órden tan maravilloso! ¡qué preparacion tan digna! ¿Dónde está la institucion puramente humana, por admirable y sábia que parezca, la cual pueda ser comparada con esta maravillosa economía de la Iglesia católica en la colacion y en el ejercicio del órden eclesiástico? Vengámos pues al conjunto en donde todo viene á tocar á su plenitud, al Sacerdocio de la nueva lei.

16. Dos maneras hai de sacerdocio, interno y externo: el primero de ellos está representado en todos los fieles bautizados y principalmente los justos; pues todos los fieles bautizados son miembros del Cuerpo místico de Jesucristo, y los justos, mediante la fe inflamada por la caridad, ofrecen á Dios una hostia espiritual en el altar de su corazon. En este sentido dice el Apocalipsis que *Cristo nos hizo reino y sacerdotes para Dios y su Padre:* en este sentido decia el Príncipe de los Apóstoles á los fieles: *Vosotros como piedras vivas sois edificados casa espiritual y sacerdocio santo.*

17. Pero no hablamos aquí del sacerdocio interno, sino del externo, conviene á saber, de aquel que se confiere por medio del órden sacro á los que, habiendo pasado ya por todos los otros órdenes inferiores, son consagrados presbíteros, ú obispos sobre ser ya presbíteros; pues que uno mismo es el sacerdocio, y el Presbiterado y Episcopado no son sino dos grados suyos. El sacerdocio externo de Cristo estaba proféticamente representado en el de la antigua lei. Aaron era Sumo Sacerdote, y toda la tribu de Leví estaba elegida y especialmente consagrada para las funciones sacerdotales. Mas, todo lo que excede y sobrepuja la realidad á la figura, el cuerpo á la sombra, lo representado á la representacion misma, todo esto tiene de mas grande, de mas excelso, sublime y santo el sacerdocio de Cristo sobre el sacerdocio de la lei antigua.

18. El oficio del Sacerdote, como lo dan bastante á entender los ritos y ceremonias de su consagracion, es ofrecer el Sacrificio augusto, consagrar y distribuir el Cuerpo de Cristo, y administrar los Santos

Sacramentos. El Obispo, para conferir este órden, hace á los que deben recibirle una exhortacion llena de doctrina y de piedad. Comienza exhortándolos á empeñarse todos en ejercer dignamente un órden que les comunica la potestad de *ofrecer, bendecir, presidir, predicar y bautizar;* manifiéstales el grande temor con que deben llegarse á tan sublime grado, y el exquisito esmero con que han de procurar hacerse recomendables por la sabiduría celestial, la integridad de las costumbres y la observancia constante de la justicia: recuérdales el sacerdocio antiguo, y aquellos setenta ancianos que figuraban á los presbíteros de la Lei nueva, que habian de representar en sus costumbres y en su doctrina, la prudencia, la madurez y el grave consejo de la ancianidad: anúnciales que van á ser del gremio de aquellos setenta y dos discípulos elegidos por el mismo Jesucristo Señor nuestro para que fuesen á predicar, de dos en dos, el Santo Evangelio, á fin de que los ministros de su Iglesia, comprendiesen por aquí que sus palabras y sus ejemplos debieran de ser para todos los fieles una escuela viva de fe y de perfeccion. Pasa de aquí á manifestarles el órden con que la Santa Iglesia tiene distribuido su ministerio, y cómo los Pontífices, los Presbíteros, los Diáconos y Subdiáconos, &c., forman un solo Cuerpo de Cristo, y saca de aquí un argumento fortísimo para persuadirles la necesidad estrecha que tienen de guardar una vida casta y santa, para honrar tan alto ministerio: quiere que conozcan bien lo que ejercitan, é imiten con sus costumbres lo que tratan; que celebrando el misterio de la muerte de Cristo, busquen en la mortificacion de los sentidos un valladar inexpugnable contra los ataques de la concupiscencia: exhórtales á portarse de modo que su doctrina sea la medicina espiritual del pueblo fiel, y el buen olor de su vida el regalo de la Iglesia de Jesucristo, á fin de que, con su predicacion y su ejemplo, edifiquen de tal suerte la Santa Casa ó familia de Dios, que ni el Pastor tenga motivo de arrepentirse de haberlos promovido, ni ellos merezcan el ser eternamente reprobados por haber recibido aquel órden, sino mas bien remunerados con la corona de la inmortalidad.

19. Llenos del espíritu que debe infundir una exhortacion tan patética, se postran en tierra, miéntras el Obispo con sus acompañantes implora el socorro y asistencia de Dios, empeñando su clemencia con la intercesion de los Santos, que invoca con el rezo de las Letanías de la Iglesia. A estas sigue la imposicion de las manos, que hacen tanto el Obispo como los otros sacerdotes, y las oraciones consiguientes.

20. Concluidas todas las oraciones, empieza el Obispo á dar al

Presbítero sus vestiduras propias. Revístele de la estola, que le presenta como el yugo del Señor, recordándole que este yugo es suave y la carga ligera. Despues de la estola le reviste de la casulla, dejándola recogida de la parte posterior, y diciéndole: *Recibe la vestidura sacerdotal, por la cual se significa la caridad, pues mui bien puede Dios aumentarte la caridad y las obras perfectas.* Levántase luego el Pontífice, y pide á Dios la bendicion para los nuevos Presbíteros con todas las gracias indispensables para el santo y exacto desempeño del sacerdocio: invoca despues el Espíritu Santo, iniciando el himno *Veni Creator;* y miéntras los asistentes rezan el resto de él, unge con el sagrado crisma las manos del Presbítero, y despues le entrega el cáliz con vino y la patena con la hostia, diciéndole, miéntras el Presbítero toca todas estas cosas: *Recibe la potestad de ofrecer sacrificio á Dios, y de celebrar misas, así por los vivos como por los difuntos.*

21. Llegando aquí, se dice el Ofertorio, y continúa la misa, acompañando los nuevos Presbíteros al Obispo en toda ella, diciendo con él todas las oraciones hasta su conclusion. Luego que reciben la sagrada comunion, el Obispo les dice aquellas palabras de Jesucristo: *Ya no os llamaré siervos sino amigos mios, pues habéis conocido todas las cosas que he obrado en medio de vosotros:* é inmediatamente los nuevos Presbíteros rezan el credo, y cada uno se va presentando de rodillas al Obispo para recibir ese poder que reconcilia al hombre con Dios, mediante la absolucion sacramental: pone sus dos manos el Obispo sobre la cabeza del ordenando, diciéndole: *Recibe el Espíritu Santo: los pecados de aquellos á quienes se los remitieses, serán remitidos, y los de aquellos á quienes se los retuvieses, serán retenidos.* Concluidas estas palabras, le desdobla la casulla de la espalda, diciéndole: *Revístate el Señor con la estola de la inocencia:* les exige la promesa de reverencia y obediencia para él y sus sucesores, les encarga que se ejerciten bajo el magisterio de sacerdotes prácticos en todo lo concerniente á la celebracion de la misa, se pára á darles la bendicion, y volviendo al altar, pronuncia las últimas oraciones y bendice al pueblo. Siéntase para hacerles las últimas amonestaciones, imponiéndoles la obligacion de celebrar tres misas: una de Espíritu Santo, otra de la Santísima Vírgen y otra por los fieles difuntos; y volviéndose al altar, reza el último Evangelio, con lo cual concluye toda la ceremonia.

V.

22. Véis pues, amados hijos, cómo procede la Santa Iglesia para escoger, instruir, preparar é instituir á sus ministros: en qué consiste el sacramento del Orden, qué requisitos se necesitan para figurar en el cuerpo del clero, cuántos son los órdenes menores y mayores, y cuál es el oficio propio de cada uno: habéis pues acompañado al Sacerdote desde el instante mismo en que se desprende del siglo para recibir la tonsura clerical, hasta el momento en que, habiendo pasado por todos los grados, recibe con el sacerdocio el mas grande poder que Dios ha comunicado á los hombres. ¡Qué mas necesitáis para sentiros santamente atraidos á la veneracion mas profunda de estas personas sagradas! Ellas poseen las llaves de todos los celestiales tesoros: ellas abren el Arca Santa donde se contienen todas las gracias del cielo, que Dios ha puesto en sus manos para que nazca la fe, se sostenga la esperanza, se conserve inextinguible el fuego de la caridad, y que ellos, fieles á tan santa y benéfica mision, distribuyen con los santos Sacramentos que administran. Del vientre de nuestra Madre pasamos á los brazos del Sacerdote y de ellos al gremio escogido y santo de los hijos de Dios por medio del Bautismo sagrado. Damos los primeros pasos en la carrera de esta nueva vida, y el Obispo, ungiendo nuestra frente con el santo crisma, nos comunica esa gracia de la Confirmacion que robustece la vida de la fe. Tenemos la desgracia de perder con nuestras culpas el primitivo tesoro, de convertirnos de hijos de bendicion en hijos de ira, de precipitarnos en las vias de la iniquidad, que conducen al abismo eterno, y pereceriamos sin remedio, si el ministro de la religion, buscándonos en nuestros caminos extraviados, no nos volviese al sacro redil, haciendo correr nuestras lágrimas con la pintura del pecado, conduciéndonos á la piscina de salud, y ministrándonos allí la medicina sublime que vuelve á la gracia mediante la penitencia. De aquí nos conduce al altar para ministrarnos el Pan de los Angeles, y no nos abandona ni aun en los momentos críticos en que la proximidad de la muerte nos anuncia la partida para la eternidad. El sacerdocio preside á las dos mas grandes instituciones que tiene la tierra, conviene á saber; al ministerio eclesiástico y á la familia: de esta suerte no hai nada que en él no nazca espiritualmente, crezca espiritualmente, se sostenga y perfeccione en todo sentido.... ¡Por qué triste fatalidad esta institucion toda de amor, toda de salud, toda de consuelo, ha tenido enemigos

entre los hombres? ¡Cómo es que ha venido á ser necesario recordar á los fieles católicos lo que es el sacerdocio, cuando de él han recibido el ser de cristianos, con él viven y su palabra es la única que con su ministerio puede conducirlos á la eterna felicidad? ¡Ah, hermanos carísimos, hijos mui amados en Jesucristo! que no séais vosotros del desgraciado número de los enemigos del Sacerdocio; que no pertenezcáis al gremio de esos hipócritas que, afectando desconocerle, levantan un muro entre él y la religion para combatirle con mas facilidad, suponiéndole aislado de la religion misma. No, ántes bien, sed mui solícitos en meditar sobre la dignidad sublime de los sacerdotes, y mas todavía en escuchar su doctrina y honrar su ministerio.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

VIGESIMAPRIMA

INSTRUCCION PASTORAL.

SOBRE LAS CATEDRALES Y SUS CABILDOS.

CLEMENTE DE JESUS MUNGUIA, por la gracia de Dios y de la Santa Sede Apostólica, Obispo de Michoacan, á los fieles de su diócesis.

Carísimos hermanos é hijos:

Despues de haberos hablado acerca de la gerarquía eclesiástica, del Primado Pontificio con sus derechos propios, del Episcopado en todos sus objetos de institucion, del presbiterado, que constituye el segundo grado de la gerarquía; del diaconado, subdiaconado y órdenes menores, que se refieren al tercero; debemos tratar del órden con que los presbíteros y ministros están distribuidos en la Iglesia, para atender al culto divino, á las necesidades de los fieles y á los respectivos objetos del Santo Ministerio. Institucion de los cabildos eclesiásticos, cuerpo de los párrocos, empleo de los presbíteros y ministros que no están comprendidos ni en el número de los capitulares ni en el de los párrocos: he aquí los puntos que deben contener ésta y las dos siguientes instrucciones. Comenzando por los cabildos eclesiásticos, cumple á nuestro propósito el daros acerca de ellos una idea tanto mas necesaria, cuanto que algunos, ó por falta de conocimiento en el carácter, objeto é importancia de esta institucion, ó por fuertes preocupaciones contra todo lo que pertenecece á la Iglesia, discurren acerca de estas corporaciones ilustres y venerables de una manera mui poco favorable al grande interes que en sí tienen, y al profundo respeto que por la santidad de sus funciones debieran inspirar.

2. Cuando no se tuviese otro dato para juzgar de ellas que el simple hecho de su establecimiento desde tiempos mui antiguos, y del lugar que ocupan entre los objetos de la disciplina, esto bastaria para formarse la idea mas ventajosa de su institucion: porque siendo una cosa manifiesta para todo católico no solamente la autoridad, sino tambien la sabiduría y santidad que resplandecen en toda la economía de la Iglesia, no se necesita mas que abrir sus códigos, presenciar su accion y ver lo que de ella emana, para comprender su bondad propia y sus títulos incontestables al acatamiento de los fieles. Mas, supuesto que nos ha tocado vivir en unos tiempos en que todo se disputa, y en que una libertad abusiva precipita la pluma de ciertos escritores contra los objetos mas respetables, conviene mucho á nuestro ministerio pastoral prevenir con oportunas advertencias é instrucciones los tristes efectos de unas lecturas tan peligrosas.

3. La primera forma de estas corporaciones apareció en la edad média, pues aunque desde los primeros siglos se designaban con el nombre de *canónigos* todos los clérigos adscriptos al servicio de alguna Iglesia, ya por el hecho de su adscripcion ó registro, ya por la pension beneficial que se les daba (pues la palabra *cánon* admite radicalmente ambas significaciones, y de ella viene la palabra *canónigo*), no se reunieron á formar corporaciones adoptando una regla y siguiendo una vida comun (con separacion del resto del clero) sino mas tarde. Estas corporaciones tuvieron dos formas; una la de sujetarse á vida comun y á cierta regla con votos monásticos, y otra en que, conservándose la unidad de objeto, no se llevaba vida comun ni habia la ligadura del voto; lo cual dió márgen á la distincion de canónigos en *regulares*, que eran los primeros, y *seculares* que fueron los segundos, y que son los que han subsistido, como debia suponerse, atendido el establecimiento y propagacion de los institutos religiosos, donde podia adoptarse y seguirse con voto temporal ó perpetuo una vida estrictamente regular.

4. El conjunto de los canónigos se llama *cabildo ó capítulo*, que es lo mismo, y la Iglesia donde ministran y desempeñan sus propios oficios, *Catedral ó Colegiata*, segun que sea el templo donde está la Cátedra del Obispo, ó alguno erigido especialmente al culto sin este carácter, y con el servicio canonical. El Cabildo de nuestra Santa Iglesia pertenece á la primera clase, y el del templo de Nuestra Madre Santísima de Guadalupe, que por lo mismo se llama *Colegiata*, pertenece

á la segunda. No es de nuestro intento hablaros aquí sobre las Colegiatas y sus Cabildos, así porque tienen un carácter excepcional en la economía de la Iglesia, como porque se trata por ahora de manifestaros el órden comun con que se halla distribuido en ella todo el clero para ejercer, ya la potestad de órden, ya la de jurisdiccion.

5. Los cabildos eclesiásticos de las catedrales pueden ser considerados bajo tres aspectos principales: primero, el del culto divino á que atienden preferentemente; segundo, el de la cooperacion que le prestan al Obispo para la administracion de su diócesis; tercero, el de los negocios á que atienden constantemente, y la jurisdiccion que ejercen en Sede vacante. Consecuentes pues á nuestro propósito de facilitaros el debido conocimiento del órden con que la Iglesia nuestra Madre tiene arregladas todas las cosas que ha establecido para desempeñar la mision de salud que le fué divinamente comunicada, os dirémos acerca de cada uno de estos puntos, lo necesario para que tengáis una idea de tan importante institucion, y os conservéis para con ella en los sentimientos de respeto y veneracion que la Lei divina y eclesiástica exigen de vosotros.

I.

6. Para comprender la importancia de esta institucion y saber lo que representa en el pensamiento de la Iglesia este respetable cuerpo de presbíteros, formado conforme á las reglas canónicas para dar á Dios Nuestro Señor el culto mas espléndido y magestuoso que sea posible, conviene sin duda, hermanos é hijos carísimos, elevarnos con la consideracion hasta la altura de ese precepto sublime calificado por Jesucristo de primero y máximo, cuando un doctor le preguntó, para tentarle, cuál era el mas grande precepto de la lei. "Amarás al Señor tu Dios, " dice este precepto, con todo tu corazon, con todo tu espíritu y con " toda tu mente." Este amor á Dios sobre todas las cosas y la primacía que ocupa en el rango de nuestros deberes bastan para conocer que todo lo que se dirige á dar á Su Magestad el culto debido, constituye un objeto de primer órden y debe ocupar de toda preferencia nuestro espíritu y nuestro corazon. Ya sabéis que hai un culto puramente interior que no pasa de las regiones inaccesibles del espíritu, y este culto es debido, porque sin espíritu y verdad no hai culto digno del Señor; que hai tambien un culto externo, que se manifiesta en nuestras acciones, el cual es mui debido, porque estando compuestos de alma y cuerpo,

debemos á Dios el tributo, no solo de nuestras potencias, sino tambien de nuestros sentidos y acciones. Mas este culto, puramente individual, no es el que basta para llenar el deber en toda su plenitud. El hombre no está reducido á su simple individuo: se halla en íntimo comercio con sus semejantes, y el primero de los vínculos que le unen, y el que consagra propiamente esta union, es el que le ata, digámoslo así, á su Creador con toda la especie humana. Es necesario que la sociedad esté cubierta, como el individuo, con la egida de la religion, subordinada como él al gran precepto del culto divino; que cumpla este precepto de una manera ostensible y pública, para que sus tributos sean públicos como ella misma. He aquí la razon del culto público ó social, el por qué de esos templos magníficos que magestuosamente descuellan entre las habitaciones de los hombres, que se llaman *Casas de Dios*, recintos sagrados de la oracion, en que se celebran los tremendos misterios, se anuncia el Evangelio de Cristo y se dispensan á los fieles todos los auxilios de la religion y todos los recursos de la moral.

7. Dirigid una ojeada por toda la tierra; visitad con la imaginacion esa multitud de paises que tienen la gloria de ser y llamarse católicos: hallaréis sin duda, por razon del idioma, de los usos, del clima, de las producciones de la tierra, del movimiento de las artes y del comercio, &c., &c., diferencias innumerables entre todos ellos: pero donde quiera descubriréis un templo cristiano, un sacrificio incruento, un símbolo, una lei, un sacerdocio mismo, y os sorprenderéis unidos mas íntimamente de lo que pudierais imaginar con aquellas naciones tan remotamente lejanas de vuestra patria: donde quiera veréis lo que el culto divino representa en el pensamiento y en el corazon de los pueblos católicos, y notaréis con un placer inefable los esfuerzos de los fieles para dedicar á Dios lo mejor y darle un culto proporcionado á sus recursos, aunque no tan cumplido como sus deseos.

8. Mas no pudiendo ser enteramente igual en todas partes la magnificencia del templo, la riqueza de los vasos y paramentos sagrados y todo lo demas que pertenece al culto, se ha procurado á lo ménos que cada diócesis tenga una catedral en que se procure por todos los medios posibles conservar el culto sagrado en toda su perfeccion, y sostener, cuanto cabe en los recursos de cada Iglesia, la magnífica pompa de todas las solemnidades religiosas.

9. Este primer templo de cada diócesis lleva el nombre de *Catedral*, porque en él está la silla ó cátedra del Obispo: se llama tambien *Iglesia matriz*, porque es la madre de todas las otras iglesias del obispado, porque á su cargo corre cuidar con la mayor solicitud y esmero

de todo cuanto pertenece al culto divino, atender á la fiel y puntual observancia de la sagrada liturgia, presidir y reglar el ceremonial de todas las iglesias, expidiendo anualmente al clero un Directorio, al cual deben arreglarse, tanto el rezo del oficio divino, cuanto la celebracion de la misa, el tiempo y órden de todas las festividades.

10. Para que todos los objetos á que se dirige la ereccion de una Iglesia Catedral sean debidamente atendidos, hai en ella un cuerpo moral de sacerdotes llamado *Cabildo eclesiástico*, cuya institucion es del exclusivo resorte de la Santa Sede Apostólica. Siendo un cuerpo moral, vive constantemente sin faltar nunca, y esto hace que jamas dejen de atenderse todas las cosas para que han sido instituidas tales corporaciones.

11. Esta institucion y todas sus reglas están consignadas en un código primitivo ó fundamental, que se llama *Ereccion de la Iglesia*, y las reglas á que debe sujetarse toda la economía de aquella, se llaman *Estatutos de la Iglesia*. Conforme á éstos y á las disposiciones generales de los cánones se verifica la eleccion ó nombramiento de cada capitular, es decir, de cada miembro del Cabildo.

12. Hai en éste ciertos grados ó clases correspondientes á la dignidad ú oficio de cada uno de sus miembros. Para no hablaros aquí sino de las catedrales de América, pues en las otras existen ciertas dignidades que no hai en las nuestras, y faltan otras que se encuentran en éstas, aunque tales diferencias son casi sustancialmente de nombre, os diremos que nuestros cabildos eclesiásticos se componen de tres clases de capitulares, conviene á saber: *Dignidades, Canónigos y Prebendados*. Es la Dignidad, segun los canonistas, "un cargo á que está anexa la administracion perpetua de cosas eclesiásticas, con cierta jurisdiccion y preeminencia en el grado." Hai cinco Dignidades en nuestras Iglesias, y son: el *Deun*, el *Arcediano*, el *Chantre*, el *Maestrescuela*, y el *Tesarero*. El Dean es el Presidente nato del Cabildo, y tiene á su cargo presidir á este cuerpo en todas partes, citarle cuando se ofrecen negocios, ejercer cierta inspeccion ó cuidado en lo espiritual, y por último, todo aquello que una costumbre legítimamente introducida tiene puesto á su cargo. El Arcediano, cuyas facultades eran mui extensas segun la disciplina antigua de la Iglesia, es hoi, como su mismo nombre lo indica, el segundo del Dean, ejerciendo sus veces siempre que falta, y desempeñando juntamente con los otros Dignatarios, ciertos oficios en que se turnan, como verémos adelante. El Chantre ó cantor tiene á su cargo dirigir el coro en la celebracion de los divinos oficios, cuidar de la instruccion y puntual

asistencia de los empleados en la música y canto de la Iglesia, disponer ó arreglar todo lo necesario para que en el coro se guarden la gravedad, órden, silencio y compostura correspondientes á una funcion tan santa. El Maestrescuela, como su mismo nombre lo indica, fué instituido para presidir y gobernar las escuelas de los clérigos jóvenes; y aunque segun la disciplina de hoi no conserva tal atribucion, siempre se le considera para todos los casos de este ramo, y en algunas diócesis se le ha confiado el cuidado é inspeccion general de las escuelas. El Tesorero tiene á su cargo todas las cosas de la Iglesia, y la obligacion mui estrecha de cuidar las sagradas reliquias, vasos y paramentos que sirven al culto divino, y proveer de todo lo que en la Iglesia se necesita para los objetos de este culto.

13. Los Canónigos tienen por oficio propio celebrar por sí mismos como prestes las misas de la Iglesia Catedral que no son clásicas, y ejercer aquellos oficios que la ereccion les señala en el coro, segun su turno. Atendida la ereccion, deben ser diez los canónigos de nuestras Iglesias; y de estos, seis se proveen por eleccion, y cuatro por oposicion. Los primeros se eligen de entre el clero de la diócesis por los miembros del Cabildo: los segundos son convocados por edictos, y nombrados por el mismo Cabildo, no de entre el clero, como los primeros, sino solo de entre los eclesiásticos graduados de Doctores ó Licenciados, que presentados y admitidos en debida forma, hubieren tenido todas las funciones literarias de una oposicion. Cuatro son estas canongías, conocidas con los nombres de *Lectoral, Penitenciaria, Magistral y Doctoral;* y estas se llaman de oficio, porque, además de las obligaciones comunes á todos los canónigos, imponen á los que las obtienen el cargo especial que cada una de ellas representa. Veamos ahora cuál es este cargo.

14. El canónigo Lectoral tiene la obligacion de explicar á los clérigos ó alumnos del Seminario eclesiástico la Santa Escritura ó Teología: el canónigo Penitenciario debe oir en la Iglesia Catedral las confesiones de los fieles; el Magistral tiene á su cargo predicar por sí mismo los sermones de la Iglesia Catedral en todas las funciones de tabla; y el Doctoral ha sido instituido para defender los derechos de la Iglesia Catedral y consultar al Cabildo en todos los puntos en que deba ó quiera oir su dictámen.

15. Pasando á los Prebendados, es necesario comenzar por hacer una advertencia. La palabra *prebendado*, viene de *prebenda*, que significa el derecho de percibir ciertos réditos ó frutos de los bienes eclesiásticos; y como este derecho es comun á todos los miembros del Ca-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

bildo, resulta que todos los dignatarios y canónigos son prebendados; pero no todo prebendado es canónigo ó dignatario. Así es que, cuando nos valemos de esta palabra vulgarmente, para comprender en ella una de las tres clases de que se compone un Cabildo, la empleamos en un significado especial, y nos referimos á ciertas personas que pertenecen á dicho cuerpo, sin ser dignidades ni canónigos. El derecho y la eleccion tienen nombres propios para designar á esta clase, y son los de *Racioneros* y *Medio-racioneros*. Estos eclesiásticos desempeñan en las catedrales un oficio propio: conviene á saber, los primeros asisten al altar de su Iglesia haciendo el oficio del diácono, y los segundos el del subdiácono.

16. Habéis visto, amados hijos, en qué consisten los Cabildos eclesiásticos, cuál ha sido su objeto, cuántas son sus clases, y qué oficios están anexos á los individuos que los componen. Siendo tan grande la importancia de estas corporaciones, la Santa Iglesia previene y encarga con la mas grande solicitud en sus cánones, que se cuide mui especialmente de no promover para tan elevados puestos sino á personas mui altamente calificadas, no solo por su aptitud para desempeñarlos debidamente, sino por la integridad de su vida, la santidad de su carácter y la pureza de sus costumbres. El capítulo 2º, sesion XXII, y el 12º de la sesion XXIV del Santo Concilio de Trento sobre la reforma, contienen acerca de esto disposiciones tan importantes y pormenorizadas, que basta pasar ligeramente sobre ellas la vista, para comprender cuán útil y provechoso y cuán respetable y digno de todo acatamiento es un cabildo eclesiástico. Mas, ciñéndonos á los límites propios de una instruccion como esta, y no perdiendo de vista el aspecto principal bajo que aquí consideramos tales corporaciones, que es el de la magnificencia y pompa del culto divino, llamarémos vuestra atencion hácia lo que es el culto de una Iglesia Catedral dirigido y desempeñado segun estas reglas, por tan respetables corporaciones. Todo en estos templos tiene su tiempo fijo, su órden señalado, sus funciones bien distribuidas; todo tiene personas instituidas á propósito para cada funcion determinada, y todo está sujeto á reglas invariables y colocado bajo la inspeccion inmediata del Cabildo de la Iglesia Catedral.

17. En las funciones llamadas *clásicas* ofician como prestes solamente los Dignidades; en las otras los Canónigos, y en todas, excepto las que celebra el Obispo, los Racioneros cantan el Santo Evangelio y los Medio-racioneros la Epístola. Desde aquí empezáis á ver un ceremonial exclusivo de las catedrales, una representacion de todos los órdenes sagrados en los mismos oficios que desempeñan los capitulares: el Subdiaconado en los Medio-racioneros, el Diaconado en los Racioneros, aun cuando sean sacerdotes y hayan venido al coro, como sucede por lo comun, despues de haber servido los primeros curatos de la Diócesis ó desempeñado los mas notables empleos de la Curia eclesiástica; y por último, el Presbiterado en los Canónigos y Dignidades: de manera que, segun los Estatutos de la Iglesia, ninguno puede oficiar en grado mas alto, sino cuando hai una necesidad estrecha y precede una dispensa y habilitacion por parte del Cabildo.

18. Hemos dicho que el acompañamiento de las misas, en clase de diácono y subdiácono, se hace por los Prebendados cuando oficia de preste algun Dignidad ó Canónigo del Coro; porque cuando celebra el Obispo diocesano, le acompañan en el altar, no los Prebendados, sino los Dignidades, á cuyo cargo está diaconar y subdiaconar al Obispo; circunstancia que da mayor solemnidad á las funciones religiosas y contribuye no poco á mostrar al pueblo fiel todo el respeto, toda la veneracion y todo el honor correspondiente al Pontífice de cada Iglesia.

19. Véis pues, amados hijos, en los cabildos de las iglesias catedrales, colocado el activo centro de un gran círculo que atiende al culto divino, desde la doctrina que lo enseña, hasta el aparato magestuoso del santo ceremonial con que se practica. El primero de los objetos á que atiende la Iglesia, como uno de los medios indispensables para su fin, es la enseñanza de las Sagradas Letras á los jóvenes escogidos por el Obispo para recibir la sublime dignidad del sacerdocio; y este objeto tiene, como habéis visto, una persona instituida en el canónigo Lectoral. Comprende tambien en mayor escala este objeto mismo la enseñanza y persuasion de la doctrina de la fe y de las costumbres á todos los fieles por medio de la predicacion; y para esto se ha establecido el canónigo Magistral, que, no pudiendo venir al Coro sino mediante una oposicion en que pruebe poseer en alto grado la ciencia teológica, despues de haber recibido el título académico de *Doctor* ó *Licenciado* en dicha ciencia, debe hacer sentir las ventajas de tal institucion en la perfeccion de sus sermones y discursos oratorios, dando así mayor solemnidad al culto de su Iglesia. Aunque no falten, ni ménos en las ciudades episcopales, eclesiásticos que desempeñen el oficio de confesores; la Santa Iglesia, instituyendo una canongía penitenciaria en las catedrales, ha querido sin duda que los cabildos atendiesen á los fieles, no solo con un confesor fijo de su mismo gremio, sino tambien con un consultor moral de lo mas autorizado, para resolver los casos mas difíciles de conciencia y tratar, con gran copia de doctrina y especialtino y discernimiento, las mas graves cuestiones de moral que suelen

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

suscitarse. Por último, la institucion de un eclesiástico jurisconsulto en el Coro, con el título de *Doctoral*, viene á completar ese gran todo de instruccion, de inteligencia y de inspeccion que constituye el objeto de los cabildos, para que sus iglesias sean para todas las otras de las diócesis el tipo del culto, el ejemplar de la predicacion, la escuela práctica de las ceremonias sagradas, el magisterio de la doctrina y el modelo de la solicitud para promover, sostener y conservar ilesos, mediante la observancia y aplicacion de las leyes canónicas y con pleno conocimiento de las leyes civiles, los derechos de la Iglesia.

II.

20. Aunque nuestro principal objeto en el precedente punto haya sido hablaros de los cabildos eclesiásticos considerado en sus relaciones con el culto, hemos tenido, sin embargo, amados hijos, que daros á conocer algunos oficios que propiamente hablando no pertenecen á él, sino á los negocios de la Iglesia, cuales son, por ejemplo, los propios de algunas dignidades y ciertas canongías de oficio. Sin embargo, queda todavía mucho que deciros acerca de tales Cuerpos, considerados en sus relaciones con la administracion episcopal y la jurisdiccion diocesana. No os lo diremos todo; porque para esto seria necesario extendernos excesivamente, siendo como es tan vasta la materia: pero, para daros una idea de lo principal, considerarémos los cabildos bajo el doble aspecto de cuerpos consultivos, y cooperadores del Obispo en la administracion eclesiástica.

21. Desde los primeros tiempos de la Iglesia, segun la oportuna observacion de Benedicto XIV, tuvieron los obispos la mui laudable costumbre de oir el consejo de los presbíteros en los mas graves negocios de la administracion diocesana. Nada mas conveniente y provechoso; porque no siendo posible que una sola persona baste por sí á considerar los muchos y diversos aspectos que cada negocio suele presentar, principalmente cuando es complicado y difícil, hai necesidad hasta cierto punto de suplir esta falta, llamando á los presbíteros, cuerpo tan autorizado bajo todos aspectos, para que auxilien al Obispo con su experiencia, con sus luces y con su celo. Mas, habiéndose extendido tanto y colocado á tan remotas distancias el número de ellos, y no siendo fácil reunirlos para cada negocio ni conveniente distraerlos de los ministerios y oficios que desempeñan en la Iglesia, se atendió á objeto tan importante con los cabildos eclesiásticos, que estando radicados y

formando cuerpos permanentes y perpetuos en los mismos lugares de la residencia episcopal, podian sin inconveniente ninguno despachar todas las consultas que les hiciese el Obispo, sin necesidad de recurso á todos los presbíteros de la diócesis. Síguese de aquí que el Cabildo de la Santa Iglesia Catedral es, en primer lugar, el consejo nato del Obispo. Aunque al principio, cuando los Obispos recurrian á los presbíteros, obraban discrecional y espontáneamente, pudiendo cuando les pareciese prescindir de dar este paso; mas tarde, cuando ya quedaron establecidos los cabildos, el consultar á ellos en los mas graves negocios, fue ya, no solo un paso aconsejado por la prudencia, sino un requisito prevenido por la lei canónica, y en consecuencia uno de los deberes del Obispo en su Gobierno y administracion. Así es que, segun el derecho eclesiástico, no es lícito al Obispo despachar ningun negocio de gravísima importancia sin consultar á su Cabildo.

22. Este recurso al Cabildo tiene dos caractéres diversos en derecho; porque unas veces es necesario que el Obispo determine con consentimiento del Cabildo, y otras se quiere tan solo su consejo. En el primero, no puede ciertamente aquel separarse del dictámen de la mayoría del Cabildo; mas en el segundo es libre para abrazar ó desechar este dictámen, pues cumple solo con oirle.

23. No es de nuestro propósito, ni necesario tampoco para vuestra enseñanza, el entrar aquí en los pormenores doctrinales de esta diferencia, para fijar los casos en que se requiere el consentimiento y los casos en que basta solo el consejo del Cabildo. Nuestro objeto ha sido daros á conocer, aunque de una manera general, toda la importancia de esta institucion, y para nuestro intento basta sin duda el deciros, despues de haberos expuesto sus relaciones con el culto sagrado, que un cabildo eclesiástico es el consejo del Obispo, que hai casos en que éste debe seguir el dictámen de la mayoría de aquel Cuerpo, y otros en que cumple con solo consultarle. Ahora bien: ¿comprendéis, amados hijos, toda la importancia que tienen en todas las instituciones los cuerpos consultivos? Sin duda que sí: porque, sin necesidad alguna de penetrar bien toda la economía de los gobiernos eclesiástico y civil, la misma experiencia de los negocios comunes de la vida es una demostracion que convence y persuade al mismo tiempo sobre la importancia de un buen consejo. El padre de familia le busca para resolver con acierto los mas graves asuntos de su casa: el comerciante para sus giros, el oficinista para su despacho, el militar para su campo, y todo hombre para sus negocios busca, oye, considera y trata de aprovechar el consejo ageno. ¡De cuántos recursos pues, no quedaria

privado el Prelado de una Iglesia sin el auxilio que con su consejo puede prestarle una corporacion tan autorizada? Esos discurridores de plaza y estrado, que con la ligereza propia de la ignorancia revisan, califican, desprecian, condenan y reprueban lo que ha llegado hasta nosotros con todo el respeto de los siglos, ¿serán por ventura mas entendidos, mas sábios, mas celosos, y estarán mejor provistos de doctrina, práctica y discrecion, que los Concilios generales y particulares de la Iglesia, que los Santos Pontífices por cuya autoridad han sido establecidos estos Cuerpos, y recibido la importante atribucion de consultar en los mas graves negocios al Diocesano? El sufragio de esa gente ligera y corrompida comprendida en el *infinito número* de la Santa Escritura, ¿valdrá mas, amados hijos, que el sapientísimo y gravísimo cuerpo de los historiadores eclesiásticos, controversistas eminentes, esclarecidos teólogos ó insignes jurisconsultos, que tratan de estas corporaciones con especial detenimiento, y dedican sus libros á dilucidar los puntos que se han ofrecido en la práctica de la Iglesia tratándose del consejo y consentimiento de los cabildos? Las circunstancias mismas, el carácter, cualidades y dotes que distinguen á los miembros de estas corporaciones venerables, ¿no arguyen bastante y convencen hasta la última evidencia la importancia de primer órden de su institucion? Aquí están los hombres que han sufrido la prueba comparativa de su capacidad y de su ciencia, como un requisito previo para entrar al cuerpo, despues de haberse sujetado á las que exigen las Universidades para condecorar con el título de Doctor ó de Licenciado á los hombres que siguen la carrera de los estudios; aquí están los eclesiásticos mas distinguidos en el manejo de los negocios que se tratan en las curias eclesiásticas; aquí están los párrocos beneméritos, esos presbíteros del buen consejo, que despues de una larga y trabajosa carrera, vienen á estas sillas, no á descansar y pasar una vida ociosa, sino á consagrar á Dios en sus alabanzas y su culto los restos de una vida consumida en los afanes del ministerio católico, y á ofrecer á la Iglesia los preciosos frutos de una larga, bien adquirida y mejor aprovechada experiencia.

24. ¡Qué alivio pues, amados hijos, no hallará el Obispo en una corporacion compuesta de personas tan autorizadas y tan dignas? Pero no es esto todo: ellas prestan al Prelado no solo el consejo ordinario del cuerpo que constituyen, sino un auxilio personal, desempeñando muchos empleos del primer interes en una diócesis. No pudiendo el Obispo atender por sí mismo á todos y á cada uno de los diversos ramos sobre que ejerce su jurisdiccion, ha menester delegar sus facultades en eclesiásticos, los mas á propósito por su aptitud y probidad, para ocupar ciertos puestos en la diócesis. Ejerce su jurisdiccion diocesana, ya por sí, ya por medio de Vicarios generales ó particulares encargados especialmente de algunos ramos.

25. El primero y mas importante empleo de una diócesis, es el del *Vicario general y Provisor*, pues que tiene á su cargo el conocimiento de las causas civiles y criminales de los eclesiásticos sometidos á la jurisdiccion del Obispo, y ejerce además otras facultades administrativas ó económicas que le comunica el Diocesano, segun lo exigen las necesidades de la diócesis. Sigue al Vicario general el *Juez de Testamentos, Capellanías y Obras pías*, instituido precisamente para que cuide con toda eficacia del cumplimiento de las últimas voluntades en materia de sucesiones y legados piadosos, para que confiera, conforme á los cánones, las capellanías á quien correspondan, segun las cláusulas de fundacion, y para que conserve y distribuya las rentas eclesiásticas pertenecientes á capellanías y obras pías en todo el episcopado. Hai tambien en algunas diócesis, como en la nuestra, una persona establecida con el título de *Vicario general de monjas*, con el objeto de cuidar de todos los monasterios sujetos á la jurisdiccion ordinaria. Otro de los empleos delicadísimos é importantes, es la *Secretaría de Cámara y Gobierno*, y no lo es ménos el *Rectorado* del Seminario Conciliar, siendo como es el gobierno, direccion y cuidado de la juventud que se forma en las costumbres y ciencias eclesiásticas, para entrar en el santo ministerio del sacerdocio. Pues bien, amados hijos, casi todos estos empleos son desempeñados por miembros del Cabildo eclesiástico; porque solo cuando su número es mui reducido y apénas basta para el desempeño de la Catedral, se confiere á un eclesiástico de fuera del Cabildo alguno de estos importantes empleos. Provee tambien el Cabildo al Diocesano para el desempeño del Gobierno eclesiástico, cuando tiene que ausentarse de la ciudad episcopal; pues en estos casos nombra dos ó mas personas de tan autorizado Cuerpo para que despachen los negocios en lugar suyo, durante su ausencia ó impedimento, como Gobernadores de la diócesis.

III.

26. Si de aquí pasamos á considerar al Cabildo en sus relaciones con la jurisdiccion, no son ménos arduas y laboriosas las facultades que ejerce, ya se trate de Sede plena, ya de Sede vacante. Por su institu-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEON
DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS

cion propia tiene constantemente á su cargo proveer á la fiel y exacta observancia de la ereccion, estatutos y costumbres legítimas de la Iglesia Catedral acerca de la celebracion diaria de la misa y rezo de las horas canónicas en el coro, lo mismo que de cuidar que se aplique diariamente por los bienhechores en general, como detenidamente lo manda Benedicto XIV en su Bula *Cum semper*. Tiene asimismo la obligacion de vigilar en la conservacion de los derechos de la Iglesia y de la disciplina sobre el culto divino, evitando temerarias innovaciones: tiene tambien que asistir al Obispo cuando celebra solemnemente, ya en la Iglesia Catedral, ya en otra de la diócesis; y por último, debe celebrar sesiones ó acuerdos capitulares, ya con el objeto de tratar los negocios que ocurren en sus oficinas propias de administracion y contabilidad sobre la renta decimal y algunas obras piadosas, ya con el de disponer lo conveniente acerca del culto en la Iglesia.

27. Cuando muere el Obispo, toda la jurisdiccion ordinaria episcopal pasa al Cabildo, no para que la ejerza por sí mismo, sino para que nombre quien le desempeñe. El nombrado por el Cabildo en Sede vacante se llama *Vicario capitular*; porque gobierna la diócesis á nombre y por eleccion del Cabildo en Sede vacante. Funcion importantísima, hermanos é hijos carísimos, que bastaria por sí sola para reconocer el grande interes que tiene la Iglesia en la existencia y conservacion de los Cabildos eclesiásticos.

28. Mas hai todavía otro objeto de suma gravedad, que entre nosotros corre tambien á cargo de estas respetables corporaciones, cual es el de nombrar los eclesiásticos de donde ha de salir el Obispo que se elija, para presentarle á la Santa Sede, como sucesor del difunto. De este nombramiento depende la felicidad de toda una Iglesia, y por lo mismo, nada pesa tanto en la consideracion de los fieles como el voto que establece esta candidatura episcopal. ¡Qué conocimiento no supone de todo el clero, no solo de la diócesis, sino de toda la Nacion! ¡Qué discernimiento para escoger entre los eclesiásticos dignos á los mas beneméritos! ¡Qué celo por la gloria de Dios en el bien de la Iglesia! ¡Cuánta solicitud para que cualquiera de los propuestos sea digno de llevar sobre sus hombros el gran peso del cuidado pastoral y el gobierno diocesano!

29. Habéis visto, hermanos é hijos carísimos, lo que son los cabildos eclesiásticos relativamente al culto sagrado, á la cooperacion con el Obispo, al desempeño de los negocios que les son propios, al gobierno de la Iglesia en Sede vacante, y á la provision de nuevo Obispo. ¿Qué mas se necesita para admirar la sabiduría, el acierto y la importancia

de una institucion tan antigua y venerable? ¿Qué otra cosa se requiere para despreciar esas declamaciones ligeras, falsas y odiosas de los enemigos de la Iglesia contra unas corporaciones tan venerables? Huid, amados hijos, de estas voces impías: no escuchéis otra voz que la de la Iglesia. Ella os habla por medio de su predicacion sábia y santa, lo mismo que con sus leyes y venerables instituciones. ¡Dad á Dios infinitas gracias, porque nos ha concedido este medio tan eficaz para rendir á Su Magestad divina en cada diócesis un culto tan magestuoso y espléndido, para observar en él con la mayor puntualidad y exactitud todas las reglas y prescripciones de la Iglesia en su Litúrgia sagrada, para que los Prelados tengan un Consejo instituido, é importantes cooperadores en su ministerio pastoral y en su gobierno! Venerad estos Senados ilustres, cuyo carácter, objeto y accion interesan tanto á la piedad católica. Dios Nuestro Señor, que es rico en misericordias, os ilustre para comprender, y os disponga para observar las instrucciones que os da la Iglesia por la voz de sus Pastores. Tales son nuestros deseos, y los inflamados votos que dirijimos á Su Divina Magestad por vosotros constantemente, y con mas especialidad cada vez que, como la presente, os enviamos nuestra bendicion pastoral en su Santo Nombre.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

VIGESIMASEGUNDA

INSTRUCCION PASTORAL.

SOBRE LOS PARROCOS Y SUS PARROQUIAS.

CLEMENTE DE JESUS MUNGUIA, por la gracia de Dios y de la Santa Sede Apostólica, Obispo de Michoacan, á los fieles de su diócesis.

Carísimos hermanos é hijos:

En los primeros siglos de la Iglesia, cuando todavía no se habia hecho necesario señalar territorios determinados á los presbíteros para el ejercicio de su santo ministerio, el nombre de *Parroquia* significaba lo mismo que hoi se designa con el de *Diócesis* ú obispado: porque en la ciudad principal habia una sola Iglesia, donde se congregaban todos los fieles sometidos á un obispo, para asistir á los oficios divinos, recibir la Sagrada Eucaristía, cumplir todos sus deberes religiosos y participar de los Santos Sacramentos. Allí el Obispo celebraba por sí mismo los divinos misterios, explicaba el Santo Evangelio, administraba el Bautismo, asistido de presbíteros y diáconos, y reconciliaba solemnemente á los pecadores públicos. Esta práctica pudo continuarse miéntras la inmediacion de los pequeños pueblos á la ciudad episcopal facilitaba el concurso de todos los fieles á la Iglesia; mas cuando ya se alargaron las distancias, formándose ciudades retiradas y numerosas, fué indispensable ya la creccion de otras Iglesias, no para someterlas, como sucede actualmente, á la direccion de un Rector instituido, sino

para atenderlas por medio de presbíteros, que á su arbitrio comisionaba el Obispo, para que desempeñasen aquellos oficios que ya no podia él ejercer por sí mismo en todas las iglesias. Mas cuando se multiplicaron todavía en mayor número las poblaciones y sus iglesias, apareció la necesidad de establecer en ellas una administracion perpetua, y erigirlas en beneficios eclesiásticos, que se pudiesen conferir á los presbíteros, para que cada iglesia tuviese uno de ellos, que con el carácter de Rector nato y permanente, atendiese con jurisdiccion propia tanto á la administracion de los Santos Sacramentos, conservacion del culto y predicacion de la palabra divina, cuanto al gobierno económico de la iglesia que tuviese asignada. Tal es, hermanos é hijos carísimos, el orígen de las parroquias y los párrocos en la Iglesia. Esta institucion, cuya importancia, nadie ha puesto en duda, pues que se manifiesta por sí misma, es uno de aquellos objetos que mas vivamente deben interesar á todos los fieles. Cada parroquia es una especie de diócesis, así como antiguamente cada diócesis era una especie de parroquia: cada párroco es el prelado nato de su distrito, el vicario del Obispo en su parroquia respecto de la administracion espiritual, el que por derecho propio administra los Santos Sacramentos, preside á los presbíteros y ministros de su curato, constituye la primera autoridad eclesiástica local y el órgano por donde el Obispo comunica sus decretos, edictos, providencias é instrucciones pastorales á los fieles. El párroco es por excelencia el padre espiritual de todos sus feligreses, pues que les reparte el pan de la palabra evangélica, les administra el Santo Bautismo solemnemente y los otros sacramentos cometidos al presbiterado: cuida por oficio propio de que todos sus feligreses cumplan exactamente con sus deberes cristianos, los atiende en sus necesidades, los consuela en sus aflicciones, y no los abandona jamas.

2. Nada es por lo mismo mas importante, despues de haberos hablado sobre los puntos que han sido el objeto de nuestras prudentes instrucciones, que daros algunas ideas acerca de los párrocos con el objeto de haceros sentir vivamente cuán dignos son, así por su carácter sagrado como por las funciones que ejercen en la Iglesia, del respeto y veneracion de todos los fieles. Tal es el objeto de esta pastoral.

I.

3. Se entiende por parroquia, tal como se encuentran hoi establecidas, "un distrito ó territorio designado por el Obispo con límites fijos, donde existe un Rector permanente con facultad de regir al pueblo comprendido en él, y de administrarle los Santos Sacramentos y otros auxilios espirituales." Este distrito ó territorio forma parte del de la diócesis, y como toda ella está sujeta á la jurisdiccion del Obispo, solo el Sumo Pontífice, por la universal jurisdiccion que tiene en toda la Iglesia, ó el Obispo en fuerza de la que le es propia en su diócesis, pueden erigir parroquias; y este es el motivo porque se ha dicho, en primer lugar, que la parroquia es un territorio designado por el Obispo. Para cada uno de estos distritos ó territorios hai un Cura con la jurisdiccion competente sobre él; mas como esta jurisdiccion no pasa de su parroquia, es necesario que en ella tenga límites fijos, para que no se aventuren sus actos jurisdiccionales á la nulidad, por el peligro consiguiente á la falta de esta circunscripcion. El eclesiástico á quien está cometido el régimen espiritual de cada parroquia, debe ser permanente, y la razon es, porque este rectorado constituye un beneficio eclesiástico, y todo beneficio eclesiástico es perpetuo por institucion: por lo cual el Santo Concilio de Trento, hablando de la ereccion de las parroquias, previene que los obispos asignen á cada una de ellas su párroco perpetuo y peculiar. Dícese "con facultad de regir al pueblo comprendido en él y de administrarle los Sacramentos y otros auxilios espirituales;" primero, para denotar las facultades ó atribuciones propias de los párrocos; segundo, para significar que su jurisdiccion es, no solo real por lo que toca al lugar, sino tambien personal, por lo que toca á sus moradores.

4. Estas breves reflexiones bastan para que comprendáis lo que constituye á una parroquia, la autoridad que la erige, la necesidad de circunscribirla á límites fijos, de darla un Rector ó Párroco, y tambien las atribuciones propias que éste, con el carácter de tal, tiene en su parroquia y sobre sus feligreses. Damos tambien el nombre de parroquia al templo mismo en que el Cura ejerce sus funciones, porque es la Iglesia parroquial, y con este carácter tiene ciertas prerógativas de que no gozan otros templos.

Visto pues lo que se llama parroquia, pasemos á tratar de los párrocos.

II.

5. Son llamados así "los presbíteros que por derecho propio rigen " una parte del pueblo cristiano, administrándole los Sacramentos, " instruyéndole en la doctrina, y dirigiéndole por el camino de la sa- " lud eterna." Dícese en primer lugar los *presbíteros*, porque nadie que no haya recibido el sacro presbiterado, puede ejercer los oficios de párroco, siendo notorio que le corresponde la celebracion de la misa y administracion del sacramento de la Penitencia, y por consiguiente lo que es propio del órden sacerdotal: dícese que por *derecho propio* rigen, porque en virtud de la institucion parroquial y colacion del beneficio, ejercen los párrocos una jurisdiccion propia y particular en sus respectivas iglesias; de donde se colige que ningun otro de los presbíteros puede disputarle la facultad de obrar por sí, ni tampoco ejercerla en su curato sin su permiso: dícese *administrándole los santos sacramentos*, &c., para manifestar que la jurisdiccion del párroco versa solo en el órden espiritual, como es la administracion de los Santos Sacramentos, la predicacion de la doctrina y el régimen de la conciencia. Otra clase de funciones, cuales son las del fuero externo, no corresponden á los párrocos sino á voluntad del Obispo: así es que su carácter de jueces eclesiásticos le reciben de una delegacion especial que les hace el Prelado, expidiéndoles al efecto el correspondiente título, y no del beneficio mismo.

6. Como todos los párrocos son presbíteros, y no todos los presbíteros son párrocos, es necesario considerar con la debida separacion las facultades que á éstos son comunes con aquellos, y las que les son propias y peculiares. Cuéntase entre las primeras la celebracion de la misa, la predicacion y la administracion del sacramento de la Penitencia, cuando el presbítero tiene para ello licencias del Obispo: pues aunque antiguamente tenian los fieles obligacion de confesarse con su propio párroco, esto era tan solo para el cumplimiento del precepto de la confesion anual; y además no subsiste ya, porque la Iglesia tiene permitido y da por bastante para el cumplimiento del precepto el confesarse con cualquier sacerdote aprobado y expuesto por el Obispo. Esto da bastante á entender que, tratándose de aquellas cosas que el párroco tiene de comun con los otros presbíteros, no puede aquel impedir á éstos el ejercicio de las respectivas funciones, sino solo exigirles que les manifiesten las licencias del Obispo, para enterarse de ellas

y darles el permiso de usarlas en su Iglesia. No sucede lo mismo respecto de las otras funciones; porque siendo inherentes al derecho parroquial, puede el párroco permitir ó prohibir á los otros su ejercicio.

7. Las funciones propias y peculiares de los párrocos que constituyen para éstos el objeto comun de un derecho y un deber, porque no solo tienen la facultad exclusiva de ejercerlas, sino tambien una obligacion que les liga en ambos fueros, pueden reducirse á tres clases, convienc á saber: la administracion de los santos sacramentos, la direccion espiritual del pueblo cristiano, y el arreglo de todo lo conducente y necesario para el buen gobierno de sus Iglesias.

III.

8. La administracion solemne del Bautismo, la Extrema-Uncion y la bendicion nupcial, son otros tantos derechos del párroco, y por lo mismo solo él, ó un presbítero autorizado por él, pueden ejercer estos actos.

9. Hemos dicho que esto importa, no solo un derecho sino tambien una obligacion; mas tal circunstancia no impide que en algunos casos deje de administrar en persona el párroco, y lo haga por medio de sus vicarios ó lugartenientes. Algun impedimento de ausencia, enfermedad ú otra causa, y aun el mismo órden establecido para desempeñar todos los oficios parroquiales, bastan para autorizar el uso de esta especie de delegacion harto comun, principalmente cuando se trata de las grandes parroquias, administradas, no solo por el Cura, sino por otros presbíteros que le sirven de vicarios.

10. Ya os hemos dicho que la celebracion de la misa y administracion de la Eucaristía fuera del tiempo pascual, es comun á todos los presbíteros. Mas, el Párroco tiene obligacion de celebrar y aplicar la misa por el pueblo en todas las festividades del año, en que hai obligacion de oirla. Segun la disciplina antigua, los fieles debian asistir en esos dias, para cumplir con el precepto, á oir la misa de su propio Párroco: porque tambien entónces se observaba que en esta misa era explicado el Evangelio, anunciados los dias festivos y ayunos de la semana, leidas las publicaciones de matrimonios y órdenes y cualesquiera otras disposiciones, ya parroquiales ya diocesanas: mas en el dia no hai esta obligacion para los fieles; porque, segun las disposiciones actuales de la Iglesia, cumplen aquellos con el precepto de la misa, oyendo la de

cualquiera sacerdote. Sin embargo, en todas las parroquias hai una misa llamada *mayor ó parroquial*, no porque precisamente la celebra el párroco, sino porque en ella se explica el Evangelio y la doctrina cristiana por éste á los fieles, se anuncian las festividades y ayunos de la semana, se leen las amonestaciones para los matrimonios y las proclamas de los ordenandos, así como tambien las pastorales, edictos y disposiciones del Diocesano. Nada por lo mismo es tan provechoso para los fieles, como el procurar asistir á la misa parroquial: práctica que se les debe aconsejar empeñosamente por los párrocos y demas eclesiásticos. [1]

11. En cuanto á la dispensacion de la Sagrada Eucaristía, ya hemos dicho que fuera de ciertos casos, corresponde indistintamente á todos los presbíteros. ¿Cuáles son estos casos en que no le corresponde á todos sino solo al Párroco? Dos; la Comunion pascual y el Sagrado Viático, porque uno y otro son derechos propios y exclusivos de los curas. Mas, como éstos pueden delegar dicha facultad á sus vicarios, los fieles cumplen con el precepto de la comunion pascual recibiéndola en la Iglesia parroquial, así como el de ser administrados en artículo de muerte, con recibir el Sagrado Viático y el sacramento de la Extrema-Uncion de manos de un presbítero autorizado al efecto por su propio Párroco.

12. Es tambien una atribucion exclusiva del Párroco todo lo relativo á la administracion del sacramento del Matrimonio, autorizándole con su presencia y dando á los esposos las bendiciones nupciales. El Santo Concilio de Trento, en su decreto sobre la reforma del Matrimonio, establece y manda todo lo relativo á tan interesante punto: declara nulo el matrimonio que no se contraiga en presencia del propio párroco y dos ó tres testigos; prohibe como ilícitos los matrimonios clandestinos; pormenoriza todos los requisitos que han de observar los párrocos para que el matrimonio se contraiga válida y lícitamente; señala todos los impedimentos ya dirimentes ya impedientes; decreta penas contra la violencia y precauciones para evitar los peligros de la vaguedad; enuncia las obligaciones que sobre este punto tienen los señores temporales y los magistrados públicos; y á fin de que los fieles

1 Sobre todo, la circunstancia de ser esta la Misa en que se hace la predicacion á los fieles, debe servir de un poderoso motivo para no faltar á ella, ó cuando ménos, ya que hubiesen oido otra misa rezada, para asistir á la mayor al tiempo de la plática ó sermon. El Santo Concilio de Trento, en el cap. IV de la sesion 24 de *reformatione*, llama sobre este punto muí especialmente la atencion de los Prelados. *Adviertа el Obispo*, dice, *con celo á su pueblo, que todos los fieles tienen obligacion de concurrir á su parroquia á oir en ella la palabra de Dios siempre que puedan cómodamente hacerlo.*

no falten á sus deberes por padecer ignorancia sobre lo dispuesto, quiere que el Párroco tenga cuidado de amonestar al pueblo, é instruirle debidamente sobre este punto. Con respecto al matrimonio sucede lo mismo que en los otros sacramentos, cuya administracion es un atributo exclusivo del Párroco: puede delegar sus facultades á otros presbíteros, y en este caso se administra el matrimonio lícita y válidamente.

IV.

13. Pasando á las obligaciones concernientes á la instruccion y direccion espiritual de los fieles, debemos advertir que todas ellas están determinadas por los cánones, y mui principalmente por el Santo Concilio Tridentino: mas, á fin de especificar aquí lo mui necesario para nuestro propósito, diremos algo acerca de algunas.

14. La primera y mas importante de todas ellas es la instruccion dogmática y moral, que consiste sin duda en las verdades que debemos creer, en los preceptos que debemos de guardar, en los sacramentos que hemos de recibir, en las oraciones que hemos de hacer y prácticas espirituales que debemos observar. Las fuentes de toda la doctrina se hallan en los Sagrados Libros, en las obras de los Santos Padres y en las disposiciones de la Iglesia, ya sobre el dogma, ya sobre la moral, ya sobre la disciplina. Siendo pues la predicacion el primer principio y fundamento de todo, segun la oportuna observacion de San Pablo; pues la caridad supone la esperanza, ésta la fe, que es el principio y raiz de nuestra justificacion, y la fe se comunica por el oido por la palabra de Cristo, es claro clarísimo que la predicacion de esta palabra es el primero, el mas estrecho deber de los párrocos. Nuestra Madre la Santa Iglesia, tan solícita en la propagacion de la fe y observancia de la lei divina, no ha perdonado medio alguno para que los fieles estén debidamente asistidos por sus pastores con la oportuna y competente enseñanza de la doctrina. Por lo mismo, no contenta con hacer á los párrocos las mas importantes prescripciones y prevenir á los obispos vigilen exactísimamente sobre el cumplimiento de ellas, ha mandado formar un Catecismo mayor expresamente para los párrocos, y es el de San Pio V, en el cual se les presentan ordenadamente todos los puntos sobre que han de instruir á sus feligreses.

15. Deben asimismo instruir á los niños en los rudimentos de la fe católica, en sus obligaciones para con Dios y para con sus padres, y en

todo lo conducente á su enseñanza y educacion cristiana: deber estrechísimamente prescrito, no solo en el Santo Concilio ecuménico que acabamos de citar, sino tambien en el tercer Concilio mexicano y los Estatutos sinodales.

16. Otro de los deberes, tan propios y naturales, que lo indican las mismas palabras de *Cura* y *Pastor*, es el de conocer á sus ovejas, encargándose de todo lo conducente á sus buenas costumbres, bien espiritual y salud eterna, siguiendo el ejemplo de Jesucristo nuestro Señor que, al mostrarse á las turbas como el buen Pastor, daba por señas de esta bondad y tiernísimo cargo el conocimiento recíproco de él á sus ovejas y de sus ovejas á él. *Yo soi el buen Pastor*, decia, *y conozco á mis ovejas, y mis ovejas me conocen á mí*. Mas no se trata de un conocimiento estéril, sino de un conocimiento pastoral, paternal, solícito por el bien en todo sentido: el Pastor conoce á los justos para sostenerlos en la justicia, y á los pecadores para convertirlos y santificarlos, y á los ignorantes para instruirlos, y á los débiles para fortalecerlos, y á los enemigos para reconciliarlos, y á los que son presa del hambre, la desnudez y el dolor, para dispensarles todos los socorros de la caridad y todos los consuelos de la religion.

17. A la edificacion espiritual de los fieles conduce mucho el uso frecuente de los sacramentales, que á ejemplo de los sacramentos, tiene la Santa Iglesia instituidos, y por lo mismo, la administracion de ellos es uno de los objetos propios y peculiares del Párroco. La bendicion de la pila bautismal, con que se prepara la materia que sirve al Bautismo solemne, la bendicion de las mujeres despues de su parto, uso establecido á semejanza de la antigua purificacion, la aspersion del agua bendita en los domingos al pueblo reunido en la Iglesia para oir la misa parroquial, la exposicion pública de las imágenes y sagradas reliquias, y otras prácticas semejantes se enumeran entre los derechos de los párrocos. Mas, ya sea por el órden establecido de verificar esto por sí ó por medio de sus vicarios, ya por el efecto de una larga costumbre, todas estas cosas se practican por otros presbíteros, aunque siempre con el conocimiento y aquiescencia del Párroco, y en algunos con su expreso encargo y autorizacion, como la bendicion de la fuente bautismal y la aspersion de la agua bendita en los domingos.

V.

18. Pasando al tercer punto, es decir, á las obligaciones concernientes al buen gobierno y administracion de la Iglesia parroquial, los párrocos deben tener los libros necesarios para el registro y asiento de todos los actos parroquiales, y estar igualmente provistos de todo lo conducente á la administracion de los sacramentos. Para esto último tiene obligacion el Párroco: en primer lugar, de consagrar en los dias Sábado santo y Vigilia de Pentecostés la pila bautismal, cuidando de que en ella se conserve bien la agua consagrada para la administracion del Bautismo: en segundo lugar, de estar bien provisto de crisma y oleo sagrado para el Bautismo solemne y la Extrema-Uncion, cuidando con toda solicitud de conservarlos en ánforas pequeñas de oro, plata, ó cuando ménos estaño, bien cubiertos y decentemente colocados y de renovarlos anualmente, ocurriendo á la Iglesia Catedral por los necesarios, inmediatamente despues del Juéves Santo: en tercer lugar, de conservar el Sagrado Depósito del Santísimo Sacramento para el Viático de los enfermos, en copon de oro, ó plata interiormente dorado, cubierto con la vestidura correspondiente, encerrado con toda reverencia en el tabernáculo bajo de llave sobre su ara, y demás prevenido por el Ritual, y teniendo listo y bien conservado todo lo que es necesario para conducir á su Divina Magestad de la Iglesia á la casa de los enfermos con aquel respeto y reverencia que imperiosamente reclama este acto augusto y sublime de nuestra Santa Religion.

19. Todos los actos parroquiales tienen una importancia de primer órden, atendidos el objeto y fin de la institucion de las parroquias; pero hai algunos altamente solemnes, esencialísimos en la vida moral, y de mui graves trascendencias aun en la doméstica y social, que demandan imperiosamente un cuidado constante y la mas esmerada solicitud, para que se hagan constar y se conserve en todo tiempo. El Bautismo, la Confirmacion, el Matrimonio y la sepultura eclesiástica son puntos de la mas grave responsabilidad de los párrocos: son de suyo, ya estados para el hombre, ya deberes que ha de cumplir, ya hechos que ha de acreditar. Si pues hai descuido, negligencia y abandono en puntos de tanto interes, cuáles podrian ser sus consecuencias? He aquí la razon por qué se halla tan sábiamente dispuesto que el Párroco lleve los libros necesarios, para que todo conste debidamente, y todo pase á su vista y con su

especial autorizacion. Por lo ménos siete son indispensables: el primero, para el asiento de las partidas de bautismo, con la expresion del dia, del ministro, de los padres, padrinos, nombre y edad del bautizado: el segundo, de confirmaciones, con el nombre del Obispo confirmante, la edad y nombre del confirmado y el de la persona que apadrina; tercero y cuarto, el de las informaciones matrimoniales y el de partidas de matrimonios, con todas las expresiones y requisitos prevenidos por las leyes canónicas; quinto, el de los entierros, especificando la fecha, nombre, edad y estado de los muertos, recepcion de los sacramentos y nota sobre si otorgó testamento ó murió intestado el difunto: sexto, el de Fábrica, donde se asientan las partidas de entrada y salida para los gastos á que se destina el respectivo fondo: sétimo, el de providencias diocesanas, en el cual se trasladan todas las que lleven este nombre, sea cual fuere la forma de su expedicion; porque siendo todas encaminadas al mejor gobierno de la diócesis, deben constar debidamente, reunirse con órden y conservarse bien, para tenerlas á la mano en todos los casos que ocurran.

20. Todo lo que llevamos dicho hasta aquí pertenece á los oficios propios y peculiares del Párroco, al desarrollo práctico de su jurisdicion ordinaria. Pero como ademas de esta pueden los párrocos ejercer la que el Obispo quiera delegarles para procurar su cooperacion y ayuda en el mejor gobierno de la diócesis, todos los curas foráneos, esto es, los que no residen en la ciudad episcopal, tienen cierta jurisdiccion delegada por el Obispo, y la ejercen con el título y carácter de *Jueces eclesiásticos*, conforme á los títulos que oportunamente se les expiden, y con facultades mas ó ménos amplias, segun la voluntad del Diocesano. Suele suceder que de entre los curas se nombran algunos con facultades mas amplias que las que todos tienen, así por comprender mayor número de objetos, como por extenderse á varias parroquias, y éstos tienen el nombre de *Vicarios foráneos*, el cual expresa el orígen de su jurisdiccion y la localidad: son vicarios, porque hacen las veces del Obispo, y son foráneos, porque ejercen sus facultades fuera de la ciudad episcopal: uno y otro denota la limitacion indispensable por un lado y la extension correspondiente por otro, para que no lleguen á confundirse ni con los simples curas jueces eclesiásticos, ni con el Vicario general.

VI.

21. A la vista de todas estas obligaciones que pesan sobre un párroco, ya en virtud de su propio oficio, ya en fuerza de la jurisdiccion delegada, ¿cuál no debe ser, amados hijos, el cuidado y solicitud de los obispos para dar á los pueblos dignos pastores? ¿cuál su empeño en reunir todos aquellos datos que imperiosamente exige la mas acertada eleccion? El Santo Concilio de Trento, dando nuevo vigor y mayor amplitud á las antiguas prescripciones de los cánones, ha prescrito santa y sábiamente lo que deben practicar los obispos para la provision de sus parroquias. En el capítulo XVIII de la sesion 24 sobre la reforma, previene que el Obispo llame, para ser examinados y escoger de entre ellos á quien haya de nombrar para las parroquias, clérigos capaces de gobernarlas; que haga la mas exacta averiguacion acerca de la edad, costumbres y suficiencia de cada uno; y si, segun el uso de la provincia, le pareciere mas conveniente, que es lo que sucede entre nosotros, convoque por edictos públicos á los que quisieren ser examinados, y luego añade: "Cumplido el término y tiempo prescritos, sean " todos los que estén en lista examinados por el Obispo, ó si éste se " hallase impedido, por su vicario general y otros examinadores, cuyo " número no será ménos de tres; y si en la votacion se dividieren en " partes iguales, ó vote cada uno por sugeto diferente, pueda agre- " garse el Obispo, ó el vicario á quien mas bien le pareciere. Propon- " ga el Obispo, ó su vicario, todos los años en la Sínodo diocesana " seis examinadores por lo ménos, que sean á satisfaccion y merezcan " la aprobacion de la Sínodo. Y cuando haya alguna vacante de Igle- " sia, cualquiera que sea, elija el Obispo tres de ellos que le acompa- " ñen en el exámen; y ocurriendo despues otra vacante, elija entre los " seis mencionados ó los mismos tres antecedentes, ó los otros tres " segun le pareciere. Sean empero estos examinadores maestros, ó " doctores, ó licenciados en teología ó en derecho canónico, ú otros " clérigos ó regulares, aun de las órdenes mendicantes, ó tambien se- " glares, los que parecieren mas idóneos; y todos juren sobre los San- " tos Evangelios, que cumplirán fielmente con su encargo, sin respeto " á ningun afecto ó pasion humana. Guárdense tambien de recibir ab- " solutamente cosa alguna con motivo del exámen, ni ántes ni despues " de él: y á no hacerlo así, incurran en el crímen de simonía, tanto ellos " como los que les regalan; y no puedan ser absueltos de ella, si no

" hacen dimision de los beneficios que de cualquier modo obtenian aun " ántes de esto; quedando inhábiles para obtener otros despues. Y estén " obligados á dar satisfaccion de todo esto no solo á Dios, sino tam- " bien ante la sínodo provincial, si fuese necesario; la que podrá cas- " tigarlos gravemente á su arbitrio, si se certificare que han faltado á " su deber. Despues de esto, finalizado el exámen, dén los examina- " dores cuenta de todos los sugetos que hayan encontrado aptos por " su edad, costumbres, doctrina, prudencia y otras circunstancias con- " ducentes al gobierno de la Iglesia vacante; y elija de ellos el Obispo " el que entre todos juzgare mas idóneo, y á éste y no á otro ha de " conferir la Iglesia la persona á quien tocare hacer la colacion. Si " fuere de derecho de patronato eclesiástico, pero que pertenezca su " institucion al Obispo, y no á otro, tenga el patrono obligacion de " presentarle la persona que juzgare mas digna entre las aprobadas " por los examinadores, para que el Obispo le confiera el beneficio."

22. De intento hemos querido, amados hijos, trasladaros á la letra fielmente traducido el texto del Santo Concilio, para que á la vista de esta extrema solicitud, de este órden de procedimientos tan sábiamente establecido, de esa multitud de medios eficaces para formarse una exacta idea de la edad, tiempo de administracion, méritos contraidos en el servicio de la Iglesia, integridad de costumbres y ciencia tan solemne y rigurosamente calificada, de todos los presbíteros que concurren para los curatos vacantes, á fin de elegir de entre ellos el mas digno, déis todo el peso, valor y estimacion debidos, no solamente á la institucion de las parroquias, tan maravillosamente adecuada para que todos los fieles estén espiritualmente asistidos, sino tambien al personal de sus rectores y párrocos, cuya propiedad beneficial ha sido conferida con tantos requisitos y precedida de pruebas tan rigurosas en materia de ciencia, virtud y merecimientos.

VII.

23. Ya os hemos dicho que el rectorado de las parroquias constituye un beneficio eclesiástico. Todo beneficio tiene dos cosas que le constituyen, conviene á saber: la carga que impone al beneficiado, y el goce de la renta propia del beneficio. Os hemos hablado de las cargas, y concluirémos ahora diciéndoos una palabra sobre el derecho á la renta, el cual consiste en la adquisicion legítima de los frutos del beneficio, ya sea en dinero efectivo, ya en otras cosas equivalentes.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

24. Destinados los curas al servicio espiritual de los fieles; teniendo la obligacion de consagrar á este servicio todo su tiempo, de residir personal y constantemente en sus parroquias, sin poder ausentarse de ellas sino en los determinados casos que permiten los cánones, y no debiendo, por estarles mui severamente prohibido, dedicarse á negociaciones, comercios y giros, como lo hacen los legos, para buscar su subsistencia, es necesario de toda necesidad que subsistan de su propio beneficio, y que los fieles, á cuya espiritual asistencia están consagrados, les proporcionen una congrua sustentacion, es decir, recursos pecuniarios suficientes para vivir. Detenerse á demostrar esta necesidad estrechísima, tan obvia y clara para todos que basta el sentido comun para conocerla, seria gastar el tiempo en una cosa superflua. La evidencia de esta justicia basta para conocer que, por la misma lei de la naturaleza, grabada por Dios Nuestro Señor en el corazon humano, y en la cual se hallan elevados á la categoría de preceptos los primeros principios de la justicia, tienen los ministros de la Iglesia, y en consecuencia los párrocos, un incuestionable derecho y mui sagrado tambien á las rentas de sus beneficios. Este derecho es el mismo que tiene todo operario para que se le pague su trabajo: así lo estableció Nuestro Señor Jesucristo cuando dijo, aludiendo á este mismo derecho de sus ministros: *Digno es el operario de su jornal:* así lo inculcaba el apóstol San Pablo y lo han enseñado los Padres: así lo ha decretado la Iglesia: de todo lo cual resulta que la congrua sustentacion del clero es de derecho natural, de derecho positivo divino y de derecho eclesiástico.

25. Estas dotaciones del clero son diversas, ya por el fondo de donde se sacan, ya por la cantidad en que consisten, ya por el modo con que se satisfacen. Entre nosotros, para no divagarnos á hablar de otras provincias, la principal renta de los curas consiste en lo que se llama *derechos ú obvenciones parroquiales,* y es el tanto que los fieles dan á la parroquias en ciertas funciones del párroco, v. g., cuando bautiza, administra el matrimonio, da sepultura á los cadáveres, &c. Este tanto no ha quedado al arbitrio de los párrocos ni de los fieles, sino que se halla señalado por la Iglesia misma en ciertos derechos de asignacion que se llaman *Aranceles parroquiales.* No es de nuestro propósito entrar en el fondo de todas las cuestiones que los enemigos de la Iglesia suelen suscitar contra estos derechos, pero sí os harémos algunas advertencias á tal propósito.

26. Primera. Lo que se paga, no es precio de lo que se recibe, como sacrílegamente lo han dicho algunos, no; sino renta para el párroco á fin de compensarle su trabajo material, y su dedicacion personal

al servicio de los fieles. Lo que se da con ocasion del bautismo, no es precio del bautismo, pues las cosas espirituales no se venden ni se compran; y el recibir ó dar por estas mismas cosas algo, seria cometer el gravísimo crímen de la *simonía:* crímen detestado por la Iglesia de Dios, castigado severísimamente con el terrible anatema que el príncipe de los Apóstoles fulminó contra Simon Mago, que queria comprar con dinero el poder de comunicar el Espíritu Santo, y de donde tomó su nombre tan odioso delito. No, volvemos á decíroslo, y os lo repetirémos mil veces: no es precio de las cosas que se reciben, sino renta del ministro establecido para administrarlas.

27. Segunda. En cuanto al señalamiento de estos derechos, la autoridad establecida para fijar las obligaciones consiguientes y cuidar de su cumplimiento, es la Iglesia y no el gobierno temporal: porque, tratándose de cosas eclesiásticas, como lo es un beneficio, á la Iglesia y no al Estado corresponde establecer, arreglar y administrar. He aquí por qué siempre que los gobiernos, sin autorizacion de la Silla Apostólica, se han propasado á dar leyes y decretos sobre este punto, los prelados de la Iglesia, léjos de admitir tales leyes y decretos, han protestado contra ellos y dictado para sus respectivas diócesis las reglas de conducta que debe observar el clero á causa de esta resistencia pasiva. De esto tenemos en México un ejemplo mui reciente con la lei expedida el 11 de Abril de 1857 sobre derechos y obvenciones parroquiales, y con las violencias ejercidas por las autoridades civiles de los Estados contra los curas. Por nuestra parte proveimos lo conveniente, dirigiendo al Gobierno nuestra representacion y protesta de 4 de Mayo siguiente contra la expresada lei, y expidiendo nuestro decreto de 8 del mismo mes para normar la conducta de nuestro clero. Estos documentos que ya conocéis, y otros que publicarémos oportunamente sobre las cuestiones subsecuentes, os han dado y darán ideas mas amplias acerca del punto que ahora nos ocupa.

VIII.

28. Concluimos pues, hermanos é hijos carísimos, esta vigésimasegunda instruccion pastoral, deseando que produzca ella en vosotros los efectos mas saludables; que os dé luz para conocer una institucion de tan grande importancia, cómo es la de las parroquias, ya por la autoridad que la establece, ya por los requisitos que exige, ya por el objéto á que se refiere, que es el régimen espiritual de los fieles, ya por el fin

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

que se propone, que es conducirlos á la salud eterna; que os haga formar el debido concepto de un párroco, no solo por el que atrae de suyo el altísimo carácter sacerdotal que le consagra, sino por las condiciones de su establecimiento, el número y gravedad de sus obligaciones y la fuerza natural, divina y canónica de sus derechos. No perdáis nunca de vista, hijos carísimos, que el Cura de vuestra parroquia es vuestro pastor espiritual, vuestro padre en Jesucristo, vuestro maestro en la mas difícil de todas las ciencias, que es la de la salvacion, vuestro conductor y guía por los escabrosos caminos de la vida moral, vuestro consejero nato en las espinosas dificultades de la conciencia, vuestro bienhechor, formado en la escuela de Jesucristo y aleccionado con su ejemplo, para partir con vosotros, cuando sois presa de la miseria, el pan que le alimenta y el vestido que le cubre. Abandonad, ó mas bien, huid con horror de esos hombres que, atentos únicamente á privaros de un bien tan inestimable, no perdonan medio, por inicuo que sea, de indisponer á los fieles, abusando de su fe sencilla, contra sus rectores espirituales. Estad mui adictos á los vuestros: amadlos tiernamente, como ellos os aman á vosotros: compadecedlos cuando están perseguidos, como ellos os compadecen cuando estáis atribulados: pedid al Supremo Dispensador de todas las gracias, que se las otorgue sin medida, para que se muestren y porten siempre como dignos ministros y verdaderos representantes suyos en la tierra, como ellos piden por vosotros que libertándoos de todos los males verdaderos, de aquellos que nos apartan de Dios en la vida, os haga felices por los siglos de los siglos despues de la muerte.

VIGESIMATERCIA

INSTRUCCION PASTORAL.

SOBRE LOS DIFERENTES EMPLEOS
QUE DESEMPEÑAN Y OFICIOS QUE EJERCEN EN CADA DIOCESIS TANTO LOS PRESBITEROS
QUE NO PERTENECEN A LOS CABILDOS NI AL CUERPO
DE LOS PARROCOS, CUANTO LOS OTROS CLERIGOS DE ORDEN INFERIOR.

CLEMENTE DE JESUS MUNGUIA, por la gracia de Dios y de la Santa Sede Apostólica, Obispo de Michoacan, á los fieles de su diócesis.

Carísimos hermanos é hijos:

Para que os forméis una idea completa y exacta de los importantes servicios que prestan y ministerios que ejercen en la Iglesia los presbíteros y ministros, que son, como habéis visto ya, los que constituyen el segundo y tercer grado de la gerarquía eclesiástica, no basta que sepáis lo que es propio de cada órden como os lo explicámos en la instruccion vigésima, lo que importa la institucion de los cabildos eclesiásticos considerados bajo el triple aspecto del culto, la jurisdiccion y administracion diocesana, como os lo expusimos en la vigésimaprima, y la de los párrocos y sus parroquias segun os lo acabamos de enseñar en la precedente: es necesario volver á dirigir una mirada reflexiva sobre todo el conjunto, y ver la importantísima cooperacion que estos respetables ministros prestan á los obispos, cabildos y párrocos en el servicio del culto divino, administracion de los Santos Sacramentos, gobierno diocesano, y formacion intelectual y moral de la juventud

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

que se propone, que es conducirlos á la salud eterna; que os haga formar el debido concepto de un párroco, no solo por el que atrae de suyo el altísimo carácter sacerdotal que le consagra, sino por las condiciones de su establecimiento, el número y gravedad de sus obligaciones y la fuerza natural, divina y canónica de sus derechos. No perdáis nunca de vista, hijos carísimos, que el Cura de vuestra parroquia es vuestro pastor espiritual, vuestro padre en Jesucristo, vuestro maestro en la mas difícil de todas las ciencias, que es la de la salvacion, vuestro conductor y guía por los escabrosos caminos de la vida moral, vuestro consejero nato en las espinosas dificultades de la conciencia, vuestro bienhechor, formado en la escuela de Jesucristo y aleccionado con su ejemplo, para partir con vosotros, cuando sois presa de la miseria, el pan que le alimenta y el vestido que le cubre. Abandonad, ó mas bien, huid con horror de esos hombres que, atentos únicamente á privaros de un bien tan inestimable, no perdonan medio, por inicuo que sea, de indisponer á los fieles, abusando de su fe sencilla, contra sus rectores espirituales. Estad mui adictos á los vuestros: amadlos tiernamente, como ellos os aman á vosotros: compadecedlos cuando están perseguidos, como ellos os compadecen cuando estáis atribulados: pedid al Supremo Dispensador de todas las gracias, que se las otorgue sin medida, para que se muestren y porten siempre como dignos ministros y verdaderos representantes suyos en la tierra, como ellos piden por vosotros que libertándoos de todos los males verdaderos, de aquellos que nos apartan de Dios en la vida, os haga felices por los siglos de los siglos despues de la muerte.

VIGESIMATERCIA

INSTRUCCION PASTORAL.

SOBRE LOS DIFERENTES EMPLEOS
QUE DESEMPEÑAN Y OFICIOS QUE EJERCEN EN CADA DIOCESIS TANTO LOS PRESBITEROS
QUE NO PERTENECEN A LOS CABILDOS NI AL CUERPO
DE LOS PARROCOS, CUANTO LOS OTROS CLERIGOS DE ORDEN INFERIOR.

CLEMENTE DE JESUS MUNGUIA, por la gracia de Dios y de la Santa Sede Apostólica, Obispo de Michoacan, á los fieles de su diócesis.

Carísimos hermanos é hijos:

Para que os forméis una idea completa y exacta de los importantes servicios que prestan y ministerios que ejercen en la Iglesia los presbíteros y ministros, que son, como habéis visto ya, los que constituyen el segundo y tercer grado de la gerarquía eclesiástica, no basta que sepáis lo que es propio de cada órden como os lo explicámos en la instruccion vigésima, lo que importa la institucion de los cabildos eclesiásticos considerados bajo el triple aspecto del culto, la jurisdiccion y administracion diocesana, como os lo expusimos en la vigésimaprima, y la de los párrocos y sus parroquias segun os lo acabamos de enseñar en la precedente: es necesario volver á dirigir una mirada reflexiva sobre todo el conjunto, y ver la importantísima cooperacion que estos respetables ministros prestan á los obispos, cabildos y párrocos en el servicio del culto divino, administracion de los Santos Sacramentos, gobierno diocesano, y formacion intelectual y moral de la juventud

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

que se dedica á la carrera eclesiástica. No pudiendo ciertamente ni el Obispo atender por sí solo á todos los ramos de su administracion diocesana, ni los cabildos desempeñar sin auxilio ageno todos los trabajos consiguientes al objeto de su institucion, ni los párrocos atender exclusivamente por sí á todas las necesidades espirituales de sus feligreses, todos necesitan servirse de otros eclesiásticos, y por lo mismo los emplean, correspondiendo así la intencion y conformándose con las reglas de la Santa Iglesia de Dios. Veamos pues ahora el cuadro bajo este último aspecto; pues así le comprenderémos mejor, conocerémos con toda exactitud la importancia moral y social del clero católico, y estarémos provistos de todos los antecedentes necesarios, para descubrir la falsedad y malicia con que á veces combaten á tan respetable cuerpo cierta clase de hombres.

2. Siguiendo el órden mismo que acabamos de indicar, dividirémos esta instruccion en tres puntos, tratando en el primero, de los eclesiásticos empleados inmediatamente por el Obispo en todos aquellos ramos que no están puestos bajo la direccion de los cabildos y párrocos; manifestando en el segundo los presbíteros y ministros empleados en el servicio de las iglesias catedrales, bajo la dependencia inmediata de sus cabildos; y hablando, por último, de los que sirven en las parroquias con sujecion á sus rectores ó curas.

1.

3. Antes de entrar en materia, creemos conveniente recordaros un punto que ya os hemos indicado en otra vez, conviene á saber: la diferencia que hai entre la potestad de órden y la de jurisdiccion, y las consecuencias prácticas de esta diferencia. Las funciones propias de cada órden exigen de tal suerte que el que las ejerce esté ordenado, que no pueden encomendarse al no ordenado. Vice versa, cuando solo se trata de la potestad de jurisdiccion, no es necesario que el que la ejerce tenga algun órden particular. Esto quiere decir que las ocupaciones de los presbíteros y ministros, á que nos vamos á referir en la instruccion presente, no siguen precisamente al órden, sino solo en aquellos casos que lo exigen. Algunos oficios de la curia, como por ejemplo, el Provisorato, la Secretaría del Gobierno diocesano, lo mismo que algunos empleos tocantes á la enseñanza de la juventud, como el de rectores, catedráticos, &c., pueden estar desempeñados por las personas que nombre el Obispo sin necesidad de que sean presbíteros

ó tengan tal ó cual órden; pues lo que se busca es la aptitud y probidad para los respectivos empleos, y no precisamente el órden. Mas cuando se trata de ocupaciones propias de algun ministerio, entónces claro es que debe buscarse el órden que tal ministerio exige. Un capellan, por ejemplo, tiene que decir misa y confesar: luego es necesario que sea presbítero. Si alguno por su oficio propio no tuviese mas obligacion que la de acompañar las misas como diácono ó subdiácono, deberá tener el órden respectivo; pero no habrá necesidad de otro mayor. Hechas estas explicaciones, vengámos al primer punto.

4. A tres cosas provee inmediatamente el Obispo, fuera de los cabildos y parroquias, conviene á saber: á la curia eclesiástica, á la formacion del clero, á los monasterios y otros establecimientos piadosos. La curia eclesiástica que, en su mas lata significacion, representa el concurso de todos los vicarios y empleados en el gobierno y administracion diocesana bajo la dependencia inmediata del Obispo, tiene tantos destinos, cuantos exige la buena administracion de los diversos ramos que forman el objeto de la jurisdiccion episcopal. En nuestra diócesis hai una oficina de gobierno en que se despachan todos los negocios gubernativos ó económicos de la diócesis, á cargo de un Secretario y un Pro-secretario, que son eclesiásticos; otra bajo el título de *Provisorato* y á cargo del Provisor y Vicario general, en que se instruyen y sentencian todas las causas civiles y criminales de los clérigos del obispado, y se ejercen otros oficios consiguientes á las facultades especiales que los obispos quieren conferir á sus vicarios generales: otra llamada *Juzgado de testamentos, capellanías y obras pías*, y servida por un eclesiástico que funge con el título de Juez de testamentos, capellanías y obras pías, en la cual se despachan todos los asuntos relativos á la visita de los testamentos, cumplimiento de las voluntades piadosas, convocacion de capellanes y colacion de las capellanías, prévio el correspondiente juicio y sentencia, y por último, se administran todas las rentas destinadas á tales objetos; y otra, finalmente, para despachar los asuntos de los monasterios de religiosas sujetas á la jurisdiccion ordinaria, servida tambien por un eclesiástico que lleva el título de *Vicario general de monasterios*. Hai además en las curias otros oficios desempeñados tambien por eclesiásticos, como son la Promotoría fiscal, la Defensoría de matrimonios y la de testamentos, capellanías y obras pías del obispado.

5. Como el despacho de las curias eclesiásticas exige un conocimiento cabal de la jurisprudencia canónica, está prevenido que los empleos principales, y de que acabamos de hacer mencion, se confien

á eclesiásticos canonistas, y que hayan recibido, si es posible, algun grado mayor académico de universidad, ó por lo ménos el título de abogado: de manera que, solo cuando absolutamente no pueden ser habidos clérigos con esta condecoracion y dignos por otra parte de una confianza tan señalada, ó en caso de haberlos, tienen ya en la Iglesia ocupacion incompatible con el desempeño de los oficios curiales, se emplean eclesiásticos no condecorados, pero procurándose siempre que suplan la falta del grado académino de universidad con su aplicacion, conocimientos prácticos y manejo de negocios.

6. En cuanto á la enseñanza y educacion de la juventud escogida para formarla en el espíritu, costumbres y ciencias eclesiásticas, ya comprenderéis, amados hijos, que ella constituye uno de los objetos mas importantes del cargo pastoral. Si no se ponen en práctica todos los medios necesarios para que correspondan á su mui alta mision aquellos que Jesucristo estableció como sal de la tierra y luz del mundo, no habrá ministros dignos y verdaderos operarios evangélicos en la Iglesia de Dios: al contrario, si se cuida mui empeñosa y esmeradamente de formar en virtudes y letras á los que han de recibir con la imposicion de las manos el sublime carácter del sacerdocio, su accion sobre el pueblo fiel, cuando hayan de figurar en el venerable cuerpo del clero, será fecunda sobre todo encarecimiento: sus labios anunciarán la doctrina, su ejemplo la manifestará puesta en práctica, su celo desarraigará los vicios é instituirá y formará las virtudes, su ministerio edificará constantemente, y todo servirá para bendecir y alabar al Pontífice Eterno, autor, institutor y conservador permanente del sacerdocio. He aquí por qué no ha dejado nunca la santa Iglesia de atender mui eficazmente á objeto tan importante, ya con oportunas doctrinas, ya con útiles establecimientos, ya con impulsos de todo género para formar sus ministros. El Santo Concilio de Trento dedicó el cap. XVIII de la sesion 23 *de Reformatione*, á prevenir á los obispos que tengan especial cuidado de erigir en sus diócesis seminarios de clérigos: fija las bases de tan importantes establecimientos: comunica las facultades necesarias á los diocesanos para dotarlos, y manifiesta las calidades que deben tener los alumnos y sus directores. Pues bien, amados hijos, los seminarios eclesiásticos son ordinariamente servidos por clérigos; porque solo se ocupan personas del estado seglar cuando no hai en la diócesis eclesiásticos idóneos y expeditos para desempeñar el importantísimo cargo de maestros y directores de esta juventud. La primera circunstancia que buscamos en ellos, es la integridad y pureza de costumbres; la segunda, la capacidad, instruccion y aptitud para enseñar;

y entre los que se hallan adornados con todas estas cosas, preferimos á los clérigos sobre los seglares, á los que tienen algun órden sobre los simples clérigos, á los de órden sacro sobre los menoristas, y á los presbíteros sobre los diáconos y subdiáconos. Y como es caso raro que falten clérigos á propósito para la enseñanza de la juventud en una mitra, sucede por lo comun que los seminarios conciliares son servidos por eclesiásticos.

7. Pasando al tercero de los objetos que indicámos tratando del empleo de los presbíteros y ministros que no son capitulares ni párrocos, debemos hablar: primero, de los monasterios; segundo, de los hospitales y hospicios, y tercero, de la milicia.

8. Los monasterios, recintos privilegiados de Dios, asilos venerables de las vírgenes que se consagran al servicio de Jesucristo en una carrera de austeridad y abnegacion absoluta, renunciando para siempre al siglo, interesan el celo pastoral de los obispos tanto como la piedad de los fieles; pues que su conservacion en estado de perfecta observancia es un medio el mas eficaz para atraer hácia la tierra todas las gracias y todos los beneficios del cielo. Aquí se dedican todos los dias del año y todos los períodos del dia religioso á la oracion humilde, fervorosa, llena de fe y de confianza, solícita y reiterada, por todas las necesidades del mundo; y esta oracion, vínculo de comunicacion entre los cielos y la tierra, es la causa de que los hombres no sean presa de las mayores desgracias, de que los justos perseveren y se conviertan los pecadores, de que se dilate la fe y no abandone la religion á los pueblos católicos. Para conservar pues en el mejor estado estos claustros religiosos, es necesario ponerlos á cargo de presbíteros bien formados en la ciencia del espíritu, de confesores expertos y directores capaces de iniciar, sostener y hacer progresar el espíritu en la carrera de las virtudes.

9. Los hospitales, instituidos para curar los enfermos; los hospicios, donde la solicitud maternal de la Iglesia recoge á todos los menesterosos para darles el pan, el vestido, y sobre todo, encaminarlos á la bienaventuranza por las prácticas mas saludables, tienen siempre eclesiásticos encargados de la parte moral, para celebrar el Santo Sacrificio de la Misa, enseñar la doctrina cristiana y administrar los Santos Sacramentos, á los enfermos en los hospitales y á los desvalidos en los hospicios, orfanatorios y otros establecimientos de caridad. Lo mismo sucede con la milicia; pues los diferentes cuerpos que la forman, deben estar provistos de capellanes, es decir, de presbíteros que con la suficiente autorizacion asistan á los gefes, oficiales y tropa con los recursos de su ministerio.

II.

10. Os hemos dicho tambien, amados hijos, que hai en las iglesias catedrales, á mas de los Dignidades, Canónigos, Racioneros y Medio-racioneros que componen sus cabildos, otros eclesiásticos empleados en ellas por nombramiento de aquellos para el mejor servicio del culto divino y de las oficinas capitulares. En el coro hai cierto número de capellanos que tienen la obligacion de asistir á todas las horas canónicas y desempeñar ademas algunos empleos. En nuestras Iglesias hai dos *Maestros de ceremonias*, dos *Apuntadores:* los primeros tienen á su cargo, como lo indica el mismo nombre que llevan, dirigir todas las funciones religiosas, cuidando de que se practiquen las ceremonias con total arreglo á lo dispuesto por la Iglesia: los segundos tienen el oficio de notar las faltas que se cometan en el coro, y que se llaman *puntos*, ya por los que dejan de asistir á él sin causa legítima, ya por los que asistiendo faltan en algo al ceremonial del coro. Con estas faltas dan cuenta en ciertos tiempos al Cabildo, para que mande anotarlas en las respectivas cuentas de los interesados. Hai otro que lleva el título de *Sochantre*, y tiene á su cargo la direccion del coro bajo la dependencia inmediata del Chantre: dos eclesiásticos están encargados de la Sacristía, y llevan el nombre de *Sacristanes, mayor y menor:* otro se titula *Celador*, y tiene á su cargo cuidar del buen órden de la Iglesia, principalmente en las concurrencias religiosas. Hai tambien un capellan encargado de reconciliar á los Capitulares y dotado con los fondos del Cabildo; dos eclesiásticos, bajo cuya direccion está el colegio pequeño de niños dedicados al canto y al servicio diario de las catedrales, en clase de acólitos, y que funcionan, uno de rector y otro de vice-rector, y ambos dependen inmediatamente de la corporacion; y por último, un *Secretario de Cabildo.*

III.

11. Réstanos hablaros de los eclesiásticos que sirven en las parroquias bajo la direccion de los curas. Fuera del Sacristan mayor, que es un beneficiado instituido inmediatamente por el Obispo en concurso, hai otros presbíteros en mayor ó menor número, segun la extension de la parroquia, que sirven á ella en clase de vicarios, es decir, de eclesiásticos que hacen las veces del cura, ó que llevan juntamente con él el peso de la administracion parroquial. Estos eclesiásticos deben estar habilitados por el Obispo de las licencias correspondientes, que se les expiden prévio el respectivo sínodo ó exámen, y nombrados y adscriptos por la misma autoridad diocesana. Suelen tambien ocupar los párrocos á diáconos y subdiáconos cuando hai empleos que no exijan el órden sacerdotal. Estos vicarios tienen sus distribuciones arregladas por los mismos curas, y son atendidos en su congrua sustentacion con la renta del curato, conforme á los arreglos que celebran con ellos los señores curas.

12. Fuera de estos tres órdenes, en que se hallan distribuidos los presbíteros y ministros, hai otras muchas ocupaciones bastante conocidas, y que seria largo enumerar, como los vicarios fijos, independientes de los curatos, las coadjutorías ó servicios supletorios de éstos cuando el párroco está impedido, las capellanías de haciendas y minerales. Basta deciros que todos los eclesiásticos tienen su ocupacion, señalada en una ú otra clase, y aun sin desempeñar algun empleo determinado, por haber recibido las órdenes á título de capellanía ó patrimonio, prestan importantes servicios á los fieles, ya con la celebracion de la Santa Misa, ya con la predicacion de la divina palabra, ya en el confesonario, ya en las conferencias eclesiásticas llevando el contingente de sus estudios, ya por último, escribiendo para la instruccion de los pueblos y defensa de los derechos de la Iglesia.

IV.

13. Hemos concluido, hermanos é hijos carísimos, esta vigésimatercia instruccion, que no nos ha parecido conveniente omitir, por creer mui provechoso á los fieles el conocimiento perfecto de los diferentes empleos y ministerios que los eclesiásticos desempeñan y ejercen en sus respectivas diócesis, ya en la curia eclesiástica, ya en el Seminario Tridentino, ya en los monasterios, hospitales, hospicios y establecimientos de caridad, ya en los presidios y cárceles, ya en los ejércitos, ya en los campos, segun la distribucion diocesana; ya en las iglesias catedrales para el mejor servicio del culto; y ya por último, en las parroquias bajo la dependencia de sus párrocos. Ved, pues, la distribucion, las tareas, los trabajos de esta milicia sagrada que se llama *clero:* el carácter é importancia de sus ocupaciones, los efectos de su celo, las grandes obras de su ministerio y las trascendencias de su institu-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

cion en el recinto de las familias y en el gran teatro de la sociedad. Dad á Dios nuestro Señor infinitas gracias, porque os ha concedido tan abundantemente los beneficios del estado eclesiástico; rogadle que asista con todas sus luces y gracias á los ministros que le componen; pedidle ardientemente que no deje nunca de mandar dignos y laboriosos operarios á su mies, para que, dilatando el conocimiento de la santa doctrina, conservando el feliz imperio de la moral y sosteniendo la práctica de las virtudes, realicen los deseos y los ardientes votos de nuestro Divino Maestro, que no estableció tan santo ministerio sino para conducir á los hombres por el camino de la virtud al reino de la bienaventuranza.

VIGESIMACUARTA

INSTRUCCION PASTORAL.

SOBRE EL CLERO CONSIDERADO EN SUS RELACIONES CON LA RELIGION Y LA SOCIEDAD.

CLEMENTE DE JESUS MUNGUIA, por la gracia de Dios y de la Santa Sede Apostólica, Obispo de Michoacan, á los fieles de su diócesis.

Carísimos hermanos é hijos:

Despues de todo lo que os hemos dicho en esta larga serie de instrucciones acerca del dogma de la Santa Iglesia católica, de su constitucion divina, de su autoridad soberana, de su carácter social, de la economía de su gobierno, de la independencia de su accion propia y de lo que en toda ella representa ese venerable cuerpo de ministros, esparcidos por todo el orbe para dilatar la fe, explicar la doctrina, persuadir la virtud, desarraigar el vicio, purificar la conciencia, consagrar y distribuir el Cuerpo de Cristo y gobernar, bajo la dependencia de su Vicario en la tierra, toda la sociedad católica en el sentido de su institucion, en la plenitud de su objeto y sobre la punta de sus leyes, parece que no deberiamos extendernos ni á poner á vuestra vista las relaciones íntimas que ligan á la religion con sus ministros, ni á convencer y persuadir á nadie que se llame cristiano sobre la importancia suprema del clero en el órden moral y social. Mas por una lamentable fatalidad han empezado á correr en esta religiosa nacion esas doctrinas desoladoras que, comenzando por desconocer el magisterio supremo de la Iglesia

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

cion en el recinto de las familias y en el gran teatro de la sociedad. Dad á Dios nuestro Señor infinitas gracias, porque os ha concedido tan abundantemente los beneficios del estado eclesiástico; rogadle que asista con todas sus luces y gracias á los ministros que le componen; pedidle ardientemente que no deje nunca de mandar dignos y laboriosos operarios á su mies, para que, dilatando el conocimiento de la santa doctrina, conservando el feliz imperio de la moral y sosteniendo la práctica de las virtudes, realicen los deseos y los ardientes votos de nuestro Divino Maestro, que no estableció tan santo ministerio sino para conducir á los hombres por el camino de la virtud al reino de la bienaventuranza.

VIGESIMACUARTA

INSTRUCCION PASTORAL.

SOBRE EL CLERO CONSIDERADO EN SUS RELACIONES CON LA RELIGION Y LA SOCIEDAD.

CLEMENTE DE JESUS MUNGUIA, por la gracia de Dios y de la Santa Sede Apostólica, Obispo de Michoacan, á los fieles de su diócesis.

Carísimos hermanos é hijos:

Despues de todo lo que os hemos dicho en esta larga serie de instrucciones acerca del dogma de la Santa Iglesia católica, de su constitucion divina, de su autoridad soberana, de su carácter social, de la economía de su gobierno, de la independencia de su accion propia y de lo que en toda ella representa ese venerable cuerpo de ministros, esparcidos por todo el orbe para dilatar la fe, explicar la doctrina, persuadir la virtud, desarraigar el vicio, purificar la conciencia, consagrar y distribuir el Cuerpo de Cristo y gobernar, bajo la dependencia de su Vicario en la tierra, toda la sociedad católica en el sentido de su institucion, en la plenitud de su objeto y sobre la punta de sus leyes, parece que no deberiamos extendernos ni á poner á vuestra vista las relaciones íntimas que ligan á la religion con sus ministros, ni á convencer y persuadir á nadie que se llame cristiano sobre la importancia suprema del clero en el órden moral y social. Mas por una lamentable fatalidad han empezado á correr en esta religiosa nacion esas doctrinas desoladoras que, comenzando por desconocer el magisterio supremo de la Iglesia

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

y continuando con atacar al clero, han acabado por extinguir la religion y hacer volver los pueblos mas cultos á la barbarie. Queriendo arrancar de las entrañas de una nacion el sentimiento religioso, y no atreviéndose á manifestar claramente su intento, esos funestos propagandistas han recurrido á la insidiosa táctica de atacar á los sacerdotes, bien persuadidos que, si éstos llegan á figurar como extraños á la fe y enemigos de los pueblos, no tardará mucho tiempo en consumarse la victoria del error sobre la verdad, de la herejía sobre el dogma, de la apostasía sobre la religion y de la materia sobre el espíritu. De aquí su empeño en desconceptuar al clero, en verter á torrentes la corrosiva hiel del sarcasmo y la calumnia sobre su respetable personalidad, y en confundir por una parte al ministro con el hombre, y separar por otra á la religion de su ministerio. Un ataque de esta naturaleza es el mas terrible que ha sufrido en todos tiempos la religion católica: porque se hace con un ademan hipócrita, se sostiene de una manera mui solapada, y se consuma con la mas cruel alevosía; y porque quitar de en medio la accion del sacerdocio, vale tanto como borrar la fe, dejándola sin apóstoles y defensores; destruir la esperanza, privándola de los recursos que la sostienen, esto es, de sacramentos que nos sanan y justifican y que administra el sacerdote; sepultar para siempre la caridad, abandonando la conciencia en el torbellino de las pasiones, sin esa fuerza represiva que las contiene, sin ese elemento de vida que restaura la moral con la penitencia y reedifica sobre las ruinas amontonadas de la culpa el templo de la virtud en que Dios reside, uniéndose con el hombre; y acabar con el culto, que ni aun concebirse puede sin estas tres virtudes, y el sacrificio que ofrece todos los dias el sacerdote al Dios de la justicia y la misericordia. ¡Será extraño que los enemigos de la religion en la católica México hayan ensayado á su turno este inicuo medio, empeñándose todos en presentar al clero como extraño á la religion y aun enemigo de ella, hostil á las instituciones sociales, autor de los males públicos y aun profanador del ministerio mismo. No lo es en verdad: porque hai ciertos rasgos comunes, ciertas facciones de familia, cierto sistema tradicional en todos esos desgraciados, que desde el principio del cristianismo se han aprestado á combatir la Iglesia.

2. Es pues necesario que opongamos á tan funestos errores la doctrina pura y santa de nuestro Señor Jesucristo, y á esas calumnias groseras, vertidas contra la clase mas respetable, las consecuencias prácticas de aquella doctrina, es decir: el influjo benéfico que ha ejercido siempre tan alto ministerio sobre los destinos de la sociedad. Tal es

amados hijos, el objeto de esta carta, con la cual pensamos terminar la primera série de nuestras instrucciones pastorales. Relaciones esencialísimas que ligan al clero con la religion de Jesucristo; he aquí el primer punto: influjo benéfico del ministerio católico en la sociedad; he aquí el segundo.

PUNTO PRIMERO.

3. Para daros á conocer, amados hijos, el carácter y la estrechez de las relaciones que unen á la religion con el clero, bastaria sin duda fijar vuestra atencion sobre estas dos ideas: primera: "la religion para ser propagada, enseñada y sostenida, necesita de un ministerio;" segunda: "este ministerio es el clero." Pero, siendo de tal importancia y habiendo sido tan fuertemente combatido el carácter esencial de estas relaciones, procurarémos ponerle de manifiesto á vuestra vista, no solo con la explanacion de este concepto, sino tambien con los elementos constitutivos del culto y las notas extrínsecas de la religion que profesamos. Considerado el clero como un ministerio, y ensalzado magníficamente á causa de esta mision por los Santos Padres y escritores eclesiásticos, se presenta, con toda la magestad que le es propia, como el agente perpétuo de Dios en la tierra, para enseñar, defender y propagar la religion. Estudiando el culto católico en el fondo, y observando la parte que el sacerdocio tiene en todos sus elementos constitutivos, se palpa la esencialidad del clero en el carácter intrínseco de la religion. Reflexionando atentamente sobre lo que representa cada uno de los títulos de nuestra religion, se obtiene el mismo resultado. Es pues nuestro ánimo probaros aquí que el clero está esencialmente unido con la religion católica: primero, por ser un mediador entre Dios y los hombres: segundo, por los elementos constitutivos del culto; tercero, por las notas extrínsecas de nuestra religion. Estadnos atentos.

I.

4. Es la religion, como todos sabéis, una virtud moral por la cual damos á Dios el debido culto. El culto que damos á Dios consiste, en dirigir á Su Magestad todos los tributos de nuestro ser en reconocimiento de la dependencia consiguiente á las relaciones que le unen con la naturaleza humana. Como Creador, debemos dirigirle acciones de gra

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

cias por habernos dado el ser, y pedirle nos conserve, dándonos todo lo que es necesario para vivir y vivir segun su voluntad. Como último fin, debemos enderezar á él todas nuestras acciones, colocar en él toda nuestra esperanza y cifrar en su posicion y goce toda nuestra felicidad. Como Legislador Supremo, debemos someter nuestra libertad á su ley, reconocer en el hecho de observarla un auxilio de su gracia, en el hecho de quebrantarla una perversidad de nuestra naturaleza; y por consiguiente, si nos hallamos bien, pedirle el ser conservados en su amistad por medio de la perseverancia, y si nos hallamos mal, clamar á su clemencia, porque nos vuelva á los rectos caminos, y á su misericordia para que nos perdone. Todos estos homenajes expresan el modo con que el hombre se comunica con Dios, al paso que la verdad que Dios nos revela, las promesas que su infinita bondad nos hace, las leyes que nos impone, las gracias que nos comunica para cumplir su ley, los socorros con que nos asiste para salir del mal, y los medios que nos proporciona para volver á su gracia despues del pecado; todo esto expresa el modo con que Dios se comunica con el hombre. Esta reciprocidad de comunicacion sube á un principio, que es el culto divino, cuyos elementos constitutivos consisten en la fe, la esperanza, la caridad y el sacrificio; y todo esto forma, como bien lo sabéis, la religion.

5. Ahora bien, amados hijos, ¿cuál es el órgano intermedio de esta comunicacion recíproca entre Dios y los hombres? ¿Acaso alguna revelacion individual que á cada hombre se haga, ó el modo con que cada uno comprenda el pensamiento y la voluntad de Dios? No por cierto: pensarlo así, seria extraviarse lastimosamente, seria venir al protestantismo, en el cual todo lo hace la inteligencia privada, y nada la doctrina instituida, nada el magisterio dogmático; no hai Iglesia de Cristo, y por consiguiente no hai tampoco fe, doctrina y gracia de Cristo, ni legítima comunicacion del hombre con Dios. ¿Cuál es pues, repetimos, el órgano con que Dios se comunica con los hombres? La Iglesia y nada mas; porque fuera de la Iglesia no hai doctrina verdadera, no hai magisterio legítimo, no hai autoridad soberana en lo espiritual, no hai sacramentos, no hai salvacion. Y en la Iglesia de Dios, ¿quiénes han sido puestos, establecidos y plenamente autorizados para representar á Dios entre los hombres, y por consiguiente, como unos órganos de comunicacion entre la Divinidad y la humanidad? Los ministros católicos, cuyo conjunto es lo que llamamos *Clero*.

6. El Padre envió á su Unigénito, para que, encarnando en la naturaleza humana, pudiese, conforme lo tenia decretado, realizar su plan de regeneracion y salvacion, padeciendo y muriendo por nosotros, y enseñándonos con su vida y ejemplo el camino del cielo. He aquí á Jesucristo. ¿Quién podria decir nunca, sin destruir toda la doctrina y acabar con todo el sentido moral y comun, que Jesucristo fuese jamas extraño á la religion? Nadie por cierto. Pues bien, Jesucristo dijo á sus Apóstoles, y en ellos á todos los que habian de sucederles: *Así como mi Padre me ha enviado á mí, así tambien yo os envio á vosotros.* Si pues el enviado del Padre, es tan esencial á la religion, que sin él no existiria ni pudiera existir ella; los enviados, sustitutos y delegados del Hijo para seguir desempeñando su mision en la tierra, son tan esenciales á la religion, que sin ellos no puede haber religion.

7. ¿Podrá ser que, separándonos del sacerdocio quedemos unidos con Jesucristo, y por consiguiente tengamos religion? No puede ser. ¿Por qué? porque Jesucristo dijo, refiriéndose á este cuerpo sagrado: *El que os oye á vosotros, me oye á mí; el que os desprecia á vosotros, me desprecia á mí.*

8. He aquí por qué los Sumos Pontífices, los Santos Padres y escritores eclesiásticos han inculcado siempre de mil modos este carácter del clero, esencial á la religion, dándole nombres, á cual mas excelso, que representan la sublimidad de este ministerio, identificado en cierto modo con Dios é inseparable del culto que se le tributa y de la religion que se profesa.

9. *Es el clero*, dice San Bernardo, *un órden sacratísimo, una profesion de perfeccion, una tierra de santos: sus miembros son los esposos, custodios, amigos y domésticos mas íntimos de la Iglesia; parientes de Cristo, sus padres en cierto modo, sus hermanos, sus vicarios. Es el clero*, segun San Pedro Damiano, *un órden familiarmente reunido para ejercer los oficios divinos, lugar de vivir irreprensiblemente: sus individuos constituyen los miembros mas santos de la Iglesia; son cooperadores con Dios y dispensadores de los sacramentos celestes, y están especialísimamente adheridos á Cristo mui mas que todos los otros miembros de la Iglesia. Es el clero*, para San Juan Crisóstomo, *el muro de la Iglesia de Dios, no es ningun mortal*, dice, *no es un ángel, no es un arcángel, no es alguna otra criatura, sino el mismo Paráclito quien ha instituido y dispuesto un órden semejante. . . . los sacerdotes son vicarios de Cristo, y honrar al sacerdote de Cristo, es honrar á Cristo mismo.* San Ambrosio les llama *fortalezas de la santidad y de la fe, caudillos y rectores de la grei de Cristo*, é inculca la necesidad que tienen los fieles de conocer bien, honrar y acatar debidamente á la dignidad de los sacerdotes. S. Cirilo de Alejandría le llama *linaje sagrado y escogido* para ejercer augustos y divinos ministerios.

San Clemente les apellida *legados cerca de Dios y dioses terrenos despues de Dios:* San Gerónimo les mira como salvadores del mundo: San Agustin, como hombres angélicos: San Gregorio Nazianzeno, como cimientos del mundo, luces de la vida y columnas de la fe: San Próspero, como antorchas y honor de la Santa Iglesia y dispensadores de la casa del Rei Eterno: San Ignacio, como el ápice de todos los honores que se conocen en la tierra: San Efren admira la grande, formidable y maravillosa dignidad del sacerdocio, considerándole como un milagro estupendo: una dignidad profunda, grande, dilatada, inmensa, infinita en cierto modo; y San Dionisio considera esta dignidad como angélica y divina.[1]

10. Cada una de las denominaciones dichas, si bien se considera, entraña dos ideas principales: primera, el carácter de medio entre Dios y los hombres, que tiene el clero y principalmente el sacerdocio: segunda, la esencialidad de este carácter en el plan de la religion. El clero, amados hijos, es el ministerio, y esto nadie lo duda; y el ministerio es de todo punto esencial al culto sagrado. Si quisiésemos valernos aquí de algunos ejemplos, para hacer sentir mas y mas toda la fuerza de esta verdad, podriamos recorrer una escala dilatadísima; mas á fin de consultar á la brevedad, solo tomarémos tres: uno en el individuo, otro en la familia y otro en la sociedad. El individuo tiene una virtualidad, un poder de pensamiento, deliberacion y libertad en su espíritu; mas para trasmitir á los otros este pensamiento, esta voluntad, y ejercer en el órden externo su libertad natural, ha menester de un medio, y este medio es, para el pensamiento la palabra, y para todo el órden externo los sentidos. Por esto al hombre le sirven sus órganos; pues la parte mas noble del hombre se halla en su espíritu, y su ministerio está en su organizacion material. ¿Será pues esta organizacion, esta palabra externa, este movimiento de los sentidos una cosa extraña á nuestra vida intelectual y moral? No por cierto, sino una cosa esencial á nuestra constitucion humana. En la familia vemos al padre ejerciendo el poder doméstico, á la madre ministrando en toda la economía de la casa, desempeñando una especie de ministerio. ¿Se dirá que la madre es un objeto extraño á la constitucion de la familia? No. ¿Qué vemos en la sociedad civil? á los hombres reunidos bajo las garantías de las leyes y con sujecion al Gobierno. ¿Qué cosa es el Gobierno? Si hemos de dar crédito á San Pablo, el Ministro de Dios para el bien. ¿Se dirá pues que el Gobierno sea extraño á la sociedad que manda?

1 No hemos colocado estas autoridades segun el órden cronológico, para seguir mas bien el de las ideas que en ellas se enuncian.

No. En los gobiernos mismos hai gerárquia: existe un poder supremo y una personalidad administrativa que podemos llamar ministerio público. ¿Será extraño el ministerio público al poder de la sociedad y á esta misma? ¿habrá entre ellos distancias inmensas? No. Luego esto mismo sucede con el ministerio católico, esto mismo sucede con el clero: su carácter, su representacion, sus atributos, su accion misma; todo prueba con la última evidencia que el clero es esencial á la religion, y que en el plan con que ha sido ésta revelada é instituida, no puede existir religion católica sin clero.

II.

11. Esto es bastante claro. Mas para sentir mejor la fuerza de una verdad tan importante, consideremos aparte los elementos esenciales del culto católico, que son: la fe, la esperanza, la caridad y el sacrificio; y observando la relacion esencial que con cada una de estas cosas tienen los ministros del santuario, nos persuadirémos hasta la última evidencia de que el clero es esencial á la religion.

12. Es la fe, como sabéis, una "luz ó conocimiento sobrenatural, "con que sin ver creemos lo que Dios dice y la Iglesia nos propone." Siendo un conocimiento sobrenatural, claro es que no podemos adquirirle por solas las fuerzas de la naturaleza, y en consecuencia, que el entendimiento humano, por mui privilegiado que sea, es incapaz de producir la fe. Esta clase de asenso es una virtud infusa que Dios comunica gratuitamente, y que el hombre no es dueño en lo absoluto de adquirir por sí solo: luego el simple acto, el simple asenso, el simple modo de tener en el alma estas verdades, son de un órden superior, sobrepujan en todo y por todo á la naturaleza. El objeto de la fe, ó sea la verdad conocida sobrenaturalmente, consiste, como acabáis de verlo, en lo que Dios nos ha revelado y la Iglesia propone y defiende como revelado por Dios: luego la fe supone dos cosas: primera, que hai una verdad revelada ex profeso á los hombres por Dios: segunda, que hai una autoridad instituida para enseñar, conservar y definir las verdades reveladas. Ahora bien: para que poseamos la fe, no basta que Dios hable, es necesario que llegue á nosotros de un modo infalible y seguro lo que haya hablado; y como Dios nos ha comunicado su palabra por la voz de sus ministros y solo por ella, la fe no tiene otros órganos instituidos, y por tanto, sin sacerdotes no habria fe.

13. Cuando Jesucristo instituyó la propagacion del Evangelio pa-

ra que todas las naciones fuesen salvas, obró de un modo tan solemne tan manifiesto, y se explicó en términos tan claros y precisos, que con solo escuchar sus palabras, quedamos convencidos de esta verdad. Llamando á sus discípulos á una montaña de Galilea, les dijo: *Id por todo el universo; predicad el Evangelio á toda creatura. El que creyere y se bautizare, será salvo; mas el que no creyere, se condenará*. Tenemos pues aquí demostrado que no hai salvacion sin fe, que no hai fe sin predicacion del Evangelio, que no hai predicacion legítima sin mision divina, mision sin apostolado y por consiguiente sin sacerdocio.

14. Discurriendo sobre este mismo punto el Apóstol San Pablo, sacaba la misma consecuencia. Hablando de la invocacion del Nombre de Dios, ó lo que es lo mismo, del culto legítimo, decia: "¿Cómo han de invocar al que no conocen? ¿cómo le han de conocer si no han oido hablar de él? ¿cómo han de oir hablar de él si no hai quien se les predique? Luego la fe viene por el oido con la palabra de Jesucristo" predicada. Ved aquí, amados hijos, este primer elemento de la religion tan esencialmente ligado al sacerdocio, que sin él es imposible, supuesto el plan de Jesucristo para propagar su Evangelio, que llegue á existir ella entre los hombres.

15. La fe necesita: primero, quien la predique, y su predicador es el apostolado, el sacerdocio: la fe necesita quien la enseñe, es decir, quien explique sus objetos, disipe sus oscuridades extrínsecas, fije sus consecuencias y determine los deberes que impone. ¿Quién es esta autoridad? la Iglesia docente. ¿Quien es la Iglesia docente? el cuerpo de los Pastores con su Cabeza visible, que es el Papa. ¿Quién es este cuerpo? el clero católico en el primer grado de su gerarquía. Luego sin clero no hai enseñanza dogmática, no hai religion instituida.

16. La fe necesita, para conservarse ilesa, un poder soberano é infalible, una autoridad que no pueda equivocarse al decidir, y que juzgue, sentencie y castigue á los propagadores de la herejía. Cuando ésta se levanta, y haciendo prosélitos corre por todas partes á extender la seduccion, y el error, y el cisma, la Iglesia reune sus concilios ecuménicos, califica y condena la doctrina herética, lanza el anatema contra sus propagadores y aparta de su comunion á los que la siguen: así se defiende y conserva la fe. ¿Y qué cosa son los concilios generales? El cuerpo de los Obispos convocados y presididos por el Sumo Pontífice, es decir, el clero en el primer grado de su gerarquía. Luego sin clero no hai garantías para conservar ileso el depósito de la fe, ni poder contra los enemigos que la combaten.

17. El Santo Evangelio de Jesucristo, amados hijos, encierra, no

solamente verdades reveladas, sino tambien promesas hechas. Estas promesas fundan la esperanza, que consiste, como nos lo enseña nuestro catecismo, "en esperar la bienaventuranza y los medios de ella." La bienaventuranza constituye nuestro último fin, y los medios de alcanzarla, son como el camino único que á ella nos conduce. La bienaventuranza consiste *"en ver á Dios en sí mismo, amarle y gozarle eternamente,"* y el camino para llegar á una inmortalidad feliz es el que nos ha trazado el mismo Jesucristo en su Evangelio, conviene á saber, *"el de amar y servir á Dios en esta vida."* Por esto nuestro manual catecismo, preguntando: *"¿para qué fin fué creado el hombre?"* y queriendo reunir en su respuesta el fin y los medios, responde: *"para amar y servir á Dios en esta vida, y despues verle y gozarle en la otra."* Síguese de aquí que nuestra conducta en la vida es el dato con que podemos contar para resolver la grave cuestion de nuestra esperanza, y que si no se sirve á Dios en esta vida, no se le ha de gozar en la otra. La esperanza cristiana, pues, y sus condiciones propias nos llaman naturalmente á esta cuestion práctica enunciada y resuelta por el mismo catecismo: *"¿Con qué obras se sirve á Dios principalmente? Con obras de fe, esperanza y caridad."* En cuanto á la fe, habéis visto ya sus relaciones esenciales con el sacerdocio: en cuanto á la esperanza, ya véis cuán identificada está con los medios, y cómo todos estos medios vienen á refundirse en la caridad, siendo visto que ella está cifrada en amar á Dios sobre todas las cosas y al prójimo como á nosotros mismos. Por esta razon decia nuestro Señor Jesucristo: *"Si quieres llegar á la vida eterna, guarda los mandamientos: si me amáis de veras, guardad mis preceptos."* Y por este motivo la esencia de la caridad consiste, como nuestro catecismo afirma, en el cumplimiento de la lei de Dios, pues preguntando: *"¿quién tiene mayor caridad?"* responde: *"el que mejor guarda los mandamientos."* Es pues necesario que haya en la tierra una autoridad moral que explique la lei de Dios y provea cuidadosamente á su observancia: esta autoridad es la Iglesia. Su magisterio moral está representado en aquellas palabras de Jesucristo: *"Instruid á todas las naciones, enseñándolas á guardar todas las cosas que os he mandado:"* es decir, amados hijos: enseñándolas á guardar los divinos preceptos.

18. La fiel guarda de los mandamientos exige dos cosas: un conocimiento práctico de las cosas que se mandan, y una fuerza suficiente para cumplirlas. Lo primero se verifica por medio de la predicacion; para lo segundo se necesita la gracia, porque sin la gracia no podemos practicar las obras que justifican y merecen la bienaventuranza, siendo cierto que los bienes que ella comunica, segun la expresion de nues-

tro catecismo, son: *"el poder y querer hacer obras ante Dios satisfactorias y meritorias."* Luego nada es tan importante para nosotros como conocer y lograr al mismo tiempo los medios que comunican y hacen crecer en el espíritu la gracia de Dios. ¿Cuáles son estos medios? es decir: *"¿por qué medios se alcanza y crece la gracia? Con oraciones,* responde nuestro manual catecismo, *sacramentos y ejercicios de virtudes."* Luego los medios para servir á Dios, como quiere ser servido para la vida eterna, y por consiguiente, las condiciones propias de la esperanza, exigen cuatro cosas: primera, explicacion de la lei de Dios; segunda, oracion instituida; tercera, sacramentos administrados; cuarta, virtudes bien formadas.

19. La predicacion es una mision exclusiva del sacerdocio: la oracion está instituida en la Iglesia, reglada por su liturgia sagrada, dirigida por sus ministros: los sacramentos tienen un ministro propio, y este ministro es el sacerdote. Luego los medios que afirman, sostienen y realizan la esperanza, dependen tánto del sacerdocio, que sin él no existiria esta virtud. Ella se nos infunde con el Bautismo; pero el Bautismo tiene por ministro ordinario al sacerdote. Perdida la gracia, se perderia tambien la esperanza, si no hubiese de contarse con el ministerio sacerdotal. El sacerdote restaura la vida moral con la penitencia, cuyo sacramento administra: sostiene los primeros pasos del espíritu despues de su conversion, y le hace perseverar en la virtud. Suprimid al sacerdocio, y la esperanza cristiana, cuyo fundamento está en la fe que viene por el oido con la palabra de Cristo, predicada por sus sacerdotes, como dice San Pablo, no existiria.

20. ¿Qué os dirémos de la caridad? Si ella consiste en amar á Dios sobre todas las cosas y al prójimo como á nosotros mismos; si este amor se comprueba con nuestra fidelidad en cumplir su divina lei; si ésta para ser guardada debe ser conocida, para ser conocida debe ser predicada, y exige por tanto el ministerio de los sacerdotes; si además necesitamos para cumplir la lei divina la gracia de Dios; si esta gracia tiene una institucion en los sacramentos, y los sacramentos un ministerio en el clero, no se necesita mas, que de esta simple consideracion, para percibir claramente las relaciones íntimas y esenciales que médian entre la caridad y el sacerdocio. Todo el pensamiento de Jesucristo al establecer su Iglesia, dejando en ella los tesoros de su palabra y el infinito precio de sus merecimientos, fué que la caridad tuviese su plenitud, que el bien se derramase sin medida, que los hombres estuviesen íntimamente unidos con Dios con todo el corazon, con todo el espíritu, con toda la mente. Y como esta union del hombre con

su Dios sigue la razon del entendimiento, la voluntad y la libertad; como el entendimiento del hombre se une con el de Dios, creyendo lo que Dios dice, y esto constituye la fe; como la voluntad del hombre se une con la de Dios, queriendo lo que Dios quiere, queriéndole á él como fin último, y teniendo la firme persuasion de que ha de gozarle porque así lo ha prometido, y esto constituye la esperanza; como la libertad del hombre se une con la de Dios, haciendo lo que manda, y esto forma la caridad; y como la fe, la esperanza y la caridad constituyen el fondo del culto, son el alma de la religion y dependen todas del ministerio católico, segun os lo hemos manifestado, clarísimo aparece que entre la religion y el sacerdocio hai relaciones esencialísimas.

21. Mas, para dar el último toque á este cuadro, debemos hablaros del sacrificio. Es una cosa demostrada para todos, que no hai religion sin culto, ni culto sin sacrificio, ni sacrificio sin sacerdote; y esta es la razon por qué la historia de la religion es la historia del sacerdocio. Tres tiempos notables ha tenido: el de la lei natural, el de la lei escrita y el de la lei de gracia, y en ninguno de estos tiempos ha faltado el sacerdocio: doméstico en el primero, público en el segundo, universal en el tercero, jamas ha dejado de ser quien preside á la sociedad bajo su aspecto religioso. Aun los mismos gentiles, entregados al monstruo de la idolatría con su culto bárbaro y aun cruel, han reconocido siempre la necesidad del sacerdocio para la religion: donde quiera encontrarés sacrificios y donde quiera sacerdotes. Mas, dejando aparte las tradiciones gentílicas, y sin hablar tampoco del sacerdocio patriarcal y del sacerdocio judáico prefigurativo del cristiano, para venir directamente á los tiempos de plenitud, ¿no es cierto que Jesucristo Señor nuestro se presentó á la faz del mundo, no solo como la Víctima que habia de ser inmolada por él, sino tambien como el Pontífice Eterno de la Nueva Alianza? ¿No es cierto que la institucion de su Iglesia es precisamente la institucion de su sacerdocio? ¿No es cierto que el dominio pleno que la dejó en su gran Testamento sobre sus merecimientos infinitos y su Sangre preciosa, se ejerce y perpetúa en los tremendos misterios del altar cristiano? ¿Qué cosa es Misa, decidnos? *"Un sacrificio que se hace de Cristo y una representacion de su vida y de su muerte."* ¿Dónde se hace este sacrificio? en el altar de la Iglesia católica. ¿En qué consiste? en la inmolacion incruenta del Cuerpo de Jesucristo. ¿Cómo está el Cuerpo de Cristo en el altar? real y verdaderamente, desde que en su Persona pronuncia el sacerdote las palabras de la Consagracion. ¿Quién es el sacrificador? el sacerdote cristiano. Luego sin sacerdote no hai víctima sa-

crificada, ni víctima que sacrificar, ni presencia real de Jesucristo en la tierra, ni religion cristiana en su plenitud. ¿Queréis mas, amados hijos, para ver con toda claridad y palpar en cierto modo la verdad que os predicamos? ¡Ah! es necesario haber abjurado la fe, renegado del catolicismo y perdido todo el sentido cristiano, para decir que hai una distancia inmensa, un abismo profundo entre la religion y el clero.

III.

22. Las mismas notas ó señales características con que distinguimos nuestra religion de cualquiera otra, sirven á su turno de nuevos argumentos en favor de esta verdad. ¿Cuál es la religion verdadera? la católica, apostólica, romana. ¿Qué quiere decir católica? universal; y como la religion de Jesucristo es la única universal, solo ella es la católica. ¿Cómo es universal esta religion? ¿acaso porque todos los hombres sin faltar uno solo la profesen? No, hermanos carísimos: este atributo es esencial á ella; mas las esencias de las cosas no dependen de los hechos, y la religion cristiana fué católica desde que la concibió en su mente el Eterno, y en el órden de los tiempos lo fué desde que el Verbo de Dios la instituyó con su palabra en la tierra, desde que Jesucristo la predicaba por sí ántes de nombrar el primer sustituto. Es católica, porque liga con el deber de practicarla á toda la especie humana, porque la sirve de centro Jesucristo Señor nuestro, en cuya Persona Divina vienen á cruzarse todos los tiempos y á salvarse la esperanza de todas las generaciones: es católica, porque es la de Aquel que redimió á todo el mundo, porque la instituyó en beneficio de toda la humanidad, porque la mandó predicar á toda creatura, y dilatar por todo el universo, y enseñar perpetuamente á todos los hombres; es católica, porque abraza en toda su plenitud la universalidad en todos los géneros: universalidad dogmática, que encierra toda verdad revelada; universalidad moral, que abraza todos los preceptos de la ley y liga con ellos á todos los hombres; universalidad de vocacion, porque á todos llama, con todos habla y sobre todos juzga. Ahora bien, amados hijos, ¿concebís esta universalidad sin el sacerdocio? ¿tendria la religion universalidad dogmática, si faltara en su símbolo el dogma de la Iglesia católica, el de la Iglesia docente, el de la institucion de la predicacion y de los sacramentos; en suma, el ministerio? ¿habria universalidad moral, si la ley no tuviese predicadores é intérpretes, ni las costumbres escuela y por consiguiente magisterio, ni la conducta imputacion, ni

la imputacion tribunales, ni los tribunales jueces, que son, como bien lo sabéis, los ministros de la penitencia? ¿Tendria por ventura la universalidad de llamamiento sin la voz del apóstol, aquella trompeta evangélica de Cristo que habia de cruzarse por todos los ángulos de la tierra? ¿Seria promulgada esta ley de plenitud, si no hubiese de contarse para nada con aquellos á quienes fué dicho "predicad el Evangelio á toda creatura?" Concluyamos: no hai catolicismo sin sacerdocio, y por consiguiente sin clero.

23. Nuestra religion es tambien apostólica. ¿Por qué? porque lo es su ministerio. Ya sabéis que los enviados por Jesucristo, como ministros y representantes suyos, legatarios de su poder, enviados á evangelizar é instituir y regir y conservar la religion, fueron sus apóstoles y discípulos: que los apóstoles han tenido, tienen y tendrán por sucesores á todos los obispos de la cristiandad; y aquellos setenta y dos discípulos, á todos los presbíteros; y aquellos siete diáconos instituidos por los apostóles, á todos los diáconos ordenados por los obispos; y aquel conjunto de ministros que constituia el clero apostólico, al conjunto actual y sucesivo de los ministros de la verdadera Iglesia. Y bien, hermanos carísimos, ¿sin estos ministros de la Iglesia, tendria ella sucesion apostólica? No. ¿Sin sucesion apostólica, podria llamarse apostólica la Iglesia de todos los siglos? No. ¿Si la Iglesia no fuese apostólica, podria serlo la religion que profesamos? Por cierto que no. Luego es claro clarísimo que el clero está esencialmente unido con la religion por el segundo de sus caracteres extrínsecos, es decir, el de ser apostólica.

24. La religion que profesamos es tambien romana: título que lleva, porque Roma es el lugar en que está erigida la Cátedra Suprema, la Silla del Sumo Pontífice, Sucesor de San Pedro; porque allí reside el Vicario de Jesucristo, y porque es el gran centro del universo católico. Todo radio que no termina en este centro, está fuera de la verdadera religion y la verdadera Iglesia: separarse de Roma es abjurar la religion verdadera. Así es que todas esas naciones infelices que se han rebelado contra la Suprema Autoridad de la Iglesia, que han desconocido al Romano Pontífice, son cismáticas, iglesias mentidas ó bastardas, congregaciones rebeldes, miembros gangrenados y muertos.

25. Precisemos ahora, amados hijos, el movimiento de nuestras ideas hácia el punto que nos ocupa, con el fin de indagar las relaciones que tiene el clero con la religion en clase de romana. Ya véis que el llamarse así es, no porque en Roma estén los sagrados libros, ni porque

allí se practiquen todas las ceremonias de nuestro culto, sino precisamente porque allí está el centro del sacerdocio, la Cabeza del clero, el principio de accion para todo el ministerio eclesiástico. La denominacion viene pues del Sumo Pontífice, por tener allí su Cátedra, su corte, sus congregaciones, su gobierno; es decir: por ser el lugar de su residencia ministerial y oficial en todo sentido. Si pues no ha de contarse para nada con el clero, tratándose de religion, no tendréis en verdad que estudiar, para conocerle, el hecho importantísimo de la residencia del Vicario de Jesucristo: porque seguro, que si es cabeza, supone todos los miembros del cuerpo clerical; si es quien ejerce el primado de honor y jurisdiccion en toda la Iglesia católica, supone gerarquía, y por tanto, el cuerpo de todos los ministros en sus respectivas clases. Luego el solo hecho de ser nuestra religion romana, prueba concluyentemente las relaciones íntimas y esenciales que médian entre ella y el sacerdocio.

26. Nos hariamos interminables, amados hijos, si quisiésemos explanar mas estos conceptos: pues, como habréis notado, cada uno de los puntos que hemos elegido como pruebas de la relacion esencial que média entre la religion y el sacerdocio, es mui fecundo en consecuencias. No podemos fijar nuestra vista en parte alguna del inmenso cuadro de la religion católica, sin ver al sacerdocio. Mediador entre Dios y los hombres, viene á ser como el alma de esta comunicacion activa, constante y eficaz entre el cielo y la tierra. Cuerpo ministerial instituido en el reino de Cristo, elegido y autorizado por Cristo, vicario y representante de Jesucristo, es el agente nato de la religion, es quien presenta á Dios las necesidades, votos y homenajes de los hombres, quien muestra á los hombres las verdades y promesas, y les distribuye las gracias de Dios. Esta religion es fe para el entendimiento, esperanza para el corazon, caridad y lei para la libertad, sacrificio para Dios y por el hombre; y esta fe se predica por el sacerdocio, se conserva por el sacerdocio, se defiende por el sacerdocio. El sacerdocio sostiene la esperanza, gobierna la conducta, explica y aplica la lei, juzga la conciencia, abre ó cierra el cielo. El sacerdote consagra é inmola en el altar del sacrificio el Cuerpo de Jesucristo Señor nuestro, y le ofrece al Padre todos los dias como la Gran Víctima por los pecados del mundo, y atrae con él hácia los hombres todas las gracias y todas las bendiciones de Dios. El sacerdocio es universal, constante y perpetuo, como la religion misma, está ligado á los apóstoles por una cadena no interrumpida, y tiene un centro en Roma, en la Santa Sede, en el Soberano Pontífice, uniéndose de esta suerte y mui esencialmente con la religion en sus tres caracteres extrínsecos de católica, apostólica, romana, como lo está en los elementos constitutivos del culto, que son: la fe, la esperanza, la caridad y el sacrificio.

SEGUNDO PUNTO.

27. Una vez demostrado que el clero es esencial á la religion, por ser quien la predica y enseña, quien la mantiene pura y limpia de todo error y confusion en sus dogmas, quien establece la moral privada y pública con la lei divina que inculca, persuade y aplica, con los sacramentos que administra y con la vigilancia pastoral que ejerce sobre las costumbres; quien rige las conciencias, formando al hombre espiritual y concierta en su direccion todos los elementos físicos, intelectuales y morales de cada uno de los fieles, no deberiamos andar muchos pasos para exponer á la vista de todos con todas las luces de la evidencia, el influjo benéfico del ministerio católico en el órden temporal, y la parte interesantísima que ha tomado y toma siempre en la perfeccion moral y social de la especie humana. Sin embargo, y para decir alguna cosa en defensa de una institucion tan respetable y tan indignamente calumniada, os haremos, amados hijos, unas breves reflexiones á este propósito.

28. La sociedad comienza en la familia con las primeras épocas del mundo; se emancipa en la nacion cuando el círculo de la familia no es bastante para colocar á todos los miembros de un pueblo bajo la accion del poder doméstico, y viene á tomar sus mas dilatados ensanches y una especie de plenitud política en el conjunto de todas las naciones que, no pudiendo estar sometidas al poder de un gobierno comun, lo están á la soberanía de Dios, conforme á las reglas que Su Magestad ha establecido para las relaciones y el comercio de todos los pueblos. Veamos pues al ministerio católico en estos tres grados de la escala social, en la familia, en el estado, en el mundo político, y de esta suerte podrémos formarnos alguna idea de su altísima importancia en los destinos temporales de la sociedad.

29. Mas ántes de entrar en materia debemos llamar vuestra atencion, amados hijos, hácia esa primera lei, principio de todas las leyes, fundamento de todas las instituciones, regla de conducta para toda la especie humana: porque esta primera lei, abrazando en una enunciacion mui simple todo el vasto conjunto de nuestras relaciones religiosas y morales, no ha dejado nada ni por descubrir ni por establecer en

la gran ciencia de la perfeccion y estabilidad del hombre, como individuo y como miembro de la sociedad en toda su escala. ¿Qué dice esta primera lei? *Amarás á Dios sobre todas las cosas:* grande y sublime precepto que determina y regla nuestros deberes religiosos, fundados en la dependencia que tenemos todos de un Dios Creador, Legislador y último fin de la humanidad. El segundo precepto, semejante al primero, como lo enseñó nuestro Señor Jesucristo, es este: *Amarás á tu prójimo como á tí mismo:* sublime prescripcion y regla verdaderamente divina, que haciendo del amor un vínculo social, pone á beneficio de la sociedad todas las facultades físicas, intelectuales y morales del individuo, pues que el amor las absorbe todas, y convirtiendo este amor en un deber, garantiza la conservacion de todos los vínculos sociales con la religion misma, pues que no sirve á Dios el que no ama á su prójimo, ni se ha de salvar el que no guarda la lei. Esta breve reflexion nos manifiesta que la lei suprema de la sociedad, sus vínculos, su accion, su perfeccion, &c., &c., entran con todo el plan sublime de la lei divina, se animan, á la par con el culto, del pensamiento de Aquel que, siendo el centro de la religion, es al mismo tiempo el Supremo Legislador y la eterna garantía de la sociedad; que la legislacion de la conciencia comprende y sanciona la legislacion de los Estados; que los deberes sociales en un pueblo católico son inseparables de los deberes religiosos; y pues que los segundos están esencialmente enlazados con el ministerio del clero; los primeros estarán, por un hecho de forzosa consecuencia, dependientes de su accion en su parte moral: grande idea por cierto, que bastaria por sí misma para manifestar á todo el mundo que el ministerio católico, es decir, el clero, léjos de hallarse nunca en oposicion con la sociedad regida por los principios de la justicia eterna, será siempre su mejor apoyo.

30. Lo segundo que de aquí se infiere sin violencia ninguna es, que siendo la sociedad religiosa y al mismo tiempo civil esencialmente, estando reglada bajo ambos aspectos por la lei divina, y siendo la Iglesia católica maestra é intérprete de esta lei, y el cuerpo de los pastores, la Iglesia docente, no puede suponerse nunca la mas ligera oposicion entre el clero y la sociedad, en materia de principios y dentro del círculo de lo legítimo, sin desnaturalizar la sociedad dislocando sus atributos esenciales, sin destruir la lei social emancipándola de la lei divina, sin desconocer la institucion del ministerio católico. ¿Por qué la sociedad es esencialmente religiosa y civil? porque está sometida en sus elementos constitutivos no solamente á la lei humana, sino tambien á la divina: porque es hija de Dios, porque le reconoce como Autor suyo, porque depende de su pensamiento y de su voluntad, y porque le debe los tributos religiosos consiguientes á esta dependencia. Hai más: porque las relaciones que nos ligan con Dios, son todavía mas esenciales, si así podemos explicarnos, que las que nos ligan con el hombre, siendo Dios el Sér necesario y el hombre el sér contingente, y porque con solo el hecho de ser esencialísimas estas relaciones, no está en el arbitrio de nadie sacar á la sociedad del dominio de Dios, y por consiguiente ponerla en oposicion con el ministerio del sacerdocio. No es posible concebir un pueblo de ateos; pero si tal pueblo existiese, su emancipacion de Dios seria un hecho, mas nunca un derecho; pues que el derecho nace de las relaciones esenciales, y éstas no dependen jamas de la voluntad de los hombres. Dios no dejará de ser nunca el Creador del hombre, por mas que éste le niegue; ni su Legislador, por mas que éste le desconozca; ni su fin último, por mas que éste le abandone. Queda pues visto que, siendo la sociedad esencialmente religiosa, el ministerio católico, léjos de serle perjudicial bajo aspecto alguno, le es y le será siempre esencialmente benéfico.

31. Hemos dicho que la esencialidad religiosa es mayor en cierta manera que la civil, porque el carácter civil de la sociedad es posterior con mucho á su formacion; pues primero fué doméstica que civil, así como tambien el poder social fué primero padre que gobierno, y los miembros de la sociedad fueron primero hijos que ciudadanos. La sociedad civil, consiguiente al aumento del género humano, fué un hecho posterior; pero fundida en el molde de la familia, por explicarnos de esta suerte, recibió con sus elementos su lei: los gobiernos tienen una especie de paternidad y los súbditos una especie de filiacion. *¿Quienes otros son entendidos por padres á mas de los naturales?* pregunta nuestro manual catecismo, y responde: *los mayores en edad, saber y gobierno.* Ved aquí, amados hijos, figurando en una enunciacion sencilla del libro de vuestra infancia católica el principio cardinal de eso que se llama *Derecho público.* Pues bien, todo gobierno es padre y todo gobernado es hijo. Adelantemos otro paso. De Dios viene toda paternidad en los cielos y en la tierra; este es el dogma: luego el gobierno de la sociedad entra en los planes de la religion, y su parte moral cae bajo la accion del ministerio católico. Si despues de esto hai quien diga que el clero nada tiene que ver con la sociedad, y aun se adelante á presentarle como enemigo suyo, dejadle hablar, amados hijos, pero no le creais: compadecedle, sí, y pedidle á Dios que le vuelva al buen juicio. Vengamos á los pormenores del cuadro, comenzando por la familia.

I.

32. La familia es una sociedad, y en clase de tal tiene tres objetos de estudio. ¿Cuáles? primero, su formacion; segundo, su constitucion; tercero, su administracion. ¿Quién la forma? el consentimiento mutuo de los contrayentes, libres y expeditos para contraer matrimonio. ¿Quién determina esta libertad, califica esta aptitud y decide la grave cuestion de la formacion del matrimonio, pronunciando sobre la validéz ó nulidad de ella? la Iglesia. ¿Por medio de quién? de sus ministros. Luego en primer lugar, la sociedad doméstica en su formacion está bajo el régimen del clero. ¿Y el matrimonio es solamente un contrato? No: es tambien un sacramento. Luego la Iglesia, por medio de sus ministros, no solo califica la validez del acto, sino que tambien le consagra, comunicando á esta nueva sociedad todas las gracias de la religion.

33. ¿Cuál es la constitucion de la sociedad doméstica? el padre, la madre, los hijos. ¿Quién regla estas relaciones? la lei divina. ¿Quién explica y aplica esta lei, y juzga por ella la conducta? la Iglesia de Dios por medio de sus ministros. Luego, en segundo lugar, la sociedad doméstica está colocada bajo la direccion moral del clero en su constitucion misma.

34. ¿Qué importa la administracion de la sociedad doméstica? el hacerla caminar á sus fines por medio de las reglas que Dios ha establecido para ello. Deberes de los padres para con los hijos, de éstos para con sus padres, obligaciones mutuas entre marido y mujer, &c., &c.; he aquí lo que nos manifiesta esta sociedad en el sistema de su administracion: y como estos deberes son estrictamente morales, y su accion se desarrolla en todo el órden de la conciencia, es claro clarísimo que la garantía de todos estos deberes está en el código que rige la conciencia, y por lo mismo los tribunales de la penitencia, cuyos jueces son los sacerdotes, abrazan toda la administracion y gobierno de las familias. Preguntad á vuestro catecismo cuáles son estas obligaciones mutuas, y veréis resplandecer en todas ellas los divinos caracteres del pensamiento de Dios. Las obligaciones de los padres para con los hijos abrazan la parte física y la parte moral, y tienden á concertar la libertad con la lei en el estado definitivo que los segundos abrazan, puesto que deben *sustentarlos, doctrinarlos y darles estado no*

contrario á su voluntad. Si de aquí pasamos á considerar las obligaciones de los hijos para con sus padres, verémos que ellas consisten: primero, en *obedecerles;* segundo, en *socorrerles;* tercero, en *reverenciarles.* Es el primero un deber altísimo, fecundo, que todo lo abraza y todo lo garantiza: el padre tiene toda la autoridad para mandar, y el hijo la obligacion de obedecer. El segundo nos hace pasar del órden moral, representado en la obediencia; al órden material, representado en el socorro: el hijo podrá salir del seno de la familia, entrando en la categoría de esposo y de padre; la lei de la obediencia sufrirá para él aquellas modificaciones que trae consigo el estado; pero en ningun caso cesa para él la obligacion de socorrer á su padre. Lo mismo respectivamente sucede con la tercera, que es el de *reverenciarle;* es decir, de reconocerle como padre y mostrársele siempre como hijo en los tributos de respeto, acatamiento y veneracion. Así están reglados los deberes mutuos entre los padres y los hijos. La union de la Iglesia con Cristo es el tipo que ha puesto la religion á los esposos: tipo que dignifica y sublima en altísimo grado la union conyugal, sustituyendo con la lei del espíritu las tendencias de la naturaleza, y santificando con la moralidad del fin el objeto del matrimonio. Todo pues, amados hijos, en esta sociedad es esencialmente moral y religioso tambien, todo interesa la conciencia, todo atrae la accion del sacerdocio. Luego la primera especie de sociedad, la doméstica, léjos de hallarse nunca en oposicion con el clero, está colocada bajo su direccion moral, y esta accion del ministro de la penitencia y director del espíritu sobre la familia es acaso lo que hai de mas influente, provechoso y grande respecto de la sociedad general.

II.

35. Pasando á ésta, poco tendrémos que deciros, cuando acabais de ver que está fundada toda en la familia, sujeta á la misma lei, dependiente de la accion moral del ministerio católico. Los deberes de los gobiernos para con los pueblos y de los pueblos para con los gobiernos están fundados en la misma Lei divina, y por esto el Apóstol San Pablo enseñó que el príncipe es el ministro de Dios para el bien, y predicó que debia ser obedecido, no solo para evitar las consecuencias de su indignacion, sino tambien para no incurrir en la de Dios, gravando la conciencia: *non solum propter iram, se etiam propter conscientiam.* Hai pues virtudes sociales que atraen hácia las frentes de

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

los buenos gobernantes y buenos súbditos las coronas de la religion, y hai pecados sociales castigados con la maldicion de Dios y las eternas penas del infierno. Ved pues aquí á la religion con su moral, con su espiritualismo, con su eternidad venturosa ó desgraciada, desarrollando un influjo altamente moral sobre los Estados políticos, y por consiguiente, al ministerio católico interviniendo en la conducta moral de los pueblos y los gobiernos. ¿Véis á ese hombre ceñido con la diadema imperial, ú ocupando la primera silla de una nacion, gobernándola como su gefe, declarando la guerra ó haciendo la paz, rigiendo con sus leyes todas las acciones externas en el órden temporal, sometiendo á sus tribunales las diferencias de los intereses, la calificacion y el castigo de los delitos? Detenéos un tanto para observarle bajo el aspeto religioso y moral: vedle inclinar su frente ante la radiante Eucaristía en el templo cristiano, tender las banderas de la nacion al paso del Rei de los reyes, herir su pecho en demanda de misericordia y llevar á los piés de un humilde sacerdote la cuenta de su conducta social, la manifestacion de sus pecados y las lágrimas de su penitencia. Lo que David hacia en presencia del Profeta, y el gran Teodosio en presencia del Pontífice Ambrosio, esto mismo verifican todos los que profesan la fe católica, se reconocen como hijos de la Iglesia y están sometidos á su régimen dogmático y moral. Donde quiera veréis, amados hijos, un comercio activo entre la conciencia y el ministerio católico, un influjo favorable al bien real y positivo de la sociedad ejercido por el clero, y nunca una oposicion ni de principios, ni de máximas, ni de intereses entre una y otro, sino solo en esas tristes épocas en que una ciencia abortada del abismo quiere fundar la sociedad en su emancipacion completa de la religion, viendo la union de ambas cosas como un elemento de muerte. En este caso ya no hai que extrañar nada: porque natural es suponer al clero en oposicion con la sociedad, cuando se establece como principio de organizacion política y administracion pública el emancipar una y otra de toda institucion religiosa, de toda dependencia moral, y en cortar absolutamente las relaciones que médian entre la tierra y el cielo.

36. Nos habiamos propuesto hablaros tambien de eso que se llama *sociedad política*, esto es, del conjunto de las naciones independientes y soberanas, sometidas como los individuos á la lei comun de la caridad, con el fin de mostraros que, si en todas ellas ha concluido la barbarie antigua, y han hallado apoyo los principios de la justicia interna, y han acabado las feroces costumbres que inmolaban los vencedores á los vencidos; si se ha extendido el espíritu de prevenir con arreglos

oportunos los rompimientos desastrosos; si ha llegado á establecerse una especie de derecho comun: todo esto se ha debido á la propagacion del Evangelio y á la accion permanente de su apostolado. Los pueblos cismáticos viven, digámoslo así, de las reliquias morales de su antigua madre, y los pueblos infieles obedecen sin sentirlo al influjo restaurador y civilizador del cristianismo. Pero la materia es mui vasta, y por tanto, ciñéndonos á esta sencilla indicacion, vamos á concluir con llamar vuestra atencion hácia tres puntos: primero, el celibato eclesiástico; segundo, el carácter de los trabajos que impende el sacerdote para desempeñar su mision; tercero, la inmensa caridad de la Iglesia.

III.

37. Habéis visto ya cómo, para recibir el órden sacro, es preciso renunciar al matrimonio por medio de un voto perpetuo de castidad. Este voto tiene relaciones de muchos géneros, á cual mas edificante y sublime. Siendo el clero la porcion escogida para el ministerio de Dios, debe ser casto: exigiendo las funciones de este ministerio una consagracion exclusiva, incompatible con los cuidados de la familia, el sacerdote debe ser célibe. Estas dos ideas, aun simplemente enunciadas, son mui fácilmente comprendidas: vengamos á otra. El sacerdote, renunciando á la paternidad de la carne, ha sido elevado á la paternidad del espíritu: el nombre mas comun y el mas dulce con que nos designáis á todos, amados hijos, es el de *padre*, cuando decís: "el padre fulano," cuando hablando con uno de los ministros sagrados, le llamáis *padre*, hacéis una gran manifestacion: vuestra palabra equivale á un libro; pues por sí sola representa las condiciones de nuestro estado, nuestras relaciones con el pueblo, y los grandes beneficios de la institucion clerical. No conocemos los sentimientos de un padre natural; pero daríamos la vida por vuestra eterna salud: vuestras desgracias liquidan nuestro corazon: lloramos vuestras culpas, lo mismo que vuestras penas, y miramos como propia vuestra prosperidad y vuestra virtud: no constituimos los centros de esa multitud de círculos que forman las familias; pero todas ellas componen la nuestra: sois nuestros hijos y os vemos con toda la ternura de vuestros padres.

38. Los efectos de esta paternidad espiritual y moral se hacen sentir en la accion de nuestro ministerio. Recorred la historia de la Iglesia. ¿Qué véis en sus primeras épocas? millares de sacerdotes que se reparten el mundo con celo. "Ni las tierras abrasadoras, decia en otro tiempo el gran Fenelon, ni los desiertos, ni las montañas, ni la distancia de los lugares, ni las borrascas, ni los escollos de tantos mares, ni la intem-

perie del aire.... ni las flotas enemigas, ni las bárbaras costas; nada puede contener á los que Dios envia.... He aquí estos nuevos conquistadores que vienen sin armas, excepto la Cruz del Salvador; vienen, y no para arrebatar las riquezas ni para derramar la sangre de los vencidos, sino para ofrecer su propia sangre y comunicarles el tesoro celestial." Venid á observar el cuadro que tenéis á vuestra vista: ved á estos hombres de la abnegacion y del espíritu acercarse á vosotros en los momentos mas críticos y solemnes de la vida; vedles atravesar las mayores distancias, y algunas veces sin un pedazo de pan, para ir á prestar sus socorros á los lejanos habitadores del campo; vedles, en esas grandes pestes que devoran las ciudades, recorrer noche y dia las casas apestadas, para estar presentes á todos los moribundos, extendiéndoles una mano piadosa para que pasen á la eternidad: dejan su mesa y abandonan su lecho en lo mas profundo de la noche, para ir á llevar los socorros de su ministerio á los fieles que les llaman. ¿Es esto lo que admiráis en los otros órdenes de la sociedad? ¡halláis, fuera de esta virtud sublime de la caridad apostólica, una cosa que explique tal abnegacion, tal fatiga y tan continuos sacrificios?

39. ¿Dónde está la institucion cuya fecundidad en beneficios para toda la humanidad pueda ser comparada con la Iglesia? Esos templos magníficos que se levantan en las grandes ciudades del globo, y el culto que en ellos se tributa al Señor; esa multitud de escuelas cristianas que reciben á la niñez, expensadas y dirigidas por la Iglesia; esos grandes colegios que dan ministros al altar y magistrados al pueblo; esos hospitales abiertos á las infelices víctimas del dolor; esos hospicios que sirven de asilo á todos los necesitados; á la ancianidad achacosa y miserable, á la niñez expuesta por el crímen y abandonada por la vergüenza, á la orfandad sin amparo, al hambriento y al desnudo: ¡qué prueban, amados hijos? ¡la avaricia ó la caridad de la Iglesia y sus ministros? ¡Ah! solo ella le ha dado á la limosna un código, y una institucion especial en los mismos beneficios que confiere, convirtiendo á los pobres en nuestros acreedores natos sobre aquella parte de nuestra renta que queda despues de hechos los gastos para nuestra subsistencia. Esta es la Iglesia, este es su ministerio, este es el clero, clase tan combatida y tan calumniada.

40. Si quisiésemos pasar de aquí á otro linaje de beneficios, á los que ha derramado entre los pueblos en las infelices épocas de las tinieblas y de la fuerza, seria necesario dar á la marcha de los siglos un repaso que, por mui rápido que fuese, nos detendria sin duda excesivamente. La Iglesia, extendiendo su lei de plenitud á todos los cód-

gos civiles de los reinos que conquistaba con la Cruz, y llamando á la moral todo el movimiento de la sociedad, civilizó al mundo. "El clero, dice un autor contemporáneo, constituyó á la Europa moderna. Durante los cuatro primeros siglos, en que el mundo entero se disolvia para rehacerse, el clero fué el vínculo de la sociedad humana.... En el siglo V, cuando sucedió la irrupcion de los bárbaros sobre el Occidente, el clero fué quien protegió á los pueblos por el ascendiente de su palabra.... dominó la barbarie organizando la libertad ya que no le fué posible organizar el poder, y desempeñando el noble atributo de un defensor constante contra todas las tiranías. El clero restauró las ciencias y estableció una especie de Derecho público en los Estados. No se hubiera conocido sin él sino solo la dominacion de las armas, y fué necesario todo el ascendiente moral y todo el celo caritativo del Episcopado para salvar, ya á los súbditos de la tiranía de sus señores, ya á los gobiernos justos del desenfreno de las masas." De esta suerte no podemos dar un solo paso en la vasta carrera de los siglos del cristianismo sin descubrir la accion tutelar, restauradora é impulsiva del ministerio católico. Hoi mismo, amados hijos, le véis repartido por el mundo, conquistando con la Cruz y para el cielo á las naciones infieles de nuestros dias, expensando la grande obra con sus trabajos y con su sangre: la de los misioneros católicos de hoi ha corrido no há mucho; el siglo diez y nueve tiene mártires tambien.

IV.

41. Basta, hermanos é hijos carísimos: mui á pesar nuestro hemos dado una grande extension á esta carta, y sin embargo, apénas hemos podido tocar lo mui sustancial de los objetos que contiene. Habéis visto lo que el clero es en el plan divino de reparacion y salud que el Hijo de Dios vino á realizar en la tierra: habéis presenciado lo que es en la religion y lo que es en la sociedad. Su ministerio en la primera liga esencialmente la personalidad eclesiástica con los elementos constitutivos del culto católico y con las notas extrínsecas de nuestra divina religion. Influye en el órden temporal con su ministerio en el mismo sentido que la religion santa: fórmase bajo su accion ministerial y consérvase bajo su régimen espiritual la sociedad doméstica: sostiénese por su medio en la profesion y práctica de los verdaderos principios la sociedad civil, y tiene mucho que reconocer á su palabra, á su doctrina y á sus peregrinaciones apostólicas la sociedad política. Renuncia el derecho de formar una familia, para recibir una paternidad universal sobre todos los fieles, y ejerce esta paternidad moral, consagrándose á su ser-

vicio con una abnegacion sublime. Este cuerpo respetable ha civilizado al mundo, constituido la sociedad, moralizado la legislacion, extinguido la barbarie, afirmado el poder, garantizado la obediencia, y hecho sentir el espíritu que le anima, no solo en la conservacion del culto católico, sino en la creacion, fomento y régimen de esos establecimientos públicos de enseñanza y de caridad abiertos á los ignorantes y á los necesitados. Tal es el clero en sus relaciones religiosas, morales y sociales, y el fundamento que han tenido, tienen y tendrán siempre los verdaderos cristianos para rendirle mui espontáneamente los tributos de su amor y de su respeto.

42. Conservádos pues, amados hijos, conservádos siempre firmes y fieles en estas ideas, en estos sentimientos: que no hallen eco en vosotros esos discursos que el espíritu de irreligion forma y propaga para engañar á las almas sencillas, y que han causado la muerte espiritual de tantos infelices. Venerad á los ministros del altar: no hai uno en la dilatada cadena de la gerarquía que por su mision y su carácter, no tenga títulos mui sagrados á la veneracion de los fieles. Verdad es que la dignidad inmensa es otorgada por Dios á los que han pecado en Adan; que hombres humanos portan la carga de un ministerio tan augusto; y que sin perjuicio del carácter, que es indeleble, podemos ver al hombre con sus debilidades y miserias. Pero nada de esto prueba cosa alguna ni contra la institucion, ni contra la dignidad, ni contra el carácter del sacerdocio, ni contra sus relaciones íntimas con la religion católica. Estos argumentos que hace una falsa filosofía del individuo á la clase, del empleo á la institucion, y del hombre al ministro, son las viejas é insidiosas armas que han esgrimido en todo tiempo contra la Iglesia sus mas encarnizados enemigos. No suceda jamas que vosotros, á quienes ha favorecido el cielo con este espíritu de fe, esperanza y caridad, con esta religion tan amada, con esta moral tan pura y tan santa, con esa tierna y firme adhesion á la Iglesia de Jesucristo, lleguéis nunca jamas á ser presa del sofisma, de la seduccion, de la impostura y de tantos y tantos medios con que se ha pretendido asaltar vuestra piedad y vuestra fe. No separéis nunca la religion de su ministerio; sino ántes bien, que vuestro respeto á los ministros sagrados se inspire de vuestra fe, se sostenga con vuestra esperanza, se anime con vuestra caridad, se identifique con vuestra religion. Así lo pedimos humildemente al Supremo Dispensador de todas las gracias al enviaros, con el tierno afecto de nuestro amor, la bendicion en su Santo Nombre.

ÍNDICE

DE ESTAS

INSTRUCCIONES PASTORALES.

PÁGINAS.

CARTA PASTORAL.—A nuestro M. I. y V. Sr. Dean y Cabildo, al V. Clero secular y regular y á todos los fieles de nuestra Diócesis, salud, paz y gracia en nuestro Señor Jesucristo..... 3

PRIMERA INSTRUCCION PASTORAL.—Sobre los caracteres del verdadero cristiano..... 10

SEGUNDA.—Consideraciones generales sobre el dogma de la Santa Iglesia católica..... 19

TERCERA.—Caracteres ó notas de la verdadera Iglesia de Jesucristo. 28

CUARTA.—Carácter social de la Santa Iglesia católica..... 39

QUINTA.—Leyes de la Iglesia consideradas en sí mismas, en su objeto y en sus relaciones con las leyes civiles..... 51

SEXTA.—Autoridad dogmática de la Santa Iglesia católica..... 59

SETIMA.—Autoridad suprema de la Santa Iglesia sobre la moral.... 70

OCTAVA.—Autoridad suprema de la Iglesia en materia de disciplina. 81

NOVENA.—Gobierno y administracion eclesiástica..... 91

DECIMA.—Soberanía é independencia de la Iglesia católica..... 103

UNDECIMA.—Explicacion de estas palabras de Jesucristo: "Mi reino no es de este mundo," ó sea la Santa Iglesia católica considerada en sus relaciones con el órden temporal..... 116

DUODECIMA.—Sobre la gerarquía eclesiástica..... 129

DECIMATERCIA.—Sobre el primado de honor y jurisdiccion que Jesucristo concedió á San Pedro sobre los demas Apóstoles..... 140

DECIMACUARTA.—Del Papa considerado como sucesor de San Pedro..... 152

vicio con una abnegacion sublime. Este cuerpo respetable ha civilizado al mundo, constituido la sociedad, moralizado la legislacion, extinguido la barbarie, afirmado el poder, garantizado la obediencia, y hecho sentir el espíritu que le anima, no solo en la conservacion del culto católico, sino en la creacion, fomento y régimen de esos establecimientos públicos de enseñanza y de caridad abiertos á los ignorantes y á los necesitados. Tal es el clero en sus relaciones religiosas, morales y sociales, y el fundamento que han tenido, tienen y tendrán siempre los verdaderos cristianos para rendirle mui espontáneamente los tributos de su amor y de su respeto.

42. Conservádos pues, amados hijos, conservádos siempre firmes y fieles en estas ideas, en estos sentimientos: que no hallen eco en vosotros esos discursos que el espíritu de irreligion forma y propaga para engañar á las almas sencillas, y que han causado la muerte espiritual de tantos infelices. Venerad á los ministros del altar: no hai uno en la dilatada cadena de la gerarquía que por su mision y su carácter, no tenga títulos mui sagrados á la veneracion de los fieles. Verdad es que la dignidad inmensa es otorgada por Dios á los que han pecado en Adan; que hombres humanos portan la carga de un ministerio tan augusto; y que sin perjuicio del carácter, que es indeleble, podemos ver al hombre con sus debilidades y miserias. Pero nada de esto prueba cosa alguna ni contra la institucion, ni contra la dignidad, ni contra el carácter del sacerdocio, ni contra sus relaciones íntimas con la religion católica. Estos argumentos que hace una falsa filosofía del individuo á la clase, del empleo á la institucion, y del hombre al ministro, son las viejas é insidiosas armas que han esgrimido en todo tiempo contra la Iglesia sus mas encarnizados enemigos. No suceda jamas que vosotros, á quienes ha favorecido el cielo con este espíritu de fe, esperanza y caridad, con esta religion tan amada, con esta moral tan pura y tan santa, con esa tierna y firme adhesion á la Iglesia de Jesucristo, lleguéis nunca jamas á ser presa del sofisma, de la seduccion, de la impostura y de tantos y tantos medios con que se ha pretendido asaltar vuestra piedad y vuestra fe. No separéis nunca la religion de su ministerio; sino ántes bien, que vuestro respeto á los ministros sagrados se inspire de vuestra fe, se sostenga con vuestra esperanza, se anime con vuestra caridad, se identifique con vuestra religion. Así lo pedimos humildemente al Supremo Dispensador de todas las gracias al enviaros, con el tierno afecto de nuestro amor, la bendicion en su Santo Nombre.

ÍNDICE

DE ESTAS

INSTRUCCIONES PASTORALES.

PÁGINAS.

CARTA PASTORAL.—A nuestro M. I. y V. Sr. Dean y Cabildo, al V. Clero secular y regular y á todos los fieles de nuestra Diócesis, salud, paz y gracia en nuestro Señor Jesucristo..... 3

PRIMERA INSTRUCCION PASTORAL.—Sobre los caracteres del verdadero cristiano..... 10

SEGUNDA.—Consideraciones generales sobre el dogma de la Santa Iglesia católica..... 19

TERCERA.—Caracteres ó notas de la verdadera Iglesia de Jesucristo. 28

CUARTA.—Carácter social de la Santa Iglesia católica..... 39

QUINTA.—Leyes de la Iglesia consideradas en sí mismas, en su objeto y en sus relaciones con las leyes civiles..... 51

SEXTA.—Autoridad dogmática de la Santa Iglesia católica..... 59

SETIMA.—Autoridad suprema de la Santa Iglesia sobre la moral.... 70

OCTAVA.—Autoridad suprema de la Iglesia en materia de disciplina. 81

NOVENA.—Gobierno y administracion eclesiástica..... 91

DECIMA.—Soberanía é independencia de la Iglesia católica..... 103

UNDECIMA.—Explicacion de estas palabras de Jesucristo: "Mi reino no es de este mundo," ó sea la Santa Iglesia católica considerada en sus relaciones con el órden temporal..... 116

DUODECIMA.—Sobre la gerarquía eclesiástica..... 129

DECIMATERCIA.—Sobre el primado de honor y jurisdiccion que Jesucristo concedió á San Pedro sobre los demas Apóstoles..... 140

DECIMACUARTA.—Del Papa considerado como sucesor de San Pedro..... 152

DECIMAQUINTA.—Sobre los derechos emanados del primado de honor y jurisdiccion que tiene el Romano Pontífice en toda la Iglesia católica 164
DECIMASEXTA.—Sobre el episcopado.—Institucion canónica de los Obispos 174
DECIMASETIMA.—Sobre el acto de la consagracion del Obispo... 184
DECIMOCTAVA.—Sobre el juramento de fidelidad á la Iglesia que presta el Obispo ántes de recibir la consagracion 193
DECIMANOVENA.—Sobre la autoridad del Obispo en su diócesis... 203
VIGESIMA.—Sobre los órdenes menores y mayores que hai en la Iglesia 213
VIGESIMAPRIMA.—Sobre las catedrales y sus cabildos 224
VIGESIMASEGUNDA.—Sobre los párrocos y sus parroquias..... 238
VIGESIMATERCIA.—Sobre los diferentes empleos que desempeñan y oficios que ejercen en cada diócesis tanto los presbíteros que no pertenecen á los cabildos ni al cuerpo de los párracos, cuanto los otros clérigos de órden inferior 253
VIGESIMACUARTA.—Sobre el clero considerado en sus relaciones con la religion y la sociedad 261

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

DOCUMENTOS

RELATIVOS A LA

INTERVENCION

DE LOS

BIENES ECLESIÁSTICOS

EN EL

OBISPADO DE PUEBLA.

SUPLEMENTO AL NÚM. 8 DE "LA CRUZ."

Mayo 10 de 1856.



MÉXICO
IMPRENTA DE J. M. ANDRADE Y F. ESCALANTE
CALLE DE CADENA NUMERO 11
1856

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CONTESTACIONES

Entre el Ilmo. Sr. Obispo de Puebla, el E. Sr. Gobernador de aquel Estado, y el Supremo Gobierno de la República,

SOBRE LA

INTERVENCION DE LOS BIENES ECLESIÁSTICOS

EN AQUELLA DIÓCESIS.

En uno de nuestros números anteriores, insertamos las disposiciones del gobierno, por las cuales se mandaron intervenir los bienes de la Iglesia, en el Obispado de Puebla, y hoy lo hacemos con las contestaciones que han mediado, con tal motivo, entre el Ilmo. Sr. Obispo de aquella diócesis, el Gobernador político del Estado, y el Gobierno general. La publicacion se ha hecho de parte de éste, no sabemos si con el esclusivo fin de imponer al público de lo sucedido, ó con el de dar lugar á que la opinion pública, y la prensa, se espresen sobre una materia de tanta importancia. El es sin duda uno de los mas graves, que se han presentado á la sociedad mexicana, por su naturaleza, por sus circunstancias, y por sus consecuencias, y da motivo á reflexiones diversas. Las citas, que, por una y otra parte, se hacen del derecho canónico, de las disposiciones de los concilios, y de las doctrinas de los Santos Padres, convidan á investigaciones, tan curiosas, como interesantes. Sin embargo, los procedimientos empleados con los periódicos, que imprimieron parte de estos documentos, antes de la publicacion oficial, nos hace

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

dudar, si el exámen de las materias que en ellos se tratan, está ó no comprendido en las prohibiciones reglamentarias de imprenta. En tal virtud, nos disimularán nuestros lectores, si omitimos por ahora entrar en discusion, sobre estos puntos, limitándonos solo á la insercion referida de los documentos, publicados recientemente por el gobierno, y algunos de los que le son correlativos, y que habiendo sido impresos hace mucho tiempo, pertenecen al dominio de la historia.

Tales son, las esposiciones de los Ilmos. Sres. Obispos de Michoacan y de Puebla, en el año de 1847, al gobierno general, la respuesta que éste les dió por conducto del oficial mayor, que en aquella época desempeñaba la Secretaría de justicia y negocios eclesiásticos, y finalmente, la declaracion que el mismo funcionario dirigió despues al público. Posteriormente daremos, como continuacion de este Suplemento, las piezas que el gobierno general vaya publicando, sobre el asunto que aquí nos ocupa, y otras ya impresas, á fin de que nuestros lectores puedan formar recto juicio de estos sucesos, con pleno conocimiento de causa.

Los Editores de La Cruz.

SECRETARIA DE ESTADO

Y DEL DESPACHO DE GOBERNACION.

Exmo. Sr.

El Exmo. Sr. ministro de justicia, negocios eclesiásticos é instruccion pública, en oficio de hoy me dice lo que copio:

Con fecha 5 del actual ha dirigido el Ilmo. Sr. obispo de Puebla al Exmo. Sr. presidente sustituto de la República, por conducto de esta secretaría, la siguiente esposicion:

"Exmo. Sr.—El obispo de Puebla ha recibido el dia 2 del corriente, entre la una y las dos de la tarde, los decretos números 73 y 74, espedidos por V. E., en 31 del próximo pasado, en virtud de las facultades que le concede el plan de Ayutla; y los que ha publicado el Exmo. Sr. gobernador de este Estado, D. Francisco Ibarra, mandándolos fijar en los parajes acostumbrados, casi á la misma hora en que llegaron á sus manos, juntamente con el nombramiento de interventores de los bienes eclesiásticos de mi diócesis, por lo relativo al departamento de Puebla; y se ha visto en la dura necesidad de responder lo que consta en la copia núm. 1, anunciando á S. E. que iba á dirigir al supremo gobierno una respetuosa esposicion, como pasa á verificarlo, en los términos mas convenientes.

"En el primero de aquellos decretos se consigna entre sus fundamentos ó considerandos: primero, que el primer deber del gobierno, es evitar á toda costa que la nacion vuelva á sufrir los estragos de la guerra civil: segundo, que á la que acaba de pasar se le ha querido dar el carácter de una guerra religiosa: tercero, que la opinion pública acusa al clero de Puebla de haber fomentado esa guerra por cuantos medios han estado á su alcance: cuarto, que hay datos para creer que una parte considerable de los bienes eclesiásticos, se ha invertido en fomentar la sublevacion: quinto, que cuando se de-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

jan estraviar por un espíritu de sedicion las clases de la sociedad, que ejercen en ella una grande influencia por sus riquezas, no se les puede reprimir sino por medidas de alta política, pues de no ser así, eludirian todo juicio y se sobrepondrian á toda autoridad; sesto, que para consolidar la paz y el órden público, es necesario hacer conocer á dichas clases que hay un gobierno justo y enérgico, al que deben sumision, respeto y obediencia; y en virtud de ellos, se manda en el art. 1º á los gobernadores de los Estados de Puebla y Veracruz y al gefe político del territorio de Tlaxcala, que intervengan los bienes eclesiásticos de mi diócesis, con sujecion á otro decreto; y en el art. 2º se destina una parte de ellos á indemnizar los gastos hechos para reprimir la reaccion, los perjuicios y menoscabos que hayan sufrido los habitantes de esta ciudad, durante la guerra, previa justificacion, y para pensionar á las viudas, huérfanos y mutilados por causa de la misma; y en el art. 3º se manda continuar dicha intervencion, hasta que, á juicio del gobierno, se haya consolidado el órden y la paz pública.

"Me permitirá V. E. hacerle una sencilla esposicion de cuanto me ocurre sobre los considerandos del decreto y artículos consiguientes, á fin de que en todo tiempo se vean mis esfuerzos por evitar este golpe á la Santa Iglesia de Puebla, y las consecuencias funestísimas que van á resultar y serán trascendentales al bien público. Me lleva ademas la mira de que, haciendo eco mis observaciones en el justificado ánimo de V. E., se determine á derogar, retirar ó suspender tales decretos, pues en ello está interesada la causa de la religion, que no puede separarse de la causa nacional, y tambien el buen nombre de V. E. que ha sido colocado en la primera magistratura, por una serie de sucesos providenciales, para salvar el pais y no dejarlo hundir en el abismo que le han abierto nuestras revueltas políticas, y que se profundizará mas y mas con otras nuevas á que dan lugar las medidas semejantes á la que actualmente nos ocupa. Antes de entrar en materia, protesto mis respetos á la suprema autoridad de V. E., y las consideraciones que debo á la persona que la desempeña.

"Es innegable que, entre los primeros deberes de todo gobierno, está la conservacion de la paz pública, y el evitar á todo trance que se turbe por la guerra civil. ¿Se logrará su cumplimiento por la intervencion decretada? ¡Cuánto apreciaria que V. E. hubiera permanecido en esta ciudad algunos dias mas, ó que se trasladara el dia de hoy á contemplar el aspecto que presenta, mucho mas triste que en los dias aciagos de una guerra fratricida! Todo paralizado; los mas de sus vecinos pendientes, inquietos, temerosos de los resultados del decreto que así amenaza al obispo y su cabildo, á los párrocos respetables y á los simples sacerdotes, por resistirlo su conciencia, como ocasiona las tremendas penas fulminadas por la Iglesia, y cuerán irremisiblemente ya sobre los comisionados del gobierno, ya sobre los dependientes de la Iglesia que la obsequien, ya, en fin, sobre todos los que de alguna manera cooperen á disminuir ó ligar á la autoridad eclesiástica en la libre

y espedita administracion de sus bienes. No necesita la penetracion de V. E., y su íntima conviccion de que el espíritu religioso está muy arraigado en toda la República, y especialmente en Puebla, mas desarrollo de estas ideas para representarse muy al vivo la escena que hoy pasa en el lugar del mcimiento de V. E.; y dejándolo todo á su alta consideracion y á las noticias que recibirá del mismo gobierno del Estado, sobre la resistencia de los artesanos mas infelices para descerrajar las puertas de las oficinas eclesiásticas; asegurando, si mi prevision no me engaña, que el mismo espectáculo va á repetirse en otros pueblos de mi diócesis, paso al segundo de los fundamentos del decreto.

"A la guerra que acaba de pasar se quiso dar el carácter de religiosa." Se le dió en efecto; ¿mas por quiénes? por los fautores del plan de Zacapoaxtla, por los que lo secundaron y protegieron de mil maneras, y pertenecen á todas las clases de la sociedad; y se le dió no solo en Puebla, sino en toda la República, por los adictos á ella. Igual cosa sucedió en 1833, y acabó, casi del mismo modo que ésta, la revolucion de religion y fueros. Mas se acusa por la opinion pública al clero de Puebla, de haber fomentado esa guerra por cuantos medios han estado á su alcance, y esto forma el tercer fundamento de la ley. V. E. me permitirá estampar aquí las mismas reflexiones que tuve el honor de hacer presentes de palabra, desde mi primera entrevista con V. E. Habiendo entendido que mi nota de 3 de Febrero, dirigida al Exmo. Sr. ministro de justicia, en respuesta á la circular de 17 de Enero, no habia llegado á manos de V. E., hice un relato de ella, y hoy tengo la satisfaccion de acompañar una copia por si se hubiere estraviado. Hasta entonces considero á mis eclesiásticos suficientemente vindicados, escepto el cura de Zacapoaxtla, que desgraciadamente tomó parte en el movimiento revolucionario, no quedándome otro consuelo que el haber hecho por mi parte cuanto me dictó el celo por la paz pública en aquellas circunstancias, y cuanto me indicaron los Exmos. Sres. gobernadores de este departamento y el de Veracruz, á quienes remití las commicaciones de que hablo en dicha nota, cuya copia adjunto. Despues, aunque insistí varias veces en la separacion del cura de Zacapoaxtla, no lo pude lograr, ya por el empeño del Sr. Haro, á quien tenia necesidad de considerar en aquellas circunstancias, ya por la resistencia de los indígenas que vinieron de aquel pueblo, y que de todos modos hubieran eludido mis órdenes, ya, en fin, porque á pocos dias de haber tomado posesion de esta plaza las fuerzas pronunciadas, la junta de notables eligió á dicho párroco de diputado á la asablea departamental; y si bien era interino, se me aseguró que iba á funcionar por la renuncia de los Sres. Fúrlong y Saviñon. Con este pretesto y otros que no estuvo en mis manos eludir, permaneció aquí dicho cura contra mi voluntad.

"Ignoro si algunos otros eclesiásticos fomentaron de alguna manera pública la reaccion; y aunque V. E. me insinuó que lo habian hecho otros varios, no tuve á tiempo la ciencia necesaria, y V. E. se reservó todos los datos;

contentándome con asegurar á V. E., que por mi parte no habia inconveniente para castigarlos, segun lo merecieran, y aun aplicarles el destierro, si se consideraban como perturbadores de la paz pública; pero que resolverse á imponer al clero un préstamo por vía de pena, á mas de ser infamante, nota por la cual no era posible pasar, dictaba la justicia que solo se hiciera estensiva á los delincuentes y de ningun modo al clero en general, por esponerse á aplicar un castigo al inocente, como de hecho va á suceder con las religiosas de los conventos, con la mayor parte de los párrocos y eclesiásticos, con todos los interesados en las capellanías y obras pías, cuyos réditos por precision han de disminuirse, aun cuando no fuera mas que por los gastos de la intervencion decretada. Se añade en el cuarto considerando, que hay datos para creer que una parte de los bienes eclesiásticos se ha invertido en fomentar la sublevacion. Jamas tendria el atrevimiento de negar la existencia de esos datos; pero un deber muy estrecho de conciencia me obliga á suplicar muy rendidamente á V. E. se sirva mandar que se me remitan, para castigar á los infractores de las leyes eclesiásticas que prohiben la inversion de dichos bienes en objetos diferentes de su institucion, sin estar facultados competentemente, y declararlos incursos en la excommunion, privarlos del beneficio que tengan, é inhabilitarlos para obtener otro.

"Suele suceder, principalmente hoy, que los eclesiásticos son el blanco del odio y de la calumnia de muchos, que cuanto pasa por sus manos se tiene como de la Iglesia, cuando tal vez pertenece á su peculio, patrimonio ó propiedad particular, ó es algun encargo hecho por algun estraño; así como suele suceder tambien que porque uno, dos, tres ó cinco eclesiásticos se mezclan en algunos negocios ajenos de su estado, ya se atribuye á todo el clero en general. Esta observacion, aunque muy vulgar, ha sido autorizada por uno de nuestros famosos políticos y mejores abogados de nuestro foro, el Sr. Peña y Peña, con estas palabras: "En las demas clases del Estado ningun reo carga el delito de otro; pero en la del clero, cada individuo sufre el peso de los crímenes de los demas individuos que componen la corporacion, y ésta sufre la infamia de todos los crímenes de todos sus individuos. Por esta razon un corto número de delitos de los eclesiásticos fué bastante para irrogar una infamia perpetua al clero de Francia, y entre nosotros, para mirar con cierta especie de desprecio y vilipendio á los eclesiásticos, singularmente á los frailes, sin reparar en tantos otros que por su santidad y virtudes políticas y morales debian ser el ejemplo de la República y prestar un mérito poderoso para la consideracion y respeto universal." Si esta observacion y la que hace el mismo sobre ser mas corto el número de delincuentes de la clase eclesiástica, comparado con el de las otras clases de la sociedad, es aplicable al clero en general, lo es muy particularmente al mexicano, y por las circunstancias de hoy y por la revolucion que acaba de pasar, lo es especialmente al clero de mi diócesis.

"Para no fatigar la respetable atencion de V. E. dígnese fijarla en la copia

que acompaño, y recordar las palabras que tuvo la satisfaccion de escuchar de los labios de V. E., y fueron, que nada tenia que tachar en mi conducta, ni que sentir del obispo de Puebla, y compararlas con la frase general de que el clero de Puebla cuya cabeza soy yo, ha fomentado la guerra por cuantos medios han estado á su alcance. Sírvase V. E. recordar por su órden los nombres de los señores capitulares; y si sobre uno ó dos han recaido algunas sospechas, ténganse presentes las circunstancias en que los ha colocado su puesto, y se verá cómo las acciones mas inocentes han podido tergiversarse.

"No hay para qué negar lo que á todos es patente. Es cierto que al Sr. Haro, durante su permanencia en esta ciudad, se le dieron algunas cantidades por vía de préstamo, lo mismo que se han dado á todos los gobiernos, carácter con que me ví precisado á reconocerlo desde que en virtud de unos tratados se le entregó el mando de esta plaza y se estableció un nuevo órden de cosas á que todos se sometieron. No pudiendo, ni debiendo yo entenderme en la colectacion de esas cantidades, ni en el modo de entregarse, ni en contestar personalmente á las varias exigencias de dinero, era natural que lo hiciese por medio de los gefes de las oficinas, ó personas caracterizadas, que son en todas las diócesis los conductos de comunicacion entre el obispo y el gobierno. Como se les veía buscar, colectar y entregar algunas cantidades, venir á mí, ir al Sr. Haro, &c., &c., muchos que están pendientes de las acciones mas insignificantes de los eclesiásticos, les han de atribuir, no un participio hijo de la situacion en el gobierno de aquel corto período, como es justo, sino una influencia directa en el movimiento revolucionario.

"Yo termino esta parte de mi esposicion, que ve á los hechos ó supuestos en que se funda el decreto, declarando con toda sinceridad y de la manera mas formal y solemne, que ni yo, ni mi venerable cabildo, ni alguno otro administrador de bienes eclesiásticos ha dado ninguna cantidad al Sr. Haro, ni á ningun otro revolucionario mientras han tenido este carácter: que cuando ya tomaron posesion de la plaza, se les ministraron públicamente, como gobierno reconocido y que contaba con la fuerza, algunas cantidades bien insignificantes, y no proporcionales por su pequeñez á las que se han facilitado á los demas gobiernos: que respeto el juicio de V. E. al contar entre las medidas de alta política la intervencion de los bienes eclesiásticos, y al creer que se consolidará con ésta la paz y el órden público, objeto que desea todo buen mexicano, al paso que resiste el medio como cristiano, y teme que nos hunda en nuevos males y cause al supremo gobierno difíciles compromisos y otros conflictos á que, despues de ocasionados, la mas sábia, firme y discreta política no ha podido sobreponerse en otros paises.

"El último considerando me sirve de escudo para entrar confiadamente en la segunda parte de mi esposicion. Me es muy grato ver allí que el empeño de V. E. se encamina á dar á su gobierno los caracteres de justo y enérgico, á que desde luego me acojo, protestando por mi parte y á nombre de mi

clero, sumision, respeto y obediencia á todas las leyes, decretos y órdenes que nazcan de la autoridad civil, y tengan por materia los objetos de su inspeccion; así como me es mortificante tener que manifestar á V. E. el derecho de la Iglesia que considero lastimado con la intervencion, y más todavía con el reglamento.

"Yo debo comenzar, decia el Illmo. Sr. Portugal en 22 de Enero de 1847, invocando principios ó desconocidos ó menospreciados; principios que es necesario abjurar para hacer en contra de la Iglesia una escepcion tan ruinosa, cuando se trata de un deber que pesa igualmente sobre todas las propiedades." Sí, Sr. Exmo., los gastos de la guerra, la indemnizacion de perjuicios sufridos por los particulares, las pensiones de viudas, huérfanos y mutilados, son gravámenes del erario público, cuyos fondos se forman de los bienes nacionales y de las contribuciones que deben reportar todos los asociados con proporcion á sus haberes. Bien sé que la libertad é independencia recíproca de las dos potestades, eclesiástica y civil, formaba en tiempos mas felices una exencion respectiva de ambos erarios; pero ya que la economía moderna ha introducido un nuevo sistema en que la Iglesia se ha hecho tributaria, aunque conservando siempre inviolable su propiedad, hágase pesar sobre todos el déficit que resulte en los fondos nacionales. Si por circunstancias estraordinarias ú otros motivos de justicia, de conveniencia pública ó de alta política, es necesario echar mano de los bienes de la Iglesia, impétrese la autoridad pontificia, y de esta manera se conseguirá todo sin lastimar los principios y sin disputar á los obispos la facultad de disponer de sus fondos, conforme á las reglas de su constitucion, cuya guarda les está encomendada.

"El carácter de soberana é independiente, propio de la Iglesia, le da un derecho de propiedad pleno en sus bienes y la facultad de dictar las reglas de su ejercicio, ya para la conservacion, ya para la recaudacion, ya para la inversion de ellos. Estas reglas norman la conducta de los obispos, y ninguno puede quebrantarlas, ni sujetarse á otras dadas, por cualquiera otro poder estraño, sin hacerse acreedor á las penas con que han sido sancionadas. Tal es la alternativa indeclinable en que yo me hallo con el artículo 1.° del decreto número 73 que manda á los gobernadores de Puebla y Veracruz, y al jefe político de Tlaxcala intervenir los bienes eclesiásticos de mi diócesis. Si yo me sujetara á él lisa y llanamente, convendria desde luego en que el derecho de administrar dichos bienes habia pasado á la autoridad temporal: de Príncipe de la Iglesia descenderia á la clase de un empleado subalterno del gobierno civil, y de tan baja condicion, que quedaria, como intervenido, igual al interventor, y aun en cierto modo sujeto á él: en vez de ejercer la jurisdiccion eclesiástica, por mi propia dignidad ó como delegado de la Silla apostólica, seguiria obrando á nombre del gobierno nacional en cuanto á la administracion de los bienes, y acaso el dia de mañana se me sujetaria á otras reglas en cuanto á la predicacion del Evangelio y á los otros puntos

del ministerio católico, dando por razon la misma que hoy se espone, de la influencia decisiva del clero en la suerte de la nacion.

"Si no obedezco, decia mi dignísimo predecesor el Illmo. Sr. Vazquez, con ocasion de un suceso semejante al decreto y á otros de igual naturaleza, seré odiado de los hombres y sufriré en lo temporal quizá las mayores penas; pero si desprecio los cánones, si olvido mi obligacion, como obispo y como cristiano, mereceré caiga sobre mí la divina indignacion y los suplicios eternos. ¿Se puede dudar de mi eleccion en tan dura alternativa? ¡Dejaré de persuadirme que me importa mucho mas obedecer á Dios que á los hombres! Esta será, Sr. Exmo., si me asiste la gracia del cielo, mi única regla de obrar; y porque mis deberes de Pastor se estienden indispensablemente á la instruccion de la grey que está bajo mi cayado, lejos de ser responsable á la pública tranquilidad, cuando manifieste á los pueblos la verdadera doctrina, seria por el contrario el mas indigno y el mas reprensible de todos los sacerdotes, si me resolviese á callar en materia tan importante; porque como dice Martino V en su bula *inter cunctas* (que trata de la materia), el error que no se resiste, queda con esto aprobado; y San Gregorio añade que debo amonestar á mis ovejas, no pasen con su obediencia mas allá de los límites debidos, para evitar que sujetándose á los hombres mas de lo que es necesario, se vean precisados á venerar sus faltas. *Admonendi sunt subditi ne plusquam expedit sint subjecti ne cum student plusquam necesse est hominibus subjici compellantur vitia eorum venerari.*"

"Este es precisamente el caso en que me hallo, y tal es la doctrina que me aplico. El decreto que interviene los bienes eclesiásticos de mi diócesis, está en oposicion abierta con las leyes de la Iglesia: cuanto se opone á éstas se opone á la ley de Dios, y repito que me hallo en la alternativa de faltar á Dios ó de rehusar mi consentimiento á la disposicion del gobierno. "No citaré aquellas, decia el mismo Illmo. Sr. Portugal, son tan antiguas como la Iglesia, se han repetido en diferentes épocas, son muy terminantes en sus decisiones y terribles en sus penas; queda excomulgado el que de cualquiera manera, con cualquier motivo, en cualquiera circunstancias atenta, dicta, ejecuta, ó obsequia alguna medida contra los bienes eclesiásticos. La historia nos presenta ejemplos de los castigos impuestos por la Silla apostólica á la debilidad de los Pastores, así como cuenta en el número de los mártires á los que han muerto defendiendo tales bienes.

"Con una parte de dichos bienes y sin desatender los objetos piadosos á que están dedicados, se harán las indemnizaciones de que habla el artículo 2°" De buena voluntad quisiera, Exmo. Sr., poder permitir que los interventores tomaran parte en la administracion de estos bienes; y con tal que no se escedieran de los límites que prescribe este artículo, y atendieran á los importantes objetos de la institucion que en él se salvan, estoy seguro de que el supremo gobierno se veria en el caso de buscar algunas cantidades para cubrir el deficiente, y con una prueba tan palmaria se sacaria la ventaja de que

muchísimos se desengañarian del concepto exagerado que tienen sobre la riqueza de la Iglesia: se veria entonces que solo por la economía y las limosnas de algunos bienhechores, que no faltan, principalmente en esta ciudad, subsisten algunos establecimientos, y que otros, cuyo número pasa de diez, están reducidos á la mas espantosa miseria. ¡De qué ha provenido esto? Permítame V. E. decirlo con franqueza: de los millones que se consolidaron, de los capitales perdidos durante la revolucion de independencia y de los cuantiosos préstamos hechos el gobierno nacional, cuyo resultado se está esperimentando en la supresion de muchas piezas eclesiásticas, en la modicidad de un culto que habia sido siempre magnífico, en la escasez de buenos empleados para las oficinas, en la ruina de fincas que no pueden repararse, en la pérdida de capitales que no pueden ponerse en corriente, y en otras muchas cosas que seria largo referir, y cuya falta se palpa hoy, principalmente en esta diócesis, donde los fondos no corresponden al número de objetos á que están destinados. Porque sin contar con una riqueza radical, proporcionada á las necesidades, se han querido cubrir éstas, sin tenerse presente el espíritu del siglo, con una caridad resfriada y la cual tal vez se escitaria mas por el espectáculo de los necesitados que irian en busca de ella; al paso que hoy están ocultos en los edificios, causando un positivo tormento á los que por deber, por curiosidad ó verdadera humanidad van á visitarlos. ¡Se cubren los objetos piadosos? Pues nada queda, Exmo. Sr. ¿Qué digo? falta, y falta una cantidad considerable.

"Parece que V. E. tuvo presente el estado de nuestros establecimientos, para cuya pintura no hallé palabras propias, cuando de viva voz tuve el honor de hacerla á V. E., y que la recordó al dictar en el artículo 3º una intervencion ilimitada, pues sin esperar á que se consolide la paz y el órden público en esta nacion, amenazada de muerte por tantos intereses encontrados, por tantas revoluciones que surgen de todas partes y con cualquier pretesto, por tantos enemigos interiores, fronterizos y estraños, la misma escasez de los fondos la prolongaria, no por años, sino por siglos.

"En cuanto al decreto reglamentario, número 74, que tambien se me ha comunicado, solo diré, que en su art. 2º parte 2ª atribuye á los interventores las facultades que competen á los obispos, y que por lo mismo es contrario á la jurisdiccion y libertades de la Iglesia: que en el art. 3º ya no se habla de una simple intervencion, sino de la facultad de disponer de capitales y rentas eclesiásticas con autorizacion del gobierno, cosa que no pueden hacer ni aun los mismos obispos, y pretension muy bien combatida en la contestacion del Illmo. Sr. Portugal que he citado, y en el edicto de mi dignísimo predecesor el Sr. Vazquez á que aludí en mi nota 2 del corriente, y cuyos documentos doy aquí por espresos, en cuanto toquen á la materia de estos decretos. En el art. 4º se anulan los contratos hechos, segun supongo, por la autoridad eclesiástica y conforme á las reglas canónicas, siempre que el interventor no dé su aprobacion. Aquí queda otra vez sujeto el obispo, su cabildo,

su provisor y todas las autoridades respetables de la Iglesia á un interventor. ¿Y qué interventor....? Jamas podia haber imaginado, Sr. Exmo., que al ascender yo á la dignidad del episcopado en México, iba á descender á tal punto..... en concepto del supremo gobierno, por cuyo acierto, consolidacion y buen nombre, he hecho siempre los votos mas sinceros, ayudándole en todas épocas y segun la posicion en que la Providencia me ha colocado.

"Permítame V. E. pasar adelante, porque mi corazon tiene mucho que sufrir, y terminar ya esta cansada esposicion, con asegurar que en los artículos 5º y 6º solo veo trabas que darán por resultado, la diminucion progresiva y la ruina total de los bienes de mi Iglesia, sin que el gobierno haya salido de ningun ahogo con estas medidas que tanto afectan la piedad de los fieles, y turban la armonía que debe reinar entre ambas autoridades, y consiguientemente alejan la paz pública y el bienestar de la nacion.

"Yo aguardo confiadamente en la bondad y sano criterio de V. E., que consagrará de nuevo su profunda meditacion á este asunto de tanta gravedad, y en que se interesa el bien de los fieles de mi diócesis, el respeto y sumision debidos á las autoridades, el buen nombre del gobierno y la religiosidad de V. E. que no dudo acatará, sostendrá y defenderá los verdaderos principios de la Iglesia católica y de la autoridad de los Pastores. El mas indigno de todos levanta hoy su voz hasta los oidos de V. E., pidiendo la revision de los citados decretos, suspendiéndose entretanto las providencias que en virtud de ellos dictaren los gobiernos de Tlaxcala, Veracruz y este Estado, así como la final derogacion."

DOCUMENTO A QUE SE REFIERE LA ANTERIOR.

"Exmo. Sr.—Entre una y dos de la tarde recibí la nota de V. E. en que me comunica el nombramiento de interventores hecho por V. E., en virtud de las facultades que le concede el decreto número 73, espedido por el Exmo. Sr. presidente sustituto en 31 del próximo pasado, y del cual, lo mismo que del 74 que lo reglamenta, se ha servido V. E. remitirme un ejemplar.

"Aun cuando solo tuviera á la vista el edicto de mi dignísimo predecesor Dr. D. Francisco Pablo Vazquez de 27 de Enero de 1847, que doy aquí por espreso en todas sus partes, bastaria para no prestar mi consentimiento á la intervencion decretada, pues allí se hace mencion del cánon 19 del Concilio Lateranense 3º que prohibe aplicar los bienes eclesiásticos á gastos ajenos de su institucion; de la herejía de Wiclef, condenada por el Concilio de Constanza; de la conducta de San Ambrosio y San Gerónimo contra un Edicto del emperador Valentiniano; del Concilio 3º de Ravena, que impone la pena de excomunion á las personas de cualquier estado, grado y condicion, que usurpen los bienes, muebles ó semovientes, réditos ó rentas de las Iglesias y de los prelados, bajo cualquier pretesto, ya por sí, ya por medio de otros; del

Concilio 3º Lateranense, que fulmina igual excomunion é impone á los prelados la obligacion de amonestar á sus súbditos para que restituyan; del Concilio 5º Romano, que anatematiza del mismo modo al militar ó persona, de cualquiera órden ó profesion que sea, que reciba los predios eclesiásticos aun por órden del mismo rey ó príncipe secular sin aprobacion de los obispos, abades ú otros rectores de las iglesias, y aun cuando los reciban de estos mismos, si han prestado su consentimiento depravada ó viciosamente; del capítulo 22 del Concilio de Agata, donde se leen estas palabras: "establecemos lo que todos los cánones establecen, que mientras no se restituyan á la Iglesia sus bienes, los que los tengan sean privados de la comunion de los fieles;" del Concilio 3º mexicano, que prohibe lo mismo, bajo severísimas penas, y son las mismas del Santo Concilio de Trento, á saber: la excomunion reservada al Romano Pontífice, y cuya absolucion no se alcanzará, mientras no se restituya la privacion del derecho de patronato, si fuere patrono; la del beneficio, inhabilidad y suspension si fuere clérigo.

"Mas, tengo presente lo que han espuesto los Illmos. Sres. obispos de las otras diócesis en varias épocas, que con diferentes motivos se han espedido algunas leyes ó decretos, disponiendo de los bienes de la Iglesia, con perjuicio del derecho de ésta, y de los que han sido puestos en ella para regirla y gobernarla. Mi conciencia, mis juramentos hechos el dia de mi consagracion me ligan á seguir tan sabios ejemplos. Por esto, y por el temor de incurrir en las gravísimas penas y censuras fulminadas, de que he hecho mencion, me veo en el estrecho deber de no prestar mi consentimiento ni de dictar las órdenes de que V. E. me habla, para que todos los dependientes de esta diócesis obedezcan la ley lisa y llanamente. Antes bien les he prevenido, que sin resistir á la fuerza, protesten contra cualquiera violencia y dejen salvo el derecho de la Iglesia.

"Si así no lo hiciera, me haria yo cómplice de su falta, digno de las indicadas penas; y es precisamente lo que con toda clase de sacrificios quiero evitar. En medidas estremas y en la alternativa de obedecer á Dios ó al César, no hay medio, y la prudencia cristiana aconseja lo primero, sean cuales fueren las consecuencias que puedan resultar, y que por mi parte he procurado evitar, haciendo los mayores esfuerzos.

"Todo lo que digo á V. E. en contestacion á su citada nota, y sin perjuicio de elevar una respetuosa esposicion al Exmo. Sr. presidente, cuyas disposiciones en cuanto no se opongan á las de la Iglesia, acato, respeto y obedezco.

"Protesto á V. E. las seguridades de mi aprecio y singular estimacion, en justa correspondencia á las de su repetida nota; manifestándole al mismo tiempo, que no obstante la debida consideracion que V. E. me promete, ya se han presentado en las oficinas algunos de los nombrados, casi desde la hora en que recibí el oficio, cuya respuesta deseaba fuera, en cuanto á los términos, de acuerdo con mi ilustre y venerable cabildo.

"Dios guarde á V. E. muchos años. Palacio episcopal de Puebla, Abril 2 de 1856.—*Pelagio Antonio*, obispo de la Puebla.—Exmo. Sr. gobernador del Estado, D. Francisco Ibarra."

CONTESTACION.

"Illmo. Sr.—He dado cuenta al Exmo. Sr. presidente sustituto de la República, de la esposicion que con fecha 5 del presente se sirvió dirigirle V. S. I. por conducto de este ministerio, pidiéndole la revision de los decretos núms. 73 y 74 espedidos en la ciudad de Puebla en 31 del mes próximo pasado y su final derogacion, suspendiéndose entretanto las providencias que en virtud de ellos dictaren los gobernadores de Veracruz, Tlaxcala y ese Estado; y me ha ordenado contestar á V. S. I. que aun subsistiendo en toda su fuerza las consideraciones que lo movieron á dictar los decretos referidos, tiene el sentimiento de no poder obsequiar los deseos de V. S. I. Me manda igualmente S. E. que examinando con la debida atencion las razones en que V. S. I. funda su solicitud, me ocupe en contestarlas, no por un espíritu de discusion, muy ajeno del carácter de las respetables personas que median en este asunto, sino para manifestar á V. S. I. que la norma de la conducta del gobierno no es el *Hoc volo sic jubeo; sit pro ratione voluntas*, de los tiranos, sino la verdad y la justicia.

Fundado V. S. I. en los cánones de algunos concilios citados en la nota que con fecha 2 del presente dirigió al Exmo. Sr. gobernador del Estado de Puebla, y en varias razones, niega al supremo gobierno la competencia para dictar las providencias, objeto de la esposicion.

Con mucha justicia han fulminado los sagrados concilios severas penas contra cualquier clérigo ó lego, que dominado por la codicia, presumiere invertir en uso propio, ocupar, usurpar ó distraer de su objeto las rentas de la Iglesia: el Exmo. Sr. presidente, gefe de un pais eminentemente católico, y celoso, como el que mas pueda serlo, del decoro de la Iglesia, cumplirá con gusto el grato deber de coadyuvar con toda su autoridad á sostener estas disposiciones; no creo que V. S. I. quiera hacer el agravio al primer gefe de la nacion, de suponer que quiere convertir en usos propios las cantidades que resulten de la indemnizacion decretada. Seré mas esplícito: se invertirán en socorrer á los mutilados, viudas y huérfanos, tristes reliquias de la guerra fratricida que acaba de terminar. El Santo Concilio de Trento espresamente declara: que los bienes eclesiásticos deben invertirse en socorrer las necesidades de los pobres y de los ministros de la Iglesia: muy persuadido estaba el Exmo. Sr. presidente de la estrecha obligacion que tiene todo cristiano de socorrer á las viudas y huérfanos en su tribulacion, cuando dictó el art. 2º del decreto número 73; y no puedo persuadirme que el prelado de la Iglesia de Puebla haya dudado un solo momento, si son pobres y dignos de toda consideracion los mutilados, viudas y huérfanos que han quedado redu-

cidos á ese estado, por la malhadada campaña que provocaron los rebeldes de Puebla.

Fije V. S. I. su atencion en cada uno de los artículos de los decretos de que me ocupo, y estoy seguro de que poniendo la mano sobre su corazon, no encontrará sino una medida justa y reparadora, que en nada se opone á lo determinado por la Iglesia.

Me reduciré á hablar de las disposiciones del Sagrado Concilio Tridentino, porque ademas de que renueva en todo, los cánones, concilios generales y demas constituciones apostólicas sobre la materia, es, con el Concilio 3º mexicano, la norma de la disciplina actual de nuestra Iglesia. En dos partes en que se ocupa de este punto, prohibe "convertir en usos propios, usurpar por sí ó por otros, ó estorbar que los perciban las personas á quienes de derecho pertenecen, los bienes, derechos, censos, jurisdiccion, frutos, emolumentos ú obvenciones de cualesquiera iglesia ó lugares piadosos," que, dice el tercer Concilio mexicano, "deben convertirse en las necesidades de los pobres."

He examinado con la atencion mas escrupulosa, todas y cada una de las palabras de los decretos de que se trata, y no he encontrado una que autorice los abusos justamente reprimidos por los concilios citados. Cuando el gefe de los rebeldes ocupaba esa ciudad, se vió con escándalo que los malos sacerdotes contribuyeron con las rentas de la Iglesia para fomentar la rebelion, sin temor de incurrir en las justas censuras fulminadas contra ellos por la misma Iglesia. ¿Creerian acaso que no distraian de su sagrado objeto las rentas eclesiásticas? ¡Y ahora que el Exmo. Sr. presidente trata, por medio de un decreto justo y eminentemente reparador, de evitar que se despilfarre de esta manera el patrimonio de los pobres, ahora que lo aplica á su verdadero objeto, se muestran temerosos de incurrir en las excomuniones de los concilios! Con profundo dolor ha visto S. E. los males que los pérfidos y ambiciosos directores de la rebelion de Puebla, han causado á toda la República, pero principalmente á ese Estado. Reduciéndonos al caso presente, ¿cuándo restituirá á la Iglesia D. Antonio Haro los bienes que gastó en derramar la sangre de sus hermanos? ¿Se verá el gobierno supremo en el duro caso de recordar á V. S. Illma., que tiene la estrecha obligacion de evitar que á cualquier gefe de motin que se da el título de gobierno, se entregue, por los sacerdotes de Jesucristo, el patrimonio de la Iglesia, para emplearlo en sostener sus depravados intentos? Causa positivo sentimiento considerar, que si los gefes de los rebeldes no hubieran contado con los auxilios pecuniarios que voluntariamente les proporcionaron los individuos del clero de esa diócesis, se hubiera ahorrado mucha sangre de nuestros hermanos, y no estuvieran ahora tantas familias inocentes en la orfandad y en la miseria.

No se me oculta que en varias ocasiones, las autoridades eclesiásticas han pretendido ampliar á favor suyo, las disposiciones de los concilios, disminuyendo á la vez las atribuciones del gobierno civil; pero los reyes y gefes de

las naciones católicas, jamas han permitido que se les prive de sus facultades. En comprobacion de esto, basta á V. S. I. recordar la tenaz resistencia que Alemania, Francia, los Estados de Italia, España y otros reinos católicos, han opuesto á las exageradas pretensiones de la famosa bula *In cœna Domini*. En nuestra misma nacion, refiere el Sr. Solórzano, que siempre se ha tenido especial cuidado en impugnar su recepcion, y que si en algunas partes se habia publicado de hecho, habia sido sin asistencia de los ministros reales.

Bien conoció el rey Felipe II, los inconvenientes que, de la arbitraria interpretacion del Sagrado Concilio de Trento, se seguirian al Estado, cuando manifestó tanta resistencia para admitir sus disposiciones de disciplina: "y para que V. E. sepa," dice el consejo colateral de Nápoles en la relacion que sobre la admision de la bula *In cœna Domini*, dirigió al duque de Alcalá, y se tenga entendido lo que se mira por la conservacion de la autoridad de S. M. (el rey Felipe II), se trae á la memoria de V. E., que habiéndose pedido el *exequatur* del Concilio Tridentino, no se quiso conceder, atendiendo á que en el dicho Concilio se hallaban muchos cabos que perjudicaban á la jurisdiccion de S. M., de los cuales V. E. le dió aviso particularmente." El rey español admitió los cánones de disciplina del referido Concilio; pero no puedo menos que llamar la atencion de V. S. I. sobre los términos en que está concebida la real cédula de 12 de Julio de 1564, en que manda observar las disposiciones mencionadas: "acepto, dice, y recibo el dicho Santo Concilio.... é interpondré para su guarda mi autoridad y brazo real, *en cuanto sea necesario y conveniente*." Ni podia obrar de otra manera el príncipe, que en las instrucciones que dió al marqués de las Navas, su embajador en Roma, espresamente sostiene estos principios: "dando á entender á S. S., dicen las referidas instrucciones, que..... nuestra conciencia está bien sanseada, de que segun la opinion de los mismos canonistas, no es obligado el príncipe seglar á cumplir los mandamientos del Papa sobre cosas temporales"....., Bien ve V. S. I., que el Exmo. Sr. presidente no ha traspasado en sus decretos los límites que tiene la autoridad secular, y que antes bien, lejos de desviarse un ápice de las disposiciones de los sagrados cánones, camina enteramente de acuerdo con ellas: reconoce como católico, la autoridad esclusiva que tiene la Iglesia de Jesucristo para dictar sus disposiciones sobre el dogma, la moral y la administracion de los Sacramentos; pero sabe tambien que las disposiciones reglamentarias que dicta sobre las cosas temporales que ha adquirido por habilitacion de la autoridad secular, en tanto subsisten, en cuanto dura la ley en que se fundan; la ley civil. ¿O se querrá que estén vigentes todavía los cánones sobre feudos, vasallaje é investidura de los obispos? Las disposiciones del derecho canónico son en parte civiles, y en parte puramente eclesiásticas; las civiles no son sino los reglamentos de las facultades que los gobiernos temporales han concedido á la Iglesia por honraria; y en tanto subsisten, en cuanto subsiste la concesion temporal; las eclesiásticas

son las que da la Iglesia en los puntos de su competencia, y las que todos los seglares, en cualquiera dignidad que estén constituidos, deben acatar y obedecer como hijos de Jesucristo, ante quien no hay distincion de personas.

Espero que V. S. I., imitando el ejemplo de San Gerónimo, que cita en su esposicion, reconozca la competencia de la autoridad civil, para dictar disposiciones sobre los bienes temporales de las iglesias: "Yo me avergüenzo, esclamaba aquel gran Padre de la Iglesia, de decir que á los sacerdotes de los ídolos, á los bufones, á los carreteros, y aun á las rameras, les es permitido adquirir posesiones, al mismo tiempo que se prohibe á los clérigos y monjes por una ley dictada, no por los perseguidores de la Iglesia, sino por *príncipes muy cristianos. Ni me quejo de esta disposicion;* pero sí me duele que la hayamos merecido. *El cauterio es bueno, así como próvida y severa la precaucion de la ley.* ¡Ojalá que siempre tuviéramos á la vista aquella célebre sentencia de San Ambrosio: "Nada propio posee la Iglesia, sino la fé."

No se oculta á V. S. I. el empeño que los príncipes y gefes de las naciones han tenido en todo tiempo por honrar á la Iglesia de Jesucristo y á sus ministros, evitando, sin embargo, que los privilegios concedidos á las corporaciones eclesiásticas, perjudicaran á las demas clases del Estado. No hablaré de la Francia, en donde las bulas *Unam Sectan, an In cana Domini* sufrieron por tanto tiempo una tenaz oposicion, y en donde se ha rehusado admitir la parte de disciplina del Concilio de Trento; no hablaré tampoco de la Sicilia, de la Alemania Católica y de los mismos Estados de Italia, pues muy bien conoce V. S. I. los trabajos de las potestades temporales para evitar que las inmunidades de los individuos del clero trastornaran el régimen y buen gobierno de la nacion: me limitaré solo á la España, por haber sido la que nos comunicó los principios que aun nos rigen en materias civiles y eclesiásticas. En tiempo de la monarquía goda estaban sujetos los bienes eclesiásticos á los mismos pechos y tributos que los demas del Estado; y si bien es cierto que los reyes españoles, por honrar á la Iglesia católica, le concedieron el privilegio de inmunidad en sus rentas, tambien lo es que llegó á ser tan nocivo al Estado, que á pesar de los continuos esfuerzos para modificarlo y reducirlo á sus justos límites, no fué tolerable, hasta que por el Concordato celebrado en 21 de Setiembre de 1737 se determinó: "que todos los bienes que los eclesiásticos hubieran adquirido, ó adquiriesen en lo sucesivo con cualquier título, estuviesen sujetos á las mismas cargas á que lo estaban los bienes de los legos." Ahora bien: si para la malhadada rebelion que ha sido felizmente vencida, hubieran contribuido los bienes de algun particular, ¿se negaria la facultad al gobierno para imponer sobre esos bienes el gravámen de indemnizar á la nacion por los gastos que se le ocasionaron; á los particulares por los perjuicios que se les han irrogado, y á las viudas y huérfanos por las pensiones que deben acordárseles, para disminuir en parte la desgracia de haber perdido á los que los alimentaban?

Del cotejo de los cánones y leyes civiles de España hasta el siglo VIII

se deduce claramente, que á no haber intervenido los reyes en el cuidado y administracion de las vacantes de las iglesias, se hubieran disipado las herencias de los obispos, y aun las propiedades de aquellas. El Fuero Juzgo, las Siete Partidas y el Ordenamiento de Montalvo, abundan en disposiciones sobre esta materia. Cuando el rey Cárlos III decretó la espulsion de los religiosos de la Compañía de Jesus y ocupó sus temporalidades; cuando su hijo Cárlos IV mandó que estos bienes se incorporasen enteramente á la real hacienda, con destino á la amortizacion de vales reales, sin perjuicio de aplicar, siendo necesario, alguna parte de ellos, á las urgentes necesidades de la monarquía; y cuando al decretar con el mismo fin la enajenacion de todos los bienes raices pertenecientes á hospicios, casas de misericordia, de reclusion y de espósitos, cofradías, memorias, obras pías y patronatos de legos, sentó el principio de que era indisputable su autoridad para dirigir á este y otros fines del Estado los establecimientos públicos, nadie le disputó en efecto la competencia á este soberano para dictar tales disposiciones, lo mismo que á los monarcas sus antecesores. Seria el mayor absurdo pretender que la legislacion canónica no imponia á los prelados las mismas obligaciones entonces que ahora, ó que el Exmo. Sr. presidente tiene menos facultades para dirigir á la nacion, que los monarcas españoles para gobernar sus dominios.

No puedo menos de recordar á V. S. I. las palabras de Felipe II, que fué el que mandó observar el Santo Concilio de Trento, en la instruccion que en 28 de Diciembre de 1596 dirigió á su embajador en Roma: "Conforme á derecho, cada uno puede defender su jurisdiccion, *y esto aun contra los eclesiásticos;* y así dicen los doctores, que si el prelado turba la jurisdiccion del príncipe, puede con el medio de penas pecuniarias y de las temporalidades, defenderla: lo cual se observa en estos reinos de España y se observaba en Francia en tiempo que florecia en ella la religion católica...." No puedo comprender el Exmo. Sr. presidente sustituto, por qué se quiere negar al gobierno de la República de México, las facultades que, sin contradiccion, han ejercido las autoridades temporales de otros paises eminentemente católicos.

Jesucristo al fundar su Iglesia, quiso que fuera independiente de las potestades temporales; su reino que no pertenece á este mundo, durará hasta la consumacion de los siglos, sean cuales fueren los cambios que prueben los gobiernos y los choques y trastornos que sufran las naciones: por esto mismo no consintió que sus ministros tuviesen la mas mínima participacion en los negocios temporales. "¿A qué derecho te atienes, dice el gran doctor San Agustin, para defender las posesiones de la Iglesia? ¿Al divino ó al humano? El derecho divino lo tenemos en las Escrituras, el humano en las leyes de los reyes. ¿De dónde les viene á todos el título por el cual poseen las cosas, sino del derecho humano? Ateniéndose á él, es como puede decirse: esta hacienda es mia, esta casa es mia, este esclavo es mio. Supóngase que no existe el derecho de los emperadores, ¿y quién se atreverá á decir esta ha-

cienda es mia, este esclavo es mio, esta casa es mia!" Ciertamente que San Agustin, no juzgaba como una política presuntuosa y bastarda la que enseña: que la Iglesia, como una corporacion compuesta de hombres, que adquieren bienes temporales y está bajo la proteccion de las leyes civiles, debe sujetarse al gefe del Estado. Seria un absurdo suponer que en las naciones habia una clase que, disfrutando todas las comodidades que produce la asociacion, no estaba sujeta á sufrir las cargas que trae consigo.

La rebelion iniciada en Zacapoaxtla, quiso justificarse dándose el cáracter de guerra religiosa: si solo se hubiesen contentado con darle este título los fautores del motin, serian dignos del mas severo castigo, pues que por ambiciones personales, estraviaban de esta manera la opinion del pueblo sencillo é ignorante; pero el Exmo. Sr. presidente supo, con el mas profundo dolor, porque fué público y notorio, que las reliquias y cruces que portaban los reaccionarios y con las que se quiso escitar su valor, por considerarlo empleado en defender una causa santa, les fueron dadas por manos de sacerdotes, y hechas en varios conventos de señoras religiosas; que en las puertas de los templos se fijaron convites religiosos, para diversas rogaciones por el triunfo de las armas de los enemigos del supremo gobierno, y aun hubo algunos en que se escitaba al pueblo á la rebelion; esto ha sido tanto mas doloroso para S. E., cuanto que está intimamente convencido como V. S. I., de que el error que no se resiste queda con esto probado.

El cura de Zacapoaxtla tomó un participio directo en la rebelion, no solo escitando á sus feligreses con sus predicaciones, sino conduciéndolos al teatro de la guerra y capitaneándolos á mano armada; y esto (con profundo sentimiento me veo precisado á decirlo) á vista y paciencia de su prelado, sin que sufriera, no ya las penas correspondientes á su crímen; pero ni aun la conminacion de las censuras que contra él fulminan los sagrados cánones. Cualquiera que hubiera sido la fuerza y poder de que hubiesen dispuesto los gefes de los rebeldes, V. S. I. ha dicho, con mucha justicia, que primero es obedecer á Dios que á los hombres. No tema V. S. I. que el Exmo. Sr. presidente permita que alguna vez queden sin sufrir el merecido castigo los empleados del supremo gobierno, sean de la categoría que fueren, que desconociendo sus deberes, quebranten las leyes establecidas, principalmente si pretenden perturbar á los dignos sacerdotes de Jesucristo en su augusto ministerio de paz y caridad, pues sabe muy bien que las autoridades son responsables de los crímenes de sus subordinados, cuando con mano firme y justiciera no los reprimen, usando de todo el rigor de la ley; y con mas razon si intentan turbar la armonía que, como observa muy bien V. S. I., debe reinar entre las dos potestades, civil y eclesiástica.

No se puede negar que se hicieron algunos préstamos al Sr. Haro, y esto espontáneamente y con pleno conocimiento de los objetos de su inversion: no cabe duda en que los que contribuyeron á fomentar la rebelion están obligados á indemnizar los daños y perjuicios que hubiesen ocasionado á los par-

ticulares y á la República; así lo dispone la ley de 22 de Febrero de 1832. Para que se pudieran considerar con el carácter de gobernantes los gefes de la rebelion de Puebla, necesitaban estar reconocidos, ó á lo menos tolerados por la mayor parte de la nacion, y V. S. I. no pudo dejar de conocer cuál era la opinion de los Estados sobre este punto. Por todas partes era maldecida esa guerra ambiciosa y sacrílega que sostuvieron militares sin honor, deseosos de conservar sus puestos y predominio á todo trance, escudados con el augusto nombre de religion; de todas partes recibia D. Antonio Haro y Tamariz los mas enérgicos reproches, y las mas fuertes contestaciones y protestas contra su funesto plan de rebelion. Si contaba con la fuerza, tiene la religion católica la gloria de que jamas ha sido ésta la causa de que los sucesores de los apóstoles se desvien un ápice de sus deberes: "la conducta de la Silla apostólica, dice el Illmo. Sr. Portugal, para castigar la debilidad de los Pastores, y la historia eclesiástica, nos han hecho reconocer algunos defensores de los bienes eclesiásticos contra los ataques de los gobiernos, en el catálogo ilustre de los mártires de la Iglesia." Creo que si el clero de Puebla hubiera cerrado las puertas de las oficinas eclesiásticas, en lugar de entregar espontáneamente sus rentas al gefe de los rebeldes, ó se habrian visto precisados los que se titulaban defensores de la religion á descerrajarlas, ó hubieran tenido que abandonar sus ambiciosos designios, ahorrándonos tantos males que ahora tenemos que deplorar. ¡Triste seria la condicion del supremo gobierno si careciera de facultades amplias y espeditas para refrenar los escesos de los particulares y corporaciones que abusan de su poder, ó de sus bienes para trastornar impunemente la tranquilidad de la nacion! Muy bien conoce V. S. I. que toda la sociedad se desquiciaria, si en cada nacion hubiera una clase, aunque por otra parte muy respetable, que no pudiese ser reprimida, pronta y eficazmente, cuando cometiera algunos escesos: mal podrian los gefes de los Estados cumplir con las estrechas obligaciones que les impone el alto puesto que ocupan; seria ilusoria la potestad de los príncipes y de las naciones.

Los Exmos. Sres. gobernadores de ese Estado, de Veracruz y del territorio de Tlaxcala, han dictado las disposiciones conducentes para llevar al cabo los decretos de que me ocupo, nombrando á los individuos que deben servir de interventores, los cuales se sujetaron á la aprobacion del supremo gobierno: éstos, como no se oculta á la penetracion de V. S. I., no obran de propia autoridad, sino á nombre del primer magistrado de la nacion, á quien V. S. I., aunque no como príncipe y pastor de la Iglesia, sí como ciudadano tiene, como todos los individuos del clero de esa diócesis, estrecha obligacion de obedecer y acatar. Jamas pretenderá el Exmo. Sr. presidente dar reglas para la predicacion del Evangelio, y sobre los demas asuntos esclusivos del ministerio sacerdotal; sabe hasta dónde se estienden sus facultades, como gefe de la nacion mexicana, y reconoce sobre estos puntos la independencia y soberanía de la Iglesia; pero sí juzga de su deber reprimir severamente

cualesquiera abusos que puedan cometerse, escitando al pueblo á rebelarse ó á trastornar de cualquiera manera el órden público.

En cuanto á las razones alegadas por los Ilmos. Sres. Vazquez y Portugal que V. S. I. da por espresas en su representacion, me remito á las contestaciones que en sus épocas respectivas se dieron por conducto de este ministerio.

No puede persuadirse S. E. que los individuos del clero de esa diócesis, al contribuir con las rentas de la Iglesia para fomentar la guerra provocada por los reaccionarios, se hayan movido por la predileccion que pudieran tener por las personas que acaudillaban la rebelion, ó por espíritu de partido, pues sabe que los Pastores de la Iglesia deben ser, á imitacion del Apóstol, *todos para todos;* tampoco puede creer que los ministros de una religion, cuyo primer precepto es la caridad, lleven á mal que parte de las rentas destinadas á los pobres, se empleen en auxiliar, en su necesidad y tribulacion, á las inocentes familias que á consecuencia de la funesta lucha que acaba de terminar, han quedado reducidas á la orfandad y la miseria. Juzga el primer magistrado de la nacion de absoluta necesidad, que alguna vez conozcan los mexicanos que, si por nuestra desgracia, hay trastornadores que no omiten medio por reprobado que sea, para satisfacer su ruin ambicion, y conseguir á todo trance sus innobles miras, tambien hay un gobierno próbido y justiciero que sabe atender á sus necesidades, y reparar los males que los atizadores de la discordia han ocasionado á los particulares y á la República. ¡Y quién podrá persuadirse que los sacerdotes de Jesucristo han de poner obstáculos al cumplimiento de tan nobles deseos?

Me manda por esto el Exmo. Sr. presidente que diga á V. S. I. que, si bien está resuelto á reprimir con mano firme los escesos de los ciudadanos de cualquiera clase y condicion que sean, sabrá guardar toda consideracion á los que hubiesen sabido cumplir con sus respectivos deberes: y muy particularmente á los ministros del altar que, dedicados al ejercicio de su augusto ministerio, hayan sabido portarse como dignos pastores de sus ovejas y como buenos ciudadanos; poniendo todo su conato en distinguir debidamente á los inocentes de los culpables.

Igualmente tengo órden de manifestar á V. S. I., como lo verifico, que hay una omision de grande entidad por parte de V. S. I. al referir las palabras que S. E. le dirigió en esa ciudad, y fueron: "que nada tenia que tachar, ni que sentir del obispo de Puebla;" pues al indicado concepto le falta para ser referido con exactitud, añadir lo que entonces dijo S. E., á saber: "que nada tenia que tachar ni que sentir, *en lo particular*, del obispo de Puebla," lo cual destruye la especie de inconsecuencia que se indica en la comunicacion de V. S. I. á que he contestado."

Lo que digo á V. E. de órden del Exmo. Sr. presidente, á fin de que se sirva comunicarlo á los Exmos. Sres. gobernadores de los Estados y á los señores gefes políticos de los territorios.

Dios y libertad. México, Abril 18 de 1856.—*Montes.*—Exmo. Sr. ministro de gobernacion.

Y lo trascribo á V. E. para que, dándose á estas importantes comunicaciones la mayor publicidad posible, se impida que la opinion de ese Estado se estravie en tan grave negocio, y se logre que la República se convenza de la justificacion del supremo gobierno.

Protesto á V. E. mi aprecio y consideracion.

Dios y libertad. México, Abril 18 de 1856.—*Lafragua.*

DOCUMENTOS.

—

NUMERO 1.

Gobierno eclesiástico de la Puebla.—Exmo. Sr.—Sin duda por los sucesos de esta capital llegó á mis manos, despues de muchos dias de haber sido escrita, la nota circular de V. E. de 17 del próximo pasado, en que se asegura que por varios conductos fidedignos ha sabido el Exmo. Sr. presidente, que algunos eclesiásticos han predicado y predican la sedicion contra el supremo gobierno y el de los Estados, llegando á tal estremo, que han convocado á sus feligreses para que se rebelen en masa contra las autoridades constituidas, dándoles el pésimo ejemplo de firmar los primeros las actas del pronunciamiento; añadiéndose que la prensa confirma la verdad de tales hechos, y que estos han causado un profundo disgusto, no solo por el estravío criminal é injustificable de algunas personas del clero, sino por la omision de sus respectivos superiores, que no pueden ignorar tales faltas y que deben corregirlas. Continúa V. E. discurriendo sobre esos dos supuestos á favor de la legitimidad del gobierno, de su justificacion por no haber dictado ni sostenido medida alguna que no sea de su competencia, y dirige fuertes increpaciones, que aunque generales contra la parte tumultuaria del clero, trascritas en la nota dirigida á mí, tienen una singular aplicacion que ciertamente no merezco. Para satisfaccion del supremo magistrado de la República, por honor de mi clero y justa vindicacion de mi conducta, que ha estado muy lejos de ser acreedora ni á los insultos de la prensa, ni á los reproches que se hacen en la citada nota, haré una sucinta relacion de lo que ha pasado con los gobiernos de los Estados y territorio que comprende esta diócesis, dejando al buen criterio de V. E. sacar las consecuencias que su justificacion dirá si me son favorables.

cualesquiera abusos que puedan cometerse, escitando al pueblo á rebelarse ó á trastornar de cualquiera manera el órden público.

En cuanto á las razones alegadas por los Ilmos. Sres. Vazquez y Portugal que V. S. I. da por espresas en su representacion, me remito á las contestaciones que en sus épocas respectivas se dieron por conducto de este ministerio.

No puede persuadirse S. E. que los individuos del clero de esa diócesis, al contribuir con las rentas de la Iglesia para fomentar la guerra provocada por los reaccionarios, se hayan movido por la predileccion que pudieran tener por las personas que acaudillaban la rebelion, ó por espíritu de partido, pues sabe que los Pastores de la Iglesia deben ser, á imitacion del Apóstol, *todos para todos;* tampoco puede creer que los ministros de una religion, cuyo primer precepto es la caridad, lleven á mal que parte de las rentas destinadas á los pobres, se empleen en auxiliar, en su necesidad y tribulacion, á las inocentes familias que á consecuencia de la funesta lucha que acaba de terminar, han quedado reducidas á la orfandad y la miseria. Juzga el primer magistrado de la nacion de absoluta necesidad, que alguna vez conozcan los mexicanos que, si por nuestra desgracia, hay trastornadores que no omiten medio por reprobado que sea, para satisfacer su ruin ambicion, y conseguir á todo trance sus innobles miras, tambien hay un gobierno próbido y justiciero que sabe atender á sus necesidades, y reparar los males que los atizadores de la discordia han ocasionado á los particulares y á la República. ¡Y quién podrá persuadirse que los sacerdotes de Jesucristo han de poner obstáculos al cumplimiento de tan nobles deseos?

Me manda por esto el Exmo. Sr. presidente que diga á V. S. I. que, si bien está resuelto á reprimir con mano firme los escesos de los ciudadanos de cualquiera clase y condicion que sean, sabrá guardar toda consideracion á los que hubiesen sabido cumplir con sus respectivos deberes: y muy particularmente á los ministros del altar que, dedicados al ejercicio de su augusto ministerio, hayan sabido portarse como dignos pastores de sus ovejas y como buenos ciudadanos; poniendo todo su conato en distinguir debidamente á los inocentes de los culpables.

Igualmente tengo órden de manifestar á V. S. I., como lo verifico, que hay una omision de grande entidad por parte de V. S. I. al referir las palabras que S. E. le dirigió en esa ciudad, y fueron: "que nada tenia que tachar, ni que sentir del obispo de Puebla;" pues al indicado concepto le falta para ser referido con exactitud, añadir lo que entonces dijo S. E., á saber: "que nada tenia que tachar ni que sentir, *en lo particular*, del obispo de Puebla," lo cual destruye la especie de inconsecuencia que se indica en la comunicacion de V. S. I. á que he contestado."

Lo que digo á V. E. de órden del Exmo. Sr. presidente, á fin de que se sirva comunicarlo á los Exmos. Sres. gobernadores de los Estados y á los señores gefes políticos de los territorios.

Dios y libertad. México, Abril 18 de 1856.—*Montes.*—Exmo. Sr. ministro de gobernacion.

Y lo trascribo á V. E. para que, dándose á estas importantes comunicaciones la mayor publicidad posible, se impida que la opinion de ese Estado se estravie en tan grave negocio, y se logre que la República se convenza de la justificacion del supremo gobierno.

Protesto á V. E. mi aprecio y consideracion.

Dios y libertad. México, Abril 18 de 1856.—*Lafragua.*

DOCUMENTOS.

—

NUMERO 1.

Gobierno eclesiástico de la Puebla.—Exmo. Sr.—Sin duda por los sucesos de esta capital llegó á mis manos, despues de muchos dias de haber sido escrita, la nota circular de V. E. de 17 del próximo pasado, en que se asegura que por varios conductos fidedignos ha sabido el Exmo. Sr. presidente, que algunos eclesiásticos han predicado y predican la sedicion contra el supremo gobierno y el de los Estados, llegando á tal estremo, que han convocado á sus feligreses para que se rebelen en masa contra las autoridades constituidas, dándoles el pésimo ejemplo de firmar los primeros las actas del pronunciamiento; añadiéndose que la prensa confirma la verdad de tales hechos, y que estos han causado un profundo disgusto, no solo por el estravío criminal é injustificable de algunas personas del clero, sino por la omision de sus respectivos superiores, que no pueden ignorar tales faltas y que deben corregirlas. Continúa V. E. discurriendo sobre esos dos supuestos á favor de la legitimidad del gobierno, de su justificacion por no haber dictado ni sostenido medida alguna que no sea de su competencia, y dirige fuertes increpaciones, que aunque generales contra la parte tumultuaria del clero, trascritas en la nota dirigida á mí, tienen una singular aplicacion que ciertamente no merezco. Para satisfaccion del supremo magistrado de la República, por honor de mi clero y justa vindicacion de mi conducta, que ha estado muy lejos de ser acreedora ni á los insultos de la prensa, ni á los reproches que se hacen en la citada nota, haré una sucinta relacion de lo que ha pasado con los gobiernos de los Estados y territorio que comprende esta diócesis, dejando al buen criterio de V. E. sacar las consecuencias que su justificacion dirá si me son favorables.

Antes de que triunfara la revolucion de Ayutla, recibí algunas quejas del señor gobernador y comandante general D. Francisco Perez, contra un eclesiástico de quien se sospechaba algun participio en dicha revolucion. Tomé algunas medidas prudentes que dieron por resultado la venida de aquel clérigo á esta capital, y una entrevista suya bastó para tranquilizar á las autoridades de entonces. Vino á poco tiempo al gobierno de este Estado el Exmo. Sr. D. Luis de la Rosa, y mientras permaneció en él, solo recibí una queja contra el Sr. cura del Sagrario, Dr. D. Francisco Javier Miranda, de quien por sus ideas en política, por haberse mezclado en la anterior administracion y sostenídola con empeño, se sospechaba tuviera parte en una conspiracion que se decia tramarse, aunque no era por entonces creible al buen juicio de S. E. A la media hora de recibida su nota, el Sr. cura Miranda iba caminando para esa capital, adonde quiso el Sr. de la Rosa se fuera hasta que calmara todo temor. Tomé aquel partido, sin embargo de la defensa vigorosa que hizo el interesado de su conducta, y á pesar de haberme dejado el Exmo. Sr. gobernador en libertad para no molestarlo, si yo conocia que con una reprension ó amonestacion se lograban sus deseos. Tuve entonces la satisfaccion de leer en la nota de S. E. estas palabras: "Que debia ser muy grato para un prelado el que solo se sospechase de la conducta política de un eclesiástico, siendo, como lo es, tan numeroso su clero."

Nuevo sucesos elevaron al poder al Exmo. Sr. D. Francisco Ibarra, de quien no recibí ninguna queja sobre la conducta de los eclesiásticos, en los primeros meses de su gobierno. En el de Noviembre anduve por el territorio de Tlaxcala, y su gefe político, en vez de quejarse de algun eclesiástico, me recomendó á varios por sus virtudes y su mérito. Volví á esta capital, y en la semana siguiente tuvo lugar la aprehension del Sr. cura Miranda, en la que no se me dió ningun participio, y solo he tenido que sufrir el desaire de que ni aun se me hubieran contestado las notas que dirigí al Exmo. Sr. presidente de la República con ocasion de este suceso y los demas que se siguieron; ignorando hasta hoy el motivo de haber sido separado de su parroquia sin aviso previo, sin acuerdo, un súbdito de mi jurisdiccion, teniéndolo preso en un cuartel, y desterrádalo, sin contarse con su obispo para la formacion de la causa, ni para sus trámites, ni para su sentencia, ni para la aprehension, ni para su encarcelamiento, ni para su destierro. Así es que en este negocio nada pude hacer, porque para nada se contó conmigo; mucho que sufrir bajo todos aspectos, y muchísimo que callar cuando ha sobrado que decir. Con todo, las cosas seguian su curso ordinario hasta la famosa ley del desafuero. Todo empezó á trastornarse: los prelados se alarmaron, los eclesiásticos se inquietaron, los fieles se turbaron: ¿qué mas hubo? Yo protesté lo mismo que han protestado los Illmos. Sres. obispos de México, y protesté porque lo creí un deber de conciencia. Por mas que he examinado de buena fé este paso y leido cuanto se ha escrito en contra, no me arrepiento; y si bien veo que el gobierno ha perdido muchísimo en lo moral, y que sus enemigos se han aprovechado del disgusto general, causado por aquella ley, la culpa no es nuestra, así como no lo ha sido de los trastornos causados en otros paises donde los obispos católicos, y en casos muy iguales, nos han dado el ejemplo con una conducta idéntica. Nuestras intenciones han sido muy sanas: cumplir con un deber de conciencia, y nada mas.

Poco despues pasó por aquí el Exmo. Sr. gobernador de Veracruz, D. Ignacio la Llave, quien á nombre del Exmo. Sr. gobernador de este Estado, D. Francisco Ibarra, me comunicó el pronunciamiento de Zacapoaxtla, asegurándome que el Sr. cura Ortega lo habia promovido, valiéndose aun del arbitrio de poner entredicho en aquella poblacion, y tomando mi nombre para promulgarlo. Desaprobé, como era justo, una conducta tan indigna, y de acuerdo con los dos señores gobernadores, lo manifesté así en las comunicaciones dirigidas á dicho párroco y en una carta á los vecinos de Zacapoaxtla, cuyos documentos se publicaron en el periódico oficial de esta ciudad y en casi todos los de la República.

No sé cómo habiendo yo observado esta conducta, se me dirigen las increpaciones contenidas en la citada nota que contesto, y se me tiene por omiso cuando he atendido al gobierno justamente quejoso, y dictado las medidas que han estado á mi arbitrio para respetar su derecho. Por esas comunicaciones no han faltado censores de mi conducta: quiénes, me han tachado de rígido y aun de ridículo en punto á no mezclarse los eclesiásticos en la política: quiénes, han asegurado que yo desvirtuaba la revolucion: quiénes, de escesivamente complaciente y aun débil para con un gobierno que atacaba los intereses de la Iglesia; y como mis conversaciones, mis resistencias, mis consejos y mis exhortaciones á los eclesiásticos y á todas las personas que me tratan son consecuentes á ese procedimiento, no dejaban de tener fuertes razones y buenos argumentos para persuadir á los que, metidos en la revolucion, veian siempre en mí un obstáculo insuperable para lograr que el clero tomara parte en ella. No hablo en un desierto: estoy en una ciudad populosa y á la vista de multitud de personas notables por su juicio y buen criterio, y de todos los partidos, que me tratan con frecuencia, y para quienes están siempre abiertas las puertas de mi palacio y sin escusarme de nadie. ¿Y qué contestaba yo á tales inculpaciones? "Señores: el gobierno está en su derecho y yo lo he de respetar; jamas aprobaré que el clero se mezcle en ella, y menos que la defienda." Y como mis palabras descansaban en la firmeza de mi conducta, puedo hoy con ésta, fundada en hechos, dar una respuesta satisfactoria á la nota de V. E.

Hay mas que saber. El señor cura de Tlatlauquí firmó, es cierto, el pronunciamiento de aquella villa; pero fué para evitar mayores males y seguir trabajando en sofocar la guerra de castas que desgraciadamente ha sido fomentada por personas de influjo en aquellos paises. De la conducta de ese párroco, que tambien fué tachada y reprendida por mí, puede dar testimonio el Exmo. Sr. la Llave, quien á su tránsito para la poblacion, quedó muy sa-

tisfecho de su juiciosa y prudente conducta, y es digno por mil títulos de la consideracion y aprecio universal.

Con respecto al de Zacapoaxtla no puedo esplicarme del mismo modo, y por mas que se me ha querido ocultar, bien conozco la parte que ha tomado en fomentar el movimiento de sus feligreses, padeciendo gravísimas equivocaciones al creer que le era lícito apoyar la conducta de sus parroquianos, por los ataques dados al clero, por la guerra de castas que allí se estaba encendiendo, y por las falsas noticias que corrieron de que yo estaba preso, se me iba á desterrar y habia tocado entredicho en esta iglesia; pero ni eso ha sido con mi aprobacion, ni yo lo he apoyado de ninguna manera, ni me he desentendido de reprenderlo fuertemente, ni he omitido cuantas medidas han estado á mi alcance para evitarlo, ni he dejado de poner en práctica cuantas me han sugerido las autoridades civiles. ¿Qué mas podia hacer? Parece que nada, y sin embargo, he hecho algo mas. Despues de haber entrado triunfantes á esta capital las fuerzas pronunciadas, se me ha presentado aquel párroco, y le he corrido el desaire de no recibirlo: aprovechándose de mi visita al Sr. Haro, se me presentó, y delante del mismo señor le he desaprobado su conducta, y despues con mas estension al hacerle los cargos que merecia.

Resulta de todo que solo un eclesiástico ha merecido la indignacion del gobierno, y tambien y mucho antes la desaprobacion de su prelado. ¡Y qué es uno entre mil! ¡y qué es uno en comparacion de muchísimos que han predicado la paz y la subordinacion á las autoridades; de infinitos que han resistido las sugestiones de los conspiradores; de no pocos, en fin, que han ayudado á las autoridades á mantener el órden público con su paciencia y sufrimiento, con su conducta pública y privada!

Para concluir no omitiré otros dos hechos. Sea el primero: el Sr. la Llave se me quejó de que el padre Beltran habia vertido algunas especies subversivas en el púlpito de Orizaba. Mandé luego que dicho eclesiástico se presentara en esta curia, que se levantara una informacion, y supliqué á aquel señor gobernador me remitiera todos los antecedentes y datos que tuviera y esperaba para fallar. Aquel eclesiástico vino y permaneció aquí mas de dos meses sin destino y padeciendo toda clase de privaciones: de la informacion que yo mandé levantar, nada resultó en su contra, y la que mandó practicar la autoridad civil dió el mismo resultado; participándomelo así el señor gobernador de Veracruz, dejándome en libertad, y asegurándome que podia volver el eclesiástico á su destino inmediatamente que quisiera.

Sea el segundo: el mismo Sr. la Llave, por medio de un parte telegráfico, me participó que el señor cura de Tlacotalpan habia mandado cerrar la iglesia porque el mayordomo no le habia rendido cuentas, y que aquella disposicion podia causar grande alarma. Por el mismo telégrafo remití á S. E. la órden para que el espresado párroco, sin escusa ni pretesto, abriera la parroquia y diera cuenta, conminándolo con que de lo contrario tomaria una medida que le fuera sensible. Por las comunicaciones que me remitió del ayun-

tamiento de aquel pueblo, se ve que todo fué una red tramada por algunos díscolos que no faltan en las poblaciones pequeñas y son enemigos gratuitos de los párrocos mas respetables. Mi órden fué publicada en los periódicos, y hasta hoy nada se ha dicho á favor del párroco, como era de esperarse, en justa correspondencia á la consideracion que me merece la autoridad civil, con la que se me tacha de complaciente hasta lo sumo, y con la cual he procurado y procuraré á todo trance la mayor armonía.

De lo espuesto se infiere, que de todas las quejas puestas en mi conocimiento, la única fundada contra el clero de esta diócesis es la que tiene por objeto la conducta del cura de Zacapoaxtla, que fué desaprobada por mí de una manera fuerte, pública, y por todos los medios que me sugirió la autoridad civil y los demas que me han ocurrido posteriormente, y aun en estos dias, despues que ha sido ocupada esta ciudad por las fuerzas pronunciadas y establecido un nuevo órden de cosas en el Departamento. Esto me impide mandar una circular á los párrocos, porque seria tal vez ponerme en abierta lucha con las nuevas autoridades; podia ademas tergiversarse su sentido en daño del gobierno de México, y por otra parte no tendria objeto, segun lo que llevo relacionado, porque el mal que supone la circular no existe; y si se trata de prevenirlo, lo está suficientemente con mi conducta respecto del cura de Zacapoaxtla, con mis frecuentes conversaciones habidas con toda clase de personas de todos los partidos, á quienes francamente he manifestado mis ideas de que el clero no debe mezclarse en la política del país, con mis consejos y exhortaciones á todos los eclesiásticos, con mi resistencia á las varias sugestiones con que de diferentes maneras me han atacado, y sobre todo, con mi frecuente predicacion, en la que he querido, tal vez sin lograrlo, presentar á mi clero un modelo del ministro cristiano que debe reducirse á la clara y sencilla esposicion del Evangelio, tomada de los Santos Padres, intérpretes fieles de la divina palabra. Todo lo he hecho, lo hago y lo seguiré haciendo fiado en la proteccion de Dios y en su palabra, pues como insinúa muy bien V. E., mas fé debe tenerse en la institucion divina del sacerdocio cristiano, que en el miserable apoyo de los hombres, aun cuando sean los mas grandes del mundo.

En obsequio de los intereses que se versan, de la respetable clase de que se trata, y de la mas cumplida satisfaccion que debo al supremo gobierno, sírvase V. E. dispensar lo muy largo, y tal vez fastidioso de esta nota, y dar cuenta con ella al supremo magistrado de la República, á quien, lo mismo que á V. E., protesto mis respetos.

Dios guarde á V. E. muchos años. Puebla, Febrero 3 de 1856.—*Pelagio Antonio*, obispo de la Puebla.—Exmo. Sr. ministro de justicia y negocios eclesiásticos, D. Ezequiel Montes.

———

NUMERO 2.

Protesta del Ilmo. Sr. obispo y venerable cabildo de Michoacan contra la ley de 11 de Enero de 1847 sobre ocupacion de bienes eclesiásticos.

Exmo. Sr.—Por el ministerio de hacienda se me ha dirigido un ejemplar del decreto de 11 del actual, sobre ocupacion de bienes eclesiásticos. Desde que este decreto se discutia en la cámara, me propuse hacer valer contra él los derechos de la Iglesia y reclamar la observancia de la constitucion, que garantiza estos mismos derechos; y solo esperaba la respectiva comunicacion oficial, para llevar á efecto mi propósito.

Si solo se tratara de algun punto de pormenor, de alguna dificultad secundaria, ó de la simple falta de proteccion de las leyes á la Iglesia, hubiera seguido observando la conducta que hasta aquí, de resignarme con la presente y lamentar en silencio la llegada de un tiempo en que el principio religioso habia dejado de influir en la marcha de la política, en el establecimiento, ejecucion y aplicacion de las leyes. Pero las cosas han llegado á su colmo, se han perdido hasta las apariencias, y deponiendo de un golpe todas las consideraciones, y despreciando todas las ruinosas consecuencias, y pasándose por alto todos los principios sociales, y haciendo á un lado los derechos todos de la religion, y no considerando en lo absoluto el carácter de los medios, se ha decretado el mas completo y universal despojo de la mas sagrada de todas las propiedades, del mas benéfico de todos los tesoros, de los bienes que sirven inmediatamente al culto de la Divinidad; bienes cuya ruina debe arrastrar precisamente la de su culto y el esterminio mas deplorable de la sociedad mexicana. Mi ministerio, pues, que reconoce un principio mas alto que las leyes humanas, mi conciencia, que nunca, y menos en circunstancias críticas, debe abandonar la causa de la Iglesia, la constitucion misma que nos rige, las disposiciones mas terminantes del derecho canónico, los sentimientos de todos los fieles, que verán la estincion del culto, como la mayor calamidad que pudiera venir sobre la patria; todo me ha decidido á levantar la voz contra una ley que se ha decretado sin mision, que va á ejecutarse sin justicia, y cuya consumacion debemos ver como una fuente inagotable de desgracias funestas para la Iglesia y para la sociedad.

Yo debo comenzar invocando principios, ó desconocidos ó menospreciados, principios que es necesario abjurar para hacer en contra de la Iglesia una escepcion tan ruinosa, cuando se trata de un deber que pesa igualmente sobre todas las propiedades. Hubo tiempos en que se creyó que la libertad é independencia recíproca de ambas potestades, argüia, como una verdad de consecuencia, la exencion respectiva de ambos erarios: porque siendo estos

el resultado de contribuciones dadas por los pueblos, unas para el servicio de Dios y otras para el servicio del gobierno temporal, parecia fuera de cuestion, que los fondos respectivos no podian invertirse sino en su particular objeto, ni debia gravitar sobre ellos la carga de una contribucion: filosofía menos presuntuosa, pero acaso mas verdadera y mas consecuente que la de nuestro siglo. Sin embargo, los progresos de una política nueva y bastarda fueron reduciendo insensiblemente los derechos de la Iglesia. Se la quiso considerar del todo sometida al Estado, se tuvieron sus fondos como una propiedad particular, y nivelados de este modo con los de los individuos, quedaron sujetos á las contribuciones públicas, guardada la diferencia proporcional en la cuota de su asignacion. La Iglesia pasó por esto y su Divino Autor bajó á la clase de los contribuyentes; pero no se hubiera creido que la política progresiva llevaria sus miras sobre el tesoro eclesiástico hasta ponerlo en total ruina y acabar con todos los recursos. Semejante medida no podia ciertamente ponerse en práctica, sino por hombres que redujesen á cero los derechos de la Iglesia y relegasen al pais de las quimeras la autoridad, el poder y la soberanía de aquel que trajo la paz á la tierra, imponiendo deberes á los gobiernos y dando verdaderas garantías á la sociedad. Verdad dolorosa, pero verdad que anuncian los principios, y que tiene ya puesta fuera de la controversia la esperiencia deplorable y funesta que nos han hecho atesorar los anales de la impiedad. Mientras los gobiernos han respetado el principio católico, mientras han tenido fé, mientras los políticos han conservado la persuasion de que la sociedad es esencialmente religiosa y civil, de que la gobiernan dos potestades independientes y soberanas, de que estas dos potestades tienen derechos imprescriptibles y se deben recíprocas garantías; los derechos de la Iglesia han sido respetados, se ha visto como inviolable y sagrada su propiedad, se han apurado todos los recursos antes que gravar sus fondos; y cuando circunstancias estraordinarias y lances críticos han creado la triste necesidad de apelar á ellos, se ha tenido cuenta con recurrir adonde corresponde, se ha impetrado la autorizacion pontificia, y de esta manera se ha conseguido todo, sin despreciar los principios, sin pisar la religion, sin disputar á la Iglesia sus derechos, sin usurpale una facultad que solo á ella toca, la de disponer de sus fondos conforme á las reglas de su constitucion, sin alarmar las conciencias, sin poner á los pueblos en la alternativa de obedecer á Dios ó al César, y sin comprometer á los Pastores en la triste necesidad de elegir entre la infidelidad al Evangelio, ó el destierro, las persecuciones y aun la muerte.

Para decretar la ocupacion de los bienes de la Iglesia, era preciso declararlos nacionales, y para declararlos nacionales, torcer la política y abjurar la religion. Todos los que han opinado de esta triste manera están alistados en el catálogo de los impíos, y es un punto fuera de disputa en el cuadro de la historia, que cuantos han trabajado de antemano en este deplorable sentido, se han incorporado previamente en el pueblo que no cree y bajo la ense-

ñas de la filosofía irreligiosa. Muy de intento hago esta observacion histórica para que se vea, que lo acontecido en Inglaterra, en Alemania, en Francia y últimamente en España, no es un argumento que pueda servir de apoyo al gobierno, para cohonestar su ley; sino una fuerte objecion, que no resolverá en todos los siglos, mientras intente conciliar el principio religioso con la subsistencia de ese decreto impío. ¿Qué fué necesario para que la Iglesia de Inglaterra perdiese sus propiedades? Un rey que en brevísimo tiempo hiciera todas las transiciones en la funesta carrera del despotismo, del crímen, de la prostitucion y de la herejía. ¿Qué fué necesario para que la Iglesia de Francia perdiera sus bienes? Medio siglo de incredulidad, el agangrenamiento irreligioso de media sociedad, la abolicion absoluta de todas las máximas evangélicas. De hecho, si comparamos los nombres y el número de los que allí votaron por esta medida con los nombres y el número de aquellos que daban el tono á la oposicion incrédula contra todos los dogmas, hallarémos en el resultado una igualdad sorprendente.

No hay duda, Sr. Exmo., es necesario abjurar la religion, ó considerarla cuando menos como un mueble de acomodamiento arbitrario en el edificio de la sociedad, para dictar semejantes medidas; porque estando los bienes de la Iglesia consagrados á Dios, declararlos nacionales, ó decir que no tienen dueño, es tener á Dios por una quimera. Yo estoy persuadido de esto, íntimamente persuadido: mi conviccion es irresistible; y como esta conviccion se identifica con mi deber y mi conciencia, yo lo sufriré todo, me resignaré á todo, me dejaré arrastrar en medio de la tribulacion, pediré á Dios fortaleza para sostener esta prueba terrible; pero no concederé jamas á los que tal han pensado y tal han hecho el triunfo de creer, que han podido dictar esta ley, y estar firmes al mismo tiempo en sus principios religiosos.

Bien sé que hay cristianos de solo nombre, en quienes andan vulgarmente confundidas la necia presuncion que todo pretende saberlo, con la deplorable ignorancia hasta de los primeros elementos de nuestra ciencia dogmática; que hay políticos necesitados de ser catecúmenos, y hombres de gabinete, que han dedicado muy pocas horas de su vida al estudio de la religion; y que no sería estraño, que hombres tan poco entendidos, incapaces de juntar dos relaciones en una ciencia tan vasta y tan ramificada, crean que una ley, como la presente, nada tiene que ver con la constitucion de la Iglesia y con sus elementos dogmáticos; que se pueden saquear todos sus bienes y conservar la conducta de cristiano; que la oposicion de los obispos es una rebelion pública, y la perturbacion de las conciencias, miserables ilusiones de la piedad; pero tales hombres podrán aspirar al crédito de políticos, se harán admirar por su astucia y aun por su ingenio; mas tales hombres, cristianos por el bautismo, son en la realidad incrédulos ó impíos por su conducta y por sus máximas. Yo, pues, estoy resignado, todo lo sufriré con el favor divino; pero no tendré jamas en concepto de religioso á ningun hombre que crea, que la autoridad civil puede echarse sobre los bienes de la Iglesia, sin perder con esto su título de religiosa.

Se ha dicho que nuestra oposicion á la ley está inspirada por el interes de los bienes mismos que van á ser ocupados: calumnia grosera, calumnia impía, que si tiene á su favor á la parte mas escogida de la prostitucion de nuestros dias, tiene contra sí nuestra conducta, nuestra liberalidad, nuestra economía, nuestro notorio desinteres, y en suma, nuestros establecimientos y nuestras obras. ¿Qué son los bienes eclesiásticos comparados con los bienes nacionales? Nada, ciertamente nada. Sin embargo, mientras los últimos han sufrido tantas bancarotas y han perpetuado los clamores del hambre en unos y han alimentado el fausto y la opulencia en otros, los primeros se conservan intactos despues de algunos siglos, se administran con profunda economía: no hay aquí datos para formar una historia de las dilapidaciones del sacerdocio: han mantenido con esplendor y magnificencia el culto de nuestros padres, y han alimentado á sus ministros con una decente mediocridad. ¿Y no mas? ¡Ah! Por ellos México no está en su barbarie primitiva; pues el establecimiento y la conservacion de las escuelas y seminarios eclesiásticos, que nada deben á la proteccion del gobierno, y todo á los tesoros de la Iglesia, han sido real y verdaderamente los padres de la civilizacion y de la cultura mexicana. Por ellos México no presenta el fenómeno de otros paises, ese fenómeno, oprobio de la humanidad, que arranca lágrimas en las naciones mas cultas y opulentas de la tierra, el de familias enteras que perecen de hambre, porque no hay quien les dé pan: las viudas, los huérfanos, los ancianos inútiles, las niñas en peligro, la familia inmensa de Nuestro Señor Jesucristo, los desdichados, en fin, que se verian como unos objetos estraños, á las puertas del gobierno, y que hallan empedernidas las entrañas del rico y del poderoso, todavía cuentan con el alimento, porque todavía existe la Iglesia mexicana y tiene recursos para darles el pan. Por ellos subsisten los hospitales, establecimientos necesarios, que faltarian sin los bienes de la Iglesia, y dejarian espuesta la doliente humanidad á estrellarse contra la estéril filantropía de nuestros economistas.

Pero no se ha detenido aquí la beneficencia de la Iglesia: ella como buena madre, estuvo impartiendo de sus tesoros al gobierno temporal, ministrándole gruesas sumas de las colectaciones decimales. Este auxilio poderoso que duró siglos enteros, que constituia al erario público en un estado de opulencia y que no costaba nada al gobierno, acabó, Sr. Exmo., en el año de 1833, en que el gobierno mismo retirando la coaccion civil, empobreció su tesoro, y privó á la Iglesia mexicana de la proteccion de las leyes, y con ella de un medio para continuar sus auxilios sistemados al gobierno temporal.

Este acto, Sr. Exmo., cuyo carácter y consecuencias se reconocen á la primera vista, bastaba sin duda para cerrar herméticamente las arcas del tesoro eclesiástico, á fin de que no saliese de ellas ni un medio real para el gobierno; porque rehusar esta proteccion que nada cuesta, y que está en el órden de los vínculos que ligan á las dos potestades, valia tanto como comprometer el pundonor de los gobiernos temporales, para que ya no se resol-

riesen á pedir, y ministrar á la Iglesia todos los estímulos, para que siempre se resistiese á dar. Sin embargo, la Iglesia, siempre madre de los pueblos, siempre apoyo de los gobiernos, dígase lo que se quiera, olvidó prontamente el ataque, vió con paciencia empobrecido su tesoro, y redujo sus gastos, no para crear nuevos establecimientos, sino para seguir haciendo algunas economías en favor del gobierno. Sobre ella ha pesado lo mas gravoso de las contribuciones é impuestos, y no siendo esto bastante, ha seguido haciendo préstamos estraordinarios, cuyo resultado se está viendo en la supresion de muchas piezas eclesiásticas, en la modicidad de un culto que habia sido siempre magnífico, en la escasez de empleados para sus oficinas, en la ruina de sus fincas, que no pueden repararse, en la pérdida de sus capitales que no pueden ponerse en corriente, y en otras muchas cosas que seria largo enumerar.

No es, pues, el interes de estos bienes lo que me hace reclamar contra el decreto citado, sino el estímulo de mi deber y los clamores irresistibles de mi conciencia. Si los Pastores de la Iglesia mexicana considerásemos humanamente esta grave cuestion; si solo viésemos en ella un asunto de política; si estuviésemos únicamente inspirados por nuestro interes ó nuestra comodidad, V. E. y todo el mundo se convencerá de que guardariamos silencio, pues el reclamar en estos casos, es desencadenar contra nosotros toda la furia de la persecucion. Es mejor vivir pobre, que morir desterrado; y el destierro, Sr. Exmo., no es lo mas terrible que se lee en los funestos anales de las persecuciones contra la Iglesia.

V. E. sabe muy bien, que cuando llegan á encontrarse en oposicion las leyes de los hombres con la ley de Dios, no hay medio entre renunciar al segundo, ó rehusar la obediencia á los primeros. Este es nuestro caso: el decreto que ocupa los bienes eclesiásticos está en oposicion abierta con las leyes de la Iglesia: cuanto se opone á las leyes de la Iglesia se opone á la ley de Dios; y por tanto, el decreto repetido constituye á los Pastores y á los fieles en la dura, pero inevitable alternativa de faltar á Dios ó rehusarse á obsequiar la disposicion del gobierno. No haré á V. E. el agravio de citarle una por una las disposiciones canónicas que fundan este concepto: V. E. sabe que son tan antiguas como la Iglesia; que se han repetido en diferentes siglos; que son muy terminantes en sus decisiones y terribles en sus penas; que queda excomulgado el que de cualquiera manera, con cualquier pretesto, en cualesquiera circunstancias atenta contra las propiedades de la Iglesia; y por consiguiente, que queda fuera de ella, como un anatema, el que dicta, el que ejecuta y el que obsequia esta clase de medidas. No ignora V. E. lo que ha sucedido en casos semejantes: la conducta de la Silla apostólica para castigar la debilidad de los Pastores y la historia eclesiástica le habrá hecho reconocer algunos defensores de los bienes eclesiásticos contra los ataques de los gobiernos en el catálogo ilustre de los mártires de la Iglesia.

Ya verá V. E. por esto, cómo no es capricho no es poca disposicion para

acatar á los gobiernos, deber gloriosísimo para todo cristiano, no es tampoco ninguno de esos motivos bastardos que cria y fomenta el interes personal, lo que me determina á resistir la ley, sino el ser ella esencialmente incompatible con la ley divina, por serlo evidentemente con la ley eclesiástica. A esto deberia reducir la esposicion de los motivos que fundan mi conducta, si hablase en un pais gentil, en un estado cuya constitucion fuese del todo estraña á la religion y á la Iglesia católica; pues los argumentos que van insinuados son los mismos que dirigian la conducta de los primeros fieles, relativamente á los caudillos de la persecucion religiosa; pero México está regida por la constitucion de 1824, todavía es un pueblo católico, y sus funcionarios llevan este mismo nombre por derecho. Pues bien, yo tengo un título justo para fundar mi resistencia, no solamente en argumentos de religion, sino tambien en los principios del derecho constitucional.

La religion, Exmo. Sr., es un interes universal para todos los ciudadanos, y no habrá un mexicano sensato que no la coloque en la primera gerarquía, cuando se trata de aquellos objetos capitales que no pueden faltar en la carta constitutiva sin romper todos los vínculos sociales, y que no pueden atacarse en las leyes secundarias, sin romper la carta constitutiva, y hacer pedazos los títulos que dan el sér y justifican la accion de los poderes públicos. La sociedad mexicana garantiza esta religion en todo sentido, y dicho esto, ya se sabe que reconoce á la Iglesia, que respeta su jurisdiccion, que garantiza sus propiedades, que afianza sus derechos en el órden temporal; y por tanto, es mas claro que la luz del medio dia, que sin atacar esta constitucion misma en sus primeros atributos esenciales, no puede darse ninguna ley como la presente. En efecto, esta ley desprecia todas las disposiciones canónicas en su respectivo objeto; esta ley salva la autoridad de la Iglesia para disponer de sus bienes; esta ley le rehusa los títulos de su propiedad, terminantemente reconocidos en las constituciones; esta ley arruina de un golpe todos sus caudales, verificando con esto una escandalosa confiscacion: esta ley ataca la religion porque ataca la Iglesia, y ataca la Iglesia, porque huella su autoridad y se vuelve contra su legislacion: esta ley ataca la propiedad, porque se echa sobre todos los bienes de la Iglesia: esta ley ataca la igualdad, porque interrumpe la proporcion con que todos deben contribuir para las necesidades del gobierno; esta ley ataca la libertad, porque la Iglesia mexicana no la tiene con ella, para desarrollar su accion económica en la colectacion, conservacion y distribucion de sus rentas: esta ley lo ataca todo, y por consiguiente, reduce á la nada los elementos políticos de la constitucion que nos gobierna.

Es ademas una ley anti-económica, una ley inmoral, una ley incendiaria. ¿Quién ignora, Sr. Exmo., que á esta agricultura desprovista de todo recurso, á este comercio ya moribundo en su triste parálisis, á esa industria herida de muerte por todas partes, no les queda de muchos años atrás otro elemento de *vida* que la existencia de estos bienes que llaman *muertos*? No nos detengamos aquí: su conservacion sun en medio de su escasez, la inviolable fide

lidad con que se conservan, la severa economía con que se distribuyen, han sido siempre, son hoy y serian de continuo un tesoro inagotable para el mismo gobierno; pues así como se le han hecho algunos préstamos, é impartido tantos auxilios sin interes, sin ventaja, sin cavilacion, en dinero efectivo y no en vales, con puntualidad y no con moratorias, se le hubiera seguido auxiliando con mas provecho suyo, que el que pueda reportar del escandaloso atentado que acaba de consumarse. ¿Quiénes son los que en el último resultado van á sacar provecho de esta ley? Ninguno ciertamente de los tenedores de capitales: en vano se ha pretendido lisonjeárseles con descuentos y con esperas; pues ellos no pueden desconocer, en estos mismos alicientes con que se les atrae, el secreto principio que ha determinado la ley, y la conviccion que el mismo gobierno tiene de que no ha podido darse. Si el gobierno cree justa la ley, ¿para qué proponer estos estímulos que desmoralizan la renta? Si no la cree justa, si teme sus consecuencias, si calcula las pérdidas que debe originar, si entiende que nada será tan fácil como gravar doblemente á los tenedores de capitales, ¿cómo puede esperar ni menos sostener, que lejos de consumarse la ruina de estos hombres, van á reportar ventajas positivas? Si al hacer descuentos y proponer plazos, el gobierno procede con datos y obra de buena fé, ¿dónde está la necesidad de dar esta ley por la urgencia de la situacion? ¿En qué datos puede fundarse para contar de pronto con quince millones? Descorramos el velo y desengañémonos: todas estas cosas no son mas que vanas promesas, son motivos aparentes y designios que no existen. Concluyamos de lo espuesto, que la ley es esencialmente anti-económica. Pero bien: ó el gobierno acaba con el culto, deja perecer á sus ministros y abandona del todo los objetos á que tales rentas se aplican, ó se propone conservarlo todo. En el segundo caso, ¿cómo ha podido echar sobre el erario público un gravámen tan inmenso, en circunstancias en que los empleados nada perciben, y en que el hambre debilita el esfuerzo de nuestros soldados en la frontera? Si lo primero, sepa el congreso, sepa el gobierno y sepa todo el pueblo, que las rentas eclesiásticas bastan tan escasamente á sus objetos de inversion, que apenas y muy apenas se conservan estos sobre un pié regular. Si la ley habla de veras en sus artículos escepcionales, si no son estos unos vanos comentos para alucinar, si solo ha de contarse con el sobrante de lo que queda, si se ha de dejar inmune lo necesario para el culto, para los establecimientos de instruccion y beneficencia pública, seis mil pesos de capital para cada monja, y las capellanías de derecho de sangre, cosas esceptuadas en la ley, y si en la palabra *objetos indispensables al culto* se comprenden las rentas que lo sostienen, ¿qué queda, Sr. Exmo! Solo una cosa, el pan con que se alimentan individualmente los religiosos, de quienes no se acordaron los señores diputados que sufragaron por la ley. Pero este pan está ya muy menguado: acabar con él, será arruinar la institucion misma, ó gravar mas y mas á los pueblos, para no conseguir ni aun el valor de su monto, que por su estrema pequeñez quedaria evaporado

entre las manos de los colectadores, en clase de indemnizacion de su trabajo. Todo esto se entiende en el supuesto de que no se haga nada, de que la ley no se ejecute sino en esta parte pequeña; porque si la ley ha de ejecutarse en el todo, y se han de salvar al mismo tiempo los intereses escepcionales, en vez de adquirir algo el gobierno, tendrá que buscar de otra parte para cubrir el deficiente. La ley, pues, es anti-económica, si se ha de sostener en todas sus partes, ó es bárbara y atroz si se han de sacar á toda costa los recursos que se pretenden.

Tambien la hemos llamado inmoral, porque autoriza los manejos indignos de tantos hombres que especulan sin pararse en los medios, y que todo lo posponen á su interes individual: punto que merece grandes esplanaciones, aun sin salir de los términos de la ley; pero que se han hecho ya muy sábias y oportunas en la misma cámara donde aquella fué discutida y aprobada. Es ademas incendiaria, porque alarma las conciencias, abre un cisma en la sociedad, afecta de muerte mil intereses vitales, complica desastrosamente nuestra crítica situacion actual, destruye la confianza en el gobierno, deja traslucir mil casos de terrorismo, hace estremecer á los propietarios, que ven destruida la propiedad mas respetable, y aglomera espantosos combustibles, en que puede consumarse una inmolacion universal. Yo añadiré una razon mas: razon que está muy en el órden de mi ministerio; que nunca es mas oportuna que hoy en la boca de un Pastor; que podrá ser despreciada por algunos impíos; pero que debe penetrar de terror al que todavía se honra con la fé de Jesucristo: los atentados irreligiosos de los gobiernos jamas quedan impunes: nunca se ha llevado una mano sacrílega sobre las puertas del templo y las arcas de la Iglesia, sin que los castigos mas terribles hayan escarmentado á las naciones.

Esta consideracion, Sr. Exmo., ha venido á introducir la turbulencia en los últimos años de mi vida: mi corazon está penetrado de amargura, cuando veo sancionarse tales cosas en el pueblo mas católico de la tierra. ¡Quién hubiera podido imaginar nunca, que tan en breve habia de perder esta pobre nacion este respeto profundo á la Divinidad, esta sumision á la Iglesia santa, esta conciencia católica, bajo cuyos auspicios logró su independencia y emprendió la nueva carrera, que pareció al principio de esperanzas y de ventura! ¡Cuándo hubiera yo creido nunca, que al firmar la carta de 1824, donde consideré perfectamente garantidas la religion y la Iglesia, contribuia con mi pobre contingente á dar la existencia política á una constitucion, bajo cuyo régimen habia de sancionarse el mas execrable despojo de la Iglesia mexicana!

Pudieran añadirse todavía muchas reflexiones: pudiera bosquejar el indefectible cuadro de luto y de miseria que muy en breve presentará la nacion mexicana, si esta ley por último llega á efectuarse á pesar de nuestros justos reclamos: pudiera probar á V. E. con documentos auténticos que paran en mi poder, que las religiosas de España están muriendo de hambre, viéndose estrechadas á mendigar en las naciones estranjeras un pan que les quitó

su gobierno, y que ya no pueden encontrar en la patria. Pero esta esposicion debe tener un término, y yo lo pongo aquí, apoyándome en las razones indicadas, para suscribir en consorcio de mi venerable cabildo, á las protestas que ha hecho el metropolitano: y por tanto, en virtud de todo lo espuesto, y de lo mucho que se omite por consultar á la brevedad, yo, en union del muy ilustre y venerable cabildo de mi diócesis,

Protesto: que acato y reconozco á las autoridades constituidas de la nacion.

Protesto: que la Iglesia es soberana, y no puede ser privada de sus bienes por ninguna autoridad.

Protesto: que es nulo y de ningun valor ni efecto, cualquier acto de cualquiera autoridad que sea, que tienda directa ó indirectamente á agravar, disminuir ó enajenar cualesquiera bienes de la Iglesia.

Protesto: que en ningun tiempo reconoceré ni consentiré las hipotecas, gravámenes ó enajenaciones que se hicieren por las autoridades, sean á favor de la nacion, ó del estranjero, ó de los particulares.

Protesto: que no reconoceré, ni consentiré en pagar ningunos gastos, reparaciones ó mejoras que se hicieren por los que adquieran los bienes de la Iglesia á virtud de la ocupacion decretada.

Protesto: que aunque de hecho se graven ó enajenen, el derecho, y dominio, y posesion legal lo conserva la Iglesia.

Protesto: que no prestaré ningun acto positivo de los que se exijan á la Iglesia para la ejecucion de esta ley.

Protesto: que cuando sea necesario, haré valer todos los recursos canónicos que la Iglesia tiene á su disposicion para casos de esta naturaleza.

Protesto, en fin, que es sola la fuerza la que privará á la Iglesia de sus bienes, y contra esta fuerza, la Iglesia misma protesta del modo mas solemne y positivo.—Dios guarde á V. E. muchos años. Morelia, Enero 22 de 1847. —*Juan Cayetano*, obispo de Michoacan.—Dean, *Domingo Gárfias y Moreno*.—Chantre, *José María García*.—*Joaquin María Moreno*, doctoral.—*Manuel Tiburcio Orozco*, canónigo.—*Pedro Rafael Conejo*, canónigo.—*José Alonso de Terán*, canónigo.—*Mariano Mesa*, canónigo.—*José Antonio de la Peña*, prebendado.—*Clemente Munguía*, prebendado.—*Pelagio Antonio de Labastida*, prebendado.

NUMERO 3.

Contestacion á la protesta del señor obispo de Michoacan D. Cayetano Portugal.

Ministerio de justicia é instruccion pública.—Illmo. Sr.—El Exmo. Sr. vicepresidente ha visto con el mayor desagrado la nota de V. S. I. que con fecha 22 del presente se sirvió dirigirle por conducto de este ministerio, y en contestacion me manda decir á V. S. I. que no puede concebir S. E. cómo un hombre *que se ha hecho notable por su talento, instruccion y virtudes entre los prelados de la República*, haya puesto una comunicacion oficial tan ofensiva á la representacion nacional, y al supremo gobierno, como ajena de las venerables máximas de humildad y moderacion, tan recomendadas por Jesucristo y ponderadas por el primero de sus discípulos á los pastores de la Iglesia.

No puede creer tampoco S. E. que V. S. I. ignore, que la jurisdiccion de que gozan los príncipes sobre los bienes todos de los ciudadanos, esta misma persevera igualmente aun cuando parte de dichos bienes hayan pasado al dominio de los cuerpos eclesiásticos: porque estos bienes, si bien donados á la Iglesia, no por eso dejan ni han dejado de ser temporales, y por consiguiente de estar sujetos á la direccion y cuidado del magistrado político. Si la Iglesia ha llegado á poseer bienes, ha sido desde que la han habilitado para ello los mismos soberanos, y así todos los derechos que goza sobre los bienes adquiridos, deben ser regulados por las leyes civiles. Esta es la doctrina unánimemente enseñada por los mas respetables Padres de la Iglesia. San Agustin se espresa de este modo: "¿A qué derecho te atienes para defender las posesiones de la Iglesia, al divino ó al humano? El derecho divino lo tenemos en las Escrituras; el humano en las leyes de los reyes. ¿De dónde les viene á todos el título por el cual poseen las cosas sino del derecho humano? Supóngase que no existe el derecho de los emperadores; ¿y quién se atrevera entonces á decir, esta hacienda es mia, este esclavo es mio, esta casa es mia?"

Cuando el emperador Justiniano mandó á San Ambrosio que entregase un templo á los adrianos, este santo se resistió, y contestó diciendo: "no creas que el poder imperial se estiende sobre las cosas de Dios. Los emperadores tienen los palacios, y los obispos las iglesias. Si se trata de mis bienes, de mi patrimonio, de mi cuerpo y de todo lo que me pertenece, yo lo doy. Si este es un tributo que exige el emperador, nosotros no lo rehusamos pagar: los campos que pertenecen á la Iglesia lo pagan. Si el emperador quiere estos campos, puede apropiárselos, ninguno de nosotros se opone: las limosnas que se juntan en el pueblo podrán ser suficientes para los pobres."

Basta, pues, Illmo. Sr., dar una ligera ojeada sobre los testimonios de estos Padres, y sobre otros de la misma naturaleza, de San Gerónimo, San Hilario, Sulpicio Severo, Padre del siglo V. &., para conocer que si la Iglesia ha poseido bienes, esto ha sido por el derecho de los reyes y de los emperadores, que ciertamente no es el canónico ni el divino. En consecuencia resulta, que dichos bienes están igualmente sujetos á las públicas contribuciones; porque para que el soberano gobierne sus Estados, para alejar de ellos la guerra ó para sostenerla en caso necesario, necesita de rentas, las que deben suministrar aquellos en cuyo favor tiene que emplearlas. Y ciertamente no pareceria justo, que algun particular ó corporacion gozara de las ventajas que produce la paz, ó que trae consigo la victoria sin haber contribuido jun-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

tamente con los demas á conseguirla. Es verdad que el clero mexicano se ha prestado á contribuir, algunas veces, con parte de sus bienes para cubrir las públicas necesidades; pero cuando estas contribuciones no bastan, cuando el peligro que amenaza á la religion y á la patria es de gran tamaño, cuando se trata de que la nacion viva ó perezca para siempre; cuando la gran cuestion que ocupa á los mexicanos es la de afianzar su libertad ó verse sumidos en la mas vergonzosa esclavitud, ¿podrá ver el legislador con ojo indiferente amontonadas las inmensas riquezas del clero, sin tomar de ellas una pequeña parte, siendo ésta cabalmente la que puede librarnos del pesado yugo que sobre nuestras cervices intenta poner osado el detestable norte americano?

Menos aflictivas eran ciertamente las circunstancias en que se encontraba la Península cuando Cárlos IV., por su cédula de consolidacion de vales reales, privaba á los eclesiásticos de la administracion de todos los bienes de obras pías que debian entrar en la caja de consolidacion. Sus palabras son estas: "*Siendo indisputable mi autoridad soberana* para dirigir á este y otros fines de Estado los establecimientos públicos, he resuelto, despues de un maduro exámen, se enajenen todos los bienes raices pertenecientes á hospitales, hospicios, casas de misericordia, de reclusion y de espósitos, cofradías, memorias, obras pías, y patronatos, de legos." Y entonces ¿qué sucedió? los obispos callaron, y lejos de llamar á aquella ley *anticanónica, inmoral é incendiaria*, se apresuraron todos á acatarla: si hubo alguno que representara en contra de ella, lo hizo con la moderacion propia de su espíritu y con el respeto debido al soberano, sin desconocer jamas en éste sus derechos.

Menos aflictivas eran las circunstancias en que se hallaba España el año de 1809, y con fecha 18 de Agosto del mismo año dice á la junta central el M. I. Sr. Abad y Queipo, obispo de Michoacan, lo que sigue: "Nuestra situacion envuelve la suma de las cosas, ser ó no ser: libertad ó esclavitud: gloria ó ignomia. No hay medio entre estos estremos. *Rige, pues, la ley suprema de la salud del pueblo, que suspende los efectos de todas las demas leyes, privilegios, é inmunidades civiles y eclesiásticas....* Es necesario recurrir á medios estraordinarios, y aun violentos: V. M. puede y debe usar de ellos, en cuya inteligencia suplico á V. M. se digne tomar en consideracion los que voy á proponer.

"El primero consiste en las vacantes eclesiásticas de España é Indias, consignadas á los gastos de la guerra actual por la opinion pública. *Esto es conforme con el espíritu de la Iglesia y debe presumirse que lo ordena....*

"El segundo consiste en que V. M. *ordene* á todos los RR. arzobispos y obispos y prelados regulares, que cada uno en su distrito suspenda el cumplimiento de todas las obras pías, no pudiendo haber destino tan piadoso y preeminente como el de salvar la religion y la patria, y apliquen su producto á los gastos de la guerra en uso de sus facultades ordinarias.

"El tercero consiste en que V. M. *ordene* que se funda y se selle toda la plata labrada que existe en la nacion en vajillas y utensilios domésticos, y la

plata de las iglesias fuera de los cálices, copones y custodias necesarias." ¿Qué es esto, Illmo. Sr! ¿Eran acaso distintos los sagrados cánones, el año de 1809 á los del año de 1847? O ¿se tendrá el valor necesario para decir que se estendian á mas las facultades del rey Cárlos, que las de nuestra representacion nacional? Lejos de nosotros esta servil idea.

El gobierno supremo que sabe con San Agustin, que ni á los obispos católicos debe seguirse, si alguna vez incurrieren en error; y que sabe distinguir los verdaderos cánones de los apócrifos y adulterados; me ordena diga á V. S. I. que no tema por la estincion del culto con ocasion de la ley de 11 del presente: que la Iglesia puede existir con toda su pureza y esplendor como existió antes de que tuviera algunos bienes temporales: que ahora no se trata de quitarle todas las gruesas sumas que posee, sino una pequeña parte de ellas, y esto en atencion á las tristes y luctuosas circunstancias en que nos hallamos: que se cree bastante fuerte para hacer que la ley se cumpla: que no dará un paso atras, sino que llevará adelante sus providencias: que las opiniones de los quejosos las tolerará mientras no pasen á las vías de hecho; porque entonces se verá precisado á tratarlos como sediciosos, castigándolos como á tales.

Y por último, me manda diga á V. S. I. que aunque S. E. está íntimamente persuadido de que todos y cada uno de los ciudadanos tienen el derecho de hacer las representaciones que crean convenientes ante el soberano congreso, ó ante el supremo gobierno; pero que éstas deben hacerse con decencia y con decoro, sin vertir en ellas doctrinas subversivas de todo órden social, ni deprimiendo á las autoridades supremas de la nacion, porque esto apenas pasaria en aquellos tiempos en que los pueblos ignoraban sus derechos: que estos tiempos ya pasaron: que el gobierno comprende sus deberes, y que desea vivamente que no llegue el caso, en que á su pesar, se vea obligado á hacer uso de ellos: que recuerde V. S. I. los justos procedimientos del muy católico rey Cárlos III, y de su ilustrado consejo contra el célebre obispo de Cuenca; y sobre todo, que tenga presente el ejemplo y máximas sublimes de nuestro Redentor, con respecto á las potestades de la tierra.

Y al comunicar á V. S. I. esta suprema resolucion, le suplico acepte las consideraciones de mi aprecio y respeto.

Dios y libertad. México, Enero 29 de 1847.—*Lopez de Nava.*—Illmo. Sr. obispo de Michoacan.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

NUMERO 4.

EDICTO DEL SEÑOR OBISPO DE PUEBLA.

El Dr. D. Francisco Pablo Vazquez, por la divina gracia y de la santa Sede apostólica obispo de la Puebla de los Angeles &c., á nuestros diocesanos salud y gracia en Nuestro Señor Jesucristo.

Un deber imperioso, una obligacion estrechísima nos pone, amados hijos nuestros, en la dura necesidad de hablaros sobre el decreto del congreso nacional de 11 del corriente, en que se faculta al supremo gobierno para hipotecar ó vender en hasta pública bienes eclesiásticos hasta la cantidad de 15.000,000 de ps. Por mas que quisiéramos reducirnos á sufrir y presentar al Señor nuestras lágrimas en silencio, nuestra conciencia nos recuerda el juramento que hicimos en nuestra consagracion, de observar con todas nuestras fuerzas y hacer observar las reglas, decretos y mandatos apostólicos, y nos dice, conforme á la doctrina del V. Sr. Palafox, del cardenal de Lugo y otros autores muy respetables, que pecaríamos mortalmente é incurriríamos en escomunion siendo remisos en publicar las censuras con que quedan ligados los que usurpan los bienes eclesiásticos.[1] Nunca, y menos á la edad de 78 años, y muy cerca de comparecer ante el tremendo tribunal de Dios, podriamos resolvernos á semejante perjurio, á pecado tan enorme y á tan terrible pena. Al contrario, en desempeño del cargo que tenemos de vuestras almas, vamos á esponeros, ya que por nuestras culpas es llegada la vez, el verdadero estado de las cosas respecto de los bienes del clero y las disposiciones que acerca de ellos rigen en la Iglesia católica, para que no os dejeis seducir con erradas máximas y perniciosas doctrinas, y para que tengais reglas seguras con que normar vuestra conducta en las tristes y delicadas circunstancias á que nos tiene reducidos el citado decreto sobre bienes eclesiásticos.

El clero, amados hijos nuestros, jamas se ha resistido á cooperar para los gastos públicos: ha donado y prestado sumas que en proporcion á sus haberes pueden sin exageracion llamarse inmensas, y al paso que han caminado en aumento las necesidades de la nacion, ha ido tambien añadiendo sacrificios á sacrificios, llegando estos á lo sumo con ocasion de la justa y nacional guerra contra la república del Norte. Persuadidos los prelados eclesiásticos de que podian y era conveniente no alegar la inmunidad de los bienes consagrados á Dios en el grado que la recomienda el cánon XIX del Concilio Lateranense 3º, diciendo que solo deben aplicarse á los gastos ajenos de su institucion cuando ya no basten los de los seculares, han limitado sus esposiciones y sus quejas á pedir que se proceda con una racional igualdad. Pero muy al contrario: se ha comenzado regularmente por la Iglesia en toda clase

1 Cap. 3. tit. 13 de censib. exactionib. etc.

de donativos, préstamos y exacciones. No se ha tenido presente que la consolidacion privó al clero solo en Puebla, de 2.306,145 ps. 6 rs.: que la diminucion del valor de la moneda de cobre hasta la mitad, redujo en igual proporcion varias capellanías y obras pías: que la estincion completa de aquella moneda acabó con muchas de las mismas instituciones: que la ley que quitó la coaccion para el pago de los diezmos ha empobrecido á las iglesias catedrales, de modo que está reducido á la mitad y aun menos el número de los capitulares, y estos disfrutan solo de dotaciones muy escasas. Sin atencion á nada de esto, se han hecho á los cabildos, á las comunidades y obras pías, asignaciones exorbitantes y temerarias. La primera que se hizo al clero de esta diócesis fué de 420.000 ps., y tan sin fundamento, que el gobierno mismo sin reclamo de nuestra parte, la disminuyó hasta 90.000, cantidad tambien escesiva como á su tiempo lo manifestamos ofreciendo la de 36.000, que aunque repartida con la equidad posible, ha causado que las religiosas tengan ya que sufrir algunas privaciones, que serán mucho mas graves si se lleva adelante el decreto de que tratamos.—Algunas personas irreflexivas juzgan que se halla el clero en la riqueza que disfrutó en tiempos felices, y que tiene sus arcas henchidas de oro y plata. No lo permiten las causas que ya indicamos, ni las leyes que actualmente rigen. Nadie, que no carezca de sentido comun, se resolverá hoy á fundar una capellanía, teniendo, como tiene, que pagar un quince por ciento de amortizacion, un cinco de imposicion y otro tanto de alcabala, agregándose á estas pensiones el riesgo de que á su capital suceda lo que á 17.000 ps. de la hacienda de Ozumba, á 5.000 de Amaluca, y á 7.500 de los Reyes, que estraidos por órdenes del gobierno sin anuencia, ni aun noticia de la autoridad eclesiástica, y sin otorgarse escritura pública, ni puede hacerse constar su reconocimiento, ni se pagan los réditos, dejándose por lo mismo de cumplir con la voluntad de los testadores, y perjudicándose á lo pobres, al clero y al culto, porque aquellos eran capitales de capellanías, misas y limosnas.

Pero supongamos que fuese rico el clero. ¿Acaso por serlo debe perder su inmunidad, ó deben contra él cometerse injusticias? Sea cierto que tiene muchas propiedades. ¿No tiene tambien muchas atenciones? ¿No debe alimentar á sus individuos clérigos, religiosos y monjas, sostener con decoro y majestad el culto debido á Dios, hacer gastos judiciales y erogaciones precisas para mantener las fincas en estado de ser útiles, satisfacer contribuciones generales y municipales, y en fin, cumplir con las cargas á que están obligadas sus rentas por los mismos que se las legaron? Téngase al clero por un grande propietario. ¿Es acaso el único en toda la República? ¿No existen en ella dueños de haciendas muy valiosas y productivas, mineros con minas en bonanza que les producen grandes riquezas, comerciantes que giran grueso capitales que les proporcionan ganancias enormes, agiotistas que se han enriquecido con los bienes de la nacion, con el sudor de los empleados, con las necesidades de las viudas? ¿Y á cuál de estas clases se han hecho asig-

maciones en contribucion ó en préstamo tan cuantiosas respectivamente como al clero, ó se le han exigido con el imperio y desprecio con que se trata al clero? A todos se les pide, y al pedírseles se les ofrece pronto pago y garantías: al clero se le exige que hipoteque, y se le ocupan y enajenan sus bienes sin su consentimiento. ¿En qué ley ó en qué justicia se funda este modo de proceder? ¿Qué la Iglesia no tiene propiedad sobre sus bienes? Sí, amados hijos nuestros, la tiene, y el decir lo contrario es una herejía condenada en Wicleff por el santo Concilio de Constanza. La tiene, y está asegurada en el derecho divino, en el eclesiástico, en el civil y en la constitucion federal que actualmente nos rige.—¡Y este derecho sagrado de propiedad que en los demas se respeta, solo se desprecia y conculca en la Iglesia! ¡Y á vista de semejante injusticia no levantarémos nuestra voz hasta el cielo! La levantarémos, sí, como la levantaron los PP. San Ambrosio y San Gerónimo contra un decreto del emperador Valentiniano, en que prohibia que las viudas dejasen de herederos á los eclesiásticos, cosa ciertamente pequeña, respecto de la enajenacion de bienes que ahora nos ocupa.

Se hacen testamentos, decia el primero de aquellos santos doctores,[1] *en favor de los ministros de los templos gentílicos, no se exceptúa ninguno profano, ninguno de la mas baja condicion, ninguno de los mas infames. Solo al clérigo entre todos se le priva del derecho comun, siendo él quien recibe los votos de todos, y en favor de todos ejercita su oficio. No se les permite recibir legados ni donacion de las viudas honradas.... lo que una viuda cristiana dejare á los sacerdotes idólatras, vale, y lo que dejare á los ministros de Dios no vale. Da vergüenza decirlo*, escribia San Gerónimo[2] los sacerdotes *de los ídolos, los bufones &c. reciben herencias; solo á los clérigos y monjes se los prohibe esta ley, y esta ley fué dada por un príncipe cristiano.*

Se pretende cohonestar la repugnante inconsecuencia de que nos lamentamos, y ocultar el verdadero motivo de ella, diciéndose que el clero está mas obligado que las otras clases á los gastos de la guerra, porque se trata de salvar la religion. ¿Pues qué? amados hijos nuestros, en una República que esclusiva y constitucionalmente profesa la religion católica, apostólica romana no están todos igualmente obligados á defenderla? ¿No están todos igualmente interesados en conservar el beneficio mas grande que el cielo ha concedido á los hombres? ¿Son solo para el clero las ventajas y recompensas eternas que la religion asegura? Ni puede comprenderse cómo se sostiene la religion empobreciendo, ó mas bien destruyendo con la miseria al clero. A pesar de las sólidas razones que espuso uno de los mas elocuentes oradores del actual congreso, no se libraron de la hipoteca ó enajenacion las capellanías de patronato libre, ni las servitorias, y por una consecuencia precisa, cuantas sean las cóngruas que se enajenen, cuantos sean los destinos que queden sin do-

1 Ep. 18. ad Valentinianum.
2 Ep. 34 ad Nepotianum.

tacion bastante, otros tantos serán los sacerdotes que falten para las necesidades y el consuelo espiritual de los fieles en un pais en que no hay ni con mucha diferencia el número que demanda la poblacion. ¡Ah! bien podemos repetir la esclamacion de Pedro de Blois cuando se impuso al clero el diezmo que se llamó Saladino. *¿Qué razon hay para que los que pelean por la Iglesia comiencen por arruinar á la misma Iglesia?*[1] Privándola de sus rentas no puede tener ministros, sin ministros no hay culto, y sin culto no hay religion. Bien podemos tambien decir de los presentes tiempos lo que dijo de los suyos el santo Concilio Lateranense III[2]: "Es cosa demasiadamente grave, no menos por el pecado de los que lo hacen, que por el daño de los que lo sufren, que en diversos lugares los que gobiernan el mundo, los cónsules de las ciudades y otros que se juzgan tener potestad, imponen frecuentemente tantas cargas á las iglesias y las oprimen con tan graves y continuas exacciones que el sacerdocio parece haber llegado á ser bajo su autoridad de peor condicion que bajo la de Faraon, que no tenia noticia de la divina ley. Aquel en verdad, teniendo á todos los demas sujetos á servidumbre, dejó á sus sacerdotes y á las posesiones de éstos en su antigua libertad, y los ministró alimentos del tesoro público. Mas estos casi todas sus cargas las imponen á las iglesias, y las afligen con tantas gabelas, que parece convenirles lo que lamentaba Jeremías[3]: *La princesa de las provincias ha sido hecha tributaria.* Sean fortificaciones, sean espediciones, sean cualesquiera otras las cosas que crean deber hacerse, todas casi quieren concluirlas con los bienes destinados á los usos de las iglesias, de los clérigos y de los pobres de Cristo."

Tal es, amados hijos nuestros, el estado en que hoy se halla el clero respecto de sus bienes. Veamos ya cuáles son acerca del uso que de ellos debe hacerse, las disposiciones de la Iglesia, á la cual todo católico está obligado á obedecer, sea cual fuere su rango, su autoridad ó su representacion.

El Concilio 3º de Ravena[4] impone la pena de excomunion á las personas de cualquier estado, grado y condicion, que usurpen los bienes, muebles ó semovientes, réditos ó rentas de las iglesias, y de los prelados, bajo cualesquiera pretestos, ya por sí, ya por medio de otros, y dispone que si el usurpador fuere alguna comunidad ó ciudad, y dentro de un mes no restituyere, en el mismo hecho quede sujeta al entredicho la ciudad, villa ó lugar en que tal atentado se cometiere. El Concilio 3º Lateranense fulmina igual excomunion, é impone á los prelados[5] la obligacion de amonestar á sus súbditos, que restituyan los predios eclesiásticos, y que si dentro de ocho dias no lo hicieren, ó no se diere por lo menos una completa seguridad, cesen los Divinos oficios y la administracion de los Santos Sacramentos, á escepcion del

1 Michaud. hist. des croisades. t. 6º p. 79.
2 Canon XIX.
3 Thren. I.
4 Part clem. V. cap. 17.
5 Su appendice de excommunicat. cap. VI.

bautismo, la confesion y la comunion en el artículo de la muerte. El Concilio Romano 5º celebrado en tiempo de San Gregorio VII,[1] anatematiza del mismo modo al militar ó persona de cualquier órden ó profesion que sea, que reciba los predios eclesiásticos, aun por órden del mismo rey ó príncipe secular, sin aprobacion de los obispos, abades ú otros rectores de las iglesias, y aun cuando los reciban de estos mismos si han prestado su consentimiento depravada ó viciosamente. Podriamos citar otros muchos concilios, porque una misma ha sido siempre la doctrina de la Iglesia, y por esto el Agathenza dijo en su capítulo XXII, *establecemos lo que todos los cánones establecen, que mientras no se restituyan á la Iglesia sus bienes, los usurpadores sean privados de la comunion de los fieles.* Mas para no difundirnos demasiado, solo os pondremos á la vista la disposicion del Concilio III mexicano celebrado aquí en nuestra patria, aprobado por la Santa Sede Apostólica, y sostenido por la potestad civil. En el libro III, título 8º,[2] despues de haber declarado que estando consagrados al culto Divino los fondos y bienes de las iglesias, el usurparlos es una grave maldad de sacrilegio, prohibe semejante usurpacion bajo severísimas penas. Siendo estas las mismas que fulmina el Santo Concilio de Trento, último de los Ecuménicos ó generales que ha celebrado la Iglesia, y formalmente recibido en nuestro país por el segundo Concilio mexicano, nos ha parecido conveniente copiar á la letra lo que se lee en la ses. XXII, cap. 11.

"Si la codicia, raiz de todos los males, llegara á dominar en tanto grado á cualquier clérigo ó lego distinguido con cualquiera dignidad que sea, aun la imperial ó real, que presumiere invertir en su propio uso y usurpar por sí ó por otros con violencia, ó infundiendo temor, ó valiéndose tambien de personas supuestas, eclesiásticas ó seculares, ó con cualquiera otro artificio, color ó pretesto, la jurisdiccion, bienes, censos y derechos, sean foudales ó enfitéuticos, los frutos, emolumentos ó cualesquiera obvenciones de alguna Iglesia, ó de cualquier beneficio secular, de montes de piedad ó de otros lugares piadosos que deben invertirse en socorrer las necesidades de los ministros y pobres, ó presumiere estorbar que los perciban las personas á quienes de derecho pertenecen, quede sujeto á la excomunion por todo el tiempo que no restituya enteramente á la Iglesia y á su administrador ó beneficiado, las jurisdicciones, bienes, efectos, derechos, frutos y rentas que haya ocupado, ó que de cualquiera modo hayan entrado en su poder, aun por donacion de persona supuesta, y hasta que despues de esto haya obtenido la absolucion del romano pontífice. Y si fuere patrono de la misma iglesia, queda tambien por el mismo hecho privado del derecho de patronato, ademas de las penas mencionadas. El clérigo que fuera autor de este detestable fraude y usurpacion, ó consintiere en ella, quede sujeto á las mismas penas, y ademas de esto privado de

1 Cap. I.
2 De rebus Ecclesiæ conservandis, alienandis vel non.

cualesquiera beneficios, inhábil para obtener otros, y suspenso á voluntad de su obispo del ejercicio de sus órdenes, aun despues de estar absuelto y de haber satisfecho enteramente."

Resumiendo, pues, las citadas disposiciones:

Declaramos que cualquiera autoridad ó persona privada, que con cualquier motivo usurpe los bienes, muebles ó raices, derechos ó acciones pertenecientes á la Iglesia, incurre en la pena de excomunion mayor reservada al Sumo Pontífice, hasta que no restituya enteramente lo usurpado, quedando sujetos á la misma los que retengan los enunciados bienes ó coadyuven directa ó indirectamente á su usurpacion.

Declaramos que las enajenaciones, hipotecas ó cualquier gravámen que se imponga á los citados bienes son nulas y de ningun valor ni efecto.

Declaramos que la Iglesia conserva el dominio de aquellos tan ileso como lo tenia antes de la usurpacion.

Protestamos á nombre de la misma Iglesia revindicar sus derechos siempre que fuere posible, sin que los poseedores de sus bienes puedan exigirle indemnizacion alguna, y protestamos por último contra la fuerza que hoy se le infiere.

Esto es, amados hijos nuestros, lo que hemos debido deciros en cumplimiento de nuestras sagradas obligaciones, y como responsables ante Dios del depósito que se nos ha encomendado. Hemos estado y estaríamos prontos á ministrar de los bienes eclesiásticos, que son á nuestro cargo, cuanto nos fuese posible para la guerra, porque conocemos hasta dónde llega su justicia y su necesidad; mas esto seria solo en el caso señalado en los cánones, esto es, cuando á la Iglesia se le pidiese guardándose la debida igualdad con los demas propietarios. El clero nunca se dejaria vencer por nadie en generosidad, como se respetasen las leyes canónicas, y solo la violacion de éstas nos obliga á resistir de la manera que debemos hacerlo, poniéndoos á la vista, aunque con el mas acerbo dolor, las penas mas graves de la Iglesia, las que solo impone cuando ya no le quedan ningunos medios suaves de que usar. Por lo demas, lejos de nosotros, que nada tenemos á que aspirar, la idea de trastornar el órden público: veneramos á las autoridades temporales y las hemos siempre reconocido y obedecido como corresponde al ciudadano; mas no debemos ser pastores mudos ni envilecer nuestro ministerio, sino advertir á nuestras muy amadas ovejas, que es venenoso el pasto con que se les brinda; y si por hacerlo así incurriéremos en la indignacion de los hombres, esforzarémos nuestra flaqueza con las palabras del Príncipe de los apóstoles al concilio de los judíos: [1] *Es menester obedecer á Dios antes que á los hombres.* Y viéndonos en circunstancias semejantes á las del anciano Eleázaro, repetiremos con él: [2] *No es decoroso á nuestra edad usar de disimulo, porque muchos mancebos caerian en error, y de esta manera atraeria sobre mi ancianidad*

1 Act. c. V. v. 29.
2 Machab. 1, 2, c. VI. v. 24 et seq.

la infamia y la execracion. Porque aunque yo en este tiempo presente me librase de los suplicios de los hombres, mas de la mano del Todopoderoso no podré escapar ni vivo ni muerto.

Estas consideraciones, amados hijos nuestros, son las que nos sostienen, y la esperanza en la proteccion de Dios la que nos consuela principalmente; pero debemos pagar un justo tributo á la gratitud, manifestando que nos ha consolado tambien mucho el noble y católico comportamiento de la honorable legislatura de este Estado, del Exmo. ayuntamiento de la capital y muy ilustre de Orizaba, pues iniciando la primera al congreso nacional la derogacion de la ley de que hemos tratado, y espresándose los segundos en sus respectivas esposiciones, en términos que significan su tierno interes por la Iglesia, han derramado sobre las heridas que nuestro corazon sufre, un bálsamo de estraordinaria suavidad. Hemos sentido la mas viva emocion con la lectura de aquellos escritos, y muy especialmente con los clamores de la católica Puebla que ofrece gustosa todos sus bienes antes que se toque á los de la Iglesia. ¡Bendiga Dios á nuestro religioso pueblo y á sus dignos representantes: prospérelos en sus personas, familias ó intereses, y dêles acierto en los destinos que honran de esta manera.

Por consideracion á aquellas ilustres corporaciones, á las vírgenes consagradas á Dios y á la multitud de nuestros amados fieles, y para no aumentar sus penas, nos abstenemos de hacer las demostraciones esteriores de tristeza que en casos como el presente suele usar la Iglesia, suspendiendo los divinos oficios, cerrando las puertas de los templos, y escaseando la administracion de algunos sacramentos. Nos reducimos á lamentar en el secreto de nuestro atribulado espíritu los deslices de la flaqueza humana, y os exhortamos muy de veras, amados hijos nuestros, á que dóciles como hasta aquí lo habeis sido, escucheis la voz de la Iglesia para no ser tenidos por gentiles y publicanos, á que desecheis las persuasiones de los que pretenden engañaros con falsas doctrinas, y á que no ofendais al Señor dejándoos llevar tal vez de un celo escesivo, faltando á los deberes de la caridad cristiana, que nos previene amar á quien nos aborrece, bendecir á quien nos maldice, y hacer bien á quien nos hace mal. Si la presente tribulacion es una prueba, sufrámosla con resignacion para salir de ella purificados como el oro, y si es un castigo de nuestras culpas, tratemos de enmendarlas eficazmente, para que el Señor levante de sobre nuestras cabezas su formidable azote. Así lo suplicamos á su infinita misericordia por la intercesion de su purísima Madre, y á vosotros, amados hijos nuestros, os damos con todo el sincero y paternal afecto que os profesamos, nuestra pastoral bendicion, en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo.

Dado en nuestro palacio episcopal de la Puebla de los Angeles, firmado de Nos, sellado con el escudo de nuestras armas, y refrendado de nuestro infrascrito secretario, á los veintisiete dias del mes de Enero del año del Señor de mil ochocientos cuarenta y siete.—*Francisco Pablo*, obispo de la Puebla.

Por mandado de S. E. I., *Lic. D. José Mariano de Isunza*, secretario.

NUMERO 5.

Illmo. Sr.—El Exmo. Sr. ministro de relaciones me dice con fecha 29 de Enero lo que sigue:

"Exmo. Sr.—El Exmo. Sr. gobernador del Estado de Puebla, en nota fecha 28 del actual me dice lo siguiente.

Exmo. Sr.—Por el correo de ayer tuve el honor de manifestar á V. E. que se habia publicado en esta capital el decreto sobre ocupacion de bienes de manos muertas, que ninguna novedad habia ocurrido hasta las nueve de la noche en que ponia mi comunicacion, y que me prometia que nada habia que temer, supuesto el buen sentido en que se hallaban todos estos habitantes; mas sin embargo de haber logrado conservar éste, á pesar de la multitud de especies alarmantes que se divulgaron en el público, ya verbalmente, ya por medio de la prensa, la pastoral de que acompaño á V. E. un ejemplar, dada por el Illmo. Sr. obispo, conmovió algun tanto los ánimos, hizo vacilar la opinion, y dió lugar á que aprovechándose de esta circunstancia algunos genios díscolos é inquietos, consiguieran alucinar á una parte del pueblo é introducir la alarma y la desconfianza en toda la poblacion.

Tales motivos me obligaron á disponer, de acuerdo con la comandancia general, que algunas partidas de tropa patrullaran la ciudad, muy particularmente por los barrios, donde se observaban síntomas de un movimiento popular, é hicieran que á todo trance se conservara la tranquilidad pública; pero por desgracia una de estas partidas fué atacada por un grupo de gente armada en uno de dichos barrios, se vió precisada á defenderse, y el resultado de todo fué, que murieran tres individuos y se aprehendieran diez de los que formaban el motin.

Tan desagradable ocurrencia me ha llenado de sentimiento, porque ella no ha sido dimanada por una predisposicion contra el actual sistema, ni contra las autoridades constituidas; sino porque se ha procurado imbuir ideas de fanatismo en el pueblo, persuadiéndolo de que se trata de destruir la religion, en cuya virtud, deseoso de que se castigue, como es justo, á los autores ó promovedores del desórden, he dispuesto que por el tribunal respectivo se instruya una averiguacion sumaria y se dilucidien los hechos.

Sírvase V. E. poner lo espuesto en conocimiento del Exmo. Sr. vicepresidente, admitiendo &c.

Y lo inserto á V. E., acompañándole la pastoral que se cita del R. obispo, para que V. E. acuerde lo conveniente en el particular."

Y habiendo dado cuenta al Exmo. Sr. vicepresidente, me ordena diga á V. S. I., que es verdad que el cánon 19 del Concilio Toledano tercero, prohibe absolutamente *atentar* contra los bienes de la Iglesia, y que tambien confirma esta misma doctrina el Concilio Toledano cuarto en el cánon 33, y el sesto en el cánon 15. Que lo mismo declararon los Concilios Tarraconense,

Ilerdense, el 3º de Letran, 3º de Ravena y últimamente el de Trento; pero que en primer lugar, los anatemas que estos y otros concilios han fulminado sobre esta materia y sobre otras que ven á la disciplina esterior, solo tienen y han tenido fuerza en cuanto que el soberano les ha concedido el pase; y en segundo lugar, que las espresadas censuras solamente se dirigen contra aquellos que *usurpen* los espresados bienes ó los tomen para sí, invirtiéndolos en su *propio uso*, como se puede ver en el mismo Tridentino en la sesion 22, capítulo 11.

Que el supremo gobierno, al tomar parte de los espresados bienes en la presente ocasion, no *usurpa*, sino que hace uso del derecho que para ello tiene, como lo hicieron en otra vez y en circunstancias menos tristes, algunos soberanos de la Europa, principalmente los reyes de Castilla: que tampoco los quiere para proporcionarse un lujo asiático, sino para salvar nuestra adorable religion, no menos que nuestra nacionalidad, amenazadas ambas por los hijos espurios de Washington; y que en consecuencia, como lo sabe V. S. I., y como lo declara espresamente el santo Concilio de Trento en la sesion 25 de Reformat. cap. 3, "no es conveniente al decoro del sacerdocio publicar excomuniones con temeridad ó ligereza, porque de este modo mas bien se desprecian que se temen, acarreando daños y desolaciones en lugar de utilidades." Y esto cabalmente ha sucedido en la invicta Puebla, con las censuras que V. S. I. ha publicado el 27 del presente: tres muertos, algunos heridos y bastantes estropeados, como consta por las comunicaciones oficiales. ¿Y cuál ha sido el fruto que V. S. I. ha recogido de esas medidas tan violentas y tan contrarias al espíritu del Evangelio? "Jesucristo, dice San Gerónimo, no lanzando rayos, ni aterrorizando, sino humillándose hasta espirar en una cruz, redimió á la Iglesia."

Reserve, por tanto, V. S. I. esas censuras que ha publicado, para sus verdaderos casos: considerando las penas que los sagrados cánones imponen á los que las fulminan con abuso. *Ipse ligandi atque solvendi potestate se privat, qui hanc pro suis voluntatibus et non prosubjectorum moribus exercet.... Privilegium omnino meretur amittere, qui permissa sibi abutitur potestate.*

Es una de las injurias mas atroces que se puede hacer al supremo gobierno, alterar la sociedad y querer relajar la obediencia de sus súbditos por medio de anatemas que no tienen valor porque no tienen objeto.

Siendo, pues, estas las convicciones del Exmo. Sr. vicepresidente, me manda diga á V. S. I., que si la tranquilidad pública se vuelve á alterar en esa ciudad, por los mismos motivos que espresa el Exmo. Sr. gobernador en su anterior comunicacion, hará responsable á V. S. I. ante Dios y ante los hombres, y á más, se verá precisado á aplicarle el castigo que los mismos sagrados cánones previenen para tales ocasiones. A cuyo fin me ordena tambien S. E. que le trascriba á V. S. I., á la letra, la ley 148, tít. 15, lib. 2 de la R. de I., y es como sigue: "En muchas ocasiones la justicia eclesiástica de nuestras Indias pone entredicho y cesacion *á divinis*, con que el *pueblo* se es-

candaliza y padece, siendo muy de ordinario privado de los divinos oficios; y aunque nuestras audiencias dan provisiones para que se alcen las censuras, *no las cumplen, ni en esta parte las audiencias defienden, como seria justo, nuestra jurisdiccion*. Y porque conviene proceder en estas cosas con todo cuidado, *mandamos á las audiencias*, que cuando semejantes casos acaecieren, *procedan con los prelados y jueces eclesiásticos, conforme á lo que está determinado por los sagrados cánones y leyes de estos reinos* de Castilla, y costumbre guardada y observada en ellos."

Y al comunicar á V. S. I. esta superior determinacion, tengo el placer de protestarle cordialmente las consideraciones todas de mi aprecio y respeto.

Dios y libertad. México, Febrero 3 de 1847.—*Lopez de Nava*.—Illmo. Sr. obispo de Puebla.

NUMERO 6.

RETRACTACION DEL DR. D. ANDRES LOPEZ DE NAVA.

ESPOSICION QUE DICHO SEÑOR DIRIGIÓ A SU PRELADO EL OBISPO DE GUADALAJARA.

Illmo. Sr.—Obligado como mexicano, como católico, como sacerdote y como cura párroco beneficiado, á dar una pública satisfaccion á la Iglesia toda y á los venerables prelados que ha puesto el Espíritu Santo para regirla y gobernarla, procuraré hacerlo con la franqueza que me caracteriza, y con la simplicidad que debo, para calmar de este modo todo remordimiento y turbacion de mi conciencia, no menos que para escarmiento de cualquiera de mis hermanos, que se sienta ó se haya sentido tocado de alguna prevencion miserable, siniestra ó imperfecta, ajena de la verdadera humildad y caridad de que debe estar siempre revestido el sacerdote, y aun todo cristiano que quiera merecer este nombre.

Electo diputado por Jalisco para el congreso general en Diciembre de 845, y caido de aquel empleo á consecuencia del pronunciamiento de San Luis, me quedé en México, no de otra suerte que San Pedro en la casa de Caifás *ut videret finem*. Y ves V. S. I. aquí mi primer yerro. Conociendo ó desconociendo mi debilidad, permanecí en el peligro, espuesto á la tentacion; y tanto mayor fué mi crímen, cuanto que preveia todas las fatales consecuencias que de esto habian de resultar.

Es verdad que para permanecer en la capital de la República tenia poderosas razones, pero éstas eran puramente personales, y no justificarán jamas ni ante Dios ni ante los hombres mis procedimientos ulteriores. Si en el momento me hubiera vuelto á mi diócesis, estoy seguro que nada adverso me habria acontecido; y el espíritu del mundo que me tenia allí á quemaropa y

Ilerdense, el 3º de Letran, 3º de Ravena y últimamente el de Trento; pero que en primer lugar, los anatemas que estos y otros concilios han fulminado sobre esta materia y sobre otras que ven á la disciplina esterior, solo tienen y han tenido fuerza en cuanto que el soberano les ha concedido el pase; y en segundo lugar, que las espresadas censuras solamente se dirigen contra aquellos que *usurpen* los espresados bienes ó los tomen para sí, invirtiéndolos en su *propio uso*, como se puede ver en el mismo Tridentino en la sesion 22, capítulo 11.

Que el supremo gobierno, al tomar parte de los espresados bienes en la presente ocasion, no *usurpa*, sino que hace uso del derecho que para ello tiene, como lo hicieron en otra vez y en circunstancias menos tristes, algunos soberanos de la Europa, principalmente los reyes de Castilla: que tampoco los quiere para proporcionarse un lujo asiático, sino para salvar nuestra adorable religion, no menos que nuestra nacionalidad, amenazadas ambas por los hijos espurios de Washington; y que en consecuencia, como lo sabe V. S. I., y como lo declara espresamente el santo Concilio de Trento en la sesion 25 de Reformat. cap. 3, "no es conveniente al decoro del sacerdocio publicar excomuniones con temeridad ó ligereza, porque de este modo mas bien se desprecian que se temen, acarreando daños y desolaciones en lugar de utilidades." Y esto cabalmente ha sucedido en la invicta Puebla, con las censuras que V. S. I. ha publicado el 27 del presente: tres muertos, algunos heridos y bastantes estropeados, como consta por las comunicaciones oficiales. ¿Y cuál ha sido el fruto que V. S. I. ha recogido de esas medidas tan violentas y tan contrarias al espíritu del Evangelio? "Jesucristo, dice San Gerónimo, no lanzando rayos, ni aterrorizando, sino humillándose hasta espirar en una cruz, redimió á la Iglesia."

Reserve, por tanto, V. S. I. esas censuras que ha publicado, para sus verdaderos casos: considerando las penas que los sagrados cánones imponen á los que las fulminan con abuso. *Ipse ligandi atque solvendi potestate se privat, qui hanc pro suis voluntatibus et non prosubjectorum moribus exercet.... Privilegium omnino meretur amittere, qui permissa sibi abutitur potestate.*

Es una de las injurias mas atroces que se puede hacer al supremo gobierno, alterar la sociedad y querer relajar la obediencia de sus súbditos por medio de anatemas que no tienen valor porque no tienen objeto.

Siendo, pues, estas las convicciones del Exmo. Sr. vicepresidente, me manda diga á V. S. I., que si la tranquilidad pública se vuelve á alterar en esa ciudad, por los mismos motivos que espresa el Exmo. Sr. gobernador en su anterior comunicacion, hará responsable á V. S. I. ante Dios y ante los hombres, y á más, se verá precisado á aplicarle el castigo que los mismos sagrados cánones previenen para tales ocasiones. A cuyo fin me ordena tambien S. E. que le trascriba á V. S. I., á la letra, la ley 148, tít. 15, lib. 2 de la R. de I., y es como sigue: "En muchas ocasiones la justicia eclesiástica de nuestras Indias pone entredicho y cesacion *á divinis*, con que el *pueblo* se es-

candaliza y padece, siendo muy de ordinario privado de los divinos oficios; y aunque nuestras audiencias dan provisiones para que se alcen las censuras, *no las cumplen, ni en esta parte las audiencias defienden, como seria justo, nuestra jurisdiccion*. Y porque conviene proceder en estas cosas con todo cuidado, *mandamos á las audiencias*, que cuando semejantes casos acaecieren, *procedan con los prelados y jueces eclesiásticos, conforme á lo que está determinado por los sagrados cánones y leyes de estos reinos* de Castilla, y costumbre guardada y observada en ellos."

Y al comunicar á V. S. I. esta superior determinacion, tengo el placer de protestarle cordialmente las consideraciones todas de mi aprecio y respeto.

Dios y libertad. México, Febrero 3 de 1847.—*Lopez de Nava*.—Illmo. Sr. obispo de Puebla.

NUMERO 6.

RETRACTACION DEL DR. D. ANDRES LOPEZ DE NAVA.

ESPOSICION QUE DICHO SEÑOR DIRIGIÓ A SU PRELADO EL OBISPO DE GUADALAJARA.

Illmo. Sr.—Obligado como mexicano, como católico, como sacerdote y como cura párroco beneficiado, á dar una pública satisfaccion á la Iglesia toda y á los venerables prelados que ha puesto el Espíritu Santo para regirla y gobernarla, procuraré hacerlo con la franqueza que me caracteriza, y con la simplicidad que debo, para calmar de este modo todo remordimiento y turbacion de mi conciencia, no menos que para escarmiento de cualquiera de mis hermanos, que se sienta ó se haya sentido tocado de alguna prevencion miserable, siniestra ó imperfecta, ajena de la verdadera humildad y caridad de que debe estar siempre revestido el sacerdote, y aun todo cristiano que quiera merecer este nombre.

Electo diputado por Jalisco para el congreso general en Diciembre de 845, y caido de aquel empleo á consecuencia del pronunciamiento de San Luis, me quedé en México, no de otra suerte que San Pedro en la casa de Caifás *ut videret finem*. Y ves V. S. I. aquí mi primer yerro. Conociendo ó desconociendo mi debilidad, permanecí en el peligro, espuesto á la tentacion; y tanto mayor fué mi crímen, cuanto que preveia todas las fatales consecuencias que de esto habian de resultar.

Es verdad que para permanecer en la capital de la República tenia poderosas razones, pero éstas eran puramente personales, y no justificarán jamas ni ante Dios ni ante los hombres mis procedimientos ulteriores. Si en el momento me hubiera vuelto á mi diócesis, estoy seguro que nada adverso me habria acontecido; y el espíritu del mundo que me tenia allí á quemaropa y

muy á la mano para atacar y rendir mi flaqueza, á pesar de mis sanos principios y opiniones, nada habria emprendido sobre mí, y aun cuando lo hubiera hecho, sus pretensiones se habrian estrellado en mis creencias, que aunque no tan buenas, tan puras y tan sólidas como las de San Pedro, pero en verdad, en verdad que no eran malas. En efecto, Illmo. Sr., no eran como aparecieron despues en mis escritos; mas esto lo hice contra los gritos de mi conciencia, y solamente impelido por la fuerza de mi situacion á que me habia orillado el espíritu del mundo, y en la que me retenian en un estado violento miserables y ruines miramientos, ó por mejor decir, mi debilidad y mis caprichos.

Colocado en la vicepresidencia el Sr. Gomez Farías, no ignorando yo su programa, y sabiendo que éste estaba apoyado y sostenido por el general Santa-Anna, ¿para qué permanecer en México, ó mejor dicho, á fin de qué me acerqué al palacio nacional? Esto dió ocasion para que se me encomendara la cartera de justicia; y véame V. S. I. desempeñando el ministerio contra todas las reclamaciones de mi conciencia, y contra todo el miedo que me inspiraba el estado de la cosa pública, que yo neciamente presumia poder conjurar.

El primero de mis actos fué reconvenir al presidente del Illmo. cabildo metropolitano, y al señor vicario capitular, sobre la clausura de las puertas de la santa iglesia catedral, y sobre el movimiento público que con tal motivo se observó en la capital. Hícelo con decencia y comedimiento, pero no gustó la moderacion con que habia escrito las minutas, y tuve que reformarlas á gusto de la exaltacion y la injusticia. Es verdad que ésta habria sido la ocasion mas oportuna para dejar al punto la cartera, mas no tuve valor ni resolucion para ello. ¡Ah, cuán pequeños principios bastan para precipitar la humana flaqueza en lo mas profundo del abismo!

Compelido por mi situacion á contestar tambien á los muy respetables obispos de Puebla y Michoacan, me acordé que habia sido colegial, y me figuré que aquello era lo mismo que replicar en una funcion literaria. Así es que de todo cuanto vertí en mis escritos, nada sentí, nada creí. Todo fué presuncion esterna, vanidad escolástica, ni mas ni menos, como he dicho, que cuando uno arguye en la baranda contra una conclusion. Y ciertamente, Illmo. Sr., que de otro modo no podria yo haber esternado aquellas ideas, porque desde mis tiernos años, y por la lectura de obras luminosas, germinaron en mi alma y se desenvolvieron las buenas semillas de principios rectos y sanos, que jamas arrancarán de ella, ni el respeto humano, ni la novedad de las doctrinas. Desde mis tiernos años aprendí que la Iglesia disfruta en fuerza de su soberanía, una autoridad espiritual tan esclusivamente propia, que todos los soberanos juntos son incapaces de variar aun en lo mas pequeño sus superiores determinaciones. Desde mis tiernos años aprendí que los mismos reyes que formarian en un tiempo la gloria de la Iglesia, entrarian á ella en calidad de hijos, pero de ningun modo como árbitros ó señores, y entrarian

ofreciendo dones como lo hicieron los Magos del Oriente, mas no arrebatándolos como Enrique VIII en Inglaterra. Desde mis tiernos años aprendí que la Iglesia quedaria encomendada á la caridad, y que en consecuencia ésta la proveeria en abundancia, y sufragaria á la magnificencia de su culto y á la manutencion de sus ministros. Pero nunca he sabido que hubieran quedado encargados de ella los soberanos temporales, y de allí ha resultado, que la Esposa de Jesucristo recibe con mas gusto de manos de la caridad un manojo de espigas, que de manos de los reyes las mas cuantiosas sumas en calidad de mercenaria. Desde mis tiernos años aprendí, que las dos potestades, eclesiástica y civil, tienen como el océano puestos por Dios sus señalados límites, los que no podrán traspasar aunque lo intenten; y que caminando ambas como sobre dos líneas paralelas, no se podrán tocar jamas para mezclarse una en las atribuciones de la otra, y solo sí para prestarse mútuamente sus auxilios. Estos auxilios necesitaba cabalmente el supremo gobierno de nuestra nacion para poder resistir con mano fuerte las exageradas pretensiones de los hijos espurios de Washington, pero debia haberlos exigido de la Iglesia, como los han exigido en iguales circunstancias los mas piadosos soberanos. Mas por nuestra desgracia no fué así, y la representacion nacional, como si legislara en vapor, espidió con una precipitacion sin ejemplo, la funesta ley de 11 de Enero, que yo sostuve como órgano del gobierno, aunque sin ser tan criminal como he parecido á mis conciudadanos; porque es un principio reconocido por todos los políticos, que en los arrebatos estraordinarios que arrastra una revolucion en pos de sí, todos ceden á un impulso irresistible, aunque no presten para ello su consentimiento libremente.

Por lo espuesto conocerá V. S. I., que aunque he errado, no soy contumaz; y aseguro con toda verdad, que un baño podia darme con las lágrimas que he vertido, por haber aparentado olvidar los rectos y sanos principios que tuve la felicidad de beber muy temprano. Y en mi angustiada situacion, dos cosas cubren mi corazon de gozo y me consuelan: una es, el haberme el Señor conservado la vida para dar esta satisfaccion, y la otra no haber dado jamas órden alguna para la ocupacion de bienes eclesiásticos. Es verdad que en mis presumidas escolásticas defensas de la funesta ley, se tropieza con alguna especie de consentimiento esterno mio, pero por ello me sujeto á que se me juzgue como quiera, en toda forma, y por todo rigor de derecho, por la competente autoridad; y una sentencia de la que jamas apelaré, restituirá á mi corazon la paz que el mundo es incapaz de darme.

Aunque me hallo todavía investido con el carácter de primer oficial mayor del ministerio de justicia, he resuelto no volver jamas á la mesa. En consecuencia, estoy física y moralmente impedido para restituir lo que en fuerza de la ley de 11 de Enero se hubiese real y efectivamente usurpado. Si yo tuviera bienes los cederia con gusto, y compraria demasiado barata mi paz interior. Siendo, pues, muy tristes y aflictivas las circunstancias que me rodean, no tengo ni me queda otro recurso que ocurrir á la bondad de V. S. I.

para que despliegue en mi favor sus facultades delegadas y ordinarias, suplicándole al mismo tiempo interponga su poderoso valimiento para con el Illmo. cabildo metropolitano y los muy respetables obispos de Puebla y Michoacan, á fin de que me concedan su indulgencia. Tambien desearia, que esta mi humilde, franca y libre manifestacion se publicara por la prensa, para reparar de algun modo el escándalo que hubiere dado á mis hermanos, así eclesiásticos como seglares, y mi alma se llenaria de gozo si se pusiera tambien en el conocimiento de la Cabeza visible de la Iglesia, para que si derramó algunas lágrimas al ver mis desvarios, se alegre en el Señor al saber mi verdadero arrepentimiento.

Dios guarde á V. S. I. muchos años. Guadalajara, Mayo 5 de 1847.—*Andrés Lopez de Nava.*—Illmo. Sr. Dr. D. Diego Aranda, obispo de Guadalajara.

Por la insercion de los documentos.

FRANCISCO VERA.

LA

NOCHE DE NAVIDAD

ESCRITA

POR CRISTOBAL SCHMID.

Traducida
del aleman al frances por Luis Friedel; y de este al castellano, para "La Cruz," por E. de A.



México.

IMP. DE J. M. ANDRADE Y F. ESCALANTE,

CALLE DE CADENA NUMERO 21.

1857.

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

para que despliegue en mi favor sus facultades delegadas y ordinarias, suplicándole al mismo tiempo interponga su poderoso valimiento para con el Illmo. cabildo metropolitano y los muy respetables obispos de Puebla y Michoacan, á fin de que me concedan su indulgencia. Tambien desearia, que esta mi humilde, franca y libre manifestacion se publicara por la prensa, para reparar de algun modo el escándalo que hubiere dado á mis hermanos, así eclesiásticos como seglares, y mi alma se llenaria de gozo si se pusiera tambien en el conocimiento de la Cabeza visible de la Iglesia, para que si derramó algunas lágrimas al ver mis desvarios, se alegre en el Señor al saber mi verdadero arrepentimiento.

Dios guarde á V. S. I. muchos años. Guadalajara, Mayo 5 de 1847.—*Andrés Lopez de Nava.*—Illmo. Sr. Dr. D. Diego Aranda, obispo de Guadalajara.

Por la insercion de los documentos.

FRANCISCO VERA.

LA

NOCHE DE NAVIDAD

ESCRITA

POR CRISTOBAL SCHMID.

Traducida
del aleman al frances por Luis Friedel; y de este al castellano, para "La Cruz," por E. de A.



México.

IMP. DE J. M. ANDRADE Y F. ESCALANTE,

CALLE DE CADENA NUMERO 21.

1857.

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

LA NOCHE DE NAVIDAD.

CAPITULO I.

DESVALIMIENTO Y HOSPITALIDAD.

Era la víspera de la santa fiesta de Navidad: hácia el declinar la tarde Antonio, gracioso muchacho de ocho á diez años, caminaba todavía á esta hora avanzada á traves de la campiña cubierta de nieve. El pobre niño tenia mucho frío; su linda cabellera rubia estaba helada por la escarcha, y sus mejillas heridas por el viento del norte, se habian puesto de un rojo violado. Su vestido, á la manera de los niños de tropa, se componia de una chaquetilla y un pantalon á lo húsar, y su cabeza no estaba defendida sino por un ligero sombrero de paja que le habia resguardado contra los calores del estío. Apoyábase sobre un palo para facilitar sus pasos, y llevaba suspendido sobre sus espaldas un paquetito que contenia algunos objetos, única cosa que poseía en este mundo. Sin embargo, el jóven peregrino parecia contento y de buen humor; paseaba sus miradas sobre el bello paisaje de invierno que le rodeaba, y se complacia en contemplar los vallados y los zarzales doblegados bajo la blanca plumazon que los cubria. Bien pronto el sol descendió, y en el momento que iba á des-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

aparecer en el horizonte, sus últimos rayos lanzaban sobre el bosque vecino fuegos de un color rojo escarlata, que hacian brillar las ramas de los abetos y de las encinas, como si estuviesen guarnecidos de mil diamantes.

Antonio esperaba llegar antes de anochecer á la aldea mas cercana, situada mas allá del bosque; avanzaba, pues, con valor á pesar de la oscuridad que iba en aumento, y de la espesura de la maleza, sostenido por la esperanza de celebrar la fiesta del dia siguiente en esta aldea, cuyos habitantes, le habian dicho, eran ricos y hospitalarios. Pero apenas habria caminado un cuarto de hora, cuando perdió la senda, y se encontró en el paraje mas recóndito y enmarañado de aquel bosque sombrío y montuoso. A cada paso se hundia mas en una espesa capa de nieve, y más de una vez estuvo á punto de caer en los hoyos ó las barrancas, que no podia evitar sino con mucho trabajo. La noche le sorprendió en medio de estos embarazos; un viento glacial se levantó, y gruesas nubes se amontonaron encima del bosque, ocultando las pocas estrellas que brillaban todavía entre las ramas enlazadas de las viejas encinas: la oscuridad era entonces completa, y la nieve comenzaba á caer otra vez en gruesos copos.

El pobre niño no encontró ya señal ninguna de los senderos que la nieve habia enteramente cubierto: despues de haber vagado largo tiempo al acaso, no sabia ya hácia qué rumbo dirigir sus pasos. Agobiado de fatiga, transido de frío y tembloroso de todos sus miembros, arroja sobre la nieve su saco y su baston, se pone de rodillas despues de descubrirse la cabeza, y levantando sus manos trémulas al cielo, pronuncia la siguiente oracion, interrumpida á cada paso por sus sollozos:

"¡Oh padre mio! Vos que estais en el cielo, no me dejeis perecer de frío y de hambre, solo, en medio de la noche, en este bosque desierto. Oh, Dios mio, vos que quereis ser el tierno padre de todos los húerfanos, compadeceos de un pobre niño privado de sus parientes, y á quien no le queda otro protector que vos!... Vos no me dejaréis morir miserablemente en el momento mismo en que se celebra el aniversario de esa noche venturosa, en la cual Jesucristo, vuestro divino Hijo, vino al mundo para salvar á los hombres. ¡Escuchadme por amor de Él; y mientras en todas partes se regocijan con la memoria del nacimiento del Divino Niño, no permitais que yo perezca abandonado de todos en esta selva!"

No pudiendo ya decir mas se acostó sobre la nieve, apoyando la cabeza sobre su saco y derramando ardientes lágrimas; pero he ahí que de repente se oyen á distancia sonidos armoniosos y dulces como los de una harpa; un canto delicioso se eleva y viene á resonar en las rocas de los contornos. El pobre niño creyó escuchar el coro de los ángeles celebrando la gloria inmortal de Dios; al punto se levanta, pone el oido y junta sus manos. El viento se habia calmado y ningun soplo agitaba el aire; el canto resuena con un embeleso inesplicable en medio del profundo silencio de la noche. Antonio retiene su aliento para oir mejor, y escucha distintamente estas palabras:

"¡Descendientes de Adam! ya no más luto ni lágrimas: el "Hijo de Dios, se compadece de vuestras desgracias y des- "ciende del cielo para enjugar vuestras lágrimas y poner un "término á vuestros largos dolores. Tened todos confianza "en su bondad, ella calmará vuestro temor: Él hará cesar "vuestros males: la influencia celestial de su amor desen- "derá con la fé á vuestros corazones."

Los cantos habian cesado, solamente algunos sonidos dulces de la harpa resonaban todavía como un eco debilitado. Antonio, vivamente conmovido, esclamó: ¡Ah! he ahí lo que sentirian los pastores de Bethlehem en aquella noche santa en que oyeron los conciertos celestiales. Vamos, recobremos ánimo y tengamos confianza en Dios; sin duda hay aquí, muy cerca de mí, algunas gentes caritativas que se interesarán en mi suerte; si ellas tienen la dulce voz de los ángeles, deberán tener tambien algo de su bondad.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Reanimado por estos pensamientos, recogió su pequeño equipaje, y se encaminó animosamente hácia la colina de donde parecian venir los sonidos que habian penetrado tan deliciosamente en su alma. Apenas habia avanzado algunos pasos al traves de los zarzales, cuando percibió una viva claridad que desapareció casi al momento; despues brilló de nuevo para eclipsarse otra vez y reaparecer al fin mas brillante. Antonio se adelantó alegremente y no tardó en encontrarse en una casa aislada en medio del bosque. Acercóse á ella y llamó muchas veces, pero en vano. El oía bien las voces de varias personas que hablaban alegremente en la sala baja, pero nadie venia á abrirle: empujó entonces la puerta, que no estaba cerrada sino por un pestillo, penetró en la casa, y despues de haber andado algun tiempo á tientas en la oscuridad, encontró la puerta de la habitacion; la abrió suavemente y entró sin ser percibido. El espectáculo que se ofreció á sus ojos le sorprendió, y mientras mas le considerába mas sentia conmoverse su corazon: él quedó deslumbrado por la viva luz que despedian muchas bujías de cera encendidas; el pobre niño creía ver el cielo abierto delante de sí.

En un ángulo del aposento, entre dos ventanas, se hallaba un pequeño *Nacimiento* [1] que representaba un paisaje encantador, en el cual se reproducian en relieve, en menudas proporciones, pero con mucha viveza y propiedad, todas las bellezas de una naturaleza primaveral. Veíase una montaña pintoresca; rocas cubiertas de musgo, árboles, cabañitas y hasta rebaños que pacian cerca de sus pastores. En lo alto de la montaña se hallaba figurada una pequeña ciudad, y hácia el centro de todo el retablo se encontraba una gruta en la cual la Santa Vírgen, su piadoso esposo José y los pastores se hallaban representados adorando al divino Niño, que acababa de nacer. Encima de la gruta, se cernian grupos de ángeles llenos de gracia y regocijo. Todo este aparato resplandecia con el brillo de mil luces, que vistas á cierta distancia, parecian otras tantas estrellas; presentando el conjunto un golpe de vista encantador y maravilloso.

1 Adoptamos esta palabra, que es por la que se conoce entre nosotros el altar que se erige en la Noche Buena para representar la venida al mundo de Nuestro Salvador, en vez de la de *pesebre* (creché) con que se designa en Francia.

Los habitantes de la casa se hallaban reunidos en derredor de esa figura de Jesus en el pesebre. El padre estaba sentado, teniendo una harpa entre sus rodillas; á su lado, la madre sostenia en sus brazos al mas pequeño de sus hijos, y dos graciosos muchachos, uno de cada sexo, se hallaban de pié entre sus padres, mirando el bello paisaje con delicia y arrobamiento, á ejemplo de los pastores arrodillados delante del pesebre: estas inocentes criaturas elevaban sus manecitas hácia la imágen del Salvador. El padre se puso entonces á preludiar sobre su instrumento, su esposa continuó el piadoso cántico del que ya Antonio habia oido una parte, y los dos niños unieron sus voces á la de su madre. He aquí cuál era ese canto religioso:

" Salve ¡oh Cristo! tierno niño, cuyo poder es el asunto de
" los conciertos celestiales. Los acentos angélicos celebrando
" vuestro santo nacimiento hacen resonar los aires: ¡ah! repi-
" támoslos nosotros, unamos á ellos nuestras voces para can-
" tar la salvacion del mundo! ¿No veis cerca de la cuna esco-
" gida por el Mesías á los pastores y á los reyes?"

" Gracias á tí, vemos lucir, por fin, este dia venturoso, pro-
" metido á nuestros antepasados, que debe crear en nosotros
" un nuevo sér y abrirnos la senda de los cielos! Tu boca ¡oh
" niño hermoso! símbolo de inocencia, no se abre todavía si-
" no para dar paso á una adorable sonrisa; pero todo en tí,
" bajo esa humilde apariencia, todo parece decir á los gran-
" des como á los pequeños: No temais ya; celebrad con vues-
" tros cánticos de gozo este dia en que vuestros males han
" concluido: el Dios de Jacob, ha cumplido su promesa y os
" manda á su Hijo para salvaros. El Cordero de Dios, en su
" amor inmenso, ha tomado sobre sí vuestras penas, vuestros

"combates, vuestros trabajos, y viene á morir por vuestra li-
"bertad: ¿cómo corresponderéis á un amor tan generoso y tan
"grande?

"Exhausto de todo, transido de frío, un pobre niño pisa el
"umbral de vuestra puerta; tened piedad de sus penas y de
"su triste orfandad; que encuentre en vuestro hogar una
"benévola acogida. Si las gracias de vuestro Salvador os son
"queridas, si ha tocado vuestros corazones, amad, á su ejem-
"plo, amad á vuestros hermanos, porque no se sirve á Dios
"sino sirviendo á sus hijos!"

Antonio, entretanto, habia permanecido en pié y callado en el umbral de la puerta, teniendo en una mano el pestillo y en la otra su baston y su sombrero. Él no apartaba sus ojos del luciente altar y escuchaba inmóbil el canto y la música. Nadie se habia apercibido de su llegada; mas como habia dejado abierta la puerta, el frío penetraba en la estancia y la madre volviendo la cabeza vió entonces al jóven viajero.

"¡Gran Dios! esclamó llena de sorpresa, ¿cómo ha podido llegar hasta aquí este niño en medio de la noche y á traves de la selva? ¡Pobre muchacho! ¡tú te has estraviado sin duda?"

—¡Ah! sí; he perdido mi camino en medio del bosque, respondió Antonio."

Todos se dirigieron entonces hácia el recien llegado; los dos niños desde luego sintieron interes por él; pero su timidez les impedia acercársele, porque no le conocian. La madre, llevando siempre á su niña pequeña en los brazos, se acercó al jóven forastero y le dijo con un tono afectuoso:

"¿De dónde vienes, amiguito? ¿Cómo te llamas? ¿Quiénes son tus padres?

—¡Ay Dios mio! respondió Antonio con las lágrimas en los ojos; yo no tengo padres ni patria; mi nombre es Antonio Groner. Mi padre ha sido muerto en la guerra y mi madre dejó de existir en el Otoño último de pesar y de miseria. Yo soy enteramente estraño en el pais, y ando en el mundo como una oveja perdida."

En seguida contó la dolorosa situacion en que se habia visto en medio del bosque, y cómo el canto que habia oido, le habia guiado á la habitacion de la familia. Él habria querido añadir aún algunas palabras, pero la voz le faltó: tanto era el frío que habia esperimentado que lo sentia todavía más encontrándose en una pieza caliente; temblaban todos sus miembros y sus dientes chocaban violentamente.

"¡Pobre Antonio! esclamó la madre; tú tienes mucho frío, y hambre tambien sin duda; ademas, estás muy fatigado; siéntate, querido mio; deja tu maletilla y acércate al fuego. Yo voy á hacer que se te caliente un poco de sopa y los restos de nuestra cena."

Durante esto, los dos niños, Cristian y Catarina, llenos de compasion, desembarazaron á su pequeño húesped de su saco, de su baston y de su sombrero, y le condujeron á la mesa. La madre le trajo á pocos momentos con que calmase el hambre, y se sentó enfrente de él sonriendo de satisfaccion al ver el buen apetito del pobre caminante. Despues de esta frugal comida, los niños quisieron partir con su nuevo amigo, porque ya lo tenian por tal, sus regalos de Navidad; eran manzanas de un rojo brillante, peras amarillas como el oro, y soberbias nueces. A invitacion de la madre, Luisita, que apenas tenia un año de edad, le ofreció tambien la pequeña manzana que apenas podian contener sus manos.

La cena y el dulce calor que reinaba en la habitacion, hicieron que Antonio recobrase muy pronto toda su vivacidad y su buen humor natural.

"¿Pero qué es eso que teneis ahí tan lindo? esclamó Antonio, mostrando la brillante esposicion que no habia cesado de contemplar durante su cena; es ciertamente una primavera en medio del invierno; no he visto nunca cosa mas bonita: dejadme que lo vea mas de cerca;" y diciendo estas palabras se aproximó hácia el *Nacimiento*, seguido de sus dos amigos nuevos.

"¿No es verdad que es muy lindo? le dijo Catarina; pero ¿no sabes lo que representa?

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—Y mucho que lo sé: esto representa el nacimiento del Niño Jesus. ¡Oh, y qué Niño tan bello y gracioso! Su semblante tiene una tinta tan delicada como el color de las rosas y de las azucenas: ¡cuán lindos y brillantes son sus ojos, y cuán amable es su sonrisa!

—¡Ah! sí, replicó Catarina; pero no es éste el verdadero Niño Jesus. Jesus ya no es un niño; hace mucho tiempo que subió á los cielos.

—Demasiado lo sé; ¿me tomas tú acaso, por un pagano? Cerca de dos mil años han corrido desde la época en que estuvo reclinado en el pesebre. No se ha dispuesto todo este bello retablo sino para que nosotros, los demas niños, podamos considerar los sucesos que él recuerda. Esta ciudad que veo en lo alto de esa montaña, figura, segun me parece, la de Bethlehem?" Catarina respondió con un signo afirmativo.

"Ya ves, prosiguió Antonio, cómo lo sé todo? ¡Ah! no soy tan ignorante como piensas."

Los niños se echaron á reir, é hicieron notar al recienvenido una multitud de pormenores, que tenian para ellos mucho interes y cuya vista les causaba gran complacencia. Tales eran, por ejemplo, las ovejitas y los carnerillos con su lana blanca y rizada; los pastores tocando su caramillo, y la cabañita en la cual iban á tomar descanso: despues, la pequeña fuente, brotando de la roca como un hilo de plata, y yendo, despues de mil vueltas, á perderse en el lago sobre el cual nadaban dos cisnes de plumaje blanco como la nieve, y que se retrataban en las límpidas aguas.

"Mira á este pastorcito, decia uno de los niños, que baja la colina llevando una cesta de frutas sobre la cabeza.

—Y por aquí, decia el otro, ¿no ves á ese hombre que guia esos mulos cargados de costales?"

Así fué cómo estos amables niños pasaron la noche, comunicándose sus observaciones sobre todos los objetos que comprendia el altar de Navidad, desde el mas pequeño insecto pegado á las peñas, hasta los lucientes caracolillos esparcidos sobre las orillas del lago.

"Todo es muy lindo, sin duda, dijo al fin Antonio; pero lo que yo admiro más es la figura del Niño Jesus. En efecto, por el amor de este Divino Niño, cuya imágen tenemos delante, el Dios de bondad me ha salvado hoy de un peligro inminente; porque sin vuestro hermoso retablo, y sin las brillantes luces que lo rodean, y que han guiado mis pasos hasta aquí, yo no habria podido nunca encontrar esta casa y habria muerto miserablemente en medio del bosque."

CAPITULO II.

HISTORIA DE ANTONIO.

El dueño de la casa, en la cual habia sido Antonio tan caritativamente acogido, era un guardabosque. En tanto que los niños se entretenian con tanto placer en examinar todos los agradables objetos que contenia el *Nacimiento*, él estaba sentado en su sillon, en el rincon del fuego, y parecia sumergido en profundas reflexiones. Su mujer, teniendo siempre á su hijo mas pequeño en los brazos, se sentó á su lado y le dijo un instante despues:

"¿Por qué estás tan silencioso amigo mio? ¿En qué piensas?

—Pienso, le respondió el guardabosque, en los últimos versos del cántico que hemos entonado esta noche. Ofreciendo asilo, alimentos y el calor de nuestro hogar á este pobre niño perdido, has hecho lo que aquellos versos prescriben; pero reflexiono al mismo tiempo que aun podriamos hacer más. Mira tú; hoy es la víspera de Navidad, y nosotros ce-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

lebrando esta noche santa, en la cual el Niño Divino nació para nuestra salud, y la de todos los hombres, precisamente en ese momento nos envia Dios un niño pobre y desgraciado á quien podemos salvar á nuestro turno. El Hijo de Dios viniendo al mundo como un estranjero, sin tener donde posar su cabeza, parece haber querido esperimentar la hospitalidad de los demas hombres. Rehusando los habitantes de Bethlehem esta hospitalidad á la Santa Madre del Salvador relegándola á un establo, donde no encuentra mas compañía que la de dos animales, sucumbieron en esta prueba. ¿Rechazarémos nosotros á este pobre niño con la misma crueldad? Dímelo francamente, Isabel, ¿qué piensas de esto?

—Mi parecer es, el de que hariamos bien en recogerlo; porque el mismo Jesus nacido en esta noche, es el que decia mas tarde en su divino Evangelio: "Lo que hagais con el mas ínfimo de vosotros es lo mismo que si lo hicieseis conmigo mismo...." Y ademas, este muchacho me parece de un carácter dulce y honrado; tan jóven como es, conoce ya su religion; su lenguaje es puro y sencillo; y al implorar nuestra caridad, está muy lejos de mostrar esa impudencia tan comun en los mendigos de profesion.... Yo estoy segura de que pertenece á una buena familia. Si nuestra mesa alimenta hoy muy bien á cinco personas ¿por qué no habia de haber lugar en ella para una mas? Conservemos, pues, con nosotros á este pobre niño.

—¡Ah! tú eres siempre una escelente mujer, y me siento lleno de gozo al ver que tu corazon corresponde al mio. Al decir esto el guardabosque estrechaba afectuosamente la mano de su esposa. Dios nos bendecirá, añadió, y no dejará sin recompensa el bien que tú quieres hacer hoy. Pero antes de decidirnos del todo, interroguemos aún á este muchacho que se nos ha presentado, para asegurarnos si es digno de nuestro interes.—Antonio, ven acá, dijo en alta voz el guardabosque. Antonio vino y se detuvo delante de él, derecho como un soldado ante su gefe.

Óyeme, niño: tu padre era sin duda militar, puesto que murió en campaña: cuéntame, pues, todo lo que sepas acerca de tu familia. ¿Dónde estabas antes de la guerra? ¿dónde y cómo murió tu padre? ¿quién era tu madre y cómo has venido á este pais?"

Antonio comenzó su narracion en estos términos: "Mi padre..... los húsares cuando le hablaban le decian: "señor cuartelmaestre." Nuestro regimiento estaba de guarnicion en Glatz, en la Silesia.

Mi madre era una costurera muy hábil, y con esta ocupacion ganaba mucho dinero. Ella me hacia ir todos los dias á la Escuela, á la Doctrina y á la casa de maestros particulares; yo, por mi parte, la obedecia siempre y tenia gusto en aprender..... ¡Ah! en ese tiempo éramos todos muy dichosos!.... Pero he ahí que un dia, entra mi padre precipitadamente en casa y nos dice: "La guerra está declarada; nuestro regimiento se pone en marcha mañana." Era mi padre un hombre valiente, y así la noticia le llenaba de alegría y entusiasmo; mas mi madre, por el contrario, le asustó sobremanera y se puso á llorar amargamente. Ella no queria dejar que mi padre partiese solo; esta separacion le parecia muy dolorosa; así es que despues de muchas instancias obtuvimos el permiso de acompañarle. El regimiento se puso en marcha y nosotros anduvimos lejos.... muy lejos.... El enemigo, por su parte, tambien se acercaba á nosotros. Un dia el regimiento á que pertenecia mi padre, recibió la órden de avanzar; mi madre y yo nos quedamos con los bagajes. El cañon tronaba horriblemente y á cada tiro que retumbaba, mi madre lloraba y me abrazaba diciendo: "¡Ah! ¡quizá esta bala habrá herido á tu padre!" Durante toda la batalla no cesamos de llorar y rezar. Sin embargo, papá volvió felizmente y sin haber recibido ninguna herida. Muchas veces sucedió así; pero ¡ay, señor! un dia, á consecuencia de un combate muy encarnizado, un húsar llegó á la aldea en que nos hallábamos y nos trajo la noticia de que mi padre, cuyo caba-

llo conducia, estaba herido peligrosamente. Añadió que si queriamos verle aún, le encontrariamos en un paraje, que él nos indicó, á media legua de la aldea. Al punto nos dirigimos allí y encontramos á mi pobre padre recostado al pié de un árbol. Un soldado viejo, de rodillas junto á él, sostenia su cabeza y otros dos húsares le prodigaban tambien sus cuidados; pero ¡ah! mi padre habia recibido un balazo en el pecho, y su semblante estaba ya tan pálido como el de un moribundo. Conociónos, sin embargo, y notamos desde luego que queria decirnos algo, pero no tenia fuerzas. Sus ojos apagados se fijaron sobre mí y sobre mi madre y despues se volvieron hácia el cielo.... Estrechónos las manos por la última vez y pasados algunos momentos espiró. Mi madre y yo nos derretiamos en lágrimas." Aquí se le embargó á Antonio la voz, y deteniéndose levantó el brazo y engujó con la manga de su chaqueta las lágrimas que salian de sus ojos. Los que le oian, inclusos los niños, participaron de su enternecimiento. Recobrándose un tanto el muchacho continuó de este modo:

"En el dia siguiente de esta desgracia, se dió sepultura á mi padre en el cementerio cercano; muchos oficiales y soldados acompañaban el fúnebre convoy. El sonido de las cornetas me parecia tan lúgubre y estraño que creo oirlo todavía. Los soldados tributaron á mi padre los últimos honores, disparando sus fusiles sobre su fosa. Este postrer homenaje produjo tal impresion en mi pobre madre y en mí, que parecia que sobre nosotros se dirigian aquellos disparos. Llenamos el aire con nuestros gemidos, y muchos oficiales y soldados dejaban correr sus lágrimas al volver de aquella triste ceremonia; porque mi padre era generalmente querido en el regimiento en que servia, por su valor y por su carácter.

Algunos dias despues de esta desgracia, mi madre se puso en camino conmigo para volver á su pais natal; y aunque no contábamos en él con ningunos parientes que pudiesen favorecernos, ella esperaba procurarse trabajo con algunas personas de su conocimiento. Pero apenas hubimos hecho algunas jornadas, cuando mi madre cayó enferma en la mitad del camino, y solo con gran esfuerzo y trabajo pudimos llegar á una pequeña aldea. Despues de haber pedido asilo en muchas casas, nos vimos obligados á refugiarnos en una pequeña granja.

"Es mucha desgracia, decia mi madre, acostándose sobre un monton de paja, no tener cuando uno está enfermo sino tan miserable morada; pero acordémonos de que la Santa Vírgen, rechazada, lo mismo que nosotros, de todas las casas de Bethlehem, se vió tambien obligada, cuando el nacimiento de Nuestro Señor Jesucristo, á buscar un refugio en un establo."

Entretanto, mi madre sintiendo que se agravaba de hora en hora, hizo llamar al cura del pueblo mas cercano, se confesó, oró con él, recibió los últimos sacramentos y se preparó á morir como cristiana. Al anochecer, la aldeana á quien pertenecia la granja donde nos encontramos, vino á vernos y nos dijo: "Veo que estais muy mal y es necesario que yo haga algo en vuestro servicio." Sin añadir mas salió, volviendo á poco con un viejo farol de cuadra, en el que ardia una pequeña lámpara, y colgándola de una viga, nos dejó, dándonos las buenas noches sin inquietarse mas de nosotros.

Yo quedé solo con mi madre, sentado á su lado sobre la paja y llorando amargamente. Tanto como era posible distinguir á la débil y vacilante luz que nos alumbraba, observé que sus facciones se iban alterando mas y mas. Muchas veces arrojaba profundos suspiros á los que yo respondia con mis lágrimas que corrian con mas abundancia. Ella me tendió la mano y me dijo con voz balbuciente: "No te aflijas tanto, querido Antonio, sé siempre bueno y honrado; encomiéndate á Dios, á quien debes tener presente á todas horas; no cometas nunca ningun mal y así te asegurarás su santa proteccion: Él no te abandonará, y cuidará de darte otro padre y otra madre." Así habló mi madre; pero ¡ay Dios mio! añadió Antonio, en tanto que ardientes lágrimas bañaban sus

mejillas, jamas ¡oh, no! jamas volveré á encontrar otra madre como ella!

En fin, continuó despues de un rato de silencio, mi madre dirigió una mirada tierna y prolongada hácia el cielo; oró algunos momentos, y bendiciéndome con sus manos desfallecidas murió!... Yo no pude hacer otra cosa mas que llorar....

El aldeano y su mujer habian prometido á mi madre tenerme en su casa y tratarme como si fuese su hijo. Ellos se apoderaron desde luego de lo poco que ella poseia; es decir, de sus vestidos y de un poco de dinero que nos habia quedado; pero quince dias despues me arrojaron de la granja, diciéndome que ya yo les costaba tres veces mas de lo que valia lo que mi pobre madre habia dejado.

Yo partí, pues, con la resolucion de volver á Glatz, donde nuestro regimiento habia estado de guarnicion, y donde, por lo mismo, esperaba encontrar á mis camaradas de escuela. Pero los habitantes del pais no sabian indicarme el camino que era necesario seguir para volver á la Silesia. Héme aquí, pues, vagando de comarca en comarca y pidiendo limosna para no morir de hambre; porque ¿qué habia de hacer?...."

Conmovida vivamente la mujer del guardabosque con esta sencilla y tierna relacion, dijo á sus hijos con las lágrimas en los ojos: "He aquí, queridos mios, cuál podria ser vuestra suerte si tuvieseis la desgracia de perder á vuestros padres como este pobre niño. ¡Ah! rogad á Dios todos los dias porque su bondad os los conserve!

—Veo, mi querido Antonio, dijo á su turno el guardabosque, que tus padres eran muy buenas gentes..... Pero, dime, ¿no tienes absolutamente ningun papel, ningun certificado?....

—¡Oh, sí! respondió Antonio sacando una carterilla de su balija. Mi madre, en sus últimos momentos, me entregó estos papeles, recomendándome los guardase con mucho cuidado y no me desprendiese nunca de ellos; pero á vos sí puedo enseñároslos."

Era en copia autorizada el acto en toda forma del matrimonio de sus padres, la fé de bautismo suya y el certificado de defuncion de su padre. A este último documento, estendido por el capellan del regimiento, se unia otro certificado del coronel, en el cual se tributaba un testimonio muy honroso del valor y de la buena conducta del difunto, así como de las costumbres irreprensibles de su viuda.

"Todo esto está muy bien, dijo el guardabosque satisfecho, despues de haber revisado los papeles; pero dime, amigo mio, ¿te agradaria vivir con nosotros?

—Ciertamente, respondió Antonio con trasporte; ¡ah! creeria haber encontrado de nuevo á mis padres!

—Conque consentirias en quedarte.... ¿eh?

—¡Oh! mejor que cualquiera otra cosa; porque esta buena señora que me ha dado de cenar, me parece tan buena y tan complaciente como mamá; y vos me pareceis tambien tan bueno como papá, y aun llevais bigotes como él."

El guardabosque soltó una carcajada.

"Bien, muchacho, bien, tú te quedarás en casa; serás tambien de nuestra familia. Yo quiero hacer contigo las veces de padre, y mi mujer, por su parte, te tratará como una verdadera madre; conque ¿te parece....? Por lo que á tí respecta, espero que serás con nosotros un buen hijo, un hombre de bien; y que amarás á tu nuevo hermano lo mismo que á tus dos hermanas. Vamos; convenido, Antoñito, desde este momento te adopto por hijo mio."

Conmovido hasta lo sumo el hijo del veterano, permanecia inmóbil, mudo, mirando con grandes ojos al guardabosque como para asegurarse de si aquella proposicion se le hacia formalmente. Despues de la muerte de su madre, habia, en lugar de sus tiernas caricias, recibido crueles desprecios, y acostumbrado á verse tratado con tanta dureza, tenia trabajo en creer que hubiese en el mundo quien tomase por él tan tierno interes.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—¡Y bien! añadió el guardabosque tendiéndole la mano, sin comprender la causa de su silencio: ¿estás decidido?

Antonio se puso entonces á llorar; asió la mano de su nuevo padre y la besó con respeto lo mismo que la de Isabel, y abrazó á los niños como lo hubiese hecho el mas tierno de los hermanos.

Todos se mostraron muy satisfechos de esta disposicion que hizo estallar la alegría mas viva en la familia infantil. Catarina y Cristian especialmente, estaban muy gozosos de que Antonio se quedase con ellos y tener de este modo un compañero de sus juegos.

Pasadas estas dulces espansiones, el guardabosque, llamando á Antonio á solas, le dijo con un aire grave: "Puesto que vas á formar parte de nuestra familia, escucha con atencion lo que voy á decirte y grábalo en tu memoria para que no lo olvides nunca. Ya ves, amigo mio, con qué paternal solicitud ha querido Dios velar sobre tí. La bendicion de tus padres cubre tu cabeza. El Señor ha escuchado la súplica de tu madre moribunda, y la que tú le has dirigido en medio del bosque; su bondad infinita es la que ha guiado tus pasos hácia esta casa, para que en ella encontrases abrigo y hospitalidad. Si no hubieses oido nuestros cánticos, si no hubieses percibido de lejos las luces de nuestro altar de Navidad, te habrias dormido sobre la nieve y mañana se te habria encontrado muerto y helado en la selva. El momento mas oportuno es el que Dios ha escogido para salvarte, pues que durante la noche santa que aseguró la salvacion del mundo, y el momento en que nuestros corazones se hallaban penetrados de amor y reconocimiento, ha sido el escogido para conducirte á esta casa aislada, que no habrias podido encontrar ni en la mitad del dia. El asilo que has obtenido lo debes á Dios y á su divino Hijo, á ese Hijo muy querido que, por tí tambien nació y se hizo hombre hace ya cerca de dos mil años, y que murió despues en medio de los mas crueles dolores para asegurar la salvacion del mundo. Reconóce, pues, todos estos beneficios y conserva toda tu vida la memoria de la Noche de Navidad. Que Dios y tu Redentor estén siempre presentes á tu pensamiento; sé buen cristiano y serás dichoso."

Derramando lágrimas de ternura prometió Antonio seguir estos sabios consejos. "¡Oh buen Dios! esclamó levantando sus ojos al cielo y juntando sus manos en humilde actitud; vos habeis oido la postrera súplica de mi madre, y me habeis dado una segunda familia. Yo quiero tambien cumplir sus últimos votos; quiero observar fielmente vuestros santos mandamientos y quiero, sobre todo, honrar á mis nuevos padres, amarlos y obedecerlos.

—¡Bien! hijo mio, ¡bien! dijo el guardabosque abrazando á Antonio; sé fiel á tu promesa y cuenta con seguridad con la recompensa."

La mujer del guardabosque dió en este momento la señal de retirarse á descansar. Ella misma condujo á Antonio á un lindo cuartito, donde le habia preparado una buena cama; y todos los de la familia, despues de haber hecho su oracion de costumbre, se fueron á acostar con el corazon gozoso y satisfecho.

El dia siguiente muy de mañana se reunieron los niños de nuevo en derredor de la representacion de Jesus en el pesebre, la que durante el dia de la fiesta y los siguientes, suministró amplia materia á sus reflexiones y á sus inocentes entretenimientos. Pero estas gratas é íntimas satisfacciones de familia, vinieron á turbarse con la llegada de cierto M. de Schilt, jóven propietario de las cercanías, muy amante á la caza y que para procurarse este placer venia de tiempo en tiempo á visitar al guardabosque. Este jóven disipado, desnudo de religion y de moralidad, se permitió algunas chanzas indecentes sobre la representacion del nacimiento del divino Niño, tratando de supersticiosa esta costumbre y añadiendo que no concebia la utilidad que podia tener la esposicion de tales objetos á la vista de los niños.

"¡Qué útilidad! esclamó disgustado el guardabosque, con

su franqueza ordinaria; mirad por la ventana, jóven caballero; ¿veis? toda la naturaleza está todavía sepultada bajo su profunda capa de nieve, como bajo un sudario; nada de flores, de frutas ni verdura. Los pobres niños están encerrados aquí como prisioneros, y no pueden dar un solo paso fuera de la casa. ¿Qué harian si sus buenos padres no tuviesen cuidado de crearles, en medio de una pieza bien caliente, una primavera facticia? Este paisaje en miniatura, con sus verdes bosques, con sus praderas esmaltadas de flores, sus ganados y sus pastores, forma casi el único entretenimiento que podemos proporcionar durante el invierno á nuestros hijos. Ademas, no es esta la única razon que me ha empeñado á construir este pequeño retablo; he aquí cuál ha sido mi objeto principal. Nosotros somos cristianos, señor, ya lo veis; gustamos de las fiestas de nuestra religion, porque ellas nos recuerdan el poder y la bondad infinita de Dios. La de Navidad sobre todo es, hablando propiamente, la fiesta de los niños, porque siendo el nacimiento del Niño Jesus un acontecimiento análogo á su edad, dispone mas particularmente sus jóvenes corazones al amor del Salvador divino. Nosotros, que ya somos viejos y que sentimos vivamente la grande importancia de este dia, en que para la salvacion del mundo Dios se nos ha manifestado bajo una forma humana, queremos participar de nuestra alegría á nuestros hijos, esponiendo á su vista este divino milagro. Vos mirais estas prácticas como supersticiones; y no recordais que nuestra Historia Sagrada, de que hablais con tanta ligereza, ha inspirado, sin embargo, el genio á nuestros mas grandes artistas, á quienes no reprocharéis ciertamente el tener una inteligencia mezquina. Todavía hoy, despues de muchos siglos, sus grandes obras causan la admiracion de todos los espíritus ilustrados y escitan en nuestras almas las mas dulces emociones. Yo mismo recuerdo siempre el vivo placer que he esperimentado en Dresde, contemplando en la galería del museo el admirable cuadro que representa el nacimiento del Hijo de Dios, conocido con

el nombre de la *Santa Noche*. Muy lejos estoy de querer comparar mi retablo con esos magníficos productos de las artes, que por otra parte se han hecho solamente para los grandes señores; pero estoy seguro de que mis hijos no cambiarian su *Nacimiento* con los mas preciosos cuadros de la galería de Dresde.

"Dejad, pues, mi querido Sr. Schilt, á nuestras gentes sencillas, el placer de conservar las antiguas costumbres y los usos de nuestros padres. Yo me acuerdo aún, que en los primeros años de mi juventud, el altar de Navidad era cada año uno de mis mayores placeres y que esta interesante esposicion no carecia de frutos para mí. ¡Qué ella sea tambien para mis hijos un manantial de gozos y de bendiciones!"

CAPITULO III.

LA FAMILIA DEL GUARDABOSQUE.

El padre de familia que habia adoptado tan generosamente al pobre huérfano Antonio, era un honrado y escelente hombre, muy estimado en el pais por su conducta irreprochable y cristiana. Hacia muchos años que habia reemplazado á su padre en las funciones de guardabosque, llenando este encargo con la mas escrupulosa integridad. Benévolo con todo el mundo mostraba en todas circunstancias la mas completa consagracion á los intereses de su príncipe. Era un hombre á la antigua, celoso en conservar las costumbres y los usos de sus antepasados. Jamas salia de su casa sin ha-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ber comenzado el dia por una oracion, hecha en comun con su mujer y sus hijos; ni en la noche se entregaba al descanso, sino despues de haber santificado de la misma manera sus trabajos. "¿Cómo, decia con frecuencia, no hemos de comenzar y terminar todos los dias, los actos de nuestra vida sino elevando nuestra alma hácia ese Dios lleno de bondad que cada dia nos alimenta, conserva nuestra existencia y nos colma de beneficios?" Es ciertamente un espectáculo tierno y que debe complacer aun á los ojos de los ángeles, el de un padre y de una madre rodeados de sus hijos, prosternados ante Dios, y que todos juntos elevan sus manos y sus corazones hácia el trono del Todopoderoso. Cuando las miradas del Padre Eterno caen sobre una familia tan piadosa, no puede menos de derramar sobre ella todo el tesoro de sus gracias.

Del mismo modo, con estos piadosos pensamientos y en medio del mas profundo recogimiento, toda la familia pronunciaba sus oraciones antes y despues de la comida. Un dia el guardabosque entró con M. de Schilt, en el momento en que iban á ponerse á la mesa. Él invitó al cazador á participar de la comida frugal que Isabel habia preparado: M. de Schilt aceptó y tomó lugar sin haber orado como los demas; pero el guardabosque, que no sabia ocultar sus pensamientos, le dijo con un aire muy serio: "¡Cómo, señor! vais á comenzar vuestra comida sin haber tributado vuestro reconocimiento al Dios que ha provisto á vuestra existencia? Así es como obran los jabalíes de la selva; engullen las bellotas sin pensar en El que se las envia." El jóven quiso hacer algunas objeciones, pretendiendo que la costumbre de orar antes y despues de la comida, era muy ridícula y enteramente inútil.

"Estais en un grande error, replicó el guardabosque con energía; todo lo que sirve para mejorarnos es muy útil y muy importante. La piedad es muy necesaria para todo; ademas de las gracias de esta vida presente, nos asegura las de la vida eterna; pero nunca se ha visto que el olvido de Dios produzca buenos frutos; por el contrario, de esto no pueden

resultar sino muchos males. Si quereis comer en nuestra compañía, haced tambien oracion con nosotros, como conviene á un cristiano y á un hombre juicioso. Nosotros no gustamos de tratar con gentes que obran lo mismo que los paganos. Sin embargo, añadió con mas calma, vos habréis hablado, sin duda, sin reflexionar; habiendo visto á las gentes del gran mundo ponerse á la mesa sin hacer oracion, habréis pensado que esto era de buen tono y habréis querido imitarlas para daros un aire mas distinguido. ¡Bella distincion, por cierto, la que repudia el sentimiento de la gratitud y destierra el amor de Dios del corazon de sus hijos!"

El jóven, confundido con estas razones, se puso en pié y oró aunque sin recogimiento.

El honrado guardabosque no se encontraba nunca bien, sino cuando se veia rodeado de su familia. "¿Para qué, decia, buscar distracciones en la calle estando tan contento en mi casa?" Así, pues, al volver á ella por la noche, se sentaba en medio de sus hijos y se ponia á referirles historias agradables é instructivas, cuyo objeto era siempre inculcar en sus tiernos corazones el amor de la religion y de la virtud. Otras veces tomaba su harpa y acompañaba á su mujer, que tenia muy hermosa voz, algunas sencillas y dulces canciones; aun los mismos niños aprendian estas canciones y así pasaban todos agradablemente las largas noches de invierno, en el seno de la paz y de la dicha doméstica.

Los niños asistian á la escuela de la aldea de Echental, su parroquia. Cristian y Catarina volvieron á concurrir á ella diariamente, luego que hubieron pasado las fiestas y que los caminos estaban ya transitables. Antonio los acompañaba. Muy pronto este último aventajó á todos sus condiscípulos: su aptitud y aplicacion eran verdaderamente prodigiosas. En la noche, cuando el guardabosque, de vuelta de sus correrías se sentaba en su poltrona, llamaba en derredor suyo á todos sus hijos, examinaba sus planas y hacia que le diesen cuenta de lo que habian aprendido aquel dia. Antonio era siem-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

pre el que manifestaba en sus respuestas mas memoria é inteligencia y el que mostraba mas correccion y belleza en su escritura. Su habilidad en el arte de la lectura llegó á ser tan grande, leía con tanta naturalidad, que sin el libro abierto ante sus ojos, se habria dicho que hacia una narracion cogida en la memoria.

El domingo era siempre para los niños el mas bello dia de la semana: nunca el guardabosque se habia permitido el menor trabajo en los dias consagrados al descanso y á la oracion; y los niños los pasaban cerca de su buen padre. "Yo me ocupo sin interrupcion en el servicio de mi príncipe durante los seis dias de la semana, decia él; pero el domingo está consagrado al servicio de un Señor mas augusto y mas alto. Es necesario asimismo que mis leñadores y yo tengamos algunos momentos de reposo."

Cada domingo, pues, el padre, la madre y los hijos se dirigian juntos á la iglesia de Echental para asistir á la misa. Este era uno de los mas grandes placeres de los muchachos especialmente en la estacion de la primavera. El camino atravesaba por frondosas colinas, estrechos valles, circundados de rocas cubiertas de floridos matorrales y de árboles de alto follaje. "¡Ah Dios mio! esclamaba entonces Antonio; que bello está el bosque! qué encantadora es la verdura de los árboles, cómo suaviza el ardor de los rayos del sol levante! ¡Oh! sí, el bosque se ofrece á mis ojos mas hermoso el domingo que en los demas dias; me parece que las hojas tienen un verde mas brillante; que el canto de los pájaros sobre las ramas es mas melodioso en medio de este silencio solemne que reina por todas partes. Esta calma que no turba ni el golpe de la hacha del leñador, ni el chirrido de las ruedas del carro de labranza, ni el trueno de la escopeta del cazador, deja oir distintamente el sonido religioso de la campana de la aldea que resuena en la distancia; todo es aquí tranquilo y solemne como en la casa de Dios.

"Así es, hijo mio, añadia el padre; el bosque tiene un aspecto imponente y religioso; se creeria estar bajo las bóvedas de una basílica elevada á la gloria del Señor, donde todo nos anuncia su grandeza y su amor. Dios es quien dispone estos árboles en forma de columnas y compone de sus ramas reunidas un dosel majestuoso. Todo aquí, desde la encina secular cubierta de musgo, hasta la humilde yerbecilla que crece bajo de nuestros piés, rinde testimonio del poder y de la bondad del Criador. El universo entero hasta la bóveda del firmamento, es un vasto templo elevado á su grandeza infinita y á su gloria inmensa. Pero nuestra admiracion por las bellezas de la naturaleza no nos dispensa de rendir otro culto al Criador. En nuestras iglesias es donde nos hace conocer particularmente los decretos de su santa voluntad. A este fin el Hijo de Dios nos enseñó y ordenó la predicacion instituyendo el sacerdocio. En las iglesias de toda la cristiandad, los ministros del altar enseñan hoy á millones de fieles la palabra de salud, hacen resplandecer la verdad eterna y nos instruyen en nuestros deberes. Procurad, hijos mios, escuchar con toda la atencion de que sois capaces las doctrinas del predicador, guardadlas como cosa preciosa en vuestros corazones, y aprovechaos de ellas para haceros cada dia mejores.

Tales eran las pláticas que el buen guardabosques mantenia con sus hijos durante el camino de su casa á la iglesia, y al volver de ésta, les hablaba del sermon que habian oido, disputándose todos en repetirle todo lo que habian retenido en su memoria.

Despues de la comida, cuando la estacion lo permitia, la madre era la que conducia á sus hijos al catecismo y á las vísperas: entretanto, el padre preparaba una merienda frugal, y si el tiempo estaba bueno, su esposa ponia la mesa bajo un gran tilo rodeado de bancos, que se hallaba muy cerca de la casa. Terminada la comida, su marido traia el harpa, que como hemos dicho, tocaba con mucho arte, y los pájaros de todos los árboles cercanos, desde sus ramas, venian á unir

sus conciertos á los cánticos de los felices habitantes de la selva.

De todos, el que mas gozaba de esta inocente dicha, era Antonio que sabia comprender cuán precioso era el favor que le habia dispensado el cielo proporcionándole el abrigo de esta buena y honrada familia, en el seno de la cual reinaban la union y la justicia, el órden y el amor al trabajo, la piedad verdadera y una dulce é imperturbable serenidad. A medida que adelantaba en edad agradecia mas vivamente á la Providencia que le hubiese abierto un asilo tan respetable. Así, pues, mostrábase siempre muy reconocido y lleno de celo y de atenciones hácia sus padres adoptivos. Cuando al caer la tarde el guardabosque volvia de su correría en la selva, Antonio se apresuraba á ir á su encuentro para desembarazarlo del fusil; y era él, ademas, quien le llevaba sus pantuflas y su capote gris. Si la buena Isabel estaba ocupada en las faenas de la cocina, él iba por sí mismo al bosque á traer el agua de que podria tener necesidad; y en una palabra, empleaba la mas constante solicitud para servirla y prevenir sus menores deseos.

Muy pronto supo hacerse verdaderamente útil á su padre adoptivo. El guardabosque se veia frecuentemente obligado á trazar los planos de los bosques confiados á su vigilancia y cuidados. Antonio coloreaba estos planos y escribia con bellos caracteres el nombre de cada parte del bosque que en ellos se representaba, designando por aumento la especie de árboles ó de plantas que contenia el plano. A poco tiempo, se puso Antonio en estado de levantar él mismo estos planos, y á favor del rápido desarrollo de su inteligencia, supo añadir adornos de tan buen gusto y tan bien ejecutados, que el guardabosque no podia menos de admirarlos. Él dibujaba, por ejemplo, una encina de la cual se veia colgado un escudo que contenia el nombre del bosque, y á su lado se veia un jabalí buscando bellotas. Otras veces la indicacion de los terrenos se encontraba grabada sobre una roca coronada de

abetos, al pié de la cual se veia recostado un ciervo. Alentado con estos sucesos demostró muy pronto una verdadera pasion por el dibujo. Todos sus momentos de ocio los empleaba en diseñar con el lápiz paisajes ó animales, y siempre que le venia á las manos una hoja de papel limpio ó la página de una carta en blanco, trazaba al punto ya un pájaro, ya una flor, ó una rama de árbol. Imposible le era estar un momento sin hacer algo. El guardabosque y su mujer estaban cada dia mas contentos del buen Antonio, á quien querian como si fuese su hijo, y los demas niños, estimulados por el ejemplo de su hermano adoptivo, se hacian mas y mas sumisos y amables para con sus padres.

CAPITULO IV.

EL ARTISTA.

Un dia el guardabosque encargó á Antonio fuese á llevar algunos perdices al castillo de Felseck. Era una casa de recreo del príncipe, y el intendente que habia recibido visitas de la ciudad, deseaba tener aves de caza para ofrecerles una buena mesa. En el camino Antonio se encontró cerca de una cascada que se precipitaba, blanca como la nieve, de lo alto de unas rocas y caia espumante al pié de dos sombríos abetos. No lejos de allí vió asimismo á un estranjero que se ocupaba en dibujar este paisaje pintoresco. Antonio se acercó poco á poco y sin hacer ruido, miró el diseño por encima del hombro del dibujante y no pudo menos de esclamar: "¡Oh! ¡qué bello! ¡esto sí es saber pintar!"

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

sus conciertos á los cánticos de los felices habitantes de la selva.

De todos, el que mas gozaba de esta inocente dicha, era Antonio que sabia comprender cuán precioso era el favor que le habia dispensado el cielo proporcionándole el abrigo de esta buena y honrada familia, en el seno de la cual reinaban la union y la justicia, el órden y el amor al trabajo, la piedad verdadera y una dulce é imperturbable serenidad. A medida que adelantaba en edad agradecia mas vivamente á la Providencia que le hubiese abierto un asilo tan respetable. Así, pues, mostrábase siempre muy reconocido y lleno de celo y de atenciones hácia sus padres adoptivos. Cuando al caer la tarde el guardabosque volvia de su correría en la selva, Antonio se apresuraba á ir á su encuentro para desembarazarlo del fusil; y era él, ademas, quien le llevaba sus pantuflas y su capote gris. Si la buena Isabel estaba ocupada en las faenas de la cocina, él iba por sí mismo al bosque á traer el agua de que podria tener necesidad; y en una palabra, empleaba la mas constante solicitud para servirla y prevenir sus menores deseos.

Muy pronto supo hacerse verdaderamente útil á su padre adoptivo. El guardabosque se veia frecuentemente obligado á trazar los planos de los bosques confiados á su vigilancia y cuidados. Antonio coloreaba estos planos y escribia con bellos caracteres el nombre de cada parte del bosque que en ellos se representaba, designando por aumento la especie de árboles ó de plantas que contenia el plano. A poco tiempo, se puso Antonio en estado de levantar él mismo estos planos, y á favor del rápido desarrollo de su inteligencia, supo añadir adornos de tan buen gusto y tan bien ejecutados, que el guardabosque no podia menos de admirarlos. Él dibujaba, por ejemplo, una encina de la cual se veia colgado un escudo que contenia el nombre del bosque, y á su lado se veia un jabalí buscando bellotas. Otras veces la indicacion de los terrenos se encontraba grabada sobre una roca coronada de

abetos, al pié de la cual se veia recostado un ciervo. Alentado con estos sucesos demostró muy pronto una verdadera pasion por el dibujo. Todos sus momentos de ocio los empleaba en diseñar con el lápiz paisajes ó animales, y siempre que le venia á las manos una hoja de papel limpio ó la página de una carta en blanco, trazaba al punto ya un pájaro, ya una flor, ó una rama de árbol. Imposible le era estar un momento sin hacer algo. El guardabosque y su mujer estaban cada dia mas contentos del buen Antonio, á quien querian como si fuese su hijo, y los demas niños, estimulados por el ejemplo de su hermano adoptivo, se hacian mas y mas sumisos y amables para con sus padres.

CAPITULO IV.

EL ARTISTA.

Un dia el guardabosque encargó á Antonio fuese á llevar algunos perdices al castillo de Felseck. Era una casa de recreo del príncipe, y el intendente que habia recibido visitas de la ciudad, deseaba tener aves de caza para ofrecerles una buena mesa. En el camino Antonio se encontró cerca de una cascada que se precipitaba, blanca como la nieve, de lo alto de unas rocas y caia espumante al pié de dos sombríos abetos. No lejos de allí vió asimismo á un estranjero que se ocupaba en dibujar este paisaje pintoresco. Antonio se acercó poco á poco y sin hacer ruido, miró el diseño por encima del hombro del dibujante y no pudo menos de esclamar: "¡Oh! ¡qué bello! ¡esto sí es saber pintar!"

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

En seguida solicitó y obtuvo el permiso de ver mas de cerca el paisaje que le habia sorprendido tanto. "Me parece, dijo examinándolo, que tengo un espejo en el cual se reflejan en miniatura la cascada, la roca y los árboles. ¡Cómo salta esta agua tan clara y tan trasparente, y qué efecto tan bello hace esta espuma blanquísima entre las guijas negras, y los peñascos cubiertos de este musgo de un verde tan suave! ¡Ah! ¡con qué verdad se reproduce todo! se creeria que va uno á tocarlo. ¡Y estos abetos que se elevan tan majestuosamente! ¡Ah!.... he ahí un ciervo que viene á beber el agua del arroyo: qué actitud tiene tan natural; cómo se mantiene sobre sus delgadas piernas! viéndole se adivina que su carrera debe ser rápida. Los ciervos que yo dibujo tienen el aire de estar estropeados, yo no sé darles la vida que parece animar á éste."

Estos elogios ingenuos del jóven, y mas todavía su entusiasmo por la pintura, hicieron una viva impresion en el ánimo del estranjero, quien dijo á aquel sonriendo: "Por lo que oigo, parece que tú eres tambien un pequeño pintor?

—¡Ah! respondió Antonio, hasta hoy yo me creia no un pequeño sino un grande pintor; pero ahora veo que no sé nada.

—Quisiera de buena gana ver tus dibujos, replicó el artista; yo te haré una visita uno de estos dias y me los mostrarás. ¿Quiénes son tus padres? ¿dónde vives?

—Yo no soy mas que un pobre huérfano, pero M. Grunewald, el guardabosque, me ha adoptado.

—Sin duda eres su pariente, un sobrino tal vez.... ó un primo....

—¡Oh, no, Dios mio! cuando llegué á su casa era enteramente estraño, pero este digno hombre y su mujer me han recogido generosamente y me tratan como si fuese uno de sus hijos.

—Esta accion benéfica los honra mucho; pero ¿cómo ha sucedido esto? Cuéntamelo todo."

Antonio hizo al punto la narracion de su vida entera; el estranjero la escuchó con interes, y cuando el muchacho hubo concluido, dijo: "Este guardabosque y su mujer deben ser muy buenas gentes; salúdalos de mi parte, y prevenles que mañana iré á verlos para darles las gracias en nombre de la humanidad por lo que han hecho contigo."

El estranjero á quien Antonio habia encontrado en el bosque, se llamaba Riedlenger, y era un pintor distinguido que habia llegado hacia varios dias al castillo de Felsek para restaurar muchos cuadros antiguos que el príncipe tenia en grande estima. El artista aprovechó la ocasion para hacer algunas escursiones por las montañas y dibujar algunos de los bellos puntos de vista que eran tan comunes en aquella comarca. El dia siguiente, como lo habia ofrecido, fué á visitar al guardabosque, al cual halló muy de su gusto, ligándose luego estas dos personas con la mas franca y cordial amistad. El pintor quiso ver desde luego los dibujos de su jóven amigo, que la madre no cesaba de elogiar; pero Antonio, tímido y cortado, decia: "Dispensadme, señor, por favor; ya veréis que no valen nada." Insistió M. Riedlenger y Antonio trajo sus trabajos. El artista los examinó con atencion uno por uno y sonriéndose mas de una vez; pero al fin convino en que á pesar de sus muchos defectos eran mejores de lo que él podia esperar; pareciéndole, sobre todo admirables, al saber que el autor no habia recibido nunca las mas ligeras nociones de dibujo.

"En verdad, dijo, este niño tiene disposiciones notables; hay en él el gérmen de un pintor de primer órden. M. Grunewald, confiádmelo que yo lo formaré á mi gusto, y estad seguro de que á los dos nos resultará de ello grande satisfaccion.

—Está dicho, contestó el guardabosque tomando la mano del pintor en muestra de asentimiento; así como así, hace mucho tiempo que me devano los sesos pensando en lo que haré de este muchacho. Va á cumplir catorce años y no tiene

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ya nada que aprender en la escuela de Echental: es demasiado compasivo para ser cazador como yo; y no tiene tampoco una constitucion bastante robusta para ser militar; su caracter tiene más de la dulzura de la madre que de la energía del padre; es necesario por lo mismo que tenga alguna profesion. Si creeis, por lo tanto, sacar de él un buen pintor, tomadle en calidad de discípulo; pero antes debo yo saber cuánto pediréis por este aprendizaje.

—¡Cuánto pido! dijo al cabo de un momento el pintor que no habia atendido á la pregunta. Vos me habeis enseñado el primero, con vuestro ejemplo, cómo se debe obrar hácia un pobre huérfano: una buena accion produce casi siempre otras muchas; ellas se enlazan naturalmente. Está, pues, decidido: tan luego como se hayan terminado mis trabajos en el castillo, conduciré á Antonio á la ciudad, y no omitiré ningun cuidado para hacer de él un artista de talento." Antonio saltaba gozoso al oir estas disposiciones.

Sin embargo, cuando algunos dias despues, el carruaje del pintor se detuvo frente á la puerta de la casa del guardabosque para venir por él, se puso á llorar al pensar que iba á alejarse de aquella mansion pacífica y de las amables personas que la habitaban. Su padre adoptivo le consoló diciéndole: "No llores mas, mi querido Antonio, la ciudad no está lejos de aquí, y nosotros iremos á verte con frecuencia; ademas, tú tambien podrás venir fácilmente los domingos y los dias festivos á pasarlos con nosotros. Vos lo permitiréis ¿no es verdad, M. Riedlenger?

—¡Oh! sí, de muy buena gana; y aun si no es molesto, yo tambien vendré algunas veces.

—Sobre todo, dijo la madre, yo te recomiendo, que no dejes de venir todos los años á pasar con nosotros la Pascua de Navidad."

Despues de haber dado y recibido esta promesa, lo abrazaron todos con las lágrimas en los ojos. Antonio manifestó todo su reconocimiento á sus padres adoptivos, quienes le

exhortaron á honrar, como debia, á su nuevo maestro, el cual mostraba por él tan benévolas intenciones. En fin, Antonio partió con el pintor, acompañado de las bendiciones de sus padres y de los tiernos adioses de sus hermanos.

El escelente M. Riedlenger cumplió en todo su palabra. Él encontraba, por otra parte, un verdadero placer en iniciar en los conocimientos del arte á un discípulo que mostraba tan felices disposiciones. Uno y otro hacian frecuentes visitas al guardabosque, y aun sucedia algunas veces, que el maestro de Antonio permaneciese varios dias en la casa de aquel ocupándose en fijar sobre la tela los paisajes admirables que les ofrecia por varios puntos la selva que la circundaba. El pintor hacia muchos elogios de los trabajos y de la aplicacion de Antonio. "Aquí, para entre nosotros, le decia á Grunewald, mi educando aventajará con mucho á su maestro."

Algunos años despues, M. Riedlenger vino á pasar las fiestas de Navidad en la casa del guardabosque acompañado de Antonio, que ya era un jóven de agradable presencia. Despues de la cena el pintor se quedó solo con los padres adoptivos de Antonio, habiéndose retirado los niños á gozar del descanso del lecho. El guardabosque y su mujer comprendieron que M. Riedlenger tenia algo que comunicarles. Al fin él se esplicó en estos términos: "Todo lo que yo pudiera enseñar á Antonio lo sabe ya; ahora es necesario para perfeccionarse que viaje; que vaya á Italia. Sin duda para esto se necesita algun dinero; pero la cosa no vale la pena, y por otra parte será un dinero muy bien empleado; yo os aseguro que con el tiempo lo que hubieseis gastado lo recobraréis con usura.

"Verdad es que los gastos de este viaje son considerables y que esceden á la fortuna de que ambos podemos disponer; pero he aquí lo que he pensado: Antonio está ya en estado de ganar por sí algo; sin embargo, es preciso que se le ayude; porque es necesario que tenga su tiempo libre para estudiar su arte y perfeccionarse. Todo lo que puedo hacer es

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

contribuir para este objeto, y con muy buena voluntad. Estimulado por el ejemplo de beneficencia que me habeis dado, se me ha puesto en la cabeza el hacer de Antonio un pintor de primer órden, sin que le cueste nada. Las diferentes obras que este interesante jóven ha hecho ya para mí, han sido bien pagadas; he reservado este dinero y lo destino á cubrir los gastos de su viaje; pero la suma no es suficiente para el objeto; ¿estariais, pues, en disposicion de suplir la que falta? Seria muy loable dar cima de este modo á la buena obra que habeis comenzado." Al decir estas últimas palabras el pintor alargó su mano al guardabosque, esperando desde luego que su amigo le daria la suya en señal de asentimiento.

Penetrado hasta lo sumo el buen Grunewald de la buena conducta y de los prodigiosos adelantos de su hijo adoptivo, miró á su mujer, la cual le hizo una señal muda de asentimiento. El guardabosque estrechó entonces la mano del pintor diciéndole: "¡Y bien! si la suma que se necesita no escede de mis facultades, consiento desde luego en ministrarla; pero vos sabeis, que tengo tres hijos mas y que debo pensar en su porvenir." Se hizo el cálculo de lo que el viaje de Antonio podria costar, y se resolvió por unanimidad que aquel se efectuase al principio de la primavera próxima. El dia siguiente Antonio y su maestro se pusieron en camino de regreso á la ciudad.

Durante el invierno, el guardabosque y su mujer hicieron todos los preparativos necesarios para el viaje del jóven artista. El viejo Grunewald compró los efectos que eran precisos á fin de que su hijo adoptivo tuviese un equipaje completo y decente. El buscó su maleta de viaje y la hizo forrar de nuevo con una piel de gamo. La mujer y las hijas por su parte se pusieron á coser afanosamente para preparar el ajuar del viajero. Al principio de la primavera, Antonio vino otra vez á pasar algunos dias con la familia de su adopcion y durante este tiempo Grunewald le dió largas instrucciones para el viaje y sanos consejos dictados por la moral y por la

prudencia. El quiso á la vez encargarse de empaquetar los efectos de su querido Antonio. A cada nuevo objeto que la mujer del guardabosque traia para guardar en la maleta, Antonio sentia redoblar su emocion. "¡Ah! ¡de cuántos beneficios me colmais! decia: mis propios padres si viviesen aún, no podrian hacer mas por mí." Se remitió el equipaje del jóven viajero á un pintor distinguido, al cual M. Riedlenger lo habia recomendado, pues que Antonio habia manifestado deseos de hacer todo su camino á pié. Cristian, su hermano de adopcion y su amigo íntimo á la vez, habia tenido cuidado de prepararle una pequeña balija propia para llevar los efectos indispensables y de un uso diario.

Llegó, en fin, el dia prefijado para la marcha; y todos se reunieron en la mesa por última vez; era una escena interesante de familia, en la cual y durante toda la comida, reinó un penoso y comprimido silencio. El padre lo notó, y paseando los ojos en derredor de su pequeño círculo, soltó la voz de esta manera: "Vamos, hijos mios, no esteis tan tristes y taciturnos; y tú, buena madre, enjuga tus lágrimas. Así es como va el mundo y nosotros no podemos cambiarlo: los hijos una vez que llegan á ser grandes deben viajar; y vosotras tambien, hijas mias, vosotras tambien os acercais á la edad en que os veréis obligadas á dejar la casa paternal. Sin embargo, y aun cuando nos separasen las mas altas montañas y los mas profundos valles, nuestros corazones permanecerán siempre unidos. Ademas, por muy triste que sea una separacion sobre la tierra, ella no es mas que momentánea: tarde ó temprano nos volveremos á ver con una alegría inefable y eterna en un mundo mejor."

Este escelente hombre consiguió muy pronto distraer de sus tristes pensamientos á su tierna familia; é hizo traer una botella de buen vino que guardaba hacia muchos años. "La Escritura nos ordena, decia sonriendo, dar vino á los afligidos;" y bebió con su mujer y sus hijos á la salud de Antonio;

á que tuviese un viaje feliz, que lograse el mejor éxito en sus estudios, y por último, á su pronto y dichoso regreso.

"¡Dios vele sobre él!" dijo la mujer del guardabosque, y con las lágrimas en los ojos, todos elevaron sus vasos uniéndose á estos votos benévolos. Antonio vivamente conmovido elevó tambien el suyo; "¡Vuestra dicha es la que yo debo desear!" dijo, y el llanto corria hilo á hilo por sus mejillas. "¡Oh mis queridos padres! ¡cuánto reconocimiento no os debo! ¿Qué habria sido de mí sin vosotros? ¡Oh! ¡jamás podré pagar todo lo que habeis hecho por mí!. . . . ¡Que Dios os bendiga y me dé los medios de manifestaros todo mi agradecimiento por los beneficios que me habeis hecho!" Estas palabras llenas de efusion y pronunciadas con voz entrecortada por la emocion de que estaba poseido el jóven, causaron un enternecimiento general.

"Sí, mi querido Antonio, dijo el guardabosque; no te lo oculto y tú mismo lo comprendes bastante: hemos hecho mucho por tí; y mirando á mis otros hijos, casi diria que hemos hecho demasiado; pero no, no te lo encarezco; y estoy muy distante de arrepentirme de ello. En efecto; por lo que hace á mi mujer y á mí, no tenemos necesidad de gran cosa; ya nuestros cabellos emblanquecen y siendo poco el tiempo que nos resta de vida, espero, lleno de confianza, que Dios no nos abandonará; pero si algun dia, querido Antonio, si algun dia alguna de tus hermanas ó tal vez tu mismo hermano, esperimentan los trabajos de la pobreza.... ¡ah! entonces acuérdate de lo que hemos hecho contigo; muéstrate reconocido y no los abandones en su desgracia. Dame tu mano, Antonio; dime, ¿no es cierto que no abandonarás nunca á tus hermanos adoptivos?. . . .

—¡Oh padre mio! esclamó Antonio, estrechando la mano del guardabosque ó imprimiendo en ella sus labios; yo seria un monstruo de ingratitud si alguna vez pudiera olvidarme de vuestros beneficios. Os lo juro, señor, el recuerdo de tantas bondades no se borrará jamás de mi corazon; no, ¡jamás!

y mi mayor felicidad en este mundo seria el poder seros útil y retribuiros, aunque fuese en parte, el mucho bien que me habeis hecho, á vos, mi digno padre! á vos, tambien, mi escelente madre, lo mismo que á Cristian y á mis muy queridas hermanas.

—Lo creo, hijo mio, lo creo. . . . Pero el momento de tu partida se aproxima; ya es tiempo de separarnos." Entonces se puso en pié y dijo: "Ponte de rodillas, hijo mio: ¡que yo te dé por última vez mi bendicion paternal." Antonio se arrodilló; el anciano levantó sus ojos al cielo; toda su persona se revistió de un aire venerable y solemne; se habria creido ver en él un patriarca de los antiguos tiempos en el seno de su familia. Él bendijo á Antonio estendiendo sus manos sobre su cabeza, y pronunciando estas palabras: "Que el Señor Todopoderoso te bendiga, te proteja y guíe tus pasos en las sendas del mundo; que te preserve del pecado y de todo mal, y te restituya puro y piadoso á nuestros brazos." La madre y los niños, que con las manos juntas formaban un círculo en derredor del padre y del hijo, respondieron con un tono tierno y religioso: "¡Así sea!"

En seguida el guardabosque levantó á Antonio, y estrechándole en sus brazos le dijo: "Vamos, hijo mio; ¡á Dios! Que Él esté siempre contigo, que su memoria esté de continuo presente á tu pensamiento; y que nunca olvides que su mirada omnipotente te sigue por todas partes. Ten siempre muy en cuenta que los bienes y los goces perecederos de este mundo, no valen el que nosotros carguemos con ellos nuestras conciencias: piensa que nosotros no hemos sido criados por el corto espacio del tiempo que hemos de pasar en la tierra, sino que nos espera toda una eternidad! No debes solamente huir del mal sino que debes evitar toda ocasion de cometerlo. Está en guardia de tí mismo contra el contagio del mal ejemplo, y apártate de la sociedad de esos hombres para quienes la religion y la virtud no son mas que objetos de burla y menosprecio. ¡A Dios otra vez, hijo mio, y que el Señor te defienda!

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—¡Oh mi amado Antonio! dijo á su turno la buena Isabel con una emocion profunda; mira una vez mas mis ojos llenos de lágrimas: yo te conjuro por estas lágrimas maternales, que permanezcas fiel á Dios, á la religion y á la virtud; que este llanto de una tierna madre se ofrezca á tu pensamiento cada vez que el pecado quiera tentarte, y que su recuerdo te detenga en los bordes del abismo. Hasta hoy tu conducta no nos ha dado mas que motivos de satisfaccion; obra en el pais lejano, en donde vas á vivir, como si estuvieses todavía á nuestra vista; como si temieses siempre afligirnos. Si por desgracia llegásemos á saber que olvidando nuestros consejos te habias arrojado en los caminos de la perdicion, nos harias sentir un verdadero pesar, envenenarias los últimos dias de nuestra existencia. No olvides nunca nuestras exhortaciones, y que las últimas palabras de la virtuosa madre que perdiste en tu infancia, estén asimismo presentes á todas horas en tu memoria. ¡A Dios, hijo mio, á Dios! ¡Que la bendicion del cielo y de tus padres te acompañe!"

Toda la familia siguió á Antonio hasta la salida del bosque; al fin se dieron allí los últimos adioses. Antonio partió; pero los demas permanecieron largo tiempo inmóbiles siguiéndole con los ojos. Más de una vez volvió él la cabeza levantando su sombrero en el aire; el guardabosque y Cristian le respondian con los mismos signos, en tanto que la madre y las hijas agitaban sus pañuelos blancos, hasta el momento en que una colina ocultó al jóven viajero á las miradas de sus amigos.

CAPITULO V.

EL CUADRO.

Tres veces la fiesta de Navidad habia pasado desde la partida de Antonio. En aquel dia el viejo Grunewald volvió temprano del bosque acompañado de su hijo. Helaba con mucha fuerza y el sol poniente lanzaba sus últimos rayos rojizos á traves de las ramas deshojadas de los árboles. Despues de haber arrimado su fusil á la pared, el guardabosque se sentó en su gran sillon delante de la chimenea; atizó y reanimó el fuego, cuya viva claridad esparció en el aposento luces vacilantes que se reflejaron en los vidrios helados de la ventana y los hicieron brillar como diamantes.

En este momento la buena Isabel entró en la pieza y vino á sentarse al lado de su marido.

—¿Ha venido carta de Roma? preguntó Grunewald.

—No; respondió ella tristemente. El anciano movió la cabeza.

—Es estraño, añadió; nunca Antonio ha dejado de escribirnos por este tiempo, y sus cartas tan estensas en pormenores y tan llenas de interes, es lo que me hacia sentir dulces fruiciones en estos dias que me recuerdan la época de su llegada á nuestra casa. ¿Qué puede haberle impedido escribirnos este año? En verdad que esto me causa pena y disgusto.

No bien acababa de exhalar su mal humor en estas palabras el anciano guardabosque, cuando llamaron á la puerta y el cosario de la ciudad vecina entró con los cabellos emblanquecidos por la escarcha; sostenia sobre sus espaldas una gran caja de madera que depositó en medio de la habitacion.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

entregando al mismo tiempo al guardabosque una carta que á él venia dirigida.

La caja era baja pero muy ancha, y tan larga que el mensajero habia tenido que inclinarse mucho al pasar por la puerta.

"Esta caja contiene probablemente un espejo, dijo Catarina.

—No sé lo que contiene, respondió el conductor; M. Riedlenger, el pintor, es el que me lo ha entregado de esta manera lo mismo que la carta.

—¡Oh Dios mio! esclamó el guardabosque; ¿venis de parte de M. Riedlenger? ¡Ah! si habrá sucedido alguna desgracia á nuestro pobre Antonio!"

Rompió en seguida la nema de la carta, recorrióla rápidamente á la luz de la llama que despedia el hogar, y despues esclamó de repente: "Regocijaos todos; nuestro querido Antonio nos envia desde Roma el aguinaldo de Navidad; es un cuadro que habia dirigido á M. Riedlenger, rogándole le hiciese poner un marco dorado y que nos lo enviase precisamente la víspera de la fiesta. M. Riedlenger me escribe diciéndome que es verdaderamente una obra maestra. ¡Oh, nuestro Antonio no olvida á sus queridos parientes: ¡cuánto diera por verlo para abrazarlo y colmarlo de caricias!"

El guardabosque ordenó á Catarina trajese un vaso de vino para el honrado mensajero. "Entretanto que se pone la cena, le dijo, esto os recuperará un poco porque hace fuera un frio terrible."

El forastero aceptó el vino, pero rehusó la cena diciendo que tenia parientes en Echental y queria ir á reunirse con ellos en aquella noche para celebrar la fiesta de Navidad. "Como quisiereis," respondió el guardabosque; y despues de haberle recompensado generosamente, le dejó partir.

"Ahora, dijo el padre Grunewald, venid á sentaros todos en derredor mio, y oid una carta de Antonio que voy á leeros." Luisita se apresuró á traer la luz, y el padre leyó en alta voz la carta siguiente:

"Mis muy queridos padres:

"Yo os envio por aguinaldo un cuadro en cuyo trabajo he " puesto el mayor cuidado á fin de poder complaceros, y que " podais formar una idea de mis adelantos. Muchos artistas " lo han examinado y todos me han asegurado que he realizado felizmente mi intento. Yo deseo que esperimenteis al " recibirlo una sensacion igual á la que produjo en mí la representacion del nacimiento del Niño Jesus, cuando por la " primera vez entré en vuestra casa. Si es así, vuestro placer no será poco ni de breve duracion. ¡Ah! ¡cuán dichoso " seria si pudiese ir yo mismo y presentaros este cuadro!...

" Vivo en un pais delicioso; actualmente, en el momento " que os escribo estas líneas, es todavía el fin del otoño, y vos " os encontrareis probablemente al recibirlas en el corazon del " invierno: vuestro techo y los árboles que rodean vuestra " casa campestre, estarán cargados de espesa nieve, en tanto que aquí los naranjos y los limoneros nos ofrecen todavía sus flores aromáticas y sus frutos dorados. Con todo, " puedo aseguraros que en medio de estas delicias no ceso " de recordar con tristeza el hogar rústico y hospitalario en " que he pasado los momentos mas gratos y apasibles de mi " vida.

" A vuestras bondades son á las que debo la dicha de haber " visto el hermoso cielo de Italia y obtener quizá una reputacion y una fortuna, si llego á adquirir bastante talento " para procurármelas.

" La vista del retablo de vuestro *Nacimiento* fué lo que hizo nacer en mí el gusto por la pintura: paréceme haber tenido siempre aquella representacion delante de mis ojos; " todas las grandes obras del arte que he tenido ocasion de " admirar aquí, están, sin embargo, muy lejos de hacerme " esperimentar la emocion y el entusiasmo que sentí á la vista de vuestro paisaje interesante. No, nada borra el encanto de los años de nuestra infancia, todo nos parece entonces

" embellecido con el brillo de una luz dorada! ¡Ah, por qué
" pasan estos dias tan pronto!

" A esa misma hora, en el momento que leais esta carta y
" que contempleis mi cuadro, yo me trasporto con el pen-
" samiento en medio de vosotros. Mi corazon, deliciosamente
" conmovido, se representa el dia en que llegué hasta vues-
" tras puertas; transido de frio, muerto casi de hambre; yo
" recuerdo de qué modo la buena mamá Isabel restauró mis
" fuerzas con una abundante cena, confortados ya mis helados
" miembros con el dulce calor de vuestro hogar; recuerdo
" con qué bondad quisisteis recogerme y adoptarme por hi-
" jo vuestro, y con qué gracia inocente Cristian y Catarina
" me hicieron participar de sus aguinaldos.

"¡ Oh padre mio muy amado! yo cubro de besos de grati-
" tud y de respeto vuestra mano venerable y la de mi ma-
" dre adoptiva; estrecho contra mi corazon á mis queridos
" hermanos, y me regocijo de antemano con la certidumbre
" de poderos decir dentro de pocos años, no ya con caracte-
" res escritos á tanta distancia, sino de viva voz y en vuestra
" presencia, cuánto os ama y os venera el que será por toda
" su vida y con la mas profunda ternura vuestro respetuoso
" y reconocido hijo.

ANTONIO.

" Roma, 15 de Noviembre de 1756."

—¡Oh qué bien!.... Hé aquí, amigos mios, lo que se llama una carta bien puesta, dijo el guardabosque enjugando una lágrima. No debemos arrepentirnos, añadió mirando á su mujer, de todo lo que hemos hecho por este buen muchacho: él sobrepuja á todas nuestras esperanzas; y yo no habria creido que hubiese de causarnos tanta satisfaccion. ¡Eh! vamos á cenar que despues abriremos la caja y examinaremos el cuadro.

—¡Oh! no, papá, no; esclamó toda la familia á una sola voz; veámoslo luego; preferimos este placer á la mejor cena.

Luisa fué á traer otra luz en tanto que Cristian, tomando los útiles para el efecto, se puso á hacer saltar la tapa de la caja que encerraba el cuadro.

"¡Oh, qué hermoso es! esclamaron todos al punto que abierta la caja, y quitados los papeles y el lienzo que cubrian la pintura se espuso ésta á las miradas curiosas de la familia. ¡Qué figuras tan encantadoras! ¡qué brillantes colores!...."

El guardabosque puso el cuadro sobre una pequeña mesa arrimada á la pared, y colocó las dos luces á los lados, pudiendo entonces cada uno admirar á su placer la magnífica obra de Antonio.

La buena Isabel, derramaba lágrimas de alegría, y juntando sus manos en muestra de admiracion y devoto entusiasmo, esclamó: "No ciertamente; nada puede haber mas bello; y jamás habria yo pensado que nuestro Antonio hubiese llegado á pintar un cuadro como éste! Paréceme estar realmente ante el establo de Jesus.... ¡Con qué ojos animados y graciosos nos mira este divino Niño, como queriendo atraernos á todos á sí desde su entrada en el mundo! Y la Santa Vírgen que está ahí arrodillada delante de él, ¡con qué ternura y amor le contempla! Ella le sostiene sobre uno de sus brazos, en tanto que la otra mano puesta sobre el corazon parece espresar la felicidad inefable que esperimenta á la vista de este Niño bajado del cielo para la salud del mundo: ved cómo brilla su semblante y cómo parece olvidar la miseria que la rodea! ¡Y San José qué aspecto tiene tan respetable!.... ¿Y estos humildes pastores, en los que respira la rectitud y la sencillez? ¡con qué piedad, con qué recogimiento se inclinan ante el Niño Jesus para ofrecerle el homenaje de su adoracion! Ved tambien arriba esos grupos de ángeles; ¡cómo parecen mecerse ligeramente en los aires sobre sus blancas alas! Y esa aureola de luz que rodea el semblante del Divino recien-nacido? ¡ella parece esparcir en todo lo que le rodea una claridad celestial! Aunque sus rayos parten de un humilde pesebre, su presencia disipa todas las tinieblas y su resplandor

ofusca las claridades del dia. A la vista de tantas perfecciones seria necesario no tener corazon para no regocijarse con el nacimiento del Salvador, y no reunirse á los coros de los ángeles para celebrar la gloria y la bondad del Eterno."

Hasta entonces el guardabosque habia permanecido en un silencio completo, fijos los ojos en el cuadro de su hijo adoptivo; al fin, como quien sale de un profundo éxtasis, soltó la voz, diciendo: "Sí, esposa mia, tienes razon; leyendo esa página de nuestra Historia Santa en que se refiere el nacimiento de Jesucristo, ó cuando se ve este rasgo indeficiente de la Bondad divina tan bien representado, como está en este cuadro, se esperimenta una emocion tan viva como invencible. Yo voy á procurar espresaros algunos de los sentimientos que este pensamiento despierta en mi corazon.

Fijemos desde luego nuestras miradas sobre este divino Niño que está acostado en un pesebre! Olvidemos por algunos instantes su celeste orígen y no veamos mas que su nacimiento temporal. Vedle ahí, pobre y desnudo; en un total desvalimiento: unos lienzos toscos cubren apenas sus delicados miembros que reposan sobre un poco de paja y de heno como el hijo de los padres mas indigentes. Pero ved tambien á su Santa Madre prodigarle los cuidados mas tiernos; y al esposo, al Patriarca custodio de tan precioso depósito que vela cerca de ellos, pronto á protegerlos y á proveer á su subsistencia. Un buen padre, una madre sensible y un tierno Niño, llenos de sumision y recogimiento, ¿no es el espectáculo mas agradable á los hombres en la tierra; un espectáculo que debe regocijar aun á los ángeles del cielo? Dios es quien en su bondad ha creado esta interesante y deliciosa union del padre, de la madre y del hijo. ¡Oh amigos mios! contemplando á esta tierna criatura reclinada en el pesebre, ¿no debeis deciros: Yo tambien en mi primera infancia, yo tambien era débil y sufria sin poder subvenir á mis necesidades; á no ser por el cariño y los cuidados de mis padres yo habria muerto en medio de las privaciones, al mismo punto en que comencé á existir: son ellos, quienes habian preparado todo de antemano para mi venida al mundo: mi madre me envolvió en los lienzos que ella misma habia arreglado con sus manos; todos sus pensamientos, todas sus acciones dia y noche, no tenian mas objeto sino el que no me faltase nada: cuando yo dormia ella velaba cerca de mi cuna, frecuentemente su solicitud maternal la privaba del sueño, en tanto que mi padre trabajaba para subvenir á mi mantenimiento?... ¡Ah! sí: no olvideis nunca estos beneficios y dad gracias á Dios de que os haya dado unos padres honrados. En efecto, Dios mismo es el que ha puesto en el corazon de vuestra madre ese sentimiento inesplicable que se llama amor maternal; y el que inspira á vuestro padre ese afecto tan desinteresado y constante de que os da tantas y tan grandes pruebas. No seais, pues, nunca ingratos con vuestros padres. Un hijo que en cualquiera edad que se halle, perdiese la memoria de todo lo que su madre ha sufrido por él y de todo lo que debe á su padre, seria un sér sin corazon y sin sentimientos, un monstruo de ingratitud!

"Examinemos ahora algunos otros pormenores del cuadro: arrojemos una mirada en los ángeles, que están suspendidos en el aire sobre los personajes, y bajémosla despues sobre los animales que encierra el establo. Aquí es donde vamos á concebir claramente toda la dignidad del hombre y su noble destino. Pero considerad todavía á la Santa Vírgen; ved la inocencia celestial que refleja su hermoso semblante; contemplad asimismo la figura del Patriarca, de ese humilde artesano que descendia tambien de una familia de reyes, ¡con qué piedad, con qué espresion eleva sus miradas al cielo! Ved luego á ese precioso Niño; ¡cuán graciosa es su sonrisa, cómo brillan sus ojos con un fuego divino! Y ahora dirigid vuestros ojos hácia las cabezas groseras y velludas del buey y del asno; ¡qué aire tan insensible! su boca que se adelanta entreabierta parece demostrarnos que todos sus deseos se limitan á buscar un alimento material y que nada hay en ellos mas

elevado, puesto que no tienen ni aun la facultad de sonreir. ¡Oh! ¿quién podria con esta comparacion desconocer la superioridad del hombre y la alta mision que le está destinada? El hombre está mas cerca de los ángeles del cielo que celebran la gloria de Dios, que no de los animales que rumian la yerba de la tierra, porque él es el único sér de la creacion á quien está concedido elevar su pensamiento hasta el Criador. Cualquiera que sea la analogía que existe entre su organizacion y la de los animales, el hombre es de una naturaleza mucho mas perfecta, pertenece á una clase muy superior, es en fin, la obra maestra de las manos de Dios. El nace débil y doliente; se desarrolla lentamente y á traves de muchos sufrimientos; su vida no tiene mas que un intervalo de fuerza, y se marchita muy pronto como la flor de los campos; muere al fin, y su cuerpo se descompone como el de los animales; pero en él hay una emanacion divina, una alma inmortal que se desprende por la muerte de esta tosca cubierta y va á reunirse á su Criador celestial, obteniendo el lugar segun sus acciones y el modo con que ha cumpido su destino sobre la tierra. El hombre que ha vivido conforme á los preceptos divinos y que muere en la gracia del Señor, cambia esta vida miserable y frágil por una eternidad dichosa, y entra en la sociedad de estos ángeles que veis aquí tan bien representados en derredor de la cuna de Jesus.

"No sin intencion el pintor ha puesto tambien un cordero y un canastillo lleno de frutas, como una ofrenda que se presenta al recien-nacido. El cordero es el emblema de la inocencia; las frutas son los dones de la tierra: estos objetos parecen decirnos que el hombre debe hacer un buen uso de los bienes de la vida y conservar su pureza en este mundo.

"El sitio mismo, en el cual vemos á este Niño y á sus padres, el pobre establo y el miserable pesebre tienen tambien una alta significacion. No es necesario que el hombre habite en los palacios para llenar su destino; en la mas humilde cabaña se puede vivir dichoso y morir en paz. La verdadera

dicha, el verdadero mérito no consiste en el fausto y en la grandeza, ni en las ricas telas, ni en los muebles bruñidos y brillantes trenes; el Hijo de Dios ha nacido en un miserable albergue para mostrar al hombre que cuando se trata de los preciosos intereses de nuestra salvacion, no hace distincion alguna entre los hombres. Al ver á los personajes mas santos, mas augustos y respetables que ha habido jamás en la tierra, abrigarse en un humilde establo, comprendemos que Jesucristo al nacer en medio de la mas absoluta pobreza, ha querido levantar por medio de su ejemplo un estado tan abyecto á los ojos de los hombres.

"Lo que os he dicho hasta aquí, hijos mios, es ciertamente muy consolador para nosotros y debe inspirarnos un gran regocijo: sin embargo, no es esto sino lo que hay de humanamente bello en esta historia. Remontémonos ahora á un órden de ideas mas elevado, pensemos en el orígen celestial y en la sublime mision de este Niño divino. Jesus, el Hijo del Todopoderoso, igual á su Padre, Eterno é infinitamente dichoso, se ha dignado hacerse hombre y venir al mundo para salvar al género humano, que perdiendo su pureza y su dignidad primitivas, habia caido en el pecado y en la desgracia. Ha querido reconciliar á la criatura culpable con su Criador Supremo: ha nacido en la miseria y vivido en la pobreza; no teniendo ni donde reclinar la cabeza, y ha muerto en una cruz como un vil criminal: sin embargo, sin riquezas, sin ejércitos, sin ningun poder humano, Él llegó á cambiar la faz del mundo por su sabiduría divina, por su amor y por su omnipotencia: su Evangelio ha esclarecido, ha ennoblecido y salvado al género humano probando de este modo su celestial orígen. Tales son los saludables pensamientos que nos sugieren el exámen de este cuadro y la lectura de la Historia Santa que lo ha inspirado.

Examinemos todavía esta escena divina. La obscuridad reina en el establo: el grupo principal está únicamente iluminado por la claridad que despide el mismo niño Jesus. ¿No son estas

tinieblas la imágen de la deplorable ignorancia del paganismo que cuando el nacimiento de nuestro Salvador cubrian toda la superficie del mundo? Pero en Jesucristo apareció una luz que alumbró todas las inteligencias. Los hombres estaban hundidos en el pecado; los mas deformes vicios levantaban por todas partes sus horribles cabezas; algunos se habian degradado todavía mas por su impiedad ó por un culto absurdo é infame. Jesus apareció para ilustrarlos y corregirlos, para hacer de aquellos que creyesen verdaderamente en Él, hombres justos y piadosos, ángeles bajo una forma humana. Antes de su venida al mundo los hombres eran tan miserables y viciosos como ignorantes. Así, pues, notad cómo brilla la mas pura felicidad en los semblantes de todos los que rodean su pesebre. El aspecto del Salvador acabado de nacer, María, José, los pastores y los magos, se sienten elevados sobre todas las miserias de la vida humana. El que iba á libertar á los hombres del triple yugo de la ignorancia, del pecado y de la muerte eterna; el que traía al mundo la luz, un verdadero gozo y la paz del cielo, debia naturalmente esparcir la alegría desde el momento de su nacimiento. He ahí por qué aun resuenan en todas partes las palabras de los ángeles: *Yo os anuncio una dichosa nueva; y es que os ha nacido un Salvador que es el Cristo, el Señor!*

"El acceso á Él está libre á todos los hombres indistintamente, y por lo mismo á unos pobres campesinos, á unos simples pastores fué á quienes primero quiso descubrirse; su madre tambien es pobre; su padre putativo es asimismo un modesto artesano que gana su pan por medio de penosos trabajos. Desde la aparicion del Salvador, el pesebre en el cual quiso nacer, manifiesta que la riqueza, las gerarquías y las distinciones humanas, no tienen valor ninguno á sus ojos. Él no quiere sino hombres cuya voluntad sea pura como María su Santa Madre, como José el del corazon justo, como los pastores, esos hombres sencillos, llenos de rectitud y de temor del Señor. No rechaza, sin embargo, al mas grande pecador

con tal de que se arrepienta de sus faltas y prometa sinceramente la enmienda. Esto es lo que nos esplica el nombre de Jesus que quiere decir libertador. He quí por qué el Angel dijo á María de parte de Dios: *Le pondrás por nombre Jesus;* y porque el mismo Angel renovó este mandato á José: *Es Jesus, es decir, el libertador como debes llamarle, porque Él librará á su pueblo del pecado.* El género humano, á pesar de su corrupcion, debia llegar á ser su pueblo, el pueblo elegido de Dios. Así en este cuadro se nos representa el cielo abierto encima del pesebre, para demostrarnos que la santa mision de Jesus era abrirnos las puertas del cielo, fundar en la tierra el reino de los cielos y hacerse de este modo el mediador entre el cielo irritado y la tierra culpable. De ahí los cánticos de alegría que entonan los ángeles; ellos celebran la gloria del Altísimo y felicitan á los hombres por la salvacion que les ha sido asegurada por medio del Cristo.

"Todo lo que nos anuncia el nacimiento de un Dios hecho hombre se ha cumplido en Jesus. A pesar de los obstáculos que le opusieron los paganos, los judíos, los incrédulos y la obcecacion é ignorancia de todos los hombres, Él estableció sobre la tierra el reino de los cielos y su obra subsiste aún y subsistirá hasta el fin de los siglos. Cuántos imperios fundados por conquistadores famosos se han desplomado y desaparecido en el espacio de mil ochocientos años!.... El único reino, el reino espiritual de Jesus, el cristianismo, ha permanecido inmutable, se ha estendido mas y mas, y se ha sostenido hasta nuestros dias en medio de todos estos cambios y sacudimientos. Naciones enteras se han sometido á su fé; monarcas poderosos han tenido á honor, adornar con su cruz sus régias coronas. En otro tiempo un culto absurdo é impío defraudaba al verdadero Dios la gloria que le era á Él solo debida: divinidades mentirosas recibian el incienso de los hombres y las mas viles pasiones tenian tambien sus altares. La antorcha del cristianismo vino, pues, á disipar todos estos errores, á destruir estas impiedades y estas ridículas preo-

cupaciones. La esclavitud, los sacrificios humanos y las demas abominaciones del culto pagano, quedaron abolidos, y una multitud de templos se elevaron al verdadero Dios, enseñándose en ellos las sublimes y consoladoras verdades de la moral evangélica. La ignorancia quedó desterrada de las familias por el establecimiento de innumerables escuelas; socorridos los débiles, los necesitados y los enfermos por el establecimiento de los hospitales y de las casas de asilo y de caridad; tales fueron los primeros efectos de la religion cristiana. ¡Cuántos niños, cuántos pobres y enfermos hubieran perecido en la ignorancia, el crímen y la miseria, sin estas caritativas instituciones establecidas en todos los paises cristianos por el bien de la humanidad! Millones de hombres han encontrado en la fé, en Jesucristo, el perdon que merecia su arrepentimiento, y fortificados por la gracia, han entrado de nuevo en el sendero de la virtud. Todavía en nuestros dias y á pesar de los progresos deplorables de la impiedad y de la corrupcion, innumerables corazones palpitan animados por los sentimientos religiosos que les dan la fuerza de resistir á las penas de la vida y el mas inefable consuelo á la hora de la muerte: todavía en nuestros dias el cristianismo predicado á los pueblos bárbaros cambia sus costumbres, dulcifica sus sentimientos y corrige sus perversas inclinaciones.

"El dia del nacimiento de Jesus, es, pues, el mas memorable en el transcurso de los tiempos; y con razon nuestros sabios antepasados lo fijaron como el principio de una nueva era para el mundo. Cada milésimo que se renueva, debe recordarnos que el nacimiento de Jesus, es asimismo el aniversario del nacimiento de la gracia, de la luz y de la salvacion para todos los mortales que quieren abrirle su corazon; el dia, en fin, en que han comenzado la verdadera dicha y la perfeccion del género humano.

"Así, pues, hijos mios, unamos nuestros votos al coro de los ángeles para presentar esta noche y durante la solemnidad de mañana, los homenajes debidos á nuestro Salvador."

De este modo habló el buen guardabosque, y su mujer vivamente conmovida, añadió: "Sí, hijos mios, regocijémonos y celebremos la gloria del Señor. Este cuadro que Antonio nos ha enviado, es el mas bello presente de Navidad que ha podido hacernos; y las piadosas reflexiones que ha inspirado á vuestro padre, así como el recogimiento con que las habeis escuchado, son la mas digna manera de solemnizar esta noche santa. Recibamos con reconocimiento la salvacion que Dios nos ha preparado por Jesucristo, y que el dia del nacimiento del Redentor, venga á ser tambien el de la paz, el de la gracia y de la dicha del mundo."

CAPITULO VI.

LA DESGRACIA.

Muchos años habian corrido desde la partida de Antonio para Italia; el escelente guardabosque y su familia habian vivido dichosos y tranquilos. Sus hijos habian crecido; Cristian habia llegado á ser fuerte y vigoroso; y las dos niñas, Luisa y Catarina, eran ya unas jóvenes llenas de gracias y de frescura. La satisfaccion que daba al honrado padre de familia la conducta pura é irreprochable de todos sus hijos, era para él la justa recompensa de los cuidados que habia tenido en su educacion. Pero poco á poco el buen padre sentia disminuirse sus fuerzas, y que la vejez le advertia que era ya tiempo de que su hijo le sustituyese en sus fatigosas funciones. El príncipe reinante venia regularmente cada año á pasar algunos dias en su castillo de Felseck, donde se entregaba á

cupaciones. La esclavitud, los sacrificios humanos y las demas abominaciones del culto pagano, quedaron abolidos, y una multitud de templos se elevaron al verdadero Dios, enseñándose en ellos las sublimes y consoladoras verdades de la moral evangélica. La ignorancia quedó desterrada de las familias por el establecimiento de innumerables escuelas; socorridos los débiles, los necesitados y los enfermos por el establecimiento de los hospitales y de las casas de asilo y de caridad; tales fueron los primeros efectos de la religion cristiana. ¡Cuántos niños, cuántos pobres y enfermos hubieran perecido en la ignorancia, el crímen y la miseria, sin estas caritativas instituciones establecidas en todos los paises cristianos por el bien de la humanidad! Millones de hombres han encontrado en la fé, en Jesucristo, el perdon que merecia su arrepentimiento, y fortificados por la gracia, han entrado de nuevo en el sendero de la virtud. Todavía en nuestros dias y á pesar de los progresos deplorables de la impiedad y de la corrupcion, innumerables corazones palpitan animados por los sentimientos religiosos que les dan la fuerza de resistir á las penas de la vida y el mas inefable consuelo á la hora de la muerte: todavía en nuestros dias el cristianismo predicado á los pueblos bárbaros cambia sus costumbres, dulcifica sus sentimientos y corrige sus perversas inclinaciones.

"El dia del nacimiento de Jesus, es, pues, el mas memorable en el transcurso de los tiempos; y con razon nuestros sabios antepasados lo fijaron como el principio de una nueva era para el mundo. Cada milésimo que se renueva, debe recordarnos que el nacimiento de Jesus, es asimismo el aniversario del nacimiento de la gracia, de la luz y de la salvacion para todos los mortales que quieren abrirle su corazon; el dia, en fin, en que han comenzado la verdadera dicha y la perfeccion del género humano.

"Así, pues, hijos mios, unamos nuestros votos al coro de los ángeles para presentar esta noche y durante la solemnidad de mañana, los homenajes debidos á nuestro Salvador."

De este modo habló el buen guardabosque, y su mujer vivamente conmovida, añadió: "Sí, hijos mios, regocijémonos y celebremos la gloria del Señor. Este cuadro que Antonio nos ha enviado, es el mas bello presente de Navidad que ha podido hacernos; y las piadosas reflexiones que ha inspirado á vuestro padre, así como el recogimiento con que las habeis escuchado, son la mas digna manera de solemnizar esta noche santa. Recibamos con reconocimiento la salvacion que Dios nos ha preparado por Jesucristo, y que el dia del nacimiento del Redentor, venga á ser tambien el de la paz, el de la gracia y de la dicha del mundo."

CAPITULO VI.

LA DESGRACIA.

Muchos años habian corrido desde la partida de Antonio para Italia; el escelente guardabosque y su familia habian vivido dichosos y tranquilos. Sus hijos habian crecido; Cristian habia llegado á ser fuerte y vigoroso; y las dos niñas, Luisa y Catarina, eran ya unas jóvenes llenas de gracias y de frescura. La satisfaccion que daba al honrado padre de familia la conducta pura é irreprochable de todos sus hijos, era para él la justa recompensa de los cuidados que habia tenido en su educacion. Pero poco á poco el buen padre sentia disminuirse sus fuerzas, y que la vejez le advertia que era ya tiempo de que su hijo le sustituyese en sus fatigosas funciones. El príncipe reinante venia regularmente cada año á pasar algunos dias en su castillo de Felseck, donde se entregaba á

la diversion de la caza. Era un hombre dulce y afable; escuchaba con bondad al mas ínfimo de sus súbditos y departia familiarmente con él.

Un dia vino á cazar á la parte del bosque que estaba bajo la inspeccion de Grunewald, y habiéndole hallado en muy buen estado se acercó al viejo guarda tocándole amigablemente en el hombro. "Y bien, ¿cómo va de salud, mi buen Grunewald?

—V. A. me honra mucho: yo comienzo á estar viejo y querria de buena gana deponer mi carga en unos hombros mas robustos.

—Ya comprendo; ¿sin duda desearíais tener por sucesor á vuestro hijo Cristian á quien he visto hace poco? Sé que es un escelente cazador, y lo que es mejor, un honrado jóven, servicial, activo y vigilante; durante la caza he notado con placer que los bosques, cuya guarda se os ha confiado, están muy bien, y no dejan que desear. Estoy muy satisfecho de vuestro hijo; así descuidad, porque ningun otro obtendrá este empleo: pero deseo que por algun tiempo todavía, conserveis vuestras funciones con el auxilio de vuestro hijo, á fin de que se forme enteramente. Temo que su poca edad y el uniforme bordado no le haga vanidoso ó negligente si se le deja llevar demasiado pronto. Es útil, por lo mismo, á mis intereses como á los vuestros, que esteis todavía en el ejercicio de vuestro encargo."

Despues de haber espresado su profundo reconocimiento al príncipe, el guardabosque, aventuró estas palabras: "Tengo ademas otra gracia que pedir á V. A.

—Hablad.

—Mi hijo desea casarse con la hija de mi compañero y amigo de infancia, el guardabosque Bach, muerto hace ya algunos años. Esta jóven acaba de perder á su madre y se encuentra sin parientes. No es rica, pero es discreta, es buena cristiana, laboriosa y modesta: estoy firmemente persuadido de que será una escelente madre de familia, y es lo que conviene á mi hijo.

—Consiento gustoso en este matrimonio, y me complazco en que la eleccion de vuestro hijo haya recaido en una jóven de tales virtudes y cualidades, mas bien que en una señorita rica y llena de defectos. Yo le prometo la sucesion de vuestro empleo, y dentro de pocos dias os haré espedir el nombramiento respectivo."

Cristian, que manteniéndose á cierta distancia, esperaba con ansiedad el resultado de la solicitud de su padre, se acercó á una señal de éste, y presentó al príncipe su respetuoso agradecimiento.

Verificóse el casamiento, y la presencia de la jóven esposa pareció una nueva fuente de bendiciones para la familia; la paz y la union habitaban bajo el techo del honrado guardabosque. La esposa de Cristian se hacia amar de todos por su carácter, por su modestia y por todas sus bellas cualidades. El anciano Grunewald tuvo muy pronto la satisfaccion de abrazar á sus nietos, y su escelente mujer sentia rejuvenecerse cuando les mecia en sus brazos prodigándoles todas sus caricias y cuidados. Catarina y Luisa amaban á la mujer de su hermano como si fuese su propia hermana; todos, en fin, vivian hacia algunos años disfrutando esa dicha apacible del hogar doméstico, en el seno de la virtud y de la honesta mediocridad; cuando de repente la desgracia vino á herir á esta honrada familia, por consecuencia de un antiguo incidente, casi ya olvidado por el guardabosque.

Si nuestros lectores traen á su memoria una circunstancia que habia pasado hacia diez años, recordarán sin duda aquel jóven, M. de Schilt, que venia algunas veces á visitar al guardabosque para ir á cazar con él: algun tiempo despues, él se habia permitido en diferentes ocasiones recorrer solo el bosque sin la autorizacion del guarda, y derribar cuanto objeto de caza se le presentaba. Grunewald le encontró un dia y le dijo: "Señor: vos no ignorais que la caza furtiva está prohibida en los bosques del príncipe; si deseais gozar del placer de cazar, venid á buscarme y os llevaré á los sitios donde po-

dréis satisfacer vuestro gusto ampliamente; pero yo faltaria á mis deberes y me espondria á una severa reprimenda si os dejase dueño de sí cazar en los bosques, cuya guarda se ha confiado á mi vigilancia."

El jóven, sin embargo, no hizo ningun caso de esta advertencia, y continuó contraviniendo á los reglamentos. El guardabosque le encontró otra vez y en ésta le amonestó con mas severidad, le confiscó la escopeta y le dijo: "Sabe Dios cuánto pesar me cuesta el proceder de este modo con vos; pero debo hacerlo, y á ello me obligan las órdenes rigurosas que se me han dado. Yo os prevengo, ademas, que si vuelvo á encontraros cazando en este bosque, levantaré una averiguacion sumaria y el negocio podrá tener consecuencias mas sérias: lo sentiré mucho; pero mi deber es primero que cualquiera otra consideracion."

Con la benévola intencion de impedir que aquel jóven aturdido se atrajese alguna desgracia por su persistencia en la infraccion de las leyes, el honrado guardabosque se dirigió al baron de Schilt, su padre, y le hizo sabedor de la conducta de su hijo. El viejo baron dejaba por lo comun al jóven en libertad de satisfacer todas sus fantasías y caprichos; pero en esta vez se mostró muy irritado contra él porque temia caer en desgracia del príncipe si llegaba á tener noticia de este negocio. Dirigió, pues, á su hijo, una severa reprension y aun le amenazó de desheredarlo, si sabia que habia ido otra vez á cazar al bosque del dominio sin estar acompañado del guarda. Pero el jóven estaba demasiado acostumbrado á desobedecer á su padre; así es, que poco tiempo despues, dando el guarda Grunewald una vuelta en el bosque de su inspeccion, oyó un tiro de fusil, corre al momento y encuentra á M. de Schilt cerca de un ciervo que acababa de derribar.

En esta vez el guarda fué inflexible; levantó su proceso verbal y dió cuenta con él. Alarmado el padre del delincuente con esta noticia, fué él mismo á ver al príncipe para implorar el perdon de su hijo. "Ya conoceis las leyes, baron, le dijo el príncipe, y sabeis que vuestro hijo ha merecido ser arrestado en esta fortaleza: yo quiero perdonarle por esta vez; pero que se guarde en lo sucesivo; porque si me llega otra queja de esta naturaleza, no usaré ya de indulgencia: entonces vuestro hijo habrá comprometido todo su porvenir, porque como conoceréis muy bien, yo no he de ir á escoger mis consejeros ni ninguno de los funcionarios del Estado en una casa de detencion."

El negocio se compuso de este modo; pero el jóven Schilt conservó en su corazon un odio implacable contra el guardabosque, y aunque se habian trascurrido muchos años, él alimentaba todavía su rencor y ardia en deseos de vengarse.

Cerca de seis meses despues del casamiento de Cristian murió el príncipe reinante; y su hijo que era todavía menor, se encontraba ademas viajando. Se nombró un consejo de regencia que gobernase en ese interregno, y muchos cambios tuvieron lugar en los diferentes ramos de la administracion. El jóven Schilt, que pertenecia á una familia rica y poderosa, fué nombrado guarda general de los bosques del patrimonio y fué á fijar su residencia en un pabellon del castillo de Felseck, donde se instaló con mucho boato y esplendor. De este modo se encontró ser el superior inmediato del guarda Grunewald, á quien comenzó á molestar de todas maneras; y no obstante que el pobre guarda no daba motivo alguno con su conducta, él encontraba siempre materia para dirigirle algunas reconvenciones.

Entretanto, el príncipe hereditario de vuelta á sus Estados habia tomado las riendas del gobierno. M. de Schilt se habia insinuado diestramente para obtener el favor del director general de bosques, que era muy estimado del príncipe, é indisponerlo con el pobre Grunewald: hizo aun entender á su gefe que el viejo guardabosque no era ya apto para el servicio; y desde ese momento manifestó á su desgraciado súbdito mas insolencia y animosidad que nunca. Encontrándole en cierta ocasion le dió á entender que debia esperar de

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

un dia á otro que se le separase del servicio, porque no tenia ya bastante vigor para desempeñar de un modo conveniente su empleo.

"Yo haré de muy buena gana dimision de mi cargo, le contestó; y lo habria hecho hace tiempo á no tener que obsequiar el deseo de S. A. el príncipe difunto, que queria que lo conservase todavía; pero ahí está mi hijo que va á reemplazarme.

—¿Lo creeis así? dijo el guarda general con una sonrisa burlona: pues yo no sé nada de esto; por el contrario, me parece que no se piensa en tal sustitucion."

El guardabosque se remitió á la disposicion del príncipe que habia concedido permiso para el casamiento de Cristian, prometiéndole la sucesion en el empleo de su padre.

"Os engañais, esclamó Schilt con una altivez insultante: ese acto no significa nada, es una simple promesa en el caso de buena conducta; pero vuestro hijo es un vagabundo y no me conviene en manera alguna."

El pobre guardabosque se esforzó en vano en retener una lágrima: "Señor guarda general, dijo, sed justo: lo que me decis, se resiente un poco de vuestro rencor. Vos creeis tener derecho á quejaros de mí por una cierta circunstancia; y sin embargo, yo no he hecho mas que mi deber; lo que os irritó entonces deberia hoy servirme de recomendacion.

—¡Cómo! esclamó Schilt, con los ojos centellando de cólera; ¿osais todavía recordarme vuestras impertinencias? ¿teneis la audacia de decirme que no me olvide de que me habeis privado del único placer de mi juventud y que habeis querido perjudicarme en la corte? Vos sois un necio, un insolente: habeis tenido siempre á gloria el no guardar las consideraciones debidas á las personas de una clase superior y solo las teneis con los miserables. Habeis dejado casar á vuestro hijo con una muchacha que no tenia una triste moneda, que era casi una mendiga; y habeis recogido en vuestra casa á un vagabundo, á un muchacho perdido; ese Antonio que ha

consumido vuestra fortuna. Cuando uno no sabe dirigir sus propios negocios, cómo ha de ser apto para administrar los bienes del príncipe? Vamos, idos; no sois bueno para nada: espero que muy pronto nada tendremos que ver vos y yo: os prohibo volver á mi presencia."

Grunewald se retiró con el corazon lacerado por este insulto; pero no tardó en serenarse. "¡Bah! se decia; el guarda general dirá lo que quiera, pero él no podrá desmentir el hecho de que la demarcacion de los bosques confiada á mi cuidado, no esté en el mejor estado, y su odio no será suficiente á hacer que se me destituya por la autoridad superior: así, pues, yo lo aguardo á pié firme." De regreso á su casa no dijo una sola palabra del altercado que acababa de tener con M. Schilt, á fin de no apesadumbrar á su familia sin necesidad.

Pocos dias despues recibió de la administracion del ramo un escrito, en el cual sustancialmente se le decia que atendiendo á que el antiguo guardabosque no podia, á causa de su edad, continuar en el ejercicio de sus funciones se le exoneraba de ellas; y que mientras que se nombraba el que debia sucederle, se encargaba de la vigilancia del bosque provisionalmente al guarda mas inmediato. Nada se decia en el resto del oficio ni de una pension de retiro para el anciano, ni de ningun empleo para su hijo.

El pobre guardabosque quedó aterrado al recibir esta órden fulminante que lo reducia á la miseria: su trémula mano apenas podia sostener el fatal papel; él se repuso, sin embargo, y le dió lectura en alta voz, previniendo antes la atencion de su mujer y de sus hijos que se hallaban distraidos en diversas faenas de la casa. La madre y las dos hijas palidecieron de terror; en tanto que Cristian se estremecia de indignacion al ver la maldad del monstruo de Schilt. Su jóven esposa, despues de permanecer algunos instantes como petrificada, rompió en amargo llanto, y los niños al ver las lágrimas de su madre se pusieron á llorar igualmente. La de-

solacion fué general en la familia; el digno anciano únicamente conservó su entereza y serenidad.

"El Sér Supremo que está en el cielo, que es nuestro Padre, y que no ha cesado de cuidar de nosotros; Él, que lo ve todo, no nos abandonará. Tú, mujer mia, que eres la gran madre de la familia, sé mas discreta, enjuga tus lágrimas y da á tus hijos el buen ejemplo de la confianza en Dios. Sin su permiso, no podrian los hombres hacernos ningun mal. Dios es, por lo tanto, quien nos somete á esta prueba, que un dia nos compensará con un mayor bien. Ánimo, pues, queridos mios, tenemos en Dios un protector poderoso que no nos abandonará aun cuando todo el universo se coligase contra nosotros. Este Padre tan bueno no nos dejará sin pan á nosotros que somos sus hijos y que ponemos toda nuestra esperanza en su misericordia. Sin embargo, como no debemos por nuestra parte omitir nada de lo que pueda ayudarnos á salir de este mal paso, escuchad, hijos mios, lo que yo pienso hacer: mañana muy temprano me pondré en camino para la ciudad y procuraré llegar hasta la presencia del príncipe para esponerle todas las circunstancias de este negocio. La justicia y el derecho me asisten, y el príncipe no puede dejar de escuchar mis reclamaciones porque es bueno y justo como su padre. Él no consentirá que se deje morir de hambre con su esposa, sus hijos y sus nietos á un antiguo empleado que durante cuarenta años le ha servido con probidad, celo y adhesion. . . . Cristian me acompañará," añadió el anciano, afirmando la voz, que el sentido de las últimas palabras habia quebrantado; "gracias á la malicia del guarda general no tenemos necesidad de su permiso para ausentarnos. Para no hacer mayor gasto, llevaremos en nuestras cacerinas algunos víveres, y emprenderemos á pié nuestra marcha. Conque, vamos, es necesario arreglarlo todo para que estemos listos al despuntar el alba."

Al dia siguiente el guardabosque y su hijo se levantaron antes que amaneciese. Los demas de la familia estaban ya

tambien despiertos. "Partamos, dijo el padre, yo no tengo paciencia para esperar la salida del sol: la luna alumbra todavía y, ademas, conocemos bien el camino." La anciana madre dobló y envolvió en un lienzo con sumo esmero, el bello uniforme verde con cuello bordado de oro, colocándole con cuidado en una de las cacerinas; y Catarina acabó de llenarlas con ropa blanca y algunas provisiones para el camino. La jóven esposa y Luisa sirvieron á los viajeros el frugal desayuno que ellas mismas habian preparado. Los niños dormian todavía. Despues de haber dirigido al cielo una ferviente oracion, Grunewald y su hijo se desayunaron y se dispusieron á partir.

"¿Y cuándo esperas estar de vuelta? preguntó la buena Isabel con ansiedad.

—No sabré decírtelo; pero pienso que tardaré lo menos ocho dias.

—Recuerda que dentro de quince es la noche de Navidad, y seria para nosotros muy triste si estuviesis ausentes.

—Creo poder estar aquí antes y que celebraremos juntos esta alegre fiesta como todos los años.

—Que Dios nos conceda la gracia de celebrarla felizmente.

—Será lo que en su santa voluntad disponga. Entretanto, orad continuamente á fin de que tengamos confianza en Él: todo lo que nos envie será por el bien de nuestra salvacion."

Despues de haber abrazado á toda la familia, el padre y el hijo se ponen en marcha. Era por una fria mañana de principios de Diciembre; estaba aun completamente oscuro y no se percibia el menor indicio de la aurora; sin embargo, ellos partieron con valor.

Desde que los dos queridos viajeros habian dejado la casa, todos los que en ella quedaron contaban los dias y las horas; la primera semana les pareció un siglo, tal era su tristeza. Sin embargo, ellos se consolaban y animaban recíprocamente, pero los dias que siguieron les parecieron mas y mas dolorosos. El tiempo ademas vino á ser muy destemplado y llu-

vioso: la tierra se cubrió de nieve; el viento mugía con violencia entre los árboles secos de la selva, y estos accidentes de la estacion producian las mas vivas alarmas en aquella familia entristecida. "¡Ah! decian las buenas gentes, Cristian acaso por ser tan jóven y robusto podrá hacer frente á este temporal, ¿pero nuestro anciano padre cómo podrá resistir á él?" A cada instante los dos niños corrian á la puerta animados con la esperanza de ver llegar á su padre y á su abuelo, y aun salian algunos pasos fuera para ver si los distinguian en medio de la espesa neblina que casi borraba todos los objetos. La tierna madre los volvia á introducir cubiertos de la escarcha que caía copiosamente.

Así es como se corrieron otros ocho dias en medio de crueles angustias y de penosas incertidumbres. Para mas aumentarlas, llegó en esto un espreso, trayendo un pliego de la administracion. La mujer del guardabosque habria querido abrirlo, tanto temia encontrar en él una mala noticia, y este temor era tanto mas vivo cuanto que el portador, que era un criado de M. Schilt, al entregarlo habia añadido con un tono burlon y despreciativo:

—El buen viejo ha hecho una locura en ir á la ciudad con ese enredador de su hijo. El señor guarda general está muy seguro de que su destitucion está resuelta absolutamente, y que nada obtendrán ni el uno ni el otro, teniendo que volverse como se fueron.

—Sucederá lo que Dios permita, le contestaron: los malvados no triunfarán siempre, y tarde ó temprano serán confundidos."

Entretanto, la familia cada vez mas inquieta, no cesaba de llorar y de rezar, pidiendo á Dios protegiese á los dos viajeros, y que coronando sus esfuerzos con un dichoso éxito, los restituyese salvos y sanos á su seno. Todas las veces que espresaban estos votos, los niños venian por sí mismos á unir sus voces inocentes á las ardientes plegarias de su madre, de sus tias y de su abuela.

CAPITULO VII.

NUEVAS DESGRACIAS.

Sumida la familia del guardabosque en estas tristes conjeturas, llegó la fiesta de la Navidad. Aquel dia anocheció mas pronto que los anteriores, porque todo el cielo estaba cubierto de espesas nubes. El viento del norte zumbaba á traves de los desnudos árboles del bosque, la nieve y la lluvia caian abundantemente, y las canales del tejado se parecian á un torrente que se precipita de lo alto de una roca. "¡Oh Dios mio! decia la madre Isabel, que llevaba tiempo de estar á la ventana por ver si distinguia á los viajeros; ¡no los veo todavía! Si no llegan para la velada de Navidad podemos estar ciertas de que les ha sucedido alguna desgracia. El tiempo está horrible; los caminos deben hallarse intransitables!"

Isabel estaba en estas angustias mortales; abrió de nuevo la ventana, miró afuera y de repente esclamó: "¡Ah! ¡Dios sea loado! ¡ahí vienen! ¡qué dicha!" Al punto cada uno se precipitó á su encuentro; las felicitaciones y las preguntas salen al mismo tiempo de todas las bocas. Al fin el padre respondió: "Dejadme, hijos mios, dejadme respirar; yo os lo contaré todo despacio; espero aún que nuestros negocios tomarán mejor aspecto. Debeis haber estado muy inquietos por nuestra ausencia, que se ha prolongado mas de lo que habiamos creido. Yo me he encontrado algo indispuesto en el camino; luego, los rios, desbordados en algunos parajes, nos han obligado á dar muchos rodeos, que han alargado demasiado nuestro viaje; pero henos ya aquí, á Dios gracias!"

El anciano entró en la casa, cambió de vestido y se sentó

en su gran sillon, cerca del hogar. Su mujer trajo una botella de vino y dos vasos. "Tomad, le dijo, para poderos recobrar un tanto, mientras la cena está pronta, que no tardará.

—Bien, dijo el guardabosque paseando una mirada de satisfaccion en derredor suyo. ¡Ah! ¡cuánta dicha es hallarse uno de nuevo en su casa, en medio de los suyos, recibiendo sus cuidados y no percibiendo en torno de sí, sino semblantes risueños y afectuosos!"

Entretanto, Cristian habia salido un instante con su mujer: él le habia confiado en lo particular que los asuntos iban muy mal y que segun todas las apariencias, perderian el empleo. La jóven esposa, toda enajenada, comunicó muy pronto á la familia esta triste nueva, y á poco el anciano no se vió rodeado sino de semblantes pesarosos é inquietos.

"Me apercibo, les dijo, de que Cristian ha soltado la lengua; así, pues, nada tengo ya que ocultaros: vais á saberlo todo, pero con una condicion: nos hallamos reunidos en este momento para celebrar el nacimiento de nuestro Salvador, y la dicha que esta noche santa ha procurado al mundo, debe hacernos olvidar nuestras penas terrestres; al menos la religion debe impedirnos el afectarnos demasiado de ellas. Escuchad, pues, mi narracion.

Desde el dia en que llegamos á la ciudad, aunque ya un poco tarde, me dirigí á la casa de M. Miller, consejero en el departamento de aguas y bosques. Es un hombre justo, me decia en el camino; él me conoce bien; habiendo sido mucho tiempo mi superior inmediato me ha honrado siempre con su amistad. Los demas consejeros que he conocido en otro tiempo, han muerto unos y otros han dejado su puesto. En efecto, el digno M. Miller me recibió con la mas franca cordialidad. Yo le espuse mis cuidados, el objeto de mi viaje y le pedí sus consejos. Despues de haberme oido con una atencion benévola, me tomó la mano y me dijo: "Yo os he estimado siempre, mi buen Grunewald, y sé que habeis llenado constantemente los deberes de vuestro encargo con inteligencia y probidad; pero no debo ocultaros que teneis en el guarda general un enemigro peligroso que está empeñado en perderos. Este hombre, sostenido por relaciones poderosas, goza de gran crédito en la corte y quiere disponer de vuestra plaza en favor de un jóven que ha sido su criado. Desde hace algun tiempo envió á la administracion informes desfavorables, tanto respecto de vos como de vuestro hijo; y temo mucho que á fuerza de intrigas logre arrebatar á Cristian el cargo de su padre que se le habia prometido.

—Pero, señor, le interrumpí, ¿no seria bueno el ir hasta la presencia del príncipe y esponerle todo el negocio?..... Vamos, ¿qué pensais?—Que hariais muy bien, y aun yo os acompañaria; pero el momento no es propicio: S. A. tiene muchas ocupaciones en esta semana; y es muy difícil que podais obtener un momento de audiencia. Seria conveniente que os presentaseis al director general, así como tambien á sus consiliarios; podria ser todavía que fuescis bien recibido; quien sabe si oyéndoos.... pero yo temo mucho: M. de Schilt los ha prevenido á todos contra vos.

"M. Miller no se engañaba: el director general me recibió con mucha frialdad, y apenas se dignó escucharme pretestando que tenia graves atenciones; los consiliarios no me trataron mejor; por todas partes no ví mas que semblantes displicentes, y más de una vez tuve que oir espresiones muy desagradables. Yo no pude llegar hasta el príncipe; así, pues, no me ha sido en ninguna manera posible destruir las calumnias que M. Schilt ha esparcido contra mí y contra Cristian. No tengo necesidad de estenderme mas sobre esto; son pormenores del servicio que no están á vuestro alcance. Todo lo mas favorable que podemos esperar es una sumaria, y aun todavía temo que ésta se encargue á personas que esten mal dispuestas contra nosotros; quién sabe si se nos deparan nuevas desgracias.... Pero dejemos esta conversacion demasiado triste: esta noche toda la cristiandad se regocija con la conmemoracion de la venida al mundo de nuestro Salva-

dor. Al nacer el Hijo de Dios se ha sometido tambien á muchos padecimientos, y este pensamiento debe hacernos soportar los nuestros, que son mucho menores quizá que los que otros tienen. . . ."

Al acabar de decir estas palabras el guardabosque se volvió hácia el cuadro de Antonio, colocado entre las dos ventanas, y al que se habia cuidado de cubrir con una gasa para preservarlo del polvo y de las moscas.

Los dos hijos de Cristian, Francisco y Clara, demasiado niños todavía para comprender algo de la triste narracion de su abuelo, se acercaron diciendo: "Te rogamos, abuelita, que quites el velo que cubre este hermoso cuadro y que se enciendan muchas bujías, como el año pasado, para que se vea bien al Niño Jesus; y tú, papá grande, coge tu harpa y condesciende en acompañarnos: nosotros cantarémos el lindo cántico de Navidad, que mamá nos ha enseñado durante tu viaje.

—Sí, hijos mios, respondió el anciano estrechándolos contra su seno; sí, cantemos y celebremos la noche de Navidad y olvidemos todo lo demas. Mas decidme antes, ¿no ha acontecido nada durante mi ausencia?

—No, respondió la madre; pero he aquí una carta que trajeron ocho dias despues de tu partida.

—¡A ver!"

El guardabosque desplegó la carta despues de mirar el sello; mas apenas habia puesto los ojos en ella cuando una palidez mortal se esparció en todo su semblante. Alzando luego los ojos al cielo, esclamó: "¡Señor! que se haga vuestra voluntad; nosotros nos sometemos resignados á ella!!!...." Y gruesas lágrimas corrieron á lo largo de sus mejillas.

"¡Oh Dios mio! ¿qué es? esclamó la familia espantada.

—Se nos manda salir de esta casa á las veinticuatro horas de recibido este pliego; así pues, deberiamos ya haberla dejado. El guarda general Schilt, me previene que mi sucesor debe instalarse aquí para la Pascua de Navidad, y nos amenaza, en caso de resistencia, de emplear la fuerza armada

para obligarnos á obedecer. Yo me admiro de que no se hayan aún presentado; y así no tendremos momento seguro, porque dentro de uno ú otro pueden ponernos á la puerta."

Esta noticia sumió á toda la familia en la desesperacion; la jóven esposa lanzaba gemidos penetrantes: "¡Cómo! decia, ¿se nos arrojará de aquí en una noche tan horrorosa? ¿Oís cómo brama el viento y cómo cae la lluvia á torrentes? ¿Dónde encontraremos un abrigo contra el frio y contra la tempestad?" Y la sensible madre se dejó caer en una silla, estrechando á sus dos hijos contra su seno. "¡Dios de misericordia! añadió sollozando, ¡tened piedad de estos dos pobres inocentes!"

Su marido, pálido como la muerte, é inmóbil delante de ella, contemplaba en un tétrico silencio ya á sus tiernos hijos ya á su mujer desolada.

"¡Oh Dios mio! ¡Dios! esclamaba por su lado la anciana madre, torciéndose las manos y llenando la estancia con sus lamentos: ¡ser arrojados á nuestra edad, con nuestros hijos y nietos, de la casa donde yo he nacido, en la cual mi padre y mi abuelo han pasado toda su vida, ¡oh! esto es horroroso, terrible! ¡Señor! dejadnos morir en paz bajo este techo que me ha visto nacer!"

Catarina lloraba en silencio; Luisa estaba temblando como una víctima que espera el golpe mortal; las dos se oprimian contra su anciano padre como pidiéndole proteccion; él entretanto, con su aire venerable, su frente calva y sus cabellos blancos, despues de haber tenido largo tiempo los ojos fijos en el techo sin pronunciar una palabra, impuso con la mano silencio á su mujer lo mismo que á su nuera, y les dijo con un tono triste y sosegado enjugando sus lágrimas:

"Sí, hijos mios, sin duda es una horrible desgracia á la edad en que nos hallamos, vuestra madre y yo, dejar nuestra casa y tener que buscar un asilo en otra parte. Desgraciadamente no conozco á nadie que pueda recibirnos á todos; y será necesario, sin duda, separarnos, á fin de procurar nues-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

tra subsistencia. Yo esperaba gozar aquí, en medio de vosotros, de una apacible vejez, veros todos los dias que me quedan de vida, y que al terminar mi carrera bajo este techo amigo, rodeaseis todos mi lecho de muerte: pero Dios lo ha dispuesto de otro modo, y es necesario someternos sumisos y conformes á su santa voluntad."

Despues, arrojando una tierna y profunda mirada sobre sus nietos, continuó con la voz quebrantada por el dolor: "Nuestros corazones se despedazarán viendo estas inocentes y amables criaturas que van á encontrarse sin asilo, en noche tan fria y rigurosa; pero no, no desconfiemos; el corazon de Jesus es todavía mas tierno: aun cuando nos envie grandes aflicciones es siempre con las miras mas sábias y benéficas. Esta desgracia misma, que tanto ahora nos aflige, se cambiará algun dia en nuestro mayor bien. Un antiguo proverbio, cuya verdad y justicia me ha demostrado la esperiencia, dice: "En el momento en que nuestras penas son mas "grandes, es cuando el auxilio de Dios está mas cerca." Es necesario, pues, no mostrarnos exigentes ni injustos para con Dios: hasta hoy su bondad nos ha colmado de bienes; ¿no aceptarémos las aflicciones que nos envia, sea para probarnos, ó sea para castigarnos por nuestras faltas? ¿estamos acaso seguros de haber llenado cumplidamente nuestros deberes; de haber obedecido hasta en sus menores ápices su santa ley?.... Durante una larga série de años la conmemoracion de Navidad ha sido siempre para nosotros una ocasion de manifestarle nuestra alegría y reconocimiento. ¡Y bien! es la voluntad de Dios que la pasemos en esta vez en medio de las lágrimas; pero siempre es el mismo Dios el que nos visita.

—Sí, amigo mio, dijo la buena Isabel; abandonémonos á la sábia y divina Providencia, y recobremos la serenidad en medio de las desgracias que nos hieren. Cuando pienso en lo que sufrió la santa Vírgen, hallo que Dios nos trata todavía con una gran bondad. Esta augusta madre de Jesucristo se vió no solamente obligada á alojarse en un establo en la noche de su casto alumbramiento; sino que ademas, lo mismo que nosotros, tuvo que dejar aquel miserable asilo, en medio de la oscuridad, para huir con su divino Hijo á una tierra estranjera! ¡Ah! tan grande como fuese la fé de María su dolor debió ser muy grande, y lágrimas amargas debieron correr de sus ojos no por ella misma sino por el amor de su Hijo. Yo soy madre y siento cuánto sufre un corazon maternal á la vista de las privaciones y de la miseria de los hijos. Y bien! Su resignacion era perfecta; su confianza en Dios permaneció inmutable como una roca en medio de la tempestad. Nosotros estamos todos sometidos en la tierra á las vicisitudes de la suerte, porque Dios pone á prueba en las desgracias á todos sus hijos. Vemos en las historias del Antiguo y Nuevo Testamento que los mas santos personajes han tenido que sufrir persecuciones; y Aquel que en el establo de Bethlehem y en la huida á Egipto, envió á María amigos para consolarla y ángeles para guiarla, no nos dejará sin su asistencia; cuando sea tiempo vendrá á nuestro socorro, y...."

En este momento llamaron fuertemente á la puerta de la casa: "¡Oh Dios! esclamó el anciano; he ahí á los que vienen á espulsarnos."

Cristian se levantó bruscamente arrojando una mirada inflamada por la cólera sobre su fusil suspendido en la pared. "Que vengan los miserables, que traten de arrojar fuera á mis padres, á mi mujer, á mis hijos, á mis hermanas! El primero que se atreva á poner la mano sobre alguno de vosotros, yo....

—¡Oh! no, no hijo mio, interrumpió el padre con vehemencia; no acabes las terribles palabras que vas á pronunciar, nada de rebelion; nada de resistencia ilegal.... Sometámonos con resignacion, y verdaderos cristianos sepamos soportar la injusticia en vez de cometerla. Si nuestras representaciones, si nuestras vivas instancias no pueden nada con esos hombres, saldrémos tranquilamente y nos abrigarémos por esta noche en la caverna que algunas veces nos ha servido

de refugio en el momento de la tempestad. ¡Ah! añadió levantándose de su sillon, pueda cada uno de vosotros repetir conmigo, antiguo habitante de esta tierra de pruebas:

"Huye lejos de mí, amarga tristeza; porque he puesto en "manos de Dios mis destinos: puedo desafiar el rayo y el "trueno porque Él me defiende con las suyas divinas. Cuan- "do mi alma se apoya en el Señor yo no temo los ataques "del mundo.... ¿Qué son para mí todas las penas de la vi- "da? Yo aguardo tranquilo la hora en que he de bajar á la "tumba!"

CAPITULO VIII.

LA VUELTA INESPERADA.

Continuaban llamando á la puerta, redoblando los golpes á cada momento. "Vé á abrir" dijo Grunewald á su hijo con entereza. Un instante despues un estraño penetraba en la habitacion; era un hermoso jóven embozado en una capa verde; cubria su cabeza una agraciada gorra de pieles, cuya visera ocultaba en parte su rostro. "¡Hé ahí al nuevo guarda-bosque!" se dijeron con terror los habitantes de la cabaña. Entretanto el desconocido parecia espantado á su vez de ver todos aquellos semblantes pálidos, y todos los ojos humedecidos de lágrimas. Al fin se descubrió la cabeza, y tendió la mano al anciano, permaneciendo un instante inmóbil delante de él. "¡Y bien! dijo, ¿no me reconoceis?

—¡Dios del cielo! ¡es Antonio! esclamó Luisa.

—¡Antonio! dijo Catarina, ¿es posible?

—¿Qué estas diciendo, niña? este señor es mucho mas alto y robusto que nuestro Antonio, replicó la anciana madre.

—¡Él es! esclamó Cristian á su turno; lo reconozco ahora perfectamente. ¡Ah! ¡qué dicha! pero, en nombre del cielo, dínos, hermano mio, ¿cómo te hallas aquí? Yo te creia en Roma, á muchos cientos de leguas de nosotros: ¿cómo has venido á sorprendernos así, sin habernos escrito antes ni una sola letra?"

El padre se habia levantado de su asiento, restregándose los ojos, como si temiese el ser engañado por un sueño: él se adelantó lentamente, examinó bien al bello jóven, y de repente se arrojó en sus brazos que él le abria, pudiendo apenas proferir estas palabras: "¡Querido Antonio! ¡hijo mio!" El esceso de gozo por poco le hace perder el conocimiento.

Al punto la familia toda imitó al buen anciano, abrazando cada uno á su vez, y con la mas viva efusion al recienvenido. Ellos gustaban con embriaguez el placer de verse otra vez reunidos. Antonio, especialmente, parecia en el colmo de la dicha, y correspondia con ardor á las vivas demostraciones de ternura y amistad de que era objeto. La jóven esposa de su hermano y sus hijos, á quienes veía por primera vez, recibieron igualmente su parte en estos testimonios de afeccion. Era una verdadera fiesta; todos los corazones nadaban en la alegría, y la dicha inesperada de ver á una persona tan querida, habia disipado la tristeza en que la familia estaba sumergida, como se disipan las sombras de la noche á los primeros albores del dia.

Con todo la anciana recobró luego el sentimiento de su cruel posicion y juzgó conveniente el participarla á su querido hijo. "Antonio mio, le dijo; nos hallas agobiados bajo el peso de crueles infortunios, y bien habrás notado que las lágrimas inundaban nuestros semblantes en el momento en que tan de improviso te has aparecido entre nosotros. Siéntate, hijo mio, y oye lo que nos pasa.

—Nada teneis que decirme, mi buena madre, lo sé todo:

pero enjugad vuestras lágrimas, consolaos todos, mis amados parientes, porque os traigo muy buenas noticias. Vuestros negocios van muy bien: tranquilizaos, padre mio; nadie vendrá aquí á incomodarnos.

—¡Cómo! esplícate, hijo mio, dijo el anciano.

—He visto al príncipe, y le he hecho una esposicion fiel de vuestras desgracias. S. A. me ha encargado os asegure de su benevolencia y de que no teneis ya porque inquietaros.

—¿Qué es lo que dices? ¿Has visto al príncipe? Yo no he entendido nada.... Temo, en verdad, que todo esto no sea mas que un sueño engañador, y que una cruel realidad va muy pronto á disiparlo.

—No, padre mio; no es un sueño, es la pura verdad: sentaos en vuestro sillon, y vos tambien, mi buena madre, sentaos á mi lado y dejadme referiros todo sin omitir nada."

Al decir esto, Antonio se quitó su capa y acercó algunas sillas: los padres, lleno de gozo, lo pusieron en medio de ellos, y los demas rodeándolo, esperaron lo que iba á decir, poseidos de curiosidad y de admiracion. Antonio rompió el silencio, espresándose en estos términos:

"Recordaréis acaso que nuestro actual soberano, no siendo todavía mas que príncipe hereditario, ha hecho largos viajes para instruirse y formarse. La Italia ha sido especialmente, el objeto favorito de sus escursiones. Durante su morada en Roma, visitó una esposicion de cuadros, pintados recientemente por algunos jóvenes artistas, y entre ellos se hallaba uno que fijó particularmente su atencion. Informándose de quién era su autor, supo con placer que era obra de un jóven habitante de su principado, llamado Antonio Croner. Al punto me hizo llamar, y cuando estuve en su presencia, me dió las mayores muestras de benevolencia y afabilidad. Preguntóme el precio de mi cuadro, y con una generosidad digna de su rango, me lo pagó en mucho mas de lo que valia. Desde entonces le ví con frecuencia, pues que siempre que iba á visitar los monumentos de Roma, esas grandes obras del

genio de la antigüedad, queria que yo le acompañase, llevándome en su mismo carruaje: más de una vez me admitió tambien á su mesa. En esto, murió en Roma un gran personaje cuales dejaba á sus herederos una galería de cuadros, entre los que habia muchos de notable mérito. Púsose en venta esta coleccion; y S. A., yendo conmigo, me consultó sobre el precio de aquellos cuadros, cuya adquisicion deseaba, encargándome ajustase su compra. Entablaba el negocio cuando el príncipe recibió la noticia de la muerte de su padre, que le obligaba á dejar á Roma para volver á sus Estados y tomar las riendas del gobierno. Al partir me recomendó de nuevo la adquisicion de los cuadros fijando el precio que queria ponerles y dejándome al efecto una suma considerable.

"Hice lo que estaba de mi parte para desempeñar una comision tan honrosa, y fuí tan feliz que pude conseguir rematar los cuadros á un precio muy inferior al que el príncipe les habia fijado. Poco tiempo despues y cuando ya habia visitado todo lo que la Italia y Roma particularmente contienen de mas interesante para un artista, resolví volver á mi patria. Sabiendo que en el puerto mas cercano, iba pronto á darse un buque á la vela, enfardé mis cuadros con mucho cuidado y me embarqué con toda mi coleccion. Despues de una rápida travesía toqué felizmente en el puerto con mi precioso tesoro, y al momento alquilé un carro que sirviese para trasportarlo, viniendo yo mismo con él, para no perderlo de vista hasta que hubiese llegado al punto de la residencia del príncipe. En efecto, apenas hube llegado, fuí á la corte y me hice anunciar. El príncipe dejaba la mesa en ese momento y me recibió en su gabinete reservado.

"Seais bien venido á Alemania, mi querido Croner, me dijo el príncipe con suma afabilidad. Y bien, ¿cómo va? ¿qué me trais de bueno de la Italia?

—Los cuadros que V. A. me ha encargado comprarle.

—¿Y cuántos? preguntó con viveza el príncipe.

—Todos, Monseñor, le respondí.

—¡Todos! esclamó con trasporte; ¿pero cómo os habeis arreglado? Vamos, esto es delicioso.

"Al punto dió órden de que se trasladasen los cuadros al palacio, donde fueron desenfardelados al momento á su vista. El príncipe se manifestó encantado de hallarlos todos en un perfecto estado de conservacion, porque S. A. no solamente es un amante decidido de la pintura, sino que ademas reune el talento de un inteligente nada vulgar. Yo le puse en las manos las facturas respectivas, y recorriéndolas con la vista esclamó: "¡Cómo! el precio es muy inferior al que os habia fijado. ¡Oh! amigo mio, me dijo trasportado, sois un hombre el mas á propósito que podia hallar." Preguntándole en seguida á quién habia de entregrar el resto de la suma, me respondió el buen príncipe con el tono mas afable y bondadoso del mundo: "Vamos, querido Croner; os chanceais sin duda; de esto no hay que tratar: yo estoy muy reconocido á vuestros favores, y si vos estais contento de mí, mucho mas lo estoy yo de vos. Pero debeis estar muy fatigado: apenas habeis llegado cuando os tomais por mí tanta pena: id, pues, á tomar algun descanso."

"Se me habia designado un precioso alojamiento en el mismo palacio; pero luego que me hube retirado no pensé sino en ir á visitar á M. Miller, con quien sabia estabais en buenas relaciones cuando era guarda general, y aun recordé que lo habia visto aquí muchas veces cuando venia á visitaros. Él se sorprendió al verme, y me preguntó con visible interes por qué casualidad me encontraba en aquel sitio: habiéndoselo dicho, repuso: "Vos llegais muy á propósito, amigo mio:" entonces aquel digno caballero me refirió todos los enredos ó intrigas que os habia armado el guarda general M. Schilt, añadiendo que os habiais visto obligado á ir en persona á la capital y las mortificaciones que habiais sufrido, concluyendo con que habiais tenido que dejar la capital sin haber conseguido ningun resultado de vuestras diligencias. La narracion de estos infortunios me contristó sobremanera, y

al momento quise volver á la residencia del príncipe para revelarle todas las infames intrigas de que erais víctima: el consejero se opuso á ello diciéndome: "Esperad hasta mañana, que yo os acompañaré y pedirémos una audiencia particular al príncipe. Esta noche voy á ocuparme de preparar todos los documentos justificativos necesarios para hacer triunfar la causa de mi antiguo amigo."

"Fuéme muy fácil al dia siguiente obtener una audiencia particular. Desde las primeras palabras que le dirigí al príncipe, fuisteis vos el objeto de ellas; hícele el justo elogio de vuestro carácter, de vuestra probidad, de vuestra beneficencia: la adhesion que os debo prestó elocuencia á mis conceptos. Referíle cómo me habiais recogido y adoptado por hijo, y todos los beneficios que me habiais dispensado, sin omitir la menor circunstancia. El consejero, que se habia quedado un poco detras, me tiraba de cuando en cuando diciéndome en voz baja: "Al caso, al caso." Pero habiéndolo notado el príncipe le dijo sonriendo: "Dejadle, dejadle esplicarse como quiera: el reconocimiento de este jóven por sus padres adoptivos me causa satisfaccion; ya nos dirá al fin lo que quiere." Adelantando entonces en mi relacion, llegué á lo concerniente, al miserable Schilt, y le dije sin disfraz ni reserva todo lo que sabia de él. Hícele conocer al príncipe los motivos porque os habia tomado tanta ojeriza, y por qué se habia empeñado tanto en perderos; diciendo por último que él debia haber sido encerrado en una prision; pero que el príncipe difunto habia usado respecto á él de escesiva indulgencia.

"Jóven, me dijo entonces el consejero Miller con un tono severo; moderaos; vos os salís de los límites del respeto que debeis á S. A.; los príncipes tienen que ser clementes: por otra parte, M. de Schilt era en aquella época demasiado jóven y esta circunstancia esplica cómo se pudo ser indulgente con él.

—Vamos, M. Croner, continuad, me dijo el príncipe. Entonces saqué yo de mi cartera las cartas que me habiais di-

rigido durante mi residencia en Italia, y cuyas cartas contienen todas sabios y discretos consejos para mí y votos en favor del príncipe hereditario, mi protector, que se hallaba á la sazon en Roma conmigo. El príncipe oyó con interes la lectura de estos pasajes, y aun me pidió con bondad el permiso de leer estas cartas por entero. "Sí, añadió, yo me acuerdo muy bien que ya en Italia me habiais hablado con entusiasmo de este buen padre; el que escribe esto, el que educa unos hijos como sois vos, debe ser, sin duda, un escelente hombre." La última carta que le manifesté era aquella en que me participabais el matrimonio de Cristian y la promesa que os habia hecho el príncipe difunto de dar un dia á mi hermano la plaza que habiais ocupado y desempeñado con tanta lealtad, durante vuestra larga carrera. Así, pues, esclamé yo terminando mi demanda, es necesario que V. A. castigue á M. Schilt y que dé al hijo del guardabosque la plaza de su padre.

"M. Miller volvió á mirarme con aire descontento. "Vos os tomais demasiada libertad, me dijo: no debeis emplear ese tono atrevido para hablar á S. A." Pero el príncipe replicó sonriendo y tocándome el hombro familiarmente: "En efecto, amigo mio, las cosas no pueden ir tan de prisa como imaginais. Para fallar en justicia es necesario oir tambien al guarda general."

"Entonces llevó al consejero Miller junto al alfeizar de una ventana y se puso á hablar con él en voz baja algunos instantes; despues M. Miller se sentó á escribir en un bufete, y entretanto, llevándome el príncipe á otro lado de la pieza, se puso á enseñarme una coleccion de cuadros que su padre le habia dejado y que me encargó retocase despues de haberlos examinado.

"Con el mayor placer voy á ocuparme de esta obra, le respondí; pero yo ruego á V. A. que me conceda el permiso de no comenzarla sino hasta que pasen las pascuas. Como en la víspera de Navidad es cuando ví por primera vez á mis respetables padres adoptivos, quiero volverlos á ver en el mismo dia, sobre todo ahora que se encuentran en una posicion tan aflictiva y en que yo puedo llevarles consuelos y buenas noticias.

"Nada es mas justo; el reconocimiento filial es el primero de todos los deberes; pero cuento con que volveréis despues de las fiestas."

"En esto concluyó su trabajo el consejero Miller, y presentándolo al príncipe, lo firmó éste. Despidiónos en seguida S. A., encargándome al mismo tiempo el que os asegurase de su benevolencia, y dejamos la habitacion.

"El buen M. Miller me volvió á acompañar hasta mi alojamiento, felicitándome en el camino por el feliz éxito de esta audiencia.

—Pero, con qué libertad, añadió, habeis hablado al príncipe! Yo hacia mil esfuerzos para conteneros; pero no haciais caso de mis señas; el esceso de vuestra ternura filial es lo que puede serviros de escusa. Por otra parte, el camino mas recto es siempre el mas corto."

"Yo pedí entonces al consejero me dijese lo que habia decidido el príncipe con respecto á vos, y lo que le habia hecho escribir. Despues de haber resistido largo tiempo á mis instancias, me confió bajo el sello del secreto; que el príncipe se habia quejado con él de que se le hubiese querido hacer cometer una injusticia despojando al anciano Grunewald de su empleo de guardabosque. "La órden relativa, añadió S. A., está ahí sobre mi bufete; pero yo no la habia firmado, á pesar de cuanto se habia hecho para obligarme á ello. Yo vacilaba, porque creia recordar con fundamento el haber sabido que Grunewald era un hombre muy honrado. Ahora, quiero examinar este negocio mas de cerca, y entretanto se procede á una indagacion severa é imparcial, yo os encargo dirijais en mi nombre al guarda general Schil una órden concebida en estos términos: "Habiendo sabido S. A. con el mayor disgusto, el modo indigno con que el guarda

general se ha conducido respecto al guardabosque Grunewald, ordena terminantemente que no se moleste en manera alguna al espresado guarda ni á su hijo." Esta comunicacion ha sido al punto remitida con un espreso; porque el príncipe ha añadido: "Yo deseo vivamente que lo mas pronto posible se deje en paz á esas buenas gentes."

"M. Miller me ha encargado, ademas, saludaros muy amistosamente de su parte, y deciros que sin duda alguna la informacion que va á practicarse por el príncipe, redundará en ventaja vuestra, y que entonces no podrá dejar de conferirse á vuestro hijo la plaza de guardabosque."

Durante esta narracion, el viejo Grunewald y todos los miembros de su familia habian derramado, mas de una vez, lágrimas de enternecimiento. "¡Ah, querido Antonio, esclamó el anciano, la mano bondadosa de la Providencia es la que te ha conducido tan oportunamente para deshacer las intrigas de los enemigos que querian perdernos! Ahora sí, entreguémonos á la alegría," añadió levantándose y quitando el velo que ocultaba el cuadro del nacimiento de Jesucristo. Despues, dirigiendo al cielo una mirada de reconocimiento, esclamó: "Hijos mios, unamos nuestras voces al himno de los ángeles: GLORIA Á DIOS EN EL CIELO Y PAZ EN LA TIERRA Á TODOS LOS HOMBRES QUE TIENEN UN CORAZON PURO Y CRISTIANO!

CAPITULO IX.

LA VIRTUD RECOMPENSADA.

CUANDO Antonio hubo concluido su narracion, se informó con interes de la salud de sus padres adoptivos. Considerando sus cabellos blancos y las numerosas arrugas que sulcaban su rostro, notó con penosa emocion cuánto los pesares y los trabajos les habian prematuramente envejecido, sin manifestar sin embargo, á nadie lo mucho que afectaba su corazon este cambio, para no afligir á su sensible y digna familia.

Por otra parte, él vió con satisfaccion que Cristian, Catarina y Luisa estaban en la flor de la edad y gozaban de una brillante salud. Colmó de caricias á los dos hijos de su hermano Cristian no pudiendo menos de esclamar al verlos: "¡Con qué rapidez corre el tiempo! Hace diez y ocho años que Cristian, Catarina y yo estábamos en la edad de estos niños: Luisa era mas pequeña todavía; ahora estos chicuelos vienen á ocupar el lugar que nosotros teniamos." Antonio no se cansaba de contemplar y acariciar á los niños. Alentada con la amable familiaridad de su tio, Clarita se quejó de que no habia recibido todavía sus aguinaldos.... "Porque, dijo el niño Francisco interrumpiendo á su hermano, ese pícaro guarda general nos ha aguado la fiesta; es un verdadero Herodes, un enemigo de los niños."

La madre le reprendió por este rasgo de malignidad infantil.

"Y tú, tio mio, dijo á su vez Clarita, no nos traes algunos regalos de Pascua?

—No he dejado de pensar en vosotros, mis queridos niños; pero es necesario esperar que llegue mi equipaje."

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

general se ha conducido respecto al guardabosque Grunewald, ordena terminantemente que no se moleste en manera alguna al espresado guarda ni á su hijo." Esta comunicacion ha sido al punto remitida con un espreso; porque el príncipe ha añadido: "Yo deseo vivamente que lo mas pronto posible se deje en paz á esas buenas gentes."

"M. Miller me ha encargado, ademas, saludaros muy amistosamente de su parte, y deciros que sin duda alguna la informacion que va á practicarse por el príncipe, redundará en ventaja vuestra, y que entonces no podrá dejar de conferirse á vuestro hijo la plaza de guardabosque."

Durante esta narracion, el viejo Grunewald y todos los miembros de su familia habian derramado, mas de una vez, lágrimas de enternecimiento. "¡Ah, querido Antonio, esclamó el anciano, la mano bondadosa de la Providencia es la que te ha conducido tan oportunamente para deshacer las intrigas de los enemigos que querian perdernos! Ahora sí, entreguémonos á la alegría," añadió levantándose y quitando el velo que ocultaba el cuadro del nacimiento de Jesucristo. Despues, dirigiendo al cielo una mirada de reconocimiento, esclamó: "Hijos mios, unamos nuestras voces al himno de los ángeles: GLORIA Á DIOS EN EL CIELO Y PAZ EN LA TIERRA Á TODOS LOS HOMBRES QUE TIENEN UN CORAZON PURO Y CRISTIANO!

CAPITULO IX.

LA VIRTUD RECOMPENSADA.

CUANDO Antonio hubo concluido su narracion, se informó con interes de la salud de sus padres adoptivos. Considerando sus cabellos blancos y las numerosas arrugas que sulcaban su rostro, notó con penosa emocion cuánto los pesares y los trabajos les habian prematuramente envejecido, sin manifestar sin embargo, á nadie lo mucho que afectaba su corazon este cambio, para no afligir á su sensible y digna familia.

Por otra parte, él vió con satisfaccion que Cristian, Catarina y Luisa estaban en la flor de la edad y gozaban de una brillante salud. Colmó de caricias á los dos hijos de su hermano Cristian no pudiendo menos de esclamar al verlos: "¡Con qué rapidez corre el tiempo! Hace diez y ocho años que Cristian, Catarina y yo estábamos en la edad de estos niños: Luisa era mas pequeña todavía; ahora estos chicuelos vienen á ocupar el lugar que nosotros teniamos." Antonio no se cansaba de contemplar y acariciar á los niños. Alentada con la amable familiaridad de su tio, Clarita se quejó de que no habia recibido todavía sus aguinaldos.... "Porque, dijo el niño Francisco interrumpiendo á su hermano, ese pícaro guarda general nos ha aguado la fiesta; es un verdadero Herodes, un enemigo de los niños."

La madre le reprendió por este rasgo de malignidad infantil.

"Y tú, tio mio, dijo á su vez Clarita, no nos traes algunos regalos de Pascua?

—No he dejado de pensar en vosotros, mis queridos niños; pero es necesario esperar que llegue mi equipaje."

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Los niños quedaron muy satisfechos con esta respuesta y dieron muestras de armarse de paciencia.

En este instante se avisó de estar servida la cena; pero el esceso de placer que esperimentaban todas estas virtuosas personas de verse reunidas de nuevo en un festin de familia, hizo que durante la cena se hablase mucho y de consiguiente se comiese poco. Únicamente los niños hicieron honor á todos los platos, pidiendo inmediatamente despues irse á dormir, en tanto que los demas permanecieron platicando de sobremesa.

"Es necesario, dijo Antonio, que dispongamos una sorpresa agradable á estos preciosos muchachos: preparémosles un árbol de Navidad; porque si en ciertas comarcas de la Alemania no se deja de poner un retablo del Nacimiento, en otras es la costumbre elevar un pequeño árbol de cuyas ramas se suspenden los regalos destinados á los niños. Cristian tendrá la complacencia de ir á buscar un pequeño ramo de pino allí cerca del bosque. Yo tengo por mi parte todo lo necesario para adornarlo. Al venir aquí he dejado mi carruaje en la aldea de Echental, porque los caballos estaban muy fatigados, y no queriendo retardar ni un minuto el placer de volveros á ver, tomé á pié la senda que atraviesa la montaña. El coche cargado con mis maletas y bagajes llegará aquí mañana antes de amanecer y podré preparar á mis amiguitos para cuando despierten una sorpresa de las mas agradables.

En efecto, el dia siguiente muy temprano, y en tanto que los niños se hallaban todavía entregados al mas dulce sueño, toda la familia se ocupaba ya en el árbol de Navidad. Un jóven pinabete, escogido entre los mas bellos del distrito, de ramas muy verdes y bien tupidas, fué colocado en una esquina que formaban las dos ventanas. Despues de hecho esto y habiendo el carruaje descargado los efectos, Antonio abrió una caja llena de una multitud de juguetes, de dulces y de otros objetos cuya posesion causa tanto placer á los niños. Suspendió á las ramas del pinabete todos esos regalitos de bellas frutas,

de dulces de todos colores, de alcartaces llenos de confites, de almendras de garapiña, de guirnaldas pequeñas, de flores artificiales hechas tambien de azúcar cristalizada, adornadas con bonitos listones y lazos azules, verdes y color de rosa; añadiendo á todo esto un gran número de juguetes de toda especie. Antonio lo dispuso todo de una manera pintoresca y con mucho gusto y arte. En fin, tomó algunas docenas de lamparillas de hoja de lata llenas de cera y las colocó de un lado y de otro tanto en derredor del árbol como entre sus ramas, de manera que pudiesen iluminar sus brillantes galas sin quemarlas.

Cuando se hubieron terminado todos estos preparativos se fué á despertar á los niños. "Esperad, dijo Antonio, para dejarlos entrar aquí, á que yo haya encendido todas las lamparillas; la abuelita dará la señal."

Desde que los niños oyeron hablar de aguinaldos ya no pensaron en dormir ni estar un minuto mas en el lecho: no se podia vestirlos tan de prisa como ellos deseaban; en fin la mamá grande dió la señal esperada y dijo en alta voz: "Venid, entrad ahora."

No hicieron mas que dar un salto para precipitarse en la estancia; despues se detuvieron de repente sorprendidos y deslumbrados por el resplandor de esta iluminacion tan espléndida como graciosa. Así permanecieron un momento sin poder hablar; tanta era su admiracion y arrobamiento: con los ojos fijos y la boca abierta, no apartaban su vista de este árbol tan hechicero y resplandeciente. La magnífica verdura de sus ramas, la multitud de lamparillas que brillaban como estrellas, y esas lindas manzanas rojas, esas magníficas nueces de cortezas doradas, y esos mil juguetes de todos los colores, de todas las formas, les parecian haber sido trasportados allí por medio de algun encanto. No sabian si efectivamente era cierto lo que veian ó si no era mas que un sueño: al fin pudieron esclamar: ¡Oh! ¡qué bello es! ¡qué magnífico!

—En todo nuestro bosque, decia Francisco, no se encontra-

ria sin duda un solo árbol tan hermoso y cargado de frutos tan lindos y tan varios!

—Lo creo bien, repuso su hermana Clarita; tendrias que hacer si lo fueras á buscar en el bosque ó en nuestro jardin: árboles como éste no crecen mas que en el Paraiso. ¿No es verdad, mamá, que es el Niño Jesus el que nos ha hecho el presente de este árbol para nuestros aguinaldos?

—No es Él precisamente quien os le da tal como está ahí, respondió la madre; pero siempre es á Jesus á quien debeis este gozo, es á Jesus que en su tiempo vino al mundo, reclinado como un pobre niño sobre un pesebre, y que ahora está en los cielos; porque si no se hubiese aparecido en la tierra, no conoceriamos la fiesta de Navidad ni los aguinaldos.

—Y bien! añadieron los niños; nosotros lo amarémos mucho y lo obedecerémos siempre porque es tan bueno que quiere á los niños; nunca tal vez se ha sentido un gusto tan grande como el que nos ha proporcionado hoy.

—Teneis mucha razon, hijos mios, dijo la abuelita; y nos seria muy difícil á nosotros que hemos llegado á una edad avanzada sentir placeres tan vivos como los vuestros. Ciertamente, si hay séres perfectamente dichosos en la tierra son los que se encuentran todavía en la edad de la inocencia; todos sus goces son dulces y puros. ¡Que Dios proteja vuestra infancia y pueda conservaros largo tiempo en esa ingenua y amable sencillez! ¡Ah! añadió dirigiéndose á los demas de la familia, los placeres de que se gusta en la edad madura se cambian frecuentemente en amargura por la inquietud y los pesares, por la ambicion ó la avaricia ó por otras pasiones, y aun algunas veces por la angustia punzante de los remordimientos. He ahí lo que hace tan bellas como verdaderas estas palabras de nuestro divino Salvador: "*Si no os convirtieseis y no llegaseis á poneros en el mismo estado de los niños, no podréis entrar en el reino de los cielos.*"

El abuelo Grunewald dijo á su turno: "Esta costumbre de presentar á los niños un árbol de Navidad, me agrada mucho. Nuestros antepasados manifestaron tanta prudencia como sagacidad al aprovechar las mas grandes fiestas de la religion cristiana, para hacer de ellas otros tantos dias de regocijo para los niños. La esperanza de la venida periódica de estas alegrías infantiles, les hacia queridas de antemano las santas solemnidades de la Iglesia y disponia su corazon á tomar parte en la felicidad de un órden mucho mas elevado. Así pues, me decido desde ahora á que todos los años, si á Dios place, nuestros queridos niños tengan su árbol de Navidad mas ó menos adornado, pues no por mucho ó por poco dejarán de recibir menos placer. No es necesario mucho para hacer á los niños dichosos. Algunas bonitas frutas, dulces, nueces doradas y tal cual juguete agradable, son suficientes á falta de presentes mas costosos. Por otra parte, el amor que los buenos padres sienten por sus hijos ó sus nietos les sugiere siempre el medio de procurarles una alegría inocente y saludable. Ademas, el árbol de Navidad tendrá tambien su utilidad como medio de educacion; pues que nos podrá evitar frecuentemente el echar mano de otro medio de correccion. En efecto, nuestros hijos despues de haber tenido tanto gusto de ver un árbol de Navidad se regocijarán todo el año con la esperanza de tener otro nuevo, llegando la Pascua, y la amenaza de privarlos de él, si no son juiciosos y obedientes, producirá ciertamente mas impresion en su espíritu que los castigos mas severos."

Los padres espresaron á Antonio su vivo reconocimiento por el placer que habia procurado á sus niños.

"Es una bagatela, respondió él, que no vale la pena de hablar de ella; pero debo tambien rogaros que querais aceptar por vuestra parte algunos regalos."

A estas palabras, abrió su maleta, que se habia depositado en un rincon de la estancia. "¿Reconoceis todavía esta maleta? añadió; es la vuestra: cuando partí para Italia, vuestra bondad hácia mí la habia abundantemente provisto: es justo, pues, que á mi regreso no os la vuelva enteramente vacia."

Acabando de decir esto sacó unos géneros de seda, de un color propio para vestido, y para el forro algunas bellas pieles que presentó á la anciana madre diciéndole: "Dignaos recibir, mi querida mamá, este corto presente. El primer deber de un buen hijo es cuidar de que sus padres estén bien abrigados y vestidos con decencia durante la estacion rigurosa."

Dió en seguida á la jóven esposa de Cristian y á las dos hermanas, Catarina y Luisa, algunas piezas de tafetan para vestidos, así como chales y otros objetos de adorno. Cristian recibió una escelente escopeta de dos tiros, cuya culata, de madera de nogal, artísticamente trabajada, estaba incrustada de adornos de plata. Ya deben suponerse las muestras de alborozo, de gratitud y enternecimiento con que fueron recibidos estos dones: no se cansaban de admirarlos, de encarecerlos pasándolos de mano en mano, y estrechando con efusion, á veces, las del generoso donante.

"En cuanto á vos, mi querido padre, dijo Antonio dirigiéndose al anciano guardabosque; como no debeis salir ya á la caza, ni recorrer los distritos de las selvas, sino mas bien descansar despues de tantos trabajos, he pensado que os seria agradable aceptar algunos fortificantes para sostener los dias avanzados de vuestra edad. He aquí, pues, un cesto que contiene algunas docenas de botellas de vino añejo del Rhin, de primera calidad. De tiempo en tiempo, para restaurar vuestras fuerzas, beberéis algunos tragos en este cubilete que os ofrezco como un recuerdo, al modo de los dones conmemorativos que se hacian entre sí los antiguos." Diciendo estas palabras presentó al anciano un soberbio cubilete de plata, cuyo interior estaba dorado, ostentando en el esterior un trabajo en relieve de una rara belleza: era una corona de hojas de encina artísticamente cinceladas, y en medio de la cual se leia la inscripcion siguiente:

A MI QUERIDO Y HONRADO PADRE,
FEDERICO GRUNEWALD,
GUARDABOSQUE:
EN MEMORIA DE UNA BUENA ACCION
EJERCIDA EN FAVOR DE UN POBRE HUERFANO LA NOCHE DE NAVIDAD
DEL AÑO DE 1740,
LO OFRECE EL DIA DE NAVIDAD DE 1758
SU MUY RECONOCIDO HIJO
Antonio Croner.

Seria imposible pintar el profundo enternecimiento que el respetable anciano esperimentó al recibir este magnífico regalo. Lágrimas de alegría corrian hilo á hilo á lo largo de sus arrugadas mejillas, en tanto que Antonio le tenia fuertemente estrechado entre sus brazos. Pero su emocion llegó á su colmo cuando aquel puso en sus manos un rollo de monedas de oro.

"Padre mio querido, le decia, vos habeis hecho por mí gastos considerables, segun vuestra posicion, y no seria justo que vuestros hijos y vuestros nietos, se viesen privados de lo que debió formar una parte de su herencia."

El virtuoso anciano no queria aceptar aquel dinero.

"No es un presente mio verdaderamente, reponia Antonio para vencer su resistencia; es á nuestro buen príncipe á quien debeis esta rica gratificacion; pues al cederme esta suma, me ha puesto en estado de poder reembolsaros á lo menos de una débil parte de lo que os debo. ¡Cómo podré pagaros nunca vuestro amor y vuestros desvelos!"

A estas tiernas y nobles palabras, el digno anciano estrechó de nuevo contra su seno á su hijo adoptivo, y vencido por sus instancias se vió obligado á aceptar el cartucho de oro que le ofrecia.

Toda la familia, durante esta escena, se hallaba sumergida en la mas viva emocion.

"¡Ah, mi querido Antonio! decia la anciana Isabel, ¿quién habria creido en aquella noche de Navidad en que te reco-

gimos, medio muerto de frio y de hambre, que diez y ocho años despues, vendrias tú á ser á tu turno nuestro salvador; que nos harias recobrar nuestra morada, nuestro destino, y que nos recompensarias tan abundantemente de nuestros cuidados?

—¡Bendecid al Señor, mi digna madre, porque es Él el que todo lo hace: es Él quien ha guiado mis pasos á vuestra casa; es Él quien se ha dignado bendecirnos y salvarnos; yo por vosotros, y vosotros por mí: ¡qué su santo nombre sea glorificado....!" Ahogado por la emocion se detuvo algunos instantes; y despues limpiándose las lágrimas, añadió: "Ahora permitidme dejaros....

—¡Cómo? ¡ya! ¿y por qué?.... esclamaron todos á una voz.

—¿Pues qué no tienes gusto de estar con nosotros? dijeron los padres.

—No es mas que para hacer una visita á M. Riedlenger, á quien no he tenido lugar de ver despues de mi vuelta. Espero llegar á la ciudad á tiempo de poder asistir al servicio divino y despues iré á sorprender á mi escelente maestro como á vosotros, con mi vista inesperada. Mañana en la tarde volveré aquí con él y pasaremos juntos las Pascuas, así como los últimos dias del año."

Asegurada con esta promesa toda la familia, acompañó á Antonio hasta verlo subir á su carruaje, permaneciendo en la puerta hasta que éste desapareció entre los árboles del bosque. Al dia siguiente volvió Antonio con M. Riedlenger, como lo habia prometido, y su presencia de nuevo en la antigua casa del guardabosque esparció tal alegría en ella, que esta modesta y solitaria morada, situada en medio de una sombría floresta, encerraba, acaso, las personas mas dichosas que hayan jamas existido sobre la tierra.

Poco tiempo despues, Antonio rogó al anciano Grunewald y á la buena Isabel pusiesen el colmo á su dicha, concediéndole á su hija Luisa en matrimonio. Ambos vinieron en ello con el mayor gozo del mundo, y la jóven Luisa por su parte, con los colores del pudor en su bello rostro, manifestó que recibia contento de la aquiescencia de sus padres.

"¡Ah Luisa! decia la anciana madre, ¿quién me habia de decir hace diez y ocho años, cuando teniéndote todavía en mi regazo, dabas una pequeña manzana por regalo de Navidad al pobre huérfano que temblando de frio se presentaba en nuestra morada, que este mismo habia de ser el que un dia te condujese al altar? ¡Oh hija mia! Dios te enviaba entonces el esposo que debia hacerte feliz, y á nosotros un hijo cual pudiéramos desearlo."

Las bodas de Antonio y de Luisa fueron, como es de pensarse, la mas alegre de las fiestas que se hubiesen celebrado en la casa del bosque. Antonio compró en las cercanías de la ciudad una bella finca donde fué á establecerse con su jóven esposa, y como era pintor hábil y muy protegido del príncipe, hizo buenos negocios y vivió con Luisa en la union mas apacible y dichosa.

En la primavera siguiente llegó el príncipe inopinadamente al castillo de Felsek, acompañado del consejero Miller y de otro personaje muy entendido en materia de cultivo y de conservacion de bosques. M. de Schilt consternado por esta visita que no esperaba, no se prometió nada bueno de ella.

"Habeis traspasado mis órdenes, le dijo el príncipe con un tono severo: es cierto que descansado en la fé de vuestros informes habia suspendido provisionalmente de sus funciones al guardabosque Grunewald, y que habia resuelto no dar á su hijo sino una plaza inferior; pero nunca ha sido ni pudo ser mi intencion obrar con tanta inhumanidad, como habeis querido hacerlo en mi nombre; y espulsar á toda una familia de su domicilio en medio del rigor del invierno. Antes de ir mas lejos, veamos ahora cómo se encuentran los bosques confiados á vuestra inspeccion."

El distrito del guarda general se encontraba en el peor estado que pudiera pensarse.

"Segun los informes que habeis elevado á la direccion ge-

neral de bosques y aguas, le dijo el príncipe, todo se hallaba en un órden admirable, y sin embargo, yo he visto por mis propios ojos que está muy lejos de ser lo que habeis anunciado. Me he asegurado, sin ningun género de duda, de que en varios puntos se ha cortado mucha mayor cantidad de madera que la que se ha llevado en cuenta; de manera que se ha cometido un fraude y se me ha engañado."

Efectivamente, en la secuela de la informacion vino á probarse que el guarda general habia vendido cortas importantes para una mina de hierro cercana, sin hacer mencion de ellas en las cuentas. Schilt habia sido impulsado á una conducta tan culpable por la necesidad de satisfacer su gusto desenfrenado por los placeres y el fausto. No solo habia disipado en fiestas y prodigalidades un rico patrimonio, sino que habia contraido numerosas deudas y cometido por último, infidelidades en la administracion de los bienes de su señor. Así, pues, fué destituido y condenado á reembolsar al gobierno las sumas que habia defraudado.

Este hombre desgraciado, reconociendo sus faltas, aunque demasiado tarde, se retiró poco despues á una casita de campo, única cosa que le quedaba de la inmensa fortuna de su padre, y pasó en ella el resto de su vida en un estado muy cercano á la miseria.

En cuanto al distrito confiado al anciano Grunewald, el príncipe lo encontró en el mejor estado que podia pedirse y quiso manifestarle su satisfaccion. Al efecto vino un dia él mismo á ver al honrado guardabosque en su habitacion, trabando con él una larga plática sobre todo: hizo que le presentase á su familia dirigiendo á cada uno de sus miembros algunas palabras afables y bondadosas. Despues, y al montar en su caballo tordillo, que un picador con rica librea tenia de la brida delante de la puerta de Grunewald, el príncipe volviéndose hácia Cristian le dijo: "Desde hoy os nombro guardabosque en lugar de vuestro padre; haced por llenar vuestras funciones, como él ha sabido hacerlo. Luego, dirigiéndose al

padre: "En cuanto á vos, mi digno y honrado Grunewald, si bien estais avanzado en años, no por eso os hallais en el estado de incapacidad para el servicio en que os habia pintado ese malvado de Schilt. Aunque me sirvieseis por mucho tiempo mas, estariais todavía robusto y apto; así, pues, no puedo concederos vuestro retiro. Sin embargo, añadió el príncipe con un acento risueño y lleno de bondad, estrechándole amigablemente la mano; como ya Cristian tiene vuestra plaza, comprenderéis muy bien lo que quiero deciros.... Hasta otra vista, *señor guarda general*," y montó á caballo saludando á todos graciosamente con la mano.

La familia, sorprendida y como herida de estupor por este inesperado acrecentamiento de dicha, apenas tuvo fuerzas para inclinarse llena de gratitud y de respeto ante este buen príncipe y colmarle de mil y mil bendiciones mientras se alejaba.

FIN.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

INDICE.

	Págs.
Capitulo I.—*Desvalimiento y hospitalidad*	3
Cap. II.—*Historia de Antonio.*	11
Cap. III.—*La familia del guardabosque*	21
Cap. IV.—*El artista.*	27
Cap. V.—*El cuadro*	37
Cap. VI.—*La desgracia*	49
Cap. VII.—*Nuevas desgracias*	59
Cap. VIII.—*La vuelta inesperada*	66
Cap. IX.—*La virtud recompensada.*	75

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CIRCULAR

QUE EL

OBISPO DE MICHOACAN

DIRIGE AL

MUY ILUSTRE Y VENERABLE CABILDO

Y

VENERABLE CLERO DE SU DIOCESIS,

EXPLICANDO
EL SENTIDO DE SUS CIRCULARES ESPEDIDAS CON MOTIVO DEL JURAMENTO
DE LA CONSTITUCION CONTRA LA FALSA INTELIGENCIA QUE SE
LES HA PRETENDIDO DAR EN ALGUNOS IMPRESOS.

SUPLEMENTO AL NUMERO 3 DE "LA CRUZ."
Mayo 28 de 1857.

MÉXICO.

IMPRENTA DE ANDRADE Y ESCALANTE
CALLE DE CADENA NUMERO 12.

1857.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CLEMENTE DE JESUS MUNGUIA, por la gracia de Dios y de la Santa Sede Apostólica, Obispo de Michoacan.

A NUESTRO M. I.
Y V. CABILDO, AL V. CLERO SECULAR Y REGULAR
DE NUESTRA DIÓCESIS.

Venerables hermanos.

Con motivo de las advertencias pastorales á los fieles y las prevenciones á los eclesiásticos hechas por el Illmo. Sr. Arzobispo y algunos de sus sufragáneos en cumplimiento de un deber de conciencia, se han dado á luz algunos escritos, ya como artículos de periódicos, ya en cuadernos separados, en que nuestra conducta se ha glosado de varios modos diversos, pero todos desfavorables al Episcopado de México. Miéntras en estos escritos no aparecia cosa alguna que nos hiciese temer el que fuese sorprendida la buena fe de los fieles para sustraerlos insensiblemente á la obediencia de la Santa Iglesia, no creimos necesario llamar vuestra atencion sobre este punto. Pero desgraciadamente se han publicado algunos escritos en que, alterándose unos hechos, suponiéndose otros y dándose á nuestras disposiciones diocesanas una inteligencia que no tienen, parece que se trata de introducir un cisma, sustrayendo á los eclesiásticos de la obediencia de sus Obispos, y á los fieles de la que deben á los eclesiásticos que permanecen fieles á sus Prelados.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Por una especialísima providencia de Dios tenemos bastantes motivos para creer que, fijos todos los fieles en el gran principio de que en el Episcopado reside la mision y el poder de la enseñanza, que esta enseñanza es toda de autoridad, y habla, no con la demostracion al convencimiento como la filosofía, sino con la palabra de Dios á la fe, nunca darian crédito á los discursos del siglo, cuando tendiesen á desvirtuar la palabra sagrada de los Pastores. Pero como son tantos los peligros que corren la fe y la moral con la propagacion de ciertos escritos, en que por una parte se toma el ropaje de la piedad y del zelo, y por otra se combaten atrozmente las instituciones mas respetables y los derechos mas sagrados; en que se adopta el sistema de atacar al Episcopado con el Papa, y vice versa; en que se cita la Santa Escritura para desvirtuar la palabra de sus legítimos intérpretes, los cánones para combatir á los que se ocupan en la defensa de los mismos cánones, &c., &c., y esta peligrosa táctica puede seducir á muchos incautos; hemos creido, no solo conveniente y oportuno, sino en gran manera necesario, disponer que los señores eclesiásticos hagan á los fieles sobre esto las advertencias debidas, explicándoles el sentido de nuestras providencias y decretos, y manifestando la falsedad de los hechos é intenciones que se nos atribuyen. A este propósito hemos querido, venerables hermanos, dirigiros esta circular, para que conforme á ella déis á los fieles cuantas instrucciones os parezcan necesarias para destruir en sus almas los efectos funestos que hayan podido producir tan peligrosas lecturas.

1. Desde fines de Marzo se nos inculpa de que no hablamos. Es falso. No hemos dejado de hablar á quien corresponde; al Gobierno en nuestras respetuosas exposiciones, á vosotros en nuestras pastorales; y cuando ya no nos fué posible hacer uso de la imprenta, ni dirigir pastorales á los fieles, hemos tenido cuidado de hablarles por conducto de sus párrocos en circulares brevísimas, único recurso que nos quedaba para proveer con la debida oportunidad á las necesidades de tantas parroquias. Tened, pues, entendido, y hacedlo entender á los fieles, que hacemos cuanto podemos; que si no hablamos más, es porque no se nos permite el uso de la imprenta, y advertimos esto, para que no se dé crédito ninguno á esa multitud de escritos contrarios á la religion y á la Iglesia que circulan con tanta profusion hoi que por los motivos

dichos no podemos nosotros combatirlos ni por la imprenta, ni en el púlpito, ni de ninguna manera eficaz.

2. Se ha dicho que el motivo de nuestras medidas es que los eclesiásticos no pueden ser diputados ni presidentes. Es falso: jamas consideraciones de esta clase nos han movido para dictar nuestras providencias diocesanas. Se ha supuesto que nos mueve tambien el empeño de que el Gobierno imponga las coacciones necesarias para que nadie rompa la clausura monacal, y se nos excita para que digamos que peca no haciendo que las mujeres estén encerradas á fuerza. Es falso: nada de esto hemos dicho, nada de esto hemos pretendido. Va para veinticinco años que se quitó por la primera vez, por una ley del Congreso general, la coaccion civil en este punto; y en tan dilatado tiempo, á excepcion de rarísimos casos, las religiosas de todas órdenes han permanecido tranquilas y contentas en sus claustros: brillante prueba de que no están á fuerza, de que la Iglesia no necesita que el poder civil use de sus medios coactivos para la conservacion de estos institutos, y de que, si el art. 5º de la Constitucion es uno de los que nos han parecido en oposicion con los derechos de la Iglesia, es por su carácter propio, y no por la necesidad que tenga ella de la coaccion civil.

3. Se ha dicho que con nuestros decretos y circulares relativas al juramento de la Constitucion nos hemos arrogado un poder mayor que Jesucristo, porque usamos facultades en el órden secular que jamas se atribuyó el Divino Maestro; que ejercemos un poder omnímodo, despótico y arbitrario; que contradecimos con nuestra conducta el ejemplo del mismo Jesucristo, que se sometió á un Juez gentil, y el de los Apóstoles, que se consideraron obligados en conciencia á obedecer á las potestades seculares. Deducen de aquí que nuestros decretos son nulos y de ningun valor, *subversivos* del órden público, y léjos de obligar en conciencia, es pecado mortal obedecerlos. Esto es lo que se dice; pero todo es falso, falsísimo.

4. ¿Qué hemos dicho? *Que no es lícito jurar la Constitucion, por contener varios artículos contrarios á la institucion, doctrina y derechos de la Santa Iglesia.* Ahora bien, ¿quiénes en la tierra son los que han de decir lo que es ó no lícito, lo que es ó no pecado? Aquellos que están puestos para regir la Iglesia de Dios; porque la Iglesia de Dios es el reino de Dios, y el reino de Dios

en su régimen, en su gobierno, tiende precisamente: á la estirpacion del pecado, y por esto se les debe explicar á los fieles los mandamientos, al cumplimiento de la lei de Dios, y por esto se les debe decir lo que es lícito y lo que no es lícito. ¿Y quiénes son estos á quienes puso Jesucristo en su Iglesia para regirla? *Los Obispos*, dice S. Pablo. Luego cuando los Obispos hemos dicho lo que no es lícito, léjos de habernos tomado un poder mayor que el de Jesucristo, hemos obrado conforme á nuestra mision. Jesucristo se sometió al magistrado gentil; pero no renunció á su derecho de decir lo que es ó no lícito aun á los reyes: al contrario, le arguyó de pecado, diciéndole: *El que me ha entregado á ti, tiene pecado mayor que tú.* Es falso que háyamos usurpado facultades del órden secular, falsísimo á toda luz. El objeto de nuestras disposiciones es un juramento, y el juramento pertenece por entero á la religion: la cuestion afectada por nuestras medidas es lo lícito ó ilícito; esto es todo del dominio de la moral cristiana, y la moral cristiana es de la competencia incontestable del Episcopado.

5. La declaracion de lo lícito ó ilícito en el órden moral, de lo que puede traerle al alma el infierno ó el cielo necesita una mision, un poder en la tierra. ¿Dónde está este poder? ¿Irémos á preguntarle al Congreso, ó al Gobierno, ó al tribunal de Justicia, ó al Prefecto, ó al Comandante general, si nuestras acciones son lícitas ó no son lícitas, si lo que hacemos ó dejamos de hacer es pecado ó no es pecado, si con obrar de un modo ó de otro modo, nos hemos de salvar ó nos hemos de condenar? No por cierto. Luego, si esto necesita una autoridad en la tierra y tal autoridad no está en el órden civil, es claro, clarísimo que está en la Iglesia, y que los que tienen á su cargo ejercerla, son precisamente los que fueron puestos en la Santa Iglesia de Dios para regirla; y pues los que están en la Iglesia para regirla son los Obispos, segun la expresion de S. Pablo, el mas ignorante ve y palpa que, cuando un Obispo dice que no es lícito jurar algo, cuando dice qué cosa es pecado y qué cosa no lo es, ejerce su mision, está en su terreno, obra con autoridad y tiene para ello un incontestable derecho.

6. Ahora bien: ¿este poder es *omnímodo*? No: porque no es *omnímodo* lo que no es de *todos modos*, no es omnímodo lo que está sujeto y conforme al órden establecido, no es omnímodo el decir sencillamente: *no es lícito hacer tal ó cual cosa.* ¿Este poder es despótico? No: porque no es despótico lo que se hace conforme á la lei, no es despótico lo que se hace con facultades legítimas. Ahora bien: ¿los Obispos han obrado en esto sin lei? No: porque el segundo precepto del Decálogo dice que no se jure en vano; porque Jesucristo dijo que habia venido á cumplir la lei y no á destruirla; porque los mandamientos de la Iglesia son para mejor explicar y cumplir los de la lei de Dios, como dice el catecismo; porque un juramento es falso ó injusto, no porque el Obispo lo dice, sino porque la lei de Dios lo condena, y puntualmente porque la lei de Dios lo condena, el Obispo lo advierte, á fin de que nadie alegue ignorancia, y de que todo el mundo sepa cuáles son sus obligaciones. ¿El proceder de los Obispos es arbitrario? No: porque no han establecido ellos sino solamente declarado la iliciud del juramento constitucional en vista de la oposicion de algunos artículos á la institucion, doctrina y derechos de la Iglesia. Puntualmente el decir *esto no es lícito* es reconocer y acatar una lei preexistente; porque decir *esto no es lícito*, es decir *esto es contrario* á la lei; decir *esto es contrario á la lei*, es reconocer la lei, acatar la lei, obedecer la lei; y reconocer, acatar y obedecer la lei, no es proceder arbitrariamente. Luego no hai medio: ó decir que no hai lei que prohiba jurar falsa ó injustamente, ó decir que el juramento simple de la Constitucion tal como está es conforme á la lei de Dios, ó confesar que el proceder de los Obispos nada tiene de arbitrario.

7. Ya hemos visto que Jesucristo arguyó de pecado al mismo magistrado gentil que le estaba juzgando, reconociéndole como una autoridad legítima en clase de funcionario público, es verdad, pero condenándole al mismo tiempo como un magistrado injusto, lo cual importaba una reprobacion manifiesta del modo con que aquel ejercia su autoridad. En cuanto á los Apóstoles, ellos hicieron lo mismo que Jesucristo, acatar las autoridades en los casos de su resorte, y obrar á pesar de ellas en las cosas del santo ministerio. Cuando los magistrados gentiles les querian obligar á hacer una cosa ilícita, les decian claramente que no les era lícito desobedecer á Dios para obedecer á los hombres. Ahora bien: ¿qué han dicho sustancialmente los Obispos de México? "No es lícito nunca jurar en vano, no es lícito nunca ofender á Dios," porque á esto equivale decir: "no es lícito jurar la Constitucion, por

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

contener varios artículos contrarios á la institucion, doctrina y derechos de la Iglesia." ¿Es esto mezclarse en cosas seculares? No. ¿Es esto invadir los dominios del poder civil? No. ¿Es esto entrometerse en el régimen político de la sociedad? No. ¿Es esto desconocer la obligacion que todos tenemos de prestar la debida obediencia á las autoridades políticas del Estado? No. ¿Es esto proclamar la rebelion? No. ¿Es esto trastornar el órden público establecido y conservado por la justicia? No. Luego hemos dicho lo que nos toca, no hemos invadido poder ajeno; hemos obrado conforme á la ley divina, no nos hemos excedido de nuestras facultades canónicas; y cuando decimos lo que es ó no pecado, lo que es ó no lícito, cumplimos con un deber sacratísimo, debemos ser escuchados por los fieles, y toda palabra que condene como un pecado mortal la obediencia y acatamiento de estos á la voz de sus legítimos pastores, es una palabra escandalosamente cismática.

8. Se ha dicho que en materias de moral hai libertad de conciencia en puntos controvertibles, que la licitud ó ilicitud del juramento es punto controvertible; que nosotros, declarando la ilicitud, no hemos hecho mas que inspirar nuestra opinion á los fieles, imponiéndoles precepto de seguiria bajo pena de pecado mortal. Todo esto es falso. Punto controvertible es aquel sobre que puede disputarse, que tiene un pro y un contra, que no habiendo tocado á la plenitud de la certidumbre, se halla colocado en la esfera de la probabilidad y está naturalmente sujeto á la discusion. Pues bien: es falso que haya libertad de conciencia en este punto: la probabilidad y seguridad en sus relaciones con la conciencia tienen reglas fijadas por la moral, y estas reglas sirven al sacerdote de guía para calificar la culpabilidad de los actos, dirigir la conciencia de los fieles y desempeñar en el confesonario el triple oficio de Juez, de Maestro y de Médico. Verdad es que no podrá imponer su opinion á los penitentes; pero tampoco juzgarlos segun la de ellos, despreciando los principios de la moral en materia de conciencia probable. Si el Apóstol S. Pablo dijo á los fieles acerca de la licitud, no de comer ó no las viandas que los gentiles habian ofrecido á los ídolos, como se ha dicho, sino de algunas prácticas de la ley mosáica, que cada uno abundase en su opinion, esto era respecto de solo aquello, y no extensivo á todo, y de nada se hallaba tan léjos el Santo Apóstol

como de proclamar la libertad absoluta de conciencia en materias controvertibles. Mui sabido es que la moral tiene dos principios evidentes: primero, que nunca es lícito obrar contra la conciencia; segundo, que no por esto es lícito obrar siempre segun la conciencia. ¿Adónde iria el segundo de estos principios á parar, si hubiera libertad de conciencia para que cada uno siguiese su propio dictámen en materias controvertibles? Y debe advertirse que los casos prácticos en que tal principio puede tener aplicacion, es decir, en que se peca siguiendo el dictámen de la conciencia, no están reducidos á los de conciencia errónea, sino que se extienden tambien á los de conciencia probable, y por consiguiente, á las materias controvertibles: así lo enseñan los moralistas.

9. La cuestion del juramento no es controvertible. ¿Por qué? Porque es cierto certísimo que no es lícito tomar en vano el Santo Nombre de Dios; que toma en vano este Santo Nombre el que jura sin verdad, sin justicia y necesidad; que jura sin justicia el que jura de hacer algo mal hecho; que es mal hecho sujetarse á la ley civil cuando está en pugna con las leyes generales de la Iglesia, admitir principios que la Iglesia reprueba, contrariar su institucion en cualquiera sentido. Es cierto certísimo que no es lícito jurar con duda; porque el que jura con duda se expone á jurar en vano, y en consecuencia, que aun cuando solo fuera fundadamente dudoso si hai ó no mal moral en algunos artículos de la Constitucion, si hai ó no verdad en sus principios, esto seria bastante para reconocer como cierto certísimo que no es lícito jurar la Constitucion miéntras esté así, es decir, miéntras de ella no salgan ó el error, ó el mal, ó la duda.

10. Colíjese rectamente de lo expuesto ser falso de toda falsedad que nosotros hayamos querido imponer á los fieles la obligacion de seguir nuestra propia opinion bajo pena de pecado mortal en puntos controvertibles.

11. Se ha dicho que no tienen los Obispos ni nadie, sino solamente los legisladores, facultad para fijar la licitud de la ley. Este es un error monstruosísimo, y tanto, que á ser cierto, concluiria para siempre todo el órden moral, acabaria el régimen católico de la conciencia, la unidad é inmutabilidad de la doctrina en materia de costumbres. Radicar exclusivamente en el legislador temporal el derecho de fijar la licitud de sus leyes, es aniquilar ante la legislacion civil toda la autoridad moral de la Iglesia ca-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

tólica. Los legisladores humanos, en lo que disponen sin perjuicio de la lei de Dios y de la Iglesia, deben ser obedecidos, y por consiguiente en este sentido fijan ellos el grado de las obligaciones, pues que sus leyes obligan en conciencia; pero no pasemos de aquí, no llevemos las cosas hasta el grado de establecer por punto general que la declaracion ó el juicio de lo lícito ó ilícito en materia de leyes civiles es de la competencia *exclusiva* del legislador temporal, y que fuera de Dios *nadie* puede juzgar acerca de esto.

12. Puede haber oposicion y de hecho la ha habido en diversos tiempos entre las leyes humanas y las leyes divinas. Si en este punto no hai mas que obedecer al César, porque á él y solo á él le toca fijar la licitud de la lei, la Iglesia no vale nada, la Iglesia está por demas; todo el órden moral está intervenido por el poder civil: los mártires fueron unos necios con dejarse degollar, como los Apóstoles lo habian sido ántes por haberse dejado encarcelar y azotar. Estos no sabian lo que hablaban cuando decian á los príncipes y sacerdotes que no les era lícito desobedecer á Dios para obedecerlos á ellos, puesto que lo lícito era de la competencia del legislador y no de la Iglesia, puesto que el legislador es el único á quien toca fijar la licitud de su lei.

13. Se ha dicho que nuestros decretos se oponen al Derecho canónico general de la Iglesia católica, y usurpan las facultades del Sumo Pontífice; y de aquí se quiere deducir, como cosa cierta, que no son ni pueden ser válidos. Todo es falso.

14. Fúndase el autor de esta asercion en dos constituciones pontificias, una de Nicolas III y otra de Gregorio XIII. ¿Qué dice Nicolas III? Primero, que cuando entre lo que se jura hai artículos *ilícitos, imposibles y opuestos á la libertad eclesiástica*, el juramento no puede referirse á estos, y que tal debe ser la intencion de los que prestan el juramento. Ahora bien: ¿cuándo hemos dicho nosotros que se advierta á los que juren la Constitucion, que hagan intencion de guardar lo ilícito, lo imposible y lo que se oponga á la libertad eclesiástica? ¿Cuándo hemos dicho que puedan lícitamente referirse á esto tales juramentos? Nunca: ¡Dios nos libre de decirlo! Al contrario, hemos dicho que, habiendo en la Constitucion algunas cosas contrarias á la institucion, doctrina y derechos de la santa Iglesia católica, no se puede jurar lícitamente: luego nuestras declaraciones están enteramente conformes con la disposicion de este Sumo Pontífice. ¿Qué

dice en segundo lugar? Que si por ignorancia se refiere la intencion á tales artículos, no por esto quedan obligados á ellos aunque sea general la fórmula del juramento. ¿Y acaso hemos dicho á los que juran la Constitucion, que en fuerza de su juramento quedan obligados á cumplirlo en la parte que sea mala? Nunca, ¡Dios nos libre de tal cosa! Al contrario, hemos enseñado que los que hayan hecho tal juramento, no deben cumplirle, y esto quiere decir la *retractacion*.

15. ¿Qué dice Gregorio XIII? Que los que con ánimo deliberado y conciencia cierta de que hai en lo que se jura, cosa ilícita ó imposible, ó contraria á las disposiciones del Santo Concilio de Trento y á la libertad eclesiástica, exigen tal juramento, quedan excomulgados con excomunion mayor, cuya absolucion está reservada al Sumo Pontífice, y en consecuencia, sin obtener de Su Santidad la absolucion, no podian recibir ningun sacramento. De aquí se quiere inferir que hemos derogado la disposicion canónica, pues damos por bastante la retractacion para que los eclesiásticos puedan absolver. ¿Qué dirémos á esto? Sin hacer alto en que la censura canónica, limitada únicamente á los que exigen el juramento, no tiene toda la extension que le ha querido dar el autor, le dirémos, que con toda seguridad puede tranquilizarse, porque tenemos facultades pontificias para absolver de esta clase de reservados, y las hemos comunicado á los eclesiásticos. No quedaba que hacer mas que una cosa: ¡cuál! reparar el escándalo; y para esto, no impusimos obligacion nueva, sino solo recordamos á los confesores la mui antigua que tienen todos de dar este paso previo en cualquiera caso. Ahora bien: ¿no nos es lícito recordar á los eclesiásticos sus obligaciones, llamar su atencion sobre lo dispuesto para tales ó cuales casos? Luego ni nos hemos excedido de nuestras facultades, ni estamos en oposicion con el Papa Gregorio XIII. Si no hemos dicho que los que exigen el juramento de la Constitucion con conciencia de que tenga algo de ilícito, quedan excomulgados, esto prueba, no que nos háyamos excedido de nuestras facultades, ni que le háyamos usurpado al Papa las suyas, sino que, considerando las circunstancias de los tiempos, las agitaciones en que podrian entrar las conciencias, &c., &c., y obrando con la debida prudencia, nos hemos limitado á lo mui preciso. Está pues de manifiesto que no nos hemos opuesto al Derecho canónico general; que no hai contrariedad entre nuestras

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

circulares y las constituciones de Nicolas III y Gregorio XIII, ni usurpacion alguna de las facultades del Sumo Pontífice.

16. Pero no concluirémos este punto sin hacer una advertencia oportuna, para prevenir la falsa aplicacion que pudiera darse á la primera de las citadas disposiciones canónicas. No seria difícil que de las palabras de Nicolas III se quisiese inferir que es lícito prestar un juramento de leyes ó estatutos, aunque contenga artículos ilícitos, imposibles y opuestos á la libertad eclesiástica, como parece darlo á entender el autor del escrito que nos ocupa. No. En esta disposicion pontificia se supone el hecho, y se declara lo que obliga ó no: se indica lo que puede suceder, pero de ninguna manera se permite jurar á sabiéndas cosa ilícita. Tan cierto es esto, que el mismo Papa Nicolas III en la disposicion canónica citada en el cuaderno en que se nos acusa de haber obrado contra el Derecho canónico general, prohibe severamente prestar á sabiéndas juramento de constituciones ó estatutos en que se encuentren algunas cosas contrarias á la libertad de la Iglesia.

17. Es muí digna de notarse la conformidad que hai entre la disposicion canónica y nuestro decreto de 18 de Marzo. ¿Qué dice aquella? *Como en los estatutos suelen á veces encontrarse algunas cosas ilícitas ó contrarias á la libertad de la Iglesia;* ¿Qué dice nuestro decreto de 18 de Marzo? *Habiendo visto en ella* (la Constitucion) *varios artículos contrarios á la institucion, doctrina y derechos de la Iglesia;* ¿Qué dice la decretal? *Debemos resistir á los peligros de las almas;* ¿Qué dice nuestro decreto? *No queriendo hacernos responsables ante Dios del juramento que por falta de advertencia prestase alguno de nuestros diocesanos;* ¿Qué dice la decretal? *Mandamos* (praecipimus) *que no se preste juramento por quienes sepan que en estos estatutos se contienen cosas ilícitas, ó contrarias á la libertad eclesiástica;* ¿Qué dice nuestro decreto? *Declaramos que ni los eclesiásticos ni los fieles podemos jurar lícitamente la Constitucion.*

18. ¿Puede darse una identidad mayor que la que hai entre la disposicion canónica citada y nuestro decreto diocesano? ¡Cómo pues ha podido imaginarse ni ménos todavía decirse y sostenerse que nuestro decreto ha derogado el *Derecho canónico general*, y apoyar este aserto en la decretal citada de Nicolas III! Volvemos á decirlo: no es lícito jurar á sabiéndas ninguna cons-

titucion ó estatuto semejante; y por lo mismo el Papa Gregorio XIII impuso la pena de excomunion mayor con absolucion reservada al Sumo Pontífice contra todos aquellos que exigiesen semejantes juramentos con ánimo deliberado y conciencia cierta de que se contenga en ellos cosa ilícita ó imposible, ó contraria á las disposiciones del Santo Concilio de Trento y á la libertad eclesiástica; y renovando en todas sus partes la Constitucion de Nicolas III, prohibe absolutamente no solo el exigirlos, sino tambien el prestarlos. Ahora bien: ¿es lícito enajenar los bienes de la Iglesia contra su voluntad? ¿despojarla del derecho de conservar su propiedad raiz? ¿Es lícito privar á los eclesiásticos del fuero, que no pueden ni aun renunciar siquiera, segun lo prevenido en las leyes generales de la Iglesia? ¿Es lícito declarar la enseñanza libre, lo mismo que la propalacion de las opiniones de palabra ó por escrito, aun cuando se trate de los dogmas católicos? ¿Es conforme al Santo Concilio de Trento retirar la coaccion civil para los votos monásticos? ¿Es lícito y conforme á este Sagrado Código el obligar á los eclesiásticos á inscribirse en la Guardia nacional? ¿Es lícito atribuir al poder civil un derecho indefinido de intervencion emanado solo de las leyes civiles, y esto de la que se dén, sean cuales fueren, en materia de culto religioso y disciplina externa? Si lo lícito ó ilícito depende de la voluntad del que da la ley, no hai duda que todo esto será lícito; pero si lo lícito ó ilícito depende de la ley de Dios, si la autoridad establecida para explicar esta divina ley es la Iglesia, entónces nada de esto es lícito; y por consiguiente, jurar la Constitucion bajo tal concepto, es cometer un gravísimo pecado.

19. Se pretende que nuestros decretos son *injustos*, suponiendo probado que son nulos. Si pues no hai tal nulidad, como lo hemos ya demostrado, tampoco hai por este lado ninguna ilicitud. ¿La habrá por otro principio? Si atendemos á los conceptos emitidos por el autor de semejante acusacion, sin duda que sí; porque, segun él, nuestros decretos por una parte son injustos, despóticos ó inducen al pecado, y por otra imponen una pena canónica sin misericordia por un pecado artificial: pero si se ven las cosas como son en sí, todo el mundo advertirá que no hai nada de esto, que todo es falso en la extension de la palabra.

20. Como ya se nos habia hecho el cargo de que nuestro proceder fué *omnímodo, despótico y arbitrario*, tenemos ya manifestado

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

lo falso de esta asercion en el núm. 6. Allí probámos que nuestro proceder no fué despótico ni arbitrario, sino mui conforme á la lei de Dios. No hai pues necesidad de decir aquí nada de nuevo, para poner á toda luz que nuestros decretos no son injustos, no son despóticos, ni tampoco inducen al pecado: porque no hai injusticia en enseñar con autoridad legítima lo que es contrario á la lei de Dios; no hai despotismo en la total sumision de la conducta á esta divina lei; no hai *incitacion al pecado* en las advertencias oportunas que se hacen al pueblo *para que no pegue*. Claudican, pues, por esta parte las razones en que se funda la pretendida ilicitud de nuestros decretos.

21. ¿Y qué dirémos del concepto que afirma de un modo absoluto que sin misericordia hemos impuesto una pena canónica por un pecado artificial? Comenzando por esto de *pecado artificial* dirémos francamente, que no atinamos con lo que haya querido decir el autor. Hai pecado material y formal, segun que la accion mala está ó no comprendida como tal por el que la practica; hai pecado de comision y omision, segun que se hace lo prohibido ó deja de hacerse lo mandado; hai pecado mortal y venial, actual y habitual, original y personal; hai pecados de pensamiento, palabra y obra, pecados de ignorancia ó error, de malicia ó de debilidad, &c. &c. Pero *pecados artificiales* no sabemos cuáles sean. Mas nada importa la calificacion que se le dé al pecado: el autor reconoce que hai pecado, artificial ó no artificial, pero siempre pecado. Pues bien: todo pecado, sea artificial ó sea como fuere, es siempre *pensar, decir, hacer, ó faltar en algo contra la lei de Dios*; y en consecuencia, no puede ciertamente mirarse como un acto ilícito el que los Obispos digan á los fieles que no cometan pecados, aun cuando sean artificiales; porque para tener esto como ilícito, seria necesario demostrar que el hombre tiene derecho de ofender á Dios con tal que lo haga artificialmente.

22. Pero, dejando esto á parte, ¿es cierto que háyamos impuesto nosotros una pena canónica sin misericordia? Es falso. No hemos impuesto pena canónica, ni con misericordia ni sin ella. Para suponer que hubiésemos impuesto alguna pena canónica, seria necesario demostrar que nuestros decretos dicen ó establecen algo que no esté enseñado ó establecido. Nuestras circulares y decretos no dicen mas que tres cosas: primera, que ni los eclesiásticos ni los fieles podemos jurar lícitamente esta Constitucion. ¿Hai aquí alguna pena? Ninguna. En segundo lugar dispusimos que esto se comunique á los párrocos para que lo tengan entendido y lo hagan entender á los fieles. ¿Hai aquí alguna pena? Ninguna. En tercer lugar prevenimos que los confesores *en cumplimiento de su deber*, han de exigir á los penitentes juramentados que se retracten del juramento, &c. ¿Hai aquí alguna pena? Ni los moralistas ni los canonistas cuentan el arrepentimiento, el propósito de la enmienda y la reparacion del escándalo entre las penas canónicas. Esto será pena, porque le puede causar alguna mortificacion al que lo haga, sin embargo de que habrá casos en que nada padezca el que se retracte; porque tan movido y arrepentido puede estar de sus pecados, tan deseoso de volverse á la amistad de su Dios, que no sean penosas sino gratas las lágrimas que derrame y los pasos que dé para reparar el mal: pero prescindiendo de que sea sensible ó grato para el penitente hacer esta manifestacion pública de su arrepentimiento y propósito, el hecho es que no hai pena canónica en esto: será un requisito, será una de tantas cosas que deba exigir el confesor, pero no una pena canónica. Prescribir al penitente que restituya lo que robó, sea interes, sea fama, decirle al que se halla en mal estado que deje la ocasion próxima, advirtiéndole que no se le ha de absolver hasta que no cumpla, será lo que se quiera, pero no pena canónica.

23. Mas dejemos tambien esto aparte: supóngase que es una pena canónica: ¿nosotros la hemos establecido? No. Decir que la hemos impuesto es una falsedad. Obsérvese que al indicar el paso, hemos usado de estas palabras: "los confesores, *en cumplimiento de su deber*, han de exigirles, &c." ¿El deber de exigir está impuesto por nuestro decreto? Se está viendo que no; porque cuando se le dice á un eclesiástico que haga algo *en cumplimiento de su deber*, no se le impone un deber nuevo, sino solo se le recuerda el que ya tiene. Luego es falso tambien que aun este simple paso de que se cumpla un requisito establecido por la Iglesia en el órden moral, sea obra nuestra: lo es de la Iglesia, en cuyo caso nada se nos puede atribuir, y nuestros decretos en esta parte no tienen mas carácter que el de una simple excitativa; si se han entendido de otro modo, la culpa no es nuestra.

24. Aléganse tambien otras razones para suponer ilícitos nuestros decretos: *primera*, que se exige faltar á la lei secular,

que tambien obliga en conciencia; *segunda*, que se prescribe la retractacion del juramento en todo, cuando segun la declaracion de Nicolas III debia reducirse á solamente lo ilícito; *tercera*, que se manda al penitente declararse libertado por sí mismo de una obligacion de observancia contraida por el juramento, siendo así que tales obligaciones solo puede relajarlas el Papa. No hai nada de esto, como vamos á manifestarlo. No hai lo primero, porque ya se sabe que cuando no es lícito observar la lei civil, mal podria decirse que hubiese obligacion moral de obedecerla. Sabido es que los hijos deben obedecer á sus padres; pero si un padre le mandase á su hijo cometer un robo, un asesinato, ó cualquier delito semejante, seria un candor suponer al hijo en tortura, cuando el confesor le exigiese que no cometiera tal delito, creyendo que el mandato del confesor estaba en oposicion con el cuarto precepto del Decálogo, que nos manda honrar y obedecer á nuestros padres. Es claro, clarísimo que cuando se manda lo que es ilícito mandar, cesa la obligacion de obedecer, y en consecuencia, el no jurar una lei que manda cosa ilícita, no es faltar al principio de que las leyes civiles se deben obedecer por conciencia. Esto no merece ampliarse: vengamos pues á lo segundo.

25. ¿Es cierto que nuestras circulares y decretos prescriben la retractacion del juramento *en todo*? Hemos considerado como una disposicion para confesarse *la retractacion del juramento*, sin decir si en todo ó en parte: pero no hai aquí ambigüedad ninguna: porque si es malo *jurar el todo*, la retractacion de lo que se hizo es arrepentirse *de haberlo jurado todo* y manifestar ánimo *de no cumplirlo todo*. Fuera de esto no hai más. Inferir de aquí que se intenta excluir con la retractacion el deber moral de obedecer la carta en su parte lícita es violentar la lógica y el sentido comun. ¿Por qué lo primero? Porque decir que no es lícito jurar la Constitucion es vertir una proposicion negativa, y se sabe mui bien que el atributo de una proposicion negativa se toma segun toda su extension, pero *no segun toda su comprension*: de donde se sigue que el decir "no es lícito jurar la Constitucion tal como está," no es decir que no es lícito jurar en particular cada una de las cosas que contiene. ¿Por qué lo segundo? Porque todo el mundo sabe que la expresion de la causa limita, restringe y determina el sentido de lo que se advierte ó manda.

26. ¿Qué hemos dicho? "No es lícito jurar la Constitucion."

¿Por qué? "Por contener varios artículos contrarios á la institucion, doctrina y derechos de la Iglesia." ¿Qué se infiere de aquí? Tres cosas. *Primera*: que si no tuviese tales artículos, nada hubiéramos dicho, y ántes bien, habriamos inculcado, no solo como lícito sino como obligatorio, el juramento de la Constitucion; pues *El* que ha dado al príncipe derecho de ligar la conciencia con sus leyes justas, le ha concedido sin duda el de exigir para su observancia la garantía del juramento. *Segunda*: que nuestra doctrina sobre la ilicitud se extiende tanto como su causa, y en consecuencia no pasa de los artículos afectados por ella. *Tercera*: que nunca hubiéramos reprobado el juramento de la Constitucion, si se hubiese restringido expresa y públicamente á solo aquello que no se oponga á la religion y á la Iglesia, ni habriamos desechado la retractacion en este mismo sentido. Pero en obsequio del vulgo pondrémos un ejemplo mui material, partiendo del supuesto de que ni el artículo transitorio de la Constitucion, ni la lei de 17 de Marzo que lo manda cumplir, admiten restricciones, sino que exigen que se jure la Constitucion íntegra y tal como ha sido decretada, sancionada y promulgada.

27. Supongámos que Ticio le presenta á Cayo una torta de pan, compuesta de harina, manteca, leche, huevos, dulce, canela, &c., y tambien con varios *venenos*, y le dice: "*cómete esta torta*." Cayo se niega constantemente á comerla *tal como está*. ¿Se infiere de aquí que no esté dispuesto á comer la harina, huevos, manteca, dulce y demas cosas buenas que tiene? No. ¿Se infiere que declare incomibles y venenosas todas estas cosas? No. ¿Se infiere que no las comeria, si se le quitasen de tal suerte *los venenos*, que no conociese ni el menor peligro para la salud? No. Luego de que se haya dicho que no se puede jurar la Constitucion *por lo que se nota en ella de ilícito*, no se inferirá jamas nada contra los artículos que no ataquen la institucion, doctrina y derechos de la Iglesia.

28. Despues de esto no hai necesidad ninguna de notar que se nos atribuye falsísimamente que hayamos extendido la retractacion á lo lícito, ni ménos intentado desatar á los fieles del vínculo moral que tienen de obedecer las leyes justas, ni mucho ménos pretender que los fieles se desaten por sí mismos de sus legítimas obligaciones, y esto para poder recibir un sacramento: que se trata *de lo ilícito* y no de lo lícito; *de lo que se opone á la institu-*

cion, doctrina y derechos de la Iglesia, y no de lo demas: que en lo que no se opone á la religion y á la Iglesia, *en lo lícito y justo*, todos estámos ligados á la Constitucion y á las leyes con el vínculo moral de la conciencia, y sin necesidad del juramento, tenemos obligacion de cumplirlas: que cuando la Constitucion no esté así, ó no se mande jurar así; es decir, *cuando desaparezcan los artículos repetidos, ó se les dé una interpretacion auténtica que destruya todo temor, vacilacion y duda respecto de su oposicion á la religion y á la Iglesia*, ó cuando se permita á los ciudadanos *excluir de su juramento la parte ilícita*, ó reducirle á lo lícito, entónces *mui bien se puede jurar la Constitucion:* finalmente, que la retractacion exigida tiene la misma extension de la causa que la motiva, y en consecuencia, no solo debe admitirse con esta restriccion, sino que, si alguno al hacerla quisiese desobligarse de lo justo, no se deberia admitir; porque esto seria mal hecho. Si todavía no hemos hablado con claridad, no sabemos, por cierto, de qué palabras pudiéramos servirnos.

29. Preténdese tambien, que con nuestros decretos hemos relajado el juramento de fidelidad; que hemos derogado la Constitucion: se supone que no hemos leido ni á Lárraga, pues enseña que los juramentos de varones insignes están reservados al Papa, &c., &c. *Todo esto es falso, falsísimo:* nada de esto significan nuestras circulares y decretos. El juramento de que se trata y cuya relajacion está reservada al Papa, es el de cosa lícita. ¿Por qué? porque sin necesidad de leer á Gonzalez Tellez ni á Lárraga, y con solo estar impuesto en el catecismo, todo el mundo sabe que el juramento de cosa ilícita, como es el de que se trata, está desatado y relajado por sí mismo, no necesita de que lo relaje el Papa, ni el Obispo, ni el confesor, ni nadie. "¿Quien "ha jurado de hacer algun mal, qué hará? Dolerse de haberlo "jurado y no debe cumplirlo," dice el Catecismo. Pero segun la inteligencia que se ha querido dar á nuestro decreto, estas enunciaciones, respecto de personas condecoradas, deberian convertirse en las siguientes: *¿Quien ha jurado de hacer algun mal, qué hará? Seguir pecando con toda puntualidad, miéntras el Papa no le releje el juramento.*

30. Descendió tambien el autor del impreso á que ahora nos estamos refiriendo, á la cuestion sobre si es válida y lícita la absolucion sacramental que los sacerdotes dieren á los que han jura-

do la Constitucion y no retractan el juramento. ¿Qué dirémos de esto? Que nuestro decreto es claro y explícito, y los eclesiásticos de nuestra diócesis aprobados para confesar saben cuáles son sus obligaciones en el caso. Prescindirémos pues de entrar en esta materia; porque hablamos directamente á los eclesiásticos, y en este punto nada tenemos que añadir á lo que ya les hemos dicho.

31. Acúsasenos tambien de haber prohibido á los sacerdotes el absolver en artículo de muerte. No hai tal cosa: porque nuestros decretos y circulares no hablan de absoluciones, ni ménos de absoluciones en artículo de muerte. Por lo demas, deben tener entendido todos los fieles, que si en artículo de muerte no se tienen aquellas disposiciones con que se prueba cuanto es posible la verdadera penitencia, la intencion de mudar de vida, el propósito firme, universal y eficaz de la enmienda, ni en artículo de muerte se debe absolver. El hereje y cismático pertinaces, que en el orgullo de su razon se resisten á retractar sus errores y hacer una humilde, franca y sincera profesion de la fe, morirán en su pecado, y en lugar de la absolucion del sacerdote, recibirán el terrible castigo de un Dios de justicia: el enfermo aprisionado por la ocasion próxima que no ha querido dejar, si se encapricha en no dejarla, no alcanzará la absolucion, sino ántes bien, atraerá sobre sí los rayos vengadores que Dios reserva en los tesoros de su ira para los pecadores impenitentes. En fin, lo que se ha de entender por el capítulo que se cita del Concilio de Trento es, que la Iglesia, como buena Madre, da jurisdiccion á todo sacerdote y levanta todas sus reservaciones, para que no falte al moribundo este grande consuelo cuando tiene que parecer ante el tribunal de Dios; pero ni el Concilio de Trento, ni los moralistas, ni nadie dice que se absuelva al que no esté dispuesto, al hereje que no se retracta, al malversado que no deja la ocasion, al injusto que no restituye la hacienda, al escandaloso público que no hace lo que es posible hacer en tales lances para reparar su escándalo; no, nada de esto dice el Concilio de Trento.

32. El autor del escrito á que ahora nos referimos toca, para concluir, el punto relativo á lo que puedan tener ó no de ilícito ciertos artículos de la Constitucion. Comienza este señor haciéndonos la justicia de afirmar que nuestro *juicio*, * y por consi-

* Sustituimos con esta palabra la de *animadversion* usada por el autor, porque nos parece mas propia.

guiente nuestras declaraciones, no recaen sobre el sistema federal ni la forma de gobierno representativo popular, ni sobre ninguno de los artículos que afectan la esencia de la Constitucion, sino solamente sobre aquellos que nos parecen contrarios á la institucion, doctrina y derechos de la Iglesia: señala cuáles sean estos artículos, los explica hipotéticamente; y apoyado en el adagio vulgar de que "*no hai cosa mal dicha como no sea mal tomada*, deduce que todos los artículos impugnados por los Obispos son mui buenos, nada tienen de vituperable ni de peligroso, y terminan diciendo que *de nada tiene que arrepentirse si ménos que retractarse*, ni está en el caso de recibir retractacion.

33. Antes de entrar en este nuevo exámen, nos parece mui oportuno hacer una observacion. Si el autor de este papel está persuadido íntimamente de que la inteligencia y voluntad representadas en nuestras circulares y decretos no recaen sobre el sistema federal y forma de gobierno representativo popular, no afectan uno solo de los artículos lícitos de la Constitucion de 1857, ¿por qué nos ha supuesto que la pretendemos derogar, é intentamos desatar la obligacion que hácia ella tienen los ciudadanos, que queremos extender la retractacion á lo que la carta tiene de lícito contra lo que dice el Papa Nicolas III, que nos hemos propuesto relajar el juramento de fidelidad, &c. &c? Esta pregunta es mui obvia: el argumento que con ella se forma es personalísimo; y creemos que sin mengua del asunto, sin perjuicio del Congreso, del Gobierno y de la Constitucion, pudo mui bien haber reducido á solo uno los cinco artículos del cuaderno, contrayéndose únicamente á impugnarnos, si es que tal impugnacion fuese debida, en lo relativo á los artículos que nosotros consideramos como lícitos y él considera como buenos.

34. Viniendo al asunto, no quisiéramos vernos en la necesidad imprescindible de reclamar á esta persona, pues que no quiere renunciar el título de católico, la aplicacion que ha dado al texto del Santo Evangelio: "*si oculus tuus simplex est, totum corpus tuum lucidum erit.*" Le rogamos que medite bien lo que ha dicho, y reflexione que no merecia el Episcopado de México representar en el cuadro la triste figura que con semejante cita se le hace representar. Llegar hasta este punto es algo mas que discutir; y quisiéramos una de dos cosas: ó que no hubiese hecho tal cita, ó que no hubiese pretendido demostrar *todo el respeto que profesa á la autoridad Episcopal, y todas las consideraciones que le merecen los dignos Prelados*. No habiamos notado nada sobre la *ignorancia* que nos atribuye, porque no fundamos nuestro derecho para ser escuchados y obedecidos ni en los talentos, ni en la vasta erudicion de la humana sabiduría: no hemos advertido todo lo que importan los escandalosos apodos de arbitrariedad, despotismo, injusticia, tiranía de las conciencias, insensibilidad para la salvacion de las almas, conducta subversiva, &c., &c.: porque debemos sufrir con paciencia, estamos en tiempo de prueba, y por lo mismo le ofrecemos á Dios la pena que nos causa vernos tan indignamente tratados por un católico. Dios manda, y por su cuenta corre defender nuestra autoridad y salvar nuestro honor. Pero, depositarios del Santo Evangelio, enviados y autorizados para predicarlo y explicarlo, no podemos ménos que hacer alto en que se recuerden las palabras de Nuestro Señor Jesucristo para deducir de ellas que la ignorancia, la sospecha, la malicia, la prevencion, la malignidad, el daño del espíritu están en el cuerpo de los Pastores; y la rectitud, la bondad, &c., se han venido á refugiar á una de las ovejas, y no á cualquiera de ellas, sino precisamente á la que se ha levantado contra ellos.

35. "No hai cosa mal dicha como no sea mal tomada," dice el cuaderno que nos ocupa, y tomando este adagio vulgar como un punto de partida y una excelente clave, asienta con toda seguridad que los artículos á que se han referido los Obispos, nada tienen de malo para inspirar temor, ni de peligroso en materia de ilicitud, para retraer á un verdadero católico de jurar la Constitucion. ¿Qué diremos á esto? Si no hai cosa mal dicha como no sea mal tomada, ¿por qué triste fatalidad los Obispos de México han caminado con tanta desgracia que se hayan echado á la peor parte sus palabras, sus intenciones y su conducta en las circulares que han expedido y las advertencias que han hecho á los fieles con motivo del juramento de la Constitucion? Si el autor de este papel ha podido encontrarlos cismáticos, pues que se separan del Papa en sus disposiciones, si ha encontrado sus decretos despóticos, subversivos, inductivos á pecado, á pesar de haberse limitado solo á una simple advertencia que hicieron á los fieles, fundada en lo que la Constitucion tenga de ilícito, y una simple excitativa hecha á los eclesiásticos, recordándoles sus deberes para los casos que ocurran, ¿no podrán ellos aspirar siquiera á que se reco-

nozca la prudencia de su conducta y la sinceridad de su juicio acerca de unos artículos que, á excepcion de sus autores y los que tienen interes en sostenerlos, han sido generalmente vistos como contrarios á la religion y á la Iglesia?

36. El 8 del pasado dirigimos al Supremo Gobierno por el Ministerio de Justicia y Negocios eclesiásticos una larga exposicion con el objeto de rendir á la Suprema Autoridad, lo mismo que al Congreso constituyente, los homenajes de nuestro acatamiento; porque así calificamos el paso de manifestarle con respetuosa franqueza los fundamentos que tuvimos y tenemos para reputar algunos artículos de la nueva Carta como contrarios á la institucion, doctrina y derechos de la Iglesia católica. Con la mejor buena fe y con la mas recta intencion le manifestámos nuestro juicio y sentir acerca de los artículos 3.º, 5.º, 6.º, 7.º, 9.º, 12, 13, 27, 36, 39, 72 y 123 en lo relativo á la religion y á la Iglesia.

37. Hai mas: no satisfechos con manifestarle nuestro juicio acerca de la ilicitud canónica y moral que tales artículos envuelven para ser jurados, quisimos extendernos á indicar las razones en que se funda nuestra competencia para declararla, y nuestra obligacion de hacerlo. Hemos hablado, pues, dicho lo bastante y á quien corresponde. Si no hemos publicado este documento, no es culpa nuestra, sino de la dificultad en que nos ponen las restricciones consiguientes á las leyes y providencias diversas sobre el uso de la imprenta. Dirémos, sin embargo, una palabra sobre los puntos á que se refieren los impresos que tenemos á la vista, que han sido publicados en estos dias y dicen sustancialmente lo mismo.

38. Dícese que el art. 3.º, en que se declara la enseñanza libre, no es contrario á la doctrina de la Iglesia, si habla de la enseñanza privada y del magisterio profesional. Creemos falsa esta asercion. Segun la doctrina de la Iglesia, ni en la enseñanza privada ni en el magisterio profesional hai libertad para que cada uno enseñe lo que quiera. Sábese mui bien que privada y profesionalmente se enseñan, no solo ciertas ciencias puramente humanas en que hai plena libertad para discutir y para adoptar la opinion que se quiera, sino tambien la doctrina religiosa y moral, las ciencias legales y canónicas, la historia sagrada y eclesiástica, y otras muchas ciencias y ramos que ya directa ya indirectamente afectan el dogma, la moral y la disciplina. ¿Se dirá que

es conforme á la doctrina de la Iglesia la libertad absoluta de enseñanza concedida en el art. 3.º, aun cuando quiera restringirse á la privada y al magisterio profesional?

39. A propósito del art. 5.º no sabemos cómo pueda suponerse lícita la relajacion civil de los vínculos que imponen los votos religiosos solemnes á los regulares de ambos sexos: no sabemos cómo pudiera dejar de comprenderse en la enunciacion genérica del artículo el celibato eclesiástico, ni cómo esta institucion pudiera sin ilicitud nulificarse civilmente; pues á esto equivale decir que la lei no puede autorizar ninguna de estas cosas. No es pues necesario referir este artículo á la perpetuidad del matrimonio, para notar su oposicion á la doctrina de la Iglesia, si no es que se diga que la legislacion civil está emancipada de la moral religiosa, y que en un pueblo exclusivamente católico hai plena libertad moral en el legislador para contrariar el espíritu evangélico en las disposiciones de las leyes.

40. Hácense varias distinciones acerca del art. 13 relativamente al fuero eclesiástico, sin recordar que en éste la lei no distingue, y por consiguiente los particulares no están en el caso de distinguir, segun la sabidísima regla de Derecho. Mas, dado caso que el estudio del artículo dicse lugar á distinciones, y de ellas pudieran deducirse varias hipótesis para considerar el artículo lícito en unas ó ilícito en otras, esto bastaria ciertamente para no deberse jurar, pues ya se sabe que no se puede jurar con duda. Ademas, y presentando la cuestion bajo el aspecto mas favorable á los enemigos del fuero eclesiástico, suponiéndose que él fuera solo ó una costumbre aceptada por la lei, ó una concesion de la lei á la Iglesia, ¿les parece tan fácil á los autores de los impresos á que nos referimos, librar de pecado al que jura un artículo que destruye absolutamente el fuero sin haber contado para esto con la Silla Apostólica? ¿No es cierto que el fuero eclesiástico está consignado en los códigos generales de la Iglesia? ¿que lo está y ha estado hace muchos siglos á la vista y con el consentimiento de todos los soberanos católicos? ¿No es cierto que á estas leyes generales estamos todos sujetos, que no podemos derogarlas ni los Obispos ni los particulares, si la Iglesia no las deroga? ¿Cómo pues jurar el artículo sin rehusar en este punto la obediencia que se debe á las leyes generales de la Iglesia?

41. Segun el autor de uno de los impresos, el art. 27, que pri-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

va del derecho de adquirir y administrar por sí bienes raices á toda corporacion civil ó eclesiástica, no puede ser contrario á la institucion y doctrinas de la Iglesia, sino solo en un caso imposible y en todo rigor imaginario. ¿En cuál? En el de que se entendiese por corporacion eclesiástica la Iglesia universal. ¿Es posible que la Iglesia universal, es decir, toda la congregacion de los fieles, todo el cuerpo de los Pastores, todas las naciones católicas del mundo consideradas en lo eclesiástico, estuviesen administrando por sí mismas alguna finca de campo en México! No sabemos como caracterizar esto; pero el argumento es tal, que desde luego debe quemarse toda la legislacion canónica en materia de propiedad eclesiástica, y suponer que todos los Padres del Concilio de Trento se estaban divirtiendo como niños cuando tanto empeño tomaban en arreglar la administracion de los bienes de la Iglesia. No insistirémos en este punto, ya por ser tan fácil de conocer el valor del argumento que se propone, ya por haber hablado sobre esto tanto en la exposicion que dirigimos al Gobierno el 16 de Julio, como en nuestra pastoral del 19 del mismo con motivo del decreto de 25 de Junio último.

42. El autor citado da por supuesto que el art. 39 puede tener dos sentidos, uno conforme y otro contrario á la doctrina de la Iglesia católica: luego admite la duda; y pues *el que jura con duda peca mortalmente*, como lo enseña el P. Ripalda, claro es que por tal motivo, ademas de los otros, no puede jurarse lícitamente la Constitucion tal como está.

43. Las mismas distinciones hace á propósito del art. 123. Sábese mui bien cuánta latitud admite en su significado propio la palabra *intervencion*, ya en el hecho, ya en el derecho: sin salir de nuestra historia, ¿cuál es la causa de todos los choques que ha habido entre la Iglesia y el Estado en México desde el año de 1822? ¿No es la intervencion que han querido ejercer diversas administraciones en el culto religioso y disciplina externa, y que la Iglesia jamas ha querido reconocer? ¿Con qué argumentos han defendido la prensa ministerial y anti-eclesiástica en los años de 1833, 1847 y otros los diversos decretos que se han dado, sino con el del pretendido derecho de intervencion y aun de disposicion libre que se supone tener el poder temporal en las cosas de la Iglesia! Sin embargo, se sostiene que todos estos son escrupulillos, cavilaciones, sutilezas escolásticas; que el artículo nada

tiene que no sea mui bueno, á pesar de haber sido presentado y apoyado por las mismas personas que habian defendido el art. 15.

44. Pero, sin seguir adelante analizando los artículos diversos que á juicio del Episcopado de México se oponen á la doctrina y derechos de la Santa Iglesia católica, concluirémos este punto haciendo tres sencillas observaciones. *Primera:* en nuestros decretos, &c. hemos hablado como Obispos á los fieles, para cumplir con una obligacion, y refiriéndonos únicamente á lo que afecta la institucion, doctrina y derechos de la Iglesia católica: muchos de los fieles han escuchado nuestra voz con un respeto digno del mejor católico, y entre ellos hai personas de la mas alta distincion y del mejor concepto por sus talentos, por su saber, por su gran versacion, por el puesto que ocupaban; y para que no pudiera decirse que habia en esto cosa de partido, hai muchos liberales distinguidos que, ó por el juicio de su conciencia ó por la manifestacion de su Obispo, no han vacilado en retirarse de sus empleos ántes que jurar la Constitucion. Este hecho, el mas ilustre sin duda de cuantos han pasado en la época presente, mal conocido tal vez por estar demasiado cerca, aparecerá mas tarde con todos sus caractéres de grandeza que en sí tiene, en toda su elevacion y con el esplendor que le es propio.

45. *Segundo:* los Obispos no somos infalibles; mas no por esto dejamos de ser respetables, ni perdemos el derecho de ser obedecidos en lo que es de nuestro resorte. Si la circunstancia de no ser infalibles diese á cada uno de los fieles el derecho para emanciparse de nuestra autoridad, y para decir á sus Prelados: *no podemos obedeceros, porque sois falibles, porque os podéis engañar, ó podéis pretender engañarnos: os obedecerémos pero hasta que nos convenzáis:* si los Obispos estuviesen en el caso de entrar con cada uno de sus feligreses en una particular discusion acerca de cada punto, para poder explicar ó mandar algo, puesto que siendo falibles, necesitaban de convencer á cada uno sobre la exactitud de su juicio y la justicia de sus disposiciones, ¡en qué vendria á parar toda la institucion de la Iglesia! ¡en qué quedarian el dogma, la moral y la disciplina? ¿dónde estarian la doctrina, la administracion de los sacramentos y el gobierno de las diócesis! Si para cada juicio práctico, para cada punto de doctrina fuese necesario que se reuniese un Concilio general, ó que hablara *ex cathedra* el Vicario de Jesucristo, ¿seria posible todo esto? No.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

46. *Tercera:* tantas personas respetables del estado secular que nos oyeron y obedecieron pensaban sin duda de otra manera. Juzguen de su proceder cuanto quieran los escritores que nos han combatido; pero no nos rehusen el derecho de aprovechar tan digna conducta como una prueba extrínseca de que no hemos andado tan desacertados. Esa multitud de individuos que en lugares tan diferentes, sin combinacion, sin acuerdo previo, sin interes y aun contra su interes y el de sus familias, han dejado sus empleos y con estos los recursos que tenian para subsistir, por no prestar el juramento de la Constitucion, ¿es cosa, por ventura, tan de poco bulto, que nada signifique para tales escritores? Un proceder como éste no puede admitir mas que dos explicaciones: ó el juicio de los Prelados, ó el convencimiento de cada uno. Si lo primero, no necesitan aquellos de ser infalibles para que se les escuche, acate y siga: si lo segundo, el juicio de la Constitucion relativamente á la religion y á la Iglesia es, no solo el de los Obispos, no solo el del clero, sino el de los sabios, el de los políticos, el de todas las clases de esta sociedad que quieren guardar los principios católicos.

47. No seguiremos adelante: lo dicho basta para dejar bien manifestado el fundamento de nuestro juicio, la competencia de nuestra autoridad y la existencia de nuestra obligacion en el caso: para que todo el mundo vea y palpe que los Obispos de México, al declarar que no es lícito jurar la Constitucion de 1857 por contener varios artículos contrarios á la institucion, doctrina y derechos de la Iglesia, no merecen los cargos que se les han hecho por una parte de la prensa. En consecuencia, queda probado: primero, ser falso de toda falsedad que los motivos de sus providencias hayan sido el que los eclesiásticos no puedan ser diputados ni presidentes, ó el que hayan declarado pecado mortal el que la ley y el Gobierno no hagan que las mujeres estén encerradas á fuerza en los conventos; pues los verdaderos motivos, como lo dijimos en nuestro decreto de 18 de Marzo, han sido el *no querer hacernos responsables ante Dios del juramento que por falta de advertencia prestase alguno de nuestros diocesanos, á quienes tenemos obligacion de dar en todo y por todo la sana doctrina:* en segundo lugar, que es falso que háyamos querido atribuirnos mayores facultades que Jesucristo, mezclándonos en las cosas seculares; porque nuestras providencias se refieren al cumplimiento

de la ley de Dios; porque Jesucristo vino á cumplirla y no á destruirla, y porque para ello precisamente nos colocó en su Iglesia: que es falso en tercer lugar, que háyamos despreciado el ejemplo de los Apóstoles; pues al contrario, hemos hecho lo mismo que ellos, decir nosotros y advertir á los fieles, *que no es lícito desobedecer á Dios para obedecer á los hombres:* que es falso en cuarto lugar, que haya libertad absoluta de conciencia en materias controvertibles, y que nosotros háyamos querido imponer á los fieles nuestra opinion bajo pecado mortal; pues al contrario, nos hemos reducido á una simple advertencia, para no hacernos reos de pecado ajeno por faltar en esta parte á nuestra obligacion: en quinto lugar, que es falso que nuestro proceder sea contrario al Derecho canónico general de la Iglesia y háyamos usurpado facultades propias del Sumo Pontífice; pues no hemos dicho ni que sea lícito jurar lo ilícito, lo imposible y opuesto á la libertad eclesiástica, ni que cuando tales cosas hayan estado comprendidas en una fórmula general, sean obligatorias para el que jura; sino todo lo contrario: es igualmente falso que el Papa Nicolas III, al prevenir que cuando en una fórmula semejante hai artículos ilícitos, imposibles, &c., no se deben cumplir, haya declarado que se pueda jurar la Constitucion ó estatuto que tenga tales vicios, sabiéndolos el que jura; pues léjos de esto, los prohibe severamente: en sexto lugar, es falso que usurpamos facultades del Papa cuando ejercemos y concedemos la de absolver de estos reservados; pues al contrario, usamos de las que Su Santidad nos tiene concedidas para ejercerlas por Nos ó los eclesiásticos de nuestras Diócesis: en sétimo lugar, es falso que nuestros decretos sean injustos, despóticos é inductivos al pecado, nuestro proceder omnímodo y arbitrario, y nuestra conducta subversiva; pues no hemos hecho mas que advertir á los fieles lo que juzgamos ilícito, y recordar á los eclesiásticos lo que creemos de su obligacion, y esto es mui claro y mui canónico: en octavo lugar, es falso que háyamos pretendido relajar el juramento de fidelidad, desatar á los fieles de sus obligaciones legítimas, ni ménos todavía derogar la Constitucion, ó que háyamos comprendido en lo que para nosotros es ilícito los artículos que no tienen tal carácter; pues el autor mismo confiesa, ya para concluir, que de nada nos hemos hallado tan distantes. En fin, que cuanto se ha dicho contra nuestra intencion, el sentido de nuestras palabras, el motivo y objeto de

nuestras disposiciones diocesanas, y á que nos hemos referido en esta circular, es falso de toda falsedad.

48. A fin, pues, de que lo tengan entendido todos los fieles, así eclesiásticos como seculares, y evitar el efecto que semejantes lecturas pudieran producir, hemos dispuesto consignar por escrito nuestro juicio sobre los artículos y folletos publicados en el sentido dicho, para que de la manera mas pacífica, prudente y oportuna se desmientan semejantes especies, y entiendan todos que motivos justísimos y exentos de toda prevencion, intencion recta y objetos muí santos han dirigido nuestra conducta en la ocasion presente: que nos hallamos muí léjos de autorizar ni con nuestras palabras, ni con nuestros ejemplos, ni aun con nuestro silencio mismo la desobediencia, ni ménos la rebelion; que deben ser obedecidas en cuanto no se opongan á la religion y á la Iglesia, tanto la Constitucion como las leyes vigentes, ó que se dieren despues; porque solo cuando la lei civil está en oposicion con los preceptos de Dios y de la Santa Iglesia católica, no puede ser obedecida: que si alguna vez el Gobierno admite que se jure la Constitucion en todo aquello que no se oponga directa ni indirectamente á la religion católica, apostólica romana, y á la institucion, doctrina y derechos de la Santa Iglesia de Jesucristo, todos pueden jurarla; que si el Gobierno admitiese la retractacion en el mismo sentido, muí bien puede hacerse; pues el único motivo porque se exige, ha sido y es lo que haya en el nuevo código contrario á la religion y á la Iglesia.

Coyoacan, Mayo 16 de 1857.

Clemente de Jesus,

OBISPO DE MICHOACAN.

DE LOS

DEBERES DEL HOMBRE

DISCURSO DIRIGIDO A UN JOVEN

POR SILVIO PELLICO

TRADUCIDO DEL ITALIANO



MÉXICO

IMPRENTA DE ANDRADE Y ESCALANTE

CALLE DE CADENA NUMERO 13

1857

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

nuestras disposiciones diocesanas, y á que nos hemos referido en esta circular, es falso de toda falsedad.

48. A fin, pues, de que lo tengan entendido todos los fieles, así eclesiásticos como seculares, y evitar el efecto que semejantes lecturas pudieran producir, hemos dispuesto consignar por escrito nuestro juicio sobre los artículos y folletos publicados en el sentido dicho, para que de la manera mas pacífica, prudente y oportuna se desmientan semejantes especies, y entiendan todos que motivos justísimos y exentos de toda prevencion, intencion recta y objetos muí santos han dirigido nuestra conducta en la ocasion presente: que nos hallamos muí léjos de autorizar ni con nuestras palabras, ni con nuestros ejemplos, ni aun con nuestro silencio mismo la desobediencia, ni ménos la rebelion; que deben ser obedecidas en cuanto no se opongan á la religion y á la Iglesia, tanto la Constitucion como las leyes vigentes, ó que se dieren despues; porque solo cuando la lei civil está en oposicion con los preceptos de Dios y de la Santa Iglesia católica, no puede ser obedecida: que si alguna vez el Gobierno admite que se jure la Constitucion en todo aquello que no se oponga directa ni indirectamente á la religion católica, apostólica romana, y á la institucion, doctrina y derechos de la Santa Iglesia de Jesucristo, todos pueden jurarla; que si el Gobierno admitiese la retractacion en el mismo sentido, muí bien puede hacerse; pues el único motivo porque se exige, ha sido y es lo que haya en el nuevo código contrario á la religion y á la Iglesia.

Coyoacan, Mayo 16 de 1857.

Clemente de Jesus,

OBISPO DE MICHOACAN.

DE LOS

DEBERES DEL HOMBRE

DISCURSO DIRIGIDO A UN JOVEN

POR SILVIO PELLICO

TRADUCIDO DEL ITALIANO



MÉXICO

IMPRENTA DE ANDRADE Y ESCALANTE

CALLE DE CADENA NUMERO 13

1857

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

PRÓLOGO DEL AUTOR.

Este discurso se ha dirigido á uno solo, pero lo publico esperando que pueda ser útil á la juventud en general.

No es un tratado científico, ni tampoco un conjunto de investigaciones profundas acerca de los deberes; pues me parece que la obligacion de ser honrado y religioso no necesita probarse con ingeniosos argumentos, y creo que quien no encuentra semejantes pruebas en su conciencia, jamas las hallará en un libro. Solo presento una sencilla enumeracion de los deberes del hombre en el discurso de su vida, y una invitacion á pensar seriamente en ellos, y á cumplirlos con inalterable constancia.

Me he propuesto evitar toda pompa en los pensamientos y estilo, porque creo que el objeto exige la mas estricta sencillez.

Juventud de mi patria, ofrézcote este pequeño volúmen con el vehemente deseo de que te sirva de estímulo á la virtud y coopere á hacerte feliz.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

DE LOS

DEBERES DEL HOMBRE.

DISCURSO DIRIGIDO A UN JOVEN.

CAPITULO I.

Necesidad é importancia de que el hombre reconozca que tiene una obligacion que cumplir.

El hombre no puede desconocer la idea del deber, ni dejar de sentir la importancia de la misma, porque el deber es inherente de un modo esencial á nuestro ser. La conciencia nos lo advierte cuando apenas comenzamos á tener uso de razon; lo hace con mas fuerza á medida que crece, y con tanta mas energía cuanto mas se desenvuelve. Igualmente cuanto existe fuera de nosotros nos lo indica, porque todo está regido por una ley armónica y eterna; todo tiene un destino comun, y es el de manifestar la sabiduría y cumplir la voluntad del Ser que es causa y fin de todas las cosas.

El hombre tiene asimismo una naturaleza especial y un destino; y así preciso es que sea lo que debe ser; ó de lo contrario no será apreciado de los demas, no se estimará á sí mismo, ni será dichoso. Su naturaleza es de aspirar á la felicidad, y á conocer y esperimentar que no puede alcanzarla sino siendo bueno; esto es, siendo aquello que exige su bien, de acuerdo con el sistema del universo, con las miras de Dios.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Si en la efervescencia de las pasiones nos vemos tentados á buscar nuestro bien en lo que se opone al bien de los demas y al órden social, por mas que la imaginacion nos alucine, oimos el *no* que grita la conciencia; y nos horroriza todo lo que se opone al bien comun y al órden, luego que se calman las pasiones.

El cumplimiento del deber es de tal modo necesario á nuestro bien, que hasta los dolores y la muerte misma, que son males tan inherentes, se cambian en delicias para la mente del hombre generoso, que sufre y muere con la intencion de ser útil al prójimo, ó de conformarse con los adorables decretos del Omnipotente.

Ser el hombre lo que debe ser, es al mismo tiempo la definicion del deber y la de la felicidad.

La religion espresa de una manera sublime esta verdad, diciendo que el hombre está hecho á la imágen de Dios. Su deber y su felicidad consisten en ser esta imágen, en no querer ser otra cosa, en querer ser bueno, porque Dios es bueno, y le ha señalado el alto destino de elevarse á todas las virtudes y llegar á unirse á él. [1]

1 He aquí el sublime y verdadero fin con que fué criado el hombre; unirse por su inteligencia con la inteligencia soberana, y por su voluntad y su amor con la perfeccion y el amor infinito. Pero esta union no se consumará en la otra vida, sino habiendo empezado en la tierra mediante la religion, es decir, la fe y la caridad; de modo que la felicidad de esta union, respecto al hombre, tiene principio con su vida, pues la religion abraza la vida entera del hombre. Sin ella, ni aun en el mundo hay verdaderos placeres. Fuera de la religion, de esta religion, la única digna de tal nombre, que no está ni alterada por la imaginacion de los hombres, ni mutilada por su débil razon; de esta, en fin, que vió los primeros dias del mundo, y verá los últimos, solo halla tinieblas el entendimiento, y un penoso vacío el corazon.

"El camino de los impíos es tenebroso; no saben dónde van á caer; pero la senda de los justos es como una luz brillante, que va en aumento hasta el dia de la consumacion."—Liber Rober.

Todos los estravíos del hombre, así respecto á su entendimiento como á su corazon, provienen de querer hallar en ellos mismos y en las criaturas la felicidad que debia buscar en Dios.

CAPITULO II.

Amor de la verdad.

El primero de nuestros deberes es el amor de la verdad, y la fe en ella. Dios es la verdad: amar á Dios y amar la verdad es una misma cosa. Amigo mio, robustece tu alma y disponla á querer la verdad, y á no dejarte deslumbrar de la falsa elocuencia de los sombríos y furibundos sofistas que se esfuerzan en sembrar dudas sobre todas las cosas. [1]

La inteligencia de nada vale, y aun perjudica cuando se emplea en combatir lo verdadero, en desacreditarlo y en sostener innobles hipótesis; cuando deduciendo falsas consecuencias de los males que acontecen en la vida, niega que la vida sea un bien; [2] cuando observados algunos aparentes desórde-

1 El escepticismo es la enfermedad reinante del siglo; pero este siglo debia por lo menos guardar consecuencia con sus principios. Es admirable que los hombres de nuestros tiempos, que se lisonjean de sus luces, sus conocimientos y su filosofía, no vean que el escepticismo mina los cimientos de toda filosofía, cubre el orígen de toda luz, y anonada toda verdad, dejando así franco el camino á todos los errores, locuras y crímenes, y justificando de antemano todas las monstruosidades imaginables. ¡Contradiccion estraña, pero fácil de esplicar! ¡Estos hombres estraviados, unidos, por decirlo así, al mundo de las sensaciones, temen reconocer un órden superior que domina la vida humana, y buscan modos de persuadirse que su existencia entera termina en el sepulcro! ¡Vanos esfuerzos! Negarse á reconocer una verdad no es destruirla, y los errores, sean cuales fueren, no destruyen la religion, centro de toda verdad, así como tampoco los falsos sistemas astronómicos perturban la armonía de los cielos.

El hombre nació para conocer la verdad, ésta es el fundamento de su existencia intelectual y moral, y aun de su existencia física. Y los escépticos no viven bajo alguno de estos aspectos, sino adoptando en la práctica lo que niegan ó ponen en duda teóricamente. Si faltase el conocimiento de la verdad, la vida seria una contradiccion, un absurdo, una desgracia, pues careceria de luz, de regla, de objeto y de consuelo. La desesperacion moral es una consecuencia del escepticismo, así como éste es una desesperacion intelectual.

2 Es cierto que la vida humana es un enigma á los ojos de un falso filó-

nes del universo, no quiere reconocer en ella un órden; cuando afectada de la materialidad y de la muerte de los cuerpos, rehusa creer en un *yo* todo espíritu é inmortal; cuando llama sueños las distinciones entre el vicio y la virtud; cuando solamente quiere ver en el hombre una fiera, y nada de divino.[1]

Si el hombre y la naturaleza fuesen cosas tan execrables y viles, ¿por qué perder el tiempo en filosofar? Seria preciso darse la muerte; la razon por sí sola no podria aconsejar otra cosa.

Supuesto que la conciencia dice á todos que vivan (la escepcion de algunas inteligencias débiles nada prueba); supuesto que vivimos para aspirar al bien, y que conozcamos que el bien del hombre no consiste en envilecerse y confundirse con los gusanos, sino en ennoblecerse y elevarse á Dios, claro es que no habrá otro sano uso de la razon, sino aquel que da al hombre una alta idea de su posible dignidad, y que le impele á conseguirla.

Convencidos de esto, desechemos valerosamente el escepticismo, el cinismo y todas las filosofías degradantes; tomemos

sofo. Si nos desentendemos de la religion, serán inesplicables y sin consuelo cuantos males acompañan á la vida; y así hubo filósofos que negaron que estos fuesen males, y otros que les concedieron tal nombre, los atribuyeron á la naturaleza ó á la sociedad; es decir, indicaron los instrumentos, y no la causa. El orígen de los males fué siempre un escollo donde se estrelló la razon humana, y los falsos sistemas inventados para esplicarlo, fueron y son al presente funestos manantiales de desgracias. Este es un problema, que si bien aun no se ha sujetado á fórmula ni concebido con claridad, ocupa en el dia el talento de muchos pensadores. Pero la religion solo con una palabra resuelve la cuestion, presentando al mismo tiempo el remedio. La lógica de la desgracia precisamente conducirá al hombre á adoptar esta resolucion, y buscar en la religion este remedio.

1 Esta filosofía, puramente animal, reinó en el último siglo; pero en el dia se la mira con desprecio, y se conoce que tal filosofía pudo ser la de las pasiones, pero jamas podrá ser la de la razon. Se consiente que se confundan con los brutos aquellos hombres que no se desdeñan de esta semejanza, pero se busca un poco mas arriba el destino del hombre; lo cual ya es un gran paso en el camino de la verdad.

Tengo el cuaderno anónimo á que estas reflexiones se refieren orde. V. S. vindicias "la Cruz" vol 5. pág 267.

LIGERAS

REFLEXIONES

SOBRE UN CUADERNO ANÓNIMO INTITULADO:

"APUNTAMIENTOS SOBRE DERECHO PUBLICO ECLESIASTICO."

POR LOS RR. DE "LA CRUZ."

SUPLEMENTO AL NUMERO 3 DE "LA CRUZ."
Mayo 28 de 1857.

MEXICO.
IMPRENTA DE J. M. ANDRADE Y F. ESCALANTE,
CALLE DE CADENA NUMERO 11.

1857.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

nes del universo, no quiere reconocer en ella un órden; cuando afectada de la materialidad y de la muerte de los cuerpos, rehusa creer en un *yo* todo espíritu é inmortal; cuando llama sueños las distinciones entre el vicio y la virtud; cuando solamente quiere ver en el hombre una fiera, y nada de divino.[1]

Si el hombre y la naturaleza fuesen cosas tan execrables y viles, ¿por qué perder el tiempo en filosofar? Seria preciso darse la muerte; la razon por sí sola no podria aconsejar otra cosa.

Supuesto que la conciencia dice á todos que vivan (la escepcion de algunas inteligencias débiles nada prueba); supuesto que vivimos para aspirar al bien, y que conozcamos que el bien del hombre no consiste en envilecerse y confundirse con los gusanos, sino en ennoblecerse y elevarse á Dios, claro es que no habrá otro sano uso de la razon, sino aquel que da al hombre una alta idea de su posible dignidad, y que le impele á conseguirla.

Convencidos de esto, desechemos valerosamente el escepticismo, el cinismo y todas las filosofías degradantes; tomemos

sofo. Si nos desentendemos de la religion, serán inesplicables y sin consuelo cuantos males acompañan á la vida; y así hubo filósofos que negaron que estos fuesen males, y otros que les concedieron tal nombre, los atribuyeron á la naturaleza ó á la sociedad; es decir, indicaron los instrumentos, y no la causa. El orígen de los males fué siempre un escollo donde se estrelló la razon humana, y los falsos sistemas inventados para esplicarlo, fueron y son al presente funestos manantiales de desgracias. Este es un problema, que si bien aun no se ha sujetado á fórmula ni concebido con claridad, ocupa en el dia el talento de muchos pensadores. Pero la religion solo con una palabra resuelve la cuestion, presentando al mismo tiempo el remedio. La lógica de la desgracia precisamente conducirá al hombre á adoptar esta resolucion, y buscar en la religion este remedio.

1 Esta filosofía, puramente animal, reinó en el último siglo; pero en el dia se la mira con desprecio, y se conoce que tal filosofía pudo ser la de las pasiones, pero jamas podrá ser la de la razon. Se consiente que se confundan con los brutos aquellos hombres que no se desdeñan de esta semejanza, pero se busca un poco mas arriba el destino del hombre; lo cual ya es un gran paso en el camino de la verdad.

Tengo el cuaderno anónimo á que estas reflexiones se refieren orde. V. S. vindicias "la Cruz" vol 5. pág 267.

LIGERAS

REFLEXIONES

SOBRE UN CUADERNO ANÓNIMO INTITULADO:

"APUNTAMIENTOS SOBRE DERECHO PUBLICO ECLESIASTICO."

POR LOS RR. DE "LA CRUZ."

SUPLEMENTO AL NUMERO 3 DE "LA CRUZ."
Mayo 28 de 1857.

MEXICO.
IMPRENTA DE J. M. ANDRADE Y F. ESCALANTE,
CALLE DE CADENA NUMERO 11.

1857.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Entablada en nuestro país, de algun tiempo á esta parte, una lucha entre los intereses religiosos y los sociales y políticos, se ha despertado en los escritores que defienden los segundos, una especie de emulacion febril, por la que diariamente tenemos que lamentar la aparicion de escritos mas ó menos violentos, mas ó menos injustos ó mas ó menos descarados, pero que todos se dirigen á socavar el cimiento del edificio sagrado de la religion. Estamos en una época en que verdaderamente ha llegado á ser como imposible perseguir el error donde se presenta, porque se presenta desfigurado con la misma verdad; porque aparece bajo infinitas formas; porque vencido en un lugar, se atrinchera en otro; porque muchas veces es tan sutil como el aire, que no presenta cuerpo; porque es tan estenso que todo lo invade; ha inoculado la vida doméstica; circula por las altas y por las esferas bajas de la sociedad; se mezcla con toda clase de intereses y se confunde con todo lo que el hombre tiene dentro de sí y toca por defuera. La sociedad, á fuerza de vivir con el error, ya no se aterra ni aun cuando se le presenta con todas sus horrendas formas, y duerme tranquila en el seno de ese monstruo, que la fascina con sus alitos. Esta es la única esplicacion que tiene esa especie de indiferencia que estamos palpando, cuando al esparcir la prensa tantos escritos contra la religion y sus imprescriptibles derechos, apenas se levanta una débil voz para combatirlos, y cuya voz se viene á perder en el estruendo que aturde á toda la República. Los pocos hombres que entre nosotros toman sobre sí la nobilísima, pero espinosa tarea de luchar contra los engaños, ni es posible que basten sus fuerzas á perseguir todos los escritos que los continuos, ni les es dado combatir cada una de las proposiciones absurdas en que aquellos abundan. En la prensa periódica ha venido á poner sus reales el error, y allí se le suele atacar cuando nos presenta ataques bruscos y de fatales resultados; pero en ese género de lucha, el mal, sin que deje de ser escesivamente pernicioso, no lo es en tanto grado como en aquella otra, que mudando de táctica, abandona los artículos de periódicos, que nacen y mueren en un dia, y busca un terreno mas firme para dirigir los tiros con mejor éxito. De este género son las producciones mas meditadas de algunos escritores, que por medio de algun abultado folleto, ó de algun libro, tomando á su cargo algun asunto notable, llaman con mas eficacia la atencion del público y diseminan el error, aumentando en consecuencia la gravedad del mal, y haciendo mas necesario su oportuno remedio.

En estos últimos dias ha aparecido un cuaderno anónimo intitulado: Apuntamientos sobre derecho público eclesiástico; cuaderno que sin embargo de no tener ni el requisito de la firma, que la ley exige, ha aparecido con grande solemnidad y se ha hecho circular con asombrosa profusion: la prensa

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ultra-liberal le ha dispensado los mas pomposos elogios, y se ha presentado como el caballo de batalla para vencer y dar término á las cuestiones mas importantes en que la política está en desacuerdo con las creencias religiosas. Nosotros hemos leido con todo detenimiento ese cuaderno, y no hemos podido menos que lamentar el profundo estravío de ideas y de principios que forman su fondo, y cuyas ideas y principios, sin tener al menos el mérito de la invencion y de la novedad, son altamente perniciosos, porque tienden á echar al suelo el fundamento mas sólido de la sociedad.

La naturaleza de nuestro periódico y los solemnes compromisos que hemos contraido con el público nos obligan á no guardar silencio sobre tan grave asunto, que procurarémos tratar con toda justicia y en pro del gobierno mismo, cuyos derechos el folleto, mas bien arruina que sostiene; advirtiendo que no vamos á tratar la cuestion principal con la solidez que demanda, cuya tarea dejamos á otras plumas mas diestras que las nuestras, sino que la tocarémos superficialmente, ya porque desconfiamos de la debilidad de nuestras fuerzas, ya porque así lo exige la naturaleza de un breve artículo de periódico.

Al leer todos los puntos que abarcan los APUNTAMIENTOS SOBRE DERECHO PUBLICO ECLESIÁSTICO, el primer sentimiento que hemos esperimentado es el de nuestra falta de ciencia y capacidad para poder presentar en pocas líneas una cuestion, que si bien es cierto la han tratado cien y cien escritores ilustres, es todavía una piedra de escándalo y un motivo de confusion para los hombres: nos referimos á la cuestion sobre los límites entre la Iglesia y el Estado; y nos fijamos en este punto, porque es la materia fundamental de los *Apuntamientos* y de donde nacen las inexactitudes, injusticias y errores que contienen. Pero antes de entrar al fondo de la cuestion, nos detendrémos á examinar los antecedentes por donde nos conduce el mismo escrito de que nos ocupamos.

Habiéndose escrito los *Apuntamientos* con ocasion de la Alocucion pronunciada por el Sr. Pio IX en el Consistorio secreto de 15 de Diciembre de 1856, el autor se propone demostrar las siguientes proposiciones: primera: que hay fundados motivos para no admitir como auténtica la Alocucion. Segunda: que si la Alocucion fuera auténtica, el Pontífice fué engañado. Tercera: que los puntos de la Alocucion atacan en su esencia la independencia y respeto al poder temporal, y atropellando las regalías, se ha provocado la guerra civil. Como se ve, aquí hay cuestiones de hecho y de derecho: pasarémos brevemente por las cuestiones de hechos, y nos detendrémos en la de derecho.

No creemos deber esforzarnos en probar la autenticidad de la Alocucion, porque entendemos que ya este hecho está suficientemente demostrado: no se trata de examinar una bula ó un breve, para cuya validez se requieren ciertos requisitos canónicos: no se trata tampoco de averiguar un hecho de fecha remota como el de la bula de San Pio V, cuya autenticidad se averiguaba en 1770: no se trata siquiera de darle á la Alocucion una fuerza legal. Se trata solo de saber si es cierto que en el Consistorio secreto de 15 de Diciembre de 1856, se espresó el Sr. Pio IX en los términos que contiene la Alocucion que corre impresa; y este solo hecho, que pudo ser dudoso en su principio, tiene hoy todos los grados de evidencia que puede tener el hecho histórico mas demostrado. Los periódicos de Roma y de toda la Italia lo testifican; los periódicos de toda la Europa y de los Estados-Unidos lo corroboran, y en cinco meses no hemos visto un solo escrito, ni el documento mas insignificante que desmienta ó que ponga en duda ese suceso, que pasa como auténtico en todo el mundo, y sobre el que, si en el dia cupiera la menor duda, seria

necesario desconfiar de la evidencia de todos los hechos históricos. Pasemos al segundo punto.

Si la Alocucion es auténtica, el Pontífice ha sido engañado. Para probar esta proposicion, el autor de los *Apuntamientos* cita algunos pasajes, calificándolos como falsos, y cuya justa apreciacion nosotros no queremos hacer, porque se refieren á hechos que todos conocen, y porque para hacer esa apreciacion seria necesario tocar en puntos muy delicados en las actuales circunstancias, y se podria creer que tratábamos de censurar algunos actos del gobierno, atizando con nuestro juicio el fuego de las pasiones, ya bastante enardecidas: no, no es nuestro ánimo reagravar la situacion, y dejamos á que cada uno califique, si pueden llamarse falsos, unos hechos que cuando mas, pueden tener algun defecto en su espresion. Por lo demas, si en su esencia son falsos los hechos que refiere la Alocucion, no porque los relate se hacen verdaderos, ni siendo verdaderos se hacen falsos, porque alguno diga que son falsos: esta es una materia que se debe sujetar al sentido comun, y en ese terreno la dejamos.

El punto delicado é importante, el que no puede pasar sin réplica, el que tanto para la Iglesia como para el Estado se nos presenta como una furia coronada de serpientes, que devoran los principios radicales de la sociedad, es el que contiene la tercera de las proposiciones enunciadas: *la Alocucion ataca en su esencia la independencia y el respeto al poder temporal: ha atropellado las regalías y ha provocado la guerra civil.*

Hé aquí la cuestion importante, y la que deberia tratarse aun en el supuesto de que la Alocucion fuera apócrifa y aun cuando los hechos que refiere fueran de todo punto falsos. Para entrar al fondo de la cuestion, seguirémos las *luminosas huellas* del folleto, como su autor las llama con angelical modestia.

La primera huella con que tropezamos es una especie de disertacion sobre el modo de apreciar en su justo valor las decisiones del derecho canónico, y para hacer esa apreciacion se nos trasporta á España para oir por toda autoridad el *brillante dictámen del colegio de Abogados de Madrid contra las Tesis que defendió la universidad de Valladolid, y cuyas Tesis fueron censuradas de órden suprema y castigados los que intervinieron en ellas.* Antes de pasar adelante, haremos dos observaciones que saltan á los ojos, de las mismas palabras del folletista; una observacion es respecto de la libertad de pensar en general que habria en esa época en España, cuando se castigaban á los universitarios que se atrevian á defender una cuestion, que no salia de la esfera del escolasticismo; y la otra, sobre la libertad en particular que tendria el colegio de Abogados de Madrid, ante el duro cetro que le pedia un dictámen sobre un negocio en el que estaba tan vivamente interesado. Bueno es tener presentes estas dos consideraciones, porque por sí solas bastarian para hacer sospechoso aquel dictámen, que en buena crítica se debe tener como hijo de la adulacion ó del temor, y no de la conciencia y de la justicia. Y en corroboracion de lo que decimos citarémos unas palabras que encontramos en el párrafo 86 del citado dictámen: «Porque á la verdad tiene aire de desacuerdo en un súbdito el opinar contra el sentimiento ya declarado de su príncipe.» ¿Podrá darse una confesion mas vergonzosa de tan denigrante servilismo? Sin olvidar, pues, estos preliminares, advertirémos que el colegio de Abogados de Madrid obraba tambien como cierta *Junta Magna*, por las influencias de Amelot, embajador frances, quien comentó á su manera los manuscritos que se desenterraron de los archivos, y que se facilitaban á adular la soberanía real con detrimento de la soberanía de la Iglesia, resultando,

por la influencia de ese pernicioso frances, que tanto el colegio de Abogados como la *Junta Magna*, respecto á las prerogativas de la autoridad temporal, reprodujesen en 1709 lo que la asamblea del clero de Francia habia dicho postrada ante el trono de Luis XIV en 1682. En verdad que no se comprende cómo ciertos escritores amantes de la libertad, se afiancen de una autoridad como la de la del colegio de Abogados, encadenada á los piés del trono, y viciada radicalmente por las máximas de la escuela galicana, condenada ya por sus mismos hijos, que espantados con los estragos de la tempestad que conmovió á la Francia, corren presurosos á salvarse del naufragio en la barca de Pedro el pescador.

¿Y qué necesidad tenia el folletista de echar un viaje hasta Madrid para que le ilustrase el colegio de Abogados, y luego nos comunicase su ilustracion, sobre el modo de apreciar el cuerpo del Derecho canónico, cuando en cualquier libro elemental pudo encontrar las ideas trilladas que estampa? En cuán poco concepto se tiene al público de México, que se cree hacerle un gran bien dándole reglas para que no adopte á ciegas todo lo que contiene el decreto de Graciano; enseñándole el juicio que debe formar sobre las decretales; advirtiéndole que hay derecho abrogado y no abrogado, &c., &c., y tomando todas estas *ilustraciones*, nada menos que del colegio de Abogados de Madrid. Ya se vé; en el dictamen de ese colegio hay doctrinas que difícilmente podrian encontrarse en otros autores, que no fuesen del género de Masden, amamantados á los pechos del galicanismo, y animados por un rastrero espíritu de adulacion al poder; doctrinas, decíamos, como las que asienta: que no se pueden admitir las decisiones canónicas, que ofenden lo que se llama soberanía del poder temporal. Es decir, que aquí ya se abandona el arma que insidiosamente juegan los enemigos de la Iglesia, para introducir la duda respecto de su legislacion, ponderando los defectos del decreto de Graciano, y abultando, con mayor injusticia, los de las decretales, y se dice terminantemente, y se da como cosa decidida: que no se deben admitir las leyes eclesiásticas, por auténticas que sean, que ofendan al poder temporal. Mas es de advertir, que esta doctrina no nos la presentan el folletista y el colegio de Abogados, descarada y desnuda, sino bajo un fantástico ropaje: "Se notan tambien en la coleccion de Decretales, muchas decisiones, que pugnan abiertamente contra costumbres muy antiguas, observadas en materias de regalías, contra las leyes que las afianzan, y aun contra el sistema de gobierno." Estas son las palabras del folletista. Creyóse á la cuenta el escritor, que hablaba en una sociedad de idiotas, que no le habia de tomar cuenta de sus palabras; y como si no tuviéramos la filiacion de cada regalía, como si no supiéramos la época de su nacimiento, como si no fuéramos capaces de valorizar el peso de esas leyes que las sostienen, y como si no pudiéramos preguntar: ¿dónde están esas decretales contra los sistemas de gobierno? El folletista, con autoridad de maestro, da por terminada la cuestion. ¡Costumbres muy antiguas! ¡uso inmemorial! Échese á buscar el autor de los *Apuntamientos*, sin atenerse á la autoridad del colegio de Abogados de Madrid, que estaba supeditado al trono de España, y el trono de España al de Luis XIV; échese á bascar en toda la historia un documento que compruebe, que la regalía de revision de bulas y breves ó del recurso de fuerza, son de época mas remota que el reinado de Cárlos VI en Francia, y diganos el sabio crítico, si sabe, que fuera otra la ocasion de esas regalías que el gran cisma de Oriente, que motivó el que tres papas á la vez, para sostener su autoridad, multiplicasen las pensiones sobre los beneficios. De esto provino el que Cárlos VI diese una órden para que no se obedeciesen los breves de los anti-papas, estendiendo luego los jueces reales, la providencia

accidental á todo género de breves, y como consecuencia forzosa, se avocaron el conocimiento de las causas eclesiásticas, con tal que alguna de las partes alegase de *abuso*, ó lo que entre nosotros se conoce por *recurso de fuerza* (1). En las épocas azarosas de la Iglesia y en los abusos del poder, se encuentra la cuna de las regalías, que de unos reinos han pasado á otros, y que han tomado formas colosales bajo la influencia de los cismáticos y de los herejes. Eso que se llama *uso inmemorial* y *costumbre antiquísima*, no es otra cosa, que una vana fórmula, que nada significa, cuando por otra parte se señala la época, los motivos y toda la genealogía de los abusos. Mas dejemos este punto para volver á tocarlo cuando nos lo vuelva á presentar el escrito de que nos estamos ocupando.

La segunda *huella luminosa* es otra disertacion, que nada discrta, sobre los escritores que han tratado acerca de los límites de las potestades temporales y espirituales: despues de asentar el folletista, que unos han defendido á aquella y otros á ésta; que unos han tocado un estremo y otros otro, y que algunos se han puesto en un justo medio, decide por sí, y ante sí: "Que los defensores de la autoridad temporal, tienen la ventaja de ser escesivamente mas numerosos y de una superioridad incontestable." Si al menos el escritor nos hubiera dado á conocer su nombre, tal vez, arrastrados por su fama, diríamos: *Magister dixit*; pero no sabiendo quien escribe tan dogmáticamente, nos será permitido reirnos de su aseveracion, y no apreciar todo lo demas que asienta bajo su palabra. De una duda muy grande sí nos viene á sacar el incógnito escritor, de un hecho histórico, y es, "que muchos soberanos se mezclaron muchas veces en cosas privativas del gobierno de la Iglesia, y muchísimas mas aconteció que la Silla apostólica invadió abiertamente el poder temporal, y así se verificó con mútua tolerancia;" y que por supuesto, de aquí provino el que se hiciese necesario fijarle á cada poder los límites de su autoridad. Ya verán nuestros lectores si el incógnito sabe sacar de dudas. Sabemos, pues, el origen de la contienda; estamos conformes: en lo que sí no lo estaremos hasta que nos lo pruebe el escritor, es en que sean *muchas* las veces que los soberanos se mezclaron en las cosas privativas de la Iglesia, y MUCHÍSIMAS mas en las que la Iglesia invadió el poder temporal: en esto de las *muchas* y *muchísimas*, no tenemos mas luz que el tono siempre elevado y magistral del escritor, de cuya sábia pluma tambien esperamos, que nos dé alguna prueba de que por parte de la autoridad pontificia hubo tolerancia respecto de la ingerencia de los soberanos en los asuntos eclesiásticos. Nosotros, por pronta providencia, le objetarémos al escritor todas esas decretales, que segun él, no deben tener valor, porque ofenden á la soberanía temporal; decretales que son de tal naturaleza y tan opuestas á las regalías, que en 1807 el gobierno español previno oficialmente á D. Nicolás María de Sierra, que examinaba la coleccion española de cánones, que suprimiese todos aquellos que ofendiesen al poder temporal, á lo que no accedió el Sr. Sierra (2); prueba inequívoca de que no ha habido la tolerancia que se supone por parte de los pontífices. Olvidábasenos que se nos pone, como por vía de ejemplo, la conducta de Carlo-Magno, que segun el erudito escritor, traspasó las márgenes de su poder. ¡Mentira! Desde luego el discípulo del colegio de Abogados de Madrid, no sabe que hay una clase de *derecho civil eclesiástico*, que es el conjunto de las providencias coactivas de la autoridad temporal, para hacer cumplir las leyes eclesiásticas, cuyo derecho

(1) Ensayo sobre la influencia del luteranismo, art. II.
(2) Los documentos del caso citado fueron leidos en la sesion de córtes en *Cádiz*, año de 1812.

tuvieron especialmente los emperadores antiguos, y podemos decir, que disfrutan los gobiernos católicos en calidad de protectores de la Iglesia; derecho que está bastantemente definido en el *cap.* 1.°, *dist.* 10, que dice: *Non quod imperatorum leges, quibus sepe ecclesia utitur contra hæreticos, sepe contra tiranos, atque alitra pravos quosque defenditur, &c.*; esto viene á ser lo mismo que lo que afirma el dictámen del colegio, en el párrafo 42: "No es lo mismo encontrar ordenaciones sobre disciplina eclesiástica entre las leyes imperiales y reales, *que reconocen su origen y potestad en ellas.* Esto advertimos por obsequio á la verdad. No pocas cosas ordenó la Iglesia en los primeros siglos, fiándolas á la tradicion, que despues se escribieron en los códigos imperiales, antes que en los canónicos."

De esta clase de ingerencias y derecho usó Carlo-Magno; y lejos de haber traspasado los límites de su potestad, se valió de ella para sostener la independencia de la Iglesia. ¿Habrá visto alguna vez el incógnito escritor, los capitulares de Carlo-Magno, á que aludo? Pues bien: no para instruccion del incógnito, sino al paso, y por modo de aclaracion á la materia que vamos tratando, y para que sirva como de recuerdo á los usos inmemoriales de que tenemos hablado arriba, y de antecedente á los derechos imprescriptibles de la soberanía nacional, de que hablaremos despues, copiaremos una que otra de las disposiciones que se encuentran en los famosos capitulares: "*Providendum est in omnibus ne in aliquo apostolica vel canonica decreta violentur* (Lib. 7, cap. 90)." He aquí un decreto preciso sobre la obligacion de observar las leyes de la Iglesia: vemos otros que vienen como de molde al uso inmemorial de los recursos de fuerza, y á lo del fuero eclesiástico: "*Ut episcopus apud judices publicos causa quodcumque actionis, sive cui sit ad primates diocesanum aut apud apostolicam sedem* (cap. 3). *Constitutiones contra canones et decreta Præsulum Romanorum, vel reliquorum Pontificum, vel benevacuare, nullius sint momenti* (cap. 265)." Si de esta suerte se invaden los límites del poder espiritual, lo dirá el sabio escritor.

Procedamos á buscar la tercera *huella luminosa;* pero he aquí, que de improviso nos encontramos con la cuestion fundamental. No sabemos, en verdad, lo que admirar mas en los *Apuntamientos,* si el tono presuntuoso y dogmático del escritor, el modo con que trata de jugar con la sociedad, ofreciéndole para que se dirija *huellas luminosas,* para dejarla en las tinieblas, ó la futileza de las razones que alega. Hemos tratado de meter en prensa el escrito; hemos buscado algo que combatir; y ya se ha visto el todo de las premisas de la cuestion: lo relativo al colegio de Abogados de Madrid y la disertacion sobre el orígen de la contienda entre la Iglesia y el Estado, y escritores que han tratado el asunto. Si á un escritor se le hubiese pagado de ex profeso para que se coronara del mas despreciable ridículo, y para que diera al traste con la causa encomendada á su pluma, no lo hubiera hecho mejor que el que escribió los *Apuntamientos.* ¡Lástima del dinero gastado..... en la impresion! Entremos á la cuestion.

Parécenos conveniente copiar á la letra el siguiente párrafo del folleto, porque él tiene la clave de toda la cuestion, y como dice el escritor, con esa clave se resuelven con plenitud todos los casos que ocurran.

"La soberanía de la nacion mexicana, tiene en sí todos los constitutivos propios, de quien no depende de nadie, y por eso posee, como todos los soberanos del mundo, todo aquello en que consiste el poder temporal, y los medios propios de su conservacion. La sociedad, pues, que necesita de un gobierno que le proteja sus garantías, que le conserve el órden, y la defienda interior y exteriormente, tiene todo aquello que necesita para este fin; ella sola ó la autoridad que la represente, tiene igualmente el derecho de escoger y adoptar estos medios, porque si careciera de él no seria independiente, no seria soberana: esta prerogativa es tan esencial á la naturaleza de la sociedad, que no puede concebirse sin ella; no es una cosa que adquirió con el tiempo, sino un principio, y una verdad, al mismo tiempo especulativa y práctica; tanto, que se puede decir, que antes del establecimiento de las sociedades, era cierto que no podian existir, sin la independencia de su poder; y como dice Montesquieu, "seria un absurdo decir, que antes que se hubiera formado el círculo, no eran iguales todos los rayos." Este es el principio fecundísimo, que aplicado á todos los casos que ocurran, los resuelve con plenitud, y por eso ha sido necesario repetirlo aquí, cuando no hay tratadista que no lo haya esplicado."

Tenemos, pues, que el fecundísimo principio para resolver todos los casos de competencia entre la Iglesia y el Estado, se funda en la soberanía é independencia de la nacion, porque la nacion, antes del establecimiento de las sociedades, contaba con todos los medios propios de su conservacion: es decir, contaba con su soberanía é independencia absolutas, que son los medios de su conservacion. ¿Podria idearse un sofisma mas estravagante? Aquí la premisa es la consecuencia, y la consecuencia la premisa. ¿Por qué es la nacion soberana é independiente? porque antes del establecimiento de las sociedades no podia existir sin la independencia de su poder: esto es, la nacion mexicana es soberana, porque la nacion es soberana. Y no deja de ser peregrina la idea de Montesquieu, traida por el escritor, sobre la igualdad de los rayos del círculo, aplicada á la independencia y soberanía de la nacion, por cuya idea se deduce lógicamente, que así como necesariamente son iguales todos los rayos del círculo, así la soberanía de la nacion entra en la categoría de los entes necesarios, inmutables, eternos, cuya existencia es un atributo esencial; existencia soberana que dejaria de serlo tan luego como necesitase de otro poder que le conservase el órden y le protegiese las garantías. Ciertamente que la demencia no puede ir mas lejos. La sociedad no necesita de Dios, puesto que al momento que necesitase de Dios, ya no tendria esencialmente en sus principios constitutivos los elementos de su conservacion, sin los cuales no se puede concebir, como no se puede concebir la desigualdad de los rayos del círculo. Tal aserto mas que blasfemia, es una rematada locura. Mas prescindiendo de tan grosera estravagancia, examinemos lo que en sí vale la independencia y soberanía de la nacion, para gobernarse sin necesidad de otro poder que le sostenga el órden y los principios tutelares de la sociedad.

Supuesto que del exámen de la independencia y soberanía absolutas y radicales se han de inferir las regalías inalienables del gobierno, tócanos examinar á nosotros esta cuestion: ¿Es posible que la sociedad tenga por sí misma los elementos indispensables para su conservacion, con independencia de otro poder? Segun como se resuelva la cuestion, se resolveran sus accesorios.

Sin salirnos de los principios políticos modernos, la sociedad descansa sobre la existencia del poder, y el poder se resuelve en tres ramales distintos, que vienen á formar un todo que se llama gobierno, sin cuyo requisito, la sociedad no es mas que un caos anárquico: siendo de advertir, que la anarquía está siempre en proporcion directa con la naturaleza del gobierno: ¿alcanza la fuerza del gobierno á conservar los intereses sociales, manteniendo cada uno dentro de los límites de la justicia y conservando a todos en equilibrio? desaparece la anarquía: ¿es débil el gobierno y permite que unos intereses se sobrepongan á otros, que unas voluntades sojuzguen á las otras, y que, en una palabra, la sociedad pierda su aplomo? entonces la anarquía se entroniza y

sube á tal grado, que devora instantáneamente al mismo gobierno que la creó, á los hombres que la provocaron y á toda la sociedad en que germinó. Pues bien; para el establecimiento de un gobierno, se necesitan tres ramales indispensables, de que antes hablábamos, ó digámosles poderes: un poder que dicte las leyes, otro que las interprete y aplique, y otro que las ejecute, prescindiendo de que esos tres poderes estén en una ó en muchas manos, ¿tiene la sociedad los elementos para el establecimiento de esos tres poderes? ¿tiene la ciencia necesaria para legislar sobre todas las necesidades, para sobreponerse á las vicisitudes de los tiempos, para contentar todas las voluntades, conciliar todos los intereses? ¿tiene poder bastante para entrar al santuario de la conciencia y ahogar en su cuna las exhuberancias de las pasiones, que tarde ó temprano se han de manifestar por fuera, se han de armar y encarar contra el gobierno, han de registrar los títulos de su mision, le han de pedir cuenta de sus acciones y lo han de sentenciar en tumultuoso juicio? ¿Tiene la sociedad elementos propios para establecer tribunales, donde los magistrados no tengan dudas é ignorancias, en los que se pierdan y desaparezcan enteramente las afecciones privadas, donde la justicia pese con infalible equidad el grado de la pasion, el tamaño de la malicia y hasta el temperamento del criminal para aplicarle el justo castigo? ¿Tiene la sociedad, por último, elementos suficientes para establecer un poder ejecutivo á cuya perspicacia no se le oculte un solo crimen, cuyos ojos estén en todas partes, cuya mano todo lo alcance, todo lo arregle y todo lo repare en el mismo instante que se vicia? "Admitiendo, dice Maiche, que por medio de un desarrollo de fuerza material se puede hacer subsistir una sociedad, el órden puede ser que reine superficialmente; pero si se examina el fondo, si se llega hasta el fuero de las voluntades, no se advertirá otra cosa que la mas completa anarquía. Esto es porque el hombre puede sufrir violencia en el cuerpo; pero dentro de sí mismo tiene un asilo la libertad, que la fuerza mas brutal jamas puede invadir. Cualquiera que solo pueda obrar sobre el cuerpo, es incapaz de constituir una sociedad perfecta, y no puede crear otra cosa que una anarquía enmascarada. Esta es la verdad de las cosas, reconocida por toda la humanidad; de suerte que abandonada á ella misma, ha sido impotente para fundar una sociedad humana ó moral; es decir, la sociedad de las voluntades libres."

"Encuéntranse filósofos, y encontrarense mas adelante, que pretendieron y pretenderán formalmente hallar en la ciencia, objeto de sus cultos, medios suficientes para la constitucion de la sociedad moral; mas la esperiencia los desmiente y les patentiza, que siendo la ciencia obra del hombre, no tiene mas poder que el hombre mismo, quien no podrá sostener un derecho del que está desprovisto. Por lo demas, esos mismos filósofos lamentanse siempre de la impotencia de la pretendida ciencia, y hasta el dia, á la estupefaccion del mundo responden, *ó que esa ciencia no ha producido sino quimeras* (1) ó que no existe aún (2), ó que apenas esta en mantillas (3). Mas una ciencia que despues de haber sido cultivada con empeño por los grandes ingenios, no tiene hácia el año seis mil de la creacion, sino una existencia cuestionable, no ha nacido probablemente para conservar la vida, ni puede legítimamente dirigir sus pretensiones sobre el imperio de los hombres. Pero aun suponiendo que realmente haya existido, y que desarrollándose prodigiosamente ha llegado á su apogeo, no por eso sus pretensiones serian mas justas, segun que siempre

(1) Filosofía de Kant, t. 1º
(2) Jouffroy, Nueva Miscelánea.
(3) Cousin, Introduccion á la historia de la filosofía, leccion 2ª

carecerian del poder legislativo, judicial y ejecutivo, suficientes para sostenerse. *Filósofo*, decia J. J. Rousseau, *bellas son tus leyes morales;* ¿pero dónde está su sancion? (1)"

¿Para qué se necesita mas? Digan los hombres que la sociedad tiene en sí misma los elementos firmísimos de su soberanía ó independencia; que los filósofos desmentirán tal delirio, la esperiencia opondrá sus amargos desengaños y la muerte vendrá á cortar el hilo de las palabras arrogantes y sin sentido. Buscando los hombres el orígen del poder, quitaron los ojos del cielo y los volvieron á la razon humana, haciéndola señora del universo; afectando olvidar sus flaquezas la colocaron sobre un altar, y la declararon inmaculada; desentendiéndose de sus errores, la declararon infalible, y echando un velo sobre la tilcera con que viene al mundo y que la hace aparecer tan débil, la declararon omnipotente; y declarada santa, infalible y omnipotente han dicho los hombres, ¿para qué nos sirve en la sociedad el santo, el Omnipotente é infalible que esta en los cielos? No podemos gobernarnos con dos soberanos independientes, la razon y Dios: si la sociedad necesita de Dios, ya no es soberana é independiente, y este es un absurdo, porque no se puede concebir una sociedad sin soberanía é independencia. Y no se nos diga que llevamos hasta el estremo, con injusticia, los delirios del follettista, porque si las leyes de la Iglesia ofenden á la soberanía de los pueblos, el ofensor es propiamente Dios, que es el fundador de la Iglesia. ¡Qué abismo!

Resumiendo lo que tenemos dicho, se ve con toda claridad, que la sociedad es impotente para conservarse á sí misma, porque no tiene elementos para constituir un poder omnímodo que evite la anarquía interior y esterior de los hombres; que no teniendo esos elementos no puede jactarse de poseer una soberanía é independencia absolutas sino relativas; que careciendo de la soberanía é independencia absolutas, en vano defiende los derechos que les son consiguientes; y por último, que siendo la independencia radical de la nacion el orígen y la esplicacion de las regalías, el derecho en que se fundan es de todo punto falso y eminentemente demagógico.

Lo dicho hasta aquí, en nada ofende los principios que la nacion profesa acerca de su soberanía é independencia: porque no está el mal en creer á la nacion independiente y soberana, como cualquier nacion puede serlo, sino en llevar la independencia y soberanía hasta el estremo de hacerla superior á la Iglesia: "*El que os escucha á vosotros me escucha á mí; y el que os desprecia á vosotros á mí me desprecia; y á quien á mí me desprecia desprecia á aquel que me ha enviado* (2). Luego el lugar que se le trate de dar á la Iglesia en la sociedad, ese es el lugar que rectamente se le da á Dios.

Y volviendo á nuestro incógnito escritor, ¿qué dirá al ver que el *fecundísimo principio* que resuelve todas las cuestiones de competencia entre la Iglesia y el Estado, se le ha vuelto sal y agua, ante el severo juicio de la razon, de la esperiencia, de la autoridad de los filósofos y de la fe? Diga lo que guste; nosotros, entretanto, seguirémos sus luminosas huellas.

Aquí volvemos á encontrarnos con el colegio de Abogados de Madrid, bajo cuyo patrocinio, nos estampa el escritor las siguientes aseveraciones:

"1.ª Que gran parte de las decisiones de la Iglesia, tienen efectos materiales como muchos tocantes á la disciplina: y el ejercicio de ellos afecta muchas veces aquella parte que pertenece al cuidado y direccion de la soberanía temporal."

(1) Emilio.
(2) San Lúcas, cap. X, v. 16.

"2.ª Que este es el origen de las discordias; pero este lo es igualmente del ejercicio de las regalías que las destruyen."

"3.ª Que la Iglesia reconoció constantemente que su establecimiento en nada disminuyó las facultades propias de los gobiernos terrenales. *Regnum meum non est de hoc mundo.*"

"4.ª Que la estension de los gobiernos terrenales, es el bien y la utilidad pública; y que ese bien y utilidad nadie lo puede calificar sino el mismo poder soberano."

"5.ª Que cualquiera cosa que ordene el poder espiritual contra esa ley sagrada (de la utilidad pública) ataca la existencia y base de las regalías, y debe resistirse."

"6.ª Que por la naturaleza de las cosas la potestad espiritual tiene una limitacion puesta por el Altísimo con la misma esencia del poder temporal; así como al contrario, en el imperio temporal, no hay poder independiente que resista las leyes soberanas."

Siendo el fundamento de esa serie de insensatas proposiciones: "*El que dentro de lo temporal, la potestad no sea suprema, si no fuera única,*" es decir, absoluta é independiente, basta tomar cada una de las proposiciones, para consumirlas en el crisol de la verdad, que ya tenemos demostrada, y es que: la sociedad ni es radicalmente soberana, ni es una autoridad única, ni es un poder independiente; mas ya que el escritor estableció primero el principio de la soberanía nacional, para vestir á la Iglesia con la librea de esclava, fundarémos nosotros los títulos de la soberanía de la Iglesia para llamar despues á juicio las seis proposiciones.

"A mí se me ha dado toda potestad en el cielo y en la tierra: id, pues, é instruid á todas las naciones, bautizándolas en nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo; enseñándolas á observar todas las cosas que yo os he mandado. Y estad ciertos que yo estaré continuamente con vosotros hasta la consumacion de los siglos (1)." Cuando se oyeron estas palabras en el mundo por la primera vez, acababa de suceder que en Jerusalem habian crucificado á un hombre, porque se llamaba Rey; hombre que atraía con sus palabras á la multitud, de la que se ocultaba cuando agradecida á los beneficios que recibia, intentaba proclamarle rey; hombre que habia formado una especie de colegio compuesto de doce hombres sin letras, y entre los cuales habia algunos pescadores. Cuando llegó la hora de la crucifixion del llamado rey, todos los que le seguian se dispersaron y huyeron muertos de miedo. Con la muerte de aquel misterioso rey y con la dispersion de los pobres hombres que le habian seguido, todo parecia concluido; pero hé aquí que pocos dias despues, el rey muerto y sepultado vuelve á aparecer entre los hombres, y reuniendo á los que antes habia llamado, les dice: "Se me ha dado toda potestad en los cielos y en la tierra; yo os envío á que enseñeis á todas las naciones, y contad en que estaré con vosotros hasta el fin del mundo." Los que oian ese lenguaje desusado entre los hombres, los que recibian la mision del magisterio sobre todas las naciones, y los que escuchaban una promesa que se estendia hasta la consumacion de los siglos, no podian dudar de la potestad que tenia sobre los cielos y la tierra el hombre que así hablaba, porque acababa de vencer á la muerte; no podian menos que aceptar la mision, porque emanaba de aquella potestad absoluta, y no podian menos que confiar en la promesa, cuando la hacía el mismo que habia predicho su muerte y su resurreccion. Entre las primeras palabras que los hombres oyeron, y entre

(1) San Mateo, cap. XXVIII.

las cuales se cuentan estas: "No me elegisteis vosotros á mí, sino que yo soy el que os he elegido á vosotros, para que vayais por todo el mundo dando fruto (1)," y las últimas, que eran la ratificacion de la eleccion: "Id á enseñar á todas las naciones." Entre unas y otras palabras, decíamos, habia una cruz y un sepulcro; una cruz que los hombres levantaron para colgar al rey, y un sepulcro donde los hombres creyeron sepultar al que habia resucitado á la hija de Jairo, y habia hecho fecundo el sepulcro de Lázaro: esa cruz y aquel sepulcro, sin embargo, que trabajaron de consuno los judíos y los gentiles, el Sanhedrin y los tribunales romanos, no pudieron interrumpir (y eso que se habia interpuesto el abismo de la muerte) la palabra del Enviado del Padre, del Maestro de los hombres, de Jesucristo, quien antes de regresar al seno de su Padre, coloca, por decirlo así, la última piedra del edificio santo de la Iglesia, entregándole los títulos de su santidad, de su mision independiente y soberana y de su perpetuidad. Mision santa que recibió del Padre: "Así como mi Padre me envió, yo os envío á vosotros (2);" mision sobre todo el mundo, soberanamente independiente; "Se me ha dado todo poder en los cielos y en la tierra;" mision eterna: "Yo estaré con vosotros hasta la consumacion de los siglos." ¿Qué nacion, qué gobierno, qué legisladores han podido jamas fundar los derechos de su independencia y soberanía con títulos semejantes á los que tiene la Iglesia católica?

Pero lo que se debe notar especialmente es que en la Iglesia católica su caracter soberano é independiente siempre ha correspondido con el caracter de su perpetuidad. Cuando San Pedro dijo ante aquel mismo Sanhedrin que levantó la cruz de Jesucristo: "No se debe obedecer á los hombres antes que á Dios;" y cuando San Pablo confundió con la fuerza de su palabra al Areópago; y cuando todos los apóstoles sucesivamente al cumplir su mision iban cayendo bajo el hacha del verdugo, el imperio romano se estendia por todas las regiones conocidas; y á pesar de que ese poderoso imperio trataba de sofocar la mision apostólica, su fuerza era de tal naturaleza, que ya Tertuliano pudo decir: "No somos mas que de ayer, y ya llenamos vuestras ciudades, vuestros castillos, vuestras aldeas, vuestros campos, el palacio, el senado, el foro, y no os hemos dejado sino vuestros templos. Bastaria para vengarnos de vosotros, que os abandonásemos, retirándonos fuera del imperio: entonces os espantaria vuestra soledad." ¡Oh poderosa fuerza de la mision de Jesucristo, que juega con el poder material de los imperios; que los ve ir cayendo uno tras otro en los abismos de la nada, y que entre las luchas de los hombres, el nacimiento y muerte de los pueblos, la sucesion de dinastías, cambios de sistemas políticos, confusion de ideas, diversidad de costumbres, trasformacion de idiomas, desaparecimiento de razas y sacudimientos generales, permanece inmóbil en medio del tiempo y del universo! ¿Adónde está el imperio romano, que oyó esa omnipotente voz, que mandaba á doce pescadores enseñar á todas las gentes? ¿Dónde están los bárbaros que destruyeron el imperio romano? ¿Dónde está el imperio que sojuzgó á los bárbaros? ¿Dónde los royezuelos que se dividieron el imperio de Cárlo-Magno? ¿Dónde los señores feudales? Todo es arrastrado por la furiosa avenida del tiempo: lo que nunca ha pasado ni pasará jamas es aquella palabra soberana: "Se me ha dado todo poder sobre los cielos y la tierra: id y enseñad á todas las naciones." Esa palabra, fecunda como la que creó la luz, desmoronó los ídolos de piedra y de palo del gentilismo, domeñó la ferocidad de los bárbaros, presidió á la

(1) San Juan, cap. XV.
(2) San Juan, cap. XX.

formacion de los imperios, consolidó el poder público, inspiró la sabiduría y la justicia de las leyes, rompió las cadenas de la esclavitud, reprimió la audacia de los poderosos, salvó la civilizacion, fundó asilos para el pobre, para el enfermo, para el huérfano, enalteció la degradada condicion de la mujer, prescribió á los que mandan la justicia y á los que obedecen la obediencia, y les comunicó á las sociedades la firmeza, el poder y los elementos de que estaban desprovistas.

Ha sido forzoso detenerse en este punto, que sin embargo de lo que hemos dicho, tenemos la pena de no poderlo presentar con todo el esplendor que le corresponde, pero que es indispensable tenerlo á la vista siquiera, por uno de sus perfiles, para que se pueda sentenciar con conocimiento de las partes, la cuestion entre la potestad temporal y espiritual. Volvamos á las proposiciones que tenemos pendientes.

¿Puede admitirse que por el ejercicio de las regalías, es decir, por el derecho inherente á la potestad de los gobiernos, puedan intervenir en los negocios de disciplina? Nunca; porque estando antes demostrado que los gobiernos carecen de esa soberanía absoluta de que se les pretende revestir, no podrian intervenir en los negocios de la Iglesia sino en virtud de una facultad subsidiaria, y ésta ¿de dónde la tomarian? Es un principio de derecho que todo poder subsidiario deriva su legitimidad del primitivo; y siendo el poder primitivo de la Iglesia Jesucristo, de Jesucristo debian recibir los gobiernos sus facultades. ¿Cuándo y dónde las recibieron? A los obispos fué á quienes, en las personas de los apóstoles, se les dijo: "Id y enseñad;" y lejos de darles Jesucristo ninguna intervencion á los gobiernos temporales en el régimen de su Iglesia, á pesar de los gobiernos, se estableció; y ni Jesucristo ni los apóstoles contaron para nada con los Césares; y si Jesucristo alguna vez se refería al poder temporal, era para anunciarles á sus discípulos las persecuciones que les habian de venir: "Seréis entregados á los magistrados para ser puestos en tormentos, y os darán la muerte; y seréis aborrecidos de todas las gentes por causa de mi nombre (1)."

Y se dice en la otra proposicion, que la Iglesia siempre reconoció en los gobiernos la facultad de intervenir en su disciplina. ¿Cuál es la constancia de semejante reconocimiento? ¿La sangre de los mártires? Por todo comprobante se cita una autoridad de Tertuliano, por la que decia ese gran hombre, que los cristianos obedecian á los Césares por razon de conciencia. Nada mas justo: esa obediencia á la autoridad por razon de conciencia, es el mas grande beneficio que recibieron las instituciones humanas del cristianismo; pero esa obediencia tiene sus límites dentro de los negocios puramente temporales, sobre los que, como acertó alguna vez á decir bien el folletista, la religion en nada disminuyó las facultades propias de los poderes terrenales; lejos de disminuirlas, nosotros repetirémos que las robusteció. Mas entre los negocios temporales y los espirituales está de por medio Jesucristo, dirigiendo aquellos por medio de estos, sobre los que solo la Iglesia tiene potestad de entender. Para invadir el hombre el campo sagrado abusa de una palabra inefable y dice: "*Mi reino no es de este mundo* (2). Esto es convertir la luz en tinieblas. A este propósito y para abreviar este artículo, reproducirémos tres autoridades que cita un eminente prelado de la Iglesia (3): "Mi reino no es de este mundo," es decir, comenta San Agustin: soy rey, pero no te

(1) San Mateo, cap. XXIV.
(2) Suplicamos al autor del folleto lea el artículo que sobre el citado texto publicamos en el tomo 2º de *La Cruz*, pág. 464.
(3) El Ilmo. Romo.

alarmes por eso, ni temas que usurpe el mando al emperador: no te agites ni te arrojes á cometer un crímen, como lo hizo Herodes." San Cirilo dice: "Mi reino no es de este mundo, transitorio y terrenal, creado en tiempo y destinado á perecer con él, sino por el contrario, sempiterno, celestial, de cuya gloria gozaran todos los que observan mi ley santa." "La Iglesia, que es el reino de Dios, espone San Juan Crisóstomo, estará en la tierra hasta la consumacion del mundo, pero como peregrina, de tránsito, como un viajero que va afanado en busca de su felicidad hasta llegar al término de sus deseos." Hé aquí el sentido propio de la palabra de Jesucristo.

Para echarle á la Iglesia una cadena, dice la cuarta proposicion, que la base que señala los límites de los gobiernos, es el bien y la utilidad públicos, y para afianzar la cadena á la argolla se asegura que ese bien y utilidad solo puede calificarse por el mismo poder soberano. Tan cierto como es lo primero, es falso lo segundo, y ciertamente que para convencernos de que el norte de los gobiernos debe ser el bien público, no necesitaba el folletista de traernos á cuento al Sr. Covarrúbias ni á San Gelasio, ni á San Gerónimo, ni á San Isidoro, ni á San Juan Crisóstomo. Para probar una verdad inconcusa sobran autoridades; y la de la pública utilidad es de tal naturaleza, que sin temor de mentir, pudo el escritor referirse á todos los santos del calendario. La dificultad está en saber apreciar ese bien y esa utilidad pública, y para esto son tan impotentes los gobiernos de la tierra que, cuando olvidándose de Dios, han querido por sí mismos determinar la utilidad pública, no han hecho mas como dice San Pablo, "que dirigir sus pasos á oprimir y á hacer infelices á los demas (1). ¡Ah! no puede presentarse una pintura mas horrible que la que hace el mismo apóstol, de los resultados que trae el que se constituya el hombre moderador de la justicia. "En el Evangelio, dice, es donde se nos reveló la justicia; y los que abandonan á Dios, Dios los entrega á un réprobo sentido (2)." Si es un derecho inherente, esencial á los gobiernos; un derecho incomunicable á cualquiera otro poder el decidir sobre la pública utilidad, nada mas inútil que aquella mision que tiene la Iglesia de enseñar á todas las naciones; nada mas injusto que los castigos que enviaba Dios á los reyes, y manda á las naciones que se apartan de su ley, supuesto que los castigados aun cuando violen la ley de Dios, usan de un buen derecho; porque es un derecho natural, soberano, absoluto, del que los gobiernos no pueden desprenderse, sin dejar en el acto de ser gobiernos.

Las dos últimas proposiciones son consecuencias de la que acabamos de combatir: la Iglesia y sus facultades están limitadas por la institucion del poder temporal; el poder temporal no tiene ninguna limitacion: la Iglesia es un poder subalternado al Estado; el Estado es un poder independiente. Lo absurdo de estas aseveraciones, despues de todo lo que hemos dicho, no necesita demostrarse, pues en último análisis tendremos, que lo temporal está sobre lo espiritual, y Dios está subalternado al hombre.

Como tenemos antes dicho, estas proposiciones en gran parte, no son sino reflejos de la declaracion del clero de Francia, que mereció la solemne reprobacion de la Silla apostólica, y que fué el anuncio de aquella tremenda tempestad social y religiosa, que escandalizó al mundo á fines del siglo pasado; declaracion que ha sido el sostén del protestantismo, como lo asegura, no un pontífice, sino los mismos protestantes. "En vano, dice un calvinista, de los que conocen mas profundamente la naturaleza de su secta; en vano el concilio

(1) Epístola á los romanos, cap. II.
(2) Epístola á los romanos, cap. I.

de Basilea fué disuelto, y la pragmática-sancion de Bourges abandonada: los principios generales proclamados entonces acerca del gobierno de la Iglesia, y de las reformas que eran necesarias, quedaron firmes en Francia, continuaron siempre, se adoptaron por los parlamentos, formaron una opinion irresistible, y produjeron por de pronto á los jansenistas y despues á los *galicanos* (1)." He aquí cómo de dos conciliábulos cismáticos procede el galicanismo, opimo fruto del jansenismo, que en su naturaleza no es sino un protestantismo sórdido é hipócrita.

Destruidos los fundamentos en que se apoyan las proposiciones del folletista, podiamos terminar aquí este escrito; pero como en las consecuencias y esplanaciones que deduce, encontramos diseminados muchos errores, una vez que tenemos la pluma en la mano, continuaremos estas breves reflexiones.

Despues de haber fundado el autor del folleto, la naturaleza de los gobiernos temporales, para inferir despues que á su intrínseca naturaleza son inherentes las regalías, procede á hablar de cada una de ellas en particular, proponiéndonos á la consideracion, "*el derecho y al mismo tiempo obligacion del poder civil para espedir leyes y decretos á favor de la religion, y en apoyo de los concilios y para la exacta observancia de los cánones.*" Esta es la primera regalía. De pocas palabras se hace un abuso tan torpe como de la palabra derecho, llegando á tal grado, que muchas veces se la aplica á una idea enteramente opuesta, como de manifiesto se ve en el presente caso. Al oir nosotros decir: los gobiernos tienen derecho de proteger las leyes de la religion, parécenos oir decir: el hombre tiene derecho de obedecer á Dios; el hombre tiene derecho de ser justo; de lo que se infiere que aquí se toma la palabra derecho en un sentido enteramente contrario á la idea que representa. La obligacion es la contraposicion del derecho. El folletista dice: los gobiernos tienen *derecho*, y al mismo tiempo *obligacion* para espedir leyes á favor de la religion. Esta frase cuando no implique contradiccion, es equívoca. Si se dice que tienen obligacion en virtud del derecho que en sí mismos tienen los gobiernos para proteger la religion, se dice un desatino; si se hacen sinónimas las palabras obligacion y derecho, se dice un absurdo: lo cierto es, que hablando de los gobiernos católicos, que tienen obligacion y no derecho, de obedecer las leyes de la Iglesia, la obligacion se sustituye maliciosamente con el derecho, para despues deducir consecuencias del derecho, desentendiéndose de la obligacion, y convertir al discípulo en maestro y hacer del súbdito un legislador. La Iglesia, en efecto, ha reconocido siempre en los gobiernos católicos la obligacion en que están de sostener las leyes de la religion; y á esta obligacion se refiere San Agustin en el pasaje que cita el folletista, tomado del consabido dictámen del colegio de Abogados: "Que si es propio de la OBLIGACION de los príncipes seculares hacer reinar á Dios, tambien debe ser propio de su potestad (es decir, como consecuencia de aquella obligacion) establecer leyes á favor de su culto y observancia de la religion, pues de este modo cumplen con su obligacion con el Todopoderoso."

El folletista se olvida de la obligacion, y detras de la trinchera del derecho, trata de lanzar el dardo al corazon de la Iglesia, aludiendo á hechos históricos, como el de que Constantino convocó concilios, nombró jueces para juzgar la causa de los donatistas, promulgó leyes y reglamentos para mantener la disciplina; hechos, como los que constan en el Código romano, y los que contiene la primera de las Siete Partidas, y el libro primero de la Recopilacion, donde "*no hay otra cosa que leyes sobre materias espirituales;*" todo con

(1) *Guizot, Historia de la civilizacion, leccion XI.*

el fin de querer subordinar la potestad de la Iglesia á la de los gobiernos temporales; aparentando olvidar las lecciones que á este propósito debió aprender en el consabido dictámen del colegio de Abogados, donde se leen respecto del hecho de los donatistas las siguientes palabras: "De la sentencia que pronunció Constantino sobre la causa de los donatistas, despues de resuelta por diversos concilios, no haremos mérito, sabiendo ser un problema entre los eruditos (1); y solo advertimos que San Agustin, para escusar la accion, recurre á sentar, que el emperador procedió con ánimo de pedir vénia á los padres: luego reconoció esceso, pues necesitaba vénia (2)"; aparentando asimismo no saber la esplicacion que el colegio da á esas leyes que se encuentran en los códigos sobre materias espirituales, las que no proceden de la autoridad de los gobiernos sino de la Iglesia, segun hemos dicho antes, refiriéndonos al párrafo 42 del propio dictámen: olvidándose el folletista de todo, confunde, como todos los escritores de su escuela, segun antes decimos, la obligacion con un derecho, y coloca éste en el rango de esas decantadas regalías, cuya palabra ha sido el lema de la bandera de todos los que usurpan los legítimos derechos de la Iglesia.

Analizado, pues, el título de los gobiernos católicos, para llamarse protectores de la Iglesia, y cuyo título no es mas que una obligacion de defender los intereses de la religion, ¿qué valor pueden tener las otras regalías, que se quieren hacer derivar de aquel título obligatorio y honorífico? Ninguno que no esté subalternado á la potestad, que en materia de dogmas, de costumbres y de disciplina es verdaderamente absoluta é independiente. Pero sobre la base falsísima del *derecho* de proteccion, el folletista levanta el nóreo fantasma de la utilidad pública, y por esta regla vaga é indeterminada quiere llamar á juicio toda la legislacion eclesiástica ante el tribunal inconstante, arbitrario, caprichoso, y no pocas veces injusto y tiránico de la autoridad temporal. Esta doctrina, que ataca en su esencia la libertad de la Esposa de Jesucristo, trata el escritor de apoyarla en un texto de San Cipriano: "*Neque enim ita ecclesia consulendum, ut republica deseratur;*" texto que á ser auténtico, no es otra cosa que un consejo prudente para atender dentro de los límites de la justicia los intereses del Estado; pero que de ninguna manera supone jurisdiccion en el Estado para fallar en los negocios de la Iglesia; y decimos que á ser auténtico el texto, porque no lo hemos podido encontrar en el lugar que se cita. La bula del Sr. Clemente VIII, que se cita al mismo objeto, y otras muchas disposiciones de este género, que mas oportunamente se pudieron citar, no importan otra cosa que la mas solemne prueba de la prudencia con que se maneja la Iglesia en todas sus disposiciones, manifestándose pronta á respetar las costumbres legítimas de los pueblos, que bien pueden esponer respetuosamente sus derechos, con la seguridad de ser atendidos en justicia. El consejo de San Pablo á Timoteo, para que procure vivir en paz con las autoridades, es un consejo justo, santo, eminentemente católico; pero no es una soga que haga doblegar el cuello de los obispos ante los reyes y potestades, segun que Jesucristo nos enseñó, que habia una especie de paz falsa, que se debia romper. Y volviendo á lo de la elástica regla de la utilidad pública, ademas de lo que en otro lugar hemos dicho, añadirémos una palabra tomada de la autoridad irresistible del colegio de Abogados de Madrid. ¿Puede haber pública utilidad atropellando á la Iglesia y sujetando sus decisiones á la voluntad del poder temporal? No; porque el colegio, que solia

(1) Natal Alejandro, Historia eclesiástica, disertacion 5ª
(2) Párrafo 59.

asentar principios justos, y á quien su lógica servil y adulsdora le hacia inferir consecuencias injustas, dice: "Las leyes del mundo son imperfectas, dice Santo Tomás, respecto de la evangélica, que arregla y no omite sus las faltas leves (1). Ambos principios son sentados; con todo es indudable que las leyes temporales no pueden proceder sin atencion y SUBORDINACION al último fin, que es Dios, como autor de la naturaleza, á lo menos, así dijo San Agustin: *In temporali lege nihil est justum, ac legitimum, quod non ex lege eterna homines sibi derivaverint* (2). Nuestro San Isidoro en las tres condiciones que puso á la ley justa, comprendió la que esplicamos y todas. *Et ideo Isidorus* (refiere Santo Tomás) *in conditione legis primo quidem tria posuit, scilicet: quod religioni congruat, in quantum est proportionata legi divinæ: quod disciplinæ conveniat, in quantum est proportionata legi naturæ: quod saluti proficiat, in quantum est proportionata utilitati humanæ* (3)." Hé aquí cómo segun la gravísima autoridad del colegio de Abogados, las leyes temporales se deben subordinar á Dios, ó la religion, á la DISCIPLINA. "¿Qué arroyo, continúa diciendo el célebre colegio, puede en sus aguas prescindir de las calidades del manantial? Luego si las leyes temporales se derivan de la eterna *(per me legum conditores justa decernunt)*, ó no son justas, ó deben contener una precisa relacion con la ley eterna (4)." Cómo despues de estas doctrinas decida el colegio y su digno discípulo que la autoridad temporal es independiente de toda ley, y puede aun sacrificar la disciplina eclesiástica á la utilidad pública, cuando no puede haber utilidad pública sin subordinacion á la ley del Criador y á la disciplina, es cosa que verdaderamente no se comprende. Sin embargo, el colegio nos da la clave de su conducta cuando nos dijo: *"Que tenia aire de desacato en un súbdito el ocuparse contra el sentimiento de su gefe superior,"* y su conducta no es tan inconsecuente, supuesto que reconocia el derecho divino de los reyes; pero ¿qué disculpa podrá tener el aprovechado discípulo? Convengamos que en este punto ó el discípulo tiene que renegar del maestro ó el maestro echa de cabeza al discípulo; pero sea lo que fuere, no se olvide que tenemos demostradas estas dos verdades: primera, que la regalía de proteccion se resuelve en un *deber* de los gobiernos católicos, para favorecer á la Iglesia; y segunda, que la regla de la utilidad pública trae consigo la obediencia á la religion y subordinacion á la disciplina eclesiástica.

Y una vez demostradas estas proposiciones en contrario de las que sostiene el folleto, ¿qué juicio se formará de la otra regalía, que se refiere á la presentacion y retencion de bulas y breves? No nos detendrémos en este punto, que con agravio de la Iglesia, tuvo origen en Francia en tiempo de Carlos VI, con ocasion del cisma de Oriente, y que fué tomando amplitud bajo de los reyes cismáticos: la presentacion de bulas y breves ha venido á ser un hecho, y no traeria ninguna utilidad disertar hoy sobre su conveniencia: lo que de todo punto es inadmisible es, que se quiera hacer depender la obligacion en conciencia que traen consigo las leyes eclesiásticas, de la retencion ó pase que los gobiernos temporales quieran, ó no quieran otorgarles. Herejía que echa á tierra todo el edificio de la Iglesia, su autoridad, su sabiduría, su independencia; herejía del género de la inventada por Mosheim, cuando atribuia al cuerpo de los fieles la facultad de atar y desatar, con que Dios invistió á su Iglesia; herejía cargada de todos los horrores que ha causado el protestantismo, que niega la autoridad del Papa y abre la puerta al libre

(1) 1. 2. Quæst. 98, art. 2, ad. 3, et Quæst. 100, art. 2.
(2) Lib. 1. de liber arb., cap. 6.
(3) S. Isidorus, lib. 5, Ethymol., cap. 4.
(4) Párrafos 110 y 111.

exámen. ¿Seria posible que Dios hubiera querido dejar espuesta su doctrina al viento de la voluntad de los gobiernos temporales, para que segun ella los fieles obedeciesen ó no sus preceptos? Y para asentar el folletista esa perniciosa doctrina, ¿no volvió siquiera sus ojos á la historia para ver unos gobiernos piadosos, otros impíos, unos ilustrados, otros ignorantes, unos enérgicos, otros imbéciles; no atendió al menos á las vicisitudes de nuestra República, donde hoy vemos á los hombres de unas ideas para ver mañana á los que profesan las contrarias? ¿Y sobre tantos cambios, sobre la versatilidad de los juicios de los hombres, sobre sus errores y pasiones, se pretende fundar la ley de las conciencias? ¿Qué hubiera sido de la ley de Jesucristo si hubiera necesitado de la presentacion al César? ¿Qué de la primitiva disciplina si hubiera dependido del *visto bueno* de Neron y los emperadores romanos? Con semejante principio la Iglesia es inconcebible. A este propósito copiarémos las palabras de un digno obispo español: "La Iglesia puede permanecer sin diezmos, propiedades, frailes, monjas, y aun sin templos, mas de ninguna modo sin libertad ni independencia. Este elemento es tan indispensable para su régimen moral, que concediendo por un instante su enajenacion, se concebiria al punto, el fin y el esterminio del catolicismo; por cuanto habiendo estado hasta aquí el gobierno de la Iglesia en los apóstoles y sucesores, si consintieran los obispos en trasladarle ahora á la potestad civil, resultaria que su gobierno, como todos los del mundo, era variable, defectible y sujeto á las continuas mudanzas de las constituciones políticas, segun observó ya en sentido inverso el sapientísimo Cappellari antes de ser papa, escribiendo á los jansenistas. La independencia, pues, de la Iglesia, es un dogma correlativo de la fe, su gobierno inmutable, su poder divino; y para que jamas se suscitase duda bajo ningun pretesto de esta importante verdad, el Señor dejó delegada á los obispos la misma potestad con que le envió su Eterno Padre." ¿Y así se atreve á decir un presuntuoso escritor en medio de una nacion católica, que los que no siguen su doctrina, *si non ilustrados, si conocen las leyes ni los estatutos canónicos?* ¿Qué leyes, y qué estatutos serán los que conoce el escritor? Sin duda los de la iglesia cismática de Rusia, encadenada al trono de los autócratas, los de la iglesia anglicana, que dependen hoy de la voluntad de una mujer, los de aquella iglesia que decretó la convencion francesa; pero los de la Iglesia, que lleva en su seno los caracteres de la infalibilidad, unidad, santidad, perpetuidad y universalidad que le comunicó Jesucristo, lejos de conocer el escritor sus leyes y estatutos, estamos ciertos, que no conoce ni los principios fundamentales de su soberana estructura.

El autor del folleto, para robustecer su doctrina vuelve á echar mano de la soberanía absoluta que goza la nacion, la que se menoscabaria, si en sus resoluciones turiera que sujetarse á lo que decidiese otra autoridad. Ya hemos analizado lo que importa esa soberanía; pero no estará por demas, que agreguemos aquí algunas ideas, que sirvan como de faro en las tenebrosas tempestades que suscita la contienda de las soberanías temporal y espiritual. Si los límites de estas ligeras reflexiones nos lo permitieran, considerariamos la cuestion por todas las faces con que en diversas épocas se ha presentado, ya analizándola, en el supuesto de que la Iglesia sea superior al Estado, ya en el de que sean iguales las soberanías de ambos poderes, ya en el de que la Iglesia sea inferior al Estado, ó de que nada tenga que ver con el Estado. No siéndonos posible recorrer tan espacioso campo, hemos querido pararnos en el terreno adonde nos llamara el folleto, y en verdad que no hemos podido adivinar cuál es ese terreno. Unas veces hemos creido que estaba por la teoría de la igualdad de soberanías, como cuando nos dice: "Que á la indepen-

dencia de cada una, se le ha fijado un lazo de union, para que marchen juntas al fin que les está señalado por el dedo de Dios," lo que importa igualdad: otras veces se nos dice: "Que la independencia del Estado no tiene límites," y otras veces: "Que el orbe cristiano, compuesto de monarquías y repúblicas, notablemente diversas é independientes, todas están sujetas en lo espiritual á una ley y á una cabeza, como se esplica el colegio de Abogados." Cuando el escritor nos echa encima el colegio, nos hemos resuelto á ir á su cátedra para saber por fin el papel que la Iglesia representa en el Estado, y hemos aprendido: que el Estado y la Iglesia no son dos poderes sino un solo poder: oigamos las palabras del maestro: "No son dos repúblicas, sino UNA INDIVISA, á que estan unidos y sujetos los eclesiásticos como los seculares, salvando su escacion en los casos señalados. Esta union y sujecion se deduce igualmente de la máxima tan celebrada de San Optato Milevitano, que decia: *Ecclesiam esse in republica*, manifestando el enlace firme de estas dos partes; y aunque añadia: *Non rempublicam in Ecclesia esse*; esto denotaba, ó que hay repúblicas, como las infieles, que no estan en la Iglesia, ó la diferencia de superioridad en lo espiritual respecto de lo temporal; porque el espíritu es quien tiene el influjo de perfeccion en la carne, y no al contrario, así como se dice, que el alma está en el cuerpo y no el cuerpo en el alma, denotando la influencia activa del alma al cuerpo y no del cuerpo al alma. No solo los vasallos, sino los emperadores y príncipes, así en su vida particular, como en sus oficios, que es la vida del público, son partes de este cuerpo: *Ex quo totum corpus compactum, et connexum per omnem juncturam*, dice San Pablo (1).... No cabe en los gefes de lo temporal contradiccion ni exámen; ni la REGALÍA, ni las costumbres del pueblo, ni la TRANQUILIDAD DEL ESTADO pueden decir contradiccion con la fé (2)." El colegio se pierde de vista en esto de asentar principios, y confesamos que le vamos cobrando cierto amorsillo de maestro, no por supuesto en materia de lógica, porque eso de sujetar las consecuencias á la voluntad del Sr. D. Cárlos III no es lo que mas nos gusta; pero tomemos entretanto, las palabras de tan grande maestro, y saquemos en limpio la doctrina.

La Iglesia está en el Estado, como el alma en el cuerpo; el alma, que es la Iglesia debe tener una influencia activa sobre el cuerpo, que es el Estado, y no al contrario. Esto si que es hablar claro: sin una autoridad como la del colegio, no hubiéramos tenido valor para decir tanto. En un instante soberanía del Estado, independencia, regalías, retencion de bulas y breves, intervencion en la disciplina, maestro y discípulo, todo ha venido abajo; porque en el mismo momento que el Estado quiera privar á la Iglesia del uso espedito de su soberanía, arrogándose la facultad de revisar sus leyes, retenerlas, y lo que es mas, hacer depender la obligacion que imponen á la conciencia, de la voluntad de los gobiernos, en ese mismo momento el cuerpo se sobrepone al alma. Y no se nos parapeten los defensores de las regalías dentro su último atrincheramiento, diciendo, que solo se trata de los puntos de disciplina, porque allí los irá á derrotar el poderoso brazo de un guerrero, que aunque alguna vez en su letargo incensó al trono temporal, dueño de toda su razon, confundió á los enemigos de la Iglesia. ¡Bossuet! este propugnador de las libertades de la iglesia galicana, que no tuvo valor en el tiempo de su vida para publicar la obra, que veinte años despues de su muerte, vino á echar un borron sobre todas sus sapientísimas producciones; ese Bossuet es quien dice á los que se atrincheran en la *disciplina:* "La disciplina y el dogma pertenecen esclusiva-

(1) *Epist. ad Ephes.*, cap. 4.
(2) Párrafos 100, 101 y 102.

mente á la Iglesia: el derecho de pronunciar sobre el dogma y de arreglar la disciplina, traen su orígen de la autoridad divina que ha recibido la Iglesia de su Fundador. Si un punto de disciplina no es un dogma, el derecho de establecerlo es una verdad que pertenece á la fé, porque Dios ha establecido á los apóstoles para regir y gobernar su Iglesia, y no se puede gobernar sin leyes (1)." "No, dice Fenelon, el mundo sometiéndose á la Iglesia, no ha adquirido el derecho de sujetarla: los príncipes por haber llegado á ser hijos de la Iglesia, no han venido á ser sus señores. Hé aquí las dos funciones á que se limitan: la primera es, mantener á la Iglesia en plena libertad contra todos los enemigos de afuera, á fin de que sin obstáculo alguno pueda ella dentro de sí misma, pronunciar, decidir, aprobar y corregir; y la segunda es, apoyar esas mismas decisiones, una vez hechas sin permitirse jamas bajo ningun pretesto interpretarlas. No quiera Dios que el protector gobierne, ni prevenga jamas cosa alguna de lo que la Iglesia debe arreglar (2)."

Ese carácter esencialmente independiente es el que ha sostenido la Iglesia en todos tiempos, y bajo todas circunstancias. "Esa sentencia de San Pedro y San Juan: *No se debe obedecer á los hombres antes que á Dios*, se ha venido repitiendo con distintas frases por espacio de diez y nueve siglos, sin la menor interrupcion. En los primeros siglos hasta Constantino, la independencia de la Iglesia se sostuvo por la sangre de los mártires. Despues de ese tiempo se oyó la robusta voz del incomparable Osio, decirle á Constancio: "No os mezcleis en los negocios eclesiásticos; no nos mandeis en esas materias, que debeis aprender de nosotros." Se oyó decir á San Atanasio: "¿Cuándo un decreto de la Iglesia ha recibido su autoridad del emperador (3)?" San Gregorio Nacianceno, dirigiéndose tambien á los emperadores, les decia: "Es peligroso adelantarse al guía á quien se debe seguir, y se viola la obediencia que, como una luz saludable, protege y conserva igualmente las cosas de la tierra y las del cielo. Vosotros no sois mas que simples ovejas; no traspaseis los límites que os están prescritos (4)." ¿Cómo fuera posible citar todas las sentencias de los Padres, todas las decisiones de los concilios, todas las bulas y breves de los Pontífices, sosteniendo la autoridad independiente de la Iglesia? El foletista, aunque no venga al caso, para probar la sumision de la Iglesia al Estado, recuerda el hecho histórico de la coronacion de Napoleon, y aunque disimuladamente, hace aparecer á Pio VII postrado ante la *plebeya cabeza* que unjia. En fatal hora tomó en sus labios el escritor, aquellos dos nombres. Pio VII es precisamente la soberana representacion de la libertad de la Iglesia, que grita y obra; que se mueve con desembarazo, aun cuando caiga sobre ella todo el poder de un ejército que conquistara medio mundo. ¿Dónde se puede presentar un espectáculo como el que ofrece un anciano, reducido á prision por el capitan que arrebataba cetros y rompia coronas, conservando en medio de las cadenas toda su independencia? ¡Dónde hay una soberanía semejante á la de la Iglesia, que aun cautiva, no pierda su poder de atar y desatar? ¿No sabrá el escritor, que Pio VII, cautivo, lanzó sobre la frente de Napoleon un terrible anatema? Este hecho habla mas alto que todas las palabras. Las glorias de Napoleon las llevó el viento de la fortuna á la roca de Santa Elena, y allí murieron, mientras que Pio VII volvió á su trono para dar hospitalidad á la familia del que le habia encadenado. Pasemos á otro punto.

Como una consecuencia dimanada del *precioso título de protectores de la Igle-*

(1) *Política Sagrada.*
(2) Discurso en la consagracion del Elector de Colonia.
(3) *Epist. ad solitar. vitam agentes.*
(4) Orat. XVII.

sia, tienen los gobiernos el derecho que se conoce con el nombre de *recursos de fuerza*. Así habla el escritor; y nosotros sobre este punto nada diremos, sino que el establecimiento de los recursos de fuerza ha entrado en la categoría de los hechos. La naturaleza de la Iglesia no le permite otra cosa, que sostener sus principios y sujetarse, padeciendo, al poder de los gobiernos temporales. Los pasajes históricos á que alude el autor del folleto, para probar que la misma Iglesia ha reconocido la facultad de los gobiernos para conocer en las causas eclesiásticas, no prueba otra cosa, sino que la Iglesia se ha servido de la autoridad temporal para hacer cumplir sus decisiones, sin reconocerle nunca jurisdiccion sobre lo que no la tiene. Desde los primeros dias de la paz de la Iglesia, se quejaba San Hilario de las usurpaciones de los jueces, y les echa en cara querer entender en los negocios eclesiásticos, quienes solo deben mezclarse en los temporales. "Los recursos de fuerza, *dice Pistoi, en su Discurso sobre las libertades*, han acabado de arruinar la jurisdiccion eclesiástica;" y Leon XII, en una carta que escribió á Luis XVIII en 1824, le dice: "Se trata de abrir nuevas llagas en el seno de la Iglesia, poniendo en vigor los recursos de fuerza, desconocidos á la venerable antigüedad, fuente de eternos desórdenes y vejaciones continuas contra el clero, y usurpacion manifiesta de los derechos mas sagrados de la Iglesia (1)." Hemos hecho estas ligeras indicaciones, solo para advertir, que ni la Iglesia ha reconocido el derecho de los recursos de fuerza, ni tampoco gozan de esa costumbre inmemorial que se les atribuye. Por lo demas, repetimos, que reconocemos el hecho.

Otro anchuroso campo nos presenta el folletista en la cuestion de las inmunidades del clero; y en este punto, habiéndose cansado de copiar el dictámen del colegio de Abogados de Madrid, da tras el *Tratado de regalía de amortizacion de Campomanes*. ¡Buen provecho! Bien pudo el sabio escritor ocurrir al libro del *Fisco comun* de Martin Lutero, donde tal vez pudo encontrar razones iguales, si no mejores, que las alegadas por Campomanes; porque al fin el *Fisco comun*, ha sido la fuente de donde han bebido cierto género de escritores de tres siglos á esta parte. Nosotros, pues, no seguirémos paso por paso á Campomanes, y consideraremos, solo aquellos puntos mas principales, que nos presenta el folleto.

Respecto del orígen de las inmunidades eclesiásticas, el escritor, resueltamente decide, que no reconocen otro principio que la generosa dispensacion de los soberanos, sin considerar si las leyes de los soberanos, eran del todo gratuitas, ó si eran mejor, la espresion de algun derecho natural ó *divino*; mas claro, sin considerar, si las leyes sobre inmunidad, son simplemente mercedes, ó son el reconocimiento de la justicia. Es mal principio buscar el orígen de los derechos en la ley escrita, porque esto seria dejar sin fuerza el derecho natural, que es anterior á toda ley, y con semejante principio podria llegarse á probar que los hombres gozan de la vida, porque las leyes de los soberanos la protegen. Semejante modo de discurrir supone una completa ignorancia de los principios de la legislacion, y abre la puerta al despotismo mas colosal. Respecto de inmunidades eclesiásticas, no se debe averiguar si los soberanos las decretaron, sino si las decretaron por simple gracia, ó si las decretaron por justicia, y si las pueden derogar con la misma facilidad que las decretaron. Estas, y no otras, deben ser las cuestiones.

Dice el folletista, que en la materia es muy superior á sus maestros: "La inmunidad personal del clero, que consiste en ser juzgado por los tribunales eclesiásticos, ha sido una concesion generosa del poder civil: y esta verdad es

(1) Ariaud, Historia de Leon XII.

tan patente, que hoy nadie la disputa, y en todos tiempos fué reconocida." Gracia nos hace el magisterio con que por aquí y acullá, nos suelta sentencias el incógnito escritor. Si este escritor se hubiera acordado de las palabras de uno de sus maestros, D. Pedro Rodriguez Campomanes, en el espediente que dió lugar al dictámen del colegio de Abogados, no hubiera dicho, eso de la verdad patente, que hoy nadie disputa, pues el famoso fiscal dice: "Que el punto sobre el orígen de la inmunidad, ó libertad eclesiástica es *opinable* entre los autores." ¡Y cuidado que Campomanes era ducho en la materia! y sin embargo, ya lo oimos; el orígen de las inmunidades es opinable; no es una verdad en *todos tiempos reconocida*. Pero, ¿qué opinion seguirémos en el presente caso? Al escritor no se le podrá ocultar que podriamos echar mano de muchas y muy grandes autoridades para probarle, v. g., la conclusion que *temerariamente* defendió la pobre universidad de Valladolid, y que dice: "Ninguno sino el huésped ó forastero en la jurisprudencia sagrada, se atreverá á negar, que no es lícito, que los ministros del altar, se sujeten á arbitrio de las potestades seculares." No; no seguirémos á la universidad; estamos mejor por el colegio de Abogados, porque desde el principio nos propusimos ser obsecuentes con nuestro contrincante. Segun esto, el colegio nos dice: "Nadie mejor que Santo Tomás, tenia bien registrado el piélago profundo de la Escritura santa; y no hallando en él, principio alguno inmediato, de la inmunidad de los tributos de que allí hablaba, vino á decir que se debia á la indulgencia y al reconocimiento de los príncipes: "*Ab hoc tamen debito, liberi sunt clerici ex privilegio principum; quod quidem equitatem naturalem habet* (1)." Pues bien; antes de pasar adelante, haremos una induccion que se cae de su peso. Si la inmunidad de exencion de tributos, que hoy nadie disputa, tiene, segun el colegio, siguiendo á Santo Tomás, cierta equidad natural; es decir, cierta conformidad con el órden natural de las cosas, ¿qué juicio se deberá formar de las otras inmunidades? Con mucha mas razon, por lo menos, se debe creer, que se derivan del derecho natural divino, y que por lo mismo están fuera de la esfera de las puras concesiones generosas; y esto es tan cierto, que la misma ley de partida, que el folletista tomó del dictámen del colegio, para demostrar, que las inmunidades son concesiones generosas; esa misma ley, está esplicando la justicia natural de lo que establece: "Franquezas muchas han los clérigos, mas que otros omes, tambien en las personas como en sus cosas, é las tierras, por honra é por reverencia de la Santa Iglesia, é es gran derecho que las hayan." De lo que se deduce, que las franquezas dimanan de la honra que á la Iglesia se debe, y como esta honra no se tributa por concesion gratuita, sino por obligacion forzosa, dimanada del derecho natural divino, se infiere, que las franquezas reconocen tan alto orígen, y por esto la ley las coloca en el rango de los *grandes derechos*, y no en el de las graciosas concesiones. Esto, que no admite ningun género de duda, se corrobora con lo que dice la misma ley: "Ca pues, que los gentiles que no tenian creencia derecha, ni conocian á Dios cumplidamente, los honraban tanto *(guiados por sola la razon natural, que en este punto no se pudo pervertir)*, mucho mas lo han de hacer los cristianos." He aquí cómo las inmunidades son, más que gratuitas concesiones, el reconocimiento de un *gran derecho*, del derecho natural de donde aquellas se derivan.

Pero aun limitándolas á la esfera de las concesiones generosas, "*deben considerarse*, dice el tantas veces citado colegio, *como remuneraciones* ONEROSAS É INDELEBLES, *y como* CONTRATOS DE RIGUROSA JUSTICIA, *exentos de las reglas comunes*

(1) Párrafo 46.

de los privilegios. Por eso, dijo Santo Tomás, que esta exencion se fundaba en la equidad natural (1)." Por lo que segun esta doctrina, sea cual fuere el origen de las inmunidades, están ya fuera de la potestad de los gobiernos el derogarlas. La doctrina, como se ve, no la hemos inventado nosotros. Sí diremos, en apoyo de lo que asienta tan justamente la ley de Partida, que son tan conformes á la ley natural las inmunidades, que llama mucho la atencion el que se hubieran reconocido por los soberanos tan luego como se hicieron católicos. Constantino fué el primero en reconocerlas: Constante las confirmó; Juliano, apóstata (adviértase, un apóstata), las derogó; pero despues, Valentiniano y Graciano las restablecieron, y desde entonces no ha habido un solo gobierno verdaderamente católico que no las haya reconocido: á este propósito al folletista se le escapó una verdad inconcusa, y es esta: "Recordemos, dice, que cuando se ha solido verificar el ejemplo de una notable disminucion en las inmunidades del Clero, siempre ha sido en circunstancias sumamente graves, en tiempo de turbacion y de contiendas, en las violentas crisis de los Estados y de las sociedades." Es cierto: solo cuando las pasiones se enfurecen y la justicia sufre; solo en los tiempos de turbacion y cuando la violencia llega hasta remover el polvo de los sepulcros, solo entonces se violan impunemente los derechos mas sagrados y mas sólidamente sostenidos.

Réstanos solo, para dejar esta materia, aclarar un hecho que raya en blasfemia, y una blasfemia horrenda, pues se refiere á la sacratísima persona del Salvador. Habiendo el folletista asentado: "Que la potestad soberana ejerce su poder sobre todos los individuos, que forman la sociedad, que gobierna sin distincion ninguna, trae en prueba de esto, el ejemplo de Jesucristo que se *sujetó al poder de Pilato!* ¿El reo que no quiere contestar á las acusaciones; el reo que no responde á las preguntas del juez; el reo que solo rompe el silencio para confesar que era rey; el reo que evita con su silencio la formacion del proceso, y que se diera una sentencia fundada en derecho, cuando sabia que el derecho y aun el mismo juez le eran favorables, supuesto que Pilato trataba de salvarle; de ese reo se dice, que se sometió al imperio de los hombres? ¡Qué ultraje á Jesucristo! Siendo Jesucristo el Maestro de los hombres, si hubiera reconocido la autoridad de Pilato, no hubiera dado el ejemplo de desobedecer el mandato del juez, que lo exigia respondiese á las acusaciones; y el silencio de Jesucristo fué de tal naturaleza, que llamó fuertemente la atencion de Pilato: *ita ut præses miraretur vehementer;* y cuando el juez le increpa al reo su silencio, haciendo alarde de su autoridad, entonces le va á la mano con estas imponentes palabras: "Ningun poder tuvieras sobre mí si no se te hubiera dado de arriba." Lo que quiere decir: "Yo que soy el que está arriba; yo que soy el verdadero rey, fuente de la autoridad absoluta, he permitido que en esta hora que es la vuestra, ó mejor dicho, la hora del poder de las tinieblas, me claveis en la cruz, adonde voy no en fuerza de vuestra autoridad sino de la mia: *Oblatus est quia ipse voluit.* El silencio de Jesucristo es una solemne protesta contra el tribunal que le juzgaba. El folletista, espantado seguramente de su blasfemia, añade á la palabra *sumision* el adjetivo *material.* ¡Ineficaz reactivo! porque si se trataba de probar un derecho que se fundaba en el ejemplo de Jesucristo, la sumision del Redentor debió ser voluntaria y justa, para que algo probase, segun que la sumision material no funda derecho en el que impone violencia: de modo que, ó nada prueba el escritor, ó dice una blasfemia. De lo hasta aquí espuesto deducimos tres proposiciones en contrario á las que asienta el folleto:

(1) Párrafo 51.

1.ª Las inmunidades eclesiásticas no son simplemente privilegios.

2.ª Las inmunidades son la espresion de los grandes derechos inherentes á la religion.

3.ª Las inmunidades no son del género de aquellas leyes que pueden derogarse al arbitrio de los legisladores. Estas tres proposiciones quedan evidentemente demostradas por argumentos *ab homine.* No nos ocuparemos de los casos escepcionales que alega el folletista, porque es regla de lógica que, *de minore ad majus non valet consequentia;* y es regla de derecho: que la escepcion corrobora la ley en contrario. Vamos ahora á ocuparnos de algunos puntos relativos á la propiedad de la Iglesia, adonde se luce el escritor con toda la erudicion de Campomanes.

Lo primero que hace el folletista es falsificar el principio en que se funda el derecho de propiedad, haciéndolo derivar, lo mismo que las inmunidades, de la voluntad de los gobiernos, y no del derecho natural, anterior á toda ley, á toda institucion y á toda voluntad. Cuidado con hacer derivar los derechos radicales, de la ley escrita, porque no quedará en la sociedad ningun derecho sólidamente fundado. Las leyes no son sino la fórmula de los derechos naturales ó divinos, ó la espresion de las costumbres, usos y necesidades de los pueblos, dirigidas para la proteccion y no para la destruccion de los primordiales derechos que los hombres tienen en la sociedad. No hay regla mas segura para distinguir los gobiernos justos de los gobiernos tiránicos, que el examinarlos segun estas dos palabras: PROTECCION, INVASION ¿Se circunscriben los gobiernos á proteger y consolidar los derechos comunes á todos? es seguro, que los gobiernos son justos: ¿salen de esta línea é invaden los derechos de unos para mejorar la condicion de los otros? la tiranía reina. Esto último sucede cuando de la naturaleza se traspasa la soberanía á la voluntad de los que mandan.

Ciertamente que no se comprende cómo en el presente siglo se afirme que el derecho de propiedad le venga á la Iglesia de la voluntad de los legisladores, habiendo comenzado á gozar de este bien, desde principios del siglo IV, en virtud de la ley 2.ª del Código de Sacros Eccl. No es mas justo decir, ¿el derecho que la Iglesia tiene sobre su propiedad, se funda en el derecho natural que comenzó á hacerse un derecho positivo en tiempo de Constantino? Esto sí es verdad, esto sí es justo. Tan cierto es que la Iglesia por el derecho natural que tenía de existir y de conservar su existencia tuviera asimismo el de poseer y adquirir bienes con que atender á sus necesidades, que contra las leyes romanas los adquirió antes de Constantino, los que fueron confiscados por Diocleciano, lo cual prueba dos cosas: que la Iglesia no se reconoció capaz de poseer bienes en virtud de los decretos de Constantino, y que los obtuvo antes de este emperador, que ordenó la restitucion de los que se habian confiscado anteriormente Lo que hizo Constantino fué quitar la violencia que las leyes romanas causaban á la Iglesia, declarándola entre los *colegios lícitos,* únicos que por derecho romano eran capaces de heredar. Pero en esto nadie verá la invencion de un derecho nuevo, sino la consolidacion de un derecho inmutable y eterno, como es, segun tenemos indicado, el que todo el que tiene derecho de vivir, tiene derecho de proveer los medios de subsistencia.

Sentado este principio, no seguirémos los pasos á Campomanes, cuando nos atesta de hechos históricos que se refieren á las diversas providencias que distintos soberanos han dictado con relacion al modo de adquirir de la Iglesia. Para esto seria necesario escribir muchos pliegos; y en parte este trabajo seria infructuoso, porque no se trata de averiguar si ha habido injusticias por parte de los reyes, sino si esas injusticias, por multiplicadas que

sean, fundan un derecho justo, en oposicion al derecho natural. "*No cabe en un juicio recto,* dice el colegio de abogados en uno de sus momentos felices, *dexar la jurisdiccion temporal sobre el falso cimiento de las acciones notadas en los antiguos príncipes.*"

Pasando ligeramente la vista por la serie de esos soberanos, á que se refiere Campomanes, y que á su vez atacaron la propiedad de la Iglesia, prescindiendo de averiguar los antecedentes, las causas y demas circunstancias que se deben tener presentes para valorizar cualquier hecho histórico; prescindiendo asimismo de tomar en cuenta aquellas providencias, puramente reglamentarias sobre el modo de adquirir las propiedades, como las que espidió Felipe II y corroboró Felipe III, reyes de Francia, nos encontramos, v. g., que se nos cita á un Luis XI, quien escitó una rebelion contra su padre, y cuyas crueldades no tienen guarismo; á un Francisco I, notable por lo licencioso de su vida; á su hijo Enrique II, que se ligó con los protestantes insurreccionados contra Cárlos V; á un Luis XIV, desvanecido por su orgullo, y que dilató la ulcera gangrenosa de las libertades de la Iglesia galicana; y á un Luis XV, débil, disoluto y escandaloso, que abrió el sepulcro de Luis XVI. Con ejemplos aislados y tomados de hombres que no se pueden presentar como modelos de justicia, ocultando por otra parte los concordatos y las concesiones que se han hecho por la Silla apostólica á los monarcas, se trata de estraviar el sentido del pueblo; y de este modo, aun se citan tambien algunos reyes santos é ilustres como San Fernando y D. Alonso el Sabio, desentendiéndose de mencionar que al primero le fueron concedidas personalmente las tercias reales, que despues se concedieron á D. Alonso, y que se perpetuaron por Bonifacio VIII á todos los reyes de España. ¿Por qué, si se trata de buena fe, al lado de las gestiones de los reyes no se colocan las resistencias ó las concesiones de los pontífices? ¿Por qué se hace mérito de la cesion de diezmos hecha por Alejandro VI á los reyes españoles, cuando se trata de deducir derechos contra la Iglesia mexicana, y no se hace valer esa cesion para probar el derecho de propiedad en quien la otorga y el reconocimiento de ese derecho en quien acepta el beneficio? ¿Por qué, al menos, tratándose de la propiedad de la Iglesia, no se presenta con lealtad la cuestion, para no pervertir el ánimo de los que no pudiendo conocer por sí mismos la materia, vienen á ser víctimas del dolo y de la perfidia? ¿Por qué no se dice: algunos soberanos han querido tener dominio sobre los bienes sagrados; pero el concilio de Constanza condenó como herética la doctrina Wicleff, que hacia á la Iglesia incapaz de poseer; y los concilios Lateranense III, III de Ravena, Romano V y otros varios, y principalmente el de Trento, y entre nosotros el III mexicano, todos han sostenido el dominio de la Iglesia sobre sus propiedades? Esto seria proceder de buena fe; y entonces cada uno quedaria en libertad para seguir ó el juicio de algunos gobiernos ó el de la Iglesia. Pero no; á ciertos escritores les es mas fácil tomar un hecho, aislarlo de sus antecedentes, juzgarlo á su manera, para despues espantar al vulgo con las estravagantes y monstruosas formas que se le quisieron dar.

Insensiblemente le hemos dado á este escrito mas estension de la que habiamos pensado; pero los absurdos que contiene el folleto de que nos hemos ocupado son tantos y de tal naturaleza, que no nos ha sido posible reducirnos mas; quedándonos el sentimiento de no haber tocado los puntos sino por la superficie. Nuestro objeto, mas que intentar hacer una séria refutacion, ha sido el llamar la atencion del público, ya para que examine las cuestiones y no se deje conducir por guias ciegos, ya para escitar á otros escritores á que traten la materia con la sabiduría y detencion que demanda. Solo nos falta añadir otra palabra sobre la conclusion del folleto, relativa á la condicion particular de la Iglesia mexicana.

Respecto de esta condicion, no se atina con lo que más llame la atencion del folleto, si sus fundamentos falsos, si sus torpes injusticias, ó si las estravagancias con que ofende el sentido comun.

El primer término del cuadro que borrajea el escritor, es la Bula "*Eximia devotionis,*" del Sr. Alejandro VI, por la que cede los diezmos á los monarcas españoles, imponiéndoles la carga de mantener las catedrales y parroquias y atender á la cóngrua sustentacion de sus ministros. De aquí deduce el escritor el dominio absoluto que tuvieron los monarcas españoles sobre los bienes de la Iglesia mexicana, y cuyo dominio ha pasado al gobierno independiente de México; deduciendo que tanto los diezmos como las obvenciones parroquiales son de un carácter verdaderamente civil, y que por consecuencia, habiendo el gobierno cedido la mayor parte de los diezmos á las catedrales, él, sin obligacion, ha sostenido los curatos, que por un cálculo muy prudente, le han costado al gobierno de México de la independencia á la fecha ciento cincuenta millones de pesos, á cuya suma, si se agrega lo administrado á las catedrales, que importará otros cincuenta millones, resultará que la Iglesia le ha costado á la hacienda pública doscientos millones de pesos. En el tomo III de "*La Cruz*" páginas 362 y 390, publicamos un artículo que desbarata sólidamente todas las chicanas de que se vale el folletista; nos remitimos á ese escrito, en el que consta: "Que los reyes españoles perdieron el dominio sobre los diezmos, sea porque asignándoselos á las Iglesias, cumpliendo en esta parte con la condicion de la bula, las Iglesias adquirieron el dominio, ó bien sea porque si no fué así, el derecho caducó, porque no se cumplió la condicion: que estas razones se espusieron al gobierno español por los obispos, cuando quiso mezclarse en la administracion de la renta decimal, segun lo prescribia la ordenanza de Intendentes, á que el folleto alude; ordenanza que se derogó en virtud de las razones alegadas por los obispos, en los artículos relativos, por cédula de 23 de Marzo de 1788: que el derecho de la Iglesia mexicana sobre los diezmos se corrobora con las bulas de ereccion de todas las iglesias; que Julio II, para la ereccion de los primeros obispados de América, Leon X para la del obispado de Michoacan, y Clemente VII para la de México, asignaron por dote de los obispados los diezmos; y para quitar toda duda, cita la Concordia de Burgos, donde renunció el rey de España el derecho que le habia dado Alejandro VI." Esplica tambien el origen de los novenos y de las obvenciones parroquiales, muy distintos de los que el escritor les señala. Recomendamos á nuestros lectores ocurran al artículo indicado, para que palpen la mala fe y los errores que propaga el escrito que hemos refutado.

Desbaratados los fundamentos en que se apoya, analizados los derechos de regalía, probado que en materia de dogmas, de costumbres y de disciplina, la única autoridad competente es la de la Iglesia, ¿hay razon para quejarse de una alocucion, que lamenta la ruina del dogma, de las costumbres y de la

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

disciplina? No queremos aplicar los puntos de la alocucion á lo que ha pasado en la República, por las razones que al principio espusimos; y terminamos estas reflexiones, compadeciéndonos de la suerte de aquellos hombres, que toman sobre sus hombros la carga de barrenar los cimientos de un edificio, que en su derrumbe causará la muerte de ellos mismos. Ataquese el principio de autoridad de la Iglesia, y el Estado quedará sin cimiento: hagasele perder al pueblo el respeto que debe á lo que procede de Dios, que no tardará en sublevarse contra lo que procede del hombre. Esta es una verdad fundada en la razon y comprobada por la historia, y por esto asentamos, que los principios del folleto, perjudicaban en vez de favorecer al gobierno, cuyos derechos defendia.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPILLA ALFONSINA
U. A. N. L.

Esta publicación deberá ser devuelta antes de la última fecha abajo indicada.

IFCC 636

BT21
M86
40009
FEVT

AUTOR
MUNGUIA, Clemente de J.
TITULO
Instrucciones pastorales del Lic. Clemente...
FECHA DE

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS